LIBRARY OF PRINCETON
SEP 30 1908
THEOLOGICAL SEMINARY.

Division BV835
Section .B83

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/enciclopediadela01burg

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

15600

Fr. Amado de C. Burguera

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

ESTUDIOS, DISCURSOS, MATERIAS PREDICABLES
Y CONSIDERACIONES
SOBRE EL GRAN MISTERIO DE LA FE

DESDE LOS PUNTOS DE VISTA

EXPOSITIVO-EXEGÉTICO-FILOSÓFICO-TEOLÓGICO-CIENTÍFICO
HISTÓRICO-CRÍTICO-ARTÍSTICO
MORAL-JURÍDICO-LITÚRGICO-CEREMONIAL
ORATORIO-ASCÉTICO Y MÍSTICO

EN PARTICULAR CON RELACIÓN AL MOVIMIENTO CATÓLICO INTELECTUAL Y SOCIAL DE NUESTROS DÍAS

MONUMENTO Á JESUCRISTO SACRAMENTADO

NOTABLEMENTE ILUSTRADA EN SU PARTE HISTÓRICA
CON HERMOSOS FOTOGRABADOS DE LOS MÁS IMPORTANTES Y RENOMBRADOS
OBJETOS Y MONUMENTOS ARTÍSTICOS,
ANTIGUOS Y MODERNOS QUE CONSTITUYEN UN

MUSEO ARTÍSTICO EUCARÍSTICO MANUAL

POR EL

RDO. P. FR. AMADO DE CRISTO BURGUERA Y SERRANO

DEL COLEGIO DE MISIONEROS FRANCISCANOS PARA TIERRA SANTA Y MARRUECOS
(CHIPIONA-CÁDIZ)

Notas facite in populis adinventiones ejus.
I PARALIP. XVI, 8.
Haced notorias en los pueblos las invenciones de Dios.
LIB. I DE LOS PARALIPÓMENOS CAP. 16, V. 8.

TOMO PRIMERO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ESTEPA
IMPRENTA DE ANTONIO HERMOSO
1905

ES PROPIEDAD

Á LA SERENÍSIMA REINA DEL EMPÍREO
Á LA HERÓICA TRIUNFADORA DE SATÁN
Á LA EXCELSA MADRE DE DIOS
Y DE LOS HOMBRES

MARÍA INMACULADA

Señora:

Es tan diversa la condición de los escritores, que cada cual anhela dedicar su propia obra á un señor de alta esfera, ó bien á un amigo en quien tiene depositados la confianza y el cariño. Ocultado el que estas líneas suscribe, en la deleitable soledad de silencioso claustro, y tendiendo mi vista sobre la anchurosa redondez del orbe, hallé á los príncipes y señores de la tierra ajenos de mi particular amistad, razón por lo cual no tuve por que dedicarles la ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA. *Por otra parte, fué siempre mi ideal que las bellas prerrogativas del Redentor del mundo encontrasen fuerte apoyo y propagadas fuesen por un brazo poderoso; y ¿quién mejor que Vos, Serenísima Reina, puede apoyar y extender mis humildes trabajos eucarísticos? ¿por ventura hay alguien en el mundo y aun en el cielo que después del Hombre-Dios tenga el poder que Vos...?*

Además; en el mundo católico se está celebrando con solemnidad inusitada, el quincuagésimo aniversario de la

feliz definición dogmática de vuestro más que simpático Misterio. Y ¡qué ocasión tan oportuna, Señora, para que yo, agregándome al universal y entusiasta concierto, aporte á vuestros venerandos pies el modesto óbolo de mi ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA!

Perdonad, Augusta Reina, si alguna vez titubeé en consagrarla á Vos. Fué una promesa, y mal hubiera hecho en no cumplirla. He ahí por qué con toda la efusión de mi espíritu os la dedico. Bien es verdad que toda ella se ocupa de Jesucristo Señor Nuestro en el más amoroso de sus Misterios, pero también es cierto que el principio y el fin de la misma se dirigen á Vos; el principio para implorar vuestra protección y el fin para tributaros rendidas gracias.

Si os gusta ¡oh Virgen Madre! extendedla; y, al ser estudiada, infundid en los piadosos lectores el espíritu de la devoción y del amor á Jesucristo vuestro Hijo, á quien juntamente con Vos sea dada eterna gloria.

Vuestro humilde hijo y siervo vuestro

EL AUTOR

Á LOS INSIGNES Y PIADOSOS CATÓLICOS

Don Félix Burguera y Ramón

Y

Doña Catalina Burguera y Beltrán

Queridos señores abuelo y tía: El agradecimiento es una virtud indispensable en los deudores. No ignoráis los incontables beneficios recibidos desde mi niñez, de vuestra dadivosa mano. Ésta, sin duda, después de la paternal Providencia divina, me sustentó, me hizo crecer y ascender á los estudios. En el claustro, no me habéis olvidado; á vuestra notable generosidad se debe el que esta humilde Obra la luz pública vea. Justo es, pues, que en su principio, lugar oportuno y público, haga constar mi imperecedera gratitud hacia vosotros dedicándoosla en lo temporal ya que en lo eterno la tengo dedicada á la Inmaculada Señora.

Roguemos por los que me dieron el ser y no existen ya, que tan honda impresión de alegría y consuelo hubiesen recibido al haber podido ojear estas páginas eucarísticas; mientras que vosotros, mis caros padres, aceptaréis gustosos el testimonio de eterna gratitud del que os ama y os desea prosperidades mil en Jesucristo,

EL AUTOR.

CENSURA DE LA ORDEN

Rvmo. P. Fr. Serafín Linares, Vicario General de la Orden de Menores en España.

Rvmo. P.: He examinado el M. S. ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA del Rdo. P. Amado de C. Burguera y en mi humilde opinión, no sólo puede concederse la licencia que se solicita para su impresión, puesto que nada contiene contra el dogma y la moral cristiana, sino que la juzgo de utilidad, apoyándome en las razones que á continuación se insinúan.

En primer lugar viene á llenar un gran vacío en orden al Sacramento de nuestros Altares; pues si bien es verdad se ha escrito mucho sobre tan Augusto Misterio; pero hasta el presente no se había formado un cuerpo de doctrina cual se encuentra en el presente trabajo. Además; el cristiano podrá hallar abundante pasto con que satisfacer su piedad, el docto copia de doctrina para afianzar su fe y el predicador lo necesario para ensalzar las grandezas, maravillas y finezas de amor para con los hombres, de Jesús Sacramentado.

Este es el juicio que me ha merecido la lectura de la Obra objeto de la presente censura, salvo el parecer de personas más ilustradas y competentes á quienes Vtra. Rvma. tuviera á bien de consultar en su elevado criterio y reconocida prudencia.

Dios guarde á V. Rma. muchos años.

Chipiona. Regla 22 de Enero de 1905.

Fr. Luis de Gracia.

LICENCIA DE LA ORDEN

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestra bendición y licencia para que pueda imprimirse y publicarse el manuscrito titulado: ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA compuesto por el R. P. Fr. Amado de Cristo Burguera, de Nuestro Colegio de Misioneros de Chipiona, mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y, según la censura, nada contiene que no sea conforme con el dogma y la sana moral, antes bien es juzgado de utilidad grande.

Madrid 15 de Febrero de 1905.

Fr. Serafín Linares.

Vicario General de los Religiosos Menores en España.

Por mandado de S. P. Rvma.

Fr. José Arrinda,

Pro-Secretario General.

CENSURA ECLESIÁSTICA

M. I. Sr.

Cumpliendo lo dispuesto por S. E. I. Ntro. Rvmo. Prelado; según se sirvió V. S. comunicarme en 24 Diciembre del año próximo anterior, he revisado el M. S. del 3.º y último tomo de la obra titulada: ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA, hallándolo en un todo conforme á nuestra santa Fe y con la misma abundancia de doctrina, claridad de método, copia de erudición y pureza de lenguaje y estilo que los anteriores; por lo que, no solamente lo considero muy digno de que vea la luz pública, sino que entiendo ser uno de los libros más acabados y más útiles que en materias dogmáticas, y en sus múitiples relaciones con los distintos ramos del saber, en cuanto concierne al Sacramento Augustísimo de nuestros altares, se han elaborado hasta el día.

En esto como en todo, someto mi juicio al superior criterio y acertada resolución de nuestro dignísimo Prelado.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Sevilla 4 de Febrero de 1904.

Doctor, Servando Arbolí.

M. I. Sr. Secretario de Cámara y Gobierno de este Arzobispado.

LICENCIA ECLESIÁSTICA

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO
DEL
ARZOBISPADO DE SEVILLA

S. E. Rvma. el Arzobispo, mi Señor, se ha servido conceder con la mayor complacencia su autorización y licencia, para que pueda V. dar á la estampa y publicar el M. S. ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA, su primer tomo, mediante á que, según la censura, lo encuentra ajustadísimo á la más sana ortodoxia y porque con él ha llevado V. á cabo un trabajo y estudio tan prolijo, tan universal y tan metódico acer-

ca de la Divina Eucaristía, misterio de fe, centro de amor y vida de las almas.

Dios guarde á V. muchos años.

Sevilla 9 de Agosto de 1902.

Manuel Jiménez.

R. P. Fr. Amado de Cristo Burguera, Pbro. O. M. en la Residencia de Lebrija.

S. E. Rvma. el Arzobispo, mi Señor, se ha servido conceder su autorización y licencia, para que pueda imprimirse y publicarse el 2.º tomo de la obra titulada: ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA, mediante á que, según la censura, nada se halla en ella que se oponga á la fe y buenas costumbres y podrá ser un auxiliar poderoso del renacimiento eucarístico de nuestros días y fomentará la piedad de los fieles y su devoción práctica al Sacramento del Amor.

Lo que de orden del mismo Rvmo. Prelado participo á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Sevilla 31 de Enero de 1903.

Manuel Jiménez.

R. P. Fr. Amado de Cristo Burguera, Pbro. O. M. en el Convento de Lebrija.

S. E. Rvma. el Arzobispo, mi Señor, ha tenido á bien conceder su autorización y licencia para que pueda imprimirse y publicarse el 3.º y último tomo de la obra intitulada: ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA mediante á que, según la censura, se halla en un todo conforme á nuestra santa Fe, y con la misma abundancia de doctrina, claridad de método y copia de erudición y pureza de lenguaje y estilo que los anteriores.

Lo que de orden del mismo Excmo. y Rvmo. Prelado participo á V. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde á V. R. muchos años.

Sevilla 5 de Febrero de 1904.

Manuel Jiménez.

R. P. Fr. Amado de Cristo Burguera, O. M. en el Convento de Lebrija.

(Hay sus correspondientes sellos).

CATÁLOGO

DE LOS AUTORES CONSULTADOS PARA LA FORMACIÓN DE LA PRESENTE OBRA

A más de las Sagradas Escrituras y obras de los Santos Padres, relativas al Misterio Eucarístico fueron de particular atención las siguientes:

A

Aceña.—Collectio conciliorum.
Agreda.—Ven. Sor María de Jesús de: Mística Ciudad de Dios.
Alcubilla.—Jurisprudencia penal.
Alfonso de Castro. (Fr. O. M.—Adversus diversas haereses.
Alfordo.—Annales Britannorum.
Amat.—Tratado de la Iglesia de Jesucristo.
Almeida, Teodoro.—Sermón de la institución del Smo. Sacramento.
Alonso de Rivera. (Fr).—Historia sacra del Smo. Sacramento contra las herejías de estos tiempos.
Alvaro, Pelagio.—De planctu Ecclesiæ.
Alva. O. M.—Armamentarium Seraphicum pro titulo Immaculatæ Conceptionis, et Regestum etc.
Annalecta Juris Pontificum.
Angel de Pas. (Bto.) O. M.—Commentarium in S. Marcum.
Annato.—De hæresibus.
Antoninus á Florentia. (S.).—Serm. Feriæ V. in Cœna Domini.
Anastasius Bibliothecarius.
Aringo.—Roma Subterránea.
Argaiz.—Series episcoporum Ecc. Lucensis.
Artaud de Montor.—Historia de los Soberanos Pontífices.
Assemani.—Biblioteca Oriental.
Augusto, Nicolás.—Estudios filosóficos.

B

Balmes.—Filosofía Fundamental.
Baronnii.—Annales cum critica Pagii; editio Pisana.
Barrufaldo.—Expositio ritualis Romani.
Belarmino.—De Doctrina Christiana.
Berengario.—De Eucharistia.
Bergier et Le-Noir.—Dictionnaire Theologique aproprié au mouvement intellectual.

Bernardinus Senensis. (*S.*) *O. M.*—Tractatus et serm. super Eucharistia.

Bernardus de Bolonia. (*Fr.*) *O. M.*—Tractatus de Eucharistia.

Berti, Laurentius.—Dissertationes in H. Ecclesiasticam.

Bigne. O. M.—Bibliotheca veterum Patrum.

Billuart.—Cursus theologicus.

Bollandini fratres.—Acta sanctarum quotquot toto orbe colluntur.

Bona, card.—Rerum liturgicarum.

Bossuet.—Variaciones de las iglesias protestantes.

Bonix.—De Jure Liturgico.

Blosio.—Explicación de la Pasión del Salvador.

Breviarii.—Romano-Seraphicum; Rom.-August.; Rom.-Carmel.

Bonaventura, card. (*S.*) *O. M.*—Opera Omnia. Editio noviss.

C

Calmet.—Commentaria in Scripturam.

Cano, Melchor.—De locis theologicis.

Cárdenas.—El derecho moderno. Revista de jurisprudencia y administración.

Carolus Borromeo. (*S.*).—Serm. in festo Corp. Christi.

Carpo. O. M.—Ordo officiorum.

Cartagena. P. Joannes. O. M.—De Augustissimo Sacramento Eucharistiæ. lib. IX. et homiliæ.

Casanueva.—Ejemplos.

Castaldo.—Práctica de liturgia.

Carulla.—La Civilización.

Casiodoro.—Historia Tripartita.

Cathechismus Sti. Pii V.

César Cantú.—Historia universal.

Cocquelines.—Bullarium Magnum.

Códigos españoles concordados y anotados.

Collectio conciliorum.—Martini Bracharensis.

Company, Joaquín. O. M.—Vida del Beato Nicolás Factor.

Conocimiento de Jesucristo.

Constitución y leyes orgánico administrativas de España.

Cornejo. O. M.—Crónica Seráfica.

Cornelius Alápide.—Commentaria in Universam Scripturam.

Corpus Juris Civilis.

Corpus Juris Canonici.

Coulin.—La Virtud Angélica.

Craisson.—Elementa Juris Canonici.

Crasset.—Consideraciones sobre el Smo. Sacramento.

Crónicas del primero y segundo Congreso Eucarístico de España.

Crónica de Bélgica.

D

Dicastillo, Joannes.—Tractatus de Eucharistia.
Diccionario de las herejías por varios literatos españoles.
Dictionaire canonique.
Dupasquier. O. M.—De Eucharistia.
Durando.—Rationale divinorum officiorum.

E

Elbel, Benjamín. O. M.—Tractatus de Eucharistia.
Elgener.—Theologia Scholastica.
Escolano, Gaspar; y Perales.—Historia General de Valencia.
Espinosa, P. Fr. Manuel. O. M.—Sermones del Smo. Sacramento.
Esteban, obispo Edenense.—De Sacramento Altaris.
Estella (Ven. Diego de) O. M.—Meditaciones devotísimas del Amor de Dios.
Engenius IV.—Decretum ad Armenos.
Eusebio.—Historia Eclesiástica.

F

Faber Guillermo.—The Bleseel Sacrament. Book, I.
Falise.—Responsiones S. C. Indulgentiarum.
Feller.—Catecismo Filosófico.
Ferraris. O. M.—Prompta Bibliotheca Canonica.
Ferreiro.—Arqueología Sagrada.
Ferreiro.—El Priscilianismo.
Fleury.—Costumbres de los primeros cristianos.
Flórez.—España Sagrada.
Floro.—Expositio Missæ.
Franciscus Asisien (S.) et S. Antonius de P.—Opuscula diversa.
Frassen. O. M.—Scotus academicus.
Francisco de Sales. (S.)—Introducción á la vida devota y Práctica del amor de Dios.

G

Gabriel Biel de Spira. (Ven.) O. M.—Serm. II. in festo Corp. Christi.
Gattico.—De usu altaris portatilis.
Gaume.—Catecismo de Perseverancia.
Gavanto.—Thesaurus sacrorum rituum.
Gerbet.—Consideraciones sobre el dogma generador de la piedad católica.
Gerónimo de la Concepción (P.)—Cádiz ilustrada.

Guitmundo.—De veritate Eucharistica.
Gonet.—Tractatus de Eucharistia.
González Carvajal.—Exposición de los salmos.
González (Fr. Eusebio). O. M.—Crónica Seráfica.
Glorias de España.
Grabbe.—Collectio Conciliorum.

H

Hennus. O. M.—Theología dogmático-scholástico-moralis.
Henriberti Ros Weydi.—Vitæ Patrum.
Henrión.—Historia Eclesiástica.
Hugo á S. Victore.—Serm. XXVII.
Hugo de S. Caro.—Expositio Scripturæ.

CH

Chardon.—Historia de los sacramentos, adicionada por Echaudi.
Cherancé. (P.)—O. M. Vida de S. Francisco de Asís.
Cherubini.—O. M. et alii tres. Magnum Bullarium Romanum.

I

Isidorus (S.)—De Eucharistia.
Iturri (P.)—Explicación de la Doctrina Cristiana.

J

Juan de Rivera (Bto.)—Sermón con motivo de la expulsión de los moriscos de España.
Juan de Avila (Bto.)—Tratado del Smo. Sacramento.

L

Lafuente, Modesto.—Historia General de España.
Lafuente, Vicente.—Historia Eclesiástica de España.
Lambertinius card. postea Benedictus XIV.—De festis, et de Sacrificio Missæ.
Lámpara del Santuario.—Reseña histórica del Renacimiento eucarístico en España.
Lanfranco.—De Eucharistiæ Sacramento.
Launza, P. Jerónimo.—Sermón del Jueves Santo.
Laurentii Justiniani (Sti.)—Opera.
Le-Blanc.—Commentaria in Psalmos.
Leonardo de Porto Mauricio (S.)—O. M. Tesoro escondido.
Le-Brun.—Explicatio Missæ.

Lehmkuhl.—Tractatus de Eucharistia.
Ley de Enjuiciamiento civil.
Leyenda de oro, ó vidas de los santos.
Ligorius (S.)—Opera omnia.
Lira, Nicolás.—O. M. Glossa Magna et Postilla sup. Script S.
Liturgiæ.—Sti. Jacobi, Sti. Justini, Sti. Marci, Sti. Joannis Chrisostomi, Etiopicorum Missa, et alteræ orientales, Ambrosiana, Mozarabica, Galicana et Romana.
Lobera.—El por qué de las ceremonias de la Misa.
Lorenzana.—Collectio sanctorum PP. Ecclesiæ Toletanæ.
Lugo.—Commentaria in Scripturam.
Lulio (Bto. Raimundo).—O. M. Virtudes en la filosofía moral.
Luis de León (Fr.)—Los nombres de Cristo.
Luis de Granada (Fr.)—Meditaciones.
Luis de la Puente (Fr.)—Meditaciones espirituales.

M

Maldonado.—Commentaria in Scripturam.
Mammachi.—Antiquitates Romanæ.
Mariana.—Historia de España.
Martene.—De antiquis Ecclesiæ Ritibus.
Martigny.—Diccionario de antigüedades cristianas.
Martínez de la Parra. P. Juan.—XII pláticas sobre la Eucaristía.
Mellado.—Diccionario enciclopédico universal.
Menarduz.—Notæ et observationes in librum sacramentorum Sti. Gregorii P.
Merato.—De re liturgica.
Metafraste.—Historia sanctorum.
Migne.—Theologia et commentaria in Scripturam.
Moigno, Francisco M.ª—Esplendores de la Fe.
Molina.—Del Sacrificio de la Misa.
Monacelli.—Formulario legal práctico.
Montnori.—Glorias del nombre de Jesús
Moreri.—Diccionario histórico.
Morino.—De sacris ordinibus.
Morgado.—Historia de Sevilla.

N

Natal, Alejandro.—Commentaria in S. Thoma.
Nicéforo, Calixto.—Historia Ecclesiástica.
Nicolás, Antonio.—Vetus Bibliotheca.
Nieremberg.—Obras filosóficas.
Novísima recopilación de las leyes de España.

O

Odón de París.—De Eucharistia.
Odón de Camera.—Expositio sacri Canonis.
Osio.—De confessione catholica.

P

Pacheco, D. Francisco.—Comentarios sobre el Código Penal.
Pagi junior.—O. M. Vitæ Romanorum Pontificum.
Palafox.—Año espiritual.
Patuzzi.—Tractatus de Eucharistia.
Pedro Blesense.—Epístola CXXIII ad Richardum.
Petri Damiani (Sti.)—Opera.
Petrus Lombardus.—Libri IV. Sententiarum.
Pedro de Alcántara. (S.)—O. M. Meditaciones espirituales.
Pernjo.—Apologista Católico; y Diccionario de Ciencias eclesiásticas.
Philón.—Libro de Cain y Abel.
Philón.—Commentaria in Cantica Canticorum.
Pontifical Romano.
Prieto.—Psalmodia Eucarística.
Psello.—Commentaria in Cantica Canticorum.
Pueyo.—Collectio maxima conciliorum Hispaniæ.

R

Ramiere.—Apostolado de la oración.
Raulica, P. Ventura.—Armonías de la Eucaristía
Real Academia de la Historia.—Las siete Partidas de Alfonso X.
Reinffenstuel. P. Benjamín.—O. M. De Eucharistia.
Reglas de las cuatro Órdenes monacales primitivas.
Revistas; Crónica Contemporánea y Lámpara del Santuario.
Ribadeneira.—Flos sanctorum.
Ricardo de S. Victor.—Lib. IV. de Trinitate.
Risco.—España Sagrada.
Rituales.—Romano, de Obispos y de algunas Iglesias particulares.
Romero Girón y García Moreno.—Colección de instituciones políticas y jurídicas de los pueblos modernos.
Ruinart.—Actas verdaderas de los mártires.
Rupertus abbas.—De officiis divinis.

S

Saenz de Urturi (Rmo. P.)—O. M. Historia de los mártires de Damasco.
Sala.—De rebus liturgicis.
Sammone, obispo de Gaza.—De Sacramento Altaris.

Sandelio.— De Sinaxis christianorum.
Sancho.—Cuestiones litúrgicas.
Selvagio.—Antiquitatum christianarum institutiones.
Schoupe.—De interpretatione Scripturarum.
Scotus. (*Ven. Dunsius*).—O. M. De Eucharistia, edit. paris.
Sgambati.—O. M. Tractatus de Eucharistia.
Sinodus Petricoviensis.
Sofronio (*S.*)—Prado Espiritual.
Soto, Domingo—Commentaria in Sententiarum libros.
Surio.—Vitæ sanctorum.

T

Tamayo.—Martirologio Hispano.
Teodoreto.—Commentaria in Scripturam.
Teofilacto.—Idem idem idem.
Teofilo, (*S.*) patriarca alejandrino.—Comment. in Evangelia.
Teresa de Jesús (*Sta.*)—Obras.
Tirino.—Commentaria in Matheum.
Titelmanus, Franciscus.—O. M. Comment. in Psalmos.
Thomas Aquinatis. (*Sto.*)—De Eucharistia.
Thomas á Villanova. (*Sto.*)—Sermo super hac verba: Notas facite etc.
Torquemada. card.—Opus Sacrament. Eucharistiæ.
Tournelli.—De Eucharistia.
Toledo—Idem idem.
Tratado de las ceremonias de la Iglesia Romana.

V

Vicent. P. Antonio.—Socialismo y Anarquismo.
Vincentius Ferrarius (*S.*)—Sermo II de Corpore Christi.
Villanueva.—Ejemplos.
Villanuño.—Collectio Conciliorum.
Vives, Luis.—De veritate fidei catholicæ.

W

Wisemán.—Fabiola.

Z

Zurita.—Anales de Aragón.

PRÓLOGO

I

LA EUCARISTÍA Y LOS ASUNTOS QUE Á ELLA RESPECTAN

Abismo de estupendos prodigios, manantial de vida fecunda, expresión del amor eterno, compendio de las maravillas de la Omnipotencia. Dios-Hombre entre los hombres para sustento de los mismos hombres: he aquí en corto y humilde diseño al adorable Misterio de la Eucaristía. objeto de la presente Obra. Por cierto que la hermosa creación enumera preciosos arcanos y la Católica Iglesia cuenta con augustos sacramentos, pero ninguno tan bello, ninguno tan admirable, ninguno tan excelso como el Venerable Sacramento del Altar. Lo que es el corazón para el organismo humano y el espíritu para la vida racional y la luz para el universo y el calor para las plantas: es la Eucaristía para la Iglesia y para todo el mundo. Si Dios no hizo merced á pueblo alguno como la concedió al pueblo cristiano, si jamás descubrió su gran poder, ni su infinita sabiduría, ni su excesivo afecto hacia el hombre como en la institución del Sacramento Santísimo, última línea trazada por el dedo divino, es consecuente que demostremos de algún modo nuestra gratitud hacia el Altísimo. Y esta demostración de fina correspondencia

la hemos de patentizar estudiando sus maravillas, observando sus finezas, admirando sus bellezas y registrando lo que á favor nuestro ha practicado en veinte siglos su amor. Hemos de escudriñar, asimismo, lo que los hombres han trabajado en apoyo, defensa y alabanza de este Santo Misterio; ver las relaciones que los demás seres, las ciencias, las artes y las industrias humanas guardan con un Arcano tan inefable; amar, en una palabra, porque bien sea estudiar ó escribir, meditar ú orar, conferenciar ó predicar, si se practica en obsequio de este adorable Misterio, todo es amar.

II

RAZÓN DE ESTA OBRA

Y todo esto, ¿por qué? ¿Existe en nuestra época alguna razón particular que exija imperiosamente un estudio especial, extenso y profundo de la santa Eucaristía? Hoy que los profanos en las ciencias así como las clases ilustradas, abandonando las obras de fondo y en general los estudios serios, se dejan llevar inconscientemente del furioso vendaval del periodismo que todo lo agita, lo involucra y lo arrolla; hoy en que el óptimo gusto por la lectura de los libros de ciencia está completamente estragado, despreciándose, sin examen, los tratados extensos con sus pacientes autores, ¿habrá quien se dedique á la constante lectura de una obra didáctica como la que ofrezco al público? ¿habrá quien estudie detenidamente, ó al menos lea por invertir bien el tiempo, asuntos referentes al bello Sacramento, siendo así que es suficiente para muchos, ver ú oir el nombre

de asuntos religiosos para mover la cabeza en señal de desprecio? Entonces, ¿para qué consumir interminables días, meses y años en la composición de una Obra de fondo, con perjuicio de la salud, peligro de la vida y menoscabo de intereses?

El hombre de estudio, el que ama el saber y corre, sin precipitarse, tras un fin de general interés, no repara, no puede reparar en ninguna de las anteriores objeciones. Practica el bien, y lo practica para todos en cualquiera circunstancia de la vida. Ciertamente es muy triste que semejantes argumentos constituyan en nuestros aciagos días una amarga realidad: mas el que busca el fin noble y santo procura vencerlos y superarlos con la invicta paciencia y la alegría de ánimo, esperando en el imparcial juicio del pequeño mundo sensato y en la más que justa remuneración del Altísimo, el premio de todos sus afanes.

He ahí por qué ni la moda del periodismo que impide los estudios detenidos, ni el pavoroso sistema de descatolización que resta numerosos discípulos al Crucificado, ni, en consecuencia, los escasos lectores que pueda haber para ojear nuestra Obra, me arredraron jamás para su composición y publicación. Estoy íntimamente persuadido que de su asidua lectura se reportará inmensa utilidad en los varios órdenes de la vida, como asimismo, su gran necesidad es evidente.

III

SU UTILIDAD Y NECESIDAD

Al componerla fué mi ideal que, si Dios recopiló elocuentemente sus maravillas en el Sacramento

Santísimo, debería yo, por gratitud, hacer patentes dichos prodigios y bellezas en una *Suma* que fuera digna de la grandeza del Dios Sacramentado y que llevase por título: ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA, la que abarcase todo cuanto es este admirable Misterio y sus íntimas relaciones con todas las demás obras del universo. En este concepto presento una Obra completa de doctrina eucarística.

Un siglo como el presente, cuajado de racionalismo é indiferentismo religioso: un siglo en que todo se indaga, particularmente la historia, á la que con gran facilidad se involucra y falsea para arrojarla en rostro del Catolicismo; un siglo de sabios á la violeta, en que con poco trabajo científico y menos discurso se quiere aparecer como erudito; un siglo, finalmente, metalizado en punto á devoción: tiene verdadera necesidad de una *Enciclopedia eucarística* que desengañe á los desdichados, estimule á los católicos de buena fe, y alimente la llama poderosa de la piedad cristiana. Además; siendo nuestra época por excelencia, eucarística, y tomando plausiblemente gran incremento las Congregaciones religioso-eucarísticas, las Cofradías de índole semejante y las Obras sacramentales, sobre todo, la Adoración Nocturna y los Congresos Eucarísticos: he creído hacerles un obsequio, aunque humilde, pero de notable trascendencia, si se sabe ó se quiere aprovecharlo, presentándoles dilatada y variada materia que servirá al propio tiempo de recreación intelectual, moral y religiosa á todos y cada uno de sus respectivos miembros, para bendecir una y mil veces más al Divino Misterio.

Existen, ciertamente, racionalistas que, infatuados con su pretendida ciencia, niegan en absoluto el dogma de la Eucaristía por considerar en él (dicen) un absurdo evidente: existen herejes que, interpretándolo á su manera, rechazan parte de su substancia; existen despreocupados ó espíritus fuertes que, envalentonados con su orgullo, son indiferentes á la fe católica; hay cristianos relajados que, olvidados de la justicia eterna, se han separado del Manjar de la vida; los hay tibios que ignoran las dulzuras que se otorgan á los que comulgan con fe devota; los hay, finalmente, valientes en la piedad cristiana que se esmeran en amar de cada día más al Dios del Sagrario. Para todas estas clases de personas ofrezco abundante materia en esta Obra: á los incrédulos con la parte filosófica, á los herejes con la teológica y expositiva, á los despreocupados con la científica é histórico-crítica, á los relajados con la moral-litúrgica, á los tibios con la oratorio-ascética, y á los fervorosos con la mística. He aquí por lo tanto, el primer objeto de mi humilde trabajo. Asimismo forma parte principal del referido objeto, el deseo de dar á la ciencia eucarística toda la extensión que requiere y posible sea, hermanada con la más estrecha unidad, de lo cual dará precisa idea el Plan general de la Obra que detallaré en el párrafo siguiente.

En estos asuntos hay un punto de trascendencia capital que no debe por menos de llamar la atención. Del siglo XIV á esta parte, la generalidad de los escritores, incluso los contemporáneos, con muy pocas excepciones, que se han ocupado del Misterio de los

altares, han tenido una especie de gusto, declinado ya en costumbre, de exponer y probar este augusto Sacramento con la autoridad del Doctor Angélico, excluyendo en general las de los demás doctores. No es mi ánimo, ni pensé jamás, imponer la más leve censura á la refulgente y segura doctrina de Sto. Tomás, ni mucho menos disminuír la autoridad de un varón por todos conceptos venerable. Lo que no apruebo es que se llenen rutinariamente los tratados de la Eucaristía de la doctrina del Angélico, excluyendo, ó lo que es más cierto, olvidando por falta de esmero en el trabajo las de otros teólogos y santos que, así como incluyendo también las de estos doctores, enriquecerían los asuntos eucarísticos; lo que se consigue con la práctica opuesta es no adelantar nada en sentido progresivo, pues se repite siempre una misma cosa. No seré yo de estos últimos, á cuyo fin escogeré las diversas autoridades más bellas y oportunas que encuentre.

IV

IDEA DETALLADA DE ESTA OBRA

Mucho se ha escrito referente á la Santa Eucaristía. Obras colosales dieron á luz los escolásticos sobre la parte teológica, extensos tratados los santos Padres relativos á la expositiva, libros difusos eminentes doctores en cuanto á la moral, volúmenes respetables los liturgistas respecto de la disciplina, sermones elocuentes los predicadores tocante á la oratoria, devotos capítulos los amantes del Sacramento acerca de la ascética, bellísimas meditaciones los santos

en punto á mística: pero tantos y tan excelentes trabajos, por lo mismo que son vastísimos y redactados muchos de ellos en lengua latina ó extranjera, no podían estar en manos de todos los amantes de la ciencia y arte eucarísticos, á más de que, abundando en conceptos al presente innecesarios, y careciendo de otros utilísimos que únicamente pudieron facilitar los tiempos modernos con sus legítimos descubrimientos y adelantos, si los hacían por una parte no legibles exigían por otra nuevos tratados sobre el propio asunto que, olvidando lo primero, no reposasen hasta conseguir lo segundo. He ahí por qué se hace no sólo útil y conveniente sí que también indispensable la Obra que ofrezco al público en la que, evitando toda superfluidad, he procurado contenga toda y sola doctrina eucarística necesaria y útil según las exigencias contemporáneas.

El aspecto *expositivo-exegético* que abarca el antiguo y nuevo Testamento, aliados en defensa de la realidad eucarística, con la afluencia de autoridades bíblicas, rabínicas, patrológicas, conciliares y doctorales, perfectamente armonizadas, ha resultado un trabajo propiamente especial.

El *filosófico-teológico,* asimismo, bellamente combinados se aunan para probar en todas sus circunstancias y de todos los modos posibles el Misterio del Amor. La tradición en pleno, los adversarios de la Eucaristía, las ciencias, las artes, la industria, el comercio, la agricultura, la economía social, la civilización en general, los milagros y monumentos se agolpan sin confundirse ni violentarse para robuste-

cer el aspecto *científico.* Los capítulos que se ocupan de la Eucaristía y las Bellas Artes, las Ciencias, las Industrias, la Economía, la Civilización universal, las Sectas disidentes, forman cada uno por separado un verdadero y extenso tratado en el que, como todos los demás asuntos relacionados con la Eucaristía. objetos al propio tiempo de esta Obra, se agota, en cuanto cabe, la materia.

El *histórico-crítico* tan excelente, útil, y aún necesario en nuestros días, y que puede acarrear gloria tanta á la Eucaristía, es el que en todas las épocas y sobre todo en la nuestra, ha sido objeto menos digno de la atención y celo de los católicos. Sólo de poco tiempo acá han sido dados á luz algunos tratados con el nombre de: *Historia de la Eucaristía; Reseña histórica de la Eucaristía,* ó *La Eucaristía en la historia*; pero los que tenían mayor razón de serlo eran únicamente regionales; los demás, y todo cuanto se ha publicado en este concepto es, sin faltar á la verdad, muy insuficiente para llenar con perfección el referido objeto histórico-crítico. Yo, empero, he procurado hacer de este hermoso tratado una obra completa, registrando para el efecto los santos Padres y autores antiguos, revolviendo del sucio polvo muchas historias y cronicones eclesiásticos olvidados. y entre aquéllas he ojeado enteramente los Anales de Baronio y estudiado otras historias particulares y monumentos, indicados ya en el índice alfabético de autores consultados.

El lector juzgará con desapasionamiento el ímprobo trabajo histórico-crítico que le presento. Él solo cons-

tituye una obra nueva en su fondo y forma, estudiando y depurándose todo lo que le respecta, según se indica en el *Plan de esta Obra*. Pero he añadido todavía algunas bellas notas que refuerzan la grata armonía que este asunto ofrece y que viene á constituír un aspecto artístico. Son las ilustraciones. De éstas diré únicamente que forman por sí mismas un hermoso tratado práctico sobre la Santa Eucaristía, universalmente considerada. Es la Enciclopedia práctica que he añadido á la Enciclopedia teórica. Es un verdadero *Museo Eucarístico Manual*, en el que se exhibe el arte eucarístico. Nuestras ilustraciones, con gran trabajo buscadas y con no menos delicadeza escogidas, muchas de ellas no publicadas hasta ahora *, lo dicen y lo expresan todo. El historiador como el teólogo y el filósofo, el arqueólogo como el artista considerado en general, y el anticuario como el crítico, encontrarán vasta materia para ilustrar sus útiles conocimientos. Ellas todo lo patentizan: litúrgia, jerarquía, disciplina, predicación y símbolos; vestidos clericales, ornamentos, vasos, utensilios y edificios sagrados; la alegoría, la miniatura, la pintura, el relieve, la escultura y la música; actos y ceremonias religioso-eucarísticos y milagros: en una palabra: la ciencia, el arte y la industria en continuo ejercicio á favor del Sacramento Smo. Es esta labor un perenne, fiel y bello testigo de lo que Jesucristo Sacramentado ha obrado por los hombres y lo que

(*) La estrellita en la parte inferior del grabado significa que éste no había sido publicado todavía.

éstos, en agradecimiento y obsequio, han practicado á su favor. ¿Qué más? La ciencia como el arte sabrán agradecer el costoso trabajo que en esta Obra ofrezco, tanto más cuanto que es hoy la ciencia arqueológica con mucha avidez buscada y con no menos detenimiento estudiada, no sólo de parte de los anticuarios, sino más principalmente de parte de los investigadores de los orígenes, costumbres y usos religiosos. En este número de hombres científicos entran no pocos adversarios de la Religión Católica que, al indagar sus legítimos y fundados orígenes y su bella práctica no interrumpida en toda la serie de los siglos cristianos, reforman sus enormes prejuicios contra la Iglesia de Jesucristo, la respetan y la admiran. Por otra parte, los célebres arqueólogos católicos, valiéndose de los materiales de aquéllos y de los suyos propios, de tanta ó más valía que los anteriores, levantan el grandioso edificio artístico-eucarístico que consolida nuestras santas creencias, abre nuevos horizontes á la ciencia, al arte y á la piedad, y sella la inmunda boca de nuestros adversarios. Son, por consiguiente, semejantes trabajos bellos, útiles é indispensables, razón por la cual los hemos tenido muy presentes al componer esta Obra.

Los aspectos *moral-jurídico* y *litúrgico-ceremonial* están estudiados de un modo particular. Como sobre ellos se ha escrito mucho y con acierto y sus obras se hallan en manos de todos los sacerdotes, he procurado compendiar brevemente su doctrina, á fin de que pueda estar en manos de todos y no sea objeto de deficiencia en la presente Obra.

El *oratorio-ascético* es digno de alguna atención. Su sección primera abarca los discursos originales y de cuestión palpitante. De éstos nada diré, sino que siendo altamente predicables, he procurado sirvan para despertar á los que duermen, levantar el espíritu decaído de muchos católicos y abrir los ojos á los desdichados. Su segunda y tercera sección se ocupan de las infinitas bellezas de la Santa Eucaristía, considerada como Sacramento, Sacrificio y Viático, y tanto la una como la otra sección, ofreciendo doctrina segura y amena, son asimismo predicables. Algunos capítulos llevan al final un ejemplo con objeto de despertar la devoción hacia el augusto Sacramento.

El aspecto *místico* se halla subdividido en dos atractivos asuntos: los gratos Coloquios con Jesucristo Sacramentado y las Meditaciones eucarísticas que á Él elevan. Tanto los unos como las otras van gradualmente pulsando el corazón humano, para conseguir de éste que emita dulces armonías á los celestiales oídos de Jesucristo.

Todos estos variados trabajos, aunque incluídos en tres gruesos tomos á que se refiere la censura y aprobación anteriores, empero, á fin de que fuesen más fáciles de manejar y, atendido, asimismo, al número extraordinario de ilustraciones, los he distribuído en seis considerables volúmenes, colocando los grabados en los tomos 3.º y 4.º, su lugar correspondiente.

Veamos ahora de un solo golpe de vista cual sea el:

V.-PLAN D

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

TOMOS I Y II	PARTE I Expositivo-exegético-filosófico-teológico-cie de la Eucaristía
TOMOS III Y IV	PARTE II Histórico-crítico-artística de la Eucarist
TOMOS V Y VI	PARTE III Moral-jurídico-litúrgico-ceremonial de la Eucaristía
	PARTE IV Oratorio-ascético-mística de la Eucaristí

ESTA OBRA

TRATADO I. *La Eucaristía defendida.*

Se patentizan todos los recursos que están á nuestro alcance para exponer, demostrar, confirmar y defender el dogma de la Eucaristía.—Sagrada Escritura, Sibilas, Rabinos, Filosofía, Teología, Stos. Padres, Doctores, Papas, Concilios, Mártires, Confesores, Fundadores, Reyes, Ascetas, Vírgenes, Milagros, Ciencias, Artes, Agricultura, Industria, Comercio, Economía, Civilización, Iglesias orientales, Religiones apocrifas y Herejías.

TRATADO II. *El Cantar de los Cantares apoyando el dogma de la Eucaristía; ó exposición exegético-eucarística de este sagrado Libro.*

Continuación de la parte expositivo-exegética de la Eucaristía.

TRATADO III. *La Eucaristía y las tres Iglesias militante, purgante y triunfante.*

Historia universal de la Eucaristía, considerada como Sacramento, Sacrificio y Viático.

En ella se trata de las iglesias subterráneas y públicas, oratorios, basílicas y diversas clases de monumentos, símbolos é inscripciones eucarísticos y objetos histórico-litúrgicos, obras literarias, controversias, varones célebres, culto y liturgias, procesiones y asambleas, vestidos y muebles, leyes y decretos canónico-civiles, costumbres eucarísticas, generales y particulares de los pueblos, etc. con preciosas ilustraciones que la comprueban; y va precedida de una breve reseña histórica acerca de la vida y costumbres de los primeros cristianos, como reconociendo por base al Sacramento del Amor.

TRATADO IV. *Disciplina eucarística.*

Abraza en breve compendio todo lo relativo á las secciones mencionadas, constituyendo á la par que un completo estudio, un perfecto manual eucarístico.

TRATADO V. *Bellezas de la Eucaristía.*

Ministerios que Jesucristo desempeña en el Sacramento del Altar.

Discursos eucarísticos originales de actualidad.—Sermones y capítulos predicables de nutrida y amena lectura sobre asuntos que indica este tratado, con notables ejemplos escogidos para el caso.

TRATADO VI. *Dios y el alma.*

Virtudes que Jesucristo practica desde la Eucaristía y que nos propone imitar.

TRATADO VII. *Bases de meditación eucarística.*

Breves puntos sobre los que podemos ejercitarnos en la meditación doctrinal, moral, histórica y ascética de la Eucaristía, propia para las personas de oración.

VI

ADVERTENCIA Y RUEGO

Este plan y su desarrollo completo es el resultado de más de dos lustros de estudios continuados sobre la Eucaristía y en los que he tenido que vencer no pocas dificultades. El Señor, á quien con la humildad más profunda y sincero respeto confesamos y adoramos bajo los místicos velos de pan y vino, me ha otorgado suficiente actividad y constancia. De otro modo era absolutamente imposible que un franciscano, solo, sin más apoyo y recursos que su celo, hubiera podido terminar con felicidad un trabajo superior á sus fuerzas.

Creo que los lectores acogerán esta labor, no con ánimo de zaherirla mediante una irreflexiva crítica, sino con el deseo de aprovecharse de su doctrina. No he pretendido remontarme en alas de sublime elocuencia, ni de brillante fantasía, porque á más de que no ha sido este mi objeto, he escrito para todos. Si mi composición no gusta al lector en la forma que la presento, atribúyalo, si quiere, á mi escaso gusto estético, pero le ruego encarecidamente que antes de juzgar lea y medite tres veces el asunto, y ciertamente reformará su juicio, obteniendo de su lectura algún provecho positivo. Prevéngase que mi ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA no es una obra literaria, en las que se van á ostentar las galas de una belleza artística, antes bien: una obra enteramente seria, en la que se pretenden llenar cumplidamente los objetos indicados.

De paso advierto que en mi Obra se notará algu-

na pequeña variedad en el estilo, debido únicamente á la diversidad de los tiempos en que fué redactada; la experiencia, la práctica y el estudio, introducen siempre alguna modificación en las composiciones que pueda ejecutar en diferentes años un mismo autor, sobre todo, si la época en que se escribió se extiende á un número de años como el indicado.

Después de estas ligeras indicaciones me resta animar al lector á que tenga particular devoción á la Santa Eucaristía, principio y fuente de todo bien, y que para estimularse á Ella lea detenidamente los tratados que la estudian. Para llevar una vida de cristiano es preciso amar, porque el que no ama está en la muerte. (1) Si Dios es caridad, y el Hombre-Dios en el Sacramento posee esta hermosa caridad como en su foco ¿en qué pensamos cuando no la solicitamos de Jesús Sacramentado? En el Sacramento Eucarístico radica nuestra felicidad, y la vida del cristiano debe sintetizarse en la Eucaristía. Amemos, pues, la Eucaristía, y publiquemos sus glorias.

Concluyo: frecuéntense más los templos y las Comuniones; haya más amor práctico á Jesucristo Sacramentado, y si todo esto obtengo de mis humildes escritos, me doy por bien retribuído.

El Autor.

Estepa—Sevilla—8 de Diciembre de 1904.

---

(1) I Joan. III, 14.

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

PARTE I

EXPOSITIVO-EXEGÉTICO-FILOSÓFICO-TEOLÓGICO-CIENTÍFICA DE LA EUCARISTÍA

TRATADO I

LA EUCARISTÍA DEFENDIDA Y CORROBORADA

SE PATENTIZAN TODOS LOS RECURSOS QUE ESTÁN Á NUESTRO ALCANCE PARA EXPONER, DEMOSTRAR, CONFIRMAR Y DEFENDER EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se.
Psalmus CX, 4.

El Señor misericordioso y compasivo hizo un compendio de sus maravillas, dando un manjar á los que le temen.
Salmo CX, 4.

ADVERTENCIA

He distribuído el presente tratado en cuatro secciones, que tienen por objeto la exposición, demostración, confirmación y defensa de nuestro Dogma eucarístico. Para la primera sección he procurado aducir todas aquellas autoridades bíblicas que expresa ó tácitamente hablan de la Eucaristía, juntamente con las interpretaciones que las dan los santos padres, los doctores católicos y rabinos; las partes filosófico-teológica, objeto de la segunda sección van enlazadas de

tal suerte que ambas prueban á la vez un mismo asunto á medida que éste es propuesto; en la tercera sección entra á formar parte la Tradición religiosa; y en la cuarta se alegan los testimonios que ofrecen los milagros, las ciencias, las artes, la industria, la civilización en general y las religiones apócrifas como confirmando el presente Misterio, y se defiende, en último término, la verdad de nuestro Dogma contra las herejías antieucarísticas de todos los siglos.

SECCIÓN I

TESTIMONIOS QUE EXPONEN EL DOGMA EUCARÍSTICO

CAPÍTULO I

Idea de los Sacramentos en general y del adorable Sacramento de la Eucaristía en particular

La Redención. Esa hermosa palabra que, llevada en boca de los profetas, repercutió por los ámbitos del mundo conocido; esa hermosa palabra que, grabada hasta en los duros mármoles, cautivó dulcemente á las generaciones primitivas; esa hermosa palabra que tuvo bastantes energías para suavizar tantas penas, enjugar tantas lágrimas y devolver á las conciencias la única esperanza de salvación: es la palabra grande, es la palabra mágica cuya bella idea se sintetiza en el rescate del hombre, en su elevación, en la salvación eterna del linaje humano. La muerte ignominiosa del Hombre-Dios fué ciertamente el precio infinito de esa Redención sublime, mas fué un precio general que para que alcanzase su debido efecto en cada indivíduo particular necesitaba ser aplicada singularmente, y Jesucristo, á cuya previsora mirada nada pudo escapar, quiso que por varios medios se nos consiguiera esta feliz aplicación, legándonos como medios principalísimos y necesarios la recepción de los Sacramentos eclesiásticos.

I

En la Teología católica la palabra *Sacramento* recibe varias acepciones. Unas veces se toma por secreto sagrado,

otras por misterio divino y también por signo sensible de cosa sagrada. En esta última acepción debemos nosotros apreciar la voz *Sacramento* al pretender hacer un estudio brevísimo de los Sacramentos considerados en general y sumamente detenido del Sacramento Santísimo considerado en particular. Son, pues, los Sacramentos tomados genéricamente: *señales sensibles de cosa sagrada, instituídos permanentemente por Dios para significar y conferirnos la gracia santificante.*

Una ligera explicación de las palabras que anteceden bastará para percibir de un solo golpe de vista, siquiera sea en compendio, cuanto concierne á este asunto. Se dice que son unas *señales sensibles,* esto es: perceptibles á alguno de los sentidos humanos, bien sea inmediatamente,como el Santo Crisma en la Confirmación, bien por medio de otro, como el Cuerpo de Jesucristo mediante las Especies consagradas; y era de todo punto indispensable que los Sacramentos, ya que fueron establecidos para los hombres, se acomodasen también á la humana condición, siendo instituidos en forma sensible, á fin de que por esta sensible forma el hombre fuese llevado al conocimiento del orden imperceptible. Se dice: *de cosa sagrada,* bien se consideren los sacramentos como actos que se ordenan al culto divino, bien como ceremonias sagradas, ora como instrumentos de la Gracia divina con la cual se consagran y santifican los hombres. Se dice: *instituídos permanentemente por Dios,* para declararnos que ya que sólo el Omnipotente es el Autor de la Religión y de la Gracia, sólo El puede instituir los Sacramentos que en orden á la Gracia y á la Religión se ordenan. Se añade: *para significar la gracia,* porque por los Sacramentos se denota la gracia santificante, bien la gracia futura que debería concederse por la memorable Pasión del Salvador, como los Sacramentos de la Ley antigua, bien la actual que se otorga por virtud del mismo Sacramento, según acontece en los Sacramentos de la Ley de Gracia. En último término, se expresa la definición: *Para conferir la gracia santificante,* ora la interior ó renovación del alma por la cual pasa el hombre á

ser justo y santo, como sucede en los Sacramentos de la Nueva Ley, ora la exterior ó limpieza legal por la que se disponía el hombre á desempeñar legítimamente ciertos oficios mosaicos, según tenía lugar en los sacramentos de la Ley simbólica.

He ahí por que en la ley de Moisés ó en la ley escrita hubo también sus respectivos sacramentos y lo fueron ciertamente la circuncisión, la consagración de los pontífices y sacerdotes, la cena del cordero pascual, las expiaciones y purificaciones; como asimismo hubo sacramentos en la ley natural, contándose entre éstos los sacrificios y las ofrendas de los patriarcas, la imposición que Jacob hizo de sus manos sobre los dos hijos de José por la cual les adoptó y anunció su futuro destino, y ciertas bendiciones solemnes que los antiguos justos concedían á sus hijos para celebrar sus desposorios. Mas débese no olvidar que todos estos sacramentos, por más que otorgaban, merced á la fe del recipiente en el Mesías esperado, la gracia santificante, empero con la venida del Hijo de Dios quedaron abolidos absolutamente, siendo sustituídos por los admirables Sacramentos de la Ley evangélica.

Por eso denominamos Sacramento de la Nueva Ley á todo signo sensible sagrado, instituído permanentemente por Jesucristo N. Señor, que significa y produce por sí mismo en el que lo recibe, la gracia santificante. No siendo necesario insistir más en la explicación de las palabras expresadas, siquiera hagamos observar que el Hijo de Dios exclusivamente, en fuerza del amor que nos profesa y para nuestra salvación instituyó los Sacramentos de la Nueva Ley, estudiemos su número y la armonía existente entre los mismos.

Los Sacramentos, en efecto, se ordenan á dos bellos fines: Primero, á perfeccionar al hombre en las cosas que pertenecen al culto de Dios en la vida cristiana, y segundo, á poner remedio al mal del pecado (1). A la manera que las perentorias necesidades corporales, suelen ser también las

(1) D. Thomas P. III, q. 65, art. 1.

exigencias del humano espíritu, producidas indudablemente por el crimen de origen. Llagado y enfermo el hombre, efecto de esta horrible causa, necesitaba remedios proporcionados á sus graves dolencias. Sus espirituales necesidades eran múltiples, y así como respecto del cuerpo, precisa al hombre en general nacer, crecer, alimentarse, medicinarse, gobernarse, transmitir su vida para que se perpetúe en el mundo y pasar del tiempo á la eternidad: así respecto á su alma, destrozada y muerta ante los ojos divinos, le es indispensable nacer á Dios por el Bautismo, crecer y fortificarse por la Confirmación, alimentarse por la Eucaristía, medicinarse por la Penitencia, regirse por el Orden, transmitir su vida cristiana por el Matrimonio y pasar del tiempo á la eternidad por la Extrema-Unción.

¡Qué Plan tan vasto y hermosísimo es el que nos muestra la Iglesia Católica al presentarnos los Sacramentos, Plan desarrollado por Ella, ya que fué concebido y mandado desarrollar en toda su extensión por su Divino Fundador! Al regalarnos Jesús los siete bellos Sacramentos, como Maestro sapientísimo, tuvo muy en cuenta las tendencias del humano espíritu, sus aspiraciones, sus exigencias, sus necesidades; por eso instituyó los sacramentos en número de siete; no porque de todos ellos el hombre, individualmente considerado, tuviera necesidad en absoluto, sino que considerado individual y socialmente le son del todo indispensables.

Cierto es que para penetrar en la mansión eterna de los justos únicamente el Bautismo de hecho ó de deseo es absolutamente necesario al hombre; cierto es además que para el cristiano caído es suficiente la Penitencia; cierto es, finalmente, que con respecto á la Iglesia el Orden es absolutamente preciso; pero si todo esto es indudable, no deja de ser menos evidente que aun borrada por el Bautismo la culpa original queda todavía el alma debilitada y propensa á caer, por cuya razón le es forzoso recibir otro segundo Sacramento que le infunda nuevas energías á fin de poder batallar con denuedo contra sus espirituales enemigos, y á esto responde el Sacramento de la Confirmación que otorga in-

fusión plena del Espíritu Santo para obtener los fines mencionados. Tampoco deja de ser menos claro que, aun recibida la Confirmación, sigue nuestro espíritu inclinado á lo malo, fatigado por las luchas interiores y hambriento de un manjar divino que restaure á satisfacción sus fuerzas decaídas, y ¡qué bello es el Santo Sacramento del Altar cuando viene á llenar en el hombre todos estos inmensos vacíos, á servirle de inseparable dique contra sus vehementes concupiscencias, de tónico excelente en sus múltiples debilidades y de comida celestial en el hambre divino que padece! Pero todavía hay más; recibida la hermosa Eucaristía, quedamos tan ruines que incurrimos aun en mortales transgresiones; es verdad que la Penitencia nos es entonces indispensable, pero, ¿no es cierto asimismo que aún después de recibido este curativo Sacramento nos quedan penas que satisfacer, reliquias de culpas que pagar, imperfecciones y agonías de espíritu que revelan la ausencia de la santidad perfecta en nuestro corazón? Pues he aquí dispuesto otro no menos curativo Sacramento llamado de la Extrema-Unción, que en la enfermedad grave y principalmente en la hora de la muerte viene á aumentarnos la gracia divina, á extinguirnos esos rastros de la mala vida pasada, á perdonarnos los pecados veniales y también los mortales si los hubiere en cuanto que el paciente los ignorase ó no hubiera podido confesarlos, y á fortalecernos contra los violentos ataques luciferinos. En último término, es también el Sacramento del Matrimonio medio apropiado para regular y purificar los afectos desordenados de los consortes que lo han recibido con objeto de que crien hijos para Jesucristo, como asimismo es el Sacramento del Orden indispensable medio para administrar los anteriores Sacramentos y para desempeñar todas las funciones referentes al culto divino.

¡Qué orden, qué gracia, qué bella armonía se destaca en los santos Sacramentos de la Ley evangélica! Llenan á maravilla las necesidades, las aspiraciones del hombre y los fines perfectos que se propuso el Creador al establecerlos. Son los Sacramentos cadenas de oro que el Excelso arroja

sobre el hombre para aprisionarle con dulzura y tirar hacia sí cuando sea conveniente. Son dádivas preciosas de Nuestro Señor Jesucristo que nos otorga para regenerar nuestro espíritu. Son medicamentos espirituales que nos receta y ofrece el Divino Médico para sanar de nuestras dolencias. Son manantiales purísimos de gracias santificantes que brotan perennemente en beneficio nuestro. Son acueductos espaciosos por donde corre mansamente el agua de vida eterna. Son memorial perfecto de todo cuanto Jesucristo ha obrado por nosotros. Son fuego sagrado que arde constantemente para calentar nuestra fría indiferencia. Son focos intensísimos de vida sobrenatural cuyos puros destellos irradian sobre nuestro espíritu para inflamarle en deseos santos. Son, en una palabra, emanaciones divinas que se infunden en nuestro corazón para perfeccionarlo, santificarlo y divinizarlo.

¿Qué decir más de las excelentes cualidades que brillan en los Sacramentos de la Iglesia Católica? ¿Qué decir de su grandeza, de su utilidad, de su hermosura? Desde el punto de vista espiritual no hay medio en el mundo que anime, eleve, dignifique y engrandezca tanto al hombre como los Sacramentos. Ellos saturan el humano espíritu de una atmósfera despejada, ligera, clarísima, sonriente y divina. Desde el punto de vista moral los Sacramentos devuelven al hombre probo, honrado, justo y santo. Ellos destruyen el gusano del egoismo y encienden el fuego de la caridad en el cristiano hasta otorgarle el sacrificio heroico. Desde el punto de vista social, basta fijarse en una reunión de hombres cristianos que frecuenten debidamente los sacramentos y los hallaremos pacíficos, en dulce armonía, con elevación de miras, rebosando de inefable gozo y satisfacción envidiables. Ellos son los que únicamente pueden perfeccionar la sociedad y salvarla.

Sus efectos son, en verdad, seguros, eficaces, instantáneos, duraderos y eternos. Seguros, porque tienen virtud para causar la gracia que expresan; eficaces, porque obran por sí mismos, independientemente de los méritos del que

los administra; instantáneos, porque causan inmediatamente la gracia que significan; duraderos, porque mientras el receptor no ponga óbice á la gracia con pecado grave (escepción hecha del carácter impreso por el Bautismo, la Confirmación y el Orden que en todos casos subsiste) conservan siempre en aquél esta hermosa gracia; eternos, en cuanto que no sólo existirán hasta el fin de los siglos sino que su virtud hará eternamente felices á sus receptores.

Los Sacramentos del Catolicismo, por cuanto son vivificados con los relevantes méritos de Jesucristo producen unos la gracia santificante, ó sea: la unión del alma con Dios por medio de la caridad, como el Bautismo y la Penitencia, que por esta razón son denominados estos sacramentos *de muertos*. Otros aumentan esta excelentísima gracia con objeto de perfeccionar el alma, y algunas veces *per accidens*, según expresé anteriormente, causan la gracia santificante, como la Confirmación, la Eucaristía, Extrema-Unción, Orden y Matrimonio, á los que se califica sacramentos *de vivos*. Algunos imprimen indeleblemente en el alma de quien los recibe un signo espiritual por el cual el hombre se distingue de los demás, y le confieren potestad para algunos ministerios que pertenecen al culto de Dios, como el Bautismo que distingue al cristiano del infiel, la Confirmación que establece diferencia marcada en el mero cristiano y el cristiano soldado de Jesucristo y el Orden que separa en extremo al sacerdote de los seglares; y todos los sacramentos, en una palabra, causan una gracia particular y exclusiva denominada *sacramental*, enteramente distinta de la gracia santificante, que viene á ser un cierto auxilio divino para conseguir el fin del Sacramento.

En efecto; el *Bautismo* nos da virtud particular para conformar nuestra vida con la de Jesucristo. La *Confirmación* nos confiere fuerza especial para profesar constantemente en privado y en público la fe recibida. La *Penitencia* nos concede facultad singular para detestar los pecados cometidos y para no volver á incurrir en ellos. La *Eucaristía* nos otorga el derecho exclusivo de unirnos íntimamente con Je-

sucristo. Por la *Extrema-Unción* adquirimos los auxilios propios para resistir y desbaratar los planes del enemigo común. Por el *Orden* recibimos especial merced para ejercer dignamente los ministerios sagrados. Por el *Matrimonio,* finalmente, se consiguen particulares dones á fin de que los cónyuges guarden la fe prometida, eduquen cristianamente á sus hijos y sobrelleven con resignación las cargas matrimoniales.

¡Qué digna de aprecio es nuestra santa Religión, considerada desde el punto de vista de sus augustos Sacramentos! Su divino Fundador, sabiamente próvido en las florecillas del campo al vestirlas de variadas hojas, adornarlas de vistosos colores y embalsamarlas de ricas esencias: admirablemente benéfico en las aves del espacio al cubrirlas de plumaje artístico: inmensamente dadivoso con las bestias de la tierra, al otorgarlas todos, absolutamente todos los medios de vida, desarrollo y perfección, no podía dejar de ser infinitamente magnífico y espléndido con el hombre, á quien redimió, para que tuviese en los Sacramentos, como en inmenso arsenal, todos los medios de vida, desarrollo y perfección santos, toda la variedad, armonía y riqueza de la gracia, para que, entrando en las vías de la santidad, caminase por ellas siempre y arribase, en último término, á la perfección de los justos en la eternidad. Por eso es por que nuestras justas admiraciones y nuestras reiteradas acciones de gracias no han de cesar jamás á la vista de los dignísimos Sacramentos del Catolicismo, haciéndonos con tal proceder sumamente acreedores á nuevos favores del cielo. Pero nuestras admiraciones han de crecer y nuestras gratitudes se han de multiplicar todavía más á la vista de un Sacramento que realza su inefable hermosura entre todos los demás; de un Sacramento que, despidiendo fulgores intensísimos, no podemos mirar; de un Sacramento de los Sacramentos, bello como Él solo, primero en dignidad y grande sobre los restantes, pues en Él se contiene no solamente la Gracia, sino lo que es más de maravillar, el Autor de la misma gracia; y de este Sacramento profundo conviene indi-

car su propia esencia, su infinita excelencia, y sus diversas acepciones, para que como breves preliminares del mismo podamos á continuación estudiar detenidamente cuanto á Él respecta y se refiere.

II

Es por lo tanto, el Sacramento Stmo. de la Eucaristía: *un Sacramento de la Nueva Ley, instituído por Jesucristo N. Señor, en el cual, y para la refección espiritual del alma, bajo las especies ó apariencias de pan y vino, se contiene verdadera, real y substancialmente el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad del mismo Señor Jesucristo.* Expliquemos sucintamente esta definición. La Divina Eucaristía es:

1.° *Un Sacramento;* y como Sacramento es un signo sensible, á saber: las especies ó apariencias de pan y vino que todos vemos y tocamos, consagradas por el sacerdote; pero es un Sacramento y no dos, por más que sean dos las especies ó materias de la Santa Eucaristía; esto es: el pan y el vino, y por más que se consagren y distribuyan varias Hostias consagradas, porque todo ello se ordena á un solo efecto y constituye un solo Convite.

2.° Es un Sacramento *de la Nueva Ley;* á saber: de la Ley de Gracia ó Evangélica, á diferencia de los sacramentos de la Ley antigua que lo prefiguraban y cuya necesidad reconocían.

3.° Es un Sacramento *instituído por N. S. Jesucristo* en la noche de la Cena, al tomar el pan en sus venerables manos, bendecirle y decir sobre él: Este es mi cuerpo etc.; y al tomar el cáliz con vino, bendecirlo y añadir: Esta es mi Sangre, etc.

4.° Es un Sacramento *para la refección espiritual del alma;* con lo cual se nos declara el efecto y fin de este Santo Sacramento, consistiendo su divino efecto en ser Pan del cielo y su ventajoso fin mantenimiento del alma que de Él participare.

5.° Es un Sacramento que, *bajo las especies ó aparien-*

cias de pan y vino; esto es: detrás de los accidentes eucarísticos de pan y vino, que permanecen milagrosamente sin sujeto ó sin substancia, con lo cual no vienen á ser mas que apariencias, no realidades, de pan y vino y que por eso mismo, ellas, y no el Cuerpo de Jesucristo, caen bajo la acción de nuestros sentidos.

Se contiene verdadera, real y substancialmente; verdaderamente, esto es: no con la figura sino con la misma realidad; realmente, á saber: no por la fe sino por medio de sí propio; substancialmente, ó sea: no por una virtud difundida sino por todo y el mismo Ser.

El Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Nuestro S. Jesucristo; no solo el Cuerpo y la Sangre considerados separadamente ó como muertos, sino según están en un cuerpo vivo, que por esta razón se halla también presente el Alma; y no solamente un Cuerpo y una Sangre vivos cualquiera, sino el Cuerpo, la Sangre y el Alma de N. S. Jesucristo, que es Hombre-Dios y que por esto se halla asimismo realmente presente la augusta Divinidad.

Este hermosísimo Sacramento no consiste tan solo, como los demás de la Iglesia, en el uso del mismo, sino en la acción permanente del Pan y del Vino consagrados; por manera que mientras las especies sacramentales se conserven incorruptas, allí está presente Jesucristo, allí hay verdadero Sacramento. En esta divina acción y en contener no solamente la gracia sacramental sí que también á su infinito Autor se diferencia realmente este Stmo. Sacramento de los demás, lo cual hizo con toda razón decir al Angélico que la Santa Eucaristía es en absoluto el más excelente entre los sacramentos (1). Por esto, exclamó asombrado el Agustino, que Dios, con ser omnipotente no pudo darnos más, con ser sapientísimo no supo darnos cosa mejor y con ser riquísimo no encontró mejor dádiva para nosotros (2). He ahí por que el Concilio Tridentino definió como dogma de fe, contra Lutero y sus secuaces, que no todos los sacramentos son igua-

(1) P. III, q. 65, a. 3. (2) Tract. 48 in Joan.

les entre sí, sino que entre ellos existe alguno más digno que los otros (1); y ¿quién, en vista de todas estas razones firmísimas, podrá poner siquiera en duda que el Stmo. Sacramento de la Eucaristía es el más digno y excelente de todos?

Con efecto; en el inefable Misterio de los altares se halla velado con las Especies eucarísticas el mismo Hijo de Dios que allí brilla con los mismos intensos fulgores que en el cielo; pero en los demás sacramentos nada de esto encontramos, como no sea cierta participación difusiva de la gracia divina. En el Sacramento del Altar se nos otorga toda la virtud santificante; mientras que en los restantes sacramentos únicamente se nos concede parte de este mismo don. En el Sacramento eucarístico es el propio Jesucristo quien viene á nosotros para atraernos, robarnos y unirnos á sí con el fin de transformarnos en otros cristos; al paso que por los otros sacramentos sólo se digna el Salvador mandarnos su gracia que, aunque nos la conceda para unirnos á El espiritualmente, empero no de un modo tan inefable y corpóreamente como lo verifica el Augusto Sacramento Santísimo.

Además, este adorable Misterio es el foco de la luz y del amor divinos, el Sacramento al cual se ordenan los demás y el Centro de todo el Cristianismo. En ninguna obra ciertamente, resplandece tanto la caridad inagotable del Salvador como en la de la Eucaristía, en la cual nos ha querido hacer ver, como en pequeño y lindo Mapa, todas sus grandezas, todas sus misericordias y todos sus amores, dándose á sí propio en comida, como última prueba de acendrado afecto hacia los hombres.

Los sacramentos, en general, se ordenan admirablemente hacia Él, ora como preparación necesaria para conseguir un bien tan excelente, ora como medio maravilloso para conservar y perpetuar sus inmensos beneficios. Él se destaca brillantemente entre los demás, y abre, por decirlo así, su bienhechora mano para enriquecerlos con su virtud omnipotente.

Todo el Cristianismo converge hacia el Sacramento de la

(1) Sess. 7, c. 3.

Eucaristía. El dogma, la moral, la disciplina, la liturgia y el culto, á Él se dirigen y de Él adquieren nuevas fuerzas y hermosura sin igual. Si todo el asunto de nuestra Religión veneranda estriba en la unión perfecta del hombre con Dios; ¿en qué lugar hallaremos el medio más poderoso para efectuar esta unión; diré más: el medio más propio y absolutamente perfecto y dulcemente arrobador, sino en el bello Sacramento eucarístico que nos liga, que nos une con el Excelso y que en último término endiosa nuestro espíritu?

Un Misterio tan mágico, tan inmenso y tan infinito, en atención á las diversas necesidades del hombre, es considerado justamente de tres diferentes maneras, á saber: como Sacramento, como Sacrificio y como Viático.

Como Sacramento es la comida y el sustento del alma; como Sacrificio es la perfecta oblación que presentamos á Dios en testimonio de nuestro reconocimiento hacia Su Magestad altísima; como Viático es el áncora poderosa de nuestra salvación. Con el Sacramento nos nutrimos á satisfacción de Dios; con el Sacrificio le tributamos las debidas gracias; con el Viático arrojamos el largo puente por donde hemos de pasar del tiempo á la eternidad. Es el Sacramento fuente inagotable de mercedes eternas y el Sacrificio oficina donde se nos dispensan, mientras que el Viático se nos otorga como arras de la conquista de la gloria. Como Sacramento obra Jesucristo amigablemente con el que le recibe, consolándole en sus amargos pesares, ayudándole en sus buenas empresas, cumpliéndole sus cristianos deseos, animándole á la lucha con sus enemigos y colmándole de preciosos favores; como Sacrificio, Jesucristo se interpone entre su Padre y los hombres, constituyéndose como fiel abogado, defensor de nuestras causas, medianero de nuestras déudas contraidas con el cielo y al fin como perdonador de las mismas; como Viático es Jesucristo quien nos lleva de la mano á la vista de la celestial Jerusalén y, abriendo Él mismo sus eternas puertas, nos hace penetrar amorosamente en esa suspirada Ciudad para darnos solemne posesión de la misma.

Sí; este Misterio, considerado en las tres mencionadas acepciones, es el consuelo, el gozo, el bien y la felicidad del hombre. Nada de cuanto éste puede apetecer en orden á su final destino deja de encontrar en el soberano Misterio eucarístico, razón por la cual es su imperioso deber estudiarlo con empeño, meditarlo con detenimiento y ponderarlo con afición, seguramente que así podrá obtener un inefable consuelo.

Cierto, desgraciadamente cierto, es que hoy en el mundo por el falaz prurito de ir á donde todos van y de practicar lo que todos practican, apenas se leen asuntos referentes á nuestra santa Religión y mucho menos se examinan y se ponderan á fondo cual dichos asuntos requieren y merecen. Al decir esto inútil es añadir que tampoco hay empeño, ni siquiera curiosidad de pasar un breve rato en la lectura de los amores del Dios-Hombre Sacramentado. Todo el tiempo lo absorben los negocios mundanos y la lectura de las revistas y periódicos. Lo demás se toma como innecesario, ya que no se crea ser inútil del todo. Esto da á entender muy á las claras el estado actual de la sociedad cristiana; en su fisonomía se revelan el abatimiento y la tristeza que ocuparon el lugar del ánimo para el bien obrar. ¡Ah! es que se olvidó acudir á Jesucristo Sacramentado, fuente de gozos y energías, y se olvidó acudir á Jesús Sacramentado porque poco á poco se olvidaron sus finezas y excelencias. Claro está, no se estudian los libros que de Él se ocupan, no se meditan sus obras, no hay empeño al menos en orar y preguntar al que sabe, en oir y ponderar en silencio, y la fe lentamente se ahuyenta, se escapa, se desvanece como por grados se ahuyenta, se escapa y se desvanece al propio tiempo el amor á Jesucristo.

En este supuesto debe el católico proponerse estudiar á Jesucristo y sus excelencias, estudios que á más de dejar en el fondo del alma gozos inefables sirven también de sólida base para edificar en el santuario de la conciencia individual y social el más bello y necesario edificio de nuestra regeneración en Jesucristo Sacramentado.

CAPÍTULO II

Denominaciones de la Eucaristía

Es tan excelente é inefable el Divino Sacramento del Altar que, al pretender hablar de Él los escritores sagrados, le celebraron con múltiples y peculiares epítetos á fin de poder explicar su esencia íntima, sus ricos efectos y grandiosas operaciones en el hombre. Después que le hubieron ensalzado en sus variados discursos, en sus tratados difusos y en sus especiales libros, resumieron todas sus felices ideas en un nombre que las abarca todas, ó al menos muchas de ellas, á saber: *la Eucaristía*. No ha habido misterio, ni doctrina, ni tratado en la Iglesia de Dios tan con gusto celebrado, tan fervorosamente aplaudido, tan encomiásticamente alabado como el Sacramento del Amor. Aquí, de tanto meditar, se oscurecieron las inteligencias; de tanto predicar, enmudecieron las lenguas; de tanto escribir, se entorpecieron las plumas; de tanto amar, dilatáronse los corazones y las almas se enajenaron en celestiales éxtasis. ¡Ah! que el Sacramento Stmo. ennoblece realmente al católico, y éste, si se precia de tal, no sabrá corresponderle de otra manera que bendiciéndole, amándole y procurando que los demás le glorifiquen y le estimen eternamente.

Pero entremos á enumerar los principales nombres que se han tributado á la Sta. Eucaristía, y puesto que no podemos referirlos todos, porque su cifra es no tenerla, daremos á conocer, en primer término, los generales, usados por los latinos y griegos y á continuación algunos particulares.

I

El primero de todos los nombres entre los latinos, según el cardenal Bona (1) es: *Colecta*, palabra que significa reunión, ó congregación. Los primitivos cristianos se reunían en las casas particulares, en las catacumbas, ó en sus modestas iglesias para celebrar el sacrosanto Misterio de la Misa, razón por la que denominaban al Sacramento *Colecta*, voz que asimismo tenía su significado espiritual, pues designaban por ella que la Eucaristía les movía á juntarse, uniéndoles á todos con perfectos vínculos de caridad. Tertuliano, S. Ireneo, S. Agustín y otros santos Padres denominan de este modo á la Eucaristía.

Lo perteneciente al Señor (Dominicum) es el segundo nombre con que la primitiva Iglesia designaba á la Eucaristía. S. Cipriano la llama dos veces de este modo en su carta á Cecilio (2). Y los santos Saturnino y compañeros mártires (3), contestaron á las amenazas del juez, que no podían pasar sin celebrar el *Domingo*. Es digno de observar semejante denominación, porque significa á la letra que este adorable Misterio es lo que más propiamente pertenece á Jesucristo. Y por cierto; ¿habrá alguna otra cosa de las que obró y nos legó el Dios-Hombre más propia y más apreciada de Él que su Cuerpo y Sangre?

Cena del Señor, la apellidaba S. Pablo (4), por dos motivos; primero, por ser la divina Comida que el Salvador dió á sus apóstoles después que con éstos hubo cenado la víspera de su muerte, y segundo, porque es la cena de los cristianos cuando la reciben sacramentalmente, mas es la *cena* por excelencia: *cena grande. sagrada, evangélica, mística y cena Dios*, según muchos santos Padres la designaron con objeto de que, al nombrar la Eucaristía con estos epítetos no se confundiera con cualquiera cena material.

(1) Rerum liturg. lib. I. cap. III, p. 2. (2) Cap. 63. Numquid ergo Dominicum post cœnam celebrare debemus, ut sic mixtum calicem frecuentandis Dominicis offeramus? (3) Véase la Eucaristía y los Mártires. (4) I ad. Cor. cap. 11.

La Obra por antonomasia, (Agenda) es llamada por el concilio de Cartago, celebrado en tiempo del Papa S. Celestino. «En ciertos lugares, dice este Pontífice, hay algunos presbíteros que ignorándolo simplemente, ó temerariamente haciendo los disimulados, celebran el Sacrificio *(Agenda)* con otros compañeros en algunas casas particulares, inconsulto el propio obispo, lo cual prohibimos desde luego severamente.» Este modo de nombrar la acción del Santo Sacrificio se extendió hasta el siglo IX, según se observa en los capitulares de Carlo Magno. Añade el cardenal Bona (1), que así como los escritores sagrados y profanos para designar la acción de sacrificar emplean la palabra *hacer*, así también la expresión *Agenda* se tomó con el propio objeto. También es digno de atención este epíteto, porque según él, no existe otra obra tan privilegiada como la del Sacrificio Stmo., en el que se consagra el Cuerpo y la Sangre del Redentor; siendo ella la principal entre todas las obras del Altísimo, como también lo es respecto de nosotros, después del negocio de nuestra propia salvación.

Fracción del pan; Fractio panis era denominada asimismo por todos los fieles, en los albores del Cristianismo. Las actas de los apóstoles nos dicen que aquéllos perseveraban en la *comunión de la fracción del pan* (2). El mismo S. Lucas (3) afirma que los discípulos que dieron de cenar al Salvador resucitado, en el castillo de Emmaus, le conocieron por haber partido el pan. S. Ignacio Mártir escribe á los de Éfeso que él y sus compañeros sacerdotes partían el pan, «el cual es la farmacia de inmortalidad». ¿Y qué otro nombre podían atribuir aquellos primitivos cristianos á la Eucaristía que el de *Fracción*, puesto que, para recibirla tenían que dividirlo en porciones relativamente al número de comulgantes? La fracción del pan denota la unión que los cristianos disfrutaban entre sí, puesto que todos éstos participaban de un mismo Pan consagrado.

Comunión; era otro de los distintivos más generales que

(1) Loc. cit. (2) Cap. 2. (3) Cap. 24.

recibía la Eucaristía, el que se extendía no sólo á ésta, considerada como sacramento, sino también como Sacrificio; aun hoy día, se emplea este sagrado vocablo mejor que ningún otro, para designar la recepción del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Y es tan propio del Venerable Sacramento, que por él significamos, no sólo la real participación del Cuerpo y de la Sangre del Señor, sino más bien nuestra unión corporal con Jesús. En efecto, dice el Apóstol: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la Sangre de Jesucristo? (1)»; por lo que pregunta S. Juan Crisóstomo: «¿Por qué el Apóstol no dice participación, sino comunión?; y se responde él mismo con estas palabras: Porque quiso significar con esta expresión algo más que mera participación; quiso indicar la gran unión que tiene el comulgante con Cristo; por ella somos su mismo Cuerpo: porque, ¿qué es el pan consagrado? El Cuerpo de Cristo; y, ¿qué son los que le reciben? El Cuerpo de Cristo; no son muchos cuerpos sino uno solo (2)». «Con muy justo título se llama *comunión* á la Eucaristía, añade S. Juan Damasceno (3), porque por Ella tenemos comercio con Jesucristo, y percibimos su carne y su divinidad y de esta suerte tenemos entre nosotros mutua y recíproca comunión y unión, porque, participando todos de un pan, nos hacemos un cuerpo y una sangre con Jesucristo, y entre nosotros, miembros unos de otros, y quedamos hechos concorpóreos de Cristo». Pero el título más propio de la Eucaristía, es el de: *Cuerpo y Sangre del Señor*. Efectivamente; el Divino Salvador, al instituir este augusto Sacramento, dijo á sus apóstoles: «Tomad y comed, porque este es mi *Cuerpo;* tomad y bebed, porque esta es mi *Sangre*», y S. Pablo afirma que el que come el *Cuerpo* y bebe la *Sangre* del Señor indignamente, come y bebe su propia condenación. Si hubiéremos de citar una por una las autoridades que expresan á la Eucaristía con esta denominación, seríamos interminables; baste decir que ya desde el principio, el sacerdote al distribuir este Sacramen-

(1) I ad. Cor. cap. 10. (2) Hom. 24 in Ep. I ad Cor. (3) Lib. 4 de Fide ortodox. cap. 14.

to á los fieles, decía: «El *Cuerpo* de Jesucristo; la *Sangre* de Jesucristo». Por medio de los cuales nombres han entendido hasta los más rudos de que se trataba al hablar de un asunto tan venerable.

Otra de las propias calificaciones que los antiguos daban á la Eucaristía considerada como Sacrificio, era *Oblación*. Por semejante renombre, significaban que el Cordero sin mancilla, Cristo Jesús, se ofrecía al Padre en el incruento Sacrificio por los pecados de los hombres. En confirmación de lo cual, aparte otras autoridades, poseemos la de S. Agustín y S. Optato Milevitano. El primero, hablando de la frecuencia con que se celebraba la Santa Misa, dice: «En algunos lugares se *ofrece* todos los días, en otros sólo el Sábado y Domingo (1).» El segundo habla de un altar en el cual *ofrecían* los Obispos (2). S. Ireneo (3) da la razón de por que se llama el Sacrificio *Oblación*, y añade que es porque le ofrecemos á Aquél de quien son todas las cosas.

Se le ha designado, asimismo, con los especiales apelativos de: *Las cosas santas*, *Santo del Señor*, *Santo*, simplemente, *Santo de los Santos*, *Santísimo*. El primero de estos nombres lo recitaba el diácono en la Misa solemne antes del acto de la comunión de los fieles, costumbre que aun se conserva en muchas liturgias orientales. El concilio de Laodicea designó también con este epíteto á la Eucaristía por estas palabras: «*Las cosas santas*, por motivo de las Eulogias de ningún modo se deben destinar, en tiempo de Pascua, á otras Parroquias (4). *Santo del Señor* escribe frecuentemente S. Cipriano en muchas de sus producciones literarias (5). Tertuliano le apellida con el de *Santo* simplemente, en su libro de los espectáculos (6) y Dionisio Alejandrino se expresa de este modo al tratar de las disposiciones con que se debe recibir la Eucaristía: «*Al Santo de los santos* nadie podrá llegarse si no está enteramente puro, tanto en el alma como en el cuerpo (7). De todos estos nombres se originó entre los católicos, dice el P. Roberto

(1) Epíst. 118. (2) Lib. I. (3) Lib. IV. adv. hæres. cap. 32 y 34. (4) Can. 14. (5) Véase el lib. De Lapsis. (6) Cap. 25. (7) Ep. ad Basilid.

Sala (1), anotador del cardenal Bona, el común título de *Santísimo* con que designamos hoy á la Eucaristía.

Sacramento por excelencia, *Santísimo Sacramento*, *Sacramento de los sacramentos*, *Sacramento de fieles:* he aquí otros muy variados títulos con que se expresa á la Divina Eucaristía. Es llamado *Sacramento por excelencia*, porque es arcano ó Misterio por esencia. El hombre, en efecto, necesita de mayor luz sobrenatural para penetrar los recónditos senos de la Eucaristía. Es apellidado, asimismo, *Sacramento*, porque, siendo de cosa sagrada, se aplica con muchísima razón al Misterio Eucarístico. Aquí conviene observar con Natal Alejandro (2) que una cosa puede ser sagrada por doble motivo, á saber: absolutamente y en orden á otro. Ahora bien; la Eucaristía como Sacramento, se distingue de los demás sacramentos en que contiene absolutamente la cosa sagrada, esto es; el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, mientras que los demás, v. g. el Bautismo, la contienen en orden á otro, es decir, por la virtud que tienen de santificar. Se le ha designado también con el de *Santísimo Sacramento* y *Santo Sacramento*, por ser el más sagrado de todos los sacramentos, pues en él se contiene el mismo Jesucristo. Este bello nombre es venerable para todo cristiano, alegre para la Iglesia y terrible para el infierno. Por esta razón, aun aquellos seglares católicos que á ningún sagrado nombre se descubren, tendrían escrúpulo de no reverenciar el del *Santísimo*, lo cual indica el sumo é indecible respeto que impone.

S. Dionisio Areopagita (3) le apellidaba con el tercer título que hemos referido, y S. Ambrosio (4) y S. Agustín (5) con el de: *Sacramento de fieles*. He aquí lo que sobre el propio asunto dice este Santo Padre: Oímos al maestro que no puede engañarse, al divino Redentor, al humano Salvador, encomendarnos el precio de nuestra redención, su sangre. Nos habló de su Cuerpo y Sangre. Su Cuerpo, dijo,

(1) De rebus liturg. lib. I, cap. 3, p. 3, not. 9. (2) Theolog. dogmat. et moral. tom. I, lib. II, cap. I, art. I. (3) Lib. de Ecclesiast. Hierarch. cap. 3. (4) Oratione de obitu Satyri. (5) Serm. 131.

que era comida; su Sangre, bebida. El Sacramento de fieles lo conocen los fieles»....

Misterio de la fe, le llama la Iglesia en la divina forma de la consagración del cáliz, y con este propio y bello nombre le designaban los fieles, pues estaba oculto á los infieles y catecúmenos. Por esta misma razón le solían llamar: *Arcano de la Religión Cristiana.*

Era también conocido con los distintivos de: *Vida y Gracia.* Con el primero, porque así lo llamó el mismo Salvador: «Yo soy el pan de la vida», por lo que pregunta San Agustín (1). ¿De dónde viene el que se designe de este modo á la Eucaristía, sino de la tradición apostólica? ¿Por qué se le llama con el nombre de *Vida* sino porque el mismo Cristo dijo: «Yo soy el pan de la vida?» En este concepto se le solían atribuir los títulos: *Pan de la vida, Pan de los ángeles, Pan sobresubstancial, Pan nacido en Belén, Pan del Señor y Pan de concordia*, según puede ver el lector en Natal Alejandro, lugar citado.

Mesa del Señor es otro de los nombres con que era expresado, según aquello del Apóstol: «No podéis ser partícipes de la Mesa del Señor y de la de los demonios (2).»

Mesa mística era nombrado por muchos Santos Padres con S. Ambrosio (3), al declarar que la Mesa mística, esto es: la Eucaristía, se compara al ayuno, por los auxilios que nos presta contra nuestros enemigos. Otros lo llamaban *Mesa Espiritual y Mesa Divina.*

Convite, ó Convite celestial titulaban otros ascetas á este deífico Sacramento, como S. Jerónimo, cuando afirma que «este Convite se celebraba todos los días (4)». También con el nombre de *Paz* solían los primitivos Padres señalar al Venerabilísimo Sacramento, designando por esta palabra la tranquilidad y el mutuo amor que Jesucristo engendra en el alma que le recibe Sacramentado. Cuando nuestro Señor entra en el pecho del cristiano, parece dirigirle aquellas palabras con que saludó á sus apóstoles la tarde del día de

(1) De peccator. Meritis et Remission. lib. I, cap. 24. (2) I ad Cor. cap. 10. (3) De Elia et Jejunio cap. 10. (4) Ep. 146 ad Damassum.

Pascua: *Paz á vosotros:* sí; la paz sea contigo, alma querida, pues has tenido la inefable dicha de acogerme en tu espiritual morada. Tertuliano (1) y S. Cipriano (2) hablan de la Eucaristía dándole el propio título de *Paz*. «No á los enfermos ó débiles, sino á los fuertes, decía este Padre, es necesaria en estos momentos la *Paz*», significando por estas expresiones que en tiempo cercano al martirio, los cristianos que estaban firmes en la fe, necesitaban del alimento eucarístico con mayor razón que los débiles para que no llegasen á ser como éstos.

Viático, es llamado igualmente, porque el Santo Sacramento es la nutritiva comida de nuestra corta peregrinación sobre este mundo, y muy particular lo es en los últimos y horribles momentos de esta vida, pues recibido con buenas disposiciones, Él mismo nos conduce como de la mano al eterno cielo. S. Juan Crisóstomo refiere de un venerable que oyó por sí mismo que el que en el artículo de la muerte recibe la Eucaristía con las debidas disposiciones vuela inmediatamente al cielo, mientras que su ángel de guarda custodia el cuerpo difunto (3). «Este es el Viático de nuestro camino, dice S. Gaudencio (4), por el cual en esta vida nos alimentamos y nutrimos hasta que lleguemos á la eternidad».

Finalmente, entre los nombres generales que los latinos atribuyeron á la Eucaristía como oblación, es el de *Sacrificio*. No es necesario insistir acerca de la propiedad de esta denominación, porque todos sabemos lo que directamente significa; es la inmolación incruenta de Jesucristo en la Misa, con las mismas excelencias y propiedades que ofreció el cruento en el Calvario.

II

Diversos fueron los títulos que los griegos dieron al Santo Sacramento. En primer lugar está el comunísimo de: *Eucaristía*. Significa Buena gracia, porque ¿cuál gracia habrá mejor que este divino Sacramento? También expresa

(1) Lib. de oratione, cap. 10. (2) De Lapsis. (3) Lib. 6 de sacerdot. (4) Tr. 2 in Exod.

hacimiento de gracias, porque con ella podemos agradecer perfectamente los infinitos beneficios de lo alto. En ambos sentidos hablan multitud de Padres y escritores sagrados. S. Justino (1), S. Ireneo (2), S. Cipriano (3), S. Agustín (4) y otros innumerables Padres vienen á confirmar nuestro aserto. He aquí lo que dice este último Padre: «¿Qué cosa hay más sagrada que este sacrificio de alabanzas ó acción de gracias? y ¿qué cosa hay por la que se hayan de dar á Dios mayores gracias que por la gracia que nos dió por Jesucristo Dios nuestro? Todo esto saben los fieles que se practica en el sacrificio de la Iglesia»...

Antitypum del Cuerpo de Cristo es llamado por S. Cirilo en Jerusalen (5), S. Basilio (6) y Teodoreto (7). Esta denominación es muy digna de notarse, principalmente porque algunos han pretendido deducir de la misma que los Padres griegos creyeron que la Eucaristía era la figura de Jesucristo. Pero los Padres pensaron muy al contrario porque, aun cuando *antitypum* signifique algunas veces figura ó sombra de la cosa, empero su propia significación consiste en denotar la realidad de la cosa significada; y así el P. Roberto Sala (8), pone el ejemplo que, á la manera que el Cordero Pascual es la figura de Cristo, y Jesucristo Señor Nuestro es el verdadero *antitypum* del Cordero Pascual, así la Eucaristía, figurada por el maná, es el legítimo *antitypum* de la misma. Por tanto, al expresar los Padres el vocablo referido han pretendido significar católicamente el *contratypum* de la figura, ó sea el real y verdadero Cuerpo de Jesucristo.

Denominaban también á la Eucaristía con la voz *Eulogia divina*, *Eulogia mística*, ó Sacramento de bendición, de santificación y de consagración, porque por el acto de consagrar, de bendecir ó de santificar (que en este caso es lo mismo) las sagradas especies, se pone en estas el verdadero

(1) In Apolog. ad Imperat. (2) Lib. 5, cap. 2. (3) De Lapsis. (4) Lib. I, contra advers. legis et prophet. cap. 18. (5) In Catechesibus. (6) In Anaphora. (7) Dialog. I. (8) In annotation. ad Bonam, R. liturg. lib. I, cap. 3, not. 9.

Cuerpo y Sangre del Salvador. S. Cirilo Alejandrino (1) confirma lo que estamos asegurando, por estas palabras: «Nos presentamos á las *Místicas eulogias* y somos santificados siendo partícipes de la Sagrada Carne y preciosa Sangre de nuestro Salvador Jesucristo».

Metalepsis es asimismo expresada por varios de los Padres, y significa: asunción, en cuanto que este Sacramento nos lleva de la mano á la gloria futura; de suerte que lo que expresa la palabra *Viático* respecto de los latinos lo denota *Metalepsis* en cuanto á los griegos; con más propiedad significa conversión ó transubstanciación del pan y vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

Otros varios títulos se apropian á la Eucaristía, usados por los griegos como *Misterium*, arcano; *Liturgia*, acción pública del Sacrificio de la Misa; *Mystagogía*, secreta acción, divina participación; y en este sentido se halla igualmente la palabra: *Synaxis*, *Telete*, iniciación, consagración, perfección, *Anáphora*, elevación; *Prósphora*, oblación; *Oeconomiœ*, acto mismo de ofrecer el Sacrificio; *Hierurgía*, acción sagrada; *Agathon*, bien; *Latria*, culto; *Dipnon*, cena; *Telejon*, perfección etc.

III

Antes de cerrar el presente capítulo debo hacer mención de las especiales y hermosas denominaciones que algunos santos tributaron al Santo Sacramento. El Apóstol, en su primera carta á los de Corinto (2), llama á la Eucaristía: *Cáliz de bendición*, *Cáliz del Señor*, *Mesa del Señor y Pan por antonomasia;* S. Dionisio la apellida: *Sacrificio divinísimo;* Orígenes, *Pan de la bienaventuranza;* Tertuliano, *Eucaristía médica;* S. Atanasio, *Pan beatificante;* S. Cipriano, *Porción de la eterna vida;* S. Jerónimo, *Novedad de todas las novedades*, y S. Agustín, *Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor* (3). *Oficina de todos los milagros*, la designa S. Juan Damasceno; *Venera-*

(1) Lib. 4 in Joan. (2) Cap. 11. (3) Hom. in Joan.

ble sacramento, S. Ambrosio (1); *Precio nuestro*, S. Agustín (2); *Amor de amores y dulzura de las dulzuras*, S. Bernardo; y *Prenda de la gloria*, *Hostia de alabanza*, *Pan suavísimo*, *riquísimo y de los ángeles*, *Fruto saludable y precioso convite*, Sto. Tomás de Aquino (3). S. Bernardino de Sena (4) le llama: *Suave sacramento y Memorial de la Pasión del Señor;* el P. Scio (5), *Sello de la alianza entre Dios y los hombres*, y algunos le designaron con los epítetos de: *Escala del Paraiso y Puerta del cielo.*

Insertar todas las denominaciones con que los santos y doctores han elogiado á la divina Eucaristía sería trabajo poco menos que imposible; sólo el P. Alonso de Rivera aduce (6) 460 hermosos epítetos, siendo algunos de éstos tan melífluos que no puedo menos de transcribir. Distribuye el citado autor su tratado en varias secciones y, al ocuparse de la inexplicabilidad de la Santa Eucaristía, trae el testimonio de S. Ambrosio (7) que la apellida: *Prodigio por esencia del Señor sobre la tierra;* el de S. Clemente (8) que la llama: *Estupendo milagro sobre todos los demás* y el de Garosio (9) que la encomia con el de: *Máximo y nunca bastante conocido Sacramento.* Respecto de la liberalidad infinita que Dios Nuestro Señor muestra en el adorable Sacramento, nos presenta á S. Jerónimo (10) quien le alaba por: *Lluvia benéfica de mercedes;* á S. Clemente romano (11), que asegura ser: *Gracia cuya grandeza supera á todas las demás;* á S. Cipriano (12) que afirma ser: *Fin y lo último donde arrojó Dios el resto de perfección.* Habla del amor que Jesús nos tuvo en este Sacramento y entonces los epítetos no pueden ser más bellos. *Estandarte del amor de Cristo,* le llama Gislero (13); *Pirámide que levantó el amor divino en memoria suya*, S. Clemente (14); *Bandera debajo de la cual se profesa amor y unidad*, S. Agustín (15); *Pan*

---

(1) De Sacram. lib. 4, cap. 4. (2) Libro 9 Confess. cap. 12. (3) Oficio del Corpus. (4) Serm. in Cœna Dom. (5) Notas á la ep. I de S. Pablo á los Cor. (6) Hist. de la Eucarist., tratado 23. (7) Sup. ps. 45. (8) De relig. et vener. (9) Cent. 14, 17. (10) In Ps. 67. (11) Lib. 7 cap. 27. (12) De cœna Domini. (13) In cant. 2. (14) De relig. et venera. (15) August. tract. 26 in Joan.

que nos obliga á ser lo que debemos, S. Crisóstomo (1).

Pasa á considerarlo como sacramento verdadero, como llave de toda la divinidad y como sol de toda la Iglesia y en estos casos, N. P. S. Francisco (2) le denomina: *Sacramento de la humildad de Cristo* y *Máximo Archivo donde está Cristo originalmente;* Sto. Tomás (3), *Dispensa del Rey del cielo;* S. Germán, *Sol de la Iglesia*, y el Concilio Efesino, *Sacramento resplandeciente.* Observa luego el endiosamiento que produce, y como es prenda de la gloria y perdonador de pecados, é inmediatamente coloca á S. Gregorio Niceno (4), el cual dice que es, *Deificación de nuestra humanidad;* S. Cipriano (5), *Sociedad muy apretada con Cristo;* S. Cirilo (6), *Consorcio con la naturaleza divina;* S. Crisóstomo (7), *Levadura divina llena de vida eterna con que nos amasamos para mayor aumento;* San Bernardo (8), *Sacramento que puede consumir los pecados*, y S. Ignacio (9), *Medicamento que purga el alma de los vicios.* Esta divinísima Eucaristía es nuestro Viático y por eso Sto. Tomás la llama(10), *Muerte de la muerte*, y Santiago apóstol (11), *Sueño dulce del alma.* Causa también nuestra gracia y en este caso es: *Remedio de las almas perdidas*, según S. Crisóstomo (12), y *Púrpura real del Rey del cielo con que nos hace reyes*, según S. Ambrosio (13). Es, asimismo, fuente de todos los bienes; y por eso el Eclesiástico (14) la denomina: *Paraiso lleno de mil bendiciones*, y Sto. Tomás (15), *Fuego que consume la concupiscencia.* Engendra también un consuelo indecible en nuestra alma, y debido á este suave afecto, la llama Clemente Alejandrino (16): *Pechos regalados del Padre celestial;* y es no sólo nuestro consuelo, sino nuestro sumo deleite espiritual; por eso S. Gregorio (17) la apellida, *Pan que recrea el alma*, y S. Cipriano (18), *Plato sobre todos los regalos de la tierra.*

---

(1) Hom. 10 ad pop. (2) Exord. ad fratres. (3) Opusc. 58. (4) Orat. cath. 38. (5) De cœna Domini. (6) Hierarch. cathol. 4. (7) Hom. 24 in I. ad Cor. (8) De vita Malach. (9) Ep. 14. (10) Opusc. 58, 16. (11) In liturg. (12) Hom. 45 in Joan. (13) Serm. 17. (14) Ecclit. 40. (15) Opusc. 58, cap. 1. (16) I ped. (17) Hom. mor. 21. (18) De cœna.

Es causa de la resurrección de los cuerpos, y por esto mismo Ruperto Abad (1), la denomina: *Manjar con cuya virtud resucitarán los cuerpos muertos;* San Basilio (2), *Cuerpo Santo que da vida* y Salmerón (3) *Trigo con que florece nuestra carne.*

En cuanto sacrificio es designada la Divina Eucaristía por S. Hilario (4): *Perpetua oblación de la Redención humana* y por S. Dionisio Areopagita (5): *Ofrenda común de todo el mundo.* Ella es nuestra defensa contra todo mal y principalmente contra los enemigos de nuestra fe, debido á lo cual, no dudaron llamarla; S. Paulino (6): *Pan que atormenta á Satanás;* S. Damián (7): *Sangre de la que tiemblan los demonios;* Ruperto (8): *Muro de la iglesia fortísimo,* y San Ignacio mártir (9): *Medicamento contra todos los males de la Iglesia.*

La sacratísima Eucaristía es, según las mismas Escrituras, lo más bello y lo mejor que poseen los arcanos del Altísimo, y el más pingüe tesoro de la Iglesia. Ella es encomiada por S. Cipriano (10): *Honor de la Iglesia;* por S. Crisóstomo (11): *Hermosura de la esposa del Cordero;* y por todos: *Sol, Vida, Esperanza y Fortaleza.* Pero basta con lo expuesto para nuestro propósito.

Mi objeto era hacer ver que el Divino Sacramento del Altar, más que ningún otro asunto, ha ocupado la atención y devoción de los sagrados escritores.

---

(1) Lib. VI in Joan. (2) In liturg. (3) Tom. 9. in Ps. 71. (4) Hom. 5 pasch. (5) De ecclesias. hierarch. 2. (6) Cap. 9. (7) Cap. 23. (8) Apud Alex. (9) Cap. 14. (10) Lib. I, cap. 10. (11) Hom. 45 in Joan.

CAPÍTULO III

La Eucaristía y el Antiguo Testamento
Sus emblemas

Fué traza especial de la Providencia divina manifestar en todos tiempos sus grandiosas operaciones después que las hubo anunciado por medio de figuras hermosísimas. Para dar lugar á la fe y á la esperanza de los pueblos, no quiso descubrir sus misterios de una vez sola, antes bien iba descorriendo poco á poco el tupido velo que los envolvía, logrando de este modo estimular las ansiedades del hombre por conocer en todos sus detalles al que era el Deseado de las naciones. Un Misterio como el de los altares, profundísimo en su esencia, debería con mayor razón estar sujeto á tan estrechas leyes, y las Sagradas páginas se encargaron, desde un principio, de comprobar esta verdad. En efecto; admira el Divino Texto cuando, muchos siglos antes de la Redención, nos señala con detalles minuciosos el tiempo y el lugar en que debería nacer el Salvador; las excelentes cualidades del Verbo encarnado, su vida, su pasión, su muerte y resurrección, figurando además con propias alegorías todos estos grandes sucesos que deberían verificarse en la plenitud de los tiempos; y la adorable Eucaristía, que forma el acontecimiento divino más grandioso que vieron los siglos ¿no debería estar prefigurada abundosamente, siendo así que Ella constituye el eje inconmovible sobre el que gira toda la Religión Cristiana? Para la Santa Eucaristía quiso el Omnipotente ser pródigo en emblemas, multiplicándolos

á medida que los tiempos se sucedían, pues ya que para creer este augusto Sacramento se necesita gran dosis de fe, era asimismo preciso que muchos y diversos emblemas prepararan el terreno con objeto de que asentásemos firmemente á su creencia.

Nuestro deber está en examinarlos.

I

Las Sagradas Escrituras aducen en primer lugar el *Arbol del Paraiso*. Las analogías de este fecundo árbol con la bella Eucaristía no pueden ser ni más admirables ni más perfectas. En efecto; el árbol del Paraiso fué producido en tierra virgen para sustento de nuestros primeros padres; y Jesucristo Sacramentado fué concebido en las puras entrañas de una Madre Virgen, para sustento espiritual de los cristianos. El árbol del Paraiso producía doce generosos frutos al año, cada mes el suyo, para recrear con su agradable variedad, sirviendo sus hojas para la salud de las gentes; y la Eucaristía produce asimismo doce ópimos frutos que son los del Espíritu Santo, concediendo uno ú otro ó también todos, según las necesidades particulares del alma, recreando á ésta con tanta variedad de excelentes dones que la devuelve sana y salva. El árbol del Paraiso conservaba al primer hombre inmortal; y la Eucaristía le conserva igualmente inmortal á la vida de la gracia y de la gloria. El árbol del Paraiso aprovechaba tan solamente mientras Adan y Eva vivieron inocentes; y la Eucaristía sirve únicamente á los que en pureza de conciencia la reciben. El árbol del Paraiso contenía la virtud, la suavidad y el gusto de todos los demás árboles paradisíacos; y la Eucaristía contiene mejor todavía la virtud de todos los demás auxilios de salvación, pues es compendio de las maravillas del Eterno; y la suavidad espiritual, pues es Manjar de ángeles; y el gusto del alma, pues en sentir del profeta, aunque está escondida, es indecible. Finalmente, el árbol del Paraiso se hallaba únicamente en este delicioso huerto; y la Eucaristía no existe fuera de la Iglesia de Jesucristo.

El cristalino río que, partiendo del lugar de delicias se repartía en otros cuatro arroyos secundarios, es un perfecto símbolo del augusto Sacramento, porque así como aquél regaba y fecundizaba admirablemente las plantas y árboles del terrestre Paraiso, así, dice Cornelio Alápide, la Eucaristía hace germinar, riega y fecundiza las virtudes en nuestra alma para que no languidezcan, ni se marchiten, antes por el contrario, se abran, florezcan, produzcan fruto y formen un jardín admirable ante Dios y la Iglesia (1).

Jesucristo Sacramentado fué representado en el justo *Abel* quien, siendo pastor sencillo, ofrecía al Eterno las mejores de sus reses, agradando tanto al Señor estos finos holocaustos, que sus perfumes subían sin interrupción al cielo: de la misma manera que Nuestro Divino Salvador, pastor humilde de los cristianos, ofrece diariamente á su Excelso Padre los preciosos holocaustos de su propio Cuerpo y Sangre, siendo sus aromas tan fragantes que por éstos el Eterno perdona á los hombres sus pecados.

El *Arca de Noé* fué fabricada especialmente para preservar á éste y su justa familia de las tormentosas aguas diluvianas; y la Sagrada Eucaristía no fué instituída sino para preservar á los hombres de las torrenciales aguas de la concupiscencia y para salvarles del horrible naufragio del pecado.

En *Melquisedec* rey de Salem y sacerdote del Altísimo hallamos, asimismo, una hermosísima figura de Jesucristo Sacramentado, quien es también Rey de reyes al propio tiempo que Sacerdote eterno. Melquisedec carece de padre y madre y genealogía, ni tiene antecesor ni sucesor en el sacerdocio; y Jesucristo no tiene padre en la tierra, ni madre en el cielo, ni antes ni después de Él hay quien ejerza la dignidad sacerdotal por excelencia eternamente. Melquisedec presenta pan y vino á Abraham que viene victorioso de la reñida lucha con Codorlahomor; y Jesucristo ofreció á su Padre el pan y vino eucarísticos cuando su Padre hubo conquistado el mundo por medio de su Hijo.

(1) Comment. in Genes.

Abraham é Isaac se nos presentan en el teatro histórico-bíblico para ofrecernos un nuevo símbolo de Jesucristo Sacramentado. Abraham obedece prontamente el mandato de Dios que le intima inmolar su propio hijo, complaciéndose el Señor en su perfecta obediencia y no permitiendo que la llevase á cabo; y Jesucristo obedece cuanto antes las órdenes del Altísimo que le intiman ser inmolado millares de veces en el altar santo, complaciéndose extremadamente el Padre en la ciega obediencia de su Hijo. Isaac está dispuesto á ser inmolado cuantas veces ordenare Abraham; y Jesucristo dispuesto se halla todos los días para ser sacrificado por amor á los hombres.

Fué también adecuado símil del Divino Cordero Sacramentado, el *Cordero Pascual* que debía ser sacrificado por los hebreos el día 14 de la luna de Marzo por la tarde; y la Eucaristía fué instituída precisamente en estos mismos día y hora para sacrificio de los pueblos. Ordenado estaba que el cordero pascual no tuviera mancha alguna; y Jesucristo Sacramentado es más limpio que las puras claridades del sol. Estaba vedado que los huesos del cordero pascual fuesen quebrantados al probarlos; y ciertamente Jesucristo Sacramentado, aunque comido por los cristianos, es tomado todo entero sin poder ser dividido ni descoyuntado. El cordero pascual debía ser comido con ciertos requisitos: los judíos estarían de pie, ceñidos los lomos y con un báculo en las manos; y Jesucristo Sacramentado ha de ser comido estando los cristianos de pie firmes en la fe, ceñidos los lomos con la castidad y pureza y dispuestos para partir á la eternidad. El cordero pascual era comido luego que los hebreos hubiesen tomado lechugas amargas; y Jesucristo Sacramentado es recibido después que el cristiano ha macerado su cuerpo con penitencias. El cordero pascual debía ser comido de prisa; y Jesucristo Sacramentado ha de ser recibido con el fuego ardoroso de la caridad. El cordero pascual últimamente era indefectible señal de la suspirada libertad de los israelitas; y Jesucristo Sacramentado constituye la señal fiel de la libertad perfecta de sus hijos. ¿Queremos todavía

encontrar un emblema más bello y perfecto? El maná nos lo dirá.

Era el *Maná* cierta substancia alimenticia semejante á los granitos blancos de escarcha, que el Hacedor supremo deparó á los hebreos peregrinantes por el desierto. Esta nutritiva substancia y sus ricas propiedades constituyen un adecuado símbolo eucarístico que precisa explicar. En efecto: El maná era una comida excelentísima, providencial y admirable; y la Eucaristía es una comida sobresubstancial, maravillosa y divina. El maná servía para satisfacer el hambre de los israelitas peregrinantes; y la Eucaristía sirve para satisfacer el hambre del alma que peregrina por este mundo. El maná era recogido todas las mañanas antes que el sol apareciera por las cumbres; y la Eucaristía es recibida de buena mañana antes que el sol de las ocupaciones derrita con su calor las buenas disposiciones del comulgante. Cuando era recogido el pan del cielo, unos tomaban más cantidad y otros menos; pero ¡cosa rara! después de medidas las porciones resultaban siempre iguales; y cuando es recibido el verdadero Pan bajado del cielo, por mas que unos, como el sacerdote, reciban doble especie y otros, como el simple lego, reciban una sola, todos, empero, comen con la misma abundancia y en todos se derrama la misma gracia divina. El maná era blanco y limpísimo y Jesús Sacramentado es hermoso y escogido entre millares. El maná contenía toda variedad de gustos exquisitos, fortificaba y conservaba la vida; y la Eucaristía es más dulce que la miel y más rica que el panal, fortifica el espíritu, porque es Pan de fuertes; y conserva la vida del alma de tal manera, que quien comulga con frecuencia debidamente se desliza con tranquilidad por este mundo sin cometer pecados graves. El maná no eximía de la muerte temporal; y la Eucaristía, aunque tampoco la impide, es, sin embargo, prenda segura de la vida eterna. El maná, finalmente, dejó de concederse, una vez los israelitas obtuvieron el galardón en la tierra prometida; y la Eucaristía no se nos concederá más, una vez que el Señor nos recompense con el cielo.

Moisés vió al Señor en una gran zarza que ardía sin consumirse, y, acercándose para contemplar este raro prodigio, oyó la voz de Dios que le decía: «*No te acerques sin descalzarte, porque el lugar que pisas es santo;*» en cuya célebre visión se nos revela un perfecto símbolo de Jesucristo sacramentado, porque el Misterio donde se halla presente realmente ¿qué es sino la zarza eucarística envuelta en llamas de caridad infinita que nunca se extinguen y desde la cual nos intima el Señor á los hombres: *No os acerquéis sin descalzaros* de los pecados porque este lugar donde Yo estoy es por esencia santísimo?

En el Testamento Viejo hay una descripción litúrgica tan hermosa y brillante que toda ella no es más que un artístico cuadro donde se nos pinta á grandes rasgos el culto eucarístico que los católicos tributamos al Dios de los altares. Constituye un símbolo tan incomparable de la Sagrada Eucaristía que precisa declararlo en todas sus circunstancias. Es el *Tabernáculo de la ley mosáica.* Consistía en una especie de rico pabellón que se dividía en tres partes: primero, el *Átrio* externo donde oraban los legos y estaba fijado el altar de los sangrientos holocaustos; segundo, el *Santo,* donde estaban la mesa de los blancos panes de la proposición, el altar de los olorosos perfumes y el luciente candelero de oro con sus siete candilejas que ardían constantemente delante del Arca; tercero, el *Santo de los santos* que guardaba el Arca de la alianza con el respetuoso propiciatorio y los alados querubines, conteniendo además aquella, como en sagrado depósito, el imponente Decálogo grabado en las dos tablas de la Ley, el vaso del exquisito maná y la prodigiosa vara de Aarón. Todos estos objetos litúrgicos de la ley mosáica y cada uno de ellos por separado vienen á ser los pregoneros del Misterio de nuestros altares. Vayamos por partes. ¿Qué es el Átrio externo donde oraban los simples legos sino el plano del cuerpo de nuestros templos donde ora el pueblo ante la magestad de Jesucristo Sacramentado? ¿Qué es el altar de los sangrientos holocaustos sino el perfecto símil de nuestros altares donde se inmola diariamente al Cordero inma-

culado? ¿Qué es el Santo donde se conservaban los panes de la proposición, sagrados por su destino y con suma veneración custodiados, sino el bello emblema de nuestros sagrarios en los que se conservan las Sagradas Hostias, con grande respeto custodiadas? ¿Qué vienen á ser el altar de los olorosos perfumes y el luciente candelero de oro, sino el verdadero bosquejo de nuestros altares con el incienso perfumados y nuestras antorchas ante el tabernáculo encendidas? En el Arca de la alianza ¿quién no descubre la Custodia del Sacramento Santísimo? Ciertamente que sobre el Arca se destacaban con fuerte colorido el respetuoso propiciatorio y los alados querubines, pero no es menos cierto que en la Sagrada Custodia eucarística existe el verdadero propiciatorio, Cristo Jesús, quien nos oye, mejor que Dios oía en la ley mosáica á los hebreos, y desde el que despacha favorablemente nuestras súplicas, como también se hallan presentes los santos querubines cortejando á su Rey inmortal. Ciertamente que para el culto de la ley antigua se empleaba el oro purísimo, la púrpura brillante, la grana dos veces teñida, el lino finísimo, las piedras preciosas, los aromas exquisitos, los aceites destilados, las luces ordenadas,todo con mucho cuidado, con grande esmero y con perfección suma arreglado; pero no es menos cierto que para el culto de nuestros altares eucarísticos se emplean también todos estos requisitos, perfeccionados ya con la devoción, el fervor y el arte cristianos.

Si el tabernáculo antiguo con sus partes es un símbolo acabado de la Santa Eucaristía, no lo es menos el *Sacerdocio de Aarón* preludio del sacerdocio católico. Lo era en sus ornamentos sagrados y en algunas de las disposiciones relativas á su ejercicio. En efecto: muchas vestiduras sagradas que usa la iglesia en sus funciones religiosas, como la tiara del Pontífice sumo, la mitra de los obispos, el cíngulo de los ministros, las túnicas de diversos colores y, en cambio del racional, el pectoral de los prelados eclesiásticos, son idénticas á las de los sacerdotes de la ley mosáica. Asimismo, el sacerdocio de Aarón era acabado símbolo del sa-

cerdocio católico, porque como á éste, se le tenía en gran veneración, porque el sacerdote únicamente podía acercarse al altar para ofrecer sacrificios al Señor; y así como el sacerdote israelita, una sola vez en el año podía penetrar, con el incensario humeante en la mano, en el *sancta sanctorum* para ofrecer la víctima y rogar por sus pecados y los de su pueblo, así también el sacerdote católico, una sola vez en el año y de una manera muy solemne, cual lo verifica en el suntuoso día del Corpus, ofrece la víctima incruenta é intercede por los pecados de todos.

Los excelentes efectos de la adorable Eucaristía se revelan de una manera palpable en otros hermosos pasajes del Viejo Testamento, los cuales nos dan perfecto derecho para calificarlos de emblemas más ó menos lindos del Sacramento Santísimo. Tales son: el agua que brotó de la piedra de Horeb, el fuego santo del altar, la oblación de Manué, el león muerto por Sansón, el pan subcinericio de Elías, la miel de Jonatás, la harina de la viuda y todo el Cantar de los Cantares. Es indispensable que estudiemos las analogías existentes entre estos bíblicos pasajes y el Misterio eucarístico.

El agua que brotó de la roca de Horeb, herida ésta por el caudillo de Israel en los momentos en que el pueblo sediento estaba, nos manifiesta, dice Alejandro de Alés (1), un grande efecto de la sagrada Eucaristía; pues así como aquélla apagó la sed del pueblo hebreo, el Agua divino-eucarística apaga los ardores de la concupiscencia.

El fuego santo que ardía constantemente en el altar y que para el efecto cebaba todos los días el sacerdote hebreo, indicaba el fuego abrasador que arde perennemente en la Eucaristía, renovada periódicamente por el sacerdote católico.

La oblación de Manué. El ángel aconsejó á ésta, entonces futura madre de Sansón, que ofreciera un cabrito en holocausto al Señor. Manué puso el cabrito sobre una blanca piedra y derramó después sobre él las libaciones acostum-

(1) 3 Pars, q, 10, mem. 1, art. 1.

bradas, con la cual ceremonia significó el incruento Sacrificio de la ley de Gracia ofrecido sobre la viva piedra que es Jesucristo, quien hizo de sí mismo una perfecta oblación por nuestros pecados.

El león muerto por Sansón es otra de las bellas alegorías del Sacramento del Amor. El león es Jesucristo, león de la tribu de Judá quien, mediante su preciosa muerte, nos depara el panal de miel eucarístico, y que á semejanza del panal deleitable que aquel juez de Israel encontró en la boca de su víctima, así nosotros hallamos en el pecho de Jesucristo, ensangrentado y muerto por los hombres, el rico panal de la Eucaristía.

El *Pan subcinericio* que halló el profeta Elías á su cabecera cuando despertó del profundo sueño, representa admirablemente al Pan eucarístico, porque así como aquel profeta, confortado con el pan subcinericio, caminó sin rendirse á las fatigas, durante cuarenta días con sus noches hasta llegar al monte Horeb, llamado también monte de Dios, del propio modo los cristianos, confortados con el verdadero Pan del espíritu, caminaremos, sin rendirnos al cansancio de los trabajos, por el presente valle hasta llegar á las cumbres del cielo.

La miel que tomó Jonatás con la punta de una vara fué suficientemente poderosa para dar vigor y energías al hijo de Saúl que estaba sin fuerzas, efecto de los horrores de la batalla: así la sagrada Eucaristía concede poderosas energías al alma trabajada con las tentaciones y peligros de este mundo.

La harina de la viuda de que hace mención el libro tercero de los Reyes es, según manifestó el Señor á Sta. Brígida (1), un emblema perfecto de Jesucristo Sacramentado; porque á la manera que la referida pobre viuda formó de la harina que le quedaba un pan cocido al rescoldo, así Nuestro Señor Jesucristo, de todas las perfecciones que posee ha formado el Pan sagrado del Altar, cocido con el fuego de su amor.

(1) Lib. de Revelac. 2.°, cap. 2.°, n.° 2.

Finalmente, el *Cantar de los Cantares*, poema ingenioso del Espíritu Santo, revela en todas y en cada una de sus brillantes páginas los finos amores de Jesucristo Sacramentado para con su esposa santa, la Iglesia, por lo que viene á ser como el símbolo eucarístico más grandioso que registra el Viejo Testamento, según podremos advertir en todo el segundo Tratado de esta obra.

II

Una vez explicados los hermosos emblemas de la Santa Eucaristía, relativos á la Ley de las sombras, es mi deber no dar por terminado el capítulo sin dirigirme á la Ley de las realidades, la cual, asimismo, posee algunos perfectos símbolos eucarísticos tanto ó más bellos, si cabe, que los del Antiguo Testamento.

Haré mención, en primer lugar, de la ciudad en que nació el Divino Salvador, que significando «casa de pan» representa detalladamente á Aquél que de sí propio dijo: «Yo soy el pan que bajé del cielo, para que el que coma de él no muera». Además, en la afortunada Belén tuvieron cumplimiento muchas de las circunstancias que se verifican después de la consagracion de las Especies eucarísticas; porque si en Belén el Salvador estuvo recostado en un pesebre, en la iglesia está recostado sobre el altar. Si en Belén fué envuelto en pobres pañales, en el altar es cubierto de modestos corporales. Si en Belén fué adorado profundamente por los ángeles, los pastores y los magos, en el altar es adorado con no menos reverencia por todos los católicos. Si en Belén, finalmente, moró paciente y humilde, en el altar brilla también en semejantes virtudes.

Fué asimismo, relevante figura de la Eucaristía *la Parábola del grano de mostaza* que nos declaró Nuestro buen Señor; porque así como dicho grano, dice el P. Lapuente, es muy diminuto pero al mismo tiempo rojizo y reluciente, así Nuestro Señor en la Eucaristía se muestra pequeño, pues está realmente en cada partecita de la Hostia, y rojizo y re-

luciente, pues enciende los corazones de los que á Él se llegan.

El portentoso milagro obrado por Jesús en las bodas de Caná de Galilea, ¿qué fué sino un acabado símbolo de la transubstanciación? Allá Nuestro Señor convirtió el agua en exquisito vino. Acá convierte el vino ordinario en su preciosa sangre. En la mesa de los desposados el verdadero vino no parecía vino sino agua pura; y en la Mesa eucarística la verdadera sangre de Cristo no parece sangre sino vino puro; en la mesa de los desposados bastó una bendición del Salvador para transubstanciar á la vez el agua de todas las hidrias; y en la Mesa eucarística basta una sola bendición del sacerdote para transubstanciar á la vez el vino de uno ó más cálices que pueda haber sobre el ara; en la mesa de los desposados se admiraron los convidados todos; y en la Mesa eucarística nos llenamos de profundo asombro cada vez que nos acercamos á recibir á Jesucristo.

Todavía los evangelios celebran la repetición de un asombroso prodigio, obrado por Jesús, emblema á la vez de su augusta presencia en las Hostias consagradas. Compadecido nuestro Señor de una inmensa turba que le seguía, la que llevaba algunos días sin comer, mandó que se sentase sobre el duro suelo y, ordenando le trajesen siete panes y cinco peces que los apóstoles tenían á la mano, los bendijo, los partió y distribuyéndolos entre más de cinco mil personas, comieron todas hasta la saciedad, sobrando aun algunos cestos de fragmentos. Este portento, ciertamente, nos significó que puede también Jesucristo, y sus ministros por delegación suya, con el uso de la potestad recibida, hacer que la presencia real del Salvador esté, no solo en cinco, sino en cinco mil y más Especies consagradas á la vez; que si en el campo, con cinco panes se hartaron cinco mil personas, en el altar, con un solo Jesucristo puede saciarse espiritualmente todo el pueblo cristiano; y que si en el campo, después de semejante milagro, sobraron innumerables fragmentos de pan y pescado, en el altar, después que ha comido el pueblo cristiano la Carne de Jesucristo, aun queda el Salva-

dor entero para darse á otros que lo soliciten con devoción.

En último término, el *pez puesto sobre unas brasas, en Tiberíades* es uno de los más adecuados y generales emblemas del Misterio eucarístico. Jesucristo Nuestro Señor para confirmar su presencia ante sus discípulos, quienes en aquellos momentos habían logrado numerosa pesca, dispuso que al salir éstos del barco hallasen en la playa puesto sobre unas brasas un hermoso pez. En este pasaje encontramos muchas de las circunstancias pertenecientes al Sacramento de los altares: Jesucristo, el pez puesto sobre unas brasas, los discípulos que saltan del barco á la invitación que les hace el Salvador para que coman, la refección. Jesucristo es quien dispone la comida eucarística figurada por un pez asado, es el mismo Jesús frito ó asado con los tormentos de su pasión dolorosa, los discípulos que parten del mar borrascoso del mundo para tomar esa refección eucarística, ¡qué cuadro tan grandioso!

Es de advertir que los primitivos cristianos, merced sin duda al hecho bíblico referido, solían pintar y esculpir en los sarcófagos de las Catacumbas al pez colgando de un hilo, ó nadando sobre las frescas aguas y llevando sobre sus espaldas un cestito con cinco panes y un objeto rojizo entrevisto en el cesto; simbolizaban con esta pintura la santa Eucaristía; el pan y el vino consagrados. Los más célebres anticuarios ven en el pez á Jesucristo Sacramentado y no hay duda que los primitivos artistas cristianos tomaron el argumento del pez hallado en la playa de Tiberíades para figurar el santo Sacramento del Altar, encontrando al propio tiempo un excelente medio para ocultar á los profanos la significación del Misterio eucarístico.

Al terminar el presente capítulo debemos elevar nuestra consideración á las alturas para admirar la sabiduría divina que nada dejó de hacer para testimoniar á la inteligencia humana sus divinos Misterios. Símbolos, vaticinios, realidad, prodigios en corroboración del hecho, recompensas y castigos: he aquí toda la obra de Dios para afianzar al hombre su doctrina revelada.

CAPÍTULO IV

Los libros del Pentateuco, Josué, Reyes, Paralipómenos, Macabeos, Proverbios, Sabiduría y Eclesiástico, bosquejando varias grandezas de la Eucaristía.

Después de los místicos emblemas pasemos á estudiar las notables profecías. Son por demás bellísimos los venerandos textos de las Sagradas Escrituras acerca del Sacramento del Amor.

«*Pondré*, dice Dios á su pueblo escogido, *mi tabernáculo en medio de vosotros y no os desechará mi alma. Andaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo* (1). El Señor se refiere indudablemente por este admirable pasaje al tabernáculo que Moisés debía de construir para ofrecer los supremos honores divinos, en el que deberían custodiarse como en relicario santísimo el Arca del Señor y la gloria del mismo Dios, que es á lo que aluden las palabras: *estaré en medio de vosotros*. Hemos visto, empero, en el anterior capítulo que el tabernáculo y sus sagradas partes eran perfectos símbolos de la Eucaristía. Ahora bien: ¿podrá negarse que semejantes palabras revelan en sentido místico-profético el Tabernáculo de la Nueva ley? No, en verdad; pues dice: «*Pondré mi tabernáculo en medio de vosotros*,» tabernáculo que había de encerrar

(1) Ponam tabernaculum meum in medio vestri et non abjiciet vos anima mea. Ambulabo inter vos, et ero Deus vester, vosque eritis populus meus. Levit. XXVI, 12.

dentro de sí el Pan divino, dado para la vida del mundo. «*No os desechará mi alma*». Por cierto que Jesucristo no nos desechó, porque aunque por nuestros propios pecados merecíamos que nos despreciase, no obstante, con su caridad nos redimió de la esclavitud miserable en que vivíamos y nos dió para nuestro sustento sus adorables Cuerpo y Sangre.

Pero dice más. «*Andaré entre vosotros*». Sublime profecía, y promesa al mismo tiempo, de lo que se ha realizado. ¿Quién no descubre en estas bellas palabras á Jesús sacramentado, expuesto en nuestras iglesias, llevado en procesión por las calles y plazas y entrando en nuestras casas, cuando nos visita por Viático Santísimo? «*Andaré entre vosotros*». Miradle como anda, podíamos exclamar, y como cumple su promesa. «*Seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*». Indecible amor de Jesús. Para nada nos necesita y sin embargo afirma que seremos su pueblo; pueblo privilegiado porque goza de la suma prerrogativa de poseerle en sus altares, de participar de su Carne y Sangre, de compartir su celestial herencia, de ser su hijo, su amigo y su hermano.

Sobre las palabras del libro del Genesis (1): «*Melquisedech rey de Salem presentó pan y vino, porque era sacerdote del Dios Altísimo,*» exclama S. Cipriano (2): ¿Quién es el sacerdote del Dios Altísimo, sino Nuestro Señor Jesucristo que ofreció el sacrificio á Dios Padre, y ofreció, lo mismo que Melquisedech había ofrecido, á saber: pan y vino, convirtiéndolo en su Cuerpo y Sangre?»; á continuación añade que, siendo el pan y vino de Melquisedech figura del sacrificio de Jesucristo, este mismo Señor, que es la plenitud de la ley, ofreció el pan y el cáliz con vino, llenando y perfeccionando de este modo las antiguas figuras, es

(1) At vero Melchisedech rex Salem, proferens panem et vinum, erat enim sacerdos Dei Altissimi. Genes. 15, 18.

(2) ¿Quis magis sacerdos Dei summi, quam Dominus noster Jesus Christus qui sacrificium Deo Patri obtulit, et obtulit, hoc idem, quod Melchisedech obtulerat, id est, panem et vinum suum scilicet corpus et sanguinem...? Quam rem perficiens et adimplens Dominus panem et calicem mixtum vino obtulit, et qui est plenitudo, veritatem præfigurate imaginis adimplevit. S. Cyprianus. Epist. 2 ad Cœcilium. Lib. 2 sub initium.

decir, haciendo de este pan y vino, su Carne y Sangre.

Al fijar Dios al pueblo de Israel los ritos que debía de emplear en el sacrificio del cordero, le decía (1): «*El cordero será sin mancha*»; texto que alegóricamente conviene sólo á la Eucaristía como sacrificio, porque como dice Orígenes (2): «Solamente aquel cordero está sin mancha, que no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca y que se ofreció á la puerta del tabernáculo. A la puerta del tabernáculo, no es dentro de la puerta, sino fuera de ella. Fuera de la puerta, pues, estuvo Jesús que, siendo Dios, vino al mundo revestido de la humanidad y los suyos no le recibieron, y allí mismo fué donde se ofreció en holocausto» y explicando esto mismo Sto. Tomás añade: «El becerro y el macho de cabrío cuya sangre había sido introducida en el santuario del tabernáculo para la expiación del pecado, eran quemados fuera del campo, sin que fuese permitido á los sacerdotes comer su carne.»

Estas víctimas representaban á Jesucristo y para que se cumpliese esta grandiosa figura, fué conducido Jesús fuera de Jerusalén, á consumar su sacrificio. Y esta es la verdadera víctima que misteriosamente comemos los cristianos en el altar, donde cada día es inmolado.

(3) «*Tomad el cordero*, prosigue el Señor, *é inmolad la Pascua; mojad un manojo de hisopo en la sangre que está en el umbral y rociad con ella el dintel y los dos postes de vuestras casas*». Advirtamos que la sangre á que se refiere el Señor es la del mismo cordero degollado. ¡Qué bella figura de la sangre de Cristo vertida en la Cruz, y de la del cáliz consagrado! Los que beben esta última rocían las puertas de sus corazones, con objeto de que el enemigo

---

(1) Erit autem agnus absque mácula. Exod. 12, 5.

(2) Solus ergo ille masculus solus síne mácula est, qui peccatum non fecit, nec dolus inventus est in ore ejus... ofertur ad ostium tabernaculi. Ad ostium tabernaculi non est infra ostium sed extra ostium. Extra ostium fuit Jesus qui in sua propia venit, et sui non receperunt.. sed ad ostium ejus oblatus est in holocaustum. Orígenes, hom. I super c. I. in Levit.

(3) Ite tollentes animal... et immolate Phase. Faciendumque hissopi tingite in sanguine qui est in limine, et aspergite ex eo superliminare et utrumque postum. Exod. 12. vv. 21, 22.

tiemble al pretender acercarse á este santo lugar, santuario precioso de la Carne y Sangre de Jesucristo.

(1) «*Todo lo que ofrecieres en sacrificio,* añadía el Señor, *será sazonado con sal y no quitarás de tu sacrificio la sal de la alianza.*» Esta sal de la alianza es Jesucristo, según entienden los sagrados intérpretes, la cual sazona nuestro Sacrificio augusto, y así como la sal preserva las viandas de corrupción y las convierte en sabrosas, del mismo modo, siendo Jesucristo la Hostia del Sacrificio de la Nueva Ley, lo preserva de toda mínima imperfección cual no solían tener los sacrificios antiguos; además, le hace tan sabroso á su Eterno Padre, que se le puede aplicar propiamente lo que en el Éxodo dice el Señor de los sacrificios viejos: (2) «*Olor suavísimo de la víctima del Señor*».

Las hostias que por el pecado se ofrecían en la antigüedad conferían únicamente la santidad legal y exterior, porque respecto de la interior figuraban que debía ser otorgada por la pasión del Cristo que había de venir; eran, sin embargo, impetratorias de la gracia divina debido á la fe que los hebreos tenían en el Cristo, y de hecho causaban la gracia *ex opere operantis.* Pero la preciosa Hostia que se ofrece en nuestros altares, cuando es recibida sacramentalmente, concede *ex opere operato* la segunda gracia ó sea, la gracia de este Santo Sacramento y cuando es ofrecida en el sacrificio de la Misa, otorga esas sumas de bienes celestiales que mencionaré en su lugar correspondiente, lo cual hace exclamar á Orígenes (3): «¿Cuál es esa Hostia que se ofrece por los pecados y es el santo de los santos, sino el Unigénito Hijo de Dios, mi Señor Jesucristo? Él sólo es la hostia por los pecados y Él mismo es hostia santa de los santos y también el sacerdote que ofrece la Hostia».

---

(1) Quidquid obtuleris sacrificii, sale condies. nec auferres sal fœderis.. de sacrificio tuo. In omni oblatione offeres sal. Levit. 2, 13.

(2) Odor suavissimus victimæ Domini. Exod. 29, 18.

(3) ¿Quæ est hostia quæ pro peccatis offertur et est sancta sanctorum, nisi Unigenitus Filius Dei D. meus J. Christus? Ipse solus est hostia sancta sanctorum, et etiam sacerdotem qui offerat hostiam. Orígenes in Levit.

«*Fuego arderá siempre en mi altar*» (1). *Este es el fuego perpetuo que nunca faltará en el altar*»; (2) decía el Señor. ¿Cuál es este fuego, Dios nuestro?... Contesta Orígenes; advirtiendo que «Jesucristo es el fuego que consume, porque destruyó los pecados en el holocausto de la Cruz»; pero notemos que el mismo Salvador dijo por S. Lucas (3): «*Fuego vine á poner en la tierra. ¿Y qué quiero yo, sino que arda?*» Ahora pregunto; ¿dónde está ese divino fuego? Si Jesucristo es fuego abrasador como hemos visto, por Orígenes, y si este foco de celestiales ardores se halla en la tierra; ¿en qué parte de la misma estará? Sabemos que Jesucristo se ha aprisionado en los tabernáculos de nuestros altares, luego en ellos debe de estar el fuego santísimo que abrasa y consume á las almas en el amor de Jesús. Por esta razon exclama el Salvador. *¿Y qué quiero yo sino que crezca este fuego?* Así como las llamas, particularmente si están bien alimentadas, intentan devorar los objetos cercanos á ellas, así nuestro amorosísimo Señor, en el Sacramento adorable, alimentado con los vivísimos fulgores de su caridad infinita, desea devorar tambien á las almas, con el fin de que no sean otra cosa que imágenes claras de su santidad y pureza. Conceptos que son declarados por el Señor cuando, amonestando á Moisés para que guarde el divino pacto establecido entre los dos, añade en el Deuteronomio (4): «*Por que el Señor Dios tuyo es fuego consumidor, Dios celoso*», y como dice S. Agustín, es Dios celoso, porque ama nuestras almas, ó porque no quiere tener otro competidor ó rival en el amor, sino ser sólo Él sumamente adorado y amado.

Deseamos muchas veces manjares perniciosos para nuestras almas y repetimos á menudo las palabras del pueblo israelítico. «*¿Quién nos dará carnes para comer?* (5).

---

(1) Ignis autem in altari meo semper ardebit. Levit 6, v. 12.
(2) Ignis est iste perpetuus, qui numquam deficiet in altari. Levit. 6, v. 13.
(3) Ignem veni mittere in terram et ¿quid volo nisi ut accendatur? Lucæ 12, 49.
(4) Quia Dominus Deus tuus ignis consumens est, Deus æmulator. Deuter. 4, 24.
(5) Quis dabit nobis ad vescendum carnes? Numer. 11, 4.

Pero nuestro Señor, dispuesto siempre á satisfacer nuestros buenos deseos, nos contesta con las palabras que Él mismo empleó al instituir el Santísimo Sacramento: «*Tomad y comed, porque este es mi Cuerpo*» (1). El insensato pueblo que solicitaba carnes indeterminadas para nutrir sus cuerpos, vió cumplidos sus insolentes deseos poco después con el milagro que obró Dios, haciendo que un fuerte viento arrebatara una multitud inmensa de grandes codornices del mar Arábigo y las dejara caer sobre el campamento, para que comieran á satisfacción los hijos de Jacob; mas como anota con mucha propiedad un autor: «Dios, por el antiguo Testamento nos quiso enseñar algo más que meras historias» (2), de aquí, este texto que alude á la petición de carnes, vése mejor cumplido en el Nuevo Testamento, cuando á las palabras susodichas, añade Sto. Tomás las del Salvador: «Tomad y comed, porque este es mi Cuerpo» (3).

Todas estas sagradas autoridades que he insertado y las que voy á transcribir ahora se refieren indudablemente á la Eucaristía. En la ruidosa toma de Jericó parece que veo al Sacramento Santísimo en medio de aquellos aguerridos soldados cristianos, cuando hacían frente á los enemigos de Cristo y peleaban por la fe. Refiere á propósito, el libro de Josué, que el Señor, al mandar que los israelitas tomasen aquella formidable plaza, ordenó también que los sacerdotes llevasen como de vanguardia el Arca de la Alianza y que otros siete sacerdotes anduvieran tocando las argentinas trompetas delante de la misma, asegurándoles que á los siete días se desplomarían los terribles muros de la ciudad y se apoderarían de ella. Así lo ejecutó Josué, repitiendo las palabras del Señor á los sacerdotes: «*Tomad el Arca de la Alianza, y otros siete sacerdotes tomen las siete trompetas del jubileo, y vayan delante del Arca del Señor*»; y dijo asimismo al pueblo: *Id y dad vuelta á la ciudad armados,*

---

(1) Accipite et comedite: Hoc est corpus meum. Math.

(2) Deus per vetus Testamentum aliud nos docere voluit quam meras historias. Schouppe. De interp. Scrip.

(3) En el oficio del Corpus.

yendo delante del Arca del Señor.» (1). Cuando estos necesarios requisitos se hubieron cumplido, consiguieron el fin que el Dios de Israel se había propuesto; á saber: la destrucción de Jericó. Mas estos conmovedores sucesos eran un feliz preludio de lo que en determinadas ocasiones se había de obrar en el Nuevo Testamento. Las campañas universales, emprendidas contra los turcos, nos dan una sobresaliente idea de que la realidad fué un exacto cumplimiento de las figuras antiguas. Los cruzados, al estar sobre las armas, fijaban su ansiosa mirada en el Dios del Sagrario que presente estaba sobre la carroza eucarística y con el apoyo de tan seguro baluarte, caminaban á hacer frente al enemigo; con Él peleaban sin tregua y podían lanzar de los campos cristianos las formidables huestes muslímicas. Otras veces, cuando no llevarían consigo la santa Eucaristía, vencidos tal vez del temor de los sarracenos, la pedirían con vivas ansias, exclamando con los ancianos de Israel. «*Traigamos el Arca de la Alianza del Señor y venga en medio de nosotros, para que nos salve de la mano de nuestros enemigos*» (2).

Otro de los rasgos poéticos de que se precia nuestra Religión Cristiana en la suntuosa procesión del Corpus y que antiguamente se practicaba es el de permitir las danzas y coros musicales, que reverentemente bailaban y cantaban en dicha procesión, adorando á Jesús Sacramentado. Festiva idea, tomada de aquel hecho famosísimo que registra el segundo libro de los Reyes; pues debiendo de ser trasladada el Arca del Señor, de la casa de Abinadab á la de Obededom, cuenta, que (3) «*David y todo Israel danzaban delante del Señor, con toda suerte de instrumentos de madera, cítaras,*

(1) Tollite aream fœderis, et septem alii sacerdotes tollant septem jubiliorum buccinas, et incedant ante aream Domini. Ad populum quoque ait. Ite et circuite civitatem armati præcedentes aream Domini. Josue 6. 6, 7.

(2) Afferamus ad nos... arcam fœderis Domini, et veniat in medium nostri, ut salvet nos de manu inimicorum nostrorum. I Reyes 4, 3.

(3) David autem et omnis Israel ludebant coram Domino in omnibus lignis fabrefactis, et cytaris, et liris, et tympanis, et sistris, et cymbalis. II Reyes 6, 5.

liras, tambores, sistros y címbalos». Después que hubo permanecido el Arca del Señor en la casa de Obededom por espacio de tres meses, deseó el rey David llevarla á su ciudad, y refieren las mismas sagradas letras que «*David llevaba consigo siete coros de músicos*» que «*danzaba con todas sus fuerzas delante del Señor*» (1) y que «*el arca era llevada con júbilo y al son de las trompetas*» (2); y así como en nuestras procesiones eucarísticas, de trecho en trecho, se ofrece al Señor el oloroso incienso en testimonio de su Divinidad, del mismo modo David «*traía consigo cuando acompañaba al Arca del Señor un becerro para víctima; y cuando los que llevaban el Arca del Señor habían dado seis pasos, sacrificaba un buey y un carnero*» (3).

Consignan además, las Sagradas letras que «*Samuel dormía en el templo del Señor, donde estaba el Arca de Dios*» (4) ¡Oh, cuán grata debía de ser para el santo profeta semejante morada! Allí fué donde Dios le llamó para que fuera su vate fidelísimo y donde crecía en virtud, y el Altísimo era con él; pero ¡cuán dulce y gratísima debe ser la morada, en la cual habitan los que, apartados del mundo, se han entregado enteramente al servicio de Jesucristo! A la verdad, los religiosos y demás personas que habitan en los conventos, al remedar lo que hizo Samuel, deben sentir su alma colmada de dulzura, si es que no son infieles ó desagradecidos á los dones de Dios. Ellos pueden repetir con propiedad las palabras de Samuel (5): «Habla Señor que tu siervo oye».

«*En el Templo, decía Dios á Salomón, tendré puestos mis ojos y mi corazón todos los días*». He aquí una predicción manifiesta de la presencia continua del Sacramento

(1) Et erant cum David septem chori II Rey. 6, 12.
(2) Ducebant arcam Domini in jubilo, et in clangore buccinae, id 15,
(3) Et erat cum David victima vituli. Cumque transcendissent qui portabant arcam Domini sex passus inmolabant bovem et arietem, II Reyes 6, vv. 12 y 13.
(4) Samuel dormiebat in templo Domini ubi erat arca Dei I. Reyes. 3, 3.
(5) Loquere Domine, quia audit servus tuus. id, 10.

santo en la Iglesia Católica, pues aunque por estas palabras parece que Dios hacía al rey sabio una promesa absoluta, sin embargo no lo era, puesto que dependía de la perseverancia de los israelitas en la observancia de la ley del Señor; no obstante, dice el texto: «*todos los días*», palabra que entiende S. Alfonso de Ligorio de la Eucaristía, en el sentido espiritual, según el que, nuestro amoroso Jesús tiene en el Sacramento puestos sus ojos para ver nuestras miserias, y también su corazón para amarnos con singular afecto.

Con objeto de que no ignoremos cual sea el respeto y temor grande que debemos de tener al sagrado templo donde mora la Eucaristía, aprendamos del segundo libro de los Macabeos, que nos refiere lo que aconteció á Heliodoro y compañeros suyos, por haber profanado y robado las alhajas del templo del Señor, grandiosa figura del templo de los cristianos. Tenía á la sazón el gobierno de aquel templo, Simón, de la tribu de Benjamín, el cual dió cuenta á su gobernador Apolonio de la suma de dinero y alhajas que guardaba el templo del Señor. Apolonio dió aviso de esta noticia á su rey, quien mandó á Heliodoro, su ministro de Hacienda, transportar á su casa todo aquel dinero. Heliodoro se propone llevar á ejecución la sacrílega orden de su señor, á cuyo fin se llega á Jerusalén. Pregunta al sumo sacerdote Onías, si tenía guardado el capital; Onías le contesta afirmativamente, pero añade que los dineros eran unos depósitos y alimentos de viudas y huérfanos, por cuya causa no podía defraudar á aquellos que los habían depositado en el lugar santo. Heliodoro, no obstante, desoye tan justa proposición y se atreve á entrar en el templo; mas he ahí, que, al estar ejecutando el acto sacrílego, aparece un furioso caballo montado por airoso ginete; dirígese á Heliodoro, se arroja impetuosamente sobre él, y tanto éste como los cooperadores al robo, derribados en el suelo y sobrecogidos de espantoso terror, se desmayan. Aparecen finalmente dos mancebos de varonil hermosura quienes, colocándose uno á cada lado de Heliodoro, le azotan cruelmente y le

arrojan del templo con grande ignominia, terminando aquella espantosa tragedia con la confusión más horrible de los delincuentes. ¡Terrible castigo para los profanadores del santo templo! Y si estas penas fulminó Dios contra los que cometieron abominaciones tales, en un lugar donde el Señor no residía más que en figura ¿qué lamentables daños no causará su justicia vengadora á los que los perpetren en su santuario Eucarístico? Horroricémonos ante semejante espectáculo y escarmentemos en cabeza ajena; teniendo presente que, el reverenciar los templos del Señor, no es puramente una acción devota que depende de nuestra mayor ó menor veneración hacia Dios, sino que además de ser muy natural, el que los súbditos y vasallos estén en silencio y mesura en el palacio de su Rey, es también un precepto impuesto por el mismo Dios á los hombres, según lo hallamos en el Levítico cuando nos dice: «*Guardad mis sábados y temed mi santuario. Yo el Señor*» (1).

(1) Sabbata mea custodite, et sanctuarium meum metuite: Ego Dominus. Levit 19, 30.

CAPÍTULO V

La dulzura de la Eucaristía y el sacerdocio de la Nueva Ley, vaticinados por las santas escrituras mencionadas.

I

Es una verdad de fe teológica, enjugadora de muchas lágrimas, que Dios, al mismo tiempo que infinitamente justo, lo es también misericordioso, en tanto grado, que (1) «la tierra está llena de su misericordia,» atributo que, según enseña la Madre de Dios, pasa (2) «de generación en generación sobre los que le temen». En este inmenso océano de la misericordia del Altísimo, se descubre una suavidad tan deliciosa, percibida por aquéllos que acaba de expresar la Virgen María, «*los que temen al Señor*,» que es imposible á la inteligencia humana concebir y á la rastrera lengua ponderar. Esta agradable suavidad la sintieron los Patriarcas y los Profetas y todos los que de veras amaron á Dios. Por eso, en los libros santos, la describen, inspirados por el Espíritu Divino, declarando proféticamente aquellas dulzuras inefables que el Cordero inmaculado había de conceder á los hombres por medio del Sacramento augustísimo. Pero veamos que es lo que dichas sagradas Letras nos anuncian.

---

(1) Misericordia Domini plena est terra. Ps.

(2) Et misericordia ejus á progenie in progenies timentibus eum. Luc. 1 50.

En el libro de la Sabiduría esclama el Espíritu Santo: (1) «*¡Oh cuán bueno y suave es, Señor, tu espíritu en todas las cosas!*» y más abajo, repitiendo lo mismo, como saboreándose en la dulzura de Dios prorrumpe: (2) «*Mas tú, Dios nuestro, suave eres.*» La sucinta paráfrasis de estos versículos, la hace Sto. Tomás en el oficio de Corpus-Christi, cuando en la antífona del Magnificat exclama; (3) «¡Oh cuán suave es, Señor, tu espíritu, que para mostrar la dulzura de la Eucaristía á tus hijos, nos diste un pan suavísimo bajado del cielo! y como haciéndose eco de estas palabras, y prediciendo al mismo tiempo el Manjar Eucarístico, añade: (4) «*En lugar de lo cual, alimentaste á tu pueblo con vianda de ángeles, y les diste pan del cielo, aparejado sin trabajo, que tenía en sí toda la delicia, y la suavidad de todo sabor.* «¿Podremos negar ó titubear tal vez, que este sagrado texto hace referencia al Maná Eucarístico? A esto responde Alápide diciendo: que (5) el Maná de la Eucaristía es la comida de los ángeles, porque el mismo Cristo que nos apacienta en la Eucaristía, apacienta y hace bienaventurados á los ángeles con la visión beatífica. Mas atendamos á lo que expresan las palabras del verso. «*En lugar de lo cual* ; en lugar de los terribles castigos que enviaste á los egipcios, alimentaste á tu pueblo con dulce vianda de ángeles; esta es su explicación. ¡Qué misericordia la de Dios! Los egipcios fueron duros de corazón y rebeldes al Señor, merced á lo cual el brazo vengador del Eterno les humilló, cargándoles de horribles calamidades; pero á los hebreos, pueblo predilecto su-

---

(1) O quan bonus et suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus. Sabiduría, 12, 1.

(2) Tu autem Deus noster suavis... es. Sabid. 15, 1.

(3) O quam suavis est Domine, spiritus tuus, qui ut dulcedinem tuam, in filios demonstrares, pane suavissimo de cœlo prestito, dedisti nobis... Ofic. Corp. Crhisti.

(4) Pro quibus Angelorum esca nutrivisti populum tuum, et paratum panem de cœlo præstitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem. Sab. 16, 20.

(5) Mamna Eucharistiæ est angelorum esca, quia idem Christus qui nos pascit in Eucharistia, pascit beatque angelos in visione beatifica. Alápide. Sup. Sapient. c. 16, v. 20.

yo, les dió en cambio vianda de ángeles, no obstante sus frecuentes ingratitudes. He aquí cual sea el cuadro de la historia humana. A los bárbaros é infieles, que son duros de corazón, les niega Dios las sobrenaturales luces, no obstante que murió por ellos y quiere salvarles; y á los cristianos, su pueblo amado, nos alimenta con manjar de serafines, con su Cuerpo y Sangre, á pesar de nuestras repetidas iniquidades. ¡Cuán bien demuestra todo esto la dulce suavidad de nuestro Señor! Y en consecuencia ¡cuánto debe ser el gozo inexplicable que se experimenta por medio de la Eucaristía! Por este motivo se dirigía Salomón á Dios y le decía: «*Tu substancia* (el maná) *mostraba la dulzura que tienes para con tus hijos*» (1). Sí; la Eucaristía, verdadero y riquísimo maná, muestra la dulzura de Dios para con los cristianos. De semejantes delicias nos habla el libro del Génesis, cuando bendiciendo Jacob á sus hijos, exclama dirigiéndose á Aser: «*Aser; su pan será jugoso y dará deleites á los Reyes*» (2). S. Buenaventura enseña que por esta profecía se encuentra prefigurado el pan de la Eucaristía, y no sin razón, porque como afirma el P. Scio, la carne de Jesús fué tomada de la de María, la cual era de Nazareth, cuya ciudad perteneció á la tribu de Aser. «*Vino nuevo, amigo nuevo: se hará añejo y lo beberás suave*» (3). He aquí otra predicción del vino consagrado; porque según dice S. Fulgencio (4): ¿Qué significa el que este vino se hará añejo, si en el antiguo Testamento no aparece el símbolo del Nuevo? Entonces, pues, se bebe este nuevo vino con suavidad, añade el santo, si su significación y promesa se reconoce por el Testamento antiguo».

Hermosas son las promesas que el Espíritu Santo por medio del Eclesiástico, hace á los que temen á Dios y guardan su justicia; promesas que son otras tantas bellas predicciones de la Eucaristía. Dice así: *Le alimentará con pan de*

(1) Substantia enim tua dulcedinem tuam, quam in filios habes, ostendebat. Sabid. 16, 21.
(2) Genes. 49, 20.
(3) Eccli. 9, 15.
(4) Ep. 14 ad Ferrand.

vida y de entendimiento; agua de sabiduría, de salud, le dará á beber, y se afirmará en él y él no se doblegará» (1) lo cual interpreta alegóricamente Alápide de esta manera: (2) Cristo que es la sabiduría del Padre y nuestra, como Pan divino, nos apacienta realmente en la Eucaristía, y así nos vivifica y nos hará resucitar á la vida inmortal, según aquello de S. Juan: (3) «*Porque el pan de Dios es Aquél que descendió del cielo y da vida al mundo;*» pues este Pan divino está destinado para alimento de las almas, y para hacerlas vivir eternamente, según dice el P. Scio. Este pan de vida y de entendimiento, como afirma Tertuliano al hablar de la oración del Pater noster (4), «se ha de entender espiritualmente. Cristo es nuestro pan, añade, porque Cristo es la vida del alma, así como el pan material es la del cuerpo. Y así, pidiendo el pan cotidiano, pedimos la perpetuidad con Cristo é individuidad con su Cuerpo.»

El agua de sabiduría que menciona el citado texto sagrado, es aquella de que nos habla Nuestro Señor Jesucristo por S. Juan, cuando decía á la Samaritana: (5) «*Si supieses el don de Dios, y quien es el que te dice, dame de beber, tú de cierto le pidieras á él y te daría agua viva;*» y como explica más abajo, porque: (6) «*Todo el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed; y se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna*». Esta agua viva es su gracia, que se comunica por medio de los sacramentos, especialmente por el de la Eucaristía, y di-

---

(1) Cibabit illum pane vitæ et intellectus, et aqua sapientiæ salutaris potabit illum: et firmabitur in illo, et non flectetur. Eccli. 15, 3.

(2) Christus qui est Patris nostraque sapientia, seipso quasi pane divino nos realiter pascit in Eucharistia, itaque nos vivificat et faciet resurgere ad vitam inmortalem juxta illud....

(3) Joan. VI, 33: Panis enim Dei est, qui de cœlo descendit, et dat vitam mundo. Alap. in Eccli. 15, 3.

(4) Spiritualiter potius intelligamus. Christus enim panis noster est quia vita Christus et vita panis... Itaque petendo panem quotidianum perpetuitatem postulamus in Christo et indivituitatem in corpore ejus. Tertulianus lib. de oratione Dominica.

(5) Si scires donum Dei, et quis est qui dicit tibi: Da mihi bibere: tu forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vitam. Joan. 4, 10.

(6) Omnis qui biberit ex aqua, quam ego dabo ei non sitiet in æternum... fiet in eo fons aqua salientis in vitam æternam. Joan. 4, vv. 13 14.

ce que, el que la bebiere jamás tendrá sed, porque despreciará el gusto y el deseo de los bienes perecederos, estando, como se supone, lleno de la caridad del Espíritu Santo. (1) «Tal felicidad, como asegura el P. Scio, no se cumplirá en toda su perfección en la vida presente, sino cuando este cuerpo corruptible fuere revestido de una inmortal bienaventuranza». Prosigue el texto mencionado asegurando, que la Sabiduría «*se afirmará en él y él no se doblegará*;» porque el que está bien arraigado en la celestial sabiduría que es Jesucristo, ni las perturbaciones y calamidades de la vida podrán abatirle, ni menos arrancarle de la tierra fructífera en la que está plantado.

El Verbo de Dios, al dictar al rey Salomón el sagrado libro de los Proverbios, parece que en una de sus hermosas expresiones, se adelanta á la plenitud de los tiempos, y como si hubiese instituído ya la Eucaristía santa, exclama: (2) «*Mis delicias son estar con los hijos de los hombres*»; ¿por qué razón, dulce Jesús? ¿acaso podrás reportar alguna ventaja de nosotros? Siendo como somos tan ingratos, y que apenas devolvemos amor por amor, afirmas que tus delicias son el estar con nosotros? Es que Jesús nos ama tanto, que afirma Alápide: (3) «Cristo desea sumamente descansar y reposar en nuestras almas, y en ellas habitar como en su templo y sagrario», no porque así lo merezcamos, sino porque su ardiente caridad para con nosotros en la Eucaristía, es inefable. La prueba de esto nos la presenta el Espíritu Santo, por Salomón; quien en el libro de la Sabiduría (8, 16) nos dice: «*Su conversación no tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo*». ¡Qué bello panegírico de la Eucaristía!

En este dulce Misterio encontramos ciertamente lo que en un fiel amigo, porque así como no hay cosa más dulce que hallarse cada uno en compañía de su mayor amigo, así no

(1) Comentarios sobre el cap. 4.° de S. Juan. Scio.
(2) Delitiæ meæ, esse cum filiis hominum. Prov. 8, 31.
(3) Quia Christus summe desiderat in animabus nostris quiescere in iisque quasi in templo et sacrario suo habitare. Alápide. super. Prov. cap. 8, vers. 31.

existe otra compañía más alegre, más tranquila y pacífica que la de Jesús Sacramentado, porque en Él hallamos las delicias que Él experimenta con los hombres. Para obtener semejantes inefables delicias, adoptó el Eterno varios medios, que son los que insinúa el mismo libro de los Proverbios. (1) *La sabiduría edificó casa para sí y cortó siete columnas,* palabras que se entienden del templo y altar eucarístico, pues como asegura S. Atanasio: (2) «La sabiduría puso la mesa del sagrado altar, en la cual, se pone para comer y beber, el pan; esto es, el sacrosanto Cuerpo de Cristo y su Sangre.» Las columnas que cortó, significan los siete dones del Espírito Santo, que se otorgan á los que reciben la Eucaristía, para sostener el edificio del corazón humano. Prosigue y dice: (3) «*Inmoló sus víctimas, mezcló el vino y dispuso la mesa;*» verso que la santa Iglesia canta en la fiesta y octava del Augusto Sacramento, y que según explican los (4) SS. Ambrosio y Agustino; (5) esta inmolación de víctimas, pretende significar que la Sabiduría increada, al venir al mundo, ofreció de sí mismo un sacrificio en la cruz y otro en la cena, que aunque diversos en la acción, son un solo y mismo sacrificio en lo que respecta á la ofrenda y su propia eficacia. «*Mezcló el vino*» en el cáliz de bendición, pero lo mezcló con agua, acción que los sacerdotes practican en el santo Sacrificio de la misa, ya porque lo ejecutó así Nuestro Señor Jesucristo, como cree el santo (6) Concilio de Trento y aseguró el de Cartago; ya porque esta unión del vino con el agua representa la unión del pueblo fiel con Cristo, ora también porque del costado de Jesucristo manó á un mismo tiempo, sangre y agua. Esto obró la Divina Sabiduría, para que el hombre bebiese hasta embria-

---

(1) Sapientia ædificavit sibi domum, excidit columnas septem. Prv. 9, 1.

(2) Sapientia posuit mensam sacri altaris, in quo panis: id est, sacrosanctum Christi corpus, et sanguis edendus et bibendus proponitur. S. Atanas. in disput, contra Arium in Conc. Nic.

(3) Inmolavit victimas suas, miscuit vinum, et proposuit mensam suam. Prov. 9, 2.

(4) S. Ambros. De fide. lib. I, cap. 7.

(5) S. Agustinus. De civitate Dei. Lib. 17, cap. 20.

(6) Conc. Trid. sess. 22. cap. 7.

garse espiritualmente del cáliz de salud, de tal modo, que despreciase los bienes caducos y hasta su misma vida por percibir el río de celestiales delicias que sale de la Sangre del costado de Cristo, prestada por medio del cáliz Eucarístico. «*Puso su mesa*,» añade el mismo verso, para alimentar con su propia substancia á los que no debían vivir sino para Aquél que había muerto por ellos.

Pero es admirable la manera con que el libro de los Proverbios va narrando las peculiares obras del amor de Cristo Sacramentado. (1) «*Envió sus criadas*,» esto es, los apóstoles y predicadores, para que congregasen á los pueblos en las iglesias donde está el Santo de los Santos, y fuesen aquí instruídos y alimentados con la Carne y Sangre del Cordero Divino. «*A fin de que llamasen para el alcázar*,» lugar, que como dice Alápide (2), «es el templo y sinagoga edificada en el monte Sión, esto es, la Iglesia Cristiana que, por la predicación de Cristo y los apóstoles, fué incoada en el mismo lugar;» de donde se puede concluir que el Espíritu Santo se refiere en este verso á la Iglesia y al Santísimo que guarda depositado ricamente en sus altares.

Consideremos ahora, de que manera Jesús Sacramentado nos llama á su mesa, á fin de que celebremos su regalado convite. (3) «*El que es párvulo venga á mí;*» exclama. No excluye á los sencillos de corazón ni á los indigentes, sino que, dirigiéndose á todos éstos, dice: (4) *Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado.*» ¡Extraña generosidad del Hombre-Dios! Este revelador versículo lo explica Alápide, (5) asegurando, que: «el párvulo ó niño y el insi-

(1) Misit ancillas suas, ut vocarent ad arcem, et ad mœniam civitatis. Prov. 9, 3.

(2) ..... est templum et sinagoga in arce Sión ædificata ac Ecclesia Christiana quæ prædicante Christo et Apostolis in eodem loco inchoata est. Alapide. in Salomon. Prov. 9.

(3) Si quis est parvulus veniat ad me. Prov. 9. 4.

(4) Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis, id. 5.

(5) Parvulus et insipiéntibus idem est... Sub quo allegória intellige epulum Eucharistiæ quod comedendum est ore et stomacho corporali, tum spirituali, puta, attenta meditatione, oratione, desiderio, amore, humilitate, animique unione cum Christo sumendum et rumiandum. Omnes ergo hoc invitat Sapientia, id est Christus. Alápide id.

piente son una misma cosa; bajo cuyo concepto se entiende alegóricamente el convite de la Eucaristía, cuyas viandas han de ser comidas por medios corporales y tomadas y rumiadas por el espiritual, á saber: por medio de la atenta meditación, la oración, el deseo, el amor, la humildad y la unión del alma con Cristo. La Sabiduría, pues, nos convida aquí á todos». ¡Con cuánto amor declaraba el Señor de antemano aquellas amorosas frases que en el acto de la Cena había de dirigir á sus apóstoles: «Tomad y comed porque este es mi Cuerpo; porque esta es mi Sangre!» No parece sino que el exceso de amor de aquel Unigénito Hijo del Padre, le llevaba al extremo de manifestar á los Patriarcas del Testamento viejo, todo lo que había de realizar en su venida al mundo. Aparte aquella memoria, de la que dice el profeta: «Dejó memoria de sus maravillas»; hace un elogio el Eclesiástico, alabando las virtudes de Josías, figura de Jesucristo y dice así: (1) «*La memoria de Josías es tal, como composición de perfumador hecha de varios aromas.*» Entiende S. Buenaventura que la Eucaristía es por este texto prefigurada; porque si la memoria de Josías es como se ha dicho, la de la Santa Eucaristía es semejante á aquélla, merced al suave olor de virtudes de que está admirablemente confeccionada.

Veamos ahora cuales sean los efectos de la Eucaristía, anunciados en el antiguo Testamento. Dice el Eclesiástico, á nuestro propósito, hablando de la eterna Sabiduría (2). *Yo como vid, eché fruto de suave olor y mis flores son frutos de honor y riqueza.*» Esta frondosa vid, entendida alegóricamente, que es como Cristo la dió á entender al mundo, cuando dijo: (3) «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos,» produce un vino tan generoso que, según S. Bernardo, (4) embriaga para el desprecio del mundo; inflama

(1) Ecclit. 49, 1.

(2) Ego quasi vitis fructificavi suavitaten odoris: et flores mei fructus honoris et honestatis. Eccli. 24, 23.

(3) Ego sum vitis et vos palmites. S. Juan 15, 5.

(4) Vinus hic, Christus inmolatus inebriat ad contemptum mundi, calefacit, quia ferventes facit; acuit, quia erudit; audaces facit contra adversa, fortes et invincibiles á carne, mundo et dæmonibus; obliviosos, eorum scilicet quæ retro sunt, et in futura extensa; discretos quia erudit ad jus-

porque hace fervientes; estimula, porque instruye; hace osados contra lo adverso; fuertes é invencibles contra la carne, el mundo y el demonio; olvidadizos de las cosas terrenas; discretos, porque amaestra para la justicia; soñolientos y tediosos para las cosas temporales; inclinados y prontos, en suma, para contemplar lo invisible.» «*Mis flores son frutos de honor y de riqueza,*» añade el sagrado texto. Las flores de esta vid divina son las virtudes y gracias que la Eucaristía comunica á las almas cuando beben su delicado licor en el Sacramento adorable. Dice que «*son frutos de honor,*» porque llevan mérito infinito, por lo que en este mundo no puede existir persona más honrada, que aquella que, recibiendo á Jesús Sacramentado, se aprovecha de sus gracias; y son asimismo, «*frutos de riqueza*, porque en cuanto á su valor es incalculable el tesoro de la Eucaristía, y porque todo aquel que come y bebe la Carne y Sangre del Salvador, puede considerarse por la criatura más acaudalada en riquezas de tal especie, que comercian en poco tiempo el cielo.

Prosigue exponiendo el texto sagrado los apacibles afectos de la Eucaristía y añade (1): «*Mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que la miel y el panal*». El espíritu de Jesucristo es dulcísimo para aquellas almas que lo gustan por medio de la oración y conformidad con la voluntad divina, pero particularmente por medio de la Eucaristía; y la prueba de esto es que semejantes almas, si han llegado á penetrarse del espíritu del Señor, no desean otra cosa que á Jesucristo, no apetecen unirse á otro amor que al de Jesucristo; no pretenden nada de lo que el mundo pueda ofrecer para su contento; por el contrario, esperan que venga el momento en que beban los arroyos de puras delicias que brotan incesantemente del Divino Corazón. *Su herencia,* es decir, su posesión, es más dulce que la miel y el pa-

---

titiam: somnolentos ad temporalias et tediosos, ad invisibilia vero contemplanda pronos et promptos. Per te, panem speramus qui cor hominis confirmat. S. Bernardus. Serm. 4.

(1) Spiritus enim meus super mel dulcis, et hæreditas mea super mel et favum. Eccli. 24, 27.

nal. ¿Qué son estos blandos manjares de la tierra, en comparación del que da Jesucristo en la Eucaristía? Quien posee al Salvador, lo posee todo, lo posee en esta vida cubierto con delgados celajes, lo gozará en la otra con claridad eterna. Todo el que haya gustado debidamente á Jesucristo, se adhiere con ardor á su Corazón sagrado, y he aquí por que el divino Texto nos dice con palabras terminantes (1): «*Los que me comen aun tendrán hambre, y los que me beben aun tendrán sed*»; palabras que Alápide (2) refiere literalmente á Cristo, gustado santamente en la Eucaristía.

II

He de advertir además, que el Sacerdocio de la Nueva ley fué simbolizado por el de la antigua. En efecto, mandó nuestro Señor al primer caudillo de Israel que los sacerdotes se mantuvieran limpios de pecado. Hé aquí sus palabras: (3) *Santos serán para su Dios, y no mancillarán su nombre; por cuanto ofrecen el incienso del Señor, y los panes de su Dios; y por esto serán santos;*» precepto que confirmó después, al ordenar que los sacerdotes no tomasen para sí mujeres infames, ni las repudiadas por sus maridos, sino á una virgen; y por esta razón les dice (4). *Sean santos, porque yo también soy santo, el Señor que los santifico.*» Era tal la santidad que el Señor exigía de los sacerdotes hebreos que no permitía en manera alguna se acercasen al altar estando manchados, con el fin de que su culto se celebrase con la mayor decencia, gravedad y pureza posibles; para el efecto les impone preceptos como el que á continuación sigue: (5) «*Todo hombre de linaje del sacerdote Aarón que*

(1) Qui edunt me, adhuc esurient, et qui bibunt me, adhuc sitient. id 29.

(2) Ad litteram verum est de Christo quem edimus in Eucharistia, et laudem eumdem esurimus, iterumque edere gestimus. Alápide, sup. Eccli. 24, 29.

(3) Sancti erunt Deo suo, et non polluent nomen ejus: incensum enim Domini, et panes Dei sui offerunt, et ideo sancti erunt. Levit. 21, 6.

(4) Sint ergo sancti, quia et ego sanctus sum, Dominus qui sanctifico eos, id. 8.

(5) Omnis qui habuerit maculam de semine Aaron sacerdotis, non accedet offerre hostias Domino, nec panes Deo suo. id. 21.

tuviere mancha, no se acercará á ofrecer víctimas al Señor, ni panes á su Dios.» Ahora bien; ¿quién no descubre en todos estos preceptos, el modo de regirse los sacerdotes de la Ley Nueva? En cuanto á la santidad que éstos deben poseer, nadie ignora que es la deducida de los preceptos y consejos evangélicos y, especialmente, de este precepto que Jesucristo intimó á sus discípulos: (1) «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto». La santidad de los sacerdotes de Jesucristo ha de resplandecer principalmente en el corazón, como la de los sacerdotes del antiguo Testamento se refería especialmente á lo exterior; y si una santidad semejante exigía Dios para manejar lo que era meramente figura, ¿cuál no exigirá para manejar la realidad? De aquí el respeto que debemos tener á nuestros sacerdotes, simbolizado por el que se tenía á los de la Antigua Ley, pues así lo mandaba Dios por el Eclesiástico, diciendo: (2) «*Con toda tu alma reverencia á los sacerdotes del Señor;*» y en otro verso: (3) «*Da honra á los sacerdotes.*»

En el libro del Éxodo descubrimos dos especiales autoridades por las que se revela que el sacerdocio debería de ser perpetuo; por lo tanto, al abolir Jesucristo el antiguo, debió instituír el suyo propio, para que así tuviera lugar la perpetuidad. Dice, pues, Dios á Moisés: (4) «*Pondrás sobre la mesa los panes de la proposición, delante de mí perpetuamente.*» Hemos visto que estos panes de la proposición son perfecto emblema de las Hostias consagradas; por consiguiente, al decir Dios que se pusieran en el altar *perpetuamente*, semejante perpetuidad no hubiera podido verificarse si lo real no sustituyera á lo figurado, porque sabemos que las figuras cesaron; mas es cierto que Cristo Señor Nuestro estableció para siempre lo real, dejando en el olvido lo figurado, luego la perpetuidad de que habla el texto,

(1) Estote perfecti, sicut Pater meus cœlestis perfectus est.
(2) In tota anima tua time Dominum et sacerdotes illius sanctifica, Eccli. 7, 31.
(3) Honorifica sacerdotes. id 33.
(4) Et pones super mensam panes propositionis in conspectu meo semper. Exod. 25, 30.

se refiere á la Eucaristía, puesto que en esta se completa. El otro verso sagrado que confirma la observación anterior es del mismo libro del Éxodo, que va explicando lo relativo á las vestiduras del Pontífice y ministros inferiores. Dice así: (1) «*Estatuto perpetuo será para Aarón y para su posteridad después de él;*» lo cual, como observa S. Agustín (2), se refiere al sacerdocio perpetuo de Jesucristo, porque las leyes que prescribieron para el sacerdocio levítico fueron eternas, ya que anunciaban y representaban lo que pertenecía al sacerdocio de la nueva ley; y si fueron eternas, lo fueron, no en sí mismas, sino en la verdad de Jesucristo, figurada por ellas.

(1) Legitimum sempiternum erit Aaron, et semini ejus post eum. Exod. 28, 43.
(2) S. Agust. in Exod. Quas. 24.

CAPÍTULO VI

La Eucaristía y los Profetas.
El monte Sión y los montes altos, bellísimos emblemas de la Eucaristía.—Jesús Sacramentado, dulce Pastor de las almas.

Uno de los argumentos invencibles que prueban hasta la evidencia la certeza de nuestra augusta Religión son las profecías. Éstas son fiel testimonio de que las razonables verdades que aquélla confiesa son infaliblemente ciertas, porque siendo predichas muchos siglos antes de que se realizasen, llegaron á ponerse en ejecución, no en cualquier tiempo indeterminado, sino en el tiempo y lugar que prefijaron.

Hallándose por lo tanto el dogma de la Eucaristía entre estas sublimes verdades, es indispensable que observemos si se halla también vaticinado por los Profetas de la ley antigua.

Isaías, uno de los cuatro profetas mayores, destinado por el Excelso para corregir los vicios de su tiempo, y preparar los senderos del Mesías, propone abundantes pronósticos relativos á nuestro asunto. «*En los últimos días* (dice) *estará preparado el monte de la casa del Señor en la cumbre de los montes, y se elevará sobre los collados y correrán á él todas las gentes, é irán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y andaremos en sus senderos, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra*

del Señor, de Jerusalén» (1). He aquí una sublime predicción del sagrado templo que había de encerrar á Cristo sacramentado. *En los últimos días*, esto es: aquellos días que S. Juan (2) designa por *última hora* y en la que apareció la Iglesia de Dios, estará dispuesto el monte de la casa del Señor. Según interpretan los Santos Padres, este elevado monte es la misma Iglesia; y por eso advierte el sagrado Texto que estará en la cumbre de los montes, porque á la manera que sobre el alto monte Moria, se edificó el templo de la antigua Ley, del propio modo, sobre la piedra angular, que es Cristo, y sobre los apóstoles y Profetas, que son sus fundamentos, montes de perfección altísima, se edificó la Iglesia, según aquello del real Profeta: (3) «Los cimientos de ella, en los montes santos». Afirma también que, *correrán á él todas las gentes y dirán: Venid, subamos á la casa de Dios y nos enseñará sus caminos*, para que entendamos que en esta Iglesia se halla realmente Cristo Sacramentado, y á Él debemos todos acudir, á fin de que, recibiéndole dignamente, nos enseñe los senderos de esta vida, ya que Él es luz del mundo. Todo lo cual confirma el Señor en el siguiente hermoso texto: (4) «*Yo haré salir en las cumbres de los collados, ríos, y fuentes en medio de los campos: transformaré el desierto en estanques de aguas y la tierra sin camino, en arroyos de agua*». ¿Cuales serán, pregunto, esos divinos ríos que deberían brotar en las cumbres de los collados? Hemos visto que en las cumbres de los montes santos, reside Cristo Sacramentado: luego de Él deben dimanar esos caudalosos, á la par que apacibles ríos de celestial dulzura. Mas ¿y esas ricas fuentes que han de

(1) Et erit in novissimis diebus præparatus mons domus Domini in vertice montium, et elevabitur super colles, et fluent ad eum omnes gentes. Et ibunt populi multi et dicent: Venite et ascendamus ad montem Domini et ad domum Dei Jacob, et docebit nos vias suas, et ambulabimus in semitis ejus, quia de Sión exibit lex, et verbum Domini de Jerusalén. Isaías, 2, 3.

(2) Epíst. 1.ª

(3) Fundamenta ejus in montibus sanctis. Ps. 86, 1.

(4) Aperiam in supinis collibus flumina, et in medio camporum fontes: ponam desertum in stagna aquarum, et terram inviam in rivos aquarum. Isaías, 41, 18.

brotar en medio de los campos? ¡Ah! Jesucristo es el fértil campo de la Iglesia! es también la flor del campo, como dice el cardenal Hugo, y las fuentes que brotan de este sagrado campo son los siete sacramentos que manan del amoroso costado de Jesús, los cuales dan vida, confortan, sostienen y alegran el corazón del hombre. Los copiosos arroyos de agua, según Nicolás de Lira, son los de la gracia divina, que se comunica por los sacramentos, principalmente por el de la Eucaristía. En otro verso de Isaías, predijo el Señor lo que había de obrar en los que se acercaren al sagrado monte. Y asi dice: «*Todos aquellos que me fueron fieles en lo que les había mandado,* (1) *los llevaré á mi santo monte, y los alegraré en la casa de mi oración: sus holocaustos y víctimas me serán aceptas sobre mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.*» Atendamos á las palabras del Eterno porque son muy dignas de meditación. Asegura que al que le fuere fiel, le llevará á su Iglesia y allí le alegrará con el vino que engendra vírgenes, que es su Divina Sangre; los holocaustos y víctimas de ellos, le serán aceptos sobre su altar: empero pregunto ¿cuáles han de ser semejantes holocaustos que se han de ofrecer á Dios en el altar de su Iglesia?: á esto contesta Alápide que: «los holocaustos propiamente dichos de los cristianos, son los sacrificios de la Eucaristía». La Iglesia es lugar de oración para todos los pueblos; por lo que estas últimas palabras declaran una exactísima profecía, refiriéndose, no á la Sinagoga de los judíos, sino á la Iglesia de Jesucristo, porque la Sinagoga, aunque era casa de oración, como afirmó el Salvador, no obstante carecía de la dote de ser «*para todos los pueblos;*» y así vemos que sólo los israelitas podían disfrutar de ella; pero no sucede de este modo respecto de la Iglesia Católica, porque á más de ser casa predilecta de oración, lo es para todo el mundo; en

(1) Adducam eos in montem sanctum meum, et lætificabo eos in domo orationis meæ: holocausta eorum et victimæ eorum placebunt mihi super altari meo: quia domus mea, domus orationis vocabitur cunctis populis. Isaías, 56, 7.

tal manera que, no excluye á nadie que desee abrazar de todo corazón su fe.

La Eucaristía, según advierte el citado profeta, debía de estar en el monte santo de que nos ocupamos (1). *Criará el Señor* (dice) *sobre todo lugar del monte Sión nube por el día y humo y resplandor de fuego que arroje llamas durante la noche: porque sobre la gloria será la protección. El tabernáculo será para hacer sombra de día contra el bochorno y para seguridad y guarida contra el torbellino y la lluvia*». Este significativo pasaje hace alusión, sin duda, al Arca de la alianza, sobre la que descansaban la columna de blanca nube, que se derramaba durante el día hacia el campamento hebreo, logrando defender á éste de los rayos del sol; y la columna de brillante fuego que resplandecía durante la noche, para iluminarle. Pero es lo cierto que semejante pasaje es también una alegórica profecía del Arca del Nuevo Testamento, porque sobre Jesucristo Sacramentado brilla á los ojos de la fe la gloria celestial, figurada por la columna de nube, y el fuego divino en que arde contínuamente, figurado por la columna de fuego. A nadie quepa la menor duda que estos bellos versículos se refieran al Santísimo Sacramento, porque según afirma S. Jerónimo (2): «Nosotros todo lo referimos al primer advenimiento de Cristo, del cual se lee en los Salmos: «Me protegió en lo escondido de su tabernáculo», que es la Eucaristía; y como añade el P. Scio sobre el mismo lugar: «Todas estas figuras son símbolos de la protección que el Señor había de dar á su Iglesia, quien ha de estar en Ella hasta la consumación de los siglos».

(3) «*En aquel día*, añade el Altísimo, *el altar del Señor estará en medio de la tierra de Egipto*»; palabras que ex-

(1) Et creabit Dominus super omnem locum montis Sión... nubem per diem, et fumum et splendorem ignis flammantis in nocte: super omnem enim gloriam protectio. Et tabernaculum erit in umbraculum diei ab æstu, et in securitaten et absconsionem, á turbine et á pluvia. Isaia 4, vv. 5 y 6.

(2) Nos autem omnia referimus ad primum adventum Christi: de quo et in Psalmis legimus, Protexit me in abscondito tabernaculi sui. S. Hieron. in Isaiam c. 4.

(3) In die illa erit altare Domini in medio terræ Ægipti. Isaias 20, 19.

pone el P. Scio de este modo (1): En aquel tiempo en que los hombres abrazarán la Religión Cristiana, erigirán altares en medio de Egipto, para ofrecer el incruento sacrificio y adorar en ellos al Señor. Es este texto excelente profecía de Jesucristo Sacramentado. En medio de Egipto se habían de levantar altares al Señor, en los que se ofrecería por hostia al mismo Mesías, para dar á entender que aquellos egipcios tan acostumbrados á tener por dioses á los ídolos de metal ó madera, vendrían á adorar al supremo y verdadero Dios de los cristianos, en el tiempo que aquí se señala: pero aun es más explícito lo que prosigue anunciando el profeta: (2) «*Estará el título del Señor cerca de su término; el Señor será conocido de Egipto y los de este país conocerán al Señor en aquel día y le adornarán con hostias y ofrendas.*» El título de que aquí habla el profeta es el lábaro de Cristo, ó trofeo de la cruz, y las hostias y ofrendas, no pueden ser sino los sacrificios de la Nueva Ley, que se reducen á ofrecer á Dios la Hostia divina en la santa Misa.

Advirtamos lo que predice Dios por Abdías acerca de este particular (3): «*En el monte Sión* (dice) *habrá salvamento y allí será el santo*», lo cual explica Nicolás de Lira, asegurando que en la Iglesia solamente habrá salvación; y las palabras—*allí será el santo*—claramente dan á entender que se refieren alegóricamente al Santo por excelencia, que habita en nuestras iglesias. Si, pues, Jesucristo había de permanecer en los altares, según la profecía que por Abdías nos declaró el Señor ¿qué es lo que debían hacer sus redimidos, sino acercarse á visitarle, á acompañarle en su soledad y á recibirle Sacramentado? Todo esto lo manifestó el mismo Dios por otro de sus fieles profetas (4): «*Vendrán* (exclama) *y darán alabanza en el monte de Sión y concurrirán á*

(1) P. Scio sobre el c. 19 v. 19 de Isaias.

(2) Titulus Domini juxta terminum ejus, cognoscetur Dominus ab Ægipto, et cognoscent Ægíptii Dominum in die illa, et colent eum in hostiis et in muneribus. Isaias 19, vv. 19, 21.

(3) Et in monte Sión erit salvatio, et erit sanctus. Abdias 1, 17.

(4) Et venient, et laudabunt in monte Sion: et confluent ad bona Domini super frumento, et vino, et oleo,... Et inebriabo animam lassam, et omnem animam esurienten saturavi. Jerem. 31, vv. 12, 14, 25.

los bienes del Señor, al trigo, al vino y al aceite». ¡Oh! y ¡cuán al vivo retrata el profeta por este verso la Mesa Eucarística! (1) Nicolás de Lira y Alápide entienden por el trigo y el vino la Sagrada Eucaristía, y por el aceite la gracia y unción del Espíritu Santo que se da por el mismo Sacramento. La prueba de que el mismo Dios anuncia por esta acabada profecía su precioso Cuerpo y Sangre, está en que más abajo declara los efectos que producen el trigo, el vino y el aceite mencionados en aquéllos que comen el primero y beben el segundo. En efecto, proféticamente asegura: «*Embriagaré de grosura el alma de los sacerdotes, y mi pueblo será lleno de mis bienes, y el alma de ellos será como huerto de riego, y no tendrán más hambre*». ¿Cuál es esta grosura, sino la riqueza del Cuerpo de Jesucristo? ¿De dónde resulta esta embriaguez, sino de la sunción de la Sangre del Salvador? Por eso Nicolás de Lira, anotando este lindo pasaje, enseña que (2) los sacerdotes serán llenos de la gracia de Jesús Sacramentado; y el alma de los que se hubieren alimentado del Cuerpo y de la Sangre del Redentor, será como un huerto de regadío; porque á la manera que un huerto bien regado, por la frondosidad de sus árboles, encanta al que lo observa, del mismo modo, las almas santas, alimentadas con la Carne del Señor, y regadas con su exquisita Sangre, colmadas como deben estar de las gracias espirituales, embelesan al que las contempla. Acudamos á Jesús si tenemos hambre y sed de justicia, porque Él, que es la justicia por esencia, nos la concederá por medio de su Cuerpo y Sangre, Él nos embriagará de sus dulzuras celestiales en el Altar, pues así lo asegura por el mismo Jeremías: «*Embriagaré* (dice) *al alma fatigada y hartaré á toda alma hambrienta.*»

El profeta Ageo, que empezó á vaticinar 516 años antes de la venida de Nuestro Señor, profiere estas memorables palabras (3): «*Mi espíritu estará en medio de vosotros, no*

(1) Per frumentum et vinum significatur Eucharistia. Per oleum significatur Spíritus Sancti gratia et unctio. Alápide et Lira in Jeremía 31, 12.
(2) Id. est gratiam replevi. Lira. id.
(3) Spiritus meus erit in medio vestrum, nolite timere. Aggeus 2. 6.

temáis, dice el Señor». Por este divino espíritu, entienden los Santos Padres al Espíritu Santo, el cual se nos da plenamente en la adorable Eucaristía; Isaías, empero, viendo en espíritu el advenimiento del Redentor, lleno de entusiasmo exclamaba (1): «*Regocíjate estéril que no pares, canta alabanza y grita la que no parías, reinará en tí el que te crió, el Señor de los ejércitos es el nombre de Él, y tu Redentor el Santo de Israel, será llamado el Dios de toda la tierra*». ¡Cuán bellas predicciones! Manda á la Iglesia que se regocije y que cante alanbanza, porque siendo estéril y desamparada, al venir Jesucristo al mundo tendría, según la promesa hecha á Abraham, muchos más hijos que la que tenía marido, cual era la Sinagoga. Ésta era la sierva, aquélla la libre, figuradas, según S. Pablo, por las dos mujeres que tuvo Abraham; Agar, sierva, y Sara, libre, ésta estéril y aquélla fecunda, y así ordena el Señor que se regocije la estéril, porque tendrá muchos más hijos espirituales que la fecunda. Pero sigamos: «*Reinará en tí el que te crió*». No dice el profeta: Estará por algún tiempo en tu compañía, sino que *reinará en tí;* y consta que el reinado de Jesucristo en la Iglesia es eterno, tomada esta eternidad, por el tiempo que la Iglesia sea militante, que será hasta la consumación de los siglos; también es cierto que Jesús domina é impera sobre la Iglesia de dos modos: 1.º Desde el cielo, en el que posee su trono glorioso y permanente y desde donde se deja ver cara á cara y 2.º desde el sagrado trono del Tabernáculo, donde reside invisible á nuestros ojos, pero tan real como lo está en el cielo; luego al anunciarnos el profeta que Jesucristo reinaría en la tierra, esto es, en la Iglesia, y, subsistiendo, por otra parte, este reinado hasta el fin de los siglos, claramente se deduce que el profeta revelaba el imperio de Jesús Sacramentado sobre el mundo.

Anterior á este vaticinio había profetizado Isaías que Jesucristo apacentaría á sus fieles como á escogido rebaño.

(1) Lauda sterilis quæ non paris: decanta laudem, et himni quæ non pariebas.... dominabitur tui qui fecit te, Dominus exercituum nomen ejus, et redemptor tuus sanctus Israel, Deus omnis terræ vocabitur. Isaias 54, versículos 1, 5.

Por esto dice: (1) «*Como pastor apacentará su grey; con su brazo recogerá los corderos y los alzará en su seno, Él mismo llevará las ovejas paridas*». Si llegásemos á penetrarnos del espíritu de esta conmovedora profecía ¿cuánto amor no tendríamos á Nuestro Señor Jesucristo? Como pastor, dice, nos apacentará ¿con qué? con el propio manjar que prometió á los cafarnaitas (2). «Mi carne es verdadera comida y mi Sangre, verdadera bebida». Este es el pingüe pasto de las almas. Con él nos apacienta Jesús. Sin pasto no podemos vivir; y sin embargo, Jesucristo nos dice: (3) «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros»; luego nuestro pasto es Cristo Sacramentado, porque sin él no podemos tener vida». Cornelio Alápide, hablando sobre este pasaje, añade: (4) «El imperio de Cristo no será dominación tiránica, antes bien pastoral, de modo que este Pastor gobernará á sus ovejas con gran cuidado, no tanto por medio del temor, cuanto por el amor; y al apacentarlas, se descubrirá en él, más la bondad del pastor, que la dignidad imperante del rey.»

Añade el mencionado texto que Jesucristo, con su brazo recogerá los corderos y los alzará en su seno. Esto y no otra cosa es lo que se verifica en la sunción de la Eucaristía. Nosotros recibimos á Jesucristo y lo llevamos en nuestro corazón, pero tengamos presente que, en este caso se realiza un notable contraste, y es que Nuestro Señor nos lleva á cada uno y á todos á su Divino Corazón, para que allí nos nutramos de su Cuerpo y Sangre, de modo que salgamos todos poseidos de perfecta caridad, para practicarla unos con otros, ya que todos los que nos acercamos á recibir la

---

(1) Sicut pastor gregem suum pascet: in brachio suo congregabit agnos, et in sinu suo levabit, fetas ipse portabit. Isaias 40, 11.

(2) Caro mea vere est cibus, et sanguis meus, vere est potus. Joan. 6, 56,

(3) Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis. Joan. 6, 54.

(4) Imperium Christi non erit dominatus tiranicus, sed pastoralis, ut pastor non tam timore quam amore magna cura et benignitate reget, immo pascet oves suas, ut non tam rex quam pastor esse videatur. Alápid. in Isai. c. 40, 11.

Eucaristía, participamos de un mismo Cuerpo y Sangre.

En otro capítulo, añade el profeta que los cristianos serán apacentados por Jesús Sacramentado. He aquí sus palabras: (1) «*Sobre los caminos serán apacentados, y en todos los llanos los pastos de ellos. No padecerán hambre, ni sed, ni les ofenderá calor ni sol, porque el que de ellos se apiada, los gobernará y los abrevará en las fuentes de las aguas:*» acerca de lo cual, y como exponiendo cuales sean estos caminos, dice el Padre Felipe Scio: (2) «No con escasez y en un solo lugar, (serán apacentados) como en otro tiempo los judíos, en solo el templo de Jerusalén, sino en todas partes hallarán pastos abundantes de la palabra de Dios, *del incruento sacrificio*, de todas las gracias y dones espirituales y de los santos sacramentos, que estarán abiertos y patentes para todos». Orígenes entiende, además, que estos sagrados pastos están en el templo de Jesucristo donde reside la Eucaristía; y Alápide añade estas notables palabras: «Dios (3) apacentará y saciará á los cristianos con su doctrina y gracia, sobre todo con la Eucaristía, y los protegerá del calor de las tentaciones; de modo que, si con esto procuran con denuedo seguirle, y quieren además, cooperar á su gracia, han de superar todos los ardides de las tentaciones y tribulaciones y no han de experimentar ninguna hambre ni sed espiritual». Por último, dice el sagrado texto, que Dios *abrevará á los suyos en las fuentes de las aguas*, pero de este líquido eucarístico, reservamos hablar con mayor difusión en el siguiente capítulo.

(1) Super vias pascentur, et in omnibus planis pascua eorum. Non esurient, neque sitient, et non percutiet eos æstus et sol: quia miserator eorum reget eos, et ad fontes aquarum potabit eos. Isai, 49, vv. 9, 10.

(2) In Isai. id.

(3) Alápid. in Isai. id.

CAPÍTULO VII

Jesucristo Sacramentado es la fuente de aguas puras que predijeron los Profetas

Siendo la gracia divina un don sobrenatural concedido gratuitamente por Dios y en atención á los méritos de Cristo, para obtener por su medio la vida eterna, y siendo simbolizado además este don, por las aguas que brotan de las fuentes de Jesucristo, que son los sacramentos, según expresión del Espíritu Santo: es nuestro deber, declarar en este capítulo los pasajes que los santos profetas anuncian acerca de las gracias que se derraman por medio de la Eucaristía. Helos aquí: (1) «*Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador*». S. Ambrosio entiende por estas fuentes, los Sacramentos de la Iglesia, principalmente el Cáliz de la Eucaristía, que manaron de las llagas de Cristo como de fuentes saludables de vida eterna; por lo cual S. Alfonso de Ligorio, refiriéndose á este mismo texto, advierte que (2) «Jesús en el amoroso Sacramento del Altar, cual fuente de agua viva, reparte generosamente todos los merecimientos de su Pasión.» No podía menos de ser así, porque recopilando el Señor en la Eucaristía toda su ardiente caridad, es donde con más abundancia y con toda largueza, dispensa á los cristianos sus tesoros celestiales. En atención á tanta dádiva, es nuestra obligación bendecirle y darle gracias, lo cual

(1) Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. Isai. 12, 3.
(2) Visitas al Santísimo, día 1.º

predijo el mismo Profeta, á continuación del verso anterior. (1) «*Y diréis en aquel día: Alabad al Señor é invocad su nombre; haced notorios á los pueblos sus consejos, acordaos que su nombre es Excelso.*» Y con objeto de animarnos á que le ensalcemos, añade: (2) «*Cantad al Señor, porque lo ha hecho todo con magnificencia, noticiad esto en toda la tierra;*» por lo que el real profeta David, confirmando lo de Isaías, exclama: «*Alabémosle en verdad, porque* (3) *desde la salida del sol hasta su ocaso, el nombre del Señor es laudable.*» ¡Oh! ¡cuán gratas debieran ser nuestras alabanzas tributadas á Jesucristo, si con todo el fervor que pueda caber en nuestra alma, procurásemos entonarle himnos mil de bendición, de loor y de virtud! ¡cuán feliz sería nuestra suerte si, además de ejecutar estas acciones de gracias sin humanos respetos, hiciésemos resonar nuestros ecos por aquellos lugares donde no ha sido conocido todavía Jesucristo! El profeta convida á la Iglesia santa para que se revista de gozo y alegría y bendiga á Jesús sacramentado, por estas palabras: (4). «*Regocíjate y da alabanzas, morada de Sión, porque grande es en medio de ti el santo de Israel*» (5). Este «Santo, como afirma Alápide, está en el venerable Sacramento del Altar, y subsiste en medio de la Iglesia militante.» Nuestra Santa Madre la Iglesia, secundando los fervientes deseos del profeta, se llena de regocijo todos los días, cuando tiene el sumo gozo de ver á Jesús ofrecido en holocausto al Eterno Padre, cuando le ve solemnemente expuesto en los altares, y particularmente, cuando le lleva en procesión pública por las calles y plazas, ó cuando le conduce á los enfermos; y á imitación del vate coronado

(1) Et dicetis in die illa: confitemini Domino, et invocate nomen ejus: notas facite in populis adiventiones ejus; mementote quoniam excelsum est nomen ejus. Isai. 12, 4.

(2) Cantate Domino quoniam magnifice fecit: et anuntiate hoc in universa terra, id. 5.

(3) A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini. Psalmus 112, 3.

(4) Exsulta, et lauda habitatio Sion: quia magnus in medio tui Sanctus Israel. Isai. 12, 6.

(5) Hic sanctus est in Venerab. Sacram. in Ecclesiæ militantis medio permanens. Aláp. in J. 12, 6.

le alaba en su santuario siete ó más veces al día, dándole el honor que nosotros de todo corazón podemos pobremente ofrecerle. Por eso exclama con el sobredicho profeta: «*Señor, tu nombre y la memoria de ti son deseo del alma.*» (1) Mas ¿cuál es esta memoria? Digo con el doctor seráfico, que es aquella que compendia el amor de Jesucristo, esto es: la Eucaristía; según la prometió el Señor por Jeremías: «Me acordaré mucho, y mi alma se repudrirá dentro de mí (2); recuerdo, deseo y amor que nos ha dejado en el Sacramento Santísimo.

Revelando Dios á Isaías los beneficios que había de otorgar á su siervo Jacob, figurado por la Iglesia, le promete que le concederá la abundancia de aguas de que estamos hablando; á cuyo fin se expresa de este modo: (3). «*No temas Jacob, porque derramaré aguas sobre la tierra sedienta y arroyos sobre la seca. Y brotarán (tus hijos) entre las hierbas como sauces junto á la corriente de las aguas.*» Dejando la explicación de las *aguas* que, según hemos averiguado y aseguran S. Jerónimo y Alápide, significan los dones del Espíritu Santo, consideremos lo que declara últimamente el verso: «*Brotarán tus hijos entre las hierbas como sauces junto á la corriente de las aguas,* es decir: descollarán los fieles que se apacientan de Cristo Sacramentado, en toda santidad y virtud y se levantarán, erguidos como sauces, sobre todos los demás hombres que se alimentan de manjares nocivos á sus almas; y así como aquellos frondosos árboles crecen y se desarrollan admirablemente y no necesitan de otro agente para tomar aumento, mas que de la vida que les proporciona la suave corriente de los pequeños arroyuelos, del mismo modo, los cristianos, junto á la corriente de las gracias que corren sin cesar por el canal de la Eucaristía, se mantienen en justicia divina y no necesitan de otra causa, si es que están en la caridad del mismo

(1) Isai. 26.
(2) Trenos, 3, 20.
(3) Noli timere serve meus Jacob. Effundam enim aquas super sitientem, et fluenta super aridam... Et germinabunt inter herbas, quasi salices juxta præterfluentes aquas.

Señor, para crecer en la vida del espíritu. Esto mismo lo había indicado tres siglos antes el real profeta, cuando advertía hablando del justo: (1). «*Y será como el árbol que está plantado á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto á su tiempo;*» ambos tiempos indican una misma cosa. De este fruto á que alude David, trataremos en otro capítulo.

Jeremías que, 600 años antes del Salvador anunció á los judíos las calamidades que el Dios de los ejércitos les había de enviar, hablando de dos males que había obrado el pueblo escogido, predijo que Jesucristo era fuente de agua viva: (2) «*Me dejaron á mí* (dice) *que soy fuente de agua viva;*» é Isaías anuncia al mismo Redentor, convidando á todos para la participación de estas celestiales aguas, mediante el adorable Sacramento. (3) «*Todos los sedientos*, dice, *venid á las aguas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid, comprad sin dinero y sin ningún cambio vino y leche.*» ¡Admirable dignación de la Sabiduría eterna! Eran sus deseos instituír la Eucaristía, y no contenta con llevarla á la ejecución en la plenitud de los tiempos, la da á conocer muchos siglos antes, por boca de su profeta. ¡Cuán bueno es Dios! A todos los que tengamos sed de salud eterna, nos aconseja y aun nos manda que vayamos á beber en el Sacramento sus deliciosas aguas. No necesitamos dinero para comprarlas, porque Él nos las concede gratuitamente, y así dice: «*apresuraos, comprad sin dinero.*» Empero ¿qué es lo que desea que compremos? *Vino y leche*. He aquí simbolizadas las santas Especies de la Eucaristía; porque aunque la materia del Cuerpo adorable de Jesucristo sea pan, como la leche tiene su semejanza con el pan por la parte alimenticia que contiene, por eso dice, leche y no pan, mas en cuanto á lo que simboliza, es idéntico; por lo cual, el P. Scio siente del vi-

(1) Et erit tanquam lignum, quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo. Ps. 1, 3.

(2) Me dereliquerunt fontem aquæ vivæ. Jeremía 2, 13.

(3) Omnes sitientes venite ad aquas, et qui non habetis argentum, properate, emite, et comedite: venite, emite absque argento, et absque ulla commutatione vinum et lac. Isai, 55, 1.

no y leche á que me refiero de esta manera: (1) «Un delicioso convite, que conviene á la doctrina de Jesucristo y á todos los Sacramentos, pero particularmente al divino Pan de la Eucaristía;» y Alápide (2) añade: «Que Dios presenta, por los santos sacramentos, mayormente por la Eucaristía, no tan sólo agua para beber, sino también manjar para comer.»

Asimismo, el profeta Sofonías, que floreció siete siglos antes de Jesucristo, particularizó entre algunas de sus predicciones la de la Santa Eucaristía. En el capítulo 3.º exclama lleno de alborozo: (3) «*Da loor hija de Sión, canta Israel, alégrate y gózate de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha borrado tu condenación, ahuyentó tus enemigos; rey de Israel, el Señor en medio de ti, el fuerte, Él te salvará, se gozará sobre ti con alegría, callará por su amor, se regocijará sobre ti con loor.*» *Da loor hija de Sión;* esta hija de Sión es la Iglesia de Cristo, y quiere el Señor que su Esposa, la Iglesia, se goce de todo corazón y cante las alabanzas de su Dios; mas ¿por qué razón? porque borró su condenación, esto es: sus pecados, extinguidos con el Bautismo; porque ahuyentó sus enemigos, que son: los demonios, los vicios, la muerte, el yugo pesado de la ley antigua, según comenta el P. Scio. *El Señor está en medio de ti, nunca más temerás mal;* sobre lo cual dice San Jerónimo: (4) «El Señor Jesucristo que es el rey de Israel, esto es: del pueblo fiel, está en medio de ti, ó Sión, ó Iglesia; para que te rija como rey, te apaciente como pastor, te alimente como padre, te ame como esposo, te defienda y proteja como capitán. Por cuya razón estarás segura bajo

---

(1) Com. in Isai. c. 55, 1.

(2) Hinc patet Deum, non tantum aquam ad bibendum, sed etiam cibum ad comedendum offerre sancta ejus Sacramenta, præsertim Eucharistía, tam est cibus quam potus animæ. Alápid. in Isai. c. 55, 1.

(3) Lauda filia Sión: jubila Israel, lætare, et exsulta in omni corde filia Jerusalen... Abstulit Dominus judicium tuum, avertit inimicos tuos, rex Israel Dominus in medio tui, non timebis malum ultra. Dominus Deus tuus in medio tui fortis, ipse salvabit: gaudebit super te in lætitia, silebit in dilectione sua, exsultabit super te in laude. Sofonias 3. vv. 14, 15, 17.

(4) Com. in Sophon. c. 3.

sus alas y armas, y no temerás jamás males algunos, porque Él mismo, ó te librará de ellos ó te dará fuerzas para superarlos, como son, las enfermedades, los destierros, los martirios, y cualquier otra cosa adversa, lo cual, no sólo sufrirás paciente, antes bien con alegría, y en ellos te gloriarás y gozarás con S. Pablo.» ¿Qué temes, (1) prosigue Alápide, pues tienes tan fuerte jefe? ¿qué miedo tienes peleando por ti Jesús, el Salvador, y también la misma salvación? De ahí que te añada un quinto bien y dote diciendo: *Callará por tu amor el que está en medio de ti*». Está en medio de ti, ¡Oh Iglesia! dice el cardenal Lugo (2), no en esperanza de estar, sino en realidad;» y callará Jesús tus pecados, añade Lira (3) ó te hará callar á ti, así como á un niño que guarda silencio cuando logra lo que desea» (4). *Y se regocijará por último sobre ti,* prosigue Alápide, alabando tu paciencia, tu combate, tu victoria y la gracia del Eterno Padre, que te dió para conseguir esto». No debo añadir ningún otro comentario porque los sobredichos bastan. Todos ellos, y en especial el de S. Jerónimo, convencen á cualquiera que el profeta Sofonías hablaba del augusto Sacramento del Altar.

Predijo también Isaías que Jesús Sacramentado es un Dios oculto: (5) «*Verdaderamente* (dice) *tú eres un Dios escondido, Dios de Israel, el Salvador*». ¿Quién puede ignorar que estas afirmativas explicaciones fueron pronunciadas para declarar á la Eucaristía? Nicolás de Lira, (6) comenta que es Dios escondido, porque á los ojos de los hombres está escondida la Divinidad; pero según afirma Alápide, (7) estas palabras tomadas en sen-

---

(1) ¿Quid ergo times tam fortem habes ducem? ¿Quid metuis cum pro te pugnet Jesús? id est Salvator immo ipsa salus? Hinc quintum bonum et dotem addit dicens: Silebit in dilectione tua qui est in medio tui. Alápide in Sophon. c. 3.

(2) In re, non in spe. Lugo loc. cit.

(3) N. de Lira loc. cit.

(4) Aláp. loc. cit.

(5) Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel Salvator. Isai. 45, 15.

(6) Lira. Comment. in Isai. c. 45, 15.

(7) Alápide. Comment. in Isai. c. 45, 15.

tido místico, convienen idóneamente á la Eucaristía. En este Sacramento no tan sólo la Divinidad, sino también la Humanidad se esconde bajo las Especies de pan y de vino; todos los sentidos se engañan, excepto el del oído; porque el de la vista ve el color del pan, el del gusto percibe el sabor del mismo, el del olfato huele el olor del pan, el tacto palpa la figura orbicular, solamente el oído escucha en verdad aquellas palabras «Este es mi Cuerpo». De la Eucaristía, por lo tanto, se dice ciertamente: «Solamente en ti está Dios, á saber, Cristo, no pan, no otra substancia. Verdaderamente tú ¡Oh Cristo! eres en la Eucaristía el Dios escondido, Dios de Israel, el Salvador». Aunque este sagrado texto se dirigiera á vaticinar el Misterio del Verbo encarnado, no obstante, como asegura S. Alfonso de Ligorio: (1) «En ninguna otra obra de la divina sabiduría se verifican tanto estas palabras, como en este Misterio adorable, donde nuestro Dios está del todo escondido, pues si en la Encarnación ocultó el Verbo Eterno su divinidad y apareció en la tierra hecho hombre; quedándose con nosotros, escondió también su humanidad». ¡Qué prodigios de amor! Jesús sacramentado es un Dios escondido, para poder morar y conversar más familiarmente con nosotros; es un Dios escondido, para que podamos comer sus carnes y beber de su sangre, sin repugnancia y temor; es un Dios escondido para que nos ejercitemos en actos de fe, y aprendamos á tenerle un respeto filial al mismo tiempo que una amistad afectuosa.

(2) «*¿Por ventura no hay resina en Galaad? ¿ó no hay allí médico?*» exclama Jeremías. (3) S. Alfonso de Ligorio enseña que este monte Galaad es figura de Jesucristo, quien tiene dispuestos en el Sacramento adorable todos los remedios de nuestros males; y en confirmación aduce la autoridad del venerable Beda, el cual advierte que el monte de Arabia es rico en ungüentos aromáticos, semejante á la

---

(1) Visitas al Santísimo, día 24.
(2) Numquid resina non est in Galaad, aut medicus non est ibi? Jeremías 8, 22.
(3) Visitas al Santísimo, día 16.

Eucaristía en la que á más de estar realmente el Médico divino, es también medicina suavísima con la que curamos nuestras llagas; por eso dice el profeta: *¿Por ventura no hay resina en Galaad?* es decir ¿Acaso no existe el Sacramento del amor, remedio de todos los males, para que curemos nuestras almas? porque ciertamente, la resina del alma, á más de la oración y otros actos de mortificación, son en especial los sacramentos.

(1) «*Aprende, por último*, dice el profeta Baruch, *donde está la sabiduría, donde la fortaleza, donde la inteligencia, para que sepas también, donde está la largura de la vida y el sustento, la luz de los ojos y la paz;*» los cuales excelentes dones como advierte el cardenal Lugo, (2) residen en Jesucristo, según aquello del apóstol: (3) «En el cual están todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios». Pero este sustento y fortaleza y las demás prerrogativas de que habla el profeta, ¿quién no las descubre en la Eucaristía? ¿Por qué medio nos concede Jesucristo este sustento y esta fortaleza, sino por el Sacramento Santísimo? Aprendamos en consecuencia, como nos dice Baruch, que todas estas virtudes grandes se hallan en Jesús, pero en Jesús Sacramentado, para que acudamos á Él en todas nuestras necesidades.

---

(1) Disce ubit sit prudentia, ubi sit virtus, ubi sit intellectus: ut scias simul ubi sit longiturnitas vitæ et victus, ubi sit lumen oculorum et pax. Baruch. 3, 14.

(2) Com. in Baruch. c. 3, 14 In Jesuchristo—Lugo.

(3) In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ Dei. Apost.

CAPÍTULO VIII

El Sacrificio de la Eucaristía vaticinado por los Profetas

En repetidos lugares del Viejo Testamento reveló el Señor que los sacrificios mosáicos no sólo dejaban de agradarle sino que le repugnaban en extremo. Principalmente se funda esta verdad de orden teológico en dos poderosas razones. Es la primera que los sacerdotes israelitas osaban presentarse ante el ara del altar con un corazón manchado, detestable y criminal, pues en efecto, fijándose únicamente en el rito exterior, mientras que por una parte engañaban al pueblo haciéndole ver que cumplían las leyes de Moisés, por otra ofrecían al Excelso defectuosas reses, forjándose la triste ilusión de que así quedaban plenamente justificados, cuando, aparte el incumplimiento de la ley que ordenaba ofrecer reses sin defecto, no era posible se justificasen con el sacrificio de toros y machos cabríos, pues ciertamente, lo que justifica es la Sangre de Jesucristo aplicada á las buenas obras de los interesados. Un sentimiento de tanta consideración no podía por menos de ser comunicado al pueblo hebreo, por lo cual el Altísimo lo expresó enérgicamente con estas palabras: «*No ofrezcáis más sacrificios en vano. El incienso es abominación para mí... Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar perversamente: aprended á hacer bien, buscad lo justo, socorred al oprimido, haced*

justicia al huérfano, defended á la viuda. Y luego que hayáis hecho esto, venid y acusadme, es decir, quejaos de mí, dice el Señor: entonces, si vuestros pecados fuesen muchos, y como la grana, os los perdonaré todos, y serán vueltos como nieve» (1). La segunda razón que he indicado, se funda en que todos aquellos sacrificios antiguos representaban el de la Nueva Ley, único que nos ha legado Jesucristo, para que podamos ofrecer á su Eterno Padre una víctima digna de Él, capaz de merecer por nosotros y aptísima para atraernos las misericordias del cielo. Desde este punto de vista voy á considerar la labor del presente capítulo.

En el principio de la profecía de Isaías, observamos que dice Dios á los hebreos: (2) «*¿De qué me sirve á mí la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy. No quiero holocaustos de carneros, ni sebo de animales gruesos, ni sangre de becerros y de corderos y de machos de cabrío*». Y por Amós les dice: (3) «*Si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestros dones, no los recibiré, ni miraré á los votos de vuestras grosuras*». Lo cual se ve confirmado por el profeta Miqueas, cuando exclama: «*¿Qué cosa digna ofreceré al Señor? ¿Por ventura le ofreceré holocaustos y becerros de un año? Pues qué, ¿puede el Señor aplacarse con millares de carneros, ó con muchos millares de gruesos machos de cabrío? ¿ó le ofreceré mi primogénito por mi maldad, ó el fruto de mi vientre. por el pecado de mi alma?*» (4).

Enérgicas frases que, según acabamos de observar, no significan otra cosa, sino que Dios estaba cansado de todos los sacrificios mosáicos, porque si cuando eran

(1) Isai. 1, vv. 13, 16, 17, 18.

(2) ¿Quo mihi multitudinem victimarum vestrarum, dicit Dominus? plenus sum. Holocausta arietum, et adipem pinguium, et sanguinem vitulorum et agnorum, et hircorum nolui. Isai. 1, 11.

(3) Quod si obtuleritis mihi holocautomata, et munera vestra, non suscipiam, et vota pinguium vestrorum non respiciam. Amos. 5, 22.

(4) Quid dignum offeram Domino? curvabo genu Deo excelso? nunquid offeram ei holocautomata, et vitulos anniculos? Nunquid placari potest Dominus in millibus arietum, aut in multis millibus hircorum pinguium? nunquid dabo primogenitum meum pro scelere meo, fructum ventris mei pro peccato animæ meæ? Mich. c. 6, vv. 6, 7.

ofrecidos con equidad, le daban una gloria meramente extrínseca, ¡cuánto más le irritarían al ser ofrecidos con aviesas intenciones y con materias impuras! Por el contrario; el sacrificio incruento de Jesucristo, siempre que se ofrece, da á Dios una gloria intrínseca, porque la víctima es el mismo Unigénito Hijo, el cual nunca jamás desagradó, ni puede desagradar á su Eterno Padre. Por eso la suma Verdad exclamaba: «*No quiero más sacrificios de carneros*». ¿Por qué, Señor? La razón es evidente. Otro sacrificio habría, en el cual, el sacrificador y la víctima serían uno mismo, y del que Dios jamás quedaría descontento. Otro sacrificio habría, en el cual, la carne y sangre de su Hijo santísimo se ofrecería por digno holocausto.

La prueba de que por la recusación de estos sacrificios, significaba el Señor la admisión del de la Nueva Ley y el deseo vehemente de que llegase el día de verlo puesto en feliz ejecución, nos la da el mismo Jesucristo, cuando dijo por S. Pablo: (1) Sacrificios, ofrendas y holocaustos por pecados no quisiste, ni te son agradables las cosas que se ofrecen según la ley. Entonces dije: Heme aquí que vengo, para hacer, ¡oh Dios! tu voluntad: quita lo primero, para establecer lo segundo;» es decir: Heme aquí Padre Eterno para hacer tu voluntad, que consiste en que me inmole incruentamente por ministerio de los sacerdotes que estableceré. «Quita lo primero,» á saber: Aparta y borra para siempre esos sacrificios de la antigua Ley. «Para establecer lo segundo,» esto es, para instituír perennemente el sacrificio eucarístico.

Confírmanse estas gratas ideas con la sublime profecía de Malaquías, dada á conocer á los judíos 470 años antes de la venida del Salvador; profecía que está llena de grandes misterios. En el primer capítulo les declara el Señor: (2) «*Ofre-*

(1) Hostias, et oblationes et holocautomata, pro peccato noluisti, nec placita sunt tibi, quæ secundum legem offeruntur. Tunc dixi: Ecce venio, ut faciam Deus, voluntatem tuam: aufert primum, ut sequens statuat. Ad Heb. 10, vv. 8, 9.

(2) Offertis super altare meum, panem pollutum, et dicitis: ¿In quo pulluimus te? Malach. 1, 7.

céis sobre mi altar pan impuro, y decís: ¿En qué te hemos profanado?» Los corrompidos hebreos solían ofrecer al Señor en sacrificio, reses cojas, ciegas é inútiles, siendo así que Dios las exigía enteras, limpias y sin defecto alguno; por esta razón les afirma el Señor, que ofrecían pan impuro; pero ellos, disimulando malignamente su pecado, le contestan: *¿En qué te hemos profanado?* es decir ¿qué culpa tenemos nosotros de que vengan á nuestras manos esas reses indignas? por lo cual el Señor les responde añadiendo que con esa misma disculpa que le dan, le deshonran. (1) *¿Quién hay entre vosotros, prosigue el Señor, que cierre las puertas y encienda mi altar de balde? No está mi voluntad en vosotros, dice el Señor de los ejércitos: ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano. Porque desde donde nace el sol, hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura: porque grande es mi nombre entre las gentes».*

He aquí una ineludible profecía del Sacrificio de la Santa Misa, según afirma expresamente el Concilio de Trento en la sesión 22 y entienden unánimemente los Santos Padres. Expliquémosla por partes. Dice el Señor: *¿Quién hay entre vosotros que encienda mi altar de balde?* A la verdad; aquellos sacerdotes y levitas, cuyo corazón estaba pervertido, no querían practicar cosa alguna por amor de Dios, como era cerrar las puertas del templo, encender las lámparas ó el fuego para quemar las víctimas, sino que ejecutaban todas estas acciones por puro interés y refinada codicia, por eso añade el Señor: «*No está mi voluntad en vosotros ni recibiré ofrendas*»; es decir: Os detesto y abomino. Detesto y abomino vuestras obras, por lo que desecharé vuestro templo, vuestro sacerdocio, vuestros sacrificios y vuestras

(1) ¿Quis est in vobis, qui claudat ostia, et incendat altare meum gratuito? Non est mihi voluntas in vobis, dicit Dominus exercituum: et munus non suscipiam de manu vestra. Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus: et in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda: quia magnum est nomen meum in gentibus. Malach. loc. cit.

víctimas, y haré que mi nombre sea reverenciado de los gentiles, porque mi nombre no está circunscripto á vuestro pueblo, sino que desde donde nace el sol, hasta donde se pone, Él es grande; á Él inclinarán su cabeza todos los pueblos del mundo entero.

Lo que de esta profecía sigue, parece adelantarse á la plenitud de los tiempos, en los que empezó á sacrificarse el Cordero Inmaculado, pues así se expresa: «*En todo lugar se sacrifica y ofrece á mi nombre ofrenda pura.*» En todo lugar, es decir: en todas las iglesias de la tierra se sacrifica; pero ¿qué es lo que se sacrifica y ofrece? Una ofrenda pura. ¿Puede existir alguna ofrenda pura por esencia, que convenga á Dios, y sea aceptada por Él? Sí; Jesucristo. He aquí la única ofrenda inmaculada por esencia, pura como el mismo Eterno Padre, porque si sólo Dios Padre es bueno y santo, según afirmó Jesucristo, también lo es el Hijo por gozar los dos de una sola naturaleza divina. ¿Mas conviene esta ofrenda á la dignidad de Dios? Tanto le conviene, que Dios, ni puede exigir, ni aceptar otra víctima de mejor condición, ni se le puede ofrecer otra alguna más bella, más santa, ni más augusta.

A la osada respuesta que los judíos daban al Señor, cuando le presentaban pan impuro, diciendo: «*¿En qué te hemos profanado?* replica Dios: «*Vosotros lo habéis profanado en eso mismo que decís: La mesa del Señor está contaminada; es cosa vil lo que se pone en ella:*» de lo cual los hebreos solos eran la causa, porque en su libre voluntad estaba el ofrecerle una res sin defecto, por lo que aun, burlándose de Dios, como comenta S. Jerónimo, añaden: (1) «*He aquí el fruto de nuestro trabajo*», á cuyos atrevimientos contesta el Señor: (2) «*Este vuestro trabajo lo envilecisteis, porque de lo robado ofrecisteis la ofrenda. ¿Acaso lo recibiré de vuestra mano?*» He ahí por que les amenaza dicien-

---

(1) Ecce de labore. Malach. 1. 13.
(2) Exsufflastis illud, et intulistis de rapinis claudum, et languidum, et intulistis munus, ¿nunquid suscipiam illud de manu vestra? Malach. 1. 13.

do: (1) «*Maldito el doloso que tiene en su rebaño un macho sano y haciendo un voto, inmola al Señor uno defectuoso;*» como hizo Caín, que ofrecía lo peor de sus frutos, «*porque Rey grande soy yo, y mi nombre tremendo entre las gentes*». Rey grande es Dios y como á tal se le debe ofrecer lo mejor que exista; porque si los súbditos presentan á sus príncipes y magnates las mejores dádivas, ¿cuánto más no deberemos nosotros entregar á Dios lo mejor que tengamos? ¿Y no es acaso Jesucristo la mejor ofrenda que podemos presentar al Padre?

En otro pasaje de Isaías se demuestra la providencia de Dios en anunciar al mundo el sacerdocio católico. Refiriéndose á los futuros ministros de Cristo, dice: «*Vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor, Ministros de vuestro Dios se os dirá á vosotros;*» (2) y por Jeremías consigna esto mismo, pero con más distinción, puesto que no sólo explica el texto anunciado de Isaías, sino que declara que el sacrificio ha de ser ofrecido por semejantes ministros. (3) *He aquí*, dice, *que vienen los días, y cumpliré la palabra buena que hablé á la casa de Israel y á la casa de Judá.*» Después de profetizar la venida de Jesucristo al mundo, añade: (4) «*De los sacerdotes y levitas no parecerá varon en mi presencia que ofrezca holocaustos y encienda sacrificios y degüelle víctimas todos los días.*» Este lugar se refiere precisamente á los sacerdotes de Jesucristo, porque como advierte el P. Scio: (5) «El sacerdocio evangélico será perpetuo; y se ofrecerá sin cesar todos los días hasta el fin del mundo el sacrificio verdadero de la Eucaristía, figurado por los sacrificios de la ley antigua»; lo cual debe

(1) Maledictus dolosus, qui habet in grege suo masculum, et votum faciens immolat debile Dominum: quia rex magnus ego, et nomen meum horribile in gentibus. Malach 1, 14.

(2) Vos autem sacerdotes Domini vocabimini: Ministri Dei nostri, dicetur vobis. Isai. 61, 6.

(3) Ecce dies venient et suscitabo verbum bonum quod locutus sum ad domum Israel et ad domum Juda.

(4) Et de sacerdotibus et de Levitis non interibit vir á facie mea, qui offerat holocautomata, et incendat sacrificium, et cœdat victimas omnibus diebus. Jerem. 31, vv. 14, 18.

(5) Coment. in Jerem. c. 34.

ser así, porque según hemos observado en los profetas, y especialmente en Isaías, el Eterno detestaba los holocaustos de carneros; luego si ahora por otro profeta posterior á Isaías, afirma que «*de los sacerdotes y levitas no faltará varón de su presencia que ofrezca holocaustos todos los días*,» y por Malaquías, que, remontándose á la venida de Jesucristo, predice que «*en todo lugar se sacrifica al nombre de Dios ofrenda pura:*» luego estos sacerdotes que sacrifican, no pueden ser los de la antigua ley, sino los de la nueva.

Daniel, que floreció seis siglos antes del Redentor, vaticinó acerca del estado que tendría el sacrificio eucarístico en los últimos años del mundo. Dice así: «*Y desde el tiempo en que fuere quitado el sacrificio perpetuo*» (1). Por este sacrificio perpetuo, entienden los Santos Padres, el del Altar, y entre éstos advierte S. Jerónimo: «que por la perpetuidad del sacrificio (2) se entiende aquí el de la Eucaristía». Esta es pues la perpetuidad, á saber: que en la Iglesia de Cristo, diseminada por todo el orbe, se ofrece este sacrificio todos los días en la Misa, á la manera que antiguamente se ofrecía todos los días el Sacrificio viejo. De donde en la versión griega, por perpetuo se dice «continuidad ó culto continuo de Dios». Significa, pues, que como el antecristo será el monarca poderoso de la tierra, quitará el Sacrificio de la Eucaristía, de modo que ninguno se atreverá á ofrecerle públicamente; y por consiguiente extinguirá el culto público de Dios. Así tambien S. Hipólito (3), S. Ireneo (4) y Teodoreto. Esto lo ejecutará el antecristo, añade Alápide: primero porque exigirá que á él sólo se le ofrezcan sacrificios; segundo para abolir el riquísimo monumento de la pasión y redención de Cristo, que es la Eucaristía, y tercero para privar á los fieles de esta Comida espiritual, la cual les fortalece tan admirablemente en la persecución y tentación. Por cuya razón los fieles celebrarán entonces la

(1) Et a tempore cum ablatum fuerit juge sacrificium. Daniel 12, 11.
(2) S. Hieron. in Daniel c. 12 v. 11.
(3) Tractat de consumat. sœculi.
(4) Lib. 5 Primas. in c. II Apocalip.

Eucaristía privadamente, en las cavernas y lugares escondidos y allí comulgarán y se prepararán contra el antecristo. (1) Mas ponderemos lo que enseña el Señor por otro profeta: (2) *He ahí que vendrá el tiempo, y haré nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá. No según el pacto ó Testamento con los padres de ella en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, sino que pondré mi ley en las entrañas de ellos y la escribiré en sus corazones, y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo*». Por las cuales consoladoras palabras se descubre, dice S. Fulgencio, el Nuevo Testamento y el gran Misterio de la Eucaristía que se había de obrar en él, lo cual no carece de fundamento, antes bien, está muy conforme con lo que hemos dicho en otros lugares (3); porque la nueva alianza de que aquí habla el Señor, no se estableció sino por su sangre contenida en el cáliz consagrado, el cual, según las palabras de Cristo, es el cáliz de la Nueva alianza.

Otros profetas como Ezequiel, quien anunció los deseos que el Señor abrigaba por abandonar el templo y las ciudades de los judíos, debido á las continuas rebeldías de éstos, nos advierte que Jesucristo pondría su morada entre nosotros: (4) «*Pondré,* dice, *mi santificación en medio de ellos para siempre. Y estará mi tabernáculo entre ellos, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo soy el Señor, el santificador de Israel, cuando estuviese mi santificación en medio de ellos perpetuamente.* Por esta particular santificación entiende Héctor Pinto (5), «el santo Sacramento de la Eucaristía», y por el tabernáculo, el templo de los cristianos; para lo cual trae muy bien aquello del Salmo: «*El Altísimo santificó mi tabernáculo*», con la santificación de que aquí habla el profeta; por cuya

(1) Com. in Dan. c. 12. id Alápide.
(2) Jeremías 31, 31.
(3) Epist. ad Diac. Ferrand. núm. 47.
(4) Dabo sanctificationem meam in medio eorum in perpetuum. Et erit tabernaculum meum in eis: et ero eis Deus: et ipsi erunt mihi populus. Et scient gentes quia ego Dominus sanctificator Israel, cum fuerit sanctificatio mea in medio eorum in perpetuum. Ezequiel 37, vv, 26, 27 y 28.
(5) Com. in Ezequiel, c. 37 v. 28.

causa la versión Caldáica dice: «es mi templo», por mi tabernáculo. Sobre las palabras «*yo seré su Dios y estaré en medio de ellos*», añade Vatablo: (1) «Habitaré con los cristianos en la Iglesia, á semejanza de cuando habitaba con los hebreos en el templo, pero mucho mejor con los cristianos, puesto que con éstos está el Cuerpo y Sangre vivos de Jesucristo; y Turiano, sobre las palabras: «Y sabrán las gentes que yo soy el Señor», afirma que (2) deben acomodarse á la Sagrada Eucaristía por las razones que fijé anteriormente.

Zacarías, sacerdote, según el sentir de muchos intérpretes, empezó á profetizar por los años 516 antes de Jesucristo. Ancho campo tenemos en las predicciones de este profeta, para ocuparnos de la Eucaristía, pues describe detalladamente la venida del Salvador y muchas de las circunstancias de su vida y pasión, como también su reino y sacerdocio. (3) «*Da loor*, así comienza el capítulo 2.º, *y alégrate hija de Sión, porque mira que yo vengo, y moraré en medio de ti, y se allegarán muchas gentes al Señor en aquel día, y serán mi pueblo, y moraré en medio de ti.*» Mas en el 8.º capítulo añade: (4) «*Esto dice el Señor de los ejércitos: He vuelto á Sión, y moraré en medio de Jerusalén, la ciudad de la verdad y el monte del Señor de los ejércitos, monte santificado*». El sentido de estas hermosas profecías es bastante claro; porque las palabras, «*moraré en medio de ti*» y «*el monte del Señor será monte santificado,*» ¿qué significan, sino que Jesús Sacramentado había de estar en medio de la Iglesia?, y esta misma Iglesia, figurada por el monte, que había de ser santificada; ¿por quién lo había de ser? Según hemos explicado anteriormente, la Eucaristía es

---

(1) Habitabo cum Christianis in Ecclesia, uti cum Judæis olim habitabam in templo. Vatab. com.

(2) Com. sup. Ezeq. loc. cit.

(3) Lauda et lætare filia Sion, quia ecce ego venio: et habitabo in medio tui, ait Dominus. Zachar. 2, 10.

(4) Hæc dicit Dominus excercituum: Reversus sum ad Sión, et habitabo in medio Jerusalem: et vocabitur Jerusalem civitas veritatis, et mons Domini exercituum, mons sanctificatus id, 8, 3.

la santificación de la Iglesia; luego las citadas profecías se refieren al Augusto Sacramento.

(1) «*En aquel día*, añade el mencionado profeta, *habrá una fuente abierta para la casa de David y para los moradores de Jerusalén, á fin de que en ella se laven las manchas del pecador.*» Este día es el de Viernes Santo en el que fué abierto el costado de Jesús, del cual, como de copiosa fuente, manaron los ríos de la gracia, comunicada por medio de los sacramentos; (2) pero, como asegura S. Alfonso de Ligorio, «la fuente abierta para todos, es Jesucristo en el Sacramento donde, siempre que quisiéremos, podemos lavar nuestras almas de las manchas de leves pecados que cada día cometemos. Cuando cualquiera de nosotros, añade, cae en algún defecto, ¡ah! ¡y qué eficaz remedio es recurrir luego al Santísimo Sacramento!»

Después que el referido profeta, en el capítulo nono, anuncia la venida del Salvador, pasa á declararnos brillantemente cual sea su hermosura y su más rico tesoro; y así exclama: (3) «*¿Cuál es el bien del Señor, y cuál es su hermosura, sino el trigo de los escogidos, y el vino que engendra vírgenes?* sobre lo cual dice Alápide: «Completamente á la letra, este trigo, y este vino se entienden de la Eucaristía... Este vino no germina ni produce lujuria, sino castidad; y este trigo de los escogidos, como afirma Nicolás de Lira (4), es el Salvador, quien es el pan que descendió del cielo que confirma el corazón de los elegidos y el vino que engendra vírgenes, del cual beben los que son santos de cuerpo y espíritu; mas por lo que dice que «*el vino engendra vírgenes,*» quiere expresar que la Sangre de Cristo multiplica las vírgenes de la Iglesia de Dios, las cuales siguen sus huellas. Tan sagrado es este pan que, según

---

(1) In die illa erit fons patens domui David, et habitantibus Jerusalem in ablutionem peccatoris. Zachar. 13 1.

(2) Visitas al Santísimo, día 20.

(3) ¿Quid enim ejus bonum est, et quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum, et vinum germinans virgines? Zachar. 9, 17.

(4) In Zachar. c. 9, v. 17 Lira.

enseña S. Jerónimo (1), «sólo le comen los que están robustecidos con Cristo», es decir, los que están poseídos de su gracia santificante. Es ciertamente este sagrado texto, uno de los más fuertes del antiguo Testamento, por el que se declara la materia del Sacramento de la Eucaristía, convertida en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Así Alápide con los Padres de la Iglesia. Admiran, en efecto, las nociones tan completas que los vates hebreos pronosticaron de la Eucaristía. Aquel Señor que se propuso por medio de estas infalibles lenguas, dar á entender al mundo, principalmente á su pueblo escogido, las verdades fundamentales de la Religión Católica, entre muchas que omitió, no dejó de predicar la de la Eucaristía, dando con esto sublime ejemplo de que nos quería constantes en la fe de un Misterio tan elevado.

(1) Hunc panem comedunt qui in Christo robusti sunt. D. Hieron. in Zach. c. 9.

CAPÍTULO IX

La Eucaristía y los Salmos
La grandeza de la Eucaristía y su indecible suavidad pronosticadas por el Real Profeta

David: he aquí el hombre formado según el corazón de Dios, que había de consignar en sus poéticos salmos, las maravillas, las misericordias y las finezas del eterno. Enamorado este santo rey de aquel Señor cuyo nombre es excelso, no respira en sus inspirados escritos otra cosa que suavidad, amor y confianza en su Dios. Perfectamente instruído en el advenimiento del Cristo, lo describe unas veces como Hijo de Dios, otras como revestido de nuestra humana naturaleza; ora como Juez Justo, ora como Redentor del linaje de Adán; ya como cabeza de la Iglesia, ya como humilde miembro de ella; bien orando y suplicando á su Eterno Padre, bien gozándose en la posesión de Dios y suspirando por la bienaventurada mansión. Este es el sentir de los Santos Padres con S. Agustín, el cual, confirmando estas razones, declara que «el Salmista trata á Cristo, unas veces como cabeza de la Iglesia, otras como miembro de ésta y á veces como ambas cosas unidas». Por más que los divinos salmos del vate coronado reconozcan por autor instrumental á David, no obstante, el principal es el Espíritu Santo, que los dictó á aquél. He ahí por que á más del sentido literal que tienen los salmos, poseen el profético y el alegórico, que suelen ser aquí el sentido principal aunque funda-

do en la corteza de la letra; por consiguiente no se vaya á creer que cuando David habla, ruega, implora, es él quien en su propio nombre ejecuta todas estas acciones, antes bien: el que principalmente obra todo esto es Jesucristo á quien todo se refiere. Prediciendo, pues, aquel profeta algunos asuntos referentes á Jesús Sacramentado, procuraré hacer varias observaciones sobre los mismos.

(1) *Grandes son las obras del Señor*». Así empieza el santo rey uno de sus más hermosos versos, corroborándolo después, cuando en otro salmo (2) exclamaba que Dios sólo era el que ejecutaba grandes maravillas. Mas ¿con qué fin pregona David que las obras del Señor son grandes? ¿No es acaso para darnos á entender la grande obra de la Eucaristía? Así lo indica el mismo salmo; y del propio modo comenta Nicolás de Lira, (3) cuando siente que, «por dos razones expresa David que las obras del Señor son grandes; 1.ª por las divinas obras, tomadas en general, 2.ª por el beneficio especial de la Eucaristía; y por esta razón, prosigue el citado salmo diciendo: (4) «*La obra de Él es alabanza y magnificencia*». ¿Cuál es esta obra que es por excelencia, magnífica? ¿cuál entre todas descollará para que le tributemos peculiar alabanza? Es la Eucaristía, como asegura el mismo Lira, tomado el texto en el sentido moral, y así dice: (5) «Las obras de Dios nos inducen con grandiosidad á alabarle, por confesión de loores; pero como la Eucaristía es la obra más admirable de Dios, ella es, pues, la que nos induce y debe mover para ensalzar al Altísimo: luego ella es su alabanza y magnificencia. Confirmando esto mismo, continúa el salmo engrandeciendo á

---

(1) Magna opera Domini. Ps. 110, 2.

(2) Qui facit mirabilia magna solus. Ps. 135, 4.

(3) Hic ad propositum rationes adducit. Et primo, ex divinis operibus generaliter. Secundo, ex beneficio Eucharistia specialiter. Lira in Ps. 110.

(4) Confesio et magnificentia opus ejus, et justitia ejus manet in etc. Ps. 110, 3.

(5) Ejus opera inducunt nos ad magnifice confitendum ei laudis confesione: et quoniam Eucharistia est opus Dei mirabilissimum, ergo. Lira loc. cit.

Dios por estas palabras: (1) «*El señor misericordioso y compasivo, dejó memoria de sus maravillas*». ¿Cómo? *Dando sustento á los que le temen*». ¡Loado sea Nuestro Señor Jesucristo! ¡cuánto nos ama! En su infinita misericordia y en su compasión sin límites nos dejó un bello recuerdo de sus grandes obras; «por lo que se ha de saber, exclama el Agustino, que, (2) siendo sus obras todos los días admirables, sin embargo, reserva las no usadas para el tiempo más oportuno, por las cuales recordase la enfermedad del hombre. Pero ¿de qué sirven los milagros sino se teme á Dios? ¿de qué este temor, si el Misericordioso no da comida á los que le temen? Esta comida es, pues, el pan que descendió del cielo, la cual nadie mereció, sino que la dió gratuitamente la Misericordia». Que esta memoria de las maravillas del Señor fuese la Eucaristía, lo enseña Nicolás de Lira, cuando dice que el Señor (3) «no nos dejó una memoria corporal, antes bien, espiritual; á saber: su Cuerpo y Sangre». Pero añade el salmo: «*Comida dió á los que le temen*». Los que temen al Señor son aquéllos que guardan sus mandamientos, por cuya razón están siempre dispuestos para recibir á Jesús Sacramentado y la comida es el Cuerpo de Cristo dado en el Sacramento de la Eucaristía.

Consideremos atentamente por que razón dice el salmo: (4) «*Se acordará el Señor eternamente de su alianza*». ¿Cuál es esta mutua alianza? No otra sino aquélla que Jesucristo hizo con la Iglesia, dejándola en el Sacramento su Divina Sangre, diciendo: «*Este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre*»; y como asegura el V. Beda (5), este salmo pone *sæculum* por lo eterno; y á la verdad, se acordará el Señor de su alianza, porque la anunció, esto es: porque «*la manifestó á su pueblo juntamente con el poder de sus*

---

(1) Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se. Ps. 110, 4.

(2) August. in Ps. 110.

(3) Non corporalem sed spiritualem, id est: corpus et sanguinem suum. N. Lira in Ps. 110.

(4) Memor erit in sæculum testamenti sui. Ps. 110, 5.

(5) V. Beda in Ps. 110.

obras, según añade el mismo salmo, en el verso siguiente; y como de estas obras la más estupenda es la Eucaristía, de ahí que se acordará de ella eternamente. Acerca de este punto, dice Nicolás de Lira: (1) «se describe consiguientemente, la condición ó eficacia de la Eucaristía, respecto de la vida futura; pues tiene la eficacia de introducir en la bienaventuranza si se recibe devotamente».

No se contenta el profeta con anunciar á las claras lo que he indicado acerca del divino Memorial, antes bien nos lo repite con inefable entusiasmo en otro salmo, diciendo: «*Señor, tu nombre es eternamente: la memoria de ti será por generación en generación* (2). S. Buenaventura refiere este verso á aquello que dijo Nuestro Señor en la noche de la cena hablando del sacrificio de nuestros altares: «*Esto haced en memoria de mí*». Y á la verdad: la memoria de la Pasión y muerte del Redentor y también sus demás insignes prerrogativas, las recordamos siempre que se celebra el sacrificio ó le recibimos sacramentalmente y, habiendo de ser ésto eterno, por eso su memoria es eterna.

El mismo profeta da á conocer en otro lugar la razón de tanta maravilla como manifestó Jesucristo al mundo, y así dice: (3) «*Sabed, pues, que el Señor ha hecho maravilloso á su Santo*», el cual es el Ungido de Dios, que en la noche de la cena demostró el prodigio máximo de su Omnipotencia y sabiduría infinitas.

¿Quién podrá, acaso, ponderar la suavidad de Jesús Sacramentado? David la declara dulcemente por estas palabras: (4) «*¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura que tienes escondida para los que te temen! La has dado cumplida á aquellos que esperan en ti, á la vista de los hijos de los hombres.*» Según hemos expuesto, la comida que nos da Jesús en la Eucaristía se llama escondida,

(1) Lira, loc. cit.
(2) Ps. 134, 13.
(3) Et scitote quoniam mirificavit Dominus Sanctum suum. Ps. 4, 4.
(4) Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! Perfecisti eis qui sperant in te, in conspectu filiorum hominum. Ps. 30, 20.

porque su efecto sacramental y su espiritual gusto están cubiertos con los accidentes de pan y vino. Jesucristo concede esta comida delante de todos los fieles y aun de los enemigos de la Iglesia; y por eso dice que la otorga cumplida á la vista de los hijos de los hombres, quienes (1) «*Rebosarán la abundancia de la suavidad del Señor*», porque serán colmados de todas las gracias espirituales.

(2) «*Suave es el Señor para con todos*, dice David, en otro lugar, y *sus misericordias sobre todas sus obras*». Para con todos los hombres es el Señor suavísimo porque en todos derrama diariamente su bella providencia, pero particularmente lo es para con aquellos que le reciben Sacramentado. Estas particulares dulzuras las experimentan sólo los que se toman el cuidado de percibirlas, por lo que dice el salmo: (3) «*Gustad y ved, porque suave es el Señor*»; á lo que añade S. Agustín: (4) «Gustad la Carne y la Sangre de Jesucristo, porque suave es el Señor; mas no solamente es suave, sí que también dulce, porque es vida del que le recibe, de suerte que por este rico manjar poseeremos la vida eterna donde no habrá molestia de ningún género». La dulzura que Nuestro Señor suele conceder á los que comulgan devotamente, procede del amor que Jesús tiene á las almas, y como este amor, si me es permitida la frase, lo tiene depositado en la Santa Eucaristía, claro está que, en concediendo éste á las almas, derramará también sobre las mismas su inefable dulzura; razón por la que semejantes almas suelen entonces repetir con David: (5) «*Diste alegría á mi corazón*»; mas ¿por qué tal alegría? A esto responde el mismo salmo: (6) «*Por el esquilmo de su trigo, vino y aceite.*» No está de sobra añade el Agustino, que diga el profeta: Por

(1) Memoriam abundantiæ suavitatis tuæ eructabunt. Ps. 144, 7.
(2) Suavis Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus. Ps. 144, 9.
(3) Gustate et videte quoniam suavis est Dominus. Ps. 33, 9.
(4) Gustate carnem et sanguinem Christi, suavis est Dominus, et dulcis, quia est vita sumenti pellens omnes molestias in futuro: id est, sperate per hoc vitam æternam. S. August. in Ps. cit.
(5) Dedisti lætitiam in corde meo. Ps. 4, 7.
(6) A fructu frumenti vini et olei sui. id.

el esquilmo de su trigo, etc.; porque este trigo es el de Dios; ya que Él es el pan vivo que descendió del cielo. El vino á que alude, es el vino de Dios, según dice el mismo profeta: «*Se embriagarán de la abundancia del vino de tu casa*». Y el aceite, es también el de Dios, del cual dice David: «*Ungiste con óleo pingüe mi cabeza*»; aceite que, según quedó dicho, es la materia del santo crisma (1).

¿Por qué dirá el profeta: «*El monte de Dios, monte pingüe?*» Hemos observado anteriormente que por el monte de Dios se entiende la Iglesia de Jesucristo: luego al afirmar David, que este elevado monte es riquísimo ¿de dónde le ha de venir tanta riqueza sino del que habita en la Iglesia? Por lo que más abajo se confirma esta idea cuando dice: (2) «*Monte es este en el que se agradó Dios de morar*»; y como interpreta Nicolás de Lira: «Dios Padre agradóse de que su Hijo Jesucristo habitase en la iglesia, figurada por el monte de Dios; y aquella promesa del Redentor, hecha á los Apóstoles de que moraría con éstos hasta la consumación de los siglos, se ve anunciada por David (3). Quiere este profeta rey que glorifiquemos á Jesucristo en su monte santo, y para el efecto nos exhorta diciendo: (4) «*Ensalzad al Señor Dios nuestro y adoradle en su monte santo, porque santo es el Señor Dios nuestro*». En el templo católico, donde nuestro adorable Salvador habita perennemente, es donde debemos adorar con humildad profunda á Jesucristo á fin de cumplir con uno de los más elementales deberes del cristiano.

Empero en otros varios lugares de los mismos salmos, se patentiza el vehemente deseo que abrigaba el profeta de que adorásemos á Jesucristo. Por eso exclama: (5) «*Adorad al Señor en el atrio de su santuario*»; palabras que expone Lira, diciendo que aunque en todas partes se puede adorar

(1) Aug. loc. cit.
(2) Mons in quo beneplacitum est Deo habitare in eo. Ps. 67, 17.
(3) Etenim Dominus habitabit in finem. Ps. 67, 17.
(4) Exaltate Dominum Deum nostrum, et adorate in monte sancto ejus, quoniam sanctus Dominus Deus noster. Ps. 98, 9.
(5) Adorate Dominum in atrio sancto ejus. Ps. 28, 2.

al Señor, sin embargo, en el lugar sagrado se practica esto con más devoción. «*Entraremos en su tabernáculo y le adoraremos en el lugar donde estuvieron sus pies*» (1), prosigue el profeta, lo cual se debe entender de la Iglesia y de los cristianos que adoran á Cristo sacramentado; porque si atendemos á sus palabras, los pies de Jesucristo en ninguna parte de la tierra se hallan sino en el Sacramento del altar, en el que por modo inefable se halla realmente presente el cuerpo íntegro de Cristo, juntamente con su Sangre y Divinidad.

El mismo vate sagrado dice en otro salmo: (2) «*Tomad hostias y entrad en sus atrios*»; por las cuales *hostias* entienden S. Basilio (3) y Teodoreto las que ofrecen los sacerdotes de la Nueva ley; y según expone Nicolás de Lira: (4) «el profeta pone hostias en plural y no en singular, para denotar á Jesucristo Sacramentado bajo las dos especies de pan y vino, las cuales, aunque sean un solo y perfecto Sacramento, empero hay en ellas dos consagraciones distintas, de las cuales una no respecta á la otra». Sobre esto mismo advierte el P. Scio (5) que la palabra *hostias* en el Hebreo no significa víctima, antes bien hostia incruenta, principalmente la que se hacía con harina, lo cual no carece de misterio, porque indica la santísima Eucaristía.

La protección empero que este Misterio nos ofrece fué predicha por David cuando prorrumpía confiado: (6) «*Envíete el Señor socorro desde el santuario y desde Sión te defienda.*» Desde el santuario donde reside Jesús, se nos envía toda suerte de consolación y alegría y «*desde Sión*», esto es; desde esta misma Iglesia, figurada por Sión, Jesús Sacramentado nos libra de nuestros enemigos; todo lo cual hacía exclamar al profeta: (7) «*Recibimos, ¡oh Dios! tus*

(1) Adorabimus enim locum ubi steterunt pedes ejus.
(2) Tollite hostias et introite in atria ejus. Ps. 95, 8.
(3) Id. in Ps. cit.
(4) Lira id. Ps. cit.
(5) In Ps. cit.
(6) Mittat tibi auxilium de sancto et de Sion tueatur te. Ps. 19, 3.
(7) Suscepimus Deus misericordiam tuam in medio templi tui. Psalmus 47, 10.

misericordias en medio de tu templo». La misericordia de Dios en lo que aquí respecta, son los sacramentos, especialmente el del Altar, puesto que, siendo este Sacramento adorable efecto del inmenso amor de Jesucristo hacia los hombres, se corresponde admirablemente con la misericordia, que no es otra cosa que efecto del amor de Dios hacia sus criaturas formadas á su imagen. Este sagrado Convite lo recibimos en la Iglesia, que es á lo que aluden las palabras «*en medio de tu templo*». Tan convencido estaba el profeta rey de que en el templo del Señor se reciben copiosamente las gracias de Dios que, presintiendo lo que había de suceder á la venida del Mesías con los hijos de la Iglesia, exclama: (1) «*Seremos*, Señor, *colmados de los bienes de tu casa*»; palabras que concuerdan perfectamente con las que anteriormente había dicho: (2) «*Serán embriagados de la abundancia de tu casa, y les darás á beber en el torrente de tu deleite; porque en ti está la fuente de la vida.*» ¿Cuáles son estos bienes que con abundancia están depositados en la casa de Jesucristo? y ¿cuál es ese torrente de delicias espirituales que dimana de la fuente de agua viva Cristo Jesús? Queramos reconocerlo. El bien que por excelencia se halla en la Iglesia es el Sacramento del Amor y el torrente de deleites, son las gracias y dones que proceden de. Él, cual fuente inagotable de vida eterna. En las iglesias donde mora la Eucaristía, oye el Señor de un modo particular nuestras oraciones, por ser el lugar deputado por el mismo Jesucristo para tales efectos, por lo cual dice el profeta: (3) «*Y oyó* (el Señor) *desde su templo santo mi voz, y el clamor que yo hice en su presencia entró en sus orejas*». Aunque los expositores católicos atribuyan este hermoso pasaje al templo del cielo, empero, nosotros podemos muy bien aplicarlo, en sentido acomodaticio, al lugar santo donde habita Jesús sacramentado, porque hablando David en persona de

(1) Replebimur in bonis domus tuæ. Ps. 64, 5.

(2) Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos. Quoniam apud te est fons vitæ. Ps. 35, vv. 9, 10.

(3) Et exaudivit de templo sancto suo vocem meam, et clamor meus in conspectu ejus, introivit in aures ejus. Ps. 17, 7.

Cristo y en este lugar particularmente de los miembros del místico cuerpo, que somos los fieles, claro está que al elevar nosotros nuestra oración á Jesús en el Sacramento y haber asimismo logrado su favorable despacho, podemos repetir entonces las citadas palabras del salmo.

Tan dulces eran para David los largos ratos que pasaba en el templo, delante del Dios de los ejércitos, que enajenado en su Señor, exclamaba: (1) *¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los poderíos! Mi alma codicia y desfallece por los atrios del Señor*». Otro tanto pueden decir los fervorosos cristianos dentro de sus templos. ¡Qué horas tan felices aquellas que se pasan al calor del sagrario! ¡cuán dulces, cuán alegres, cuán consoladores son los templos de Jesucristo, para los que con reverencia profunda y temor santo están en ellos, haciendo compañía á Aquél que por una eternidad ha de ser su más grata delicia! Por eso debemos repetir con el profeta: «Mi alma codicia los templos de Cristo». Proferidas estas palabras, continúa el vate coronado (2) «*El pájaro halló hueco y la tórtola nido para sí, donde poner sus polluelos. Tus altares, Señor de los poderíos; Rey mío y Dios mío*»; que es como si dijera: si estas avecillas encuentran lugar seguro donde colocar sus crías, ¿no lo encontraré yo en vuestros altares, para guarecerme, siendo así que éstos constituyen mi más poderoso refugio? Sí, Rey mío y Dios mío; tus altares para mí son la mansión agradable que espero conseguir.

Estas sentidas expresiones profería David, cuando perseguido de Saúl, ó de su hijo Absalón, anhelaba ver los tabernáculos del Señor para descansar en ellos tranquilamente; mas los expositores católicos entienden aquí, por altares, los de la mesa eucarística, porque afirma Casiodoro, que estos altares se hallan (3) «donde las almas son alimentadas con el celestial convite», las cuales se gozan entonces como

(1) ¡Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. Ps. 83, vv. 1, 4.

(2) Etenim passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos. Altaria tua, Domine virtutum rex meus et Deus meus. id, 4.

(3) Ubi animæ cœlesti convivio epulantur. Casiodor. in Ps. 83.

si estuvieran en la mansión eterna, de la cual es dicho convite su principio. S. Alfonso de Ligorio expone la referida autoridad del mismo modo, pues enseña que á semejanza de las avecillas que encuentran su refugio en cualquier hueco, así nuestro baluarte y lugar seguro de defensa es Jesús sacramentado.

Por este motivo el profeta no deseaba sino habitar largos días junto á los altares, y así dice: (1) «*Una sola cosa he pedido al Señor, esta volveré á pedir; que more yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para ver el deleite del Señor y visitar su templo,*» sobre las cuales palabras, comenta Nicolás de Lira, que David pidió al Señor el habitar en su santo templo, para ejecutar con diligencia todo aquello que pertenece al divino servicio, como cantar, alabar y adorar á Dios; pero que estas expresiones eran proféticas, puesto que se referían al deseo que tendrían los fieles de habitar los templos de Jesucristo, según tenía felizmente lugar en los primeros siglos del Cristianismo. Las palabras, «*para ver el deleite del Señor*», anunciaban las delicias que proceden de la Santa Eucaristía, las cuales serían percibidas por aquellos fieles que con buenas disposiciones se acercasen á recibirlas; y esta locución «*visitar su templo*», significaba las obras que ejecutarían los mismos fieles en la Iglesia, que son, como advierte Lira: «alabar á Dios devotamente y ofrecer el sacramento de la Eucaristía».

Lo expuesto es suficiente para dar por terminado el presente capítulo. Reconozcamos en David los sentimientos proféticos acerca del adorable Sacramento y revistámonos de las fervorosas aspiraciones que este santo rey tenía por morar junto al tabernáculo del Señor, con el fin de agradarle y corresponderle.

---

(1) Unam petii á Domino hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ. Ut videam voluptatem Domini, et visitem templum ejus. Ps. 26, 4.

CAPÍTULO X

El dogma de la Eucaristía y sus grandiosos efectos anunciados en los Salmos

Suelen ser las mercedes de los poderosos de la tierra en extremo magníficas, con objeto de que no desdigan de los nobles títulos de sus ricos dueños; pero las dádivas que concede el Poderoso por esencia, Aquél cuyo trono, sostenido por espíritus seráficos, se remonta por encima de las blancas nubes, no sólo son riquísimas, sí que también admirables. Á la verdad: el Excelso nunca ha sabido otorgar beneficios mezquinos á los hombres, ya que enseña el profeta que: (1) «Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento declara las obras de sus manos»; mas ¿qué son todas estas suntuosidades materiales comparadas con las que se nos han otorgado en orden á nuestra santificación y salvación eterna? Poseemos á Jesucristo, al Hijo de Dios, y con Él lo tenemos todo; este es el beneficio, este el regalo del Eterno Padre. ¿Podrá haber merced semejante á esta? Los cielos se espantan, los ángeles se pasman, los hombres se admiran, y el universo entero, doblando su faz, adora la magnificencia del Eterno. ¡Jesucristo! ¡qué dádiva tan admirable! Le tuvimos mientras peregrinó por la tierra, le poseemos en la Eucaristía y le obtendremos en el cielo.

(1) Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum. Ps. 18, v. 1.

Tres modos de posesión sublime; pero ¿qué he dicho? Lo gozamos en la Eucaristía. ¡Meditemos, amigos, si acaso hemos visto ú oido regalo igual á éste!

La fineza sin igual de la Eucaristía, vémosla anunciada por el rey vate cuando, trasladándose en profético espíritu al tiempo posteriormente inmediato á la Redención, exclama, dirigiéndose á Jesucristo: (1) «*Visitaste la tierra y la embriagaste: enriquecístela de muchas maneras*». Visitaste la tierra con tu venida á ella para rescatar al hombre que era abominable, realizándose este prodigio cuando el Salvador tomó carne humana y predicó el Evangelio. La embriagó y enriqueció de muchas maneras, á saber: por medio de los predicadores, según afirma S. Agustín, y por medio de las gracias y dones del Espíritu Santo, como siente Lira; mas entre todas estas gracias, la que más propiamente enagena es la Eucaristía, pues mediante la Sangre de Jesús Sacramentado, somos dulcemente embriagados; por eso dice: *Visitaste la tierra y la embriagaste;* esto es; al visitarnos en el mundo, nos dejó su purísimo Cuerpo y preciosa Sangre para que, recibiéndolos debidamente, nos embriagásemos de ese vino que engendra vírgenes; y como todo el mundo está obligado á ser cristiano si desea obtener su salvación eterna, y por otra parte, todo cristiano tiene el deber de recibir el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, resulta que todos los hombres son refrigerados y embriagados de la Sangre del Señor. Prosigue el santo rey, manifestando en espíritu las propiedades del sagrado Manjar: (2) «*El río de Dios, muy lleno está de aguas; preparaste la comida de ellos; por que tal es su preparación*». ¿Cuál es este río de Dios? Casiodoro (3) responde que la misericordia de Dios se compara á un río lleno de aguas celestiales y que esta misma misericordia se nos muestra por la Santa Euca-

(1) Visitasti terram et inebriasti eam, multiplicasti locupletare eam. Ps. 64, 10.

(2) Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum, quoniam ita est preparatio ejus. Ps. 64, 10.

(3) In Ps. 64, 10. Hoc tamen de sacra communione, quando corpore ejus pascimur, sanguine potamur. Cassiod.

ristía, la cual es un río lleno de saludables aguas que refrigeran el espíritu, por lo que, afirma más abajo el citado expositor, que todo este bíblico verso corresponde á la sagrada Comunión, en la cual somos apacentados del Cuerpo del Señor y saciados de su Sangre. Dice luego: «*Preparaste la comida de ellos, porque tal es la preparación de ella*». Esta divina comida, como afirma Nicolás de Lira, (1) es el adorable Sacramento de la Eucaristía, que sólo aprovecha á los que poseen la gracia santificante; por eso dice: «*de ellos*»; á saber: de los que no tienen pecado mortal, los cuales solamente tienen derecho inmediato á recibirla; mas, ¿por qué dirá: *La preparaste, porque tal es la preparación de ella?* A esto contesta Casiodoro, que «sólo Dios la puede disponer, y sólo Él es el digno de proponérnosla de tal modo que efectúe en nosotros el fruto que su infinito amor creyó darnos para nuestro espiritual provecho». (2) «*Embriaga sus arroyos, multiplica sus frutos*»; añade el vate coronado; todo lo cual se refiere á la influencia que la gracia del Espíritu Santo obra por la divina Eucaristía, en nuestras almas.

¿Acaso exigimos algún vaticinio más expreso de la Eucaristía? Atendamos, pues, á lo que insinúa el salmista. (3) «*Y les llovió el maná para comer; les dió pan del cielo. Pan de ángeles comió el hombre.*» ¡Qué bella profecía! Ante todo digamos con el P. Scio que: «estas expresiones en el rigor de la letra, no se verifican sino en la Santa Eucaristía que es el manjar del cielo y el verdadero pan de ángeles», palabras que antes expresó S. Agustín (4) al ocuparse de este verso, diciendo que la Eucaristía es el pan de los ángeles que descendió del cielo por la Encarnación del Hijo de Dios. También Casiodoro (5) es de parecer que

(1) Id est Eucharistiæ sacramentum quod proficit habentibus gratiam et non aliis. Lira in Ps. cit.

(2) Rivos ejus inebria, multiplica genimina ejus. Ps. cit. 11.

(3) Et pluit illis manna ad manducandum, et panem cœli dedit eis. Panem angelorum manducavit homo. Ps. 77, 24, 25.

(4) In Ps. cit.

(5) Ps. cit.

«este Pan del cielo á que se refiere David, no es otro que Jesucristo, del cual se nutren los espíritus celestiales, por la contemplación»; y sobre las palabras: «*Pan de ángeles comió el hombre*» añade Euthimio: (1) «No dice el texto Sagrado tales frases para dar á entender que los ángeles comían el maná, porque éstos, á la verdad, sólo lo suministraban al pueblo de Dios. Tampoco comieron los israelitas el verdadero pan del cielo; éstos ciertamente pensaban que sus padres habían comido en el desierto pan del cielo; por eso les dijo Jesús: «No os dió Moisés pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo»; de lo cual podemos inferir que el profeta, al apuntar este verso, anunciaba la Eucaristía».

(2) «*Abre tu boca*, dice Dios á su pueblo, *y yo la llenaré. Y dióles á comer de la grosura del trigo: y de la peña los sació de miel.*» Sobre lo primero, amonesta el Señor á su pueblo que abra su boca para que reciba el espiritual alimento y luego añade: «*Que yo la llenaré*» porque según afirma Nicolás de Lira (3) «solamente Dios puede saciar los deseos del hombre». Respecto á lo segundo, tenemos en las referidas palabras un admirable símbolo de la Eucaristía, porque según el Agustino, este texto, á la letra, alude al Cuerpo de Cristo Sacramentado, lo cual confirman Sto. Tomás en el oficio del Corpus y Lira en sus comentarios.

Con entusiasmo indecible, bendice el profeta coronado á su Dios, por las maravillas ostentadas en la creación, y puesto que para que viva el cuerpo, necesitamos de alimentos nutritivos, exclama: «*Tú, Señor, haces prodigios*, (4) *para sacar el pan de la tierra y el vino que alegra el corazón del hombre*»; las cuales palabras tomadas en sentido espiritual, como las toma la Santa Iglesia en la solemne festividad del Corpus, significan la doble materia de que se com-

---

(1) In Ps. 77.

(2) Dilata os tuum et implebo illud. Et cibavit eos ex adipe frumenti, et de petra, melle saturavit eos. Ps. 80, vv. 11, 17.

(3) Lira in Ps. 80.

(4) Ut educas panem de terra et vinum lætificet cor hominis. Psalmus, 103, v. 15.

ponen las Especies eucarísticas. Por eso dice ¡oh Señor! con objeto de que el hombre tenga la vida del espíritu, has obrado maravillas de amor á fin de sacar el pan, esto es: tu Cuerpo adorable, de esa tierra fertilísima, que es tu Corazón sagrado, campo fructífero de virtudes celestiales; y también, «*el vino que alegra el corazón del hombre*», á saber: tu preciosa Sangre de infinito valor, que alegra el corazón humano, al cual deja contento y satisfecho de los bienes celestiales, al propio tiempo que tedioso de los terrenales. Por esto, pues, debemos ensalzar al Señor con el profeta (1) «*sació el alma que estaba vacía y llenó de bienes á el alma hambrienta,*» con el pan y vino que, convertidos en su Cuerpo y Sangre, presenta todos los días en la santa Mesa.

En el salmo 22, algunos de sus versículos se ocupan admirablemente de la Eucaristía. He aquí su concepto: (2) «*El Señor me gobierna y nada me faltará. En lugar de pastos, allí me ha colocado*». La palabra «*gobierna*» es entendida, como dice Nicolás de Lira, (3) por «*pasto*»; y así puede decir con S. Agustín: (4) «Cristo es mi pastor, el cual me conduce á un lugar en que hay pastos». ¿Pero, cuál es este lugar de refección? ¡Ah! el Santísimo Sacramento. Atendamos, en efecto, á las palabras del verso: «*El Señor me apacienta*». Puede apacentarnos de varios modos; con la predicación y con su gracia, pero ¿de dónde nos viene esta gracia, y en dónde con más propiedad apacienta nuestras débiles almas, sino en la Eucaristía? pasto suave y riquísimo, dado expresamente para que nos nutramos de Él y para que sea como nuestro particular y necesario apacentadero, donde á gusto nuestro podamos robustecer nuestras almas; por eso añade el Salmista, que *apacentados de tal Señor, nada nos faltará;* por lo cual afirma (5) S. Buenaventura que esta

(1) Quia satiavit animam inanem, et animam esurientem satiavit bonis. Ps. 106, 9.

(2) Dominus regit me, et nihil mihi deerit, in loco pascuæ ibi me collocavit 22, 1.

(3) In Ps. 22.

(4) S. August. in Ps. 22.

(5) Hac sufficientia consistit in susceptione Sacramenti unde hoc. Super aquam etc. D. Bonav. in Ps. 22.

suficiencia, proviene del Augusto Sacramento, y consiste en la recepción del mismo, de donde procede el siguiente versículo, (1) «*Sobre agua de refección me ha colocado*»; refección que es la Eucaristía.

«*Preparaste una mesa, delante de mí contra aquéllos que me atribulan*» (2), consigna el salmista en otro verso. Esta Mesa formidable es la del Señor, y según Casiodoro, (3) es también bienaventurado convite, saciedad de fe y comida del cielo; pero advierte el texto, que *la preparó delante de los fieles*, no delante de los impíos; por eso dice *delante de mí*. (4) S. Agustín asegura, que el profeta alude en este verso al Cuerpo de Jesús Sacramentado, por el cual somos alimentados, no con leche cual tiernos párvulos, antes bien, confirmados con este sólido manjar contra los que nos atribulan; y (5) Titelman, dando más larga noticia sobre esto mismo, dice así: «Mas porque es grande el número de los que nos atribulan y persiguen, y mucha también la crueldad, ora de la carne que da coces contra el espíritu, ora de los enemigos exteriores, el mundo y el demonio: con el fin, pues, de que contra todos estos, tuviésemos un fuerte baluarte, preparaste, ¡oh Señor! una mesa en mi presencia, preparándome en tu Santa Iglesia una comida saludable, el pan de vida que descendió del cielo, tu preciosísimo Cuerpo y Sangre; con el que, recibido dignamente, adquirimos fortaleza y somos confirmados en el espíritu, de tal modo que, con toda valentía é invencibles al propio tiempo, podremos rechazar todas las potencias de nuestros enemigos». S. Juan Crisóstomo, (6) declara igualmente en este lugar que la Eucaristía es la mesa y el pan que nos conforta para caminar por entre las adversidades

(1) Super aquam refectionis educavit me. Ps. cit.

(2) Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me. Ps. 22.

(3) Mensa Domini, beatum convivium, saturitas fidei et esca cœlestis. Cassiod. in Ps. 22.

(4) Est communio corporis Christi; ut jam non lacte alat parvulus, sed solidiore cibo firmatus sum contra eos. S. Aug. in Ps. 22.

(5) Com. in Ps. 22, v. 6.

(6) Id.

de esta vida. Para que no nos quepa duda alguna que David, en este texto predecía el Sacramento de nuestros altares, atendamos á lo que advierte un ilustre escritor moderno: (1) «La sagrada institución de la Eucaristía está anunciada en este versículo y el siguiente bajo la metáfora de un convite en sentido tan claro, que más bien que alegórico, podría llamarse literal. La mesa es símbolo del altar donde se pone y consagra el pan, convirtiéndolo en el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y la copa ó cáliz lo es del vaso donde se consagra y convierte el vino en su Sangre.

(2) «*Y el cáliz que me embriaga, ¡cuán excelente es!*» continúa el santo rey David; respecto de cuya frase no hay necesidad de hacer comentarios porque bien clara parece estar: no obstante, debemos indicar algunas ideas sobre la misma. ¡Cuán escelente es, oh señor, el Cáliz de tu preciosa Sangre! esta es su significación; porque si el sentido de «*mesa preparada*», es el Cuerpo del Señor, por igual razón debe ser el de «*cáliz que embriaga*», la Sangre del Redentor; y así, este verso es correlativo del otro, expresando ambos una misma alegoría. Que así sea, lo afirma S. Agustín, (3) al declarar que este «es el Cáliz que da la refulgente luz de la eterna vida» y Casiodoro, (4) anota, que la mesa y el cáliz de que trata el profeta «son la Carne y la Sangre de Jesús, los cuales forman un solo Sacramento, aunque se distingue en dos especies diferentes». (5) Acostumbra nuestro adorable Salvador embriagar dulcemente nuestro espíritu con objeto de que, enajenado de las cosas caducas, se eleve á la contemplación de las que han de subsistir eternamente; por eso dispone que los que beban su sagrado Cáliz eucarístico, si con fe y disposición le reciben, sientan en su alma cierta delicia y contento espiritual inefable que les transporta á un conocimiento más perfecto de

(1) González Carvajal, in Ps. cit.
(2) Et calix meus inebrians. ¡Quam præclarus est! Ps. 22, 5.
(3) Dat enim claritatem æternæ vitæ. S. Aug. in Ps. cit.
(4) Mensa et calix, caro, sanguis, quamquam unum sint sacramentum, sub diversis tamen speciebus... Cassiod. in Ps. cit.
(5) Cassiod. in Ps. cit.

las infinitas perfecciones de Dios; esto es á lo que se refiere el profeta, cuando posteriormente añade en el mismo salmo: (1) «*Y la misericordia del Señor irá en pos de mí todos los días de mi vida*» por haber obrado bien lo que Dios demandaba, á fin de recibir su Cáliz, por lo cual su infinita misericordia crecerá en mí, guardando las gracias que antes me diera y concediéndome otras nuevas en premio de haber conservado las primeras.

De esta sagrada Mesa (2) «*comerán los pobres y se saciarán, y alabarán al Señor los que le buscan*». S. Buenaventura (3) comenta que esta divina mesa es aquella que preparó Jesús á los apóstoles antes de su Pasión, en la cual les dió á comer su Cuerpo y Sangre». «*Comerán los pobres*», esto es: «los verdaderos humildes», y «*se saciarán*» del Sacramento de la Eucaristía, que entonces será difundido por todo el mundo para mantenimiento de los fieles» (4). Los ricos, esto es, los soberbios, como anota S. Agustín, (5) «no serán saciados» porque no tienen hambre del Dios vivo; los pobres al contrario, sí lo serán, porque alaban á Dios para buscarle y encontrarle; el mismo Dios es su riqueza». «Alabarán al Señor los que le buscan», «por (6) tanto beneficio: y también porque con divinas alabanzas y acciones de gracias, se debe recibir este Sacramento, según comenta Nicolás de Lira»; (7) mas los corazones de ellos, esto es, de los humildes, vivirán de siglo en siglo, vivirán sus corazones, porque según añade S. Agustín, (8) siendo Jesús Sacramentado la comida del corazón; y, por otra parte, alimentados los pobres de esta comida, claro está que serán nutridos y llevarán la vida de Cristo; pero no vivirán

(1) Et misericordia tua subsequetur me, omnibus diebus vitæ meæ. Ps, 22, 6.
(2) Edent pauperes, et saturabuntur et laudabunt Dominum qui requirunt eum. Ps. 21, 27.
(3) In Ps. 21, 27.
(4) Eucharistiæ sacramentum, edent pauperes, quod tunc per orbem fuit fidelibus administratum. Lira, in Ps. 21, 27.
(5) August. in Ps. cit.
(6) Lira in Ps. cit.
(7) Vivent corda eorum in sæculum sæculi. Ps. cit.
(8) Quia ille cibus est cordis. August. loc. cit.

por poco tiempo, sino de siglo en siglo, á saber: (1) «Vivirán la vida de gracia en la presente vida, y la de gloria en la eternidad», lo cual se desprende de aquello de S. Juan: (2) «Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente».

Mas previendo el profeta rey la ejecución de lo que antes había indicado, añade: «*Comieron y adoraron todos los opulentos de la tierra: delante de él se postrarán todos los que descienden á la tierra*», Atendamos á las palabras: «*Comieron y adoraron*»: porque como anota el doctor útil: (3) «Nadie debe de comer el Cuerpo de Cristo antes de adorarle», y esto alude á la práctica general de la Iglesia, que adora á Jesucristo en la Hostia Consagrada antes de recibirle; acción que debería ser practicada por todos los cristianos, al menos interiormente y aún sería laudable que lo ejecutásemos mediante un signo exterior, como se llevaba á cabo en los primeros siglos del Cristianismo, por el cual diésemos á conocer la fe que profesamos. «*Todos los opulentos de la tierra le comieron*» prosigue el profeta. Como expone (4) Nicolás de Lira, estos opulentos son «los príncipes cristianos que son llenados de riquezas y honores sobreterrenales, si devotamente comen el cuerpo de Cristo»; mas como anota Teodoreto: (5) «Los que comieron de la inmortal comida, adorarán á Dios, pues han sido hechos ricos por tal comida, los cuales después de la resurrección de los muertos ofrecerán un culto al Señor ante quien toda rodilla se ha de postrar». Titelman refiere también este texto á la divina comida del Sacramento.

No ha cesado todavia el profeta de contar al compás de los acordes de su arpa las maravillas de la Eucaristía, porque en el salmo 144, se expresa de esta manera: (6) «*Los ojos de*

(1) Vita gratiæ in presenti et gloriæ in futuro. Lira. loc. cit.
(2) Si quis manducaverit ex hoc pane vivet in æternum. Joan. 7.
(3) Nullus corpus Christi manducare debet nisi prius adoret. Lira in Ps. 21, 30.
(4) Manducaverunt omnes, id est: repleti divitiis et honoribus cujus modi sunt principes Christiani qui devote manducant Corpus Christi. Lira id.
(5) Com. in Ps. cit.
(6) Oculi omnium in te sperant Domine: et tu das escam illorum in tempore opportuno. Ps. 144, 15.

todos en ti esperan, Señor, y tú les das su comida en tiempo oportuno». En ti esperamos, Señor, que nos des pan sobresustancial, del cual Tú nos hablas en la oración del Padre nuestro y por aquel inmenso amor que nos tienes, nos le concedes cuando con sincera humildad nos postramos ante tu acatamiento junto á la mesa Eucarística. La prueba de que la Eucaristía es la comida á que se refiere el profeta, está en el general sentir de la Iglesia, pues como afirma el V. P. Scio, (1) «la Esposa del Cordero aplica estas palabras á aquella celestial comida propia de los fieles, que es la divina Eucaristía».

Concluyamos este capítulo bendiciendo al Señor, á imitación de David: (2) «*Alaba ó Sión al Señor que puso por tus términos la paz y de grosura de trigo te harta*»; palabras que forman una perfecta alegoría del venerable Sacramento, porque según S. Agustín, (3) «este divino trigo es el pan que descendió del cielo, al que sólo percibimos por la fe, mas después le veremos como es en sí». Titelman (4) nos exhorta á que por este trigo recibamos el delicadísimo Cuerpo y Sangre de Cristo: y como añade el doctor útil: (5) «Este sagrado texto se cumple en la Eucaristía, que se confecciona con pan de trigo, y es una refección espiritual». Mas pasemos al siguiente capítulo, para observar lo que declara el real profeta acerca del sacerdocio de Cristo.

---

(1) Com. in Ps. cit.
(2) Lauda Sion... qui posuit fines tuos pacem et adipe frumenti satiat te. Ps. 147, 3.
(3) Aug. in Ps. cit.
(4) In Ps. cit.
(5) Lira. loc. cit.

CAPÍTULO XI

El Sacrificio eucarístico y algunas otras especiales dotes de la Eucaristía predichos en los Salmos.

Una religión cuyo sacerdote y cuya víctima se hallen vinculados en un mismo sujeto, es digna de toda veneración. Pero sólo existe una religión que goza de semejante privilegio, y ésta es la única verdadera: es la Católica. Anunciado su real sacerdocio por los profetas, y realizado en el tiempo por Aquél que puede predecir y cumplir lo que vaticina, nuestra sacrosanta Religión se sobrepone á todas las falsas sectas, pues su altar, su víctima, su sacerdote y su culto, sin contar las demás sublimes prerrogativas que posee, lo acreditan. Si fuésemos á declarar como es debido las bellezas de cada una de estas prodigiosas manifestaciones, particularmente las de la víctima, quedaría nuestra lengua impedida para articular palabra y paralizada nuestra pluma para trazar sus primores; pero lo que nosotros no podemos, lo puede Dios por medio de sus Divinas Escrituras. En éstas se halla claramente descripta la hermosura de nuestra víctima y Sacerdote principal, Cristo Jesús, y en pocas palabras nos patentiza admirablemente, lo que nosotros en muchas, apenas podríamos llevar á cabo con ruindad y bajeza. Veamos, pues, lo que nos enseñan las sagradas Letras, respecto á este punto.

Engrandeciendo David los beneficios que había recibido

del Señor, y hablando en nombre del futuro Mesías, exclama, dirigiéndose á Dios Padre: (1) «*Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me formaste orejas perfectas. Holocausto y Hostia por el pecado no demandaste. Entonces dije: He aquí que vengo. En la cabeza del libro está escrito de mí: Para hacer tu voluntad. Dios mío, quíselo y tu ley en medio de mi corazón. Anuncié tu justicia en la Iglesia grande, y no detendré mis labios: Señor, tú lo sabes*». He aquí una brillante profecía del Sacerdocio y de la víctima de la Nueva Ley. Empieza nuestro adorable Salvador por manifestar á su Eterno Padre, que ya que no recibía Éste holocaustos perfectos, porque no podía admitir los de los hebreos, le admitiese á Él para ser el sacerdote y la víctima eternos: y añade: «*Me formaste orejas perfectas*», lo cual concuerda con lo que dice más abajo: «*Para hacer tu voluntad*»; esto es: que Jesús tuvo sus oídos tan preparados para oír y ejecutar al instante lo que su Padre le mandaba, que en esto cifró su mayor recompesa, por cuya razón, dice Nicolás de Lira, que (2) «Jesucristo tuvo los oídos perfectos, para obedecer á Dios Padre hasta la muerte».

Prosigue el salmista: «*En la cabeza del libro está escrito de mí: Para hacer tu voluntad*». ¿Cuál es este libro? Es el de la divina predestinación, del cual dice Jesucristo por el citado salmista: «Sean borrados los que me atribulan del libro de los vivientes». (3) Pero bien; en el principio de este libro eterno está escrito que Jesucristo había de cumplir en todo la voluntad de su Padre, y como el Padre deseaba que su Hijo se encarnase y fuese la Hostia que para siempre se ofreciese en el altar, de ahí que el Verbo Divino diga conformado: «*Dios mío, quíselo y tu ley está en medio de mi corazón*». No dice meramente en su corazón, sino en

(1) Sacrificium et oblationem noluisti: aures autem perfecisti mihi. Holocaustum et pro peccato non postulasti. Tunc dixi: Ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam. Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei. Annuntiavi justitiam tuam in ecclesia magna. Ecce labia mea non prohibebo: Domine tu scisti. Ps. 39, versículos 7, 8, 9, 10.

(2) Lira in Ps. 39.

(3) Lira.

medio de mi corazón, para dar á entender que la ley, los mandatos y hasta los deseos de su Padre estaban arraigados fuertemente en su alma santísima.

«*Anuncié tu justicia;* esto es»: la ley evangélica que contiene la justicia perpetua, (1) «*en la Iglesia grande*», á saber: en el universo mundo por medio de los apóstoles y predicadores; pero esta Iglesia grande es particularmente la de los gentiles en la que están reunidas todas las naciones y es por excelencia grande, según comenta el Padre Scio. (2) «*He aquí que no detendré mis labios*», según lo verificó Jesús cuando, estando en carne pasible, predicaba los dogmas de su Religión divina, ante los hombres de todo sexo y condición.

Hay un salmo, empero, cantado diariamente por la Iglesia, en el que se anuncia la Divinidad, el Sacerdocio y el Reino de Jesucristo. En el primer salmo de vísperas, dice así el 5.° verso: (3) «*Juró el Señor y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedech*». ¿Qué podíamos añadir aquí nosotros, que no esté redactado, ora en las Escrituras divinas, por S. Pablo, quien forma sobre este verso el primer bellísimo comentario, ora tambien por los Santos Padres y doctores católicos? A la verdad, el Apóstol prueba, en su carta á los hebreos, que Jesucristo es á quien se han dirigido aquellas sagradas palabras, y que en Él igualmente se cumplieron. Necesario sería transcribir á la letra cuatro capítulos que emplea el santo apóstol para hacer ver que el Hijo de Dios es el sacerdote eterno, si quisiéramos aducir todas sus gravísimas y autorizadas razones; mas porque después del título de «los Evangelistas y la Eucaristía», hemos de ocuparnos de la «*Eucaristía y los Apóstoles,*» procuraremos desenvolverlo entonces con la extensión que requiere.

«*Juró el Señor y no se arrepentirá*». Dios Padre or-

---

(1) Lira in Ps. 33.
(2) In Ps. cit.
(3) Juravit Dominus, et non pœnitebit eum: Tu es Sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech. Ps. 109.

denó desde *ab æterno* que su Hijo debería ser el principal sacerdote de la ley de gracia, y por eso dice que «*juró*»; mas añade: «*y no se arrepentirá*», es decir: no mudará su decreto, porque no es como el hombre que cambia á cada instante de parecer; y así enseña S. Agustín que: (1) «En Dios no cabe penitencia alguna, porque sabe lo que hace y no muda su consejo». Pero, ¿qué es aquello de lo cual nunca se ha de arrepentir? De lo que más abajo añade: «*Tú eres sacerdote eternamente*». Por cuya razón dice S. Pablo, que (2) «Jesús es llamado por Dios, Pontífice según el orden de Melquisedech». Jesucristo, empero, es eterno, porque su sacrificio había de ofrecerse siempre por ministerio de los sacerdotes secundarios, que son los presbíteros. (3) Es eterno, porque los sacrificios de la ley antigua eran imperfectos, y como tales no podían agradar á Dios, ni perdonaban los pecados, y es por último eterno, porque Jesucristo fué de la tribu de Judá, de la cual no se tomaban los sacerdotes para el ministerio levítico, como lo asegura el Apóstol, cuando dice: (4) «Porque aquél de quien esto se dice, de otra tribu es, de la cual ninguno asistió al altar. Porque manifiesta cosa es que del linaje de Judá nació nuestro Señor, en la cual tribu nada habló Moisés tocante á los sacerdotes.» De donde resulta, que el sacerdocio antiguo quedó abolido al venir Jesucristo. (5) «Y aun esto, se manifiesta más claro si á semejanza de Melquisedech se levanta otro sacerdote: (6) El cual no fué hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal». De lo cual se

---

(1) In Deum nulla cadit pœnitentia, scit enim quid agat nec mutat consilium. Ang. in, Ps. cit.

(2) Appellatus á Deo Pontifex juxta ordinem Melchisedech. Apost, ad Hebreos c. 6, 10.

(3) Con. Trid. sess. 22, c. 2.

(4) In quo enim hæc dicuntur, de alia tribu est, de qua nullus altari præsto fuit. Manifestum est enim quod ex Juda ortus sit Dominus noster: in qua tribu nihil de sacerdotibus Moyses locutus est. Apost. ad Hebr. 7, vv. 13, 14.

(5) Et amplius adhuc manifestum est: si secundum similitudinem Melchisedech exsurgat alius sacerdos. Apost. ad. Hebr. 7, vv. 13, 14.

(6) Qui non secundum legem mandati carnalis factus est, sed secundum virtutem vitæ insolubilis. Apost. ad, Hebr. 7, 16.

deduce, que si por medio de David, reconocido por los judíos, Dios dice á su hijo: «*Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedech*»; como éste prefiguraba la eternidad de Cristo por aquello de S. Pablo: «sin padre, sin madre, sin genealogía , que ni tiene principio de días ni fin de vida; y como Jesús es eterno por naturaleza, resulta que su sacerdocio es eterno. No fué Jesús hecho sacerdote según el mandamiento de la ley carnal, porque según esta ley, los sacerdotes antiguos debían sucederse en el ministerio sacerdotal, de padres á hijos, los cuales eran mortales. Ahora bien: la Escritura nada refiere de los padres de Melquisedech, ni de su origen, ni de su fin y muerte, ni de su antecesor y sucesor en el sacerdocio; y aunque no es de creer que Melquisedech dejara de tener padres, ni dejara de morir, no obstante, Moisés calló misteriosamente todas estas circunstancias con el fin de darnos á conocer la semejanza del sacerdocio de Cristo con el de Melquisedech, el cual simboliza á Jesús en el modo de no morir y de no sucederle otro en el sacerdorcio, y por lo tanto en su sacerdocio eterno.

Respecto á las palabras, «*según el orden de Mequisedech*», suministra S. Pablo otra prueba que evidencia la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre todos los demás sacerdocios. En efecto: después que Abraham salió victorioso de la batalla que dió contra Codorlahomor, después que fué bendecido por Melquisedech, pagó á éste el diezmo de todas las cosas, reconociendo en él el ministerio de rey de justicia y de rey de paz, que lo significaba Salem, de donde era príncipe, por lo cual dice el apóstol: (1) «Considerad, cuan grande sea éste, á quien aun el patriarca Abraham ofreció diezmos de las mejores cosas». Como si dijera: Si Abraham que era patriarca de los creyentes, patriarca por excelencia, pues lo era de las doce tribus y aun de muchas naciones, concedió el diezmo de las mejores cosas á Melquisedech; ¿cuál no será la dignidad de este personaje? Estaba orde-

(1) Intuemini autem quantus sit hic, cui et decimas dedit de præcipuis Abraham patriarcha. Apost. ad, Hebr. 4.

nado que los sacerdotes de Leví tomasen los diezmos del pueblo, y de esto deduce el Apóstol que tales sacerdotes recibían su manutención de una clase más inferior que la suya; pero Melquisedech la recibió de Abraham. Además, los sacerdotes de Leví pagaron igualmente los diezmos á Melquisedech por medio de Abraham del cual descendían, quien los satisfizo por toda su descendencia cuando los dió á Melquisedech; ahora bien: Melquisedech es figura de Jesucristo: luego Jesucristo recibió semejantes diezmos en la persona de Melquisedech. De lo cual podemos inferir con S. Juan Crisóstomo la preferencia de que goza el sacerdocio de Melquisedech al de Leví y por consiguiente el de Cristo, al de los levitas.

Mas no interrumpamos los vaticinios del profeta rey. En el salmo 19 inserta estas palabras: «*Tu holocausto sea pingüe*»; expresiones que convienen al sacrificio de nuestros altares. En efecto; no habiendo víctima más pingüe que la del Cuerpo y Sangre del Señor, resulta que por este pasaje pide el profeta que ofrezcamos al Altísimo el holocausto agradable de lo que nos dejó por Testamento. Que este verso designe el sacrificio de la Misa, se confirma por otras palabras anteriores á él, pues dice el profeta: «*Tenga el Señor, en memoria todo tu sacrificio;*» es decir: el sacrificio que tu has de ofrecer, lo tendrá el Señor presente para socorrerte en tus tribulaciones; por lo cual dice Casiodoro (1) que «David, por este verso, preveía el Sacrificio, no de animales, sino del Cuerpo y Sangre de Cristo»; y Nicolás de Lira (2) añade: Tenga el Señor en memoria todo tu sacrificio, esto es: «el del Sacramento de la Eucaristía ofrecido por tí; por lo cual se dice bien, *todo sacrificio,* pues contiene eminentemente la virtud de todos los sacrificios».

Esto mismo preceptúa el real profeta en otro lugar de los

---

(1) Sacrificium Ecclesiæ prævidebat non pecudum sed sanguinis et corporis Christi. Cassiod in Ps. cit.

(2) Sacramentum Eucaristíæ oblati pro te. Quod bene dicitur omne sacrificium quia continet eminenter virtutem omnium sacrificium. Lira, in Ps. cit.

salmos: (1) «*Sacrifica á Dios sacrificio de alabanza*», entendiendo S. Juan Crisóstomo por este sacrificio el de la Eucaristía que se ofrece á toda la beatísima Trinidad, la cual se expresa aquí claramente, como expone Teodoreto (2).

Semejante mandato lo repite Dios en el mismo Salmo diciendo: (3) «*Sacrificio de alabanza me honrará*». (4) «Aquí, dice Lira, se describe consiguientemente la estabilidad del sacrificio de la nueva Ley, por lo que se manda la inmolación de este sacrificio»; acerca de lo cual se ha de saber que, al instituír Cristo el Sacramento de la Eucaristía, mandó á un mismo tiempo la práctica de este sacrificio según lo expresó por S. Lucas: «Este es mi cuerpo que se entregará por vosotros»; pero nótese que, acto continuo, añadió: «Esto haced en mi memoria»; que es lo que aquí se expresa. Sacrifica á Dios, sacrificio de alabanza, ó con este sacrificio me honrarás, á saber: el Sacrificio de la Eucaristía que se inmola con alabanzas divinas. *Mas allí estará el camino por donde te mostraré la salud de Dios*», añade también el profeta. Por este camino entiende el P. Scio (5) la salud verdadera y eterna que reside en la Hostia y cáliz consagrados, (6) y en virtud de este sacrificio le mostrará el Señor la salud de Dios, según comenta Nicolás de Lira.

Movido el vate coronado de sentimientos divinos, enseña en algunos de sus salmos los deseos que debemos tener de acercarnos á recibir á Dios, á retribuirle sus infinitas mercedes: á alabarle y á estar confiados y contentos con la posesión del mismo Señor; todo lo cual aplica la Santa Iglesia en la fiesta del Corpus á las incesantes gracias que debemos tributar á Jesús Sacramentado, á sus alabanzas y á su sacramental recepción. En efecto; no hay herencia, por pingüe que sea, que aventaje en calidad de óptima á la del Ser

---

(1) Immola Deo sacrificium laudis Ps. 49, 14.
(2) Trinitatis venerandum numerum patefecit. Theodoret. in Ps. cit.
(3) Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter, quo ostendam illi salutare Dei. Ps. cit.
(4) Comen. in Ps. cit.
(5) Comen. in Ps. cit.
(6) In virtute hujus sacrificii. Lira in Ps. cit.

por excelencia bueno; por esta causa, para el ser racional, no hay dádiva mejor que Jesucristo. Convencido de esto mismo exclamaba David: (1) «*El Señor es la parte de mi herencia y de mi cáliz*». Mas como dice Nicolás de Lira, esta es la voz de la Iglesia que clama, ser Jesucristo su parte hereditaria; pero añade: «*El Señor es la parte de mi cáliz*»: por este cáliz, aunque los expositores con el citado doctor entienden el de la pasión del Señor, apurado en las tribulaciones por los que se precian de cristianos, sin embargo, el mismo doctor comenta en el sentido moral, aquel cáliz del cual se dice en otro salmo: «*Y el cáliz que me embriaga, ¡cuán excelente es!* á saber: el de la Eucaristía.

Intensamente deseaba David poseer á su Dios, por lo cual prorrumpe devoto: (2) «*A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas, así te desea el alma mía, ¡oh Dios! Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. Con voz de regocijo y alabanza, sonido festivo del que está en banquete*». ¡Qué demostraciones de ansiedad y de alegría! La Iglesia nuestra Madre aplica admirablemente estas fervorosas palabras á las almas en cuyos pechos arden vehementes deseos de recibir á Jesús Sacramentado. Pero en boca del sacerdote pone otras, cuando éste empieza el santo sacrificio de la Misa. (3) «*Entraré en el altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud*»; frases que entiende Titelman (4) del siguiente modo: «Entraré en el altar de Dios, para que asistiendo delante de ti, ¡oh Señor! te ofrezca incesantemente hostias sempiternas, con toda alabanza.» Y Santo Tomás: «Entraré al altar de Dios, recibiré á Cristo que renueva mi juventud», es decir: que me devuelve la santidad primitiva. El espíritu del que se acerca á recibir al Señor Sacramentado, parece angustiarse algunas veces por

(1) Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei Ps. 15, 5.

(2) Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus. Sitivit anima mea ad Deum fortem, vivum. In voce exsultationis et confessionis, sonus epulantis. Ps. 41, vv. 1, 2, 5.

(3) Introibo ad altare Dei: ad Deum qui lætificat juventutem meam Ps. 42, 4.

(4) Ut tibi hostias sempiternas plene laudis coram te asistens indesinenter offeram. Titelm. in Ps. cit.

las imperfecciones ó miserias que reconoce tener en sí mismo; por lo cual exclama con el profeta: (1) *¿Por qué estás triste alma mía? y por qué me conturbas? Espera en Dios, que lo conseguirás pronto por medio de la Comunión sagrada.*

Y después que le ha logrado, no sabiendo de que manera agradecer una merced sin igual, dice con el mismo David: (2) «*Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado?* Y se contesta asimismo: «*El cáliz de salud tomaré y el nombre del Señor invocaré*», el cual «cáliz» puede entenderse de los dos modos que dijimos.

También el profeta rey, á semejanza de otros santos profetas, pero muy anterior á ellos, (3) da á conocer la santificación de la Iglesia por el Augusto Sacramento que está en medio de ella, y así dice: (4) «*El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios, santificó su tabernáculo el Altísimo; Dios en medio de ella, no será conmovida*». Nicolás de Lira enseña, respecto á este excelente pasaje, que Jesucristo no se apartará de la Iglesia, según aquellas divinas palabras en que fundó su promesa: «He aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Igualmente Santo Tomás, en el oficio del augusto Sacramento, sobre este verso del profeta: (5) «*Tus hijos como renuevos de olivos alrededor de tu mesa*»; entiende, los fieles que, llenos de virtudes, se apacientan de las carnes del Cordero inmaculado, los cuales se acercan á la sagrada Mesa como al mejor convite.

En suma, todo aquel que practicare lo que el real profeta insinúa en el salmo 1.°, versos 1.° y 2.°, (6) «*Será como*

(1) ¿Quare tristis es anima mea et quare conturbas me? Spera in Deo. Psalmus, 42..

(2) ¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi? Calicem salutaris accipiam et nomen Domini invocabo. Ps. 115, vv. 3, 4.

(3) David compuso el Salterio 11 siglos antes de la venida del Salvador.

(4) Fluminis impetus lætificat civitatem Dei: sanctificavit tabernaculum suum Altissimus. Ps. 45, 5.

(5) Filii tui sicut novellæ olivarum in circuito mensæ tuæ. Ps. 127, 3.

(6) Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo. Et folium ejus non defluet: et omnia quæcunque faciet prosperabuntur. Ps. 1, v. 3.

el árbol que está plantado junto á las corrientes de las aguas, el cual dará su fruto á su tiempo y su hoja no caerá, mas todo cuanto él hiciere irá en prosperidad»; pero atendamos: ¿Quién podrá ser el árbol que dará el correspondiente fruto? S. Ambrosio afirma que es Aquél por medio del cual nos vino la salvación; Jesucristo plantado en el seno de María, tierra virgen y pingüísima.

Por las *aguas* entiende el Agustino, al mismo Espíritu Santo, que formó el cuerpo de Jesucristo en el vientre de María y le regó de santos dones con que brilla el Divino Espíritu. Dió Jesucristo *el fruto correspondiente á su tiempo,* que fueron todas las virtudes que le ennoblecieron y los Sacramentos que publicaron su santidad, omnipotencia y sabiduría, especialmente el del Altar donde muestra los raudales de su amor. Por las *hojas que no caerán de aquel árbol,* juzga el Lirense, (1) ser las palabras de Cristo que permanecen siempre en todo su vigor.

También los cristianos podemos ser semejantes á este divino Árbol y dar el fruto de virtudes correspondientes, si nos nutrimos de sus excelentes frutos: esto es, de la Carne y de la Sangre de Jesucristo.

(1) In scriptura per folia significantur aliquando verba quæ in Christo non fuerunt defluentia sed stabilia. Lira in. Ps. 1. v. 3.

CAPÍTULO XII

Observaciones sobre algunos salmos del oficio del Corpus.

Hasta aquí hemos recorrido aquellos versos de los salmos que expresaban de un modo terminante y literal el dogma eucarístico, considerado, ora en su esencia, ora en sus efectos, ya también en sus propiedades y excelencias; entre éstos, hemos explicado algunos que pertenecen al brillante Oficio del Santísimo Sacramento, cuya forma literal, lo mismo que las demás, predican sin duda de una manera clara, patente y positiva el Misterio adorable del Altar; empero no hemos dado lugar á otros que, si no en su forma, al menos en su fondo se refieren á la Eucaristía, y hablan muchísimo en su favor. Éstos ocuparán por consiguiente, nuestra atención en el presente capítulo. Debo advertir de paso, que el P. Melchor Prieto dió á luz un tomo en cuarto mayor, con objeto de parafrasear y comentar los salmos del oficio del Corpus. El trabajo en verdad es excelentísimo, pues reviste una erudición portentosa, mas por precisión, como algunos de los versículos de esos salmos aludidos, no pueden referirse directamente al misterio de la Divina Eucaristía, de ahí que el citado autor los refiera en sentido acomodaticio, lo cual ciertamente no perjudica en nada al mérito y á la verdad de la obra. Nuestro intento, empero, es aducir sólo aquellos textos sagrados que, aun-

que no tan literalmente como los ya explicados, pero sí directamente se refieran á la Eucarístía, mencionando ligeramente los demás, por ser asunto que no pertenece á nuestro objeto.

§ I

Comienza el I salmo de vísperas refiriendo las relaciones que *ab æterno* mediaron entre las dos Personas Divinas. *Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi derecha, hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies.* (1) Bellísimo es este testimonio y más aun, si en sentido acomodaticio lo aplicamos á la Divina Eucaristía. El Padre Eterno, conociendo desde esa misma eternidad los deseos que tenía su Divino Hijo de quedarse Sacramentado entre los hombres, le dice con entrañas de amor: *Siéntate á mi derecha*, donde tú y yo juntamente con el Espíritu Santo estaremos presentes en el Sacramento que deseas instituír; ¿mas hasta cuándo? *hasta que sujete á todos tus enemigos y los coloque vencidos debajo de tus pies,* para dar á entender, primero, que el Santísimo Sacramento ha de triunfar de todos sus enemigos, de todas las herejías y segundo, que Él es escudo fortísimo, é inexpugnable baluarte para la defensa de sus hijos. En corroboración de lo primero, la Eucaristía subsistirá entre los hombres hasta el fin de los siglos, y respecto á lo segundo, es indudable que Cristo Nuestro Señor ha instituído este Divino Sacramento para hacernos fuertes contra nuestros más terribles adversarios, visibles é invisibles; por esto la Divina Eucaristía es llamada Pan de los fuertes; por esto el real profeta, refiriéndose á este Sacramento y, dirigiéndose á Dios, le dice que le ha preparado una Mesa contra todos aquellos que le atribulan; y por esto mismo, finalmente, S. Ignacio exhorta á los cristianos á que comulguen á menudo, porque cuanto mayor número de veces se reciba este Sacramento, tanto con mayor vehemencia son arrojados los malos espíritus. En confirmación del verso in-

(1) Dixit Dominus Domino meo: Sede á dextris meis. Ps. 109, 1. etc.

dicado, prosigue el real profeta: *Una vara, salida de tu derecha, enviará el Señor desde Sión, para domeñar á todos tus enemigos.* Esta divina vara, según interpretan algunos exégetas, es la Santa Eucaristía, enviada desde el cielo para disipar las ilusiones diabólicas y las conspiraciones que los enemigos de la santa Iglesia, en su loco desvarío, se atrevan á fraguar contra ésta. Por eso es, en verdad, la Eucaristía sostén y esperanza de la Esposa del Cordero. En el verso siguiente: *Tecum principium* etc., quieren unos intérpretes que, refiriéndose el profeta á Jesucristo, le diga que con Él está su principio; esto es, su Padre, entendiendo otros del Espíritu Santo, la frase *In splendoribus sanctorum;* de suerte que según esta opinión, las palabras del presente versículo vienen á indicar que en la Eucaristía se hallan las tres Divinas Personas. Otros, refiriéndose al alma cristiana, le dice que con ésta se halla su virtud, esto es, uno de los medios con que puede contar para hacerse fuerte contra los enemigos, á saber: la Eucaristía, que reside en la Iglesia. Finalmente, aparte las palabras siguientes del salmo, que revelan el sacerdocio eterno de Jesucristo, y que ya hemos hecho mención anteriormente, los demás versículos dan á entender que el Salvador posee este real sacerdocio para ser árbitro de las almas, á fin de tenerlas á su especial cuidado y para impedir á los malos que las dañen, á los cuales juzgará y condenará en el juicio del día último.

En el segundo salmo, se propone David cantar las grandezas de Jesucristo, particularmente las del Santísimo Sacramento.

Podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que casi todo el presente salmo corrobora el Misterio de la Eucaristía. *Te confesaré, Señor, con todo mi corazón; en la congregación y consejo de los justos.* (1) Así empieza David este salmo, eucarístico por excelencia. Debo confesarte y bendecirte, Señor, porque grandes son tus obras. Grande eres Tú y digno de toda alabanza; pero debo confesarte, no

(1) Confitebor tibi Domine in toto corde meo, in consilio justorum et congregatione. Ps. 110, 1.

solamente con la boca, sino principalmente con el corazón, y en el consejo y congregación de los justos. Por este consejo y congregación de los justos se entienden los cristianos reunidos en la iglesia, ó cuando se llegan á recibir á Cristo Sacramentado. Hemos de confesar dignamente á Jesucristo, dicen Lira y la Glosa, no en los conciliábulos de los herejes, sino en compañía de los amigos de Dios, á no ser que en aquellas juntas fuésemos por necesidad requeridos. *Grandes son las obras del Señor* prosigue; y de esto hicimos ya mención anteriormente, aunque aquí completaremos la exposición. Dije que las obras del Señor manifestadas en la Divina Eucaristía son grandes, pues Ésta es el memorial de las maravillas del Altísimo; mas son en tal manera grandes, y de tanta ponderación, que la Eucaristía es *exquisita in omnes voluntates ejus*. El P. Melchor Prieto (1) comenta las referidas palabras de la siguiente manera: «La voluntad de Dios es la causa de todas las cosas, pues si la Eucaristía es obra, no como quiera, de esa voluntad Divina, sino, *in omnes voluntates ejus*, de toda su infinita voluntad, síguese que es obra de todo el poder de Dios y la mayor de todas cuantas Cristo hizo.» Pero dejando tres versículos, que expusimos ya en los capítulos anteriores se nos ofrece que *el Señor anunció á su pueblo la virtud de sus obras para darle la herencia de las gentes.* Por cierto; el Señor vaticinó al pueblo cristiano la virtud del Santísimo Sacramento, señalado con la palabra *obras*, pues como afirma el Burgense (2), se dice así, porque son dos las magníficas obras que nos ha legado, á saber: su Cuerpo y Sangre. Vimos ya como el Altísimo predijo á su pueblo el Divino Sacramento, mediante los símbolos sagrados, los patriarcas y los profetas, pero después veremos que lo anunció también por medio de las profanas sibilas, los antiguos rabinos y los sacrificios de las falsas religiones. El Señor anunció á su Iglesia la virtud del Santísimo Sacramento para dárselo luego

(1) Psalmodia Eucaristica. Ps. II de vísperas.
(2) In hoc Psalmo.

en herencia, pues esto significan las palabras *para darle á él la herencia de las gentes.*

En efecto: Jesucristo Sacramentado es la herencia de las gentes; pero ¿qué herencia? Un Dios, herencia del hombre, el Criador, herencia de la criatura. El que hizo al ser humano, no contento con darle lo necesario para su existencia y conservación, se entrega á sí mismo en haber hereditario. (1) «Yo, en verdad, dice el Señor, seré tu única merced, demasiado grande por cierto». He aquí, pues, á la Eucaristía considerada como merced magnífica, demasiado magnífica, del hombre. Hablando de esta grandiosa herencia el profeta David, y adelantándose á la plenitud de los tiempos, coloca en boca de sus hijos estas bellísimas frases: (2) *El Señor es la porción de mi herencia; tú eres, ¡oh Dios! el que me devolverás mi heredad.* Llama heredad á la virtud de las obras del Señor, que como dije, es el Santísimo Sacramento para legarlo á las gentes. S. Pablo enseña que los cristianos somos herederos y coherederos de Cristo (3), es decir; herederos de Cristo en esta vida, al recibir de sus manos la santa Eucaristía, que es su Testamento, y coherederos con Cristo en la eterna bienaventuranza, al participar de la gloria del Hijo de Dios. Por eso las palabras del Apóstol: «Las gentes son coherederas con Cristo por el Evangelio» (4), vienen á confirmar esta verdad; y S. Próspero de Aquitania (5) interpreta la expresión *evangelio* por *sacrificio;* de suerte que, por el Sacrificio del Altar somos coherederos con Cristo; y no importa, añade el citado santo de que seamos millones en número los coherederos con Cristo, puesto

---

(1) Ego ero merces tua magna nimis.

(2) Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei: tu es qui restitues hæreditatem meam mihi. Psalmus XV, 5.

(3) Hæredes et cohæredes Christi.

(4) Gentes esse cohæredes in Christo Jesu per evangelium. Ad Ephes, III, 6.

(5) Hæreditas in qua cohæredes Christi sumus non minuiter multitudine filiorum nec sit angustior numerositate cohæredum, sed tanta est multis quanta paucis, tanta singulis quanta omnibus. Quæ verba optime Eucharistiæ intelectæ hæreditatis nomine adaptari possunt, sumit unus sumunt mille, etc.; lib. sent ex August.

que la abundancia de gracia que posee en la Divina Eucaristía, jamás se agota.

(1) *Las obras de sus manos*, añade David, *son verdad y juicio;* y como las obras de sus manos, según hemos observado, son su Cuerpo y Sangre, resulta que el Señor por medio del profeta, confirma nuestra fe respecto á la Eucaristía y pone una mordaza en la boca de todos los incrédulos. Además; siendo la doctrina de este Divino Sacramento verdadera, tal cual nos la enseña la Iglesia, resulta que la Eucaristía será juicio para aquéllos que la reciben indignamente, pues como afirma el Apóstol, el que come el Cuerpo del Señor en pecado mortal, traga su misma condenación.

La verdad y fidelidad de las palabras de Nuestro Divino Salvador, principalmente en lo que respecta al Santísimo Sacramento, son manifestadas en el texto que sigue: (2) *Fieles son los mandamientos ó promesas del Señor, confirmados de siglo en siglo y obrados con verdad y justicia.* ¿A quién no llenarán de admiración y respeto santo estas palabras? En efecto; el Altísimo asegura que sus legados, sus promesas, sus mandamientos son fieles, porque fiel es su Autor; fiel es Dios, que no permitirá que jamás seamos engañados. Luego fiel es el Misterio de la Eucaristía; posee una realidad, ni más ni menos que como la prometió su divino Autor el cual asegura que mandaría su testamento, esto es: su Cuerpo y Sangre. Pero las promesas del Altísimo, á más de ser fieles, son confirmadas de generación en generación, precisamente porque son verdaderas y llenas de fidelidad. Los siglos son testigos de la existencia del Misterio Eucarístico; nosotros no procuraremos otra cosa, en el discurso de esta obra, que manifestar como este hermosísimo Misterio ha sido corroborado en todas las épocas y por todos los hombres y hasta por los mismos elementos.

Y porque son fieles las promesas del Señor, quien prometió á su pueblo enviarle á su Hijo por sacerdote eterno,

(1) Opera manuum ejus veritas et judicium. Ps. 110.
(2) Fidelia omnia mandata ejus confirmata in sæculum sæculi, facta in veritate et æquitate. Ps. 110.

según el orden de Melquisedech, á fin de que diese una comida suave y divina á los que le temieren, por eso David, adelantándose en espíritu á los siglos, afirma que el Altísimo (1) *envió la redención á su pueblo y le mandó para siempre su testamento.* Pero, ¿qué clase de testamento? Aquél en que recopiló y notificó todas sus maravillas. *Memoriam fecit mirabilium suorum.* Maravillas sublimes que constituyen la Sacrosanta Eucaristía, la cual es ciertamente el Testamento de Cristo; primero, porque Nuestro Señor lo instituyó poco antes de su muerte para conmemoración de Él y de su Pasión; segundo, porque nos legó todo cuanto le quedaba en aquella hora; tercero, porque nos otorgó cuanto nos podía dar; cuarto, porque nos instituyó herederos perpetuos de su Cuerpo y Sangre; quinto y principal, porque así nos lo enseñó el mismo Jesucristo al instituír el Sacramento de su amor. *Hic caliz novum testamentum est in meo sanguine:* Hé aquí el cáliz del Nuevo Testamento en mi Sangre. Empero este magnífico Testamento nos lo envió mediante sus apóstoles; por manera que los apóstoles fueron los albaceas y testamentarios de Jesucristo, al decirles: Esto mismo que yo he hecho lo practicaréis también vosotros y vuestros sucesores en el sacerdocio, mas lo verificaréis en memoria de mí y de mi pasión. Por esta razón la Eucaristía es denominada con toda propiedad: *Memorial de la pasión del Señor.* Un testamento semejante no lo otorgó el Señor en papel ó piedra, sino que para más seguridad lo esculpió en la mente y corazón de sus apóstoles. El testamento de Jesús fué otorgado de viva voz en presencia de doce testigos hábiles y jurídicos, porque Dios, Autor de la ley, los había escogido para testigos, albaceas y herederos de su Testamento.

III salmo. Al considerar el real vate las maravillas de que trata este precioso salmo, queda como estupefacto, sin atreverse á profundizar un Sacramento que es todo de fe, por lo cual exclama: *Creí, por cuyo motivo he hablado, mas*

(1) Redemptionem misit populo suo, mandavit in æternum testamentum suum. Ps. 110.

yo he sido sumamente abatido. (1) Para hablar y ocuparse, como es debido, de un Misterio tan hondo, es indispensable la fe, pues sin ésta es imposible agradar á Dios, ni acertar en lo que respecta á los arcanos de este Misterio. Por falta de esta base fundamental, los incrédulos pseudo-filósofos erraron, blasfemaron y no supieron dar en el *quid* de la cuestión. Es preciso humillarse profundamente, como el profeta, y creer el Misterio Eucarístico, antes de ponerse á tratar de Él; así es como David, después de practicar estas dos esenciales cosas, habló y profetizó del Sacramento Santísimo; y por cierto, Dios revela las cosas altas únicamente á los humildes, confundiendo á los soberbios que se introducen á tratar asuntos sobrenaturales sin poseer la fe cristiana. Debido á esta carencia de fe, es por que David, en uno de sus dulces éxtasis y, viendo en lontananza á esos hijos de las tinieblas pronunciar dislates continuados sobre la Eucaristía, exclama: *Todo hombre es mentiroso* (2).

Después que el profeta rey se preguntase á sí propio qué es lo que retribuiría al Señor por todas las mercedes que le había concedido, se responde á sí mismo: *El cáliz de la salud tomaré; sacrificaré hostia de alabanza y por esto invocaré tu santo nombre... Rompiste mis ataduras..., por esto cumpliré mis votos al Señor en presencia de todo el pueblo y en los atrios de la casa del Altísimo.* (3) De donde hemos de considerar cinco gratificaciones que David pretende ofrecer á su Dios.

1. En primer lugar es la aceptación del cáliz de salud. El real profeta consideraba en sí propio la persona del sacerdote católico que tiene la misión de ofrecer á Dios el Santo Sacrificio del Altar, y por lo tanto, el Cáliz de bendición; por esta razón quiere él también ofrecerlo al Señor. Meditaba sabiamente que la mejor manera de ensalzar al Altísimo era ofreciéndole la Sangre de su Divino Hijo, vertida en el Cá-

(1) Credidi propter quod locutus sum; ego autem humiliatus sum nimis. Ps. 115.
(2) Ego dixi in excessu meo: omnis homo mendax.
(3) Ps. 115.

liz consagrado, más aun; comprendía que el único modo de agradarle perfectamente era presentarle este Cáliz del Sacrificio y sabía por idéntico motivo que el don mejor, el más excelente y en el que más se complace el Eterno es el Cáliz que contiene el vino que engendra vírgenes. Por último, no olvidaba que la aceptación de este Cáliz, por parte de Dios, era el óptimo medio de aplacar sus justas iras, de satisfacer por nuestras culpas y de obtener un sinnúmero de mercedes magníficas, que de otra manera hubiera sido difícil conseguir. Por eso, con toda razón, exclama: *El Cáliz de salud.* Mas no se olvide que lo que indujo á David á tomar este santo Cáliz fué principalmente el dar gracias á Dios por todos los beneficios recibidos. En atención á esto, es el Sacramento de amor, apellidado Eucaristía, que significa acción de gracias. Y pregunta Nicolao IV (1) ¿Por qué razón se llama este Sacramento *Eucaristía* ó acción de gracias, más que *supplicatio,* que quiere decir, súplica ó petición, supuesto que si por Él se dan gracias, también por Él se solicitan mercedes? y responde sutilmente: que se llama Eucaristía y no súplica, porque en Él tenemos más razones de acción de gracias que de petición, porque en Él anda el hombre corto en pedir y Dios larguísimo en dar. Además, debiendo nosotros á un Dios infinito, y siendo por otra parte finitos, no podemos retribuirle convenientemente, mas por este Sacramento en el que está presente Jesucristo, Hombre-Dios, devolvemos al Eterno su mismo Hijo que es la mejor prenda que puede recibir.

2. Lo segundo que David quería ofrecer al Señor era el sacrificio de la Hostia de alabanza. Mas... ¿cuál debería ser esta hostia sino el mismo Jesucristo que reusó las hostias de la antigua ley para constituirse Él mismo en Hostia viva y sin mancha? Si el cáliz de que habla David es el del Nuevo Testamento, es la Sangre de Jesucristo, la hostia de que aquí se ocupa debe ser precisamente el Cuerpo del mismo Señor, puesto que si éste falta no hay sacrificio. ¿Qué cosa

(1) Bibliotheca veterum Patrum.

mejor podía ofrecer David en acción de gracias al Padre Eterno, que el Cuerpo vivo de Jesucristo? ¡Oh, si enumerásemos los bellos efectos de esta excelente comida! Es agradable á Dios, pues no existe otra acción de gracias más digna; es dulce para el espíritu, pues le llena de todas las delicias y carismas; y es satisfactoria por las debilidades del hombre, puesto que le borra muchas faltas, al menos, las veniales.

3. Presintiendo esto mismo, pasa el coronado vate á prometer que invocará el nombre del Señor, precisamente porque ha considerado los bienes que nos vienen con el Cáliz y la Hostia de la nueva alianza. Él, lleno de júbilo y entusiasmo, y al compás de las melodías de su arpa, canta, bendice y glorifica á su Señor, y con esto nos avisa que todo cristiano que recibe la divina comida de la Eucaristía, no le debe ser ingrato sino que debe rendirle continuadas acciones de gracias.

4. *Rompiste, ¡oh Señor! mis ataduras*, continúa este profeta. Es la Eucaristía escudo contra nuestros enemigos, de suerte que quien la recibe con fe y amor se ve libre de los lazos infernales, y aun muchas veces de los afectos terrenos. En atención á esta poderosa virtud que posee el Santo Sacramento, afirma David que el Señor le rompió las ataduras con que estaba ligado. También pueden entenderse estas palabras de la Eucaristía como prenda de la resurrección, pues no en vano aseguró el Redentor que quien comiese el Pan del cielo, sería resucitado por el mismo Jesús, en el último día del mundo; desata el espíritu del cuerpo para ir á ser depositado en las manos del Altísimo, á fin de unirse al propio cuerpo para siempre en el día de la resurrección de la carne.

5. Por último, al haber reconocido el salmista todas las prendas de la Eucaristía, y, movido por un impulso de tierno agradecimiento, concluye asegurando que *cumpliría sus votos al Señor en los atrios del templo de Dios y en presencia de todo el pueblo.* Aquí, David, con la plena satisfacción que encuentra á su alma por haberla Dios concedido

un Manjar tan admirable, propone cumplir todos sus votos y promesas, que son las de ofrecer este Divino Sacrificio al Señor, en la Iglesia. Á nadie parezca extravagante esta exposición, porque no debemos ignorar que David habla como profeta y en muchas ocasiones parece adelantarse á los tiempos de la era cristiana.

Del cuarto salmo sólo hay un precioso verso que exponer. Helo aquí; *Tu mujer es como vid abundante, á los dos lados de tu casa.* (1) Hablando el salmista con Dios Nuestro Señor le declara que su mujer, esto es, la Iglesia, verdadera esposa del inmaculado Cordero, es como vid abundante. Por esta vid son entendidos asimismo los santos sacramentos, manifestaciones graciosas de la Sangre de Jesucristo derramada. Además; la vid simboliza, en especial, la Sangre del Redentor, por lo que Nuestro Señor, hablando de su Divina Sangre que acaba de consagrar al tiempo de la institución de la Eucaristía, dice: «Desde hoy más, no beberé de este fruto de vid, hasta aquel día cuando le beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre»; (2) y como la Iglesia posee el Sacrificio de la Sangre de Jesucristo, por eso es por que con mayor propiedad se aplica este sagrado texto al Sacramento de la Eucaristía; á más de que el vino de vid es la materia de la consagración de la Sangre eucarística. Pero aquella esposa es como vid abundante, á los dos lados de su casa ó del templo del Señor. Es abundante, porque tiene para todos sus hijos el celestial licor de Jesucristo, y es abundante también porque este precioso líquido está colmado de bienes. Las palabras *á los dos lados de tu casa* significan que el Divino Sacramento está dentro y fuera de la Iglesia; dentro, como en trono real y habitual, y fuera, como viático y por modo extraordinario.

V Salmo. Una vez que el profeta rey ha contado los beneficios que Dios ha derramado sobre Sión, esto es, sobre la Iglesia; y entre éstos haya especificado también el de la Santa Eucaristía, asegurando á aquélla que *el Señor la*

(1) Uxor tua sicut vitis abundans, in lateribus domus tuæ. Ps. 127.
(2) Math. XXVI, 29.

harta con la grosura de su trigo, (1) pasa á recopilarlo todo, bendiciendo al Altísimo y manifestando que los cristianos somos los más dichosos. Dice así: (2) *No obró tantas maravillas con las demás naciones ni les hizo patentes sus juicios.* Y á la verdad, ¿á qué nación de la antigüedad, ni á qué clase de gentes, que no sean las que pertenecen al seno de la Iglesia Católica, ha asegurado Jesucristo: «He aquí que yó estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos,» mediante mi cuerpo y mi sangre? (3) Sí por cierto: no existe ni hubo nación tan grande que tenga tan cerca de sí los dioses falsos, como la nuestra posee al verdadero, á Jesús Sacramentado (4); «ni hay, ni ha habido fuera de la Iglesia Católica, fieles á quienes haya dicho Jesucristo: «Ya no os diré siervos sino amigos, pues todo lo que yo sé y he oido á mi Padre os lo he manifestado á vosotros» (5). Por esta razón no ha habido dios alguno mitológico, ni autor de supuestas religiones, que haya hablado á sus servidores hasta rayar en el extremo de amor, y dándoles su misma sangre decirles con suave ternura: (6) «Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados». Sto. Tomás, ocupándose de este Santo Sacramento, afirma que los inmensos beneficios de la divina largueza otorgados al pueblo cristiano le confieren una dignidad grande é inestimable, de suerte que este pueblo católico, sintiéndose santamente enorgullecido con tanta grandeza, y manifestándose sumamente agradecido, se dirija á su Dios Sacramentado, y le diga: «Demasiado, ¡oh Dios nuestro! has honrado á tus amigos» (7). Y es que tanta maravilla en favor de los cristianos, se cifra en el amor de Jesús; en esa caridad divina que, tocando sus extremos infinitos, si la frase es permitida, y no habiendo ya grandeza alguna que prodigar á sus amados hijos, se reple-

(1) Estas palabras quedaron ya comentadas.
(2) Ps. 147, ult. Non fecit taliter omni nationi, et judicia sua non manifestavit eis.
(3) Math.
(4) Deut. IV. 7.
(5) Joan XV, 15.
(6) Cant. V, 21.
(7) Ps. 138, 17. Nimis honorificati sunt amici tui Deus.

ga dentro de sí misma y, practicando un esfuerzo de amor, sale fuera de sí y se derrama en nosotros por medio de la Eucaristía. Y ¿quién no humillará su cabeza, y convencido de una verdad tan patente, y penetrado de fervoroso entusiasmo, que raye en delirio santo, no prorrumpirá con David: *Verdaderamente, no obró Dios tantas maravillas con las demás naciones, ni ha hecho patentes sus juicios como á la nuestra.* Podíamos afirmar en un exceso de nuestra mente que Jesús se había rebajado al hombre, se había postergado, dándose á sí mismo; pero reflexionando cuerdamente, hallaremos que el sistema del amor no tiene reglas generales y que Jesús cumplió algunas que, estando fuera de nuestros alcances, sólo podemos admirarlas, pero no escudriñarlas.

§ II

Terminada la exposición y exégesis de los Salmos de Vísperas que indican algo referente al Augusto Sacramento, pasemos ahora á terminar nuestro trabajo sobre los salmos de maitines pertenecientes al mismo oficio del Corpus.

Respecto al primer salmo del nocturno I, después que el profeta rey ha declarado que todo aquel que recibe con debidas disposiciones el Sacramento de la Eucaristía *será como fecundo árbol, plantado junto á la corriente de las aguas celestiales y que producirá ópimos frutos á su debido tiempo;* añade, que *no será así la suerte de los impíos;* bien porque, al comulgar con malas disposiciones, tragan su propia condenación, ora porque jamás comen este Pan de Angeles, por lo cual *serán como polvo que arroja el viento sobre la superficie de la tierra;* esto es: serán arrojados ignominiosamente de la presencia de Dios para ir á habitar las cavernas infernales. Por esta causa dice el profeta que *los impíos no resucitarán en el día del juicio ni los pecadores se hallarán en la asamblea de los justos* (1). Mas, ¿cómo puede conciliarse esta verdad con el dogma

(1) Ideo non resurgent impii in judicio, neque peccatores in concilio justorum. Ps. I, 7.

de la resurrección de la carne, por el que todos resucitaremos y seremos presentados ante Jesús para ser por Él juzgados? Reflexionemos; el Apóstol (1) enseña que todos resucitaremos ciertamente, pero no todos cambiaremos la suerte que nos ha tocado en este valle de miserias por la feliz bienaventuranza; antes al contrario, los malos é impíos tendrán un término desgraciado, que es el infierno, mientras que los buenos seguirán en el modo de resurrección á su cabeza Jesucristo, el cual vive en la gloria de su Padre. Y esto no por otro motivo sino porque la Eucaristía es muerte para los malos y vida para los buenos. Si los malos jamás ó rara vez comulgaron, la Eucaristía, que es semilla de resurrección y por la que resucitarán los buenos á una vida eterna, no podrá cambiarlos á la vida gloriosa, que en caso contrario, hubiera en ellos un día germinado. He ahí la razón por que, los malos no resucitarán á vida feliz en el día del juicio, ni se presentarán en la asamblea gloriosa de los justos, sino que irán á unirse con los infelices que murieron impenitentes.

En el segundo salmo hemos de considerar seis puntos: 1.° la Eucaristía alegra y dilata el corazón humano; 2.° la reprensión que el salmista en nombre de Jesucristo da á los incrédulos; 3.° las riquezas que derramó Dios en su Hijo Sacramentado; 4.° el mandato de que celebremos el Sacrificio de Justicia; 5.° ¿Quién nos dará á conocer los bienes? 6.° la tranquilidad del alma después de haber comulgado.

1. Respecto del primer punto, exclama David de esta manera: (2) *En la tribulación, ¡oh Señor! ensanchaste mi corazón.* Suele en demasiadas ocasiones, hallarse el alma anegada en un mar de tristeza y llanto, comprimida y replegada hasta lo más íntimo, torturada y hasta, por motivo de tanto dolor, insensible y casi desesperada. Un remedio, pues, encuentra para desterrar tanta amargura y sollozo tanto; este remedio eficacísimo es el de la Santa Eucaris-

(1) Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur I. ad Cor. XV.
(2) Ps. 4.

tía. ¡Cuán suave es su espíritu! (1) ¡cuánta dulzura contiene! (2). Si esto es positivo, y por otra parte, nos avisa el Señor que nos oirá en la tribulación, si es que nosotros acudimos á Él, ¿qué confianza no debemos tener en el Divino Sacramento? Una visita á Jesús Sacramentado, en la que podamos desahogar nuestro corazón y una fervorosa Comunión sacramental en la que contemos á Dios Nuestro Señor nuestras amarguras y le pidamos su remedio, es el único medio de rechazar semejantes penas y obtener paz feliz que nunca debiera faltar del corazón.

2. Pero llega David increpando á los que desprecian la Eucaristía, porque dicen ser un Sacramento imposible de realizarse, y les dice: (3) *¿Hasta cuándo, hijos del siglo, hasta cuándo seréis pesados de corazón? ¿por qué razón amáis la vanidad* en vuestros sofismas y cavilaciones filosóficas destituídas de fundamento *y buscáis la mentira*, al no poder hallar una explicación de la Eucaristía basada en la filosofía natural? Preguntas son estas que debieran tener presentes los filosofastros y los curiosos incrédulos.

3. *Sabed,* (4) añade el profeta, *que Dios ha hecho maravilloso á su santo.* Y en efecto; si en la Eucaristía, como hemos observado, hizo el Señor una recopilación y memoria de sus maravillas, precisamente fué porque hizo á su Hijo maravilloso, el cual se nos muestra en el Sacramento con estos y otros estupendos prodigios.

Pero Dios Padre hizo maravilloso á su Hijo Jesucristo no solamente para que Él gozara de estos inauditos carismas, sino para que los distribuyera á manos llenas entre los que había redimido con su Sangre. Por este motivo Jesucristo, desde este Divino Sacramento, llama con ansia á sus hijos y les dice: Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os he preparado, para que por su medio os otorgue los favores que necesitéis.

---

(1) Oficio del Corpus antif. del Mag. de Las visp.
(2) Sap. XVI, 20.
(3) Filii hominum, usquequo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium? Ps. 4, 3.
(4) Scitote quoniam mirificavit Dominus sanctum suum. Ps. 4, 4.

4. *Sacrificad*, (1) añade David, *sacrificios de justicia*. Pues que, se le podía interrogar, ¿los sacrificios de la antigua alianza no eran de justicia? En sentido lato sí lo eran, puesto que Dios Nuestro Señor los había ordenado; mas en sentido riguroso, no podían recibir semejante denominación porque ni perdonaban las culpas, ni las penas merecidas por ellas, ni tampoco se aplacaba en absoluto la ira de Dios, á no ser que fuesen acompañados de la fe en el Cristo que había de venir, el cual, por sí mismo, debería ofrecer un sacrificio de justicia con que aplacase á Dios y perdonase los pecados de los hombres; de ahí que el Sacrificio de la Eucaristía sea llamado con rigurosa verdad, sacrificio de justicia, por la sencilla razón de que, si Cristo solamente, pudo ofrecer un sacrificio de justicia á su Eterno Padre, y de hecho lo efectuó en la cruz y al propio tiempo, pudo y quiso que este sacrificio se perpetuase en la Eucaristía: luego el Eucarístico es también sacrificio de justicia. Existen además otras razones poderosas que determinan que la Eucaristía sea llamada sacrificio de justicia. S. Juan Crisóstomo asegura que se apellida así, porque es fuente de todas las virtudes, y Cristo desde Ella las causa en el alma de quien dignamente la recibe. El P. Prieto citado, (2) añade que se le puede designar como tal, porque representa la justicia que el Padre Eterno hizo de su Hijo, no perdonándolo; y además, porque ofreció un sacrificio á la manera que lo celebró Melquisedech que significa rey de justicia. Asimismo, es llamada la Eucaristía sacrificio de justicia, porque da á cada cual su merecido; si está en gracia, le da vida, y en caso contrario confirma la muerte del alma, y merece finalmente semejante calificativo, porque recibimos en ella á Jesucristo, que es la suma justicia.

5. Luego que el coronado profeta compele á que solemnicemos sacrificios de justicia, cuenta que muchos le preguntan con ocasión de este consejo: (3) *Quién nos manifes-*

(1) Sacrificate sacrificium justitiæ. Ps. IV, 6.
(2) In hoc psalmo.
(3) Quis ostendit nobis bona? Ps. IV, 6.

tará esos bienes? Aquí, según hemos de observar, los judíos que oían hablar á David de sacrificios de justicia, que comprendían, al propio tiempo, el valor de estos vocablos, y que sabían también que sus sacrificios no eran de justicia, por eso preguntaban: ¿Quién nos manifestará los bienes que nos han de venir con ese sacrificio perpetuo de justicia? ¡Ah, nadie sino la misma Eucaristía, recibida dignamente! Á este propósito vienen las siguientes palabras del profeta, que nos anuncian al mismo Sacramento por medio del fruto del trigo, su símbolo adecuado. Esos bienes es preciso gustarlos para conocer su celestial suavidad.

6. En atención á esto, el alma que los ha gustado dignamente, prorrumpe con el salmista: *Dormiré en el regazo del Señor Sacramentado y descansaré en paz;* (1) porque efectivamente, una vez saboreadas las delicias del Sacramento Santísimo, particularmente después del acto de su recepción, el corazón del hombre, tranquilo y sosegado, quiere que no le molesten, como la Esposa de los Cantares, que mandaba á sus compañeras no la despertasen del dulce sueño divino.

III. Salmo. Paréceme que en el tercer salmo, á más del versículo 5.° ya comentado, sólo está el 1.° que pueda referirse á la Eucaristía: Dice así el salmista. *Se han multiplicado mis enfermedades pero luego fueron desapareciendo;* (2) lo cual comenta del siguiente modo el P. Prieto: (3) «Bien es verdad que la naturaleza pecadora arroja de ordinario esas malezas de culpas en los hombres; pero después que el hombre se llega á Dios en este Santísimo Sacramento, recibe tantos y tales auxilios y tan grandes socorros de gracia y se perfecciona en ella y en la amistad de Cristo, en tanto grado y de tal manera, que todos esos pecados, defectos y enfermedades de las culpas, todos perecen y acaban».

---

(1) In pace in idipsum, dormiam et requiescam. Ps. 4, último verso.
(2) Multiplicatæ sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt. Ps. 15.
(3) Loc. cit.

§ III

Nada he hallado en los salmos del 2.º nocturno que no haya quedado suficientemente explicado en los capítulos anteriores, por cuyo motivo pasaré al I salmo del Nocturno 3.º que por cierto es todo eucarístico. *Júzgame, Señor, y separa mi causa de los malvados; líbrame del hombre perverso y engañador* (1). Con estas fuertes palabras empieza el cristiano, por boca de David, á quejarse amorosamente al Señor Sacramentado, de los enemigos que le asaltan, pidiéndole al propio tiempo que le libre de ellos. No es necesario inculcar de nuevo que la Divina Eucaristía es Mesa Divina, preparada expresamente contra todos cuantos enemigos nos puedan afligir. *Por qué tú, oh Dios mío, siendo mi fortaleza, me desechas? por qué razón he de andar triste mientras que me atormenta mi enemigo?* (2) así proseguía el profeta. No es que Nuestro Señor Sacramentado deseche al que confía en Él, sino que en varias ocasiones quiere probar nuestra constancia cristiana y hace como el desentendido. *Non dormitabit neque dormiet qui custodit Israel* (3).

Pero ya, Señor, continúa el cristiano, ya que Tú eres mi sostén, *envíame tu luz y tu verdad, á fin de que guiado por ellas me conduzcan á tu monte santo y á tu tabernáculo* (4). Hay aquí palabras que se refieren á nuestro Sacrosanto Misterio. Este monte santo es la Iglesia de Jesucristo y su tabernáculo el Santísimo Sacramento, según hemos observado. David pone las palabras *deduxerunt y adduxerunt* en pretérito, pero los Setenta, Símaco y Aquila las invierten al futuro, con objeto de evidenciar que se refieren al

---

(1) Judica me Deus et discerne causam meam de gente non sancta, ab homine iniquo et doloso erue me. Ps, 42, 1.

(2) Quia tu es Deus fortitudo mea: quare me repulisti? et quare tristis incedo, dum affligit me inimicus?. Ps. 42, 2.

(3) Ps. 120.

(4) Emitte lucem tuam et veritatem tuam, ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum et in tabernacula tua. Ps. 42, 3.

tabernáculo santo que había de venir, el cual es la Eucaristía. Así lo entiende también Teodoreto (1).

En el siguiente salmo se descubren tres diferentes objetos que ocuparon al salmista. Por el primero, alaba y bendice á su Dios y pretende que los demás le acompañen en esta empresa, ayudándose asimismo de instrumentos músicos; por el segundo, declara que el Eterno quiso enriquecer con el bellísimo Sacramento del Altar á su pueblo, y que éste no quiso escucharle; y por el tercero, que, no obstante semejante negativa, le dotó al fin con el Manjar del trigo y le sació con la miel sacada de la piedra, que es Cristo.

Me ha parecido que, con lo expuesto, hay lo suficiente para completar la materia de los Salmos; todos los demás versos referentes al Divino Sacramento quedaron comentados ya en anteriores capítulos.

---

(1) In Ps., 42.

CAPÍTULO XIII

La Eucaristía y los antiquísimos rabinos

Ensalzan sobremanera los dogmas de nuestra sacrosanta Religión las solemnes afirmaciones que en su favor han publicado hombres que no tuvieron el honor ni menos la felicísima é incomparable dicha de pertenecer á su fecundo seno.

Entre semejantes personajes podemos enumerar á los maestros de la ley mosáica. Si á esto añadimos que semejante clase de hombres existieron mucho tiempo antes de la venida de Nuestro Redentor, y que anunciaron, cual admirables profetas, la existencia y efectos de un Sacramento que había de tener su realización momentos antes de verificarse la Redención del mundo, es indudable que los rasgos característicos de este Misterio serán más sobresalientes y que las aserciones por aquéllos proferidas, servirán de pruebas, tanto más sólidas, cuanto menos relación tuvieron ellos con una Religión que despreciaron.

Acabo de sentar que los rabinos, de quienes voy á ocuparme, existieron mucho tiempo antes de la venida de Nuestro Divino Salvador, y ahora añado, para mejor claridad del asunto, que los israelitas mencionados trataron de comentar literalmente las sagradas letras, y que en sus comentarios sobre diversos textos de los divinos libros llegaron á bos-

quejar y aun á manifestar claramente el dogma más augusto que poseemos.

El que más se distinguió sobre todos sus correligionarios fué Rabbi Moisés Hadarsam, quien al exponer la acción que practicó Melquisedech, presentando á Abraham (1) el pan y vino, dice: (2) «Ha de ser por precisión que el Mesías instituya el sacrificio de pan y vino, según el orden de Melquisedech; *y el mismo será torta* (ú hostia) de trigo en la tierra y pan de dos caras, ó de proposición, cuyo sacrificio nunca cesará». En confirmación de estas palabras, aduce el mismo autor aquellas otras del libro de los Números: (3) «Ofreceréis á sus tiempos debidos la ofrenda y los panes». El testimonio que acabamos de ver en Hadarsam, no revela otra cosa que una selecta profecía del Augustísimo Sacramento. Rabbi Judas explica las palabras, pan de dos caras ó de dos haces, y es de parecer que (4) estas tortas ó panes se llaman así, porque las hostias del sacrificio del Mesías aparecerán anteriormente, verdaderos panes, pero no serán así, porque la substancia del pan se convertirá en el cuerpo del Mesías». Si no viera escritas semejantes palabras en autores nada sospechosos, no creería que unos hombres, contando con sola la luz de la razón, pudiesen descubrir tan perfectamente, en las sagradas páginas, un Misterio que en verdad sea dicho, bosquejan éstas con alguna oscuridad.

El citado Hadarsam, en la exposición del Génesis, al comentar las palabras del profeta Oseas, (5) «Con cuerdas de Adán los atraeré, con lazos de caridad, y seré para ellos como quien alza yugo sobre sus quijadas y decliné á él para

---

(1) Genesis, cap. 14, v. 18.

(2) Futurum, ut Mesías instituat sacrificium panis, ac vini secundum ordinem Melchisedech, atque ipse placenta tritici in terra, et panis facierum, sine propositionis, quod sacrificium numquam cæsset. Super Genes cap. 14.

(3) Cap. 28, 2.

(4) Panis oblatus vocatur facierum, quia apparet panis, et facie tantum conspicua panis sit; sed quantum ad substantiam, faciemque nobis haud conspicuam, in substantiam corporis Messiæ transmutetur

(5) In funiculis Adam traham eos in vínculis charitatis: et ero eis quasi exaltans jugum super maxillas eorum, et declinavi ad eum ut vescoretur. Cap. XI, 4.

que comiese»; dice: (1) «Ha de venir un tiempo en que el Mesías alivie á los suyos de la carga y los atraiga y tire á sí con los vínculos de la humanidad, y Él mismo se les ha de dar en comida buena, suave y grande, que no haya otra semejante á ella, según lo tiene escrito el profeta David: «Y habrá tortas de trigo en la tierra» (2). Pero si estas palabras son explícitas, mucho más son las del mismo rabino, al comentar aquellas expresiones del salmo 135: «El que da pan ó comida á toda carne» (3). Dice él, que estos vocablos se refieren á aquellos otros del mismo real profeta, al decir: «Gustad y ved porque bueno es el Señor» y da la razón, porque el pan que este Señor concede á todos es su misma carne y quien come este pan se convierte en carne de Él» (4). ¡Qué palabras tan extrañas para aquellos tiempos! Mas ¡qué testimonios tan sublimes de la Eucaristía! y ¡qué ideas tan felices y exactas de un Misterio que aun estaba reservado al Altísimo! Debería fijarse la atención de una manera particular en esta clase de aseveraciones para formar un concepto eminente de la Eucaristía y para despreciar también las locas cavilaciones de los sacramentarios y pseudo-filósofos.

Mas prosigamos. El rabino Barachías, siguiendo á Rabbi Isaac, al exponer las palabras del Eclesiástico: «Lo que fué, esto mismo es lo que será», dice: «De la propia manera que el último redentor nuestro, Moisés, hizo bajar maná del cielo, así lo practicará también el que ha de venir, que es Cristo» (5). Y añade que Cristo será hostia de trigo en la tierra, esto es, en el monte de la Iglesia», palabras que confirma otro rabino llamado Jonatás, comentando del mismo modo este lugar.

Es también solemnísimo el testimonio de Rabbi Pinhas:

---

(1)...atque ipsemet det eis cibum semetipsum bonum, suavem et magnum cui non sit alius similis juxta illud David.

(2) Et erit placenta frumenti in terra.

(3) Qui dat escam omni carni.

(4) Quia panis quem dat omnibus ipse est caro ejus ,et qui gustatur panem, convertitur in carnem. Moises Hadar.

(5) Sup. hunc loc.

«Ha de verificarse, dice, que en los tiempos del Mesías, cesen todos los sacrificios y subsista, sin embargo, el sacrificio de pan y vino, según el orden de Melquisedech, esto es: del rey de Justicia que es el Mesías, rey de todo el mundo» (1).

El mismo Rabbi Barachías, explicando aquel versículo del salmo 71: «Y habrá un trigo en la tierra; sobre los montes más altos serán levantados sus frutos, mejores que los del monte Líbano y florecerán como heno en la Iglesia»: asegura que este precioso trigo son los panes que ofrezca Jesucristo en su Sacrificio de pan y vino, y que sus efectos, tomados por los frutos, superarán á toda ponderación. En este propio sentir, añade Rabbi Salomón, están contestes todos los rabinos de la antigüedad. Otro de los ilustres rabinos que supieron entrever algo del Misterio Eucarístico, es Arabam, quien, al explicar aquellas palabras de Jeremías: (2) «Arrojó el Señor del cielo á la tierra la hermosura de Israel, y no se acordó más del escabel de sus piés», dice con mucha propiedad y elegancia: «La hermosura de Israel es el Mesías que ha de venir á la tierra, bajando del cielo, cuyo símbolo es el arca del Testamento Viejo, llamado escabel de los pies del Señor. Dicha hermosura estuvo significada por el maná y los panes de la proposición, ó de dos caras, los cuales el Mesías ha de tomar para sí, mediante la bendición de sus sacerdotes, á fin de darlos á comer á todo el género humano». Con lo cual, da á entender que Jesucristo nos había de dar un pan que sería su mismo Cuerpo y Sangre, cuyo Sacramento habían de consagrar sus ministros para distribuirlo á los fieles. El observador queda atónito al leer semejantes cláusulas en unos hombres que sólo tenían por guía el texto literal de las sagradas letras, de lo cual obtenemos dos consecuencias: Primera, que las sagradas páginas contienen expresamente, no sólo las figuras de la Eucaristía, sino también muchos textos que manifiestan la

(1) Coment. sup. ps. 85.
(2) Projecit de cœlo in terram inclitam Israel, et non est recordatus scabelli pedum suorum in die furoris sui. Trenos. 2.

institución que el Redentor realizaría en la plenitud de los tiempos, y segunda, que un talento versado en las sagradas Escrituras y que discurra tranquilamente puede y debe obtener en consecuencia lo simbolizado por las mismas.

Empero oigamos á Rabbi Chana, que aun nos admirará más que el anterior. Sobre las palabras del Génesis: (1) «Atará á la vid su ciudad», comenta que el sacrificio que se hará con el vino, llegado el tiempo del Mesías, no sólo se transubstanciará en la sangre de éste, sino que también se convertirá en su cuerpo. Después añade, que el Redentor tomará sobre sí los pecados del mundo, apoyándose en el capítulo 53 de Isaías, pero al exponer lo de los Cantares: «Sus ojos son más rojos que el vino y sus dientes más blancos que la leche», afirma; que el sacrificio que se celebre con pan, no obstante ser blanco como la leche, se convertirá en substancia del cuerpo del Mesías; y en este mismo sacrificio, la substancia de la sangre del Mesías será roja como el vino; más aun: en el sacrificio de que hablamos, estarán patentes la sangre convertida del vino y el cuerpo del Mesías que no podrá absolutamente dividirse según está escrito en el Éxodo: (2) «Y no dividiréis en él su substancia». Asimismo, la carne sin la sangre, y al contrario, son cosas muertas; mas el cuerpo del Mesías, después de la resurrección, vivirá para siempre porque será glorioso, pues dice David que vivirá eternamente. Hasta aquí este famoso rabino (3). Creo no puede pedirse más á un israelita ni mucho más á un cristiano. Si los protestantes y falsos filósofos quisieran no violentar las sagradas páginas, encontrarían en éstas, y deducirían por consiguiente, los altísimos dogmas de nuestra Religión Católica.

De acuerdo con Rabbi Chana está igualmente Rabbi Johan (4), quien, á más de exponer con mayor brevedad dichos elevados conceptos, añade que el sacrificio de pan y vi-

(1) Ligans ad vitem civitatem suam, cap. 49.
(2) Et substantiam non confringetis in eo. Exod, 12.
(3) In Genes. 49.
(4) In Genes. 49.

no, de que hacemos mención, durará mientras el mundo exista, no cesará en los tiempos del Mesías. Rabbi Johan, sobre las palabras del libro de los Números (1), que están puestas en boca del Señor: «Mi oblación de mi pan la ofreceréis á su debido tiempo»; dice que estos vocablos deben ponerse en boca del Mesías futuro, ó sea, el Divino Salvador, el cual mandaría á sus sacerdotes que ofreciesen el sacrificio de pan referido, en cuyo sacrificio, el Mesías debería ser el oferente y el ofrecido, y al propio tiempo sería invisible en el mismo sacrificio. Todo lo cual no es otra cosa que una explicación bastante completa del Sacrificio del Altar; en cuyo testimonio, así como en los arriba mencionados, no se han de admirar tanto, unas reales profecías del Sacramento Eucarístico proferidas por doctos rabinos de buena fe, cuanto el que sus hermanos y descendientes en la doctrina y en la sangre, dejen de escucharlas y de aprovecharse de ellas.

Para los católicos será siempre un indecible consuelo el ver anunciado y elogiado de un modo tan peregrino el dogma sacrosanto del Altar.

---

(1) Cap. 28.

CAPÍTULO XIV

La Eucaristía y las Sibilas

Si extraño parece que los varones eminentes de Israel hayan vaticinado con tanta belleza el adorable Misterio de la Eucaristía, mucho más extraño parecerá el que unas célebres vates, llamadas Sibilas, cuya existencia, de ningún modo fabulosa, se remonta á diferentes épocas de la antigüedad, pero que no se ignora ser algunas anteriores á Noé, hayan cantado en sus rimados y sonoros versos las excelencias de Cristo Sacramentado. Según se afirma, eran las sibilas mujeres sabias, penetradas del espíritu divino, las cuales en número de diez, á saber: Pérsica, Líbica, Délfica, Cinmeria, Eritrea, Gamia, Cumana, Helespontia, Frigia y Tiburnina, hablaron peregrinamente de la venida del Mesías y de algunos otros dogmas del Catolicismo, aunque la que más sobresalió entre todas, según S. Agustín y S. Isidoro, fué la Eritrea que nos proporcionará suficiente materia para ocupar este pequeño capítulo.

El primer oráculo está concebido en los siguientes términos: «Los que adoran al verdadero y sempiterno Dios, adquirirán la vida eterna y habitarán en un huerto como el Paraiso, comiendo en él el dulce pan del cielo estrellado» (1).

(1) Deum vero collentes, veram sempiternamque vitam hæreditate acquirent in æternum tempus, ipsi habitantes paradisi atque peramænum hortum, edentes dulcem panem é cœlo stellato.

He aquí una bella profecía de la Eucaristía; por este huerto se entiende la Iglesia de Jesucristo en la cual se recibe la suave comida eucarística que es el pan del cielo estrellado de que habla el oráculo de la Sibila. Que así deba entenderse, lo explica terminantemente el P. Cartagena, (1) al observar que este pan del cielo estrellado no se comerá en la bienaventuranza eterna, sino en el huerto de que habla la Sibila, que es la Iglesia, porque no dice el oráculo que se comerá este pan en el cielo estrellado, para poder afirmar que estas palabras se refieran á la bienaventuranza eterna, sino que se comerá pan del cielo estrellado, esto es: bajado del cielo, según aquellas palabras del Señor, hablando de la Eucaristía: «Yo soy el pan que bajé del cielo».

Otro de los magníficos oráculos de estas célebres vates es el que se halla en el libro VI de las Sibilas. Dice así: (2) «De una raiz del pan, resultará un nuevo germen de varones, puesto que la casa de David producirá un germen; mas en su mano, esto es: en el Señor está todo el mundo; el cielo, la tierra y el mar». Pregunta el P. Cartagena: (3) ¿De qué manera, de una raiz del pan podrá resultar este nuevo germen, á no ser que el Cuerpo de Jesucristo se una verdaderamente al nuestro? y da la razón de este modo. En cuanto á la eficacia del espíritu, tanto podríamos resultar nuevo germen mediante la recepción Eucarística, que por medio del Bautismo, pues en los dos sacramentos somos regenerados, aunque distintamente. Es preciso, por lo tanto, que la Sibila hablase del germen vital producido por el Cuerpo de Cristo Sacramentado y no mencionase una palabra del que se da por el bautismo, porque aquella espiritual entidad que se nos imprime como cualidad en el bautismo, no es en número una, sino muchas, pues á cada regenerado da su germen, y así no somos de una raiz por parte del espíritu impreso é infuso; mientras que por el contrario, el ger-

(1) Lib. IX, hom. 29.
(2) Ex una vero radice panis novellum germen erit virorum, cum domus David germinabit germen; in manu autem ejus mundus totus, et terra, et cœlum, et mare.
(3) Loc. cit.

men ó gracia que se nos infunde con la recepción de Cristo Sacramentado es en número una, pues al participar todos de su Carne y Sangre nos transformamos todos juntamente con Cristo en un solo cuerpo, esto es: en el del Señor, según lo afirma el Apóstol, «todos los que participamos del pan de Cristo Sacramentado somos hechos un cuerpo con Cristo» (1). Si así es, he aquí al nuevo germen de varones ó de cristianos comulgantes salidos de una sola raiz que es el Cuerpo de Cristo. Pero si en esta explicación quedara algún género de duda, observemos las palabras siguientes de la Sibila, que confirman las anteriores: «La casa de David desarrollará un germen». Ahora bien; Cristo Nuestro Señor recibió de la casa de David no el espíritu, sino el cuerpo. *Ex semine David, secundum carnem* (2). Y éste es el único germen que ella pudo producir, del cual participamos todos en la Eucaristía. Luego el presente oráculo habla, no del espíritu, sino del Cuerpo de Cristo en el Sacramento.

También es digno de ser notado el hermoso oráculo del libro VII de las Sibilas que, al predecir cierta renovación de los cristianos, dice: «Pero todos, al mismo tiempo, comerán ó mascarán con sus cándidos dientes un maná fresco como el rocío» (3). Aun cuando se quisiera interpretar este oráculo del maná que llovió sobre los israelitas en tiempo de Moisés, la predicción poco habría perdido de suyo, pues al fin, sabemos que este maná no es sino un bello símbolo de la Divina Eucaristía; pero es que en este vaticinio se han de observar principalmente dos cosas: es la primera, que la Sibila se refiere al tiempo de los cristianos, los cuales habían de ser renovados en el espíritu por este maná, y esto es precisamente el primordial efecto de la Eucaristía; y segunda, que semejante maná, fresco como el rocío, es decir, suave y agradable, debía ser comido ó mascado con cándidos dientes; esto es: con limpieza de conciencia, figurada por

(1) I. ad Cor, X, 17; et ad Rom. XII, 5.
(2) Ad, Rom.
(3) Sed simul omnes manna roscidum, canditis dentibus manducent.

los dientes cándidos, lo cual es uno de los requisitos indispensables para recibir á Jesús Sacramentado.

Inserta aun el P. Cartagena otro oráculo, el cual por no parecerme bastante sólido no he querido aducirlo, pero se podrá consultar á dicho autor, lugar citado.

Ningún comentario queda por hacer respecto á la intensa luz y respetable autoridad que los bellos vaticinios de las Sibilas proporcionan al Dogma eucarístico, debiendo observar que si á nosotros, nos basta la autoridad del Dios que revela, empero pueden servir de eficacia grande á los incrédulos y excépticos.

CAPÍTULO XV

La Eucaristía y los Evangelistas

Promesa de la Eucaristía

La Iglesia Católica adquirió en su origen una construcción solidísima. Teniendo por piedra angular al Divino Salvador, fueron levantadas cuatro firmes columnas que sostendrán hasta el fin del mundo todo el edificio cristiano. Son los Evangelistas, quienes, apoyados sobre Jesucristo, verdadero cimiento inquebrantable, sostienen con sus robustos hombros las diversas partes de esa portentosa Obra, figuradas por los SS. Padres y Doctores, los cuales constituyen los macizos pilares secundarios que completan la grandiosa á la par que hermosísima fábrica de la Esposa del Cordero. Prefigurados fueron los evangelistas por Ezequiel en una formidable visión que tuvo junto al río Chobar. Allí vió aquel santo profeta cuatro diferentes animales, reyes de su especie, á saber: el águila, el hombre, el león y el buey; todos ellos de radiante aspecto, se movían hacia donde el espíritu divino los llevaba, y no ejecutaban acto alguno que no fuese impulsado por la voluntad de este divino espíritu. El águila representa la divinidad de Jesucristo, descripta por S. Juan, á quien simboliza, pues así como el águila remonta su vuelo sobre las demás aves, del mismo modo el evange-

lista S. Juan se elevó sobre los demás evangelistas, en sus conocimientos sobre la naturaleza divina del Salvador. El hombre, significa la humanidad de Jesucristo, descripta por S. Mateo, quien empezó su evangelio narrando la genealogía del Mesías según la carne. El león denota la majestad real, con lo cual figura á S. Marcos, quien dió principio á su evangelio por la predicación del Bautismo, con estas expresiones: «Voz del que clama en el desierto». Por último; el buey simboliza el sacerdocio y sacrificio de Cristo, asuntos por los cuales comenzó S. Lucas su narración evangélica.

Ahora bien: entre los varios dogmas que revelaron estos fieles testigos del Salvador, nos dejaron un vivo recuerdo del santo Misterio de la Eucaristía. Diremos en consecuencia algo de lo que sobre este bello asunto nos transmitieron para alabanza de nuestro Dios y provecho nuestro. De paso advierto que, al consignar las graves autoridades de los evangelistas, procuraré al propio tiempo desenvolverlas para no repetir varias veces los mismos sagrados textos; estas divinas autoridades patentizan, empero, el dogma de la Eucaristía, con tres irrecusables argumentos, á saber: 1.° LA PROMESA DE LA EUCARISTÍA; 2.° EL HECHO Ó INSTITUCIÓN DE LA MISMA Y 3.° SU CONSTANTE USO.

Promesa de la Eucaristía.—Refiere el evangelista San Juan que los cinco mil hombres alimentados por Jesucristo en el desierto buscaban por todas partes á Nuestro Señor, con objeto de que les procurase la temporal comida y que, habiéndole encontrado en Capharnaum ejerciendo el santo ministerio confiado, ávidos de su propio interés, deseosos de comer sin dar manos al trabajo, y oficiosos al propio tiempo por halagar á Jesús, pregúntanle con solapada lisonja: (1) *Maestro, ¿cuándo llegaste acá?* Este es el modo que usan los mundanos para adular á aquél del cual esperan conseguir dádivas interesadas. Como si dijeran: ¡Ola! Señor; ¿cuál te vá?... nosotros buscándote... á cuyas preguntas res-

(1) Rabbi, quando huc venisti? Joan 6, 25.

ponde el Salvador: (1) *En verdad, en verdad os digo: que me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis del pan y os saciasteis.* He ahí como nuestro sapientísimo Jesús, escrutador de corazones y descubridor de los más ocultos secretos, hizo blanco donde menos pensaban los codiciosos hebreos. Por eso les increpa diciéndoles: *Trabajad, no por la comida que perece, mas por la que permanece para la vida eterna, la que os dará el Hijo del Hombre.* Admiremos la promesa que hace el Hijo de Dios. Las viandas que aprovechan para el sostenimiento del cuerpo, perecen, porque se destruyen en el mismo cuerpo, pereciendo también éste al fin; mas no sucede así con aquella vianda espiritual que subsiste para la vida eterna, á saber: la Eucaristía, prometida á los hombres en este lugar. Dice el Señor que trabajemos por alcanzarla, con lo cual nos amonesta á que andemos siempre vigilantes para no caer en grave pecado, pues por esta enorme culpa se impide su consecución.

En esta misma ocasión, el Redentor declara á su auditorio en que consistía la obra que éste debería practicar para alcanzar su salvación, á saber: que creyese en el que había sido enviado al mundo por Dios Padre; la cual creencia no excluye de ninguna manera la caridad que debemos poseer para obtener el cielo, pues sin la caridad no hay salvamento. Advierto esto, con el fin de rechazar de paso la pestífera doctrina de los protestantes, quienes enseñan que el hombre se salva con la fe sola. Al responder, pues, Jesús á la pregunta de los judíos: *Esta es la obra de Dios que creáis en aquel que Él envía;* se deduce que el Salvador habla de la virtud teologal de la fe como fundamento y principio de la Religión Cristiana; que esa notable virtud es la firme base sobre que descansa todo el edificio de la salvación eterna; pero de ningún modo se infiere que ella sola justifique, como

(1) Amen, amen dico vobis: quæritis me, non quia vidistis signa, sed quia manducastis ex panibus et saturati estis.—Operamini non cibum qui perit, sed qui permanet in vitam æternam, quem Filius hominis dabit vobis. id, 26, 27.

pretenden los novadores, ni que sea el exclusivo motivo por el que nos salvemos, antes bien como asegura S. Juan (1); *el que dice que conoce á Jesucristo y no guarda sus mandamientos, es mentiroso y no hay verdad en él;* (2) *mas el que guarda su palabra, esto es, sus mandamientos ó su Ley, la caridad de Dios está verdaderamente en él, y por esto sabemos que estamos en él.* Luego el que no la guarda, no está en caridad con Dios; ahora bien, el que no está en caridad con Dios, está contra Dios, según aquello del mismo Cristo: (3) «El que no está conmigo contra mí está» y el que anda contra Dios, precisamente ha de perecer porque le ha de juzgar el mismo Dios. Luego no basta la fe para salvarnos, ni sola puede justificarnos.

Mas prosigamos. (4) *¿Qué milagro haces*, preguntan de nuevo al Señor, *para que lo veamos y creamos? ¿qué obras tú?* Pedían nuevo testimonio para creer las palabras de Jesús, por lo cual añaden: (5) *Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dió á comer.* Tentaron agudamente á Nuestro Señor en este acto, pues que le exigían un sorprendente milagro; estaban hartos de ver los prodigios numerosísimos que el Salvador obraba contínuamente, mucho mayores que los de Moisés, y aun pretendían otro, dando á entender con insensato orgullo, que Jesús con sus maravillas estupendas jamás llegaría á obrar una semejante á las del primer caudillo de Israel. Nosotros, dicen, sabemos que nuestros padres comieron el maná en el desierto, hecho bajar por nuestro padre Moisés, que por esta razón observamos su ley; mas ahora, si tú pretendes hacernos creer y observar la tuya, confírmala con un nuevo prodigio, el cual nos asegure que tus palabras son

(1) Qui dicit se nosse eum, et mandata ejus non custodit mendax est, et in hoc veritas non est. Joan. Epist. I c. 2 vv. 5, 4.

(2) Qui autem servat verbum ejus, vere in hoc charitas Dei perfecta est, et in hoc scimus quoniam in ipso sumus.

(3) Qui non est mecum contra me est.

(4) Quod ergo tu facis signum ut videamus et credamus tibi? ¿quid operaris?. Joan. 6, 30.

(5) Patres nostri manducaverunt manna in deserto, sicut scriptum est: Panem de cœlo dedit eis manducare. Joan. 6, 31.

divinas. Jesús, empero, les responde de este modo: (1) *En verdad os digo: Que no os dió Moisés pan del cielo, mas mi Padre os da el pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo.* He aquí otra vez enunciada la promesa de la Eucaristía. Atengámonos al sentido de la narración que hace el evangelista. Los judíos piden tácitamente un milagro, y Jesús les declara que el pan bajado del cielo es el milagro que ven ante sus ojos, pues es el mismo Redentor, pero que este prodigio, donde tendría su continuación y más palpablemente se patentizaría, sería cuando Él se quedase Sacramentado, por eso dice: *El pan de Dios es aquel que descendió del cielo;* y añade: *Yo soy el pan de la vida;* y prosigue: *Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente.* Aquí está descifrado ya todo el Sacramento. Consideremos la promesa, porque Jesucristo es quien la ha hecho.

Pero vayamos por partes. *No os dió Moisés pan del cielo,* porque, según advierte Nicolás de Lira (2), Moisés no daba pan del cielo propiamente dicho, porque no bajaba del cielo sidéreo y empíreo, sino del aéreo, como el rocío y la escarcha; y así como estos meteoros acuosos se forman en la atmósfera, así también se formaba el maná.

No así sucedió con el pan verdadero del cielo pues ni fué hecho ni creado, sino engendrado desde la eternidad en el seno del Padre, y gloriándose en ese cielo empíreo, bajó á la tierra cuando fué voluntad del Padre, para que, encarnado, se nos diese después por comida de vida eterna. *Quien os da el verdadero Pan del cielo,* añade el Redentor, *es mi Padre* (3). Jesucristo, dice el citado doctor, es el verdadero pan del cielo propiamente dicho, porque por razón de su

(1) Amen, amen dico vobis: Non Moyses dedit vobis panem de cœlo, sed Pater meus dat vobis panem de cœlo verum. Panis enim Dei est, qui descendit de cœlo, et dat vitam mundo. id, 32, 33.

(2) Non dabat proprie dicto, qui non de cœlo sidereo et empireo, sed de cœlo aereo quia descendebat, ut ros vel pruina. Lira in Joan. 6.

(3) Dicitur etiam de cœlo proprie et vere dicto, quia Christus ratione deitatis de cœlo oritur, id est de Deo Patre. Similiter ratione humanitatis, quia anima á Deo inmediate creatur, virtus etiam formativa corporis fuit virtus Spiritus Sancti. id.

divinidad tiene su procedencia del cielo, esto es: de Dios Padre, y semejantemente por razón de la humanidad, porque el alma fué creada por Dios, como también la virtud formativa del cuerpo fué la virtud del Espíritu Santo. Mas este pan celestial nos le da el Padre para nuestra nutrición espiritual. ¡Exceso incomprensible de amor! El Padre da á su Hijo para que sea pasto de las criaturas racionales. Si el hombre no medita semejante fineza, ignora lo que debe apreciar. Mas pasemos adelante. *El pan de Dios es el que descendió del cielo,* á saber: Jesucristo dado á los hombres en la Eucaristía, *el cual pan da la vida al mundo,* porque, como dice Lira, «el efecto del pan material consiste en conservar la vida, por lo que Jesús es el verdadero Pan espiritual que conserva la vida del alma»; mas no da la vida á una sola alma ó á un solo pueblo, sino al mundo entero, es decir, á todos los cristianos del universo que, bien dispuestos, le reciben Sacramentado.

Como Nuestro Divino Salvador respondiese á los judíos, que su Padre les había de dar el verdadero Pan del cielo, éstos que apenas tenían conocimiento, ni menos todavía práctica del verdadero espíritu, creyendo que se trataba del pan que alimenta el cuerpo, no vacilan un momento en pedirlo, por lo cual dicen á Jesucristo: (1) *Señor, dadnos siempre este pan.* Hagamos aquí breve pausa.

Las palabras de los israelitas son una confirmación de la verdad que estamos probando. En efecto: Jesús habla del pan verdadero del cielo, y los judíos entienden ciertamente que este pan no es un pan figurado ó fantástico sino un pan real y verdadero, mas como carnales, entendían que les había de dar un pan material, de tal modo que sin trabajar pudieran vivir desahogadamente. Por esta sola razón quedan vencidos aquellos herejes que, presumiendo interpretar fielmente las sagradas Escrituras, enseñan que el pan del cielo, prometido por Jesucristo á los israelitas y á todo el mundo, era un pan aparente y que nada tenía de verdadero.

---

(1) Domine, da nobis semper panem hunc. Joan. 6, 34.

Al ver empero el Salvador la perniciosa interpretación que los judíos daban á sus divinas palabras, les declara cual sea y quien es este pan del cielo, y así les dice: (1) *Yo soy el pan de la vida, el que á mí viene no tendrá hambre.* He aquí, pues, confirmada la tesis de la Eucaristía prometida. En efecto, Jesucristo ofrece á los hijos de Israel un pan bajado del cielo para dar la vida al mundo; ellos, á su vez, solicitan este pan y el Redentor les asegura que Él es el pan á que alude; ahora bien: Jesucristo no podía darse en comida real á los hombres, sino obrando un nuevo prodigio por el cual se entregase todo por entero á los fieles, porque nadie puede creer, como tampoco asintieron los judíos, que los hombres pudiesen comer por entero á Jesús como entonces era, es decir, en el modo natural y visible, á la manera que comemos la carne de los toros ó corderos; por eso dijeron los cafarnaítas: (2) *Duro es este razonamiento, ¿quién le puede oir?* no creyeron, en verdad, que Jesucristo pudiera dar su Carne y su Sangre á los hombres, porque no entendían el modo de darle y así se espantan de que Jesús diga que Él mismo es el Pan que se ha de dar para la vida del mundo. Eran groseros y como tales no creían sino lo que ven los ojos del cuerpo, por cuyo motivo fueron incrédulos y se apartaron del Salvador. En resumen; las palabras citadas de Jesús confirman la promesa de la Eucaristía, porque si Jesucristo había dicho: *Yo soy el pan de la vida, que os dará el Hijo del Hombre;* como Jesús no había de cortar sus carnes y extraer su sangre de un modo grosero, luego era absolutamente necesario que regalase su Cuerpo y Sangre de otro modo, esto es: por medio del nuevo portento de la Eucaristía: luego el dogma es evidente por parte de la *promesa.*

Continúa Nuestro Señor: *El que á mí viene no tendrá hambre,* es decir: el que se llega á mí con fe informada por la caridad y me recibe Sacramentado, no tendrá hambre, porque «el hambre y la sed del alma, como dice el Padre

(1) Ego sum panis vitæ: qui venit ad me non esuriet. Joan. 6, 34.
(2) Durus est hic sermo, et quis potest eum audire? id. 61.

Scio (1), no pueden ser saciadas, sino cuando el alma se alimenta de Jesucristo con una viva fe»; mas como añade el Lirense, comentando las siguientes palabras de Jesucristo: (2) *El que en mí cree nunca jamás tendrá sed*, «el que cree en mí y me come», dice. Por lo tanto, aunque el Salvador parece referirse por estas palabras á la fe que debemos tener en todos sus dogmas, debemos, no obstante, creer que el divino Salvador, dando el sentido natural á sus palabras, se refiere á la comida y bebida eucarística que, tomada por los fieles, llegan éstos á poseer de tal modo al sumo Bien, que no tendrán ya ni más hambre, ni más sed.

Después que nuestro adorable Redentor reprendiera al pueblo deicida, porque no había creído en Él, ni en su doctrina, á pesar de que le habían visto; (fineza que, como dijo el Señor, desearon obtener los profetas y patriarcas y no les fué concedido); luego que les declarase cual era la voluntad de su Padre, refiere el evangelista que (3) *los judíos murmuraban del Salvador porque había dicho: Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. ¿No es este Jesús, decían, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿pues cómo dice éste: que del cielo bajé?* Aquí encontramos en persona de los judíos, á los herejes de todos los tiempos que han negado en diversos sentidos el dogma de la Eucaristía. Pero veamos por que murmuran y esto mismo nos dará otra inequívoca prueba de la promesa del dogma que estamos considerando (4). Propuesta la doctrina de la espiritual comida, dice Lira, se levantan contra ella las objeciones de los hebreos con su murmuración. Mas aquí hay dos cosas que notar; la murmuración y el acto de rebatir los argumentos y apaciguar los ánimos de los israelitas. Respecto á la primera, éstos creían que Jesucristo era puro hombre, conce-

---

(1) Coment. in Joan. 6.
(2) Qui credit in me, non sitiet unquam. Joan. 6, 35.
(3) Murmurabant ergo Judæi de illo, quia dixisset: Ego sum panis vivus qui de cœlo descendi. Et dicebant: Nonne hic est Jesus filius Joseph, cujus nos novimus patrem et matrem? Quomodo ergo dicit hic: Quia de cœlo descendi? Joan, 6, 41 et 42.
(4) Lira in Joan. 6.

bido por José y María, pues ignoraban el misterio de la Encarnación, y por esto aseguraban que José era padre natural de Jesús; de ahí que murmurasen cuando Nuestro Señor decía: «Yo soy el pan vivo que descendí del cielo». Pero fijémonos bien. Los judios murmuran por esta razón, mas Jesús les responde: (1) «No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir á mí si no le trajere el Padre que me envió»; y ésta es la segunda de las dos cosas que se habían de notar; luego el Salvador confirmó que las palabras por Él proferidas tenían la misma significación que les atribuían los hebreos. Resumiendo: éstos habían entendido que Jesús hablaba de un pan verdadero y real; que este pan era el mismo Cristo, y que este mismo Cristo era el que se había de dar en comida á los hombres; ahora bien: como las palabras de Jesucristo no pueden faltar jamás, luego forzosamente hemos de concluír que Cristo por este lugar promete la Eucaristía.

Pregunto ahora; ¿cuál es la causa de la murmuración de los judíos? Su incredulidad; pero ¿qué es lo que influyó en esta causa? El mismo Señor lo explica: *Nadie puede venir á mí si no le trajere el Padre que me envió.* Como si dijera: Nadie puede venir á mí, ni llegarse á mí por la fe, ni creer que nadie conoce al Padre sino el Hijo; que el Padre es Dios, y que el Hijo es igual al Padre, si el Padre no le llevare á esta gran creencia, dándole la virtud sobrenatural de la fe, por la cual asienta á las verdades que son objeto de la misma fe; pero esto se obra, al propio tiempo, sin ninguna violencia, antes bien con libérrima voluntad del traído. Pues bien; como los judíos no eran llevados por el Padre á la creencia de Jesucristo, de consiguiente, que tampoco creyesen que Jesucristo fuese el Pan bajado del cielo. Dios, en este caso y en otros semejantes, no negaba á los judíos las gracias suficientes para que creyeran las palabras de Cristo, ni entorpecía los sentidos para que no percibiesen las señales prodigiosas del Señor, por el contrario, deja-

(1) Nolite murmurare in invicem: Nemo potest venire ad me, nisi Pater qui misit me, traxerit eum. Joan. 6, 143, et 44.

ba marchar todo esto según el curso ordinario de su providencia con objeto de dejar intacto el libre albedrío, y á fin de que jamás pudieran pretextar que el Altísimo les había negado las gracias suficientes. No queráis murmurar, decía el Señor á los hijos de Israel, ya que no entendéis el modo de verificarse este Misterio, antes bien; humillaos ante mis obras que dan testimonio de mí, y por ellas creeréis que soy el pan bajado del cielo. «No queráis murmurar, añade Lira, (1) no sea que resulte que os castigue Dios en pena de vuestra murmuración, á la manera que vuestros padres en el desierto fueron gravemente castigados también por la murmuración; y así, dice este doctor, que la amonestación de Cristo era saludable con el fin de que no cayesen los judíos en una pena semejante á la de sus padres». Estas mismas palabras podíamos nosotros repetir á los herejes, que con altiva soberbia se atreven á blasfemar hereticalmente de la Augusta Eucaristía. No queráis murmurar, malvados, porque aun cuando no comprendáis el modo de ser ó estar Cristo en las Especies de pan y vino, ¿puede dejar por eso de ser cierto que lo está real y verdaderamente? Temed que no tengáis la fe de un buen católico, acaso porque el Padre celestial no os habría llevado á Jesucristo; mas antes debéis temer que tal vez por vuestras maldades y rebeldías contra la Iglesia y su santa fe, estéis sumidos en el deplorable estado de la incredulidad.

Nuestro adorable Jesús continúa enseñando á las turbas que todo aquel que cree en Él tiene vida eterna; mas á continuación les patentiza de nuevo la verdad que estamos considerando. (2) *Yo soy el pan de la vida*, dice. Atendamos á todos estos preciosos versículos del evangelio que de aquí en adelante iré exponiendo con objeto de que veamos clara y palpablemente su conclusión lógica. Sobre las palabras: «Yo soy el pan de la vida», enseña el doctor útil lo que sigue: (3) «Aquel es el verdadero pan de vida y que ha des-

(1) Lira. in Joan. c. 6.
(2) Ego sum panis vitæ. Joan. 6, 48.
(3) Lira in Joan. 6, id.

cendido del cielo, que puede preservar de la muerte y dar la vida eterna y celestial; este pan es el Verbo encarnado, no el que dió Moisés en el desierto, porque todos los que comieron de él murieron»; luego si este Pan de vida, según veremos más abajo, es el que da Jesucristo en la Comunión, claro está que también por este verso se prueba contra los herejes, la promesa de la Eucaristía. (1) *Vuestros padres*, añade el Salvador, *comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el Pan que desciende del cielo, para que el que comiere de él no muera.* Cristo Nuestro Señor vino al mundo para redimirnos con la efusión de su rica sangre y para darnos en comida y bebida su mismo Ser. Quería nuestro amantísimo Salvador que, aun en este valle de miserias, lleváramos una vida celestial, y para esto nos ofrece su Divino Cuerpo y Sangre, los cuales, no sólo vivifican al alma, sino que en alto grado la divinizan.

Exponiendo S. Buenaventura (2) estas autoridades evangélicas, advierte que Cristo Nuestro Señor repite diez veces en este capítulo la acción de vivificar que obra su Carne y Sangre; las dos primeras partes son las que ya hemos insinuado, á saber: «El pan de Dios es aquel que descendió del cielo *y da vida al mundo*». Yo soy el pan de la *vida;* las que restan son las que falta exponer. *Yo soy el pan que descendí del cielo. Éste es el verdadero pan. Yo soy el pan vivo. El pan que yo daré. Éste es el pan que descendió del cielo. El que coma este pan. Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre. El que come mi carne tiene la vida eterna.* De consiguiente, según añade el santo, diez son las veces que á este pan, á esta carne, ó á esta sangre, se le atribuyen los actos de vivir. Pero dice el Salvador: (3) *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo,* es decir: Jesucristo que habla en su propio nombre, es el pan esencialmente vivo, porque es la misma vida; y lo es también en cuanto á

(1) Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt. Hic est panis de cœlo descendens: ut si quis ex ipso manducaverit, no moriatur. id 49, 50.
(2) In Joan. 6.
(3) Ego sum panis vivus, qui de cœlo descendi. Joan. 6, 51.

los efectos que causa, porque da la vida. Así el seráfico doctor (1). El mismo Jesucristo empero explica admirablemente los efectos de este santo pan. (2) *Si alguno comiere de este pan,* dice, *vivirá eternamente;* no sólo vivirá en la vida presente por justicia, como dice la Glosa, sí que también por toda la eternidad, como explican el Crisóstomo (3), S. Buenaventura y Lira. De modo, que hemos demostrado por el Evangelio 1.°, haber un pan de vida para los hombres; 2.° que este pan es Cristo, y 3.° que lo será para la vida eterna. Mas ahora podían preguntar los herejes ¿dónde está este pan? ¿quién nos lo ha dejado? ¿es el mismo Cristo? A lo primero respondo con dos decisivas autoridades del Evangelio: *Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos. Haced esto en memoria de mí.* ¿Quienes son *vosotros?* Son los obispos y los fieles unidos á ellos, á quienes se dirigían semejantes palabras; mas, ¿á quienes dijo, *haced esto en memoria de mí?* A los apóstoles y sacerdotes. ¿Qué es lo que habían de hacer? La consagración del pan y del vino, por medio de la cual estas substancias se convierten respectivamente en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Luego este pan de vida está en poder de la Iglesia. Contesto á lo segundo, que el mismo Jesucristo nos ha otorgado este divino Pan, según las palabras: «El pan que yo daré»: el cual fué dado cuando dijo: «Este es mi cuerpo». Mas este pan ¿es el mismo Cristo? Sí por cierto; este pan es el mismo Cristo, esto es: su carne, su sangre, su alma y su Divinidad; y se demuestra por las palabras del mismo Señor: (4) *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo,* es decir: para la vida espiritual de los que con espíritu se acercan á recibirle, porque (5) así como la vida natural está en los miembros por razón de que están unidos á la cabeza, de la cual reciben la influencia los sentidos y el movimiento; de la

(1) In Joan. id.
(2) Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum. id, 52.
(3) Homilia 45, in Joan.
(4) Panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita. Joan. 6, 52.
(5) Lira in Joan. id.

misma manera, la vida espiritual se conserva en aquellos fieles que son miembros de Cristo, por motivo de que están unidos á la cabeza que es Jesucristo, el cual se da á ellos por el Sacramento del amor. Así Lira.

Sin embargo, los incrédulos judíos, semejando á los obstinados protestantes, comenzaron á altercar unos con otros, diciendo: (1) *¿Cómo nos puede dar éste á comer su carne?* Pero Jesús les respondió confirmando su promesa y añadiendo otra prueba más á las que ya había dado, por lo cual les arguye en estos términos: *En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre no tendréis vida en vosotros*; porque *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día.* ¿Qué tienen que responder los herejes á estas divinas palabras? El testimonio es evidentísimo, porque no solamente declara Jesucristo que dará su Cuerpo en comida y su Sangre en bebida, sino que amenaza con la muerte del alma, en la vida presente, y con la exclusión de la gloria, en la futura, á todos los que debiendo y pudiendo no lo reciben Sacramentado. Luego por el testimonio referido se prueba, una vez más la *promesa* de la Eucaristía.

Contra los protervos herejes que enseñan que á Jesucristo se le recibe solamente por la fe, ó que se recibe su Cuerpo y Sangre en apariencia y no en realidad, ó también que este Cuerpo y esta Sangre son fantásticos, responde el Señor, desbaratando en dos palabras sus arteros sofismas: «Habéis de saber que *mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.*

(2) *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él.* Notemos bien sus palabras. Dice, que el que come

---

(1) ¿Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus; Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis. Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die. Joan. 6, vv. 53, 54, 55.

(2) Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem in me manet et ego in eo. Joan, 6, 57.

su carne, á saber: la de Jesucristo, tiene dentro de sí al mismo Señor; en consecuencia, Nuestro Señor no ha podido ir al corazón del comulgante más que por la Hostia que ha recibido; luego Cristo está realmente en la Hostia; quedando desmenuzado aquel argumento, sólo por el contexto del evangelio.

He aquí otra hermosa prueba del evangelio á que hacemos referencia. (1) *Como me envió el Padre viviente,* dice el Salvador, *y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí.* Jesucristo vive por el Padre, porque por el Padre es misteriosamente engendrado y así tiene una misma vida con Él según lo declaró el mismo Cristo: (2) *Así como el Padre*, dijo, *tiene la vida en sí mismo, así el Hijo tiene la vida en sí mismo;* por cuya razón el alma que recibe á Cristo, vivirá por el mismo Cristo; es decir, tendrá la vida de Cristo, otorgada por medio de la Comunión Sagrada.

Por lo tanto, el que come sacramentalmente á Jesucristo, según el espíritu del mismo Señor, vive por Él. Ahora bien: ¿cómo pudiera vivir por Él, si no participara realmente de su Carne y Sangre, que le otorga semejante preciosa vida? Mas no es preciso llegar tan pronto á esta necesaria consecuencia. Fijémonos sólo en las palabras anteriores. *El que me come á mí...;* el sentido común de estos vocablos es que se puede comer realmente á Cristo. En efecto: si yo, dada la posibilidad, dijese en mi nombre: el que me come á mí, vivirá por mí ¿qué es lo que entenderían mis oyentes? Creerían lo que significan las palabras enunciadas por mí y nada más. Juzgarían que yo quiero darme en comida á los demás, que el que me comiese, tomaría mis propias carnes y mi propia sangre, y que llevaría mi vida por la influencia que ésta ha ejercido sobre aquellas naturalezas. Pues esto mismo es lo que acontece con las palabras de Jesús. Éstas se

---

(1) Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivit propter me. id. 58,

(2) Sicut Pater habet vitam in semetipso, sic et Filius habet vitam in semetipso. Joan.

han de tomar literalmente, porque no envuelven ninguna repugnancia, ni por parte de Cristo, ni de las almas que lo reciben. No por parte del primero, porque siendo omnipotente ¿quién se atreverá á poner límites á su infinito poder? Nada hay imposible para Dios. Luego si esto reconocen hasta los mismos calvinistas ¿por qué niegan que en la Comunión se recibe en realidad á Jesucristo? Las palabras de Cristo se hallan terminantes: *El pan que yo daré es mi carne; el que me come vivirá por mí;* luego supone que nosotros podemos recibirle realmente. Tampoco envuelven repugnancia por parte de las almas, porque ofreciéndose Jesucristo á éstas bajo las leves apariencias de pan y vino, no tienen obstáculo alguno para poder recibirlo.

El último testimonio de nuestro Señor Jesucristo acerca de la *promesa* de la Eucaristía nos lo presenta en la repetición que hace de sus palabras anteriores, y en la confirmación de las mismas, por medio de una amonestación digna de ponderarse. *Éste es el pan que descendió del cielo* (dice). *No como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien come de este pan vivirá eternamente.* Frases que son también clarísimas; sin embargo, muchos de sus discípulos que esto oyeron exclamaron: (1) *Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oir?* sobre lo cual y sobre las palabras siguientes está toda la fuerza del argumento que prueba de un golpe toda la eucarística doctrina que en Cafarnaum sostuvo Jesús contra los protervos judíos. En efecto: acaba el Salvador de explicar que el pan que había de dar es su carne; que dicho pan bajó del cielo; y que quien lo coma vivirá eternamente. He aquí sentada en términos precisos la doctrina. Si el sentido de tales palabras no fuese el que naturalmente de las mismas se desprende, no se hubiesen horrorizado los cafarnaítas al oir de boca de Jesús que éste daría su propia Carne y Sangre en comida y bebida respectivamente; porque si el Salvador les hubiese hablado en parábolas; una de dos: ó hubiesen callado, al me-

(1) Durus est hic sermo, et ¿quis potest eum audire? Joan. 6, 61.

nos por prudencia, al no entender el significado de sus palabras, ó no se hubieran escandalizado si no hubiesen entendido su natural significación. Ahora bien: el Redentor sabe ciertamente que muchos de sus discípulos murmuran, no por otra cosa, sino porque entienden literalmente la salvadora doctrina que les ha enseñado; mas es cierto que no se retracta, ni aun de la más mínima de sus palabras, por el contrario, les dice: (1) *¿Esto os escandaliza? ¿pues qué si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? Las palabras que yo os he dicho espíritu y vida son.* ¿Se quiere un texto más claro? palabras que confirman las expresiones que antes había articulado, pues reprende á los de Cafarnaum porque no creen en lo que les asegura, volviendo á confirmar el dogma que les propone, á saber: *Si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes*, es decir, á la derecha del Padre que mora en el cielo, entonces creeríais que mi Carne ó mi Cuerpo real es lo que os he de dar, pero lo entenderíais espiritualmente, esto es: que mi Cuerpo no será mordido con los dientes, aunque vaya á vuestra boca. Así S. Buenaventura. Luego Jesús declaró que el pan bajado del cielo era su verdadera carne y así lo entendieron cuantos le oyeron.

Si alguno pregunta: ¿se escandalizaron acaso, muchos de los discípulos de Jesucristo al oir semejante doctrina porque la creían imposible? Contesta S. Agustín, (2) que la causa consistía en que los cafarnaítas discurrían carnalmente: creían que se les había del dar del mismo modo que le veían entonces; por eso exclaman: *Duro es este razonamiento*, es decir; áspero y trabajoso como dice S. Juan Crisóstomo (3). Mas ¿por qué les era duro, siendo así que por tal divino Manjar se prometía la vida eterna? Contesta el mismo santo, que les parecía duro, porque era difícilmente susceptible á la imbecilidad de ellos; juzgaban que el Salvador hablaba sobre sus

(1) ¿Hoc vos scandalizat? Si ergo videritis Filium hominis ascendentem ubi erat prius? Verba quæ ego locutus sum vobis, spiritus et vita sunt. Joan. 6, vv. 62, 63, 64.

(2) Tract. 27 in Joan.

(3) Homil 46 in Joan. ante med.

fuerzas. Y ¿por qué les hablaría Nuestro Señor obscuramente? Porque de tal manera convenía hablar, dice S. Agustín (1), que no de todos se entendiese el secreto de Dios. La soberbia que tan arraigada tenían les cegó, haciendo que no comprendiesen el misterio de la Eucaristía, cumpliéndose entonces las palabras del Salvador. (2) Ocultaste, ¡oh Padre! tus secretos á los prudentes y sabios y los revelaste á los pequeños ó á los humildes; por eso los discípulos, al ser interrogados por su Divino Maestro de si querían también ellos separarse de su compañía, respondió S. Pedro en nombre de todos: (3) *Señor ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* (4) «El espíritu es el que da vida, mas la carne nada aprovecha», había dicho Nuestro Señor. El espíritu de Dios es el que da inteligencia de las cosas sobrenaturales, sometiendo la razón á la revelación, y como vosotros sois carnales, por eso la carne nada aprovecha; esto es: no puede entender lo que he dicho. (5) Empero los cafarnaítas habían entendido todo esto; habían oído, además, que Cristo les había asegurado: *Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son... Hay algunos de vosotros que no creen;* también os he enseñado (6) *que ninguno puede venir á mí, si no le fuere dado de mi Padre.* Sin embargo, aferrados á su propio parecer, por estar dominados del espíritu de la carne, dice el sagrado texto, que muchos de sus discípulos, desde entonces, volvieron atrás, separándose del que sólo podía iluminarles; volvieron atrás, en verdad, pero no á buscar aquellas cosas que son según la verdad, como asegura el Crisóstomo, (7) sino en

---

(1) August. tract, 27, in Joan.
(2) Math. XI, 25,
(3) Domine ¿ad quem ibimus? Verba vitæ eterna habes. Et nos credidimus et cognovimus quia Tu es Christus Filius Dei. Joan, 6, vv. 69. 70.
(4) Spiritus est qui vivificat, caro autem non prodest quidquam. Joan. 6, 64.
(5) Post illa in Joan, 6, Lira.
(6) Sed sunt quidam ex vobis qui non credunt. Quia nemo potest venire ad me nisi Pater traxerit eum. Joan. 6, vv. 65, 66.
(7) Chrisosth. hom. 46, in Joan.

busca de Satanás, como dice S. Agustín (1). En este volver atrás, se encuentra, dice el Lirense (2), la apostasía de aquellos discípulos que se obstinaron en el error, no creyendo lo que podía obrar Cristo. ¿Cómo miraría el Divino Salvador á unos miserables que voluntariamente se apartaban del camino de la verdad? Parecen expresarlo las palabras que Él mismo dirigió conmovido á sus fieles apóstoles: *¿Vosotros queréis también iros?* S. Buenaventura (3) enseña que «Jesús en esta interrogación, no acaricia á los apóstoles, ni les ofende, ni les desprecia, ni tampoco pretende detenerlos por fuerza y necesidad, antes bien les interroga» dejándoles en completa libertad; por lo cual, dice Lira, que «no les pide Jesús, como que estaba ignorante de su resolución, sino para manifestarles que no necesita de su cooperación, pudiendo marcharse con los demás si querían». Pero no: el Padre celestial había llevado los apóstoles al redil de Jesús; eran sus escogidos, y de consiguiente, preparados sus corazones para recibir las influencias del divino Espíritu, no se dejan llevar de los apóstatas, por el contrario; con fe ardiente, creen en Jesús, le siguen y exclaman con S. Pedro: *Señor: ¿á quién iremos?* Como si dijeran: si de tu presencia y compañía nos apartamos ¿quién habrá que nos consuele en las tristezas? ¿quién que nos enseñe en las dudas? ¿quién nos llevará á la vida eterna? ¿á quién iremos? «Semejante á ti, Señor, (4) dice Lira, no podemos encontrar otro; Tú solo nos bastas, pues por ti lo hemos abandonado todo. ¿A quién iremos? repiten. Tú tienes palabras de vida eterna, es decir: las palabras que Tú has pronunciado conducen á la vida eterna; luego si conducen á ella es porque son verdaderas; los apóstoles como los hebreos las entendieron literalmente, aunque aquéllos de un modo sumamente espiritual; de ahí que, por esta autoridad del Príncipe de los apóstoles, deducimos otra prueba de la *promesa* de la Eucaristía.

---

(1) August. tract. 27, in Joan.
(2) Post illa in Joan. 6.
(3) Com. in Joan. 6.
(4) Lira in Joan. 6.

Más fuerza tienen aun los siguientes vocablos: *Nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*. S. Pedro con los demás apóstoles, á pesar de la apostasía de los ingratos que abandonaron á Cristo, dice: (1) *Nosotros creemos que tú eres la vida eterna*, por lo tanto; al darnos tu Carne y Sangre, no nos das sino lo que eres. Así expone el Lirense; pero añade el santo apóstol: *Nosotros conocemos que tú eres el Cristo etc*. No lo conocieron por sí mismos, sino por el Padre celestial que lo reveló á ellos, y así, cuando Simón, el hijo de Juan, respondió al Salvador, en ocasión que Éste les preguntó ¿qué decían los hombres de su Persona? (2) «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»: no le dijo Jesucristo que estas palabras se las había revelado la carne, ni la sangre, sino el espíritu del Padre que está en los cielos. Por cuya razón hemos de venir en conocimiento que la doctrina expuesta por Jesucristo á sus oyentes, tocante á la Eucaristía, fué revelada por el espíritu de Dios á los apóstoles.

Porque los judíos creyeran que Jesucristo no podía dar su carne y sangre en comida y bebida, no por eso se deduce que fuera imposible el Misterio; porque, ¿no puede la inteligencia más sutil formar un juicio erróneo? Si á esta inteligencia se le añade una voluntad depravada¿cuánto mayor no será el peligro á que se halla expuesta? Y si á esto se agrega todavía que el hombre para dar asentimiento á un artículo de fe sobrenatural, necesita el auxilio de la gracia, según aquello de S. Juan: (3) «Esta es la obra de Dios, que creáis en Él»; y según el Tridentino (4) que anatematiza al que dijere que el hombre puede creer como conviene, sin la preveniente inspiración del Espíritu Santo y su ayuda; podemos inferir que aquellos ingratos discípulos, teniendo

---

(1) Post illa in Joan. 6.
(2) Tu es Christus Filius Dei vivi. Beatus es Simon Bar-jona, quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed spiritus Patris mei qui in cœlis est. Mat. 16, vv. 16 et 17.
(3) Hoc est opus Dei, ut credatis in eum. Joan, 6, 29.
(4) Tridd. sess. 6.

una voluntad depravada y desposeyendo, por otra parte, la inspiración y ayuda del Espíritu Santo, creyeron erróneamente que Jesús no podía dar en alimento espiritual su carne y sangre. Mas no es cierto que se escandalizaron porque juzgaron ser un absurdo nuestro dogma, sino porque no entendieron el modo de ser obrado.

CAPÍTULO XVI

Institución de la Eucaristía.
Circunstancias que acompañaron á este sagrado acto

Sobre cuatro divinas palabras descansa toda la sublime doctrina de la Eucaristía, y contra estos cuatro vocablos, proferidos por un Dios Omnipotente, se estrellan los necios sofismas de los impíos, se desvanecen los efímeros argumentos de los innovadores, se destierran las oscuras tinieblas de los ignorantes y se vence la horrible malicia de aquellos que, careciendo por su culpa de los principales rudimentos de la fe católica, niegan, rechazan y se mofan con satírico escarnio de tan sabia doctrina. Las venerables palabras á que aludo son las que pronunció Nuestro Señor Jesucristo en la noche de la cena, cuando, convirtiendo el pan en su propio cuerpo, y el vino en su sangre, dijo: *Éste es mi cuerpo. Ésta es mi sangre.* Empero estudiemos ante todo las circunstancias que acompañaron á este acto solemnísimo.

Refieren los sagrados evangelistas que, acercándose el momento en que el Hijo de Dios había de redimir al mundo, quiso antes cumplir con el precepto pascual. Mas por dos motivos deseó el Señor poner en ejecución este precepto; primero y secundario por cumplir con la ley mosáica, porque no vino Jesús á derogar la ley, sino á cumplirla; y segundo y principal, por instituír el adorable Sacramento y Sacrificio de nuestros altares.

Cristo Nuestro Señor, en efecto, ordena á S. Pedro y San Juan dispongan lo necesario para celebrar la suntuosa pascua; pero para que pongan en ejecución su mandato no los envía á un lugar cualquiera, antes bien, les dice: (1) *Luego que entrareis en la ciudad de Jerusalén encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle hasta la casa en donde entrare y decid al padre de familias de la casa: El Maestro te dice ¿En dónde se halla el aposento donde tengo que comer la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una grande sala aderezada: disponedla allí.* Una grande sala aderezada, indica. Como si dijera: Un lugar espacioso y adornado como conviene á los misterios que en él os voy á declarar. Sublime es el espíritu que en estas palabras se encierra. Porque aquí se han de notar dos cosas. 1.ª La reverencia que se debe al Augusto Sacramento en cuanto al ornato y culto exterior, deducido de lo que enseñan las palabras indicadas; y 2.ª la limpieza que debe poseer el espíritu que recibe á Jesucristo. Mas vuelvo á preguntar, ¿por qué el Señor, en la última cena legal, exige una sala *aderezada,* y no la exigió á Moisés como requisito indispensable para que su pueblo celebrase la cena, siendo así que lo que debía practicarse en ambos tiempos era un mismo acto? Los israelitas tenían preceptuado comer de prisa el cordero pascual y aun se cree que lo comieron de pie, como asegura Philon (2); de lo cual resulta, que en cuanto al lugar, no observaban grandes preparativos, antes bien, asaban el cordero y lo comían en el sitio ordinario donde solían preparar y comer las demás viandas; pero Nuestro Señor Jesucristo quiere observar este mismo precepto y exige para llevarlo á cabo una sala *aderezada:* luego algo más digno que el cordero pascual era lo que allí se debía

---

(1) Ecce introeuntibus vobis in civitatem occurret vobis homo quidam amphoram aquæ portans: sequimini eum domum, in quam intrat. Et dicetis patrifamilias domus: Dicit tibi Magister: ¿Ubi est diversorium, ubi Pascha cum discípulis meis manducem?. Et ipse ostendet vobis cænaculum magnum stratum, et ibi parate. Luc. 22 vv. 10. 11, 12.

(2) Lib. de Cain et de Abel.

inmolar y comer; que ciertamente debió ser, como luego veremos, su Cuerpo y Sangre.

En efecto: la institución de la Eucaristía fué demostrada en este momento por las vivas ansias que abrigó nuestro adorable Salvador de que llegase la hora en la cual pudiese dar al mundo esta infinita prueba de su amor, y que nos declaró por estas siguientes palabras: (1) *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca.* Cuando Jesús expresa: *con deseo he deseado,* pretende dar á entender el fervor inexplicable y la intensión de amor indecible que su amantísimo Corazón abrigaba desde siempre, pero más particularmente en aquella hora en la cual ansiaba dar á conocer á sus hijos, comprados con su sangre, el resto de la infinita caridad que en todas ocasiones les manifestara. Por eso dice: *Con deseo he deseado;* como si dijera: Deseé manifestaros los misterios que pronto váis á contemplar; el mismo deseo permaneció siempre en mí, de tal manera que esta vehemente ansia es la que me impele con alegría á celebrar la presente Pascua. Semejante fina expresión no puede explicarse con palabras; se reserva para los que de veras profesan amor á Cristo, quienes, con la luz de su Divino Maestro, pueden ponderarla y obtener copioso fruto de la misma. Hay, en efecto, ciertos modismos en las sagradas letras que escritos de diferente modo que se expresan en ellas pierden mucha de su fuerza; v. g. *de muerte morirás;* expresión que significa que ciertamente morirá aquél á quien se haya dirigido; pero la fuerza de semejante hebraismo es, que morirá sin remedio, sin esperanza de perdón. La frase, *con deseo he deseado,* es otro hebraismo no menos sublime, tan eficaz como aquél, del cual hablando Jesús á sus discípulos exclamaba: (2) *Con bautismo es menester que yo sea bautizado, ¿y cómo me angustio hasta que se cumpla?* es decir: con un bautismo de sangre, que

---

(1) Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar. Luc. id 15.

(2) Baptismo autem habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur? Luc. 12, 50.

derramaré en la cruz, tengo de ser bautizado y como sumergido en esa misma divina Sangre; y *¿cómo me angustio hasta que lo vea cumplido?* He aquí el ardiente deseo. ¿Quién será capaz de comprender, ni menos de explicar, hasta que punto llega la vehemencia de esta sublime frase? es decir, que Jesús se angustiaba por el ansia que tenía de ver derramada su Sangre; estaba como triste, porque no había llegado todavía la hora de verse crucificado.

El doctor seráfico añade que el deseo que tenía el Redentor de derramar su sangre, era el mismo que nos demostró cuando dijo: «Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua»; y para que á nadie quepa la menor duda que estas sublimes expresiones fueron proferidas para declarar el dogma de la Eucaristía que Nuestro Señor iba á instituír en aquellos momentos, y no para manifestar el deseo que abrigaba de comer la Pascua legal con los discípulos, citaré la autoridad del Lirense (1) el cual asegura que por esta Pascua se ha de entender la de la Eucaristía, por lo que dice S. Buenaventura: (2) «Esto es lo que deseaba Cristo; comer con exclusión de la figura é introducción de la verdad» y para el efecto trae la autoridad de S. Juan Crisóstomo, quien afirma que el Redentor en primer lugar deseaba enseñarnos las cosas nuevas y en segundo lugar las viejas; y de estas últimas era la cena de la antigua Ley, todo lo cual se confirma por la narración del mismo Salvador acerca de este particular, quien, prosiguiendo, dice: (3) *Porque os digo que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios,* como si dijera: Os aseguro que no comeré más la Pascua legal hasta que sea cumplida, es decir; hasta que sea instituída la verdadera Pascua en el reino de Dios, que es la Iglesia, espiritualmente entendida. Así la Glosa. En las cuales palabras tenemos indicado que la última cena legal que debería comer el verdadero pueblo de Dios era

(1) Lira. in Luc, 22, 15.
(2) D. Bona in Luc. cap. cit.
(3) Dico enim vobis quia ex hoc non manducabo illud donec impleatur in regno Dei. Luc. 22, 16.

la que Jesucristo iba á instituír. Su razón está en los mismos vocablos. Dice, pues, el Salvador: *Os digo que no comeré más de esta Pascua;* y á la verdad; después que el Hombre-Dios celebró el cordero pascual de la ley vieja, no comió más de este cordero bíblico, hasta que instituyó la Santa Eucaristía. Igualmente nos consta que después de la institución del adorable Sacramento, el Salvador no comió más de la cena legal; luego esta cena ó Pascua se cumplió cuando se instituyó la Eucaristía.

No se contentó el Salvador con indicar por una sola vez esto último que he insinuado; antes bien, celebrando la Pascua legal, al tomar el vino depositado en una copa, lo repite, diciendo: (1) *Os digo que no beberé más de fruto de vid hasta que venga el reino de Dios.* Pero no hay que aducir nuevas razones para declarar este verso, pues bastan las anteriormente mencionadas; porque Jesucristo no bebió más vino de vid hasta que bebió el cáliz de su Sangre consagrada: luego el reino de Dios llegó cuando instituyó la Eucaristía.

S. Juan facilita algunas explicaciones sobre el referido deseo. Dice así: (2) *Sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre; como amase á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.* Nuestro amorosísimo Salvador que, siendo la sabiduría por esencia, conocía el momento en que debería verter su Sangre por los hombres, habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, esto es: á los apóstoles, y con éstos á los que hubieren de ser sus discípulos en lo sucesivo; los amó hasta el fin; es decir, hasta el fin de su vida. Mas, ¿por qué dirá el evangelista, *los amó hasta el fin?* ¿acaso puede Dios aborrecer al que está en su gracia? y si lo estaban los apóstoles ¿por qué hace particular mención de estas palabras? La razón es clara. Si Cristo amó siempre á los suyos, los

---

(1) Dico enim vobis, quod non bibam de generatione vitis donec regnum Dei veniat. Luc. 22, 18.

(2) Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joan. 13, 1.

amó todavía más en los últimos momentos de su vida, dándoles mayores pruebas de amor con la institución de la Sagrada Eucaristía en la cual les entregaba su propio Cuerpo y Sangre, con el triple objeto de que estuviesen fuertes en la tentación que iban á experimentar, se uniesen á Él con vínculo de estrecho amor, y fuesen unos en caridad como el Padre y Él son también uno en esencia.

Admiremos aquí la sabiduría del Salvador. En primer lugar instituye el celeste Manjar y lo da á los apóstoles para que nutran sus almas y se amen recíprocamente, como Jesús les había amado, y en segundo lugar, les impone un mandato, por medio del cual alcancen los fines mencionados. Les concede primeramente los medios para que obtengan después el fin.

El precepto que Jesús impuso á los apóstoles y con éstos á los hombres todos poco después que aquéllos recibieron el sagrado Convite de la Eucaristía, fué el siguiente: (1) *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado; para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis amigos, si tuviereis caridad entre vosotros.* Y un poco más adelante lo repite diciendo: (2) *Éste es mi mandamiento, que os améis los unos á los otros, como yo os amé.* He aquí el precepto y el fin á la vez que por aquel mandamiento se propuso Jesús, quien, para que tuviera feliz efecto, instituyó el Convite eucarístico, cuya santa comida, según S. Buenaventura (3) designa incorporación y unidad de los miembros en la unidad del cuerpo. En confirmación de lo cual dice S. Pablo: (4) «Todos aquellos que participamos de un mismo pan (eucarístico), siendo muchos, formamos y somos un solo cuerpo», porque poseemos todos

---

(1) Mandatum novum do vobis: Ut diligatis invicem, sicut dilexi vos, ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem, Joan. 13, vv. 34, 35.

(2) Hoc est præceptum meum, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. Joan. 15, 12.

(3) In S. Joan, loc. cit.

(4) Epist. I. ad Cor. 10, 17.

un mismo espíritu, una misma vida y una misma santidad, á saber: la santidad, la vida y el espíritu de Jesucristo. Por lo tanto, el Salvador instituyó la augusta Eucaristía para que nos amásemos mutuamente así como Él nos ama, á fin de que todo este amor se lo atribuyésemos á Él como fuente de la cual tuvo origen. No quiere decir esto que Nuestro Señor no instituyese aquel divino Misterio con el fin de que fuese perpetuo memorial de su pasión y muerte, porque lo uno no excluye á lo otro, el primero es fin y efecto de la Eucaristía, y el segundo es también fin; mas es motivo, según las palabras de Jesucristo: *Esto haced en memoria de mí* y según S. Pablo: (1) «Cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor».

Por consiguiente: ¿con qué cuidado no hemos de andar en lo que respecta á la caridad fraterna? Cada vez que comulgamos, debemos recordar este hermosísimo precepto con objeto de que cooperemos á los efectos de este Sacramento santísimo, procurando estrechar cada día más nuestras amistosas y cristianas relaciones.

Nadie ignora el acto de profunda humillación que el Divino Maestro practicó antes de dar á los apóstoles su Cuerpo y Sangre. Afirma S. Juan, que, *acabada la cena, se levantó Jesús de la mesa, se despojó de sus vestiduras, tomó una tohalla, puso agua en un lebrillo, y lavó los pies á sus discípulos.* Observemos, empero, esta palabra *acabada la cena* ¿qué cena era ésta? ¿acaso la de la Eucaristía? De ningún modo, luego era la cena legal.

En efecto: dice S. Juan: *Acabada la cena:* «No se ha de entender, advierte Lira (2), que esta cena fuese totalmente completa, pues era incompleta en cuanto al solemne acto de aquella noche, mirado en conjunto; pero era completa, en cuanto á la refección del cordero pascual; y por eso dice el evangelista *acabada,* es decir, finalizada para siempre aquella ceremonia legal. Después de esta cena legal, y antes de la eucarística, es cuando Nuestro Señor lavó los pies á sus

(1) Apost. I. ad Cor.
(2) In Joan. c. 13.

discípulos. Por cierto, luego que Jesús hubo practicado una acción tan humillante y tomado sus modestos vestidos, *volvió á sentarse á la mesa*». Por estas últimas palabras entiende el citado doctor la continuación de aquel solemne acto, con la institución del Santísimo Sacramento. Los evangelistas en efecto dan el nombre de *cena*, á la de la pascua legal y no á la sunción del Sacramento eucarístico, pues tomada la palabra *cena* sin ningún aditamento que la especifique, debe entenderse, según entonces significaba, á saber: la refección del cordero pascual; á diferencia de los cristianos, que cuando denotamos á la Eucaristía por cena, no la apellidamos desnudamente cena, antes bien la especificamos con el aditamento de *cena del Señor*. En confirmación de lo aseverado, dice S. Mateo: *Y cenando ellos, tomó Jesús el pan y lo bendijo* etc., y S. Marcos: *Y estando ellos comiendo, tomó Jesús el pan y, bendiciéndolo,* etc. y S. Juan: *Y acabada la cena* etc; ahora bien: después que los evangelistas insinúan la cena del cordero pascual, refieren la institución de la Eucaristía, sin darle la denominación de cena, ni otro cualquier título: luego los evangelistas aplican el apelativo de *cena* á la pascua legal. Se prueba además que los vocablos citados de S. Juan significan el momento en que Nuestro Señor iba á instituír la Eucaristía, por la conformidad que este evangelista guarda con S. Lucas. (1) *En verdad, en verdad os digo: que uno de vosotros me entregará: Y los discípulos se miraban los unos á los otros dudando de quien decía, etc.;* esto dice S. Juan; y S. Lucas: (2) *En verdad, el Hijo del hombre se va, según está decretado. Mas, ¡ay del hombre por quién será entregado! Ellos entonces comenzaron á preguntarse unos á otros, quien sería el que esta alevosía había de ejecutar, etc.;* las cuales divinas autoridades convienen entre sí. Ahora bien; S. Lucas refiere tales palabras después que Cristo instituyó la Eucaristía, y S. Juan las insinúa precisamente después que el Salvador se sentó á la mesa; luego las palabras de S. Juan designan el

(1) Joan. 13, 21.
(2) Luc. XXII, 22, 23.

momento en que Nuestro Señor instituyó el Manjar sagrado. Pero S. Juan presenta el lavatorio de los pies antes de aquellas palabras: luego el acto del lavatorio fué ejecutado antes de la institución de la Eucaristía.

¿Por qué el Redentor lavaría los pies de sus discípulos antes de concederles su Cuerpo y su Sangre? ¿no poseían aquéllos la gracia divina? Respondamos: el Salvador quiso manifestar á los apóstoles cual era la santidad de la Prenda que les concedía y por esto, antes de entregársela, les purifica sus pies, para denotar con semejante acción que para comulgar debemos estar exentos de pecado mortal y agenos á los afectos de la tierra.

CAPÍTULO XVII

Institución de la Eucaristía

Artículo I.—Consagración del pan.
» *II.—Consagración del vino.*
» *III.—Imposición de la potestad de Orden á los apóstoles.*

Hasta aquí hemos explicado suficientemente lo relativo á las circunstancias que acompañaron á la Institución de la Santa Eucaristía; vamos á examinar ahora todo cuanto aseguran los evangelistas acerca de la Institución del mismo Sacramento.

S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas refieren clara, distinta y á todas luces palpable este divino acto. En efecto:.. (1) *Tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dió gracias y se lo dió, diciendo: Bebed de éste todos. Porque ésta es mi sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de pecados.* S. Marcos inserta las propias palabras que S. Mateo, añadiendo las siguientes: (2) *Y bebieron de él*

(1) Accepit Jesus panem, et benedixit ac fregit, deditque discipulis suis, dicens: Accipite et comedite: Hoc est corpus meum. Et accipiens calicem gratias egit: et dedit illis, dicens: Bibite ex hoc omnes. Hic est enim sanguis meus novi Testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum. Math. XXVI, vv. 26, 27, 28.

(2) Et biberunt ex illo omnes. Marc. XIV, 23.

(cáliz) *todos*. S. Lucas redactó también las mismas que los otros dos evangelistas, más éstas: (1) *Tomando el pan, dió gracias y dijo: Éste es mi cuerpo que es dado por vosotros: esto haced en memoria de mí. Y asimismo tomando el cáliz, después de haber cenado, dice: Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros*. Hasta aquí los sagrados evangelistas; cuyas divinas autoridades iremos exponiendo, siguiendo las huellas del seráfico doctor en cuanto á la distribución de partes de los textos mencionados.

En efecto: tres son los prodigios capitales que el Salvador obró en el acto de la institución de nuestro adorable Misterio; á saber: 1.º La consagración del pan; 2.º La del vino; 3.º La imposición de la potestad de Orden á sus apóstoles. Dije *capitales*, con objeto de manifestar que estos prodigios son como otras tantas fuentes de maravillas diversas que se obraron entonces y se repiten ahora en la consagración del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Artículo I.—Consagración del pan.

Cenando ellos, tomó Jesús el pan, dió gracias, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo, que es dado por vosotros. Así S. Mateo y S. Lucas. Sobre las palabras: *cenando ellos*, digo con el doctor Máximo, que Jesús, después de haber comido la pascua legal con sus apóstoles, pasó á comer la verdadera Pascua, dando para ello su carne y sangre en comida, á imitación de la carne y sangre del cordero figurativo. *Tomó Jesús el pan;* es decir: En aquel momento solemne, en que Jesucristo, Dios Todopoderoso, deseaba conceder su Cuerpo y su Sangre en alimento, *tomó el pan en sus venerables manos* (2), sólo con objeto de decirles: *Tomad y comed, éste es mi cuerpo;* mas por esta aceptación del

(1) Et accepto pane gratias egit, et fregit, et dedit eis, dicens: Hoc est corpus meum, quod pro vobis datur: hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam cœnavit, dicens: Hic est calix novum testamentum in sanguine meo, qui pro vobis fundetur. Luc. XXII, vv. 19, 20.

(2) Palabras de la Santa Iglesia.

pan se significa, según S. Buenaventura (1), la recepción de la carne, porque el mismo Jesús dice: «Mi carne verdaderamente es comida», y también para designar lo que dice San Juan: «El Verbo se hizo carne». *Dió gracias* para denotar, como expone Lira (2), que estaba ya cerca de la pasión y que tomaba gustoso las iniquidades agenas: y *lo bendijo,* (porque antes de la recepción del Cuerpo y Sangre de Cristo, debemos elevar la mente á Dios) practicando esta santa acción, no porque con ella consagrara el pan y el vino, sino para hacernos ver que lo que nos otorgaba era el Pan bendito del cielo, en el que se encuentran todas las gracias y bendiciones capaces de hacernos santos y bienaventurados. *Y lo partió.* Aquí se ha de notar que Jesucristo consagró aquel pan, profiriendo las palabras: *Éste es mi cuerpo,* después de bendecirlo y antes de partirlo, entregándolo, por consiguiente, á los apóstoles después de consagrado. Los evangelistas insertan las palabras de la consagración en último lugar, porque en toda narración hay necesidad de contar unas cosas primero y otras después, y ciertamente las palabras de la consagración fueron proferidas antes de partir el sagrado pan. Por este acto de partir el santo pan, entiende S. Buenaventura (3) «la aflicción de la pasión del Señor, por la cual, su sagrado Cuerpo fué desgarrado con azotes, horadado con clavos y traspasado con la lanza, según aquello del salmo (4): «Agujerearon mis manos y mis piés y contaron todos mis huesos». *Y lo dió á sus discípulos,* entendiéndose por esta acción, según comenta el mismo santo (5), la liberalidad de la comunicación. Porque este Sacramento es sumamente gratuíto, según S. Mateo: (6) «Graciosamente recibisteis, dadlo, pues, graciosamente»; y como anota el Lirense (7): Lo dió á sus discípulos, entre los cuales estaba también Judas, para no difamarle delante de sus condiscípulos y darle un extremado ejemplo de caridad, diciendo: *Tomad y comed.* He aquí el exceso de amor de

(1) Com. in Luc. c. 22. (2) Com. in Luc. c. 22. (3) Com. in Luc. c. 22. (4) Ps. 21. (5) D. Bonar. in Luc. loc. cit. (6) Math. 10. (7) Postilla in Luc. 24.

Jesucristo. En sus divinas manos ostenta su venerable Cuerpo, y dirigiéndose á sus caros amigos, en tono familiar, pero grave, y en ademán de inefable caridad, les dice: Tomad en vuestras manos que están ya consagradas, tomad mi Cuerpo vivo, y comedle, para vuestro provecho espiritual, en tal modo que vuestras carnes se nutran de las que ahora os doy, para que vuestra vida sea como la mía. *Éste es mi Cuerpo que es dado por vosotros.* Por los cuales santos vocablos convierte Jesús el pan en su santo Cuerpo. Mas porque después, al tratar de la real presencia de Cristo en la Eucaristía, he de ocuparme con más extensión del sentido de estas frases, me contentaré ahora con explicar las diversas opiniones que ha habido acerca del modo con que Cristo Nuestro Señor obró la consagración. Éstas, según las trae el doctor seráfico, son cuatro (1). «La primera es, que el Redentor consagró por virtud de la divinidad, sin palabras, y que después prometió las palabras y las dió virtud para convertir el pan en su cuerpo; la segunda, que primeramente dijo las palabras de la consagración en oculto y después descubiertamente; la tercera, que profirió estas palabras una sola vez, pero que primero partió el pan y luego lo consagró, y la cuarta, que lleva el seráfico doctor y con él toda la Iglesia, es de esta manera: Jesús articuló una sola vez las palabras consagratorias, pronunciándolas, consagró el pan, consagrándolo, instituyó la Eucaristía, y primero dijo las palabras que partió el pan. De consiguiente, según continúa el santo, las palabras de los evangelistas deben colocarse de este modo: *Jesús tomó el pan y dió gracias, diciendo: Éste es mi cuerpo; y partió y dió.* No se vaya á creer que, porque el Divino Salvador practicase todas las referidas acciones de tomar, bendecir y partir el pan, son de esencia de la consagración, porque á la verdad ninguna de éstas se requiere para consagrar válidamente; antes bien, lo que en efecto convierte el pan en el Cuerpo vivo de Cristo, son las cuatro palabras: *Éste es mi cuerpo;* en confirmación de lo

(1) Coment. in Evang. Luc. c. 22.

cual dice la Glosa: (1) «Con solas palabras convirtió el pan en su cuerpo».

Artículo II.—Consagración del vino.

Y tomando el cáliz, después de haber cenado, dió gracias y se lo dió diciendo: Bebed de él todos. Porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento; y S. Lucas: *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre;* y ambos con S. Marcos: *que será derramada por vosotros y por muchos para remisión de pecados. Y bebieron de él todos.* Así los tres evangelistas.

Acerca de los primeros vocablos, *Tomando el cáliz después de haber cenado*, se ha de notar que Cristo Nuestro Señor, luego de la pascua legal, y después que consagrara su santo Cuerpo y lo diera á sus discípulos, pasó á hacer otra consagración distinta de la primera; para lo cual, tomando un cáliz dispuesto al efecto en la mesa y poniendo en él vino de vid, mezclando éste con una poca de agua, *dió gracias; y se lo dió diciendo: Bebed de él todos.* Nueva prueba de amor. No exceptúa á ninguno de sus apóstoles porque desea que todos se conforten con el vino que engendra vírgenes, y con esto les da á entender que la misma Sangre que les regala es la que de allí á pocas horas ha de ser derramada por ellos y por otros muchos. *Bebed de él todos* para que tengáis ánimo en la próxima turbación que váis á sufrir por mi causa. *Porque ésta es mi Sangre del Nuevo Testamento*, á saber: Lo que había dentro del cáliz, que por virtud de las palabras omnipotentes, se convirtió en la de Jesucristo, y añade del Nuevo Testamento, con la particularidad de que en el griego se dice: *ésta es mi sangre, la del Nuevo Testamento*, ó sea: que esta Sangre es la que nos da Jesucristo con la nueva Ley, para diferenciarla de la Sangre del Testamento antiguo que, como dijimos, era de carneros y machos cabríos. Ocurre una dificultad, empero, y es, que San Lucas parece diferir de San Mateo,

(1) Verbo solo convertit panem in corpus suum. Glossa.

al expresar: *Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre*. Mas si atendemos al sentido genérico de ambas expresiones, veremos que resultan idénticas, porque, según expone el P. Scio: (1) «este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre», y «mi sangre en este cáliz es el nuevo Testamento», son dos frases que denotan una misma cosa. Quiere significar S. Lucas con las citadas palabras que, así como el Testamento viejo no fué confirmado sino con sangre, así el nuevo debía de ser confirmado también con la Sangre del Redentor. Por lo que, continúa el mencionado expositor poniendo estas palabras en boca de Jesús: mi sangre misma que será derramada por vosotros sobre la cruz, es desde ahora en este cáliz, que yo os presento, como el sello de la nueva alianza que Dios, mi Padre, va á contraer con los hombres. *Que será derramada por vosotros;* es decir: la sangre que se contiene en el cáliz eucarístico, ya en cuanto á su eficacia, ya también en cuanto al fruto que obtienen aquéllos á quienes aprovecha, será derramada por vosotros, á excepción de Judas, porque éste no es de los elegidos. Por esta palabra, *vosotros,* no sólo comprendía el Salvador á los once Apóstoles, sino que, como dice el catecismo romano, (2) podía asimismo referirse á los escogidos del pueblo judío, cuales eran sus discípulos.

Esta virtud y eficacia de la preciosa sangre de Cristo, es manifiestamente declarada por las mencionadas palabras consagratorias; mas he de advertir que aunque Cristo murió por todos los hombres y derramó también por todos su invaluable sangre, sin embargo, como dice S. Jerónimo, «no á todos limpia esta divina Sangre»; no porque Jesucristo no tenga sincera voluntad de beneplácito de que todos los hombres se purifiquen con ella, sino porque éstos no quieren santamente purificarse; no quieren aprovecharse del fruto de esta rica Sangre, que es, el de la memorable pasión de Cristo. Alguno preguntará. Si, pues, Dios quiere que

(1) Notas al cap. XXII de S. Luc. v. 20.
(2) Vel eos qui aderant, vel electos ex Judæorum populo, quales erant discipuli. Pars. II, cap. IV, 24.

todos se aprovechen de la Sangre de su Hijo, ¿por qué siendo Omnipotente no se efectúa lo que quiere? á lo cual responde Pedro Lombardo: (1) «Quiere Dios que todos sean salvos si se llegan á Él, no de tal manera lo desea, que los que no se quieran salvar, se salven; antes bien, quiere salvarlos, si ellos quieren». Hemos de confesar ingenuamente que todos poseemos el hermoso libre albedrío, por el cual podemos obrar lo que más nos guste sin que potencia alguna interior ó exterior nos arrastre á ejecutar de hecho, aquello que nuestra voluntad no quiere. Digo «de hecho», porque llevamos en nosotros la terrible concupiscencia que nos arrastra poderosamente al mal, pero á pesar de ella y merced á la gracia divina podemos rechazar valientemente sus ardides.

Y por muchos para la remisión de los pecados. Así finalizan los evangelistas las sagradas palabras de la consagración. Significan que la Sangre de Jesucristo vertida en el santo cáliz no sólo sirvió para los apóstoles, sí que también para los elegidos entre los judíos y gentiles existentes y futuros. En este lugar, el Salvador hace únicamente mención del fruto de su Sangre, y por eso dice, *por muchos,* puesto que no todos los hombres se salvarían; y adviértese que no dice *por todos,* por la misma razón; y para no confundir estas palabras con aquellas otras que en la Escritura se escriben del mismo modo en cuanto al sentido gramatical; así tenemos en S. Mateo: (2) *El Hijo del Hombre vino para dar su vida en redención por muchos.* Estos *muchos* se deben entender, todos los hombres. Véase la carta de S. Pablo á los Romanos c. V, y también al Agustino, quien afirma, que la expresión *por muchos* en estos lugares se debe entender por todos, pues estos *todos* no son pocos sino muchos. Mas, ¿por qué dirá el evangelista: *Para la remisión de los pecados?* La respuesta es sencilla; el hombre, en el estado de naturaleza caída, necesitaba que se le remitiese el

(1) In Epist. Pauli.
(2) Filius hominis venit... dare animam suam redemptionem pro multis. Math. 20, 28.

pecado original, y como por el derramamiento de la Sangre del Salvador quedaron aptos los hombres para aplicarse el fruto de esa divina Sangre mediante los Santos Sacramentos, he ahí por que la Sangre de Jesucristo había de ser derramada para la remisión de los pecados.

Fijémonos ahora en la expresión latina *effundetur* redactada en tiempo futuro. El texto griego dice, *effunditur*, *que se derrama*, por cuya razón, las palabras de la consagración: «Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que por muchos será derramada», deben decir: «Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que por muchos se derrama»; fórmula que aunque no altere el sentido de la consagración del vino, sin embargo, no deja de tener una significación sublime, porque, pronunciando estas palabras en futuro hacen sólo relación al Sacrificio cruento, pero dichas en presente hacen referencia también á todas las veces que se celebra el sacrificio de la Misa, en el cual se derrama incruentamente la Sangre divina; asimismo, proferidas esas palabras en tiempo presente, denotan que la Sangre de Jesús se derrama cada vez que la reciben los sacerdotes; porque si se vertía cuando el Divino Señor la daba á sus apóstoles, de igual modo se vierte ahora cuando la beben los sacerdotes. Idénticamente acontece estar en el referido texto griego, aquellas palabras de S. Pablo: «Éste es mi cuerpo que por vosotros *será entregado*»; vocablo que no carece de gran significación, porque á más de aludir al Cuerpo de Jesús que de allí á pocas horas sería entregado en manos de los pecadores, significa que lo que entregaba Jesús á sus apóstoles en el acto de ofrecerles su Cuerpo en comida era el mismo Cuerpo que había de ser luego entregado, resultando que las citadas palabras, puestas en presente, sirven de mucho consuelo á todos los que, participando del Altar eucarístico, oyen repetir á Jesucristo: «Tomad y comed: Éste es mi cuerpo, que se entrega por vosotros».

La Iglesia Católica, sabiamente regida por el Espíritu Santo, añade á la forma esencial de la consagración eucarística la partícula *enim*. Mas por esta adición no se vaya á

entender que se altera la forma consagratoria, porque tan intacta queda con esta conjunción como sin ella. La Iglesia añadió semejante partícula por causas muy graves, mayormente por hallarse en S. Mateo; hay que observar empero, respecto á la forma consagratoria del cáliz, que diferenciándose accidentalmente los evangelistas, en cuanto á las palabras materiales, pero conviniendo entre sí acerca del sentido, la Iglesia, uniendo *desde un principio* las palabras consagratorias de los evangelistas y de S. Pablo, quien viene á expresar exactamente lo mismo que escribe S. Lucas, usó la forma siguiente, añadiéndole además las expresiones *æterni et misterium fidei:* «Éste es, pues, el cáliz de mi Sangre, la del Nuevo y eterno Testamento, misterio de la fe, que por vosotros y por muchos se derramará en remisión de los pecados». Dije, *desde un principio;* porque esta misma forma, sin añadir ni quitar nada, nos la presenta la Iglesia como usada por los Apóstoles, los cuales la recibieron inmediatamente de Cristo Nuestro Señor. En cuyo testimonio tenemos al doctor seráfico, que afirma esto mismo que acabo de insinuar y la lleva él insertada en sus comentarios, excepto la palabra *enim.* Además S. Buenaventura disculpa la diferencia que se encuentra entre los dos evangelistas, porque dice: (1) que «ellos, siendo narradores de la vida y hechos del Divino Maestro, no se dirigían precisamente á describir la forma de las palabras, sino á describir la historia de Jesús»; por lo tanto no es de extrañar que se vea en ellos semejante diferencia; antes al contrario, esto mismo sirve de prueba inconcusa para creer lo que enseñan, aunque no tuviésemos otros testimonios; porque dados tres hombres imparciales que escriban sobre un mismo asunto, en diferente tiempo y lugar, sin tener ocasión de ojearse los escritos, ni haber persona alguna que les pueda dar noticia de lo que escriben cada uno por separado, y resultar al fin, que esos tres individuos han referido en sustancia los mismos hechos y aun muchas de sus palabras, es manifiesto que

(1) D. Bonar. Coment. in Luc. cap. XYII.

sólo por revelación é inspiración divina pueden explicarse estos prodigios.

Réstanos averiguar ¿por qué en la forma de la consagración del cáliz se leen las palabras *æterni y misterium fidei?* Enseña el catecismo (1) romano, que la palabra *æterni*, se ha de referir á la eterna herencia, la cual viene á nuestro poder por muerte del testador eterno, Cristo Jesús; mas fué añadida la expresión *misterium fidei*, porque la Sagrada Eucaristía es un completo misterio de la fe. En ella no solamente creemos lo que no vemos, sino que dejamos de creer lo que vemos.

Otra dificultad ocurre acerca de las palabras de S. Marcos. «Y bebieron de él todos». El citado evangelista inserta estas expresiones antes de redactar las consagratorias, por lo cual se podría llegar á dudar, si el cáliz que dió Jesucristo á los apóstoles contendría su sangre, puesto que del contexto de la narración, según S. Marcos, el Señor dió de beber del cáliz á los apóstoles, antes de consagrarlo. Respondo, que no puede haber duda alguna, puesto que el mencionado evangelista expresó estas palabras anticipadamente; y la razón quedó expresada al declarar que los apóstoles dejaron escrita con toda sencillez la vida y hechos de Cristo nuestro bien, por cuyo motivo creyeron fundadamente que nosotros, siendo fieles cristianos, entenderíamos también sencillamente el Evangelio.

Artículo III.—Imposición de la potestad de Orden á los apóstoles

Después que Nuestro Señor Jesucristo hubo entregado su precioso Cuerpo á los apóstoles, les dirigió estas solemnes expresiones: (2) «Esto haced en memoria de mí». De las cuales palabras se deduce una facultad y un mandato; por la primera, el Salvador concede á sus discípulos la potestad de practicar lo que Él efectuó, y por consiguiente impone en éstos el Orden sacerdotal. Por el segundo les manda, como legislador, que lo lleven á la práctica. Respecto á la

(1) Pars. II, cap. IV, n.º 23.
(2) Hoc facite in meam commemorationem. Luc. 22, 19.

primera, se ha de ponderar que el Divino Maestro, infinito en sabiduría y omnipotencia, para que todos los cristianos pudiesen participar del inefable convite de la Eucaristía, y para que no faltasen jamás de su presencia nuevos jesucristos que ofreciesen al Padre lo que Él iba á ofrecer en la cruz, se dignó imprimir el sello del sacerdocio en sus apóstoles, con el fin de que éstos ejecutaran aquello mismo que Él les mandaba, y lo imprimiesen igualmente en otros sujetos aptos para el sacerdocio, dándoles al efecto potestad suficiente. «Esto haced en memoria de mí»; como si dijera: Lo que habéis visto que yo he obrado, esto es, consagrar mi cuerpo y sangre, os mando que lo hagáis del mismo modo que yo lo he practicado, pero con una condición, y es: que lo hagáis en memoria de mi Pasión santa. Advierto, empero, que semejante condición no es esencial para la validez de la consagración, con tal que no falten los requisitos relativos al Sacramento. Mas ¿quién no ve en las palabras del Salvador «Esto haced en mi memoria», la postestad del sacerdocio conferida á sus discípulos? No iba Jesús á decirles materialmente estas otras que siguen para que fuesen sacerdotes: Yo os concedo la potestad de Orden, con el fin de que vosotros podáis consagrar mi Cuerpo y Sangre y ordenar nuevos ministros que tengan igual potestad que la vuestra. Porque todas estas expresiones se incluyen en las que dijo el Salvador, y un entendimiento sano asentirá á que las palabras: «Esto haced en memoria de mí», equivalen á las anteriores. Á la verdad, Cristo es Dios y como Dios es omnipotente, luego puede conceder á cualquiera de los hombres esa potestad inmensa. Quiso concederla á los apóstoles y á los que éstos ordenasen; y para el efecto les dice: «Esto haced». ¿Qué es lo que han de hacer? Lo que Él también acaba de hacer; ahora bien: lo que Cristo acaba de hacer es convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre por medio de las palabras consagratorias: luego esto mismo pueden ejecutar los apóstoles y sus sucesores en el sacerdocio.

Pero advirtamos que el Señor ordena que se haga este

Sacrificio en su memoria; porque, como dice el Lirense: (1) «la consagración de la Eucaristía es cierta recordación de la pasión del Salvador; y por esto se consagra el cuerpo separadamente de la sangre, porque en la cruz se separó ésta de aquél»; por lo cual exclama S. Buenaventura: (2) «Éste es el memorial vivo y verdadero, por que no tan sólo es signo recordativo, sino también demostrativo, según lo indican las palabras de la consagración. Éste es mi cuerpo. El mismo, es un sacramento signativo y santificativo; viático conservativo y confortativo; sacrificio acepto y placativo». En tanto aprecio tiene el Redentor su Pasión, que manda á los sacerdotes que al consagrar su Cuerpo y Sangre, lo efectúen en memoria de ella. De aquí podemos inferir la estrecha cuenta que pedirá Nuestro Señor á los que, despreciándola, no quisieron aprovecharse de sus bienes.

S. Lucas hace mención de las referidas palabras, solamente en la consagración del cuerpo; pero nada nos dice de ellas en cuanto á la de la sangre. Mas nosotros las vemos insertadas en la epístola I de S. Pablo á los Corintios, cuando, ocupándose de la consagración del cáliz, dice: «Cada vez que bebiereis de él (cáliz) hacedlo en memoria de mí». Además; no nos puede asaltar duda alguna, por si Cristo Nuestro Señor profirió semejantes vocablos después de la consagración del cáliz, porque á más de que el santo Apóstol lo afirma, al propio tiempo que asegura que esta doctrina la recibió del Señor por revelación inmediata, tenemos la autoridad de la Iglesia que asiente á las palabras citadas del Apóstol, en confirmación de esta verdad. Como la sanción de la Esposa del Cordero dirime todas las cuestiones, quiero incluír aquí sus mismos términos con objeto de que se vea, que por las palabras: «Esto haced en memoria de mí», Cristo Nuestro Señor instituyó el sacerdocio. En

(1) Postill. in Evang. Luc. cap. 22.

(2) Hoc est memoriale vivum et verum; quia non est tantum signum rememorativum, verum etiam et demonstrativum; ideo dicitur. Hoc est corpus meum. Ipsum est sacramentum signativum, et sanctificativum; viaticum conservativum et confortativum, sacrificium acceptum et placativum. Com. in Luc. c. 22.

efecto, el santo Concilio de Trento en la sesión 22, canon 1.º, nos dice: «Cristo Nuestro Señor, en la noche de la cena, dió su Cuerpo y Sangre bajo las especies de pan y vino á los apóstoles, á quienes constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, para que lo recibiesen bajo los signos de aquellas mismas cosas, mandándoles, é igualmente á sus sucesores en el sacerdocio, que le ofreciesen, por estas palabras: *Haced esto en memoria de mí*, como siempre lo ha entendido y enseñado la Iglesia Católica». El mismo Concilio anatematiza al que dijere y enseñare lo contrario: (1) «Si alguno dijere, afirma, que en aquellas palabras: *Haced esto en memoria de mí;* no instituyó Jesucristo sacerdotes á los apóstoles, ó que no les ordenó para que ellos y los demás sacerdotes ofreciesen su Cuerpo y Sangre, sea excomulgado», y en la sesión 23, sobre el sacramento del Orden, añade: (2) «Si alguno dijere, que no hay en el Nuevo Testamento sacerdocio visible y externo; ó que no hay potestad alguna de consagrar y ofrecer el verdadero Cuerpo y Sangre del Señor;... sea excomulgado».

Es conveniente que consideremos la imposición del precepto relativo á la consagración del cuerpo y sangre del Señor; por lo cual admira, como nuestro amante Salvador compele á que consagren los sacerdotes en la Misa. Y esto, no por otra razón sino para obligarnos á que le amemos con más ardor y para que nos acordemos de sus infinitos beneficios, particularmente del de su Pasión, puesto que para memoria de ésta, instituyó el Sacramento y Sacrificio eucarísticos. Como el sapientísimo Señor conocía las enfermedades y flaquezas de nuestras almas y asimismo comprendía que habíamos de principiar las buenas obras con mucho fervor, y que paulatinamente decaeríamos de nuestros santos

---

(1) Si quis dixerit illis verbis: Hoc facite in meam commemorationem: Christus non instituisse Apostolos sacerdotes: aut non ordinasse, ut ipsi, aliique offerens corpus, et sanguinem suum; anathema sit. Conc. Trid. sess. 22. can, 2.

(2) Si quis dixerit, non esse in novo testamento sacerdotium visibile et externum; vel non esse potestatem aliquam consecrandi, et offerendi verum corpus, et sanguinem Domini; anathema sit. sess, 23, can. 1.º.

propósitos, mandó expresamente que los sacerdotes á quienes deputaba para celebrar el Sacrificio, estuviesen obligados á celebrarlo. De ahí que sea correlativo el que los fieles estén obligados á oir la santa Misa. Mas el mandato de celebrarla está confirmado por el Apóstol y por el Concilio Tridentino. Por el Apóstol, cuando dice: (1) «Todo Pontífice tomado de entre los hombres, es puesto á favor de los hombres en aquellas cosas que tocan á Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados.» Y por el Concilio Tridentino, cuando, dirigiéndose á los Obispos, añade: (2) «Cuide también el Obispo que los sacerdotes celebren Misa á lo menos en los domingos y días solemnes; y si tuvieren cura de almas, con tanta frecuencia, cuanta fuere menester para desempeñar su obligación.» No obstante, la Sagrada Congregación del Concilio, para que no hubiera turbación en las conciencias de los sacerdotes, ordenó lo que apuntaré al ocuparme de la «Disciplina Eucarística».

(1) Ad Hebreos. V, 1.
(2) Sess. 23, c 14 de Reform.

SECCIÓN II

PRUEBAS INTRÍNSECAS QUE DEMUESTRAN LA EXISTENCIA REAL DEL DOGMA EUCARÍSTICO

CAPÍTULO XVIII

Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Pruebas contra los protestantes ó sacramentarios

SUMARIO

Artículo I.—Cristo Nuestro Señor, por las palabras: Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre, quiso dar formalmente á los apóstoles su Cuerpo y su Sangre.

I. El Divino Salvador pudo darnos á comer su cuerpo y á beber su sangre.

II. Jesús tuvo bastante poder en sí mismo para convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.

III. Cristo Nuestro Señor jamás intentó engañar ni burlar á los apóstoles.

Artículo II.—Jesucristo entregó efectivamente su cuerpo y sangre.

Artículo III.—Las palabras consagratorias tienen por sí mismas sentido propio.

Artículo IV.—Las palabras consagratorias por ningún concepto pueden tener sentido figurado.

Artículo V.—Los mismos protestantes no convienen entre sí acerca del verdadero sentido de tales palabras.

Artículo VI.—Cualquiera sacerdote que pronuncie las palabras de la consagración, sobre legítima materia y con intención de practicar lo que efectúa la Iglesia, convierte el pan en el cuerpo y el vino en la sangre de Cristo, del mismo modo y con la misma realidad que Jesús lo practicó.

Hombres hubo que, desechando la Revelación contenida en la Tradición y Escrituras, y sofocando los fuertes gritos de una conciencia libre, pero responsable, llegaron al

insolente atrevimiento á la par que sacrílego atentado de alzarse contra la divina doctrina. Y no temiendo á la Justicia del brazo Omnipotente, lanzaron al cielo execrables blasfemias, corrompiendo unos las sagradas Escrituras y de consiguiente negando los dogmas católicos, como los protestantes, rechazando otros la revelación y en consecuencia limitando el poder divino, como los deístas, y otros, como los atcístas, confundiendo el ser de Dios con la misma nada.

Los herejes han sido y son la mala semilla de todas las épocas, pero al siglo décimo sexto tocó contemplar horrorizado el desencadenamiento de todas las furias del averno. Carlostadio, Zuinglio, Ecolampadio, Bucero y Calvino: he aquí á otros tantos infelices jefes de un sinnúmero de necios sectarios que por este tiempo se ensañaron ferozmente contra la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. Contra estos soberbios, pues, probaré la evidencia de la verdad que rechazan, por el mismo motivo dé que se valen para vilipendiarla. Este falso motivo del cual se prevalen para negar la real presencia, se funda en que Jesucristo, por las palabras consagratorias, no pretendió que su real Cuerpo y su verdadera Sangre estuviesen presentes bajo las especies de pan y vino, por lo que deducen que semejantes palabras, pronunciadas por un legítimo sacerdote, no obran lo que dicen. De aquí el germen de un sinnúmero de herejías, proposiciones escandalosas y palabras malsonantes, todas las cuales se reducen á negar la presencia real de Jesucristo en el Augusto Sacramento. Con el objeto, pues, de no dejar ningún cabo suelto á los mencionados herejes, en cuanto á la inteligencia y sentido de las palabras consagratorias, probaré: 1.° Que Jesucristo por estas santas palabras, pretendió dar á los apóstoles su real cuerpo y sangre. 2.° Que así lo hizo. 3.° Que semejantes palabras tienen por sí mismas sentido propio. 4.° Que por ningún concepto lo pueden tener figurado. 5.° Que los mismos protestantes no convienen entre sí, acerca del sentido de tales palabras. 6.° Que cualquiera verdadero sacerdote que las pronuncie, sobre legítima materia y con intención de practicar lo que hace la Igle-

sia, consagra el Cuerpo y la Sangre de Cristo, del mismo modo y con la misma realidad que Él lo verificó.

Artículo I.—Cristo Nuestro Señor, por las palabras: «Éste es mi Cuerpo» y «Ésta es mi Sangre», quiso dar formalmente á sus apóstoles su Cuerpo y Sangre

En efecto; según la promesa: «El pan que yo os daré es mi carne», pretendía el Salvador con toda formalidad dar su Carne; es así que en el acto de la institución de la Eucaristía, Jesucristo toma un pan y dice verazmente á los suyos: «Tomad y comed: Éste es mi cuerpo»; es decir: esto que tengo en mis manos, es mi cuerpo, ó yo lo convierto en mi cuerpo, luego Cristo por estas palabras quiso darles su carne. Si así no sucediese, sería, ó porque el Redentor no pudo darnos su cuerpo, ó porque no tuvo bastante poder para convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, ó finalmente, porque intentó engañar á los apóstoles: ahora bien; ninguna de estas tres cosas pudieron darse en Jesús.

I. Porque ciertamente el Divino Salvador pudo darnos á comer su cuerpo y su sangre.—¿Qué repugnancia existió por su parte? Ninguna; porque instituyendo Él este Sacramento en forma de comida y bebida, podemos en efecto comer su carne y beber su sangre; por consiguiente, tampoco por nuestra parte hay repugnancia alguna. Asimismo, Jesucristo es el autor y dueño de los milagros, y nosotros le comemos en la Eucaristía milagrosamente; luego ¿qué imposibilidad existe para que pueda Él darnos á comer su cuerpo y á beber su sangre y nosotros recibir ambas cosas?

II. Jesús tuvo bastante poder en sí mismo para convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.—Decir lo contrario sería proferir una heretical blasfemia y una monstruosidad horrible. He aquí á S. Ambrosio respondiendo á este punto: (1) «Las palabras consagratorias de Cristo, dice, convierten el pan en su cuerpo y el vino en su sangre. ¿Cuáles son las palabras de Jesucristo? Aquéllas por las cuales

(1) De sacramentis, lib. 4, cap. 4.

son hechas todas las cosas. Mandó el Señor, y fué creado el cielo; mandó el Señor, y fué hecha la tierra; mandó el Señor, y fueron creados los mares; mandó el Señor, y toda criatura fué engendrada. ¿Ves, pues, prosigue el santo, cuán obradoras son las palabras de Cristo? Si pues tanta fuerza hay en las palabras de Jesús, de modo que por ellas empezasen á tener existencia las cosas que no la tenían; cuánto mas obradoras serán, para con aquéllas que, teniendo ya el ser, se convierten substancialmente en otras? El cielo no existía, el mar tampoco, la tierra no había sido creada. Pero oye lo que expresa. Él mismo lo dijo y quedaron hechas, Él mismo lo mandó y fueron creadas: luego para que te responda á tí, concluye el santo: el Cuerpo de Cristo, no estaba presente antes de la consagración, pero después de ella, te digo que sí lo está. Él mismo lo dijo y fué hecho; Él mismo lo mandó y fué creado». ¿Puede contestarse mejor á este punto? Luego el Salvador tuvo en sí más que suficiente poder para convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, fundado todo en su omnipotencia infinita.

III. Cristo Nuestro Señor jamás intentó engañar ni burlar á los apóstoles.—No lo primero, porque de una parte no podía inducirles á error por ser incapaz de proferir mentira alguna, y de otra, no resultaba á Cristo ningún bien; por el contrario, si por un imposible el Salvador hubiese faltado á la verdad y poco después se hubiera descubierto el engaño, hubiérase solemnemente desprestigiado en su vida, doctrina y milagros; por cuya razón los apóstoles le hubieran abandonado, como hubieran abandonado también su Religión. Ahora bien; se vió siempre que los apóstoles en lugar de abandonar esa Divina Doctrina, han conquistado para ella millones de prosélitos, quienes confiesan y practican sus mismas creencias: luego Jesucristo no engañó á los apóstoles. Tampoco Jesús pretendió burlarse de los mismos, porque no consta en parte alguna que el Salvador, predicando ó hablando en particular, instruyendo ó practicando cualquiera obra, hablase ligera é inoportunamente y usase de chanzas ó gracejos, por los cuales diese el más leve indicio

de un ánimo liviano, antes bien, con sereno y magestuoso rostro, enseñaba, corregía y reprendía; ni las conversiones, ni los milagros, ni las lisonjas le enaltecían; y de Él refiere la tradición que en todas las ocasiones anduvo con gravedad nunca oida, medido en sus palabras, formal en sus sentencias y veraz en su doctrina. Quien ignorase que Jesús fuese Dios, pero que conociese sus admirables hechos, aseguraría que era incapaz de burlarse de sus discípulos y ¿qué diría si conociese también que era Dios?... Entonces, ¿qué protestante ó infiel á la fe de Cristo, se atreverá á blasfemar, afirmando que Jesús al instituír el Santísimo Sacramento, tal vez quisiese burlarse de los apóstoles? Esto no cabe en una inteligencia que conozca el carácter y la historia del Salvador. Por lo tanto, hemos de confesar que el Divino Maestro, por las palabras consagratorias, pretendió dar á sus apóstoles su cuerpo y sangre.

Artículo II.—Cristo Nuestro Señor entregó efectivamente su Cuerpo y Sangre á los apóstoles

Para probar este fundamental artículo no hay más que recurrir al sagrado texto y leer sus divinas páginas. S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas declaran unánimemente que el Señor, después de bendecir el pan y el vino, los dió á sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed: éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre»; y el mismo S. Marcos, refiriéndose al cáliz, consigna asimismo que «bebieron de él todos». Pero ¿Jesucristo dió su verdadero y real cuerpo, les entregó su misma sangre, aquella sangre que corría por sus sagradas venas? Nadie lo duda. El Salvador después de asegurar á sus caros discípulos éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre, palabras que son del todo clarísimas, por si acaso hubiera alguno que dudase de lo que ofrecía, añade: «el cuerpo que será entregado por vosotros». Ahora bien: el cuerpo que fué entregado á la muerte por éstos y también por todos los hombres, fué el mismo Cuerpo vital de Jesucristo, el que nació de María Virgen, el que anunció claramente el reino eterno del Padre, el que obró los estupendos milagros, el

mismo que les decía: «Tomad y comed, porque éste es mi cuerpo»; en consecuencia, ¿quién podrá sostener que Jesucristo no dió á sus apóstoles su verdadero y propio cuerpo? Lo mismo que indicamos del cuerpo, decimos de la sangre. En efecto, Nuestro Señor Jesucristo, después de convidar y aun mandar á sus apóstoles que bebieran del santo cáliz que contenía su propia sangre, para que no quedase alguna duda del hecho, les dice: «Bebed: ésta es mi sangre, la sangre que será derramada por vosotros y por muchos para la remisión de pecados». Ahora bien: la sangre que se derramó en el Calvario fué aquella misma que corría por las venas de Cristo, y asimismo, ésta es la que da á sus apóstoles, según sus formales palabras: luego ciertamente, la sangre que bebieron los apóstoles, fué la preciosa sangre de su Maestro. Además, ninguna clase de sangre sirve para la remisión de pecados, excepto la de un Dios que por su libérrima voluntad pudo y quiso dar la de su Hijo para el perdón de los mismos; esta divina sangre es la que se derramó en el Gólgota; y Cristo dijo á sus apóstoles que aquello que les daba y se contenía en el cáliz, era precisamente la sangre que se había de derramar para remisión de las iniquidades del mundo: luego Cristo dió en bebida su propia sangre.

Pero ¿creyeron firmemente los apóstoles lo que les aseguraba Jesús? ¿se convencieron de que comían entonces el Cuerpo de Cristo y bebían su Sangre? Sin duda creyeron ambas cosas con una convicción tal, que ciertamente la refección del Cuerpo y de la Sangre del Divino Maestro, les aprovechó mucho mejor que á los cristianos tibios, precisamente porque tenían más arraigada la fe. En efecto, vimos anteriormente que los verdaderos discípulos de Jesucristo jamás se apartaron de su divino Maestro en ocasión en que Éste les anunciaba el Misterio eucarístico, antes bien por boca del que había de ser príncipe de la Iglesia exclamaron: «Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»: luego creyeron firmemente que Jesucristo les había de dar realmente su cuerpo y sangre. Llegó el momento de cumplirse la palabra eterna, y los discípulos se confirmaron

en ella de tal manera que fueron sus más celosos pregoneros y ardientes defensores.

Artículo III.—Las palabras consagratorias tienen por sí mismas sentido propio

Como los protestantes interpretan las divinas escrituras según el espíritu privado, por lo que entre tantos herejes, apenas hay diez que piensen y crean los dogmas religiosos de una misma manera, jamás han podido formar un símbolo de fe común, siendo la causa el haber tergiversado cada cual á su capricho los textos sagrados. De lo que resulta que, respecto á la Eucaristía, dicen unos que las palabras consagratorias se deben tomar en sentido propio, pero sin admitir la transubstanciación, como los luteranos; otros, en sentido figurado, como los calvinistas y zuinglianos; y los demás, en fin, las toman á su modo, como mejor les conviene á sus caprichos ó pasiones. Empero la verdad es una y ha de triunfar siempre del error. Veamos, pues, quien posee esta verdad y si, como confiesa la Iglesia Católica, las palabras de la consagración tienen un sentido propio.

Ante todo declararemos lo que se entiende por sentido literal propio. Según la hermenéutica sagrada, es el que expresan inmediatamente las palabras propiamente tomadas; ó más claro: el que se manifiesta por las palabras naturalmente tomadas y sin violencia. Ahora bien; las palabras: «Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre» se expresan en sentido literal propio. Aquí se hace referencia al cuerpo y á la sangre de un sujeto, y como el sujeto que las profiere es Jesús, luego este cuerpo y esta sangre son de Jesús. Todo lo cual se desprende lógicamente del contexto y de las palabras antecedentes y subsiguientes. Las primeras son: «Tomando Jesús el pan, dió gracias, lo bendijo, etc.»; el sentido que por estos vocablos se revela á los ojos del más ignorante, es que Jesús, el Maestro de los apóstoles, tomó uno de los panes que servían para la comida ordinaria y, dando gracias á su Eterno Padre, lo bendijo con sus mismas manos: Tenemos, pues, 1.º, que el Salvador tenía un pan de trigo en sus ma-

nos; 2.º que dijo á sus apóstoles: Tomad y comed. ¿Qué significan estas expresiones? Teniendo Jesús un pan en sus manos y diciéndoles que tomasen y comiesen, claro está que el Salvador abrigaba la intención de entregar á sus discípulos lo mismo que tenía en sus divinas manos. Advirtamos, empero, que no les dice simplemente: Tomad y comed, porque, si no hubiera añadido á estas palabras lo que después expresó, los apóstoles hubieran comido un pan material; mas es cierto que añadió á ellas «Éste es mi cuerpo», con lo que todas juntas son así: Tomad y comed, éste es mi cuerpo. Sin pasar adelante, notamos que lo que uno entiende sencillamente, sin forzar el sentido, es, que el Hombre-Dios intentó decir á sus comensales: Tomad y comed éste; pero ¿qué ó quién es éste? Si dirige uno su mirada hacia un objeto que tiene en sus manos, y dice á sus circunstantes: éste, ó esto es... ¿habrá alguien que no entienda que el que les habla se refiere al objeto que posee en sus manos? ¿No sería ridículo interpretar semejantes palabras, del sujeto que habla, de otro, ó también de cualquiera otra cosa? Según esto, dirigiendo Jesucristo su mirada al pan que sostiene en sus venerandas manos, dice á los suyos «Tomad y comed; éste es mi cuerpo»: como si dijera: Tomad y comed; esto que os entrego es mi cuerpo: luego lo que poseía en sus divinas manos era su cuerpo; su cuerpo transubstanciado. Ni obsta el que diga Zuinglio: Cristo por las palabras consagratorias pretende decir: «Éste es el signo de mi cuerpo», porque esto es falso, y además porque á este infeliz, las mismas palabras consagratorias le condenan. Pues es de notar, que no dijo el Redentor: Éste es el signo de mi cuerpo; antes bien: «Éste es mi cuerpo». Eso de *signo* es invención de Zuinglio, que lo tomó de los Petrobrusianos y Henriquianos del siglo XII; por lo tanto, el sentido de las palabras no es como pretende aquel apóstata, ni como lo entienden sus miserables discípulos. Si éstos no olvidaran las reglas que la hermenéutica enseña para conocer el verdadero sentido de las Escrituras, no lanzarían de sus infernales bocas tantos despropósitos. En efecto: estas reglas vienen á ser las

siguientes: 1.ª Para que se obtenga el sentido genuino de un texto sagrado, se ha de atender primero al contexto de toda la oración; segundo, á los antecedentes y consiguientes que pertenecen á la misma; tercero, á los demás lugares que en la sagrada Escritura le son semejantes ó tratan idéntica materia. 2.ª Cualquiera voz y locución se ha de tomar en sentido propio y obvio, si la necesidad no requiere otra cosa; esta necesidad es la que exponen los santos Agustín y Jerónimo, quienes dicen así: «Si una voz ó locución repugna á la fe, á la caridad, á la honestidad de costumbres, en una palabra, al sentir de la Iglesia y sana moral, entonces semejante voz ó locución se debe tomar impropiamente, ó sea en sentido figurado. 3.ª Cuando la sagrada Escritura trata de un artículo de fe y el contexto de semejante artículo es obscuro, se ha de explicar por otros lugares más claros, ó por la tradición de la Iglesia. Éstas son las tres reglas principales y necesarias, á las que si atendieran los herejes no errarían tan fácilmente. Sin embargo, con objeto de pulverizar sus trascendentales errores, iremos demostrando que, según las citadas reglas, las palabras consagratorias tienen un sentido propio. Si observamos en efecto el contexto de la oración: «Tomad y comed: éste es mi cuerpo que será entregado por vosotros»; notamos que todo él conspira contra el error de Zuinglio y de Calvino, pues es de sí clarísimo; sus antecedentes y consiguientes son por demás evidentes; los demás lugares de la escritura que le son semejantes se expresan del mismo modo. S. Juan refiere admirablemente la promesa de la Eucaristía, S. Pablo en su carta á los corintios y hebreos, S. Pedro en la suya á los judíos convertidos del Asia, el acta de los apóstoles, el Apocalipsis y los otros tres evangelistas, enseñan el dogma de la real presencia de Cristo en el Sacramento. Atendiendo á si las palabras consagratorias repugnan á la fe, á la caridad, á la honestidad, etc., observamos que la intención de Jesucristo al instituír la Eucaristía, y la Eucaristía misma revela todo lo contrario: luego hemos de concluír en que semejantes divinas palabras se deben tomar como suenan. Por otra parte; los mismos ad-

versarios confiesan que esos altísimos vocablos no envuelven en sí ningún concepto que repugne á las buenas costumbres: luego Zuinglio enseñó un error evidentísimo.

Ni se opone tampoco que Calvino afirme: El Salvador, por las palabras consagratorias, quiso significar: «Esto tiene la virtud y eficacia de mi cuerpo»; porque semejante interpretación es igualmente falsa. No profirió Cristo esas palabras, sino: Éste es mi cuerpo. Supongamos que un hombre, teniendo en su mano el sombrero dijera: éste es mi sombrero, y que uno de sus oyentes le reconviniera de esta manera: eso no es así; no puede ser su sombrero, sino que ese objeto que posee en sus manos tiene la virtud y la eficacia de su sombrero. ¿Usted está loco? exclamaría el dueño del objeto á que hacemos referencia; y á la verdad, los que oyesen á aquél juzgarían del mismo modo que éste. Pues lo mismo decimos de Calvino, que estuvo demente. Nosotros observamos el drama, contemplamos á Cristo, el cual posee un pan en sus benditas manos y, pudiendo obrar lo que es voluntad suya, dice: «Éste es mi cuerpo»; y todos los que le oyen, entienden perfectamente sus palabras, comprenden que habla de su verdadero cuerpo; pero he ahí que se levantan Calvino, Bucero y secuaces, y enmendando la plana, como quien dice, al divino Señor, exclaman: Eso que lleva en sus manos, no es su verdadero cuerpo, antes bien contiene la virtud y la eficacia de su cuerpo. ¡Qué discurso tan lógico! eh?... Las pruebas que hemos aducido para desbaratar la herejía de Zuinglio, sirven para confundir también la de Calvino, porque las dos se fundan en que las palabras consagratorias deben tomarse en sentido figurado. Asimismo, la explicación dada en cuanto al cuerpo de Jesucristo, puede aplicarse también á la sangre, pues, probado lo primero, queda demostrado lo segundo.

Artículo IV.—Las palabras consagratorias, por ningún concepto pueden tener sentido figurado

Para mayor claridad, digo que sentido figurado ó metafórico es el que expresan inmediatamente las palabras, sim-

bólicamente tomadas. Por tres motivos puede darse á conocer este sentido. 1.° por el constante uso recibido de los hombres, al modo que la imagen del sumo Pontífice, se dice ser el Pontífice, y el mapa de España, decimos ser España. La razon es que por el uso conocido y recibido de todos, semejantes imágenes se destinan para representar respectivamente al Pontífice y á la España. El 2.° es, por el contexto de las mismas palabras; por ejemplo: Jesucristo, dice de sí, que es la vid, y los apóstoles y demás cristianos los sarmientos, ahora bien: los apóstoles, á quienes se dirigían estas palabras, entendieron que Jesús hablaba en sentido metafórico ó figurado; y así comprendieron perfectamente que Jesús no era propiamente la vid, puesto que ellos tampoco eran propiamente los sarmientos; por lo cual, era necesario que buscasen otro sentido más sublime, al cual se refiriese el Salvador, y este es el figurado. El 3.° es, por la exposición del mismo que habla: v. g., cuando el Divino Señor refirió á sus discípulos la parábola de la buena simiente, les habló en sentido metafórico, mas no pudiendo interpretarla ellos, nuestro buen Maestro la comentó, declarando lo que significaban las frases que les había dirigido por medio de la parábola. Apliquemos ahora todo esto á nuestro asunto. En efecto, por ninguno de los tres referidos motivos puede colegirse el que las palabras consagratorias, tengan sentido figurado. No puede deducirse por el primer motivo; porque el pan, según el uso común de hablar, no está destinado para significar el cuerpo, ni el vino, la sangre. ¿Quién podrá afirmar que cuando uno pide pan ó vino, pretende recibir respectivamente carne ó sangre? Luego Jesucristo al decir: éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre, no pudo dar á sus palabras un sentido figurado; si así hubiera sido, los apóstoles ni las hubieran entendido ni creído: luego las palabras consagratorias no tienen sentido figurado.

Tampoco puede inferirse el sentido metafórico por el segundo motivo, puesto que, como hemos visto anteriormente, no hay ninguna frase en los textos de los evangelistas y de los apóstoles que no confirmen el sentido propio de que

gozan las palabras consagratorias. De ningún modo, finalmente, puede colegirse por el tercer motivo, porque Jesucristo, no sólo no comenta las palabras por las cuales aseguraba entregar su propio cuerpo y sangre, antes bien, confirma el sentido propio que tenían, afirmando por S. Pablo: «Cuantas veces comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre anunciaréis la muerte del Señor». Luego las palabras, *éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre* demuestran que en la Eucaristía está real y verdaderamente la misma Carne y la misma Sangre de Nuestro Salvador.

Artículo V.—Los mismos protestantes no convienen entre sí, acerca del verdadero sentido de tales palabras

Digo, no sin causa, *los mismos protestantes,* porque en este artículo observaremos tan solamente las diferencias que estos infelices conservan acerca del santo Misterio eucarístico y también, porque fuera de semejantes herejes, hubo y hay otros, en los cuales se manifiestan otras tantas colosales oposiciones; pero acerca de estos últimos, ya trataremos en su lugar correspondiente. Para refutar toda la doctrina de los innovadores del siglo XVI, bastará que repitamos el irrebatible silogismo del gran Bossuet. Decía esta águila de Meax: «La verdad es inmutable: es así que vosotros variáis á cada paso en vuestras doctrinas, luego no estáis en posesión de la verdad». (1) Los dos primeros términos son certísimos, luego la conclusión deducida de los mismos es lógica. La prueba del primer término es evidente y cualquiera que discurra medianamente la comprende. La del segundo: he aquí lo que vamos á intentar.

Empezando por Lutero que prendió fuego al inmenso combustible que tiempo há se estaba preparando, observamos que al principio de su apostasía negaba la real presencia de Jesucristo en el Sacramento, pero luego mudó de parecer, al observar que el sagrado texto, al que tenía por única y exclusiva regla de fe, le condenaba, pues era tan

(1) Libro de las Variaciones.

claro en sus palabras que de ningún modo se le podía resistir. Lutero, á la verdad, sentía propensión á negar este dogma, como que convenía á sus criminales propósitos, pero comprendía también que no convenía de ninguna manera al pueblo, todavía inocente y acostumbrado á honrar y adorar el Misterio santísimo de la Eucaristía, por lo que no se atrevió jamás á contradecirlo, aunque para ello fuese solicitado por el mismo demonio, quien procuró envolverlo en argumentos sofísticos; aunque viendo al fin que no le podía persuadir, le dejó en su opinión. Así lo refiere de sí mismo el desventurado hereje en el libro *De Abroganda Missa*. Mas es de notar que Lutero, habiendo cambiado de parecer ya una vez, como si adoptaba la presencia real favorecía á los católicos, imaginó un nuevo modo, de tal manera que admitiese la presencia real y rechazase la transubstanciación, y esta era la *consubstanciación*, ó Cristo presente en la Eucaristía juntamente con el pan.

Si preguntaban á Lutero de que servía la carne de Cristo tomada corporalmente, preguntaba él á su vez, á los soberbios interrogadores: ¿de qué sirve que el Verbo se haya hecho carne? por ventura, ¿no podía la verdad ser anunciada y el género humano librado sino por este solo medio? ¿sabéis vosotros todos los secretos divinos, para afirmar que el Eterno tenía un solo camino para salvar á los hombres? y, ¿quiénes sois vosotros para dar leyes al Criador y prescribirle los medios de aplicar su gracia...? Si le oponían ¿cómo podía estar un cuerpo al propio tiempo en tantos lugares, y de qué manera podía hallarse un cuerpo humano todo entero en espacio tan estrecho y pequeño? él resolvía todas estas *maquinaciones levantadas contra Dios*, preguntándoles, ¿cómo conservaba Dios su unidad en la Trinidad de las Personas? ¿cómo de la nada había criado el cielo y la tierra? de qué manera había vestido al Verbo de carne humana? de qué modo le había hecho nacer de una Virgen? cómo le había entregado á la muerte? y en qué forma resucitaría á todos los hombres en el último día...? Decís, añade Lutero, que todos los milagros de Jesucristo son sensibles.

¿Pero quién os ha dicho que Jesucristo ha resuelto no hacer otros? Cuando fué concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de una Virgen, este milagro, el mayor de todos, ¿á quién fué sensible? ¿Acaso hubiera conocido María al que estaba destinado para llevar en sus entrañas, si el ángel no le hubiera anunciado el secreto divino? Mas, cuando la Divinidad habitó corporalmente en Jesucristo, ¿quién lo vió, ó quién lo comprendió? ¿quién le ve á la diestra de su Padre, desde donde ejerce su Omnipotencia sobre todo el universo? ¿es eso lo que compele á torcer y á hacer pedazos las palabras del Maestro? Yo no comprendo, decís vosotros, como Jesucristo las puede ejecutar á la letra. Con esta razón me probáis, prosigue Lutero, que el sentido humano no concuerda con la sabiduría de Dios: convengo en ello, pero yo no sabía aun, que me era necesario el creer sólo aquello que se descubre abriendo los ojos, ó lo que la razón humana puede comprender. Finalmente, cuando le decían que esta materia no era de consecuencias, y que no merecía la fatiga, ni la pena de romper la paz, respondía: ¿Pues quién compelió á Carlostadio á empezar la contienda? Quién violentó á Zuinglio y á Ecolampadio á escribir? ¡Oh maldita eternamente la paz que se hace en perjuicio de la verdad...!»

Acabamos, pues, de ver que el padre de la triste Reforma para afianzar en su funesta herejía la verdad del dogma Eucarístico, cambia de opinión dos veces; (1) mas nótese que cuando estaba aferrado á cada una de ellas en particular, pretendía que ambas por separado fuesen verdaderas, lo cual es un absurdo; porque siendo la verdad una sola, ó una de aquellas opiniones era verdadera y la otra falsa, ó en caso contrario, ambas eran falsas. No eran verdaderas, porque además de lo infundadas, cuando á Lutero se le argumentaba con la opinión contraria, sea por respeto á las palabras de Jesucristo, sea porque no podía ni sabía defenderse, sea por las manifiestas contradicciones de su sistema,

(1) El mismo Melanctón, admirador y amigo íntimo de Lutero, discrepaba muchas veces de las enseñanzas de su maestro y en otras ocasiones sentía que este hablase tan irracionalmente.

contestaba con fútiles argumentos que demostraban á los opugnadores que Lutero ni sabía aun lo que entendía por la *presencia real.* Por lo tanto, si Lutero mismo no entendía lo que había inventado y con tanto calor predicado, ¿dónde está la solidez de sus opiniones?

Carlostadio y Zuinglio, discípulos suyos, viendo que lo que enseñaba su impío maestro estaba en abierta y formal contradicción, formaron partido aparte. Como Lutero no admitió la transubstanciación, Carlostadio sostenía contra él que la substancia del cuerpo de Jesucristo no podía estar con las del pan y vino, y que si admitía la presencia real, le era forzoso admitir igualmente la transubstanciación.

Célebre fué el rompimiento de Carlostadio con Lutero, efectuado el 22 de Agosto de 1524. Este último había predicado en Jena sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y le había escuchado con disgusto Carlostadio. Lutero fué después á hospedarse en Osa-Negra, y Carlostadio le hizo una visita como amigo. Estando á la mesa, y después que éste se disculpó del tumulto de los paisanos, manifestó su disgusto á aquél, de no poder tolerar la opinión de la *presencia real.* Entonces Lutero, cambiando repentinamente su aspecto alegre en severo, reprendió á Carlostadio, burlóse de él y le desafió á escribir contra sí, prometiéndole al propio tiempo un florín de oro, si emprendía el trabajo. En efecto; sacó el florín de su bolsillo y lo entregó á Carlostadio; éste lo puso en el suyo; diéronse las manos y prometiéronse recíprocamente hacerse buena guerra. Lutero bebió un vaso de vino á la salud de Carlostadio y á la bella obra que iba á redactar; éste á su vez hizo otro tanto, según la moda del país. Despidiéronse ambos con sumo enfado, diciendo Carlostadio á Lutero: *Ojalá te vea yo puesto sobre una rueda de navajas;* y éste á aquél: *Ojalá te rompas tú la cabeza antes de salir de la Ciudad.* Lutero, por las tramas de su opositor, enemigo ya declarado, al entrar en Orlemonda, fué recibido con grandes pedradas y cubierto de inmundo cieno (1). He aquí el princi-

(1) Historia de las Variaciones. lib. II, XI.

pio de la guerra sacramentaria y la biografía compendiada del carácter y religión de los dos capitales innovadores. Obsérvese su fe, su modo de tratar asuntos de tanta trascendencia y sobre todo, su gran *caridad*, y se podrá formar excelente concepto de la autoridad de sus aserciones, fundadas todas en el odio mortal que se tenían recíprocamente y á la Iglesia. Pero no abandonemos nuestro asunto.

Viendo Carlostadio que su violento preceptor no atendía razones, se apartó, como hemos visto, de su compañía y, adquiriendo muchos prosélitos, formó una sección de impíos como él, á los cuales dieron el nombre de *sacramentarios*. Enseñado en la misma cátedra y adiestrado en las mismas lecciones de su fatal maestro, porfía luego con él, desechando muchas de las proposiciones que á su parecer eran falsas ó inconsecuentes y adoptando otras que, sin duda, carecían también de fundamento sólido. Así se conducían semejantes hombres. Abandonado el texto sagrado en manos de particulares y dejada su interpretación al capricho de cada individuo ¿qué podía esperarse? Cada cual pudo interpretarlo fácilmente á su gusto y de conformidad con sus pasiones. Entre los mismos condiscípulos; ¿cuánta formal divergencia no había respecto á puntos fundamentales de la Religión...?

Digno discípulo de Lutero fué Zuinglio; sin embargo, jamás pudo opinar como su maestro. Así como éste admitía la presencia real y rechazaba la transubstanciación, su discípulo proscribía las dos porque decía y con sobrada razón: ó se ha de admitir la transubstanciación con los católicos, ó se ha de negar lo que afirma Lutero, no admitiendo ni la una ni la otra; de modo que en impiedad superó á su preceptor. Afirmaba que en el Sacramento de la Eucaristía, el pan y el vino no son más que una figura, signo ó simple representación del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Con el fin de que sus secuaces diesen autoridad á tales proposiciones, enseñó que las palabras «éste es mi cuerpo», tenían un sentido figurado, según se lo había revelado un genio, que no sabía si era blanco ó negro. ¡Bien

puede figurarse el lector, quien podrá ser ese genio peregrino! En suma, todas las pruebas que aduce Zuinglio en confirmación de su pernicioso error, son tan pobres y mezquinas que no merecen trasladarse al papel; sólo diré, que á la palabra consagratoria *est* le da la interpretación de *significa;* de modo que por las palabras que dijo el Salvador, «Éste es mi cuerpo», él traduce: «esto significa mi cuerpo». ¡Por cierto que para discurrir una interpretación semejante no precisaba haber cursado en las escuelas!

Calvino: este reformador camina por otros derroteros más extraviados. Desviándose de sus contemporáneos en la reforma, se hace incomprensible, por más que es preciso estudiar sus argumentos contra el dogma eucarístico. En efecto, aunque rechaza el que Jesucristo esté presente en la Eucaristía, sostiene que Ésta contiene la virtud y la eficacia del Cuerpo y Sangre del Salvador. Si se le pregunta, cuando un cristiano recibe la Eucaristía, ¿recibe realmente el Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Responde negativamente; mas afirma, que le recibe espiritualmente por la fe. Á esto podíamos contestar con un doctor: (1) «El comer un cuerpo espiritualmente, nos parece cosa tan incomprensible como comer un espíritu corporalmente». Calvino fué de parecer que por las palabras consagratorias se significaba algo más de lo que decía Zuinglio, puesto que Jesucristo había prometido darnos en comida y bebida su cuerpo y sangre, mas no se atrevió á formular lo que afirmaba Lutero, á cuyas aserciones respondía que si se admitía la presencia real, era preciso admitir asimismo la transubstanciación y el sacrificio de la Misa, dogmas que repugnaban á Lutero, quien debería ignorar quizás que al adoptar la presencia real y negar la transubstanciación y el sacrificio de la Misa se precipitaba en una enorme contradicción. Con esto, no hacían otra cosa los innovadores que desprestigiarse los unos á los otros, confirmando una vez más por errores sus detestables opiniones, y sosteniendo asimismo elocuentemente los dogmas de la Santa Iglesia Católica.

(1) Bergier.

Causa grande lástima considerar á Calvino en sus radicales variaciones eucarísticas. Sus mismos escritos revelan que algún día creyó en el Augusto Misterio del Altar y que lo defendió con su pluma, por cuya razón le condenaron cuando se hizo hereje, y le reprobarán perpetuamente. Empero veamos su doctrina. (1) «Jesucristo, estas son sus palabras, manda en su sagrada cena, que reciba su Cuerpo y Sangre bajo los símbolos de pan y de vino. No tengo duda alguna para afirmar que se dé verdaderamente y yo le reciba.» En otro lugar asegura que este Sacramento (2) «es el más grande é incomprensible arcano del Espíritu Santo»; y así le apellida (3) «indecible é impensable»; en cuyo caso discurría bien, porque creía lo que Dios había revelado; mas luego, por satisfacer su orgullo satánico, se rebela contra esta verdad dogmática y se declara reformista. ¡Oh Calvino! le arguye un célebre doctor. (4) ¿Dónde está el arcano, dónde la incomprensibilidad, dónde el milagro, si en la Eucaristía se comulga á Cristo tan sólo por la fe? Ciertamente, añade este doctor; si no le es difícil á un católico comulgar por la fe á toda la Trinidad, ¿por qué sería incomprensible la manducación real de Cristo? De donde resulta que: ó Calvino admite la real presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía, ó en caso contrario sus mismas palabras le condenan; ó si las pretende confirmar, hemos de concluír que habló absurdamente. Lo más cierto es que no detestase nunca sus hereticales ideas, según se deduce de los perniciosos recuerdos que dejó á sus terribles sectarios y que aun hoy día se sientan en las cabezas de muchos incautos. ¿Quién habrá, pues, que no mueva la cabeza en señal de desprecio ante la falta de solidez de su doctrina?

Mas dirijamos nuestros ojos á otro no menos tristemente famoso heresiarca. Se llamaba Ecolampadio. Dotado de ex-

---

(1) In sacra sua cœna jubet me sub Symbolis panis et vini corpus et Sanguinem suum sumere nihil dubito, quin et ipse vere porrigat, et ego recipiam. Calvinus. lib. 4 Instit. cap. 17, § 32.

(2) Maximum arcanum Spiritus Sancti, incomprehensibile. id. § 10.

(3) Indecibile inexcogitabile. § 7.

(4) Henno, Tract. de Euchar.

cepcionales cualidades con que le enriqueció el Dador de todo bien, se puso al servicio del orgullo y de las pasiones. Todavía celebraba el santo Sacrificio de la Misa, cuando se hizo partidario de Zuinglio, adoptando su extraviada opinión eucarística. En un libro que redactó á favor de opinión semejante se descubren unas pruebas miserables. Sólo diré que así como Zuinglio, á la palabra consagratoria *est* le da la interpretación de *significa*, Ecolampadio, por seguir á su amigo, mas por el prurito de distinguirse, á la palabra *corpus* le da el sentido de *figura;* con lo cual las palabras consagratorias: «éste es mi cuerpo», resultan «esto es mi figura». Me parece que de «cuerpo» á «figura» va tanta diferencia como del ser á la nada. Así exponían estos insolentes herejes las sagradas Escrituras. ¡Cómo que podían interpretarlas según el espíritu privado...!

Dió á luz otro libro que versaba acerca de la administración del Bautismo y de la Eucaristía, y en la explicación de las palabras consagratorias desatinó de tal modo que, escandalizado el Concejo de Bale prohibió terminantemente su impresión. Sin embargo, valiéndose de las preciosas dotes que le concedió el Altísimo, supo escribir en el primer libro lo concerniente á este Sacramento, con tanta hipocresía, que cualquiera que no estuviese fundado en la doctrina católica, titubearía al leerlo.

Resta colocar, en último término, á Bucero. Este novador propuso conciliar los dos partidos de luteranos y zuinglianos, consiguiendo producir una nueva herejía en el campo de la humanidad. Como los luteranos sostenían la presencia real, la cual negaban los zuinglianos, Bucero estableció una triste mezcolanza entre ambos, admitiendo la presencia real, solamente en la sunción del Sacramento, con lo cual favorecía á los luteranos, pero rechazándola antes de la sunción, y con esto apoyaba á los zuinglianos. De semejante amalgama de teorías, se originó una solemne aberración, porque, según Bucero, las palabras consagratorias no obran nada, siendo así que son la forma esencial del Sacramento. Según ella venía á declarar que la Eucaristía

consiste sólo en el uso, y que por tanto Jesucristo no está en el sagrario, ni en el altar, ni puede ser adorado en las procesiones, ni ofrecido en la Santa Misa. En estas tres últimas inconsecuencias cayó también al fin Lutero, cuando, admitiendo por una parte la presencia real, no quiso admitir el que Cristo Nuestro Señor fuese en el altar adorado, rechazando asimismo el santo Sacrificio. Mas veamos ¿por qué fué tan inconsecuente? Al principio de la reforma, apoyado en su nuevo sistema, titubeó en si conservaría la elevación de la Hostia y del cáliz, decidiéndose no obstante por la parte afirmativa; mas viendo que su impío amigo Carlostadio la desaprobaba, suprimióla, no queriendo que en adelante fuese Jesucristo adorado en el altar y prohibiendo de paso guardar el Pan consagrado. Claramente puede comprenderse que Lutero, por un respeto humano rechazó lo que hasta entonces había adoptado. Y ¡qué inconsecuencia! si Cristo está presente en la Eucaristía ¿por qué prohibe que se le adore en el altar? Acaso, ¿no podía ofrecerse en sacrificio á su Eterno Padre? Sabía muy bien el heresiarca que los méritos de la Pasión del Salvador se nos aplican por el Sacrificio de la Misa, pero como había recibido ya como dogma capital que no podían aplicarse más que por la fe, atrevióse á negar que la Misa fuese sacrificio. Mas basta. Hemos visto la volubilidad de semejantes herejes; lo que admite uno una vez, eso mismo rechaza luego, abrazando un nuevo dogma; lo que éste por fin aceptó, lo desecha el de más allá y lo que éstos decidieron ser verdadero, viene un tercero y lo proscribe, proponiendo en su lugar nuevos dogmas caprichosos. ¡Buen modo de hacerse aceptables ante un público inteligente y desapasionado! Pero sigamos.

Artículo VI.—Cualquiera legítimo sacerdote que pronuncie las palabras consagratorias, sobre legítima materia y con intención de obrar lo que obra la Iglesia, convierte el pan en el Cuerpo y el vino en la Sangre de Cristo, del mismo modo y con la misma realidad que Él lo efectuó

Esta proposición se deduce de la potestad que otorgó el

Salvador á los apóstoles y presbíteros mediante las palabras: «Esto haced en memoria de mí». He dicho: «cualquiera legítimo sacerdote», por tres motivos: 1.º porque por este vocablo *cualquiera,* se incluyen todos los sacerdotes, gocen de cualquiera dignidad, preeminencia ó cargo; 2.º por la misma palabra *cualquiera*, se rechazan los errores de los donatistas, valdenses, albigenses, wicleffitas y anabaptistas, quienes afirmaban que los sacerdotes herejes ó en pecado mortal no podían efectuar los Sacramentos, es decir: no podían ordenar ó confirmar, si eran Obispos, ni podían consagrar, bautizar, etc.; mas erraron todos sin duda, porque la potestad de orden, concedida á los sacerdotes, es independiente de la fe y probidad de los mismos; y además por que siendo dicha potestad una gracia *gratis data*, indeleble en el alma del que la recibe, y Dios no la separa del sacerdote que incurre en la herejía ó en el pecado mortal, resulta que para el valor de dichos sacramentos basta la ordenación é intención en el ministro. Definida se halla esta proposición en el Concilio Tridentino por estas textuales palabras: (1) «Si alguno dijere que el ministro que está en pecado mortal no efectúa Sacramento ó no lo confiere, aunque observe cuantas cosas esenciales pertenecen á efectuarlo ó conferirlo, sea excomulgado». El 3.º motivo por el que he especificado las palabras «cualquiera sacerdote legítimo», es por desechar la doctrina de Lutero y afirmar la de la Iglesia católica. Lutero decía: (2) «El sacerdote, mayormente en el nuevo Testamento, no se hace, sino nace; no se ordena, antes bien, es creado; por consiguiente los cristianos todos son sacerdotes». ¡Qué herejía tan manifiesta! ¿Acaso, las palabras: «Esto haced en memoria de mí», fueron dichas á todos los cristianos, ó solamente á los apóstoles y presbíteros en tal dignidad constituídos? Acaso, las del sacramento de la penitencia, «aquéllos á quienes perdonareis los peca-

(1) Si quis dixerit, ministrum in peccato mortali existentem, modo omnia essentialia, quæ ad Sacramentum conficiendum aut conferendum pertinent, servaverit; non conficere, aut conferre Sacramentum; anathema sit. Trid. sess. VII. can. 12.

(2) Lib. de instituend. Ecclesiæ ministr.

dos les serán perdonados» etc. y las de la extremaunción «llévenlo á los presbíteros de la Iglesia», fueron referidas asimismo á todos los cristianos en general ó solamente á los sacerdotes, deputados para este fin? Luego ¿dónde pudo fundarse el padre de la triste Reforma para asegurar que todos los cristianos son sacerdotes? Únicamente pueden ser ministros de necesidad en el Sacramento del Bautismo, no sólo todos los cristianos, antes bien todos los hombres y mujeres; y la razón de esto es la infinita misericordia de Dios Nuestro Señor, que, deseando que todos los hombres se salven, quiere también usar de los medios conducentes á este fin. Lutero no se contentó con afirmar que todos los cristianos son sacerdotes, aunque hace observar que para que no haya confusión sólo los llamados á este fin deben hacer uso de semejante ministerio, antes bien, extiende semejante potestad á los demonios, enseñando que si uno de éstos tomase cuerpo humano y bautizara, consagrara y absolviera, obraría sacramentalmente. Lo absurdo de esta opinión raya con lo impío.

Dejando, pues, las herejías para los infelices que las siguen, veamos nosotros, ahora, lo que la santa Iglesia declara sobre el presente artículo. Legítimo sacerdote es aquél que está ordenado según los ritos aprobados y prescritos por la Iglesia Católica; ahora bien, no todos los fieles están canónicamente ordenados; luego no todos los fieles son sacerdotes. En su confirmación poseemos el canon 10 de la sesión 7 del Concilio de Trento que así se expresa: (1) «Si alguno dijere, que todos los cristianos tienen potestad de predicar y administrar todos los Sacramentos, sea excomulgado». Sabiendo, pues, lo que es un legítimo sacerdote y su inmensa potestad, fácilmente se comprenderá cual sea la acción sublime de la consagración eucarística llevada á cabo por medio de las palabras consagratorias que pronuncia el sacerdote sobre legítima materia, según quedó declarado. Por eso dije también que los sacerdotes

(1) Si quis dixerit, cristianos omnes in verbo, et omnibus sacramentis administrandis habere potestatem; anathema sit.

consagran del mismo modo y con la misma realidad que Cristo lo hizo; pero, Nuestro Señor consagró su cuerpo y sangre pronunciando sobre el pan y el vino las palabras: «éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre»; y como los sacerdotes en la Misa practican y profieren exactamente lo mismo que hizo y dijo el Salvador, luego el sacerdote consagra realmente el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. La razón de esto último consiste en que el sacerdote obra en persona de Cristo, y como tal efectúa este admirable Sacramento (1).

---

(1) Conc. Florent.

CAPÍTULO XIX

De la Transubstanciación.—¿Quiénes la rechazaron?

SUMARIO

Artículo I.—Sacramentarios ó protestantes.
I. Impanadores.
II. Consubstanciadores.
III. Ubiquistas.
IV. Concomitarios.
Artículo II.—La transubstanciación, único medio racional conforme con la fe.

La Iglesia Católica define la *transubstanciación* de esta manera: (1) «Es aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la de su Sangre, subsistiendo únicamente las especies de pan y vino». Sabido lo que hemos de creer, pasemos á indagar quienes rechazaron el dogma de la transubstanciación y á refutar sus argumentos. Sistemáticamente lo negaron: 1.º los sacramentarios ó protestantes: 2.º los deístas ó filosofastros y 3.º los ateístas.

(1) Est... mirabilem illam, et singularem conversionem totius substantiæ panis in corpus, et totius substantiæ vini in sanguinem, manentibus dantaxat speciebus panis et vini. Trid. sess. 13, c. 2.

Artículo I.—Sacramentarios ó protestantes

Se distribuyen en Impanadores, Consubstanciadores, Ubiquistas y Concomitarios.

I. Impanadores.—Dase este nombre á los luteranos que sostienen que después de la consagración, el cuerpo de Jesucristo se halla en la Eucaristía juntamente con la substancia del pan; pero esta acción, con mayor razón se llama consubstanciación, de la cual hablaremos luego. Impanación propiamente dicha, sería la unión hipostática del Verbo divino con el pan y el vino, al modo que el mismo Verbo por la Encarnación se unió á la naturaleza humana. Éste es el sentimiento de algunos autores jacobitas, que, admitiendo la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, suponen al propio tiempo dicha unión (1); pero se condenan ellos mismos porque de una parte, el Verbo divino no puede unirse á cosa alguna, sino á la naturaleza humana que tomó por la Encarnación, y de otra, si esto por un imposible fuese hacedero, lo que entonces se nos daría en la Eucaristía sería el pan unido al Verbo, ó un cuerpo, no humano sino panáceo; ahora bien: Jesucristo dijo que nos había de dar su propio Cuerpo, el mismo que había de ser entregado, y el cuerpo que había de ser entregado es de carne, y no panáceo: luego aquellas doctrinas son inconsecuentes, son heréticas. Además; estos pobres de entendimiento, cuando admiten á Jesucristo en la Eucaristía juntamente con la unión que suponen, no hacen otra cosa qué contradecirse á sí propios, porque, ó suponen á Jesucristo allí presente, destituído de la Divinidad, la que en este caso subsistiría unida al pan, ó si creen como deben de creer que está unida á ella por unión hipostática, hacen muy mal en mezclarle con el pan, de todo lo cual dan ruin idea de sí mismos, porque indican si no la malicia, á lo menos la cortedad de sus inteligencias. Semejante opinión herética fué renovada posteriormente por Osiander, uno de los principales luteranos, que se atrevió á

(1) Assemani Bibl. orient, t. 2 c. 32.

decir: «Este pan es Dios»; mas como dice el sabio Bossuet, esta extrangera opinión no sólo no tuvo necesidad de ser refutada, porque se desprestigió á sí misma, sino que ni el mismo Lutero, á quien tanto favorecía, la aprobó jamás.

II. Tampoco se pone Jesucristo en la Eucaristía por consubstanciación.—Llámanse consubstanciadores, los herejes luteranos que defienden que el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo están presentes en la Eucaristía sin que las substancias del pan y del vino sean destruídas; por consiguiente, que el Cuerpo de Nuestro Señor, se halla en el pan, bajo el pan y con el pan. Para el efecto, inventaron la fórmula compuesta de las preposiciones *in, sub, cum;* sin embargo, erraron en el camino de la verdad, porque no dijo el Salvador: «Mi cuerpo está con esto; ó, mi cuerpo está en esto que yo tengo», sino: «éste es mi cuerpo»; de modo que, según estas palabras, el Salvador, lo que tenía en sus manos después de la consagración, no era pan, sino su cuerpo. Además, Cristo Nuestro Señor prometió que el pan que había de dar para la vida del mundo era su carne, luego si se admitiese la consubstanciación, estas palabras resultaban falsas porque debían de formularse: «el pan está juntamente con mi carne»: ahora bien, si se admite que las palabras de Jesucristo son falsas, defendemos una horrible blasfemia: si por el contrario, son veraces, dichos vocablos expresan todo lo contrario de lo que afirman los consubstanciadores: luego éstos no están en posesión de la verdad. Por otra parte, Calvino desecha esta baja opinión de Lutero, fundándose en las observaciones que acabamos de indicar.

III. Ubiquistas ó ubiquitarios.—Afirman que el Cuerpo de Jesucristo está presente en la Eucaristía en virtud de su divinidad presente en todas partes.

Juan de Westphalia, ministro de Hambourg, inventó en 1552 semejante opinión herética, llegando á tal extremo la audacia de estos herejes que, reuniéndose, cierto día, seis de sus doctores, en el monasterio de Berg, año 1577, se atrevieron á proclamar artículo de fe el dogma de la ubiquidad del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Pero bien: á

más de que semejantes congregaciones, formadas de miembros cortados de la Iglesia, son anticanónicas y carecen de valor y efecto alguno, el dogma que estos herejes pretenden sostener, no es otra cosa que una mera necedad, con la cual aparentaban esconder su incredulidad y malicia. En efecto: si intentan que la Divinidad sola esté presente en la Eucaristía, del mismo modo que lo está en todas partes, por esencia, presencia y potencia, no nos vienen á enseñar nada nuevo, porque en tal caso la Eucaristía se reduciría á sola cuestión de nombre y la Divinidad estaría entonces presente, no en la Eucaristía, porque como he dicho no tendría ser real, sino en el pan, del mismo modo que lo está en cualquier otro objeto, según aquello: «Yo lleno el cielo y la tierra». Si pretenden que el Cuerpo de Jesucristo se halla en la Eucaristía en virtud de su Divinidad presente en todas partes, se contradicen á sí mismos, porque aunque la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo esté presente en todo lugar, mas no así su Humanidad sacratísima, la cual solamente reside en el cielo á la diestra de su Padre y en la Eucaristía, del modo que Jesús la instituyó y no de otro modo. Luego el Cuerpo del Salvador, del modo que dichos herejes quieren, no puede existir en la Eucaristía. La razón de esto es (para hablarles en pura teología) que en Cristo no se da comunicación de idiomas en abstracto; ó sea, que los atributos de una naturaleza de Cristo no se comunican á los de la otra, cuando tal comunicación se funda en la participación de las propiedades peculiares de la Divinidad hechos á la Humanidad, de lo cual resulta que esta proposición: «La humanidad de Cristo es omnipotente; está en todas partes», es herética, porque aquellas cosas que realmente se distinguen entre sí, no pueden predicarse de sí mismas recíprocamente, si no se unen en algún común sujeto ó supuesto: ahora bien; la citada proposición está tomada en abstracto, luego las propiedades que designa no se pueden unir en algún común supuesto. Otra cosa sería si dijese: «Cristo es omnipotente ó está en todas partes», porque en este caso la propiedad de la Divinidad se une en un sujeto que es Cristo, que es lo

que se dice en teología, darse en Cristo comunicación de idiomas en concreto. Por consiguiente, como los ubiquistas sostienen que el Cuerpo de Cristo existe en la Eucaristía inmensamente, en virtud de su Divinidad presente en todas partes, de ahí que toman la comunicación de idiomas en abstracto; luego su proposición es herética y por consiguiente su doctrina. Melanctón mismo la refutó en un principio, mas poco pudo contra ella, porque hubo muchos luteranos que, amigos de novedades, la abrazaron. Poco después, sus mismos partidarios se dividieron, sosteniendo unos que la Humanidad del Salvador durante su vida mortal estaba en todas partes y, afirmando los otros que este privilegio le fué concedido después de la Ascensión; dos opiniones tan absurdas como la primera. Hoy día existen pocos ubiquitarios, porque siendo refutados por los calvinistas y, pudiendo defenderse con poca ó ninguna fortuna, han abandonado sus teorías, sosteniendo en su lugar la doctrina que defienden los Concomitarios.

IV. Éstos que, según Bergier, son los más hábiles luteranos, rechazan todas las maneras sobredichas de entender la presencia real y aseguran que el Cuerpo de Jesucristo reside en la Eucaristía por concomitancia, es decir; que en recibiendo el pan, se recibe al mismo tiempo realmente el Cuerpo de Jesucristo; por lo que Nuestro Señor no está presente en la Eucaristía sino por el uso y en el uso de la misma; esto es, en la Comunión. De aquí vienen á deducir que en sola la Comunión consiste la esencia del Sacramento, y no en las especies de pan y vino, juntamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, permanentes después de la consagración. Semejante opinión no tiene fuerza alguna, porque Nuestro Señor Jesucristo instituyó el Sacramento eucarístico cuando pronunció sobre el pan y el vino las palabras de la consagración; por lo tanto, desde el momento en que un legítimo ministro de la consagración pronuncia las palabras, hay Sacramento, y está en Él el Cuerpo y Sangre del Señor: luego ¿á qué vienen los concomitarios empeñándose en que sólo se halla en la comunión? Ellos confiesan como

nosotros que para efectuar la Eucaristía son imprescindibles las palabras consagratorias: luego la Eucaristía no se efectúa hasta que no se pronuncian dichas palabras, y al contrario; es un hecho, cuando son pronunciadas. Por consiguiente, en el instante mismo que acaban de pronunciarse hay allí sacramento, el cual no deja de ser hasta que se corrompan las especies de pan y vino; y aquí tenemos entonces el dogma de la Iglesia, la que, discurriendo mucho mejor que estos herejes, enseña que la *Eucaristía consiste no sólo en el uso, antes bien, en el Sacramento permanente.*

Artículo II.—De la Transubstanciación: único medio racional conforme con la fe.

De lo anteriormente expuesto resulta, que si la Eucaristía no se efectúa por impanación, consubstanciación, ubiquidad ó concomitancia, ha de realizarse de un modo más racional, es decir, que esté conforme con la intención y la voluntad del Salvador, cuya voluntad es significada por las mismas palabras consagratorias, y aclaradas y confirmadas por los testimonios de la promesa de la Eucaristía. Este modo lo enseña la Iglesia Católica mediante la voz: *Transubstanciación.*

Discurramos sobre la veracidad de este dogma. Jesucristo, teniendo un pan en sus manos, dice: «éste es mi cuerpo». No violentemos las palabras; son absolutas. Jesucristo no dice que con el pan que tiene en sus manos está su cuerpo, antes bien, no haciendo mención de aquel pan, asegura que lo que tiene en sus manos es sólo su cuerpo. Si así no fuera, las palabras, «éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre», serían falsas; porque falso es que el pan, como tal, sea cuerpo, y que el vino, como tal vino, sea sangre; asimismo, si las substancias de pan y vino no se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo el sentido de tales palabras será: «este pan es mi Cuerpo y este vino es mi Sangre», lo cual es contrario á lo que dijo Cristo y es además colocar un absurdo en boca del Hombre-Dios. Por otra parte, dice el Señor: «El pan que yo daré es mi carne»; no dice que dará pan con carne, sino

su carne sola, luego, deben desaparecer las substancias de pan y vino para dar lugar á sola la carne y sangre del Salvador.

No teniendo los protestantes subterfugio alguno para poder salir airosos en su escandalosa herejía, han pretendido sostener que el milagro de la transubstanciación es imposible; pero tambien les contestaremos con una autoridad que no pueden recusar: «Nada hay imposible para Dios», y por añadidura les presentamos las pruebas que aduciremos contra los deístas.

Para hacer odioso el dogma católico de la Eucaristía, han sostenido los luteranos que la voz *Transubstanciación* fué inventada por Inocencio III en el Concilio Lateranense IV. A esto respondemos que, aunque en dicho Concilio se usase por vez primera esa palabra, sin embargo, la cosa significada por ella, siempre fué creída en la Iglesia de Dios, nó de otro modo que lo que significa la voz *Transubstanciación*. Desde el principio mismo de la Iglesia dábase á entender este vocablo por las voces *mutación, transmutación,* usadas por los santos Cipriano, Gregorio Niceno y Crisóstomo y aun muy expresamente por S. Ambrosio; por las voces *transformación, transelementación* que las usaron S. Juan Damasceno y Teophilacto; y finalmente por las expresiones *conversión*, enunciada por otros Santos Padres y *cambiamiento,* voz usada por los griegos. Ahora bien: ¿qué diferencia real existe entre estas voces y la palabra *transubstanciación?* Ninguna; porque todas ellas significan propiamente la acción de cambiar real y totalmente una substancia en otra, la acción de pasar substancialmente de un estado á otro. Además, el Concilio Romano, convocado el año 1078 por S. Gregorio VII, condenó la herejía de Berengario que sostenía la misma doctrina enunciada por los luteranos impanadores: por eso no sé por que se quejan estos herejes de que la voz empleada por el Concilio Lateranense IV, y confirmada por los Concilios Constanciense, en el año 1414 para condenar los errores de Wiclef y por el Florentino, en 1438 para reprobar los errores de los griegos,

sea nueva en la santa Iglesia. Últimamente fué confirmada la sana doctrina en el Tridentino por el siguiente canon: «Si alguno dijere que en el sacrosanto Sacramento de la Eucaristía queda substancia de pan y vino juntamente con el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y negare aquella admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el cuerpo, y de toda la substancia del vino en la sangre, permaneciendo solamente las especies de pan y vino; conversión que la Iglesia Católica propísimamente llama *Transubstanciación;* sea excomulgado». Pueden estar, por consiguiente, fuera de toda duda los novadores.

Sin embargo no lo están; pues ¡es tan difícil mortificar el amor propio!... Y aquí está toda la dificultad; porque muchos de ellos conocen la verdad, pero el maldito respeto humano unido al amor propio, les son duros grillos con los cuales están fuertemente amarrados dentro de las tenebrosas cárceles del protestantismo. El dogma de la transubstanciación ha sido creído siempre en la Iglesia Católica; los protestantes tienen el deber de leer las profesiones de fe y estudiar las liturgias de los nestorianos, jacobitas, sirios, coptos, armenios y griegos cismáticos, algunos de los cuales están fuera de la Iglesia romana desde el siglo V, y en todas ellas encontrarán la expresión de la presencia real y de la *transubstanciación.* Extraña que Lutero y secuaces, defensores acérrimos de Nestorio, no se hayan fijado en la liturgia de éste. Tal vez no le hubieran defendido con tanto entusiasmo.

Tillotson expone un argumento contra la transubstanciación, argumento que han repetido Bayle, D. Hume y otros, y que los protestantes dicen ser la más fuerte objeción contra nuestro dogma. Se formula de este modo: cuando el dogma de la transubstanciación estuviere claramente revelado en la Escritura, nosotros no podríamos tener de su verdad más que una certeza moral, parecida á la que tenemos de la Religión Cristiana en general; ahora bien: nuestros sentidos nos dan una certeza física de que la substancia del pan se encuentra por todas las partes en que vemos

y palpamos los accidentes: luego esta certeza debe prevalecer á la primera y determinar nuestra creencia. Incomprensible parece, exclama el erudito Bergier, que unos hombres tan instruídos, se dejen deslumbrar con semejante sofisma. A la verdad; si este argumento hubiese sido proferido por algún idiota no tendría nada de extrañar; pero que haya sido repetido por hombres que se precian de eminentes filósofos causa mucha rareza. No obstante, habremos de contestar; y para el efecto aduciré unos pocos argumentos que no tienen réplica.

1.º La objeción de estos impíos debe hacer dudar también del misterio de la Encarnación á todos los que veían á Jesucristo y conversaban con Él, porque en efecto; ellos estaban físicamente ciertos que en Jesucristo había una persona humana, porque por todas partes veían y palpaban las propiedades sensibles de la humanidad; ahora bien: quien viese los prodigios que obraba y oyese sus palabras confirmadas por nuevos milagros, comprendería al instante, que la persona de Jesucristo no era humana sino divina: luego en este caso, aunque había, por la otra parte, certeza física, no podía prevalecer á la certeza moral.

2.º De semejante principio se deduce que no hemos de creer sino de lo que estamos físicamente ciertos, esto es, de lo que perciben nuestros sentidos en su estado natural. De él, asimismo, se infiere que no hemos de dar fe á ningún milagro, al menos que no le hayamos visto verificarse por el testimonio de nuestros sentidos, y efectivamente D. Hume se vale de semejante sofisma para atacar la certeza moral que se tiene de ellos; dice, que las pruebas morales no pueden prevalecer jamás á la certeza física; mas se puede contestar que de esta pretendida proposición se requería que un ciego por ejemplo, sería un insensato cuando cree á la palabra de los hombres que le aseguran una cosa contraria al testimonio de sus sentidos; se seguiría igualmente, que un hombre v. g. que ve de lejos una torre cuadrada, la que parece á él que es redonda, está bien fundado cuando se empeña en sostener que es redonda, á pesar del testimonio de

todos los que le atestiguan lo contrario. Estos ejemplos demuestran que el principio sobre el cual se funda el argumento de Tillotson es absolutamente falso, pues que en este caso, la pretendida certeza física no es en el fondo más que una ignorancia ó un defecto de conocimiento, pues que esta certeza no cae más que sobre las apariencias, y no sobre la realidad ó la substancia de las cosas: por lo tanto, si nosotros vemos en la Eucaristía las cualidades sensibles del pan y del vino, ¿nos atreveremos á afirmar que estas contienen á las mismas substancias? Aunque es verdad que de la presencia de las cualidades sensibles, concluímos que el cuerpo al cúal ellas están adheridas ordinariamente existe, sin embargo esta consecuencia no es esencial.

Asimismo; ¿pueden atestiguar nuestros sentidos que la substancia del pan está por todas las partes donde vemos sus cualidades sensibles? ¿Sabemos nosotros lo que son las substancias de los cuerpos despojados de estas cualidades? Claro que no. Estas substancias no caen debajo de nuestros sentidos, por lo tanto éstos no pueden atestiguar nada (1).

(1) Respuestas de Bergier.

CAPÍTULO XX

Deístas ó filosofastros frente á la transubstanciación

SUMARIO

Artículo I.—El Misterio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo no es metafísicamente imposible, y por consiguiente no está en oposición con la razón humana.

Artículo II.—¿Es posible la transubstanciación aun físicamente?

Se defiende nuestro dogma contra estos cuatro argumentos:

1.° La mutación que se verifica en la Eucaristía es generación ó corrupción.

2.° Las substancias de los cuerpos son inmutables.

3.° El todo no puede ser menor que su parte.

4.° Es cosa chocante decir que el pan se mude en Dios.

I. ¿Puede un ente convertirse en Dios?

II. Pero, ¿puede cualquiera ente convertirse en otro ser?

III. La transubstanciación es posible.

IV. ¿Por qué razón se hallará Jesucristo transubstanciado y no de otra manera?

Artículo III.—La transubstanciación es acción aductiva, no productiva.

Artículo IV.—¿Se aniquila la substancia de pan que se convierte en el Cuerpo de Jesucristo?

Hemos llegado al lugar del combate más terrible. Nos las habemos de ver con una serie de arteros incrédulos que rechazan magistralmente el dogma de la Eucaristía, por parecerles imposible y por consiguiente, en oposición abierta con la razón natural. Por cierto que el presente Misterio es tan profundo que precisa deslindar los límites de la razón

humana, y los que ocultan el propio Sacramento, á donde no es permitido en manera alguna penetrar. Empero, antes de entrar en la materia de la transubstanciación, considerada en sí misma, es preciso que sentemos y hagamos ver en términos generales que:

Artículo I.—El Misterio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo no es metafísicamente imposible y por consiguiente, no está en oposición con la razón humana.

En efecto: para que una cosa sea metafísicamente imposible, esto es, imposible en el orden del entendimiento, es absolutamente necesario que esté en contradicción consigo misma; es preciso que envuelva un absurdo manifiesto; es menester que del término del asunto de que se trata al que se pretende adoptar, exista un medio inmenso, infinito, imposible de superar; sería indispensable que el entendimiento humano no pudiese inventar ninguna razón sólida para probar que era posible. Ahora bien; ninguno de estos cuatro argumentos se dan en el dogma de la Eucaristía; porque en primer lugar, no está en contradicción consigo mismo, pues todos los prodigios que se predican de Él están en perfecta armonía unos con otros y con la naturaleza de las cosas; no envuelve ningún absurdo, porque la razón natural, al descubrir y darse cuenta del sublime cuadro que presenta la Eucaristía, aun en el propio orden natural, aprueba los principios y consecuencias que de Ella se originan, descubre en ellos un orden lógico, y sujeta su mente sin vacilar á un dogma que no comprende, pero que sabe que es certísimo; del término de las substancias y de los accidentes de pan y vino y de sus diversas propiedades, al de las substancias del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, no existe un medio tan infinito que no pueda superarse, puesto que, según iremos observando, al existir Jesucristo debajo de los accidentes referidos, ni padecen ilusión nuestros sentidos, ni hay asunto que aun físicamente pueda mejor explicarse; finalmente: un entendimiento sano y capaz, puede desenvolver y desbaratar todos los argumentos que en lugar de sofismas se

intentan proponer para negar el dogma de la Eucaristía. Esto por más que algo cuesta, no nos rinde. Si los incrédulos filosofastros no hacen otra cosa que ladrar y morder, ¿estaremos nosotros tranquilos sin ir á contenerlos? Los deístas no reconocen á Dios por autor de la revelación; pero precisamente han de reconocer un Ser supremo, una Causa primera y necesaria, que sea Causa de las segundas causas, que haya formado la razón humana, bajo pena de incurrir en la nota de mentecatos ó dementes. Nosotros afirmamos que esta Causa primera es autora de la revelación, y para evidenciarlo nos sobran tantas pruebas como á ellos les faltan para asegurar lo contrario; sólidas razones, autoridades no sospechosas, principalmente profecías comprobadas, milagros irresistibles y mártires sinnúmero. Acaso podrán los deístas presentar tantos argumentos en pro de su causa? Y al fin, si éstos motivaran la hilaridad, por ventura valen ellos más que nosotros? ¿Tendrán más derecho que nosotros á que se les crea? El Catolicismo desafía á cualquier enemigo suyo á que enseñe sus títulos y sus razones y promete que éstos han de quedar vencidos. Pero empleemos las mismas armas de que nuestros enemigos se valen para vencer nuestra constancia. Ya que no reconocen el orden sobrenatural, veamos si descendiendo nosotros al natural, la razón humana puede proclamar con satánico orgullo, que el Misterio de la Eucaristía es un absurdo.

Antes de entrar en cuestión tan importante preciso es desentrañarla para resolver mejor los argumentos contrarios y sentar las conclusiones por su orden.

Efectivamente, en el misterio de la Divina Eucaristía se realizan cinco capitales prodigios que son fuentes de otros muchos. 1.º Transubstanciación ó conversión singular de la substancia del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo respectivamente. 2.º Presencia de Jesucristo en toda la Hostia y en cada una de sus partes. 3.º Multilocación del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. 4.º Persistencia de los accidentes de pan y vino. 5.º Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Jesús.

I. La Transubstanciación abarca los siguientes estupendos milagros. En la Eucaristía: 1.° No queda ni la más mínima parte de las substancias de pan y vino. 2.° Subió Cristo al cielo y se quedó en la tierra. 3.° Baja del cielo y se queda en el cielo.

II. La presencia de Jesucristo en toda la Hostia y en cada una de sus partes contiene: 1.° Cristo está en la hostia no sólo después de la fracción de la misma sino tambien antes. 2.° Cristo no está en la Eucaristía de modo definitivo, ni dimensivo; sino sacramentalmente. 3.° Existe todo entero como está en el cielo.

III. La multiplicación del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, abraza: 1.° Jesucristo está en todos estos lugares del mismo modo: 2.° No puede ser movido por sí mismo, ó trasladado, sino por razón de las Especies. 3.° No puede ser alterado por otra causa exterior.

IV. Los accidentes eucarísticos: 1.° Están sin sujeto, esto es, sin substancia. 2.° Tienen existencia propia. 3.° Pueden ser alterados por una causa extraña y asimismo corromperse.

V. En último término, por medio de la Comunión: 1.° Se come el Cuerpo y se bebe la Sangre de Jesucristo. 2.° Sentimos lo contrario de lo que recibimos; esto es, sentimos el pan y el vino en lugar del cuerpo y de la sangre. 3.° Jesucristo es comido de todos y todo de cada uno y queda siempre entero. 4.° El mismo Redentor es el convite y el que convida.

He aquí veintiún milagros obrados en el Misterio de la Eucaristía (1); los cuales, á excepción de la 5.ª sección, que

(1) S. Buenaventura, en el célebre sermón que predicó en París sobre la Eucaristía, enseña que en este Sacramento se realizan veintiocho milagros, á saber: siete en la transubstanciación; siete en la persistencia de los accidentes; siete en la integridad del Cuerpo de Cristo; y otros siete en la verdad de la comida.

I. Los de la transubstanciación.—Aun cuando el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, sin embargo, en el Sacramento, nada se engendra, ni se corrompe, ni se altera, ni se aumenta, ni se disminuye, ni se muda localmente, ni se aniquila.

II. Los de los accidentes.—Aun cuando el ser de los accidentes esté en sujeto; sin embargo, después de la transubstanciación, los accidentes per-

procuraremos desarrollar en su lugar correspondiente, hemos de explicar á continuación, procurando presentar razones filosóficas, á fin de que los deístas no tengan efugio alguno por donde poder escapar.

Artículo II.—¿Es posible la transubstanciación aun físicamente?

Fijemos antes de todo los términos de substancia, accidente y especies. Substancia ó sustancia es una cosa que permanece debajo (substando) esto es, debajo de los accidentes, los cuales se adhieren á ella para sustentarse. Por lo tanto, entendemos en general por substancia un ser individual que persiste esencialmente el mismo, no obstante el cambio de las modificaciones ó cualidades que le sobrevienen sucesivamente; v. g.: sé que á pesar del cambio de mis ideas, voluntades, sensaciones, salud ó enfermedad que contínuamente me sobrevienen, yo soy siempre yo; estas modificaciones no pueden subsistir sin mí, pero yo puedo estar sin ellas, ya que ellas no son jamás yo. La substancia es antes que el accidente, el cual consiste en la cualidad que se adhiere á ella. (1). Especies, son las apariencias de pan y de vino que se manifiestan después de la transubstanciación. Esto supuesto:

Transubstanciación es la admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo, y de toda la substancia del vino en la Sangre de Jesucristo, permanecien-

---

manecen sin sujeto, y obran, mudan el sentido, prestan alimento, se parten, se alteran, y su mueven localmente, también sin sujeto.

III. Los de la integridad del Cuerpo de Jesucristo.—A pesar de que en este Sacramento se halle íntegro el Cuerpo de Cristo, como subió á los cielos, empero, también se halla totalmente entero en todas las hostias y en cada una de sus partes, ni es circunscripto, ni configurado á la misma especie, ni se halla contiguo á ella, ni es medido, ni consituado, ni condividido por la misma especie.

IV. Los de la real comida eucarística.—Aun cuando en la Eucaristía se da asimismo Jesucristo en comida, no obstante, no es percibido por los cinco sentidos corporales; ni sufre nada en el recipiente, ni se convierte finalmente en el cuerpo de este mismo.

He aquí los veintiocho milagros que, según S. Buenaventura, se realizan en la Eucaristía, los cuales se contienen totalmente en los veintiuno que nosotros hemos fijado anteriormente.

(1) Véase lo que con relación á los accidentes diremos más adelante.

do solamente los accidentes de pan y vino. De suerte que lo que aquí se cambia total, completa y substancialmente son las substancias de pan y de vino en el cuerpo y en la sangre respectivamente; por lo tanto, al permanecer los accidentes del propio modo que estaban antes de la transsubstanciación no padecen ilusión nuestros sentidos, porque con toda verdad, nosotros vemos, tocamos, olemos y gustamos esas mismas cualidades, aunque por cierto damos paso á la fe que nos enseña estar presente el Cuerpo y la Sangre de Cristo, detrás de la endeble cortina de los accidentes. Preguntamos ahora, ¿es posible semejante conversión? De ninguna manera, exclaman los incrédulos. En efecto: transubstanciación, añaden, es lo mismo que mutación ó cambio de substancia en substancia, y tal mutación no es otra cosa que generación ó corrupción, mas no transubstanciación; luego ésta no se verifica. Las substancias de los cuerpos constituyen su esencia, y ésta es inmutable, luego es imposible la transubstanciación. El todo no puede ser menor que su parte y así lo dió á entender Jesucristo cuando instituyó la Eucaristía. Es cosa chocante decir que el pan se mude en Dios. Hé aquí cuatro argumentos, fortísimos al parecer, capaces de espantar á un católico no acostumbrado á esta clase de disputas. Mas no posean tanto orgullo los deístas, porque van á ser humillados. Vayamos por partes.

1.° *La mutación que se verifica en la Eucaristía es generación ó corrupción; mas de ninguna manera transubstanciación.*—Esta proposición envuelve dos argumentos distintos; el primero es la misma proposición; el segundo es la consecuencia que se deduce de ella. Respecto á la primera, es cierto que tanto la mutación ó conversión que se realiza en la transubstanciación como en la generación ó corrupción es del todo en todo, según afirman los filósofos, pero en una y otra se verifica dicho cambio de muy diverso modo; porque en la generación el todo no sucede al todo según todas sus partes, pues idéntica materia común permanece en el engendrado que tuvo el genitor ó corrupto; mas en la transubstanciación se realiza un cambio total, se-

gún todas sus partes absolutamente tomadas; de suerte que ninguna parte correspondiente al término *á quo,* ó sea del pan, queda en el término *ad quem*, ó en el Cuerpo y Sangre de Cristo: luego la mutación que se verifica en la Eucaristía no es generación ó corrupción.

Pero de estas premisas (concluye la citada proposición) la transubstanciación no puede realizarse. Quisiera yo que los incrédulos me dijesen por qué razón no puede? Será porque en todo cambio ó mutación física queda algún sujeto común? Así lo afirman los pretendidos filósofos; á lo cual contesto que, tratándose de las causas segundas, como todas están circunscriptas á un cierto modo de obrar, y no pueden obrar de otra manera, es muy cierto que en toda mutación subsista un sujeto común; pero que tratándose de la Causa primera, la cual no está circunscripta á ningún modo de obrar, ni determinada á este ó aquel género ó especie, claro está que puede causar mutaciones sin que persista ningún sujeto común en los términos. Así vemos en el orden natural, pero mediante el agente divino, que la mujer de Lot fué convertida en estatua de sal; por manera que, la substancia de la mujer de Lot convertida ó transubstanciada, era sal y quien la mirase vería, no á la sal, sino á la figura de la mujer referida; hecho semejante á la transubstanciación eucarística.

2.° *Las substancias de los cuerpos son inmutables, luego la transubstanciación es imposible.*—Quien haya afirmado en tono magistral que las substancias de los cuerpos son inmutables, no ha llegado á apurar semejante materia. ¿Qué es la substancia ó esencia de un cuerpo? Hasta ahora ningún filósofo lo ha averiguado con certeza. Se dice que sus componentes son átomos, que agregados forman la molécula, y que cierto número de éstas forman un cuerpo; se asegura que existen moléculas simples, substancia de los cuerpos simples y moléculas compuestas, formadas de la combinación de dos ó más moléculas de cuerpos simples, bajo el influjo de las fuerzas de la naturaleza; se afirma que la substancia de los cuerpos tiene su materia, los átomos de

que está constituída, que por sí mismos la dejarían indeterminada, á no ser por la forma, cierta cosa análoga á los espíritus, que la determina y hace subsistir por sí misma. Escuelas hay *(la tomista)* que pretenden que en el acto de la combinación las moléculas simples pierden su forma propia é individual, y otras *(la escotista)* que aseguran lo contrario, aun cuando añaden que estas moléculas simples son informadas en su conjunto por la forma propia del compuesto. La teoría de los mónadas de Leibnitz; las observaciones de Balmes sobre la substancia de los cuerpos y, sobre todo, el sistema aristotélico que admite mudanzas de los cuerpos substanciados, muy poco hablan en favor de la inmutabilidad de la substancia de los cuerpos. Mas ni por éstos ni por otro ningún sistema filosófico se podrá demostrar hasta la evidencia la proposición que ha servido de argumento á los ateístas. Nada sabemos de la esencia de los cuerpos desposeídos de sus cualidades sensibles. «Del mundo corpóreo, añade el citado Balmes, conocemos su existencia, conocemos sus relaciones con nosotros, conocemos sus propiedades y sus leyes, en cuanto está sujeto á nuestra observación; pero á su íntima naturaleza, no alcanzan nuestros sentidos, no llegan nuestros instrumentos» (1). De este mismo sentir era el eminente Newton. Mal pueden, por consiguiente, los deístas sostener que las substancias ó esencias de los cuerpos son inmutables. Concediendo aun toda la autoridad y hasta veracidad que se quiera á la opinión escotista, aun cuando las moléculas simples no pierdan su forma individual al combinarse con otras; ¿sabemos nosotros si todos los átomos poseen igual ó distinta naturaleza, y si al ser algunos de diversa, contienen algún principio, no ya alterador, sí que también cambiador y aun destructor? ¿sabemos si aquellas moléculas simples al combinarse con las demás no podrán sufrir lo que acabamos de consignar respecto de los átomos? Empero hagamos una observación sencilla. Reduzcamos un cuerpo á cenizas; introduzcamos otro en un

(1) Filosofía fundam. tom. 4, lib. 9, cap. V.

estercolero; ¿aquellas substancias del cuerpo han cambiado ó no, al ser reducidas á cenizas y á la podredumbre? qué contestarán á esto los incrédulos? Creo que á esta observación no podrán oponer muchas razones. Un cuerpo podrá ser elevado á diferente temperatura, adquirir distinta forma geométrica, tomar distinto color, sabor, olor del que poseía; pero al fin sólo han cambiado los puros accidentes; se ha operado una transformación accidental; ha quedado en su interior la misma substancia que antes tenía; pero al pasar al estado de un puñado de cenizas, dicho cambio parece substancial, pues ha venido á no quedar de él más que aquel sujeto común de las transformaciones substanciales, la materia prima, como aseguraban los aristotélicos. ¿Qué responderán los ateos y deístas si les presentamos los ejemplos de la vegetación y de la digestión? La lluvia, el rocío, el aire, los gases, el abono, el calor, etc., al estar en contacto con la planta á la que van á enriquecer con sus distintas propiedades, ¿no se transforman en la misma planta? los manjares y el agua que tomamos, juntamente con los distintos fenómenos que se operan al tiempo de la digestión, ¿no pasan á invertirse en carne y sangre nuestros? Y podrán afirmar aun los incrédulos que las substancias de los cuerpos son inmutables? Podríamos repetirles la sentencia de Balmes dirigida á los filósofos, aunque aquéllos no la merezcan, por no serlo. ¿Qué es la substancia de los cuerpos? dice: «Difícilmente la podrán definir cuando no saben explicar lo que es», y añade: «Si al principiar los filósofos (1) sus tratados, en vez de decir la substancia es tal cosa, hubieran dicho: por el nombre substancia entiendo tal cosa, se hubieran ahorrado muchas dificultades».

3.º *El todo no puede ser menor que su parte, pues así lo dió á entender Jesucristo cuando instituyó la Eucaristía.*—He aquí el gran argumento del impío filosofastro Rousseau contra el dogma de la transubstanciación; argumento que no es moderno, pues Sto. Tomás dice textualmente en

(1) Tom. 4, lib. 9, cap. I.

el oficio del Corpus, que Jesucristo dió con su mano á los apóstoles, su propio cuerpo transubstanciado (1). Ni además tiene fuerza ninguna, puesto que Jesucristo existe de diferente modo en la Eucaristía á como existe naturalmente. Rousseau dió á entender con sus palabras que no sabía el catecismo de la doctrina Católica. En efecto; Jesucristo, cuando quiso instituír el Divino Sacramento, tomó el pan en sus sagradas manos y lo consagró, quedando Él realmente presente en la especie de pan. Ahora bien, dice Rousseau: si Jesucristo estaba entero en la especie de pan y ésta se contenía dentro de la mano, claro es que, siendo la mano parte del cuerpo, viene á resultar que ésta es mayor que el todo. Mas de ninguna manera; Jesucristo se halla en la Eucaristía por modo sacramental ó espiritual (2), mientras que, según estaba entonces hablando á sus apóstoles y ahora reside en el cielo, lo está por modo natural y orgánico. Contradicción habría en el caso que Jesucristo estuviese en los dos lugares del mismo modo.

Este argumento, lo mismo que el siguiente, no merecían contestación puesto que, cuando se trata con filósofos, se espera tratar con sujetos discretos y enterados de la materia, lo cual no demuestra el filósofo Ginebrino.

4.° *Es cosa chocante decir que el pan se mude en Dios.* —Sí por cierto; pero á nosotros nos choca más todavía que los filosofastros impíos profieran ridiculeces. Esta manera de argumentar, como he insinuado en el párrafo anterior, no es de verdaderos filósofos; lo es de necios que, habiendo agotado todo el caudal de su vana argumentación, comienzan por reirse, mofarse de su contrario y apostrofarle. Nosotros, empero, tendremos paciencia y contestaremos: Dios no se muda. ¿Acaso habrán meditado ellos alguna vez siquiera que Dios es inmutable? (3) Luego Dios ni puede cambiar nada por medio del pan, ni adquirir ninguna condición

(1) Cibum turbæ duodenæ, se dat suis manibus. Himno de Vísperas.
(2) Véase mas adelante, donde explicaremos semejante modo de existir Cristo en la Eucaristía.
(3) Véase la siguiente proposición.

con él. Pero Jesucristo que es Hombre y Dios, á pesar de semejantes filósofos, aun cuando tampoco experimente semejantes mutaciones, empero puede, sin costarle trabajo alguno, llevar á la existencia un Misterio como el presente, ¿cómo, añade el P. Feller, puede el deísta que cree que Dios es omnipotente, negar que Él puede destruír una cosa y ocultar otra bajo la figura de aquella primera que ya no existe? (1).

A todo esto se reducen los argumentos de los incrédulos contra el dogma augustísimo del Catolicismo. Rebatidos ellos, vamos á exponer ahora filosóficamente, que el dogma de la Transubstanciación es muy posible.

El doctor sutil, investigador profundo, formula las siguientes preguntas: ¿Puede un ente convertirse en Dios?; ¿puede cualquier ente convertirse en otro ente? Veámoslo:

I. *¿Puede un ente convertirse en Dios?*—Escoto responde del siguiente modo: Nada puede convertirse ni como término *á quo*, ni como término *ad quem*, á no ser que el ser y no ser de ellos, se hallen totalmente debajo de la virtud del que se convierte; es decir: ningún ser puede convertirse en otro ser, ora sea como sujeto para convertirse en otro, ora se halle como término opuesto, para recibir dicha conversión, á no ser que su existencia y no existencia estén absoluta y totalmente debajo de la virtud ó poderío del que se convierte. Ahora bien; ninguna cosa que sea intrínseca en Dios, está debajo del poder divino, porque este poder no mira al objeto sino como posible; pero, como lo que es intrínseco en Dios, es necesario, de suerte, que no hay libertad en Él para dejar cambiar algo de su naturaleza divina intrínseca, luego no es posible que un ente se convierta en Dios (2).

Enseña además (3) que nada puede convertirse en la natu-

(1) Catecismo filosófico. lib. IV, art. IV, §. IV.

(2)....Nihil potest converti nec ut terminus á quo, nec ut terminus ad quem, nisi cujus esse totaliter subest virtute convertentis; nihil autem intrinsecum Deo subest potentiæ divinæ, quia illa potentia non respicit pro objecto, nisi possibile; sed quidquid est Deo intrinsecum est necesse esse. Lib. IV, sent. dist, XI, q. II. (a)

(3) Id.

raleza divina, porque entonces, la naturaleza divina podría asimismo convertirse en otro ser, por razón de que los términos de esta conversión pueden ser mútuamente términos; en este caso la naturaleza divina podría comenzar á estar en alguna parte donde antes no estuvo, ó de aquel modo que no estuvo, lo cual es inconveniente.

II. *Pero puede cualquiera ente convertirse en otro ente?* —En términos generales, pueden realizarse semejantes conversiones en las criaturas, porque ambos términos, el convertido y el que recibe en sí esa conversión, ó sean los términos *á quo* y *ad quem*, se hallan supeditados á la virtud ó potencia divina.

Pero descendiendo al modo como debe entenderse y aplicarse esta proposición, es necesario advertir que las criaturas están sujetas ó se hallan debajo de la omnipotencia divina, en cuanto á aquello que no envuelve repugnancia, porque según he indicado anteriormente, el término de esta divina omnipotencia es el ente posible, no el imposible.

De esto se deduce, que todo aquello que no puede simultáneamente existir sin otro, de ninguna manera puede convertirse en este último, por manera que la relación no puede convertirse en su correlación intrínseca por la simultánea coexistencia de ambas, ni el todo puede convertirse en sus partes al propio tiempo unidas, debido á la misma razón.

Asimismo, por razón de repugnancia, ni el cuerpo puede convertirse en espíritu, ni éste en aquél, según enseñan San Agustín (1) y Boecio (2).

Asegura, además, el sutil doctor, que un ser puede convertirse en otro, aun cuando no quedase nada del convertido; lo cual prueba, manifestando que esta conversión consiste en el cambio de uno, según su ser total, en otro, y esta totalidad exige que pueda no quedar nada del término *á quo*, ó del convertido. Esta consecuencia es aplicable al dogma eucarístico, pues sabemos que los accidentes están sostenidos únicamente por milagro.

---

(1) 7 super Genesis, cap. 12.
(2) Lib. de duabus naturis et una persona Christi. cap. 7.

III. *La transubstanciación ¿es posible?*—Después que el doctor sutil ha demostrado que un ser puede convertirse en otro, con las limitaciones anteriormente fijadas, pasa á investigar si la transubstanciación es posible. Con efecto; la posibilidad de la transubstanciación se funda en la plena dependencia que tienen ambos términos mencionados *á quo* y *ad quem*, de la omnipotencia divina; por manera que dicha posibilidad tiene su principio en la no repugnancia de que Dios puede verificar la referida conversión. Por lo tanto, para que la transubstanciación pueda llevarse á efecto ha de ser posible por parte de Dios y por parte de los términos. Por parte de Dios lo es, puesto que el Omnipotente puede obrar independientemente de toda causa creada, y la causa material ó la materia prima puede depender, ser creada y conservada por el mismo y solo Dios.

Es también posible por parte de los términos referidos; porque la substancia que puede ser nueva según el todo y sus partes, puede, en efecto, dar lugar á otra substancia, puesto que puede totalmente dejar de ser; ahora bien: existe alguna substancia que puede ser totalmente nueva, según el todo y sus partes, como existe también alguna otra que del mismo modo puede dejar de ser; luego ésta que deja de ser puede dar paso totalmente á la que totalmente entra á reemplazarla y por consiguiente, puede ser convertida totalmente en esta última y transubstanciarse de este modo. Queda confirmada la demostración, porque, ni el total comienzo de la substancia que entra, ni la total retirada de la que sale, incluye contradicción, según las razones anteriormente expresadas, cuyo paso es una verdadera y propia transubstanciación (1). En el Misterio eucarístico las substancias que dejan de existir son el pan y el vino, términos *á quo,* reemplazadas por las nuevas substancias del Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, términos *ad quem.*

Sto. Tomás, aun cuando funda también el prodigio de la transubstanciación en la omnipotencia del Ser Divino, empe-

(1) Escoto. lib. IV, sent. dist XI, q. I, Scholium:

ro da otra explicación diferente á la de Escoto, bellísima como todas las suyas. Hela aquí: Todo agente obra según su modo de ser. *Operatio sequitur esse.* Todo agente criado pertenece á alguna categoría de seres, y como tal, es determinado en su género y en su especie; esto es, en su modo de ser; por cuya causa ha de obrar precisa é invariablemente sobre seres determinados y existentes ya por su forma. Así pues, ningún agente natural creado puede obrar otra cosa en otro ser que mudarle la forma, bien sea la geométrica, ó la configuración exterior de la materia, también la substancial como el calor del estómago hace que se cambien los alimentos en nuestra carne y sangre; por manera, que toda operación del ente creado, se reduce á una conversión formal. Empero Dios, acto puro é infinito que no pertenece á ninguna categoría de seres creados, por cuya razón es indeterminado en su acción y en su modo de ser, extiende su acción, no sólo sobre la que llevan á cabo los agentes naturales, sino sobre toda la naturaleza del ente. En consecuencia; si aquéllos no podían producir más que cambios puramente formales, causando que la forma de un ser sucediera á otra, Dios puede ejecutar cambios esenciales, ó de toda la substancia, y esto mismo es lo que se efectúa en la Eucaristía; el cambio ó conversión de la substancia de pan y vino en la del Cuerpo y Sangre de Jesucristo Señor Nuestro (1).

Leibnitz, que, según creo, no será sospechoso á nuestros adversarios, defiende la posibilidad de la transubstanciación del siguiente modo:... «Si, pues, la substancia de una cosa consiste en lo que constituye la identidad de esta cosa, aunque bajo diversos estados de magnitud ó de cualidades, y si esta misma substancia no se divide, ni se altera en la división y alteración de sus dimensiones, sino cambia; aunque cambien sus cualidades, resulta que es en realidad diferente de ellas. Ahora bien; todo lo que en realidad es diferente, puede ser separado por la omnipotencia de Dios, de mane-

(1) III part. q. 75, a. 6.

ra, que lo uno subsiste mientras que lo otro está destruído, ó que lo uno y lo otro existan separadamente. La naturaleza misma separa las dimensiones y las cualidades, no dejando permanecer más que la substancia, pero entonces reemplaza lo que ella ha quitado. Pero nada se opone á que Dios impida la sustitución natural, que la interrumpa y suprima, pero que permanezca la esencia en sus dimensiones y cualidades.... Dios puede quitar la substancia y conservar las dimensiones y cualidades. En esto no se nos puede contradecir, porque las razones son exactamente las mismas por las dos partes, admitida una vez la diferencia real: de la voluntad de Dios depende la esencia misma, de igual modo que la unión de la substancia y de los accidentes».

IV. *Mas ¿por qué razón se hallará Jesucristo transubstanciado y no de otra manera?*—Sto. Tomás discurre que solamente de este modo puede ponerse Cristo en la Eucaristía.

—Escoto enseña que puede ponerse de otra manera.

—Sto. Tomás, afirma que no puede existir localmente en la Eucaristía.

—Escoto asegura que no hay contradicción en que esto pudiera realizarse. Pero estudiemos á ambas lumbreras.

En efecto; una cosa, dice el angélico, no puede hallarse en el lugar que no estaba antes, sino de dos modos: ó por el cambio de lugar ó por la conversión de otra substancia en ella. Ahora bien; el Cuerpo de Jesucristo no puede hallarse en la Eucaristía por un movimiento local, porque lo que se mueve localmente no puede encontrarse en diferente lugar, sino abandonando aquél en que antes estaba. Por lo tanto, si el Cuerpo del Salvador pasase al Sacramento por un movimiento local, dejaría de estar en el cielo. Luego no puede encontrarse en la Eucaristía, sino del segundo modo. Además; es imposible que el movimiento de un cuerpo movido localmente se termine á dos lugares diferentes bajo el Sacramento, luego el modo con que lo verifica debe ser por conversión de otra substancia en él. Por otra parte, lo que se convierte totalmente en otra cosa, no existe desde el mo-

mento en que se efectúa esta conversión; luego la substancia del pan no existe en la Hostia después de la consagración, antes bien es convertida en el Cuerpo del Señor (1).

Cierto filósofo (2) eminente fué de parecer que no puede oponerse nada á este razonamiento de Sto. Tomás; empero el valiente Dunsio Escoto, de quien nadie se acuerda, porque sus obras están sobre el alcance de las inteligencias comunes, se presenta cual centinela fiel, para rechazar los argumentos que se formulen á su más que sutil entendimiento. Contestando, pues, á este punto con toda la tranquilidad posible, enseña en primer lugar que Jesucristo puede ponerse en la Eucaristía de otro modo que no sea el de *conversión; y* lo prueba de este modo: «Manifiesta cosa es, (3) que la conversión no es la razón formal de estar el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, ni como presente, porque pasando el acto de la conversión, subsiste el Cuerpo del Señor; ni como pasada, porque entonces, Dios no podría hacer que su cuerpo no estuviese en la Eucaristía, á la manera que no puede hacer que la conversión pasada no sea pasada, mas puede destruír la presencia sacramental. Tampoco lo que se llama Sacramento, esto es, las especies separadas, son la formal razón de estar el Cuerpo de Cristo, porque no están formalmente en dicho Cuerpo, ni por ellas se halla formalmente alguna cosa en este mismo Cuerpo.

En efecto; Dios puede hacer algo en la criatura, sin aquello que no es la razón formal de su ser, ni en modo alguno de su esencia: ahora bien; ni la conversión, ni el Sacramento, como hemos visto, son la razón formal de estar el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, luego Dios puede hacer que el mencionado Cuerpo esté en la Eucaristía, sin ninguno de ellos, esto es, sin la conversión de la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo, y sin la separación de las Especies....

Todavía más: no existe mayor repugnancia para que el Cuerpo de Cristo esté al propio tiempo con la substancia

(1) 3 p, q. 15, a. 2.
(2) P. Ráulica. Armonías de la Eucarist. Conferencia 19, ob. 4.
(3) Lib. IV, sent. dist. X, 9. III.

del pan, que la que hay para que esté con la cuantidad del mismo pan, porque no repugna más la substancia á la substancia que la substancia á la cuantidad, en cuanto á la simultaneidad; pero es cierto que Dios puede hacer que el Cuerpo de Cristo, existente en el cielo, pueda estar al propio tiempo con la cuantidad del pan; luego puede también obrar que el Cuerpo de Cristo pueda estar al mismo tiempo con la substancia del pan, con su cuantidad, y por consiguiente, sin la conversión». En vista de estos lógicos razonamientos nadie debe sospechar que Escoto participase de la herejía luterano-sacramentaria á saber: que Cristo se halla con el pan después de la consagración, porqué una cosa es afirmar que así sea, y muy diferente probar que Dios pueda verificarlo, como en realidad lo puede, aun cuando de hecho no haya querido ejecutarlo de esa manera.

Además, Jesucristo puede ponerse localmente en la Eucaristía. Dice así el doctor sutil: «Si pues hemos demostrado que el Sacramento puede ponerse con la substancia del pan juntamente con su cuantidad, es más fácil hacer que el Cuerpo de Cristo se halle en alguna parte en su modo natural que sin él, ó sin el sacramental, porque para ponerse de este modo se necesitan dos milagros, mientras que para estar del modo primero, solo se necesita uno; para estar del modo sacramental, es menester: 1.º, causar la presencia del Cuerpo de Cristo en el Sacramento, y 2.º separarle de su estado natural; ahora bien: Dios puede obrar, que el Cuerpo de Cristo pueda existir con la substancia del pan, juntamente con su cuantidad por modo sacramental, esto es, no natural, luego *a fortiori,* puede ponerlo por modo natural.

Si se arguye que la relación no puede ser hecha sin el propio término, como sin el fundamento, y que el propio término de esta presencia es algún sacramento, á saber: algo sensible que llene el lugar con el cual, ó bajo del cual esté el Cuerpo de Cristo no localmente; respondo, que no es más imposible que el Cuerpo de Cristo se halle con aquel modo que con éste, esto es con la substancia; luego no repugna más que esté con la substancia del pan que con la

cuantidad sola y por consiguiente, si no repugna el estar de ambos modos con la presencia sacramental, luego tampoco repugna el existir con la natural.

De este mismo modo puede hallarse Jesucristo en todas las hostias.

S. Buenaventura (1) escribe lo siguiente sobre el modo de la conversión eucarística. Si se pregunta (dice) bajo que género de movimiento ó de mutación se contiene el cuerpo y la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, débese responder que semejante cambio es *singular*, que no existe ningún caso que se le asemeje plenamente: mas se le puede semejar en alguna manera. Por cuanto en esta mutación no subsiste ningún sujeto común, se asemeja á la *creación;* por cuanto que el principio inicial de la conversión es algo, es desemejante á la creación y se parece á la *generación;* por cuanto que el término final carece de algo hecho de nuevo, antes bien existía ya, no se parece con la generación y se conforma con el *aumento;* por cuanto que el Cuerpo de Cristo no crece por esto, sino que existe en muchos lugares, es desemejante al *aumento* y se parece á la mutación del lugar. Finalmente, por cuanto existe en otro lugar y no se aparta del propio sitio que es el cielo, antes bien alguna cosa se convierte en Él, y por consiguiente es desemejante á todo movimiento y mudanza, su propia mutación es absolutamente *singular.*»

He aquí bosquejada en frases bellísimas la conversión de las substancias del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

Artículo III.—La transubstanciación es acción aductiva, no productiva

Es esta una cuestión debatida calurosamente en las escuelas. Alejandro de Alés, S. Buenaventura, Escoto, Mayrón y Ricardo, juntamente con otros insignes teólogos, afirman que para que se efectúe la Transubstanciación, no es necesario que las substancias del Cuerpo y Sangre de Jesucristo

(1) Lib. 4. sent., dist. XI, p. I, q. 11.

se reproduzcan en el Sacramento, sino que basta la aducción de estas mismas substancias á la Eucaristía, por producción de una nueva presencia á las Especies eucarísticas.

Algunos doctores, como Suárez, pretendieron que la transubstanciación consiste en la conversión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo continuada y repetida en virtud de las palabras consagratorias, las cuales producirían lo que denotan, si por otra parte no existiese de hecho el Cuerpo de Jesucristo. Pero á nosotros no corresponde ahora entrar á discutir esta opinión privada.

El Concilio Tridentino confiesa que el dogma de la Transubstanciación consiste en la admirable y singular conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y de toda la substancia del vino en la de su Sangre. Por cierto que esta conversión se infiere por aquello que el Redentor, al tener el pan en sus venerables manos, quiso eficazmente se convirtiese en su propio Cuerpo, ejecutándose así mediante las palabras consagratorias. Ahora bien; todo esto se hubiese obrado, aunque el Cuerpo y la Sangre de Cristo no fuesen reproducidos, sino traídos á las especies de pan y vino; luego para la citada conversión, aun en la mente del Tridentino, no se requiere la reproducción del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.

Que la Transubstanciación se pueda obrar sin que las substancias del Cuerpo y Sangre del Redentor sean reproducidas, se prueba, primero; porque las palabras de la consagración, supuesta la aducción mencionada, resultan siempre verdaderas; lo cual se patentiza por dos motivos; el primero, porque los sacramentos causan lo que significan, y la forma de la consagración significa indispensablemente la presencia de Jesucristo bajo las Especies consagradas, luego la predicha forma causa precisamente semejante admirable presencia, la cual se explica perfectamente por la *aducción*. La sentencia opuesta arguye que Dios no confiere en vano virtud á los Sacramentos, y de consiguiente dió virtud á las palabras consagratorias para que hicieran el Cuerpo de Cristo; á lo cual contestamos que Cristo Nuestro Señor dió

realmente á estas palabras virtud de hacer el Cuerpo de Cristo, pero no simplemente, de tal modo que cuando se pronunciaran, le hicieran de nuevo, porque Él existe ya, sino que las dió virtud para producir una nueva presencia del Cuerpo y Sangre de Cristo, los cuales se ponen en lugar del pan y del vino. Por consiguiente, como Dios no confiere en vano virtud á los Sacramentos, por eso mismo no debió dar virtud de hacer, lo que ya está hecho; empero, la hubiera dado si no preexistiese el Cuerpo de Jesucristo, porque era necesario para que resaltase la verdad de las palabras consagratorias.

En segundo lugar, la Transubstanciación consiste en el tránsito de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la del vino, en su sangre; ahora bien: semejante tránsito se verifica si por aducción el Cuerpo de Cristo se pone en la Eucaristía; porque se ha de advertir la razón por que el pan se convierte en el Cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre. Se dice que el pan se convierte en el Cuerpo del Salvador, porque por fuerza de la posición de este Cuerpo cesa de existir el pan, ¿quién duda que este acto es una verdadera transubstanciación?

Se ha de notar, asimismo, como dice Henno (1), que en la transubstanciación intervienen con todo rigor dos acciones, tanto en nuestra opinión como en la contraria; en la nuestra, la primera es la aducción y la segunda la transubstanciación; por la primera, Jesucristo, estando en el cielo y sin faltar del cielo, viene á estar ó ser en la Eucaristía en lugar del pan; y por la segunda, deja de ser el pan y comienza á ser ó estar el Cuerpo de Cristo en el Sacramento; y he aquí la conversión de la substancia del pan en el Cuerpo del Salvador, el cual una vez que se corrompan las especies, deja de estar en ellas, perdiendo sólo la presencia mas no la substancia.

Lo que digo del pan y del cuerpo, digo también respectivamente del vino y de la sangre; por lo tanto; debemos

(1) Tract. de almo Euchar., Disp. 4.°, Quæst. II, Concl. 1.

tener en cuenta que cuando la aducción se llama transubstanciación y viceversa, se toma impropiamente ó por algún concomitante. En la sentencia opuesta, la primera acción es la reproducción y la segunda la transubstanciación; por ésta es por la que se reproduce el Cuerpo de Jesucristo, y no por la anterior. El pan en efecto no se sobresubstancia en el Cuerpo del Señor, por dos motivos: primero porque puede reproducirse el cuerpo y no transubstanciarse el pan; segundo porque si esto último aconteciese, el Cuerpo de Jesucristo sufriría alteración, recibiendo en sí aquel pan, lo cual no puede afirmar ningún católico, porque es cierto que dicho pan se destruye por voluntad y decreto del Altísimo.

En tercer lugar se ve que nuestra sentencia es más probable, por algunos absurdos que se siguen de admitir la opuesta. Es el primero, que según esta opinión, Jesucristo no es el mismo que padeció y murió por nosotros, como de ningún modo concurra á la reproducción de sí mismo. Segundo, que cuantas veces se destruyan las especies eucarísticas, otras tantas se destruye la substancia corporal del Salvador, porque si cada vez que se consagra, se reproduce el Cuerpo de Cristo, al corromperse las especies, debe igualmente destruirse. Tercero, de lo que se deduce, que Dios, en cada uno de los momentos que se obren semejantes acciones, crea y aniquila el Cuerpo de Cristo.

Los argumentos que nos oponen, deducidos de algunas autoridades de SS. Padres, como el de S. Ambrosio, *Ex pane, fit caro Christi*. Del pan se hace el cuerpo de Cristo; no tienen fuerza alguna contra nuestra opinión, pues las palabras *ex* ó *de* no significan precisamente que de uno se produzca otro, antes bien que uno suceda en el lugar del que deja de existir.

Artículo IV.—Si se aniquila la substancia de pan que se convierte en el cuerpo de Jesucristo

Acabamos de estudiar que es verdadera transubstanciación aquella acción según la cual, por fuerza de ponerse el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo en la Eucaristía, cesa de

existir el pan. Pregunto ahora, semejante cesación ¿en qué consiste? ¿el pan se aniquila? ¿pasa materialmente al Cuerpo de Cristo? ¿cambia en otra substancia mejor? Lo investigaremos.

Conocemos por la fe que las substancias de pan y vino se convierten respectivamente en el Cuerpo y en la Sangre del Salvador; hemos averiguado también de que manera puede entenderse esta conversión; de consiguiente, poca solidez tendrá aquella opinión que asegura que la cesación del pan y vino consiste en una corrupción negativa, esto es, una suspensión del divino influjo, por el cual, el pan y el vino se conservan antes de la consagración.

Tampoco es conversión la aniquilación. Los que la defendieron creyeron que en el mero hecho de faltar las substancias de pan y vino quedaban aniquiladas; al efecto daban dos razones; 1.ª que la aniquilación es acción corruptiva, por la cual se hace que la cosa deje de ser, de suerte que después de la corrupción venga á reducirse á la nada: 2.ª que lo que absolutamente deja de ser, de suerte que no pueda reproducirse, á menos por creación, se juzga que cesa por aniquilación. Mas todo esto eran formidables castillos en el aire, puesto que ni por corrupción, ni por otro motivo se salva que el pan y el vino se deban convertir en el Cuerpo y Sangre del Salvador. Además, lo que se aniquila, no existe, ni aun como término para que se efectúe la debida conversión de substancia en substancia. Luego las substancias de pan y vino no cesan por aniquilación.

Se convertirán materialmente en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Ninguna cosa, según tenemos advertido, puede adquirir el Cuerpo del Señor en la Eucaristía, y esto sucedería si las substancias de pan y vino se convirtiesen materialmente ó se trasladasen esencialmente al Cuerpo y Sangre del Redentor. Los mismos que opinan por la transubstanciación productiva, que también debían admitir por precisión esta consecuencia, se ven obligados á confesar que el *pan falta* ó *deja de ser por conversión,* y esto porque la fe se arroja encima al afirmar que en la Eucaristía después de

la consagración sólo quedan los meros accidentes. Mas con expresarse de esta manera, con asegurar que las substancias de pan y vino cesan ó dejan de ser por conversión salvan la fe, pero no explican nada, quedándonos como antes, sin saber qué es lo que sucede á semejantes substancias.

El doctor seráfico (1), empero, quizá nos saque de algunas obscuras perplejidades al opinar que las substancias de pan y vino, después de la consagración, se conmutan en otras substancias mejores; cuáles sean éstas, no lo explica; si en realidad fueran el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo entenderíamos únicamente que la transubstanciación no es ni aniquilamiento, ni conversión material en el Cuerpo y Sangre del Señor, sino real y substancial, sin entender qué es lo que acontece á las substancias de pan y vino.

Creo haber tratado con detenimiento esta ímproba materia; réstame observar no obstante que los deístas ante las anteriores sólidas pruebas no pueden con sensatez blasfemar de la Santa Eucaristía, tanto más cuanto que muchos partidarios suyos han proferido honrosas expresiones en favor de nuestro dogma, que no han sido despreciadas por los católicos. El famoso protestante Voet, ministro de Utrech, quizá aun contra su gusto y el de sus partidarios, declaró que la transsubstanciación era muy posible. Voltaire se reía de los protestantes porque veneraban la impanación y no admitían aquel bello dogma, que, según decía él mismo, no es menos admisible que el de la Encarnación. Muchos otros incrédulos, por la misma razón que Voltaire, se mofaron de los protestantes, con lo cual venían á apoyar el dogma católico de la Eucaristía.

Pero ¿á qué apelar al testimonio de los impíos filosofastros si se halla de nuestra parte la razón basada en la verdadera filosofía?

---

(1) Lib. IV, sent. dist. XI, p. I, q. II.

CAPÍTULO XXI

Deístas y filosofastros frente al modo con que Jesucristo se halla en la Eucaristía

SUMARIO

Artículo I.—¿Es posible filosóficamente que el Cuerpo de Jesucristo se halle todo en toda la Hostia, y todo en cada una de sus partes?

I. Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.
II. Impenetrabilidad de los cuerpos.
III. Extensión de los cuerpos.
IV. Un cuerpo ¿puede estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes del mismo lugar?
V. Pero es innoble para Dios que Él mismo se aprisione en un lugar tan reducido?

Artículo II.—Posible es que Jesucristo se halle todo en la Hostia y todo en cada una de sus partes.

Artículo I.—¿Es posible filosóficamente que el Cuerpo de Cristo se halle todo en toda la Hostia y todo en cada una de sus partes?

Acabamos de probar filosóficamente, que el gran dogma de la transubstanciación es muy posible; que no repugna á la sana razón que el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo estén sacramentalmente presentes en la Eucaristía debajo de los accidentes de pan y vino, como tampoco envolvería ningún absurdo el que se hallasen en la misma Eucaristía en su modo natural. Mas en el presente capítulo, supuesta la inconmovible base de la transubstan-

ciación, vamos á indagar si es conforme á la razón y á la física, de conformidad con las teorías modernas, el que Jesucristo esté presente todo en toda la Hostia, y todo en cada una de sus partes, es decir: escudriñar si todo el Cuerpo y todas las partes de este mismo Cuerpo vivo, se hallan sin confusión, no sólo en la Hostia y en la parte más mínima de ella, sino en todas y cada una de las partes de la misma.

Escandalizados los deístas, á causa de su misma incredulidad, y á falta de lógico discurso, se levantarán á voz en grito contra esta esencial parte del dogma eucarístico, oponiendo las dificultades que sabe proponer la falta de fe, hija de las pasiones, y la escasez de luz natural, procedente del poco ó ningún estudio sobre una filosofía y una física verdaderas. El volumen de un cuerpo organizado, que no puede contenerse sino en un espacio suficiente de lugar; la impenetrabilidad, según la cual dos cuerpos no pueden ocupar un mismo lugar; la extensión que debe disfrutar este mismo cuerpo y todas sus partes; el que un cuerpo no pueda estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes del mismo lugar; á más de que es innoble para Dios que se aprisione á sí mismo en sitio tan reducidísimo: son cinco fortísimos argumentos que oponen los deístas á la enunciada proposición, deducidos los cuatro primeros del estado y propiedades de los cuerpos, originado el último de la grandeza de Dios, atributo moral suyo.

Empero no nos espantamos. Á un niño no le aterroriza la imagen de un fornido militar, después que ha observado que esa imagen, por perfecta que sea, no es el militar mismo según creía; á nosotros, aunque niños, que poseemos escasa luz de las cosas presentes, pero al menos luz no fantástica, sino apoyada en la revelación y recta razón, no nos asustan los quiméricos dardos de nuestros adversarios, después que hemos notado que son vanos é ilusorios. Por esto mismo, resolveremos las cinco pretendidas dificultades, explicando lo que la razón humana puede conocer acerca de la esencia de un cuerpo organizado, de la impenetrabili-

dad y extensión, propiedades notables de los cuerpos, y manifestando que no es innoble á Dios el que se haya quedado sacramentado entre los hombres.

I. *Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.*— Los peripatéticos admitían como constitutivo de los cuerpos, dos substancias realmente distintas, aunque incompletas; la una denominada *materia prima*, que era el cuerpo en potencia y de sí indiferente para recibir cualquiera forma; y la otra llamada *forma substancial*, deducida de los agentes naturales, era recibida en la materia prima como en sujeto, é informaba por consiguiente el cuerpo. Todas las demás hipótesis se reducen á determinar una especie de materia y forma de los cuerpos, la materia formada de elementos distintos, pero que se unen y la forman. La opinión que ha prevalecido entre los físicos modernos y por la que se puede explicar mejor la no repugnancia de nuestro dogma, aunque, según dijimos, no deja de ofrecer dificultades, es aquélla que hace constituír la substancia de los cuerpos en moléculas y en último resultado en átomos, pero que siempre es definida. Sabemos esto, pero siempre quedamos preguntando: ¿Cuál es la constitución íntima, el volumen, la amplitud de un cuerpo? No ignoramos que consta de elementos, de moléculas y hasta de los átomos mencionados, pero ¿cuáles son sus cualidades íntimas?; la molécula ó substancia del cuerpo enteramente diferente de los accidentes es en extremo pequeña, es mucho más pequeña de lo que podamos imaginarnos. Moigno asegura que muchos sabios creen haber probado que el número de moléculas contenidas en un milímetro cúbico de agua, está expresado por un número mayor de veinte ceros. Si este número raya en lo misterioso aun podemos asegurar que, en caso de concentración prodigiosa, la molécula puede dar lugar á innumerables átomos, ó moléculas de un cuerpo cualquiera, y como afirma el expresado autor, es capaz de prestar cabida aun á los átomos y á las moléculas, en número indefinidamente grande, del mundo entero (1). He ahí por que indica suma

(1) Esplendores de la fe, cap. 31.

ignorancia de la física é hipótesis modernas y es abusar al propio tiempo de los pacientes lectores, oponer el volumen del Cuerpo de Jesucristo á su presencia real en el lugar que había ocupado, no ya en muchas moléculas que constituían el pan ó la hostia, sino en una sola molécula de este mismo pan ú hostia.

La creación misma presenta fortísimas pruebas para demostrar que la esencia ó substancia de los cuerpos respectivos puede contenerse en un reducido volumen, muchas veces imperceptible. No pretendo que se dé crédito á las paradojas de Newton y de Keill, quienes reducen á una pulgada ó á un punto toda la materia del universo; pero sabemos que corpulentos árboles se encontraron en su principio en la pequeñísima semilla, apenas perceptible á la vista, de la que brotaron; plantas vistosas y altísimas, se desarrollaron de imperceptibles semillas; pero qué más? puntos sensibles contienen infinitos imperceptibles. Si alguno respondiera que, constituído de este modo el Cuerpo de Jesucristo, no gozaría de sus partes orgánicas sin confusión y acumulación; los brillantes rayos que despide una imagen de gran tamaño, un paisaje, un pueblo entero, todo cuanto pueda alcanzar el órgano de la vista ¿no se pinta real y simétricamente en la retina del ojo humano? Cómo puede ser esto? Se dirá que es debido á las leyes físicas de la refracción, pero asimismo insisto, ¿quién ha dispuesto esas leyes tan admirables? El Autor del hombre. Pues si Dios puede obrar que inmensas distancias y objetos contenidos dentro del espacio que señalan semejantes distancias vengan á encerrarse simétricamente y sin confusión dentro de una parte del ojo, tan pequeña como la retina, ¿no podrá hacer que su cuerpo esté entero y sin confusión dentro de la Hostia? ¿Por qué Dios, decía el sabio Helvino, no había de poder renovar con el poder de su palabra respecto del Cuerpo de Jesucristo, esa maravilla que obra á cada momento en una escala mucho mayor por el poder de la luz en todos los cuerpos?

Pero vengamos al bello símil que nos presenta la naturaleza acerca del cuerpo orgánico. Toda la realidad de este

cuerpo preexistía en el germen de vida que el alma fué á informar; y este germen ó embrión comienza á desarrollarse por el advenimiento de partes ó moléculas que se reemplazan constantemente, empero el cuerpo no pierde jamás nada de lo que constituía su esencia primitiva. Aun quizás alguno pondría el obstáculo de que el cuerpo, por ejemplo, el humano, después de desarrollado y llegado á la edad provecta, no vuelve al estado de germen, pero, ¿quién no ha visto que este mismo cuerpo deja también de existir y, aprisionado luego en negro ataud, viene á convertirse en horrible podredumbre, en un puñado de leve polvo? he ahí pues á la substancia de ese cuerpo reducida á un volumen tan pequeño, como el que le sirvió de principio de vida.

Más aun; la fe nos enseña y la sana razón nos dicta que para algún fin supremo hemos nacido, que tendrán premio ó castigo nuestras obras; en una palabra que resucitaremos un día para hacer práctico ese premio ó ese castigo y entonces ¿qué podrá quedar de la substancia de nuestros cuerpos? quizás nada, dirá alguno; mas no; *algo* quedará, insensible, imperceptible al hombre, pero ese *algo* son las substancias de los cuerpos humanos á los que Dios unirá unos meros accidentes y resucitaremos al modo que Él resucitó, disfrutando al propio tiempo de las dotes espirituales de que goza Jesucristo.

¡Oh soberbia humana!; si la misma creación te ofrece unas pruebas tan lindas en favor de la presencia real del Cuerpo de Jesucristo en una reducida hostia y en cualquier partecita ó molécula de la misma; si observamos que la substancia del cuerpo humano es reducidísima al principio y al fin de la vida y comprendemos que esto puede ser, y que es una palpable realidad, ¿por qué osada te levantas contra un dogma en el que no se realiza sino una cosa semejante?

II. *Impenetrabilidad de los cuerpos.*—Hemos visto desvanecerse, como por encanto, la dificultad que los deístas oponían al modo de hallarse Cristo realmente en la Eucaristía: el volumen del cuerpo humano; ahora haremos desaparecer también la que objetan contra una parte del mis-

mo dogma, á saber: la impenetrabilidad de los cuerpos.

Los cuerpos son impenetrables; esta es una condición, mejor dicho, una propiedad esencial de los cuerpos, y como para hallarse Jesucristo en la Hostia consagrada, sería preciso que se compenetrase su Cuerpo, luego es un absurdo el Misterio Eucarístico.

Despacio y calma. ¿Quién ha enseñado que los cuerpos son impenetrables? ¿quién ha pretendido que la impenetrabilidad sea un atributo esencial de los cuerpos? Nosotros podríamos responder satisfactoriamente á estas preguntas, remitiendo al deísta Bayle con los suyos á la demostración anterior y con esto habríamos dado más que suficiente contestación á este segundo argumento sofístico; empero queremos apurar todavía más la materia y por ese motivo, vamos á responderles directamente.

Impenetrabilidad es aquella propiedad de los cuerpos, según la cual, dos elementos materiales no pueden ocupar el mismo lugar. Existen dos clases de impenetrabilidad, la física y la geométrica: la 1.ª es la que se halla en los cuerpos mismos; la 2.ª en nuestras ideas, siendo únicamente objeto de las representaciones de la fantasía. La 1.ª, por lo tanto, es objeto de nuestro asunto y no se encuentra sino en los átomos.

No queremos ocuparnos aquí de las penetraciones aparentes, como son las que se verifican, por ejemplo en varias aleaciones en las que el volumen es menor que la suma de los volúmenes de los metales aleados, lo cual es debido, sin duda, á que las partes materiales de esos cuerpos no se tocan del todo, por lo cual dan lugar á que otras moléculas ocupen aquel lugar; dichos cuerpos entran más bien en la categoría de porosos. Las que deben ocupar ahora nuestra atención son las penetraciones reales, es decir, aquellas que según la ciencia física parece que no pueden realizarse.

Efectivamente, atendida la explicación que hemos dado acerca de la substancia de los cuerpos, no envuelve ningún absurdo el que los cuerpos puedan penetrarse en todas sus partes, porque si éstas constan de moléculas ó en último re-

sultado de átomos, los cuales pueden condensarse hasta lo indefinido, claro es que la penetración de los cuerpos es un hecho desde el momento y en aquellas circunstancias que lo exija el Autor de las leyes de estos cuerpos. Y no se arguya que un cuerpo penetrado en todas sus partes no se diferenciaría de un espíritu, pues esta consecuencia es falsa, por la sencilla razón que, desde el momento en que un cuerpo conste de partes, ya no es espíritu.

Es pues evidente, que la propiedad de la impenetrabilidad no es esencial á la substancia ó esencia de los cuerpos, por cuya razón enseña el famoso Balmes que una de las cosas más necesarias en los cuerpos es la impenetrabilidad, pero desde el momento que se la sujeta á un severo análisis queda reducida á un hecho de experiencia, según el cual, no se funda en la naturaleza íntima de los objetos, y que por lo mismo es contingente.

No se sigue por consiguiente ningún absurdo en hacer penetrables á los cuerpos. Oigamos sobre este punto al insigne filósofo citado.

«Tratándose de la misma esencia de las cosas, no hay ninguna relación necesaria entre los cuerpos y nuestra sensibilidad;... que no hay ninguna contradicción en hacer los cuerpos penetrables: y que el análisis de esta materia enseña que la impenetrabilidad de los cuerpos nada tiene de esencial. La idea de lugar como espacio puro, es una abstracción; luego es una suposición enteramente imaginaria, aquélla en que á cada cuerpo le damos cierta extensión, para llenar un cierto espacio, de tal manera que no pueda menos de llenarle, y no le sea dable á un mismo tiempo admitir otro en un mismo lugar. La situación de los cuerpos, en general, es el conjunto de sus relaciones; la extensión particular de cada cuerpo, no es más que un conjunto de las relaciones de sus partes entre sí; hasta llegar ó á un punto inextenso ó de una pequeñez infinita á lo cual podemos aproximarnos por división infinita» (1): luego el argumento

(1) Filosofía Fundamental.

con que se nos ha objetado, es puramente quimérico.

III. *Extensión de los cuerpos.*—La extensión según la física es una propiedad que tienen los cuerpos de poseer una parte limitada del espacio. Ahora bien; todo cuerpo debe ocupar esta parte del espacio, según sea su forma y volumen: luego el cuerpo de Jesucristo que tiene la figura y volumen de un cuerpo organizado, debe llenar la parte del espacio que le corresponda y por consiguiente no puede existir en una pequeña hostia, cuanto más en una de sus partes. Hasta aquí los incrédulos.

Quisiera yo que estos señores filósofos á fin de poder conformarme con ellos, me explicasen satisfactoriamente las tres siguientes proposiciones: 1.ª Qué es en realidad la extensión? 2.ª Si es una propiedad esencial de los cuerpos, y 3.ª á qué modificaciones puede estar sujeta la extensión de un cuerpo con respecto á otros cuerpos. Mas hasta el presente ningún filósofo las ha demostrado, sin que se suscite ninguna duda; creo yo que los deístas no serán tan lindos que pretendan ser más sabios que los mayores filósofos.

¿Qué es la extensión? Es algo en realidad? Nosotros observamos los cuerpos y encontramos en ellos dimensiones, tanto respecto de sí mismos, como respecto al espacio que ocupan y entonces salta á nuestra mente la idea de extensión. Siendo por consiguiente el cuerpo compuesto de partes y, correspondiendo cada parte á un lugar del espacio, claro es que se hallan extendidas, de suerte que no concebimos cuerpo sin extensión, porque esta es el medio de nuestro conocimiento respecto de la materia, y sin ella el universo sería para nosotros un caos. La extensión envuelve dos constitutivos integrantes; la multiplicidad y la continuidad. Todo cuerpo es un compuesto de muchos seres, he aquí la multiplicidad; mas estos seres están sin confusión unidos con sus partes fuera de las otras partes, bien en orden á sí mismos, bien en orden al lugar: he aquí la continuidad; son suficientes estos dos atributos para que exista la extensión.

Por más que discurramos y consultemos todos los filóso-

fos, nunca sabremos en qué consiste propiamente la extensión. Existe, porque experimentamos su existencia, pero no podemos saber cual es su íntima naturaleza, precisamente porque no sabemos cual es la de los cuerpos. Decimos que es propiedad esencial de los cuerpos porque no podemos concebir el cuerpo sin extensión propiamente dicha; pero en el constitutivo esencial de los cuerpos entra algo más que extensión, porque cosas de igual extensión producen efectos diversos; pero al fin no podemos averiguar si naturalmente un cuerpo podría existir sin extensión de ningún género, porque, repito, no conocemos la esencia de los cuerpos. Ignoramos asimismo á qué modificaciones se halla sujeta esta extensión con respecto á los otros cuerpos; el espacio no es nada real distinto de la extensión misma de los cuerpos.

Únicamente nos consta que sin ella no habría en nosotros sensibilidad de ningún género, pero respecto á su constitutivo esencial lo ignoramos todo, por manera que mal pueden los deístas oponer el argumento de la extensión de los cuerpos á nuestro santo dogma.

La extensión asimismo es de dos maneras: interna y externa, y precisa la explicación de ambas para nuestro propósito.

Según varias veces hemos observado, Jesucristo existe en la Eucaristía del mismo modo que existe en el cielo; esto es: con la misma unidad y extensión que tienen sus partes corporales en el cielo, pero que semejante extensión ó cuantidad que posee en la Eucaristía no es externa, antes bien, interna. Consiste ésta en la posición de las partes fuera de las partes en orden á sí con aptitud próxima á la extensión externa é impenetración; lo cual quiere significar que, el que posee semejante extensión ó cuantidad, tiene asimismo todo lo que es necesario y esencial para la cuantidad; por consiguiente, el Cuerpo de Cristo eucarístico posee la distribución de la substancia de su Cuerpo en partes actuales y distintas, que es como si dijéramos, tiene la mano junto al brazo y la cabeza junto al cuello, del mismo modo que cualquier indivi-

duo las posee en su estado natural; por esta razón se dice que el Cuerpo sacramentado del Salvador goza de extensión ó cuantidad, aunque interna, porque aun cuando no ocupa ningún lugar por partes, sin embargo tiene próxima aptitud á la extensión externa, es decir; posee las partes de su cuerpo, en tal forma, que se halla como si estuviese en lugar, aunque en realidad no lo está; ó como si dijéramos, tiene los efectos de un cuerpo orgánico y vivo que se halla en lugar, aunque el Cuerpo de Cristo no lo está; y la razón es, porque existe todo en todas y en cada una de las partes de la Hostia. Mas el Cuerpo de Cristo eucarístico posee también aptitud próxima á la impenetración, porque aunque goza de penetrabilidad, pues esto, como dijimos, no es de esencia del cuerpo ni de la cuantidad ó extensión, no obstante, tiene aptitud á la impenetrabilidad. En efecto, así como los cuerpos qué son impenetrables no permiten que otros cuerpos ó elementos materiales ocupen el espacio que ellos ocupan en el acto, así el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía no permite que otros elementos ajenos á él alteren en nada su cuerpo, pues se halla por modo indivisible. Tampoco posee el Cuerpo de Jesucristo eucarístico la mensurabilidad, porque se halla íntegro en cualquier partícula.

Estar un cuerpo *en orden al lugar*, es tener sus partes correspondientes al lugar, de tal modo que una parte corresponda á una parte del lugar y otra á otra y así sucesivamente, con la actual impenetración. Todos los cuerpos, en efecto, excepto el de que estamos hablando, están en orden al lugar, ó *circunscriptive*, como llaman los teólogos; así que, por ejemplo: nuestra mano, circunscripta como está al lugar que ocupa, se corresponde con las partes de este mismo lugar; y lo que digo de la mano, digo también de cada una de sus partes. La razón es: 1.º porque cada cuerpo ocupa el lugar por partes; y así tienen extensión en cuanto al lugar, ó aptitud y exigencia para ocupar y llenar un determinado lugar: 2.º porque los cuerpos son divisibles: 3.º porque son conmensurables ó se pueden medir y pesar, y 4.º porque son impenetrables. Por lo tanto: Jesucristo está en

la Eucaristía sin extensión local, sin divisibilidad, sin mensurabilidad y sin penetrabilidad: luego no posee extensión externa. De aquí puede venirse en conocimiento el que pueda estar al mismo tiempo bajo muchas especies, ó donde estén semejantes especies; porque suprimida la extensión local, se suprime por consiguiente la circunscripción á lugar determinado. Además; «la cuantidad, como dice el Doctor Angélico, (1) existe en el Cuerpo de Cristo, sólo por concomitancia, en cuanto acompaña naturalmente á la substancia corpórea, porque por fuerza sacramental se pone la substancia del Cuerpo de Cristo; por lo cual, la cuantidad dimensiva del Cuerpo de Cristo está en la Eucaristía, no según el propio modo; esto es: toda en toda, y cada una de las partes, sino á modo de substancia, cuya naturaleza consiste en estar toda en todo el lugar y toda en cualquiera de sus partes».

IV. *Un cuerpo ¿puede estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes del mismo lugar?*—Así preguntan con infernal sarcasmo los incrédulos, negando al propio tiempo lo que es objeto de su interrogación. Sí, puede, señores deístas, sí puede con el auxilio de una fuerza sobrenatural. Pero no queremos ocuparnos de este asunto refiriéndonos á los cuerpos en general, porque no estamos para perder tiempo, sino para indagar si en efecto el Cuerpo de Jesucristo puede estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes de este mismo lugar.

Advierto que esta proposición no es de fe católica, si se trata de las Especies sacramentales no divididas, mas lo es de fe teológica. Nosotros, empero, dejando esta última cuestión para más adelante, estudiaremos la tesis propuesta.

En efecto; hemos probado que Jesucristo puede estar con extensión interna en la Hostia consagrada; pero es verdad que la substancia de su cuerpo, ó su cuerpo á modo de substancia, ocupa toda la Hostia ó especie sacramental y cada una de sus partes: luego está todo en todas las Especies sacra-

(1) Sum. Theol., par. 3.ª, q. 76, art. 4.º ad 1.º

mentales y todo en cada una de sus partes. Se prueba que lo está porque al dividir las especies, Jesucristo, por el milagro de la *multiplicación*, que explicaremos después, queda entero en la parte de la Especie primera y pasa también todo entero á la parte fraccionada. Es como si un claro espejo del tamaño de una imagen que se desea observar, fuera dividido en varias fracciones, experimentaríamos que aquella misma imagen, sin abandonar el primitivo lugar, que ocupaba en toda su extensión, pasó toda á los demás pequeños espejos, ocupándolos todos al propio tiempo.

El angélico doctor explica esta difícil cuestión de un modo admirable. Dice así: encontrándose Jesucristo en la Eucaristía á modo de substancia, se halla en la misma al modo que la substancia se encuentra bajo sus dimensiones, y no de la manera con que la cuantidad dimensiva de un cuerpo está en relación con las dimensiones del lugar ó del espacio. Es indudable que la naturaleza de substancia se encuentra toda en cada parte de las dimensiones que la contienen, como la naturaleza del aire se encuentra en cada parte del aire y la naturaleza del pan en cada parte del pan, y esto de una manera indiferente; ya sea que las dimensiones se hallen actualmente divididas, como cuando se divide el aire, ó se corta el pan, ó ya que se encuentren actualmente indivisas, y divisibles sólo en potencia (1).

V. *Pero es innoble para Dios que Él mismo se aprisione en un lugar tan reducidísimo.*—He aquí el último sofisma de los deístas. Éste es sin embargo más fácil de resolver. Ante todo debo advertir que el Hombre-Dios no está propiamente aprisionado ó cercado en la Eucaristía, sino más bien y con toda propiedad *oculto*. Esto último lo examinaremos más adelante.

Mas volviendo al argumento, ¿quién aseguró á los deístas que tal modo de ponerse Cristo en la Eucaristía es innoble para la Magestad infinita? ¡Si querrán ellos dar á Dios lecciones de fina educación! Si en lugar de blasfemar tantas

(1) 3 pars. 9. 76, a. 3.

veces de un Ser, tres veces santo, correspondieran, cual es su deber, al afecto que ese mismo Ser ha tenido á todos los hombres, hallarían bien pronto la causa de ocultarse Jesucristo en el Sacramento, y comprenderían que semejante modo de la presencia divina es por el contrario muy honroso para Dios. El amor puro no tiene leyes, como tampoco las tienen los modos de que este mismo amor se sirve para saber expresarlo al objeto amado. Si esto es así; si cuando un racional, llevado del amor á una persona, ejecuta modos extraños que rayan en locuras para manifestar dicha sublime afección, y todos dirán sin titubear, que son pruebas de amor; ¿quién se atreverá decir á Dios que lo que obró Él al quedarse sacramentado, llevado de amor al hombre, es un abatimiento, una vileza, una acción indigna de su Magestad divina?

Artículo II.—Posible es que Jesucristo se halle todo en la Hostia y todo en cada una de sus partes

Hemos desvanecido las necias preocupaciones de los deístas, puestas como formidables argumentos contra el modo de hallarse presente Jesucristo en la Eucaristía. También hemos probado hasta la evidencia que ignoramos la esencia de los cuerpos orgánicos, pero que existe distinción entre esta esencia y sus propiedades y modificaciones; que la impenetrabilidad no tiene nada de esencial; por tanto, si la substancia ó esencia del cuerpo difiere de la extensión, propiedad, si se quiere, esencial de los cuerpos, se sigue que puede estar separada de ella por un milagro. Y esto es efectivamente lo que acontece en el dogma de la Eucaristía. Jesucristo no se halla en este santo Misterio con esa extensión externa que nosotros percibimos en los cuerpos, con esa extensión que es causa de que nuestros sentidos funcionen, y por la misma razón que el Cuerpo del Salvador no se halla en la Eucaristía á la manera de los cuerpos, por eso, nuestros sentidos no pueden ver nada del Cuerpo de Jesucristo y sí únicamente los accidentes que parece tengan extensión, porque existen como si estuvieran unidos á su sus-

tancia. Nosotros percibimos, tocamos, elevamos, dividimos el Cuerpo del Señor solamente en un sentido lato é impropio; el objeto de semejantes acciones son los accidentes, porque según acabamos de exponer, nuestros sentidos obran únicamente sobre ellos.

El doctor seráfico (1) lleva la opinión de que el Cuerpo de Cristo, de tal suerte se halla en toda la Hostia como en cualquier parte de la misma, salvando las especies ó los accidentes de ésta y añade que esto se verifica no por necesidad, sino por razón inducente en la *conversión* y en la *fracción*. En la conversión, porque siendo el todo de la hostia homogéneo, no existe mayor motivo porque una parte se deba convertir más en una parte que en el todo, de lo cual no se requiere parte determinada. En la fracción, porque por la misma razón que el cuerpo se halla en cada partícula después de la división, debe hallarse antes.

En confirmación de estas ideas, dice el Papa Inocencio (2), que todo el pan se convierte en todo el Cuerpo y todo se halla en cada parte de las Especies; opinión que, según San Buenaventura, es más probable porque es más conforme con la verdad del Sacramento y con la utilidad de la fe: con la primera, porque Cristo se halla en la hostia como sellado con sello; con la segunda, porque así se eleva mejor nuestra mente á Dios, pues le adoramos en todas y en cada una de las partes del Sacramento.

(1) Lib. IV, sent., dist. X, q. V.
(2) Lib. IV de sacro altaris Misterio, c. 8.

CAPÍTULO XXII

Parte teológica sobre el asunto del anterior capítulo

SUMARIO

Artículo I.—¿Qué es lo que se pone en la Eucaristía por fuerza de las palabras consagratorias y qué por concomitancia?
Artículo II.—Jesucristo se halla todo en la Eucaristía, no sólo después de la división de las Especies, sino antes.
Artículo III.—En la Eucaristía no se confunden los miembros de Jesucristo.
Artículo IV.—Jesucristo no está en la Eucaristía de un modo definitivo.

Artículo I.—¿Qué es lo que se pone en la Eucaristía por fuerza de las palabras consagratorias y qué por concomitancia?

Enseña la fe católica que en la Santa Eucaristía se contiene real y verdaderamente Jesucristo Dios y Hombre verdadero; mas como este admirable Sacramento consta de dos Especies diferentes, á saber: el pan y el vino, resulta que todo el adorable Salvador se contiene en cada una de ellas, según lo aseguran los Concilios Constanciense, Florentino

y Tridentino (1). Este último se expresa de este modo: «Si alguno negare que en el venerable Sacramento de la Eucaristía se contiene todo Cristo en cada una de las especies;... sea excomulgado». Pero necesario será además averiguar, qué es lo que se pone en la Eucaristía por fuerza de las palabras consagratorias y qué por concomitancia ó acompañamiento.

Para que entendamos estos términos, respondo que, aquello se pone en la Eucaristía por virtud ó fuerza de las palabras consagratorias, que se significa precisamente por estas mismas palabras; y aquello se pone por concomitancia que no se significa precisamente por ellas, sin embargo se pone, ora por la unión real, ya también por la natural conexión que tiene con aquello que se introduce por fuerza de las palabras consagratorias. Ahora bien: Por fuerza y virtud de semejantes venerables palabras se pone bajo la especie de pan, sólo el Cuerpo de Jesucristo y bajo la de vino, sola su sangre; la razón está en que por las palabras consagratorias sólo estas cosas se significan.

Por otra parte; si se me pregunta, dice el escotista Bosco, si todas y qué partes del Cuerpo de Jesucristo se ponen bajo la especie de pan por fuerza de las palabras, respondo al momento: Todas aquéllas que de hecho son y existen ahora en su cuerpo glorioso, mas no aquéllas que en algún tiempo fueron y tuvo, las cuales perdió el Salvador, ya antes, ya después de la última cena, por la actividad del calor natural; la razón es, porque solas estas partes que ahora posee y no las que perdió se dicen ser el Cuerpo de Cristo. Confieso en verdad, añade el mismo autor, que aunque las palabras de la consagración signifiquen precisamente el cuerpo, no el que Cristo tuvo antiguamente, sino el que ahora posee, sin embargo, porque se juzga moralmente ser el mismo, también ahora se verifican estas palabras por el cuerpo que entonces tenía. Lo mismo digo respecto de la sangre.

---

(1) Si quis negaverit, in venerabili sacramento Eucharistiæ sub una quaque especie... totum Christum contineri: anathema sit. Trid., sess 13, cap. III.

Por concomitancia se pone: 1.º bajo la especie de vino, el Cuerpo, y bajo la de pan la Sangre, y bajo ambas el Alma: 2.º la divinidad, por la unión hipostática y personal del Verbo; 3.º asimismo, el Padre y el Espíritu Santo. La razón de lo 1.º está en que entre todo lo indicado existe conexión natural; porque el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía está vivo, lo cual no tendría lugar sin la sangre y el alma. También la sangre de Cristo en la Eucaristía es sangre de hombre viviente, lo cual no podría suceder sin el cuerpo y el alma. La razón de lo 2.º es que lo que una vez tomó la Divinidad de Cristo, no puede ya abandonarlo; mas sabemos que tomó todas las partes del hombre, luego juntamente con esas sagradas partes ha de estar Jesucristo en la Eucaristía. Finalmente la razón de lo 3.º estriba, en que las tres divinas Personas están juntas con unidad de esencia y á donde va la una no pueden dejar de ir las demás; luego toda la Santísima Trinidad se halla presente en la Eucaristía por especial modo; de donde infiere Henno (1) que «si por imposible el Padre y el Espíritu Santo no estuviesen en todas partes, estarían presentes en la Eucaristía, por la presencia de la Humanidad unida al Verbo, quien tiene la misma esencia con las otras dos Personas». Todo esto confirma el Concilio Tridentino por las siguientes palabras:

«(2) Siempre ha subsistido en la Iglesia de Dios esta fe, á saber: que inmediatamente después de la consagración existe bajo las especies de pan y vino el verdadero Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo y su verdadera sangre, juntamente con su alma y divinidad. El cuerpo por cierto, bajo la especie de pan, y la sangre bajo la especie de vino en virtud de las palabras; mas el mismo cuerpo bajo la especie de vino, y la sangre bajo la del pan, y el alma bajo las dos, en fuerza de aquella natural conexión y concomitancia, por la que están unidas entre sí las partes de Nuestro Señor Jesucristo, que ya resucitó de entre los muertos para no vol-

(1) Tract. de almo Eucharist. Disput IV, Quæs. III, Conclus. II.
(2) Sess. 13, c. III.

ver á morir; y la divinidad por aquella su admirable unión hipostática con el cuerpo y con el alma».

Artículo II.—Jesucristo se halla todo en la Eucaristía, no sólo después de la división de las especies, sino antes

Debemos confesar igualmente que Jesucristo se halla todo en cualquiera parte de las dos Especies consagradas, y aun de la más mínima, no sólo después de la división de las mismas, sino aun antes. La 1.ª parte es de fe católica, según se observa en el decreto del Pontífice Eugenio IV, dado en el Concilio Florentino (1). «Divididas las especies, dice, bajo cualquiera parte de la hostia y del vino consagrados, está todo Cristo». Este mismo dogma fué confirmado por el Concilio Tridentino, cuando, lanzando anatema al que afirmare lo contrario, declara: (2) «Si alguno negare que en el venerable Sacramento de la Eucaristía, Jesucristo se contiene todo en cada una de las especies, y divididas éstas, en cada una de las partículas de cualquiera de las dos especies, sea excomulgado». La misma razón teológica, deducida de las venerables palabras del Salvador, enseña la doctrina que estamos sustentando. En efecto: Jesucristo, después que hubo consagrado el pan y el vino, lo repartió entre sus apóstoles para que comieran del primero y bebieran del segundo, diciéndoles de este modo: «Tomadle y divididle entre vosotros:» ahora bien: Nuestro Señor se daba todo á todos sus discípulos y sin embargo, cada cual tomaba un pedacito de aquel sagrado Pan; luego en aquel pedacito estaba todo Jesucristo. Asimismo; el vino que había consagrado el Redentor se contenía dentro del cáliz con el cual quiso dar de beber de toda su sangre á sus discípulos; mas es cierto que cada uno tomó tan sólo parte de la sangre consagrada: luego en cada una de estas partes se hallaba toda la sangre y por consiguiente todo Jesucristo. Además; bajo las partes

(1) Sub qualibet parte Hostiæ consecratæ, et vini consecrati, separatione facta, totus est Christus.

(2) Si quis negaverit in venerabili Sacramento Eucharistiæ, sub una quaque specie, et sub singulis speciei partibus, separatione facta, totum Christum contineri, anathema sit. Sess. 13, c. III.

divididas de una Hostia consagrada, dice Henno, debe obrarse una de estas dos cosas: ó en estas dos partes no queda nada del Cuerpo de Cristo ó queda algo; no por cierto lo primero, porque semejante división no puede ser suficiente para que se destruya el Cuerpo de Cristo allí existente, luego se ha de obrar lo segundo; mas con cierta inteligencia, porque el Cuerpo del Salvador, siendo ahora impasible, es indivisible, por consiguiente si está «algo» en las especies divididas, este «algo» ha de ser «todo», por la dicha razón: luego todo el Cuerpo del Salvador está en todas y cada una de las partes de la Hostia consagrada.

Que Jesucristo Nuestro Señor se halla todo entero en cada una de las partes de las Especies consagradas aun antes de hacer la división de las mismas, aunque no es de fe católica, que por esto, según refiere Palavicino, añadió de industria el Concilio las palabras *facta separatione,* sin embargo es cierto, y la doctrina contraria, según algunos respetables doctores, es errónea ó próxima al error. Nosotros la defenderemos con los teólogos, dando para el efecto algunas pruebas de razón teológica. En primer lugar poseemos la autoridad del Concilio Tridentino, el cual (1) sin hacer mención de la división de partes de cada una de las Especies, asegura que «Cristo se halla todo entero bajo cualquiera parte de estas Especies»; luego ésta es la doctrina que creyó ser más corriente y sana; no obstante en el canon 3.º de la misma sesión hizo la salvedad que ya hemos mencionado. En segundo lugar; es de fe que después de la división de estas partes, se halla todo Jesucristo bajo cualquiera parte de ambas Especies; ahora bien; Cristo Nuestro Señor después de esta división no se pone de nuevo en cada una de las partes divididas, antes bien; queda en éstas del mismo modo, indivisible é inefable como estaba antes de ser divididas, porque para estar de nuevo en cada una de semejantes partes ya divididas sería necesario que los sacerdotes las consagrasen de nuevo, mas es cierto que no las

(1) Sess. XIII, cap. 3.º

consagran, porque la fe enseña que después de la división de partes, Cristo Nuestro Señor subsiste en ellas todo entero; ahora pregunto: ¿desde qué tiempo el Salvador comienza á estar en las mismas? Se responderá que desde la consagración de la Hostia y el cáliz; luego desde entonces se pone Jesucristo en las sagradas Especies. Dije que Jesucristo se halla en estas partes del modo «indivisible» que como estaba antes de ser divididas, porque el Salvador, según quedó explicado más arriba, no está en las Especies de pan y vino por modo cuantitativo, sino por modo indivisible, á la manera que nuestra alma está en nuestro cuerpo y el ángel en un lugar, aunque hablando no con rigor: ahora bien; estos espíritus se hallan todos en todo el lugar que ocupan y todos en cada una de las partes del mismo lugar: luego Jesucristo se halla presente en la Hostia todo en toda ella y en cualquiera de sus partes, aun antes de la división de la misma, pues que la razón de estar Jesucristo en cada parte de la Hostia, después de dividida, es porque ya estaba presente en toda ella antes de su división.

Artículo III.—En la Eucaristía no se confunden los miembros de Jesucristo

Pero hemos de tener presente que aunque Cristo Nuestro Señor se halla todo entero en una partecita de la Hostia por pequeña que sea, no lo está de tal modo que se confundan sus divinos miembros, pues como he indicado, Cristo no está en la Eucaristía como en lugar; si esto último se realizara, se necesitaría una Hostia de las dimensiones naturales del Salvador; no siendo pues así, sino que, diciéndonos la Fe que Jesucristo se halla todo entero en todas y en cada una de las partes de la Hostia y cáliz consagrados, han de estar precisamente en ellos su sagrada cabeza, sus brazos y manos, en una palabra, todos los santos miembros de su santísimo Cuerpo, no de otro modo que como está ahora en el cielo, por manera, que toda la cuantidad que tiene el cuerpo de Jesucristo en la bienaventuranza la tiene ni más ni menos en la Eucaristía. Mas, se me preguntará, ¿y cómo se componen todas estas partes corporales en la Eucaristía? A

lo cual respondo que el Cuerpo de Cristo en este Sacramento posee extensión interna, (1) mas no externa;(2) la interna es esencial al cuerpo, no la externa que es efecto de la primera, y ésta es también la que posee el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, porque el Divino Cuerpo eucarístico es el mismo que ahora reside en el cielo, y, como tal, posee su perfecta organización correspondiente.

Artículo IV.—Jesucristo no está en la Eucaristía de un modo definitivo

He indicado anteriormente que Jesucristo se halla en la Santa Eucaristía por modo indivisible á la manera que está el ángel en un lugar, mas también advertí que esto sucede así, no hablando en rigor; porque, según indica Henno, el ángel, aunque está *definitive* en un lugar, según se expresa en teología, sin embargo, su existencia no se extiende más allá del lugar que actualmente ocupa, aunque esté en todas y en cada una de las partes de este mismo lugar; «mas, Jesucristo, existiendo en el Sacramento, existe también en el cielo; ni determinado, ni definido por el espacio, como puede ocupar más y más, á saber: si se consagra más y más materia; por manera que en el Sacramento existe por modo especial y completamente maravilloso, como sellado con sello y contenido en el continente, tomando la palabra *contener* por ocultar, no por cercar ó rodear».

Nada nos queda por decir, con objeto de consolidar más la posibilidad de que Jesucristo pueda estar en la Eucaristía sin la extensión corporal. Dotado Nuestro Señor de esas gloriosas prerrogativas que obtuvo al resucitar de entre los muertos, y recordando al deísta (pues ciertamente esto se halla en la historia de los evangelios) que el Salvador salió victorioso del sepulcro, no sólo con el inmortal espíritu, sino con el cuerpo también inmortal; que pasó á través de las puertas cerradas; que aparecía radiante de luz en un lugar cuando menos lo pensaban los apóstoles y desaparecía con la misma prontitud que había aparecido: ¿qué ha de pensar

(1) (2) Véanse estos términos.

en adelante de su real presencia en el Sacramento? El sepulcro, roca viva; las paredes, piedras sobrepuestas; ¿no eran impenetrables? Y sin embargo, ¿cómo, sin abrirse ni ser perforadas, dejan pasar á Jesucristo? Todo cuerpo ¿no tiene extensión? y no obstante, el Cuerpo del Salvador penetraba por las paredes sin tocarlas, desaparecía en el mismo momento que le estaban observando. Y el mismo Jesucristo que esto obraba entonces, ¿no podrá repetir semejantes operaciones en la Eucaristía?

¡Oh incrédulos! sed más consecuentes con vosotros mismos; respetad lo que no comprendéis, pues no envuelve absurdo; adorad y humillaos á Dios, quien antes se humilló por vosotros.

CAPÍTULO XXIII

Deístas ó filosofastros frente á la multilocación del Cuerpo de Jesucristo

SUMARIO

Artículo I.—¿Puede un cuerpo cualquiera hallarse del mismo modo en varios lugares á la vez?
Artículo II.—El Cuerpo de Jesús Sacramentado, puede estar orgánicamente en muchas Hostias á la vez, ó en todas las que se consagran?
Artículo III.—Hipótesis conformes con la fe para explicar el modo de hallarse Jesucristo en la Eucaristía.

Hemos llegado á una cuestión enteramente basada en la del capítulo XXI. Resuelta aquélla, no queda lugar para oponer ningún argumento á la presente. Toda la fuerza de nuestras pruebas descansa en que Jesucristo se halla en la Eucaristía á modo de substancia y á la manera que ésta se encuentra bajo sus dimensiones; mas porque siempre queda á la incredulidad algún pretendido argumento, aun cuando sólo sea el de no querer creer, *porque sí*, por este motivo ampliaremos más el asunto relativo á la cuestión presente.

La objeción fortísima que los deístas nos presentan es la siguiente: Ningún cuerpo puede encontrarse á un mismo tiempo y de la misma manera en muchos lugares. Si se halla en un lugar, no puede hallarse del mismo modo en lugar

diferente. Respondamos, pues, á estos señores y entablemos la tesis en forma interrogativa.

Artículo I.—¿Un cuerpo cualquiera puede hallarse del mismo modo en varios lugares á la vez?

A nosotros nos parece muy difícil creer que un cuerpo esté al propio tiempo en varios lugares, por las dificultades que naturalmente saltan á la vista; empero, admitida la omnipotencia divina de parte de los deístas, es evidente que deban asentir también á que esto es posible por parte de Dios, puesto que no envuelve ningún absurdo, tanto más, cuanto que los hechos comprobados lo confirman perfectamente. Escoto asegura que más fácil es que un cuerpo se halle á la vez en diferentes lugares, que muchos cuerpos estén en uno solo, contra las leyes de impenetrabilidad; pero como esto no repugna en ninguna manera, antes bien, es admitido por muchos filósofos, con mucha mayor razón repugna menos, y es doblemente admitido, que un cuerpo esté á un tiempo mismo en muchos lugares (1). El mismo Leibnitz no hallaba en este asunto contradicción alguna (2). »¿Qué dificultad hay, dice un físico moderno, ni yo podré tener, en admitir esta reproducción por poco que me pareciese necesaria? La revelación nos asegura que no repugna en sí; es cierto, enseña la física, que no se da en grandes distancias, pero nada dice, ni puede decir, sobre las pequeñísimas. Y, ¿sobre qué se fundarían para proscribirla con rigor y calificarla de absurda? Es cierto que no estamos acostumbrados á la idea de esta doble existencia y de todo lo que de ella debe seguirse, pero considerémosla con tranquilidad, acostúmbrese uno poco á poco á ella, y llegará tiempo en que no encontrará cosa que se oponga directamente al sentido común y recta razón, como al principio parecía» (3). «No está claramente probado, añade el abate Feller, que la duplicada existencia de los cuerpos no se veri-

(1) Sent. IV. dist. X, q. II.
(2) Essais t, 1.° Disc. de la conformite de la Foi avec la raison.
(3) Vues nouvelles sur monvement. Embrun 1777.

fique alguna vez en el orden natural... Un ciego de nacimiento tiene tanta dificultad en concebir que una cosa se represente á un mismo tiempo en dos espejos diferentes, como podemos tener nosotros en concebir la existencia de un cuerpo en muchos lugares... ¿Es acaso más contradictorio que un espíritu esté en muchos lugares que el que lo esté un cuerpo? Dios está todo entero en todas partes. Sin duda que hay diferencia entre la naturaleza de Dios y la naturaleza del cuerpo humano; pero esta diferencia nada hace para el caso presente...

La infinidad é inmensidad de Dios no pueden autorizar una contradicción; y si la hubiese en la existencia de una misma cosa en diversos lugares, se encontraría respecto á la naturaleza divina lo mismo que respecto á los otros seres, ya sean espirituales ó corporales....

Aun cuando fuese cierto que una sola é individua materia no podía estar en dos lugares á un tiempo, sin embargo, el cuerpo del hombre, sin dejar de ser el mismo, podía multiplicarse» (1). Afirma que los abates Lignac y Pluquet hicieron sobre el particular varias reflexiones fundadas en las ideas generales del cuerpo humano, y aunque ambas demuestran que puede darse en algunos casos la multilocación, sin embargo, las del primero son más satisfactorias que las del segundo. El abate Lignac sensibiliza su tesis con el efecto de los rayos de la luz, los cuales, dimanando de un solo punto, forman en los ojos y en los espejos millares de imágenes perfectas.

El pasmoso hecho de haber estado seres humanos al propio tiempo en dos lugares diferentes, es la prueba más concluyente de que la multilocación es posible. S. Antonio de Padua se halló á un mismo tiempo en Italia predicando á una inmensa concurrencia de fieles y en Lisboa socorriendo á su propio padre, de un peligro inminente. S. Francisco Javier defiende del naufragio, del hambre y de la sed á un mismo tiempo la tripulación de dos navíos muy distantes el

(1) Catecismo.

uno del otro. S. Alfonso María de Ligorio se halló á la vez sentado en su palacio episcopal y junto á la cabecera del Pontífice Clemente XIV á quien ayudó á bien morir. He aquí por consiguiente, á cuerpos orgánicos bilocados, y lo mismo que estuvieron bilocados, podrían estar multilocados, pues no existe mayor repugnancia de que un cuerpo se halle á la vez en dos que en veinte distintos lugares. Estos hechos no pueden negarse, pues han sido notorios, comprobados y corroborados por historiadores nada sospechosos. Luego hemos de concluír que la multilocación de los cuerpos no envuelve ningún absurdo.

Artículo II.—El cuerpo de Jesucristo sacramentado puede estar orgánicamente en muchas hostias á la vez, ó en todas las que se consagren

Nada debiéramos añadir á esta sencilla proposición, porque es como un corolario de la anterior. Probada la posibilidad de la multilocación de los cuerpos orgánicos, con mucha más razón podrá hallarse *multilocado*, aunque impropiamente, el Cuerpo de Cristo Nuestro Señor, puesto que en un sentido estricto, obra más inmediatamente en él la Omnipotencia divina. Recordando que el Cuerpo de Jesucristo se encuentra en la Eucaristía á modo de substancia, es decir: á la manera que la substancia de pan se encontraba bajo los accidentes antes de la consagración, aunque con diferencia, porque éstos, antes de la consagración estaban adheridos al pan, mientras que después de ella permanecen solos por milagro; recordando, además, que la substancia del Cuerpo de Cristo, por más que se halla al modo que la substancia está bajo las dimensiones, es independiente, empero, de las relaciones de lugar y espacio: podemos deducir, en consecuencia, que Jesucristo se encuentra en el Sacramento de un modo enteramente espiritual, en cuanto que el espíritu es substancia simple y se halla todo en el lugar y en cada una de las partes del mismo lugar de un modo peculiarmente indivisible, en cuanto que sólo tiene extensión en orden á sí mismo; de un modo finalmente sacramental y singular, en cuanto que no existe en la naturaleza otro símil que nos ex-

plique y sensibilice enteramente el modo con que está Cristo debajo de las sagradas Especies; recordando todo esto, repito, y no olvidando que la naturaleza de la substancia se encuentra toda en cada parte de las dimensiones que la contienen, estén ó no divididas éstas, obtendremos que la posibilidad de que el Cuerpo del Salvador se encuentre todo entero en todas las hostias consagradas, es un hecho real, solemne, y por consiguiente innegable.

Los que se maravillan con ademán sarcástico é incrédulo del presente dogma, no se han detenido en examinar el pasmoso milagro de la multiplicación de los panes y los peces, milagro que no podrán negar los deístas. Es indudable que el Salvador, por este raro prodigio, quiso demostrar que el de la Eucaristía que de allí á poco iba á efectuar no iba á ser un absurdo, puesto que no es otra cosa que un perfecto símil de aquél. En efecto: Jesucristo, con la exigua comida de cinco panes y dos peces, alimentó y aun sació en el desierto á cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños. Ahora bien: quien puede ejecutar el prodigio con solos cinco panes, de la misma manera puede obrarlo con uno solo, porque tanto repugna saciar á cinco mil individuos con cinco panes que con uno solo, y quien puede sustentar á doce mil que vendrían á ser los individuos allí presentes, podrá sustentar también á mayor número, por la misma razón. Mas un pan que, conservando su unidad, sacia á tantos millares de personas, y que luego de haber alimentado á un pueblo, sobran aun fragmentos de él, en cantidad mayor que antes y suficientísima para hartar á otro pueblo mayor que el expresado, ¿no es una imagen fiel de la Sta. Eucaristía, en la que Jesucristo sacia á todos los cristianos, permaneciendo Él siempre íntegro, indivisible y dispuesto á sustentar á otro tanto número de fieles si los hubiera?

Observemos que Jesucristo no crió un pan nuevo, porque para esto no se hubiera servido de los panes que le presentaron los apóstoles; lo que hizo fué multiplicarle; y no otra clase de prodigio obra en el Sacramento de su amor: no cría y produce un cuerpo nuevo, diferente del suyo, sino

que lo multiplica, poniéndose presente en todas las hostias consagradas.

El pan que Jesucristo dió en el desierto, no fué un pan ficticio, carecedor de elementos nutritivos, sino un pan verdadero, el mismo pan que los apóstoles pudieron recoger de limosna; de la propia manera en la Eucaristía no se nos muestra un cuerpo figurado, como querían los calvinistas, antes bien, el Cuerpo del Salvador, el mismo que tomó de la sangre de la Virgen Santísima.

Aquel prodigio fué obrado, sin duda, para confirmar el Misterio de los misterios; pudo obrarse en efecto; no envolvió absurdo, porque llegó á ser un hecho, aunque no comprendamos el modo como se efectuó: de la misma manera puede obrarse el de la Eucaristía, en la que, para llegar á ser efectuada, se continúan únicamente los fenómenos que allí tuvieron existencia.

Mas no hemos concluído; queremos reforzar todavía más las pruebas relativas al dogma de la multilocación eucarística, mediante los testimonios de dos insignes filósofos, Balmes y Moigno. El primero enseña que toda la cuestión del presente dogma queda reducida á la siguiente pregunta: «¿Puede la omnipotencia divina hacer que un cuerpo no nos produzca los fenómenos de la sensibilidad, suspendiéndose las leyes que Dios ha establecido libremente?» Aquí dice, no hay lugar más que á una de estas dos soluciones, ó resolverla afirmativamente, ó negar la omnipotencia. Si nadie se atreverá á esto último, el dogma de la multilocación no envuelve ningún absurdo; es más que posible. En efecto: «Estar en un lugar tal como lo entendemos ahora, es hallarse con la extensión propia, en la forma ordinaria y con las relaciones ordinarias también, con respecto á la extensión de otros cuerpos. Si se supone un cuerpo con la extensión sometida á otras condiciones, sin la relación ordinaria á la extensión de los demás, falta el supuesto en que hacemos estribar la imposibilidad de estar un cuerpo á un mismo tiempo en muchos lugares; luego habiendo probado que la omnipotencia divina puede alterar y hasta quitar estas relacio-

nes, no hay ninguna contradicción en que falte lo que de ellas debía resultar (1)».

El físico-filósofo Moigno no se expresa menos lógico... «El lugar, dice, es un ser de razón que sólo tiene realidad virtual en la inmensidad divina y realidad actual en el cuerpo que lo ocupa. ¿Por qué Dios que está presente en todos los lugares no podría crear en el lugar A el ser que ya ha creado ó que creará en el lugar B? ¿por qué no hará participar su ser á la vez, de la misma manera y en el mismo grado, en muchos lugares A y B? El lugar A no cesaría de ser distinto del lugar distante B, aun cuando estos dos lugares fuesen constituídos por la presencia de un mismo cuerpo que los ocuparía á los dos. Hemos ya establecido que el ser infinitamente perfecto debe poseer todas las perfecciones perfeccionantes de los seres reales ó aun morales, como la autoridad. Pues bien, es de la esencia de la autoridad hacerse participar donde ella quiere, crear por todas partes y donde le place gobernadores, alcaldes, jueces, etc. multilocarse en una palabra: luego Dios con mucha más razón debe tener el poder de la multiplicación de sus criaturas (2)».

Artículo III.—Hipótesis conformes con la fe para explicar el modo de hallarse Jesucrito en todas las Hostias á la vez

Si pudiéramos saber á punto fijo en qué consiste la esencia de los cuerpos y todas sus propiedades y relaciones, no habría cosa más sencilla, si no para comprender, al menos para concebir el modo con que reside Nuestro Divino Salvador en las especies sacramentales. Pero ya que esto no nos es dado, hasta el presente momento, los más profundos filósofos en sus prolongadas meditaciones han podido enunciar algunas teorías que se acercan más ó menos á la realidad, y que, tomadas por base, racionalmente se viene en conocimiento de que la presente cuestión en nada contradice á semejantes sistemas, antes por el contrario, cuanto más agudamente se discurre, mejor se la favorece. Ya consideremos

(1) Filosofía fund. tom. 2, cap. 33.
(2) Esplendores de la fe. tom. 4, cap. 31.

á los cuerpos, según Descartes, como substancias moleculares esencialmente extendidas, separables y divisibles hasta lo infinito; ya, según Leibnitz, como unidades indivisibles, sin extensión, enteramente simples, ó verdaderos espíritus; que en este caso los cuerpos no son otra cosa que grupos de espíritus adornados de propiedades más ó menos superiores y reunidas conforme á las leyes armónicas, en virtud de las cuales, uno de ellos sirve de centro, ordenándose alrededor de él todos los demás; ora en fin, se los considere, según Berkeley, como espíritus elementarios, sin multiplicidad alguna, pues en esta hipótesis la diversidad de los cuerpos consiste en puras modalidades, ó vestimentos que los cubren, que son como cierta aureola que el ser infinito depara á tales cuerpos: jamás, jamás repugnan al modo de constituirse el adorable Misterio de la Eucaristía.

Porque á la verdad: ¿cómo le han de hacer oposición, si ni estos, ni otros sistemas filosóficos racionalmente basados pueden con justicia contradecir ninguna verdad teológica? Lo verdadero no puede estar en abierta contradicción con lo verdadero. Siendo la filosofía y la teología verdaderas, no pueden oponerse. Y esto sin duda es una verdad infalible, porque ambas ciencias, la razón y la revelación proceden de un mismo Autor, que es Dios; por eso decía felizmente Leibnitz, (1) que, «como la razón es un don de Dios, no menos que la fe, el combate que entre las dos se levantara pondría á Dios en pugna consigo mismo; y si fuesen insolubles las objeciones que presentara la razón contra algún artículo de fe, sería preciso afirmar que el pretendido artículo sería falso y no revelado: sería más bien una ficción del espíritu humano». Esto jamás podrá darse, porque Dios no puede absolutamente enseñar dos verdades contradictorias.

Mas hay aquí una circunstancia digna de notarse y que resuelve todos los argumentos que se presentan contra la admisión á ciegas de todos los dogmas revelados.

---

(1) Teodicea, discurso I, n.º 39.

Desde el mismo momento en que la Filosofía se reconoce á sí propia, admite la superioridad de la revelación, porque aquélla encuentra término en la razón misma, mientras que ésta lo tiene en Dios; de suerte que si ambas obtienen su principio en Dios, mas no, empero, su término; la razón se queda entre las cosas finitas; la revelación pasa por encima de éstas y se remonta al Ser infinito de quien recibe la noticia de aquellas verdades que, necesitando nosotros conocer, de ninguna manera las puede suministrar la razón y por lo tanto la Filosofía.

De ahí que la Filosofía, ilustrada por la revelación, sea ennoblecida, conociendo al propio tiempo, por esta causa, verdades que nunca habría podido por sí sola llegar á percibir; ella con su recto criterio, enriquecido por la revelación, conoce lo que es conforme y lo que es superior á sí, siendo nuestro Misterio Eucarístico no sólo conforme, sino superior, pero jamás contrario.

De conformidad con estas rectas ideas, notamos que por los tres expresados sistemas, particularmente por los dos últimos, se explica, de un modo humano, la presencia de Cristo en todas las especies sacramentales (1). Nosotros empero expondremos otra teoría más sencilla aun que las demás y que el sabio Le-Noir (2) atribuye á Cailly, por más que, según el mismo añade, se remonta al siglo XIII, en el que algunos famosos escolásticos, como Durando, Alejandro de Alés y S. Buenaventura, la sostuvieron. Hela aquí. La sola condición, dice, que es necesaria y suficiente para hacer á un individuo hombre, es la unión hipostática de una porción cualquiera de materia á un alma humana; de suerte que esta porción de materia, cualquiera que sea su disposición y su forma, viene á constituír el verdadero cuerpo del individuo desde el momento mismo en que es asumida por el alma; esto es lo que hacía afirmar á los teólogos y á los concilios antiguos que el alma es la forma del cuerpo. Supuesto esto,

(1) Puede verse á Le-Noir quien aplica estos tres sistemas al Sacramento Eucarístico. Dictión de theolog. Eucharist.

(2) Id.

¿qué es necesario para que el pan en la Eucaristía sea cambiado en el Cuerpo de Cristo? basta que el alma y la divinidad de Jesucristo se unan hipostáticamente á la substancia del pan, mejor dicho, al pan que ya no es tal pan, desde el momento de la conversión, resultando en este caso una verdadera transubstanciación y una verdadera presencia del Cuerpo de Cristo en todas las materias consagradas; una verdadera transubstanciación, pues lo que deja de ser pan, pasa á ser Cuerpo de Cristo por la unión referida, y es asimismo, verdadera multilocación del propio Cuerpo del Salvador, porque tomando Éste, mediante la expresada unión, todas las materias consagradas, queda presente realmente en todas ellas. He aquí un medio facilísimo que aclara el punto presente, para los incrédulos imposible, y para muchos creyentes obscuro; y que jamás, como dice el ilustre Le-Noir, ha sido condenado por la Iglesia.

Dijimos que algunos escolásticos sustentaban en principio este último sistema. Entre ellos, el doctor Seráfico (1) inserta una proposición para demostrar que Jesucristo está en la Eucaristía por modo sacramental, no propiamente *definitive*, y que como tal se halla á un mismo tiempo en muchos lugares. Para el efecto, inicia las palabras del Papa Inocencio, (2) que así suenan: «Á la manera que el Hijo de Dios, según la Divinidad, tiene tres modos de ser ó estar: en todos *por esencia,* en los justos *por gracia,* en Cristo *por unión;* así el Cuerpo de Cristo reside en el cielo *localmente,* en el Verbo *personalmente*, y *sacramentalmente* en el altar». Con este tercero modo, dice, que se halla Jesucristo en muchos lugares, porque son muchas las especies que lo contienen, las cuales en el momento mismo que se consagran se convierten todas en el Cuerpo del Salvador; de donde resulta que el Salvador se halle presente real y verdaderamente en todas ellas. Y aunque se consagre á la vez, en millares de lugares, como Jesucristo las atrae á sí y se

(1) Sen. lib. IV. dist. X p. I, art. unicus. q. III.
(2) Lib. IV, de Sacro altar. Myster.

une á las mismas por el modo mencionado, de ahí que todas se conviertan en el solo Cuerpo de Jesucristo.

Por manera que, como advierte sutilmente S. Buenaventura, (1) hablando con propiedad, Jesucristo se halla sólo en el cielo, como en único y propio lugar por el cual es definido así como individuo; mas también está como individuo en las Especies sacramentales, aunque no está definido por las mismas, porque como muchas especies se convierten en Él, no tiene término limitado de substancia á un lugar, sino que se extiende al todo y solo lugar de la conversión. Y añade: «porque los lugares de conversión no pueden ser todos, ni uno solo, antes bien, muchos, por eso no reside en el Sacramento *inmensamente* como Dios, ni del todo *definitive*, así como algún individuo, sino por modo *medio*, á la manera que Dios se halla en muchos por gracia.

Añade, que si se le pide la razón por qué el Cuerpo de Cristo está en muchos lugares, contesta que porque muchas substancias se convierten en todo Jesucristo y éstas son consagradas en muchos lugares; mas si se le vuelve á interrogar: ¿por qué muchas substancias? responde: porque el Señor lo instituyó de este modo. Y si finalmente se busca la razón de la institución, añade, que como la comida que se da en la Eucaristía es espiritual y común, fué ordenada para ser recibida por muchos (2).

Supuestas estas evidencias filosóficas que corroboran y enaltecen el Misterio Eucarístico, y ante las que ningún incrédulo, por más que alardee de presumido, dejará de humillarse, acatando, si no una Verdad estupenda, al menos la claridad poderosa de la sana razón que no se rebela contra ella sino que la reverencia, pasaremos á insertar otra clase de pruebas, no tan fuertes como las anteriores, pero á las que han apelado los Santos Padres y doctores católicos para sensibilizar por decirlo así el modo de verificarse la multilocación mencionada.

En efecto: el alma humana, ese espíritu simple é inmortal,

(1) Loc. cit.
(2) Loc. cit.

siendo uno, se halla en todas y cada una de las partes de nuestro cuerpo; lo mismo le sentimos en la cabeza, que en los pies y manos; y á la manera que este espíritu se extiende poco menos de dos metros en un adulto de gallarda estatura, podría empero extenderse no sólo á diez y ciento sino á mil y más metros, dado caso que pudiera haber un hombre que los midiera (1): así Jesucristo, siendo uno solo, se extiende á toda la Especie eucarística consagrada, subsistiendo en todas y cada una de sus partes.

El pensamiento del orador es otro magnífico símil que aclara el dogma de la multilocación del Cuerpo de Cristo; porque á la manera que el pensamiento parte de la boca del que lo emite y se reparte en número igual al de los oyentes, sin que pierda por esto nada de su entereza, puesto que subsiste tan cabal en el entendimiento del orador como antes de publicarlo: así Jesús, dice el Angélico, existe entero en cada Hostia, completo en cada fracción de la Hostia, se comunica á todos los hombres sin que se disminuya por mucho que se comunique, sin que se divida, por mucho que se fraccione. ¿Queremos otra semejanza todavía más sensible? Pongámonos delante de un espejo y se representará desde luego en él nuestra imagen; hagámoslo luego pequeños trozos y contemplaremos á la misma imagen que se halla con perfección en cada una de esas fracciones, sin disminución ni pérdida de ninguna de las circunstancias que antes la acompañaban.

Y si todo esto lo experimentamos diariamente, ¿por qué nos asombra que Jesucristo esté presente todo entero en todas y cada una de las Especies sacramentales? Seamos consecuentes con nosotros mismos; y si aplaudimos las maravillas de la naturaleza, adoremos con humildad profunda los arcanos sobrenaturales, apoyados en la autoridad de un Dios que no puede engañarse ni engañarnos.

---

(1) Le-Noir. lug. cit.

CAPÍTULO XXIV

Cuestiones teológicas relativas al modo de hallarse Jesucristo en la Eucaristía

SUMARIO

Artículo I.—Jesucristo en la Eucaristía puede practicar acciones espirituales.
Artículo II.—El Cuerpo de Cristo en la Eucaristía no puede ser alterado por ninguna causa exterior.
Artículo III.—Jesucristo en la Eucaristía no puede ser movido por sí mismo, ni por ninguna criatura.
Artículo IV.—Ninguna inteligencia viadora, ni tampoco el ojo corporal pueden ver naturalmente el Cuerpo de Cristo Sacramentado.
Artículo V.—Sobre las apariciones de Jesucristo en la Hostia consagrada.

Artículo I.—Jesucristo en la Eucaristía puede practicar acciones espirituales

Puede Nuestro Señor en la Santa Eucaristía desear, amar, esperar etc. ya que todos los actos espirituales que ejerce en el cielo los practica también por concomitancia en el Sacramento; pero en cuanto á los actos que dependen de los sentidos, como oir, ver, gustar, etc., no puede ejercutarlos naturalmente porque el alma no puede ejercer las sensaciones ya internas, ya externas si no es dependientemente del ministerio de los órganos, los cuales siendo materiales, exi-

gen naturalmente la extensión externa de que hemos hablado; mas el Salvador en la Eucaristía carece de semejante extensión: luego no puede naturalmente ver, oir, etc. No obstante, como puede que algunos simples tomen de esto motivo para escandalizarse, ó para formar una idea menos digna de la presencia de Nuestro Señor en el Sacramento, les consolaré con los teólogos (1). Enseñan éstos que aunque *naturalmente* el alma de Jesucristo en la Eucaristía no puede ejercer semejantes funciones corporales, sin embargo, no implica contradicción ninguna que el Verbo Divino, merced á la unión hipostática que tiene con la sagrada Humanidad del Redentor, otorgue por modo *sobrenatural* á esa divina alma tales favores; antes bien, juzgan piadosamente algunos que Jesucristo oye de hecho lo que nosotros le hablamos y ve cuanto practicamos delante del Sacramento en que está escondido. La razón que aducen es la siguiente: el que quiso estar corporalmente con nosotros, tambien quiere tener corporalmente con nosotros comercio, siendo esto nada más que opinable; por lo tanto, aunque Jesucristo puede ejercer las funciones de sus sentidos corporales por modo sobrenatural, sin embargo, no es lo más probable que lo haga, porque no le es necesario, poseyendo por otra parte el entendimiento que le sirve de medio para ver y oir respectivamente nuestras acciones y palabras.

Artículo II.— El Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía no puede ser alterado por ninguna causa exterior

No es inútil semejante proposición; mayormente en nuestros tiempos, en que la inicua masonería, el robo sacrílego y las atrocidades é indecencias que se cometen contra Jesucristo Sacramentado, son causa de que la augusta Persona del Redentor sea vilipendiada é inhumanamente tratada. Contra éstos y contra los que discurren según la parte sensible, voy á probar que el Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, por más que se intente profanarlo, arrojarlo á lugares

(1) Henno.

inmundos, acocearlo y herirlo con agudos cuchillos, no sufre alteración ninguna, ó lo que es lo mismo: que físicamente no recibe semejantes atropellos. Las razones son las siguientes: en primer lugar, considerado el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía aun en tiempo que era pasible, como lo fué después de la institución del Santo Sacramento, no podía ser alterado naturalmente por los cuerpos vecinos, porque para que esto sucediese, semejantes cuerpos debieran comunicar al del Salvador una cualidad tal que su modo de existir en el Sacramento fuese indivisible, al modo que lo está al presente. Ahora bien: ningún agente natural, en calidad de sobrenatural pudo comunicar á este divino Cuerpo semejante modo de existir: luego en modo alguno pudieron alterar el Cuerpo de Cristo sacramentado. En segundo lugar, considerado el Cuerpo del Salvador en la forma impasible de que ahora goza en el Sacramento eucarístico, tampoco puede ser alterado por ninguna causa ú objeto exterior; porque el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía no está como en lugar, por cuya razón estando privado de cuantidad externa, ninguna criatura puede obrar físicamente sobre Él; y así ni se le puede calentar, ni enfriar, ni herir sus carnes con cuchillos materiales, porque semejantes mutaciones requieren necesariamente contacto de cuantidad. Jesucristo Sacramentado, en sentir de Escoto, está presente á cualquier cuerpo como agente, cual si no lo estuviera (1).

Mas he de advertir que aunque los impíos no causen físicamente en el Cuerpo del Señor semejantes atrocidades, no obstante, la injuria que se infiere á Jesucristo es gravísima, y á todas luces horrendo su pecado; porque si asegura San Pablo que los que han caído en culpa grave crucifican de nuevo al Hijo de Dios en sí mismos y lo exponen al escarnio; ¿qué maldad cometerán aquéllos que, con todo el odio de que es capaz el corazón humano, pretenden traspasar su santo Cuerpo, juzgando que físicamente lo ejecutan? Quisieran, si pudieran, herir y matar al Salvador; y para ello se

(1) Sent.

ceban en las hostias santas ¡Qué execración! Mas ¡qué responsabilidad tan inmensa...!

Artículo III.—Jesucristo en la Eucaristía no puede ser movido por sí mismo, ó por alguna criatura

Con efecto: no puede ser movido propia y localmente por razón de sí mismo, empero puede por razón de las Especies consagradas. Lo primero se prueba porque Cristo no está en la Eucaristía como en lugar, por lo tanto, no puede andar de una parte á otra. A pesar de esto, dice Henno (1) si se toma latamente el lugar por el espacio, puede decirse que es movido localmente por razón de sí, pues llevado en las procesiones, está allí verdaderamente por sí mismo, y no está más donde estaba antes, y así sucesivamente.

Tampoco puede moverse Jesucristo en la Hostia por virtud propia, con movimiento progresivo, porque para esto se necesitaría que sus miembros tuviesen allí extensión local; pero sí puede por simple movimiento, porque, según defiende Bosco, este movimiento no puede ser impedido ni por las Especies eucarísticas, porque no está unido físicamente sino voluntariamente á ellas, ni tampoco por defecto de dimensión, porque la virtud inorgánica cual es el alma, no requiere dimensión; por consiguiente es creible que las Hostias consagradas que, según atestiguaron los hechos y la tradición, fueron movidas invisiblemente, no tocándolas criatura alguna, fuesen trasladadas inmediatamente por el mismo Jesucristo. Además; aunque verdadera y moralmente se mueve el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, sin embargo no puede moverse físicamente, ni *per se*, ni *per accidens*, por criatura alguna corporal. No *per se*, ó por tocamiento inmediato de la criatura corporal á Jesucristo eucarístico, porque es evidente que ninguna criatura puede producir sensación en el Cuerpo de Cristo Sacramentado, de modo que ni le puede mover físicamente; tampoco *per accidens* esto es: por razón de las Especies, porque según

(1) Loc cit.

afirma Henno, siendo el Cuerpo de Cristo de sí improporcionado para que se le pueda mover por criatura alguna corporal, no se hace proporcionado por razón de las Especies; puesto que éstas no confieren virtud alguna al agente para que mueva el cuerpo de Cristo.

El doctor sutil se vale del ejemplo, antes propuesto, para aclarar la cuestión. Un ángel que se determinara á estar siempre presente en una piedra, al ser movida ésta, no por eso se movería físicamente el ángel voluntariamente presente á ella, y esto es lo que sucede en la Eucaristía. Tampoco habría nuevo milagro cada vez que moviesen las Especies eucarísticas, porque así como no se diría haber milagro cuando el ángel se trasladase de lugar trasladando la piedra, así tampoco hay nuevo milagro cuando, trasladando las especies, se traslada moralmente el Cuerpo de Cristo.

Y efectivamente, Jesucristo Sacramentado se traslada de lugar moralmente, pero con toda realidad, por razón de las Especies. Si así no fuera ni se podría depositar en el tabernáculo, ni llevar en procesión solemne, ni por viático ser conducido á los enfermos.

Artículo IV.—Ninguna inteligencia viadora, ni tampoco el ojo corporal pueden ver naturalmente el Cuerpo de Cristo Sacramentado

Aquí se presentan dos importantes cuestiones, las cuales son concebidas en estos términos: ¿Puede algún entendimiento creado ver naturalmente la existencia del Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía? ¿Puede el ojo corporal ver el Cuerpo de Cristo como está en el Sacramento?

Respondamos. Ante todo se ha de notar que no se trata aquí de la inteligibilidad abstractiva, que es la que se obtiene por medio de la fe, porque manifiesta cosa es que la criatura racional puede entender de este modo la presencia del Cuerpo de Cristo Sacramentado. De la intelección que aquí tratamos es de la intuitiva, ó sea aquélla por la cual podemos ver á Cristo en la Hostia tal como es en sí, sin celaje alguno. Sobre este fundamento y antes de entrar á pro-

bar la primera parte, debemos distinguir cuatro modos de entendimientos creados. Éstos ó están separados de la materia, como el de los ángeles; ó son semejantes á éstos en la operación como el del alma separada del cuerpo, y el del alma unida al cuerpo bienaventurado, ó son como el del alma unida al cuerpo mortal que agrava á aquélla. Además respecto á lo que hemos indicado, de si el entendimiento creado puede ver *naturalmente* la existencia de Cristo Eucarístico, advierte Escoto, (1) «que por este adverbio *naturalmente* no se entiende que el entendimiento por solas sus fuerzas pueda conocer el Cuerpo de Cristo Eucarístico, porque el alma es como una *mesa lisa* que nada puede conocer por sí sola, sino que se entiende conocerlo *naturalmente*, porque el entendimiento puede conocer, concurriendo las causas naturales».

Esto supuesto, pasemos á demostrar que nuestro entendimiento creado, en el estado de viador, no puede ver naturalmente el Cuerpo de Cristo, según existe en la Eucaristía. La razón es que nuestro entendimiento, del modo que está constituído, no puede obrar sino por medio de lo sensible, ó dependientemente de los sentidos y nos consta que ningún sentido puede ver la existencia de Cristo en la Eucaristía. Además, nuestros sentidos lo mismo perciben antes que después de la consagración, luego si percibieran intuitivamente el Cuerpo de Cristo distinguirían una Hostia consagrada de la que no lo está.

Sin embargo; este mismo entendimiento creado, desatado de los sentidos, y aun con ellos, pero beatificado, según afirma Escoto, (2) puede ver naturalmente la existencia del Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, porque, según añade el citado doctor, «el entendimiento se tiene á las cosas inteligibles, según son inteligibles en sí; primero entiende aquello que antes es inteligible en sí: por lo tanto, como la existencia del Cuerpo de Cristo Eucarístico es inteligible en sí, porque está dentro de los límites del objeto del en-

(1) Libr. 4 Sent. Distinct. 10. Quæs, 8.
(2) Id.

tendimiento creado beatificado, resulta que naturalmente puede ver dicha existencia. Si se busca por qué el Cuerpo de Cristo Sacramentado se halla dentro de los límites del objeto del referido entendimiento, responderé que todo ser finito se halla dentro de sus límites y la existencia del Cuerpo de Cristo es un ser finito y limitado: luego está dentro de sus límites y por consiguiente puede ser percibido por el entendimiento. Adviértase que no se dice simplemente «ver á Cristo», sino «la existencia del Cuerpo de Cristo»; porque Jesucristo, tomado simplemente, importa supuesto divino y la Divinidad misma; por consiguiente, como el entendimiento beatificado, abandonado á sus fuerzas naturales no puede percibir intuitivamente á la Divinidad, resulta que la proposición enunciada se refiere á la existencia del Cuerpo de Jesucristo. Además, los bienaventurados ven claramente todos los misterios, de los cuales tuvieron fe estando en la tierra (1); y perciben igualmente todo lo que respecta á los mismos por razón del estado, oficio y dignidad, según definió el Concilio Senovense (2); luego ¿cómo no han de ver la presencia de Cristo Eucarístico, puesto que tanto les respecta?

La segunda importante cuestión que enunciamos se formulaba: El Cuerpo de Cristo, según está en el Sacramento, ¿puede ser visto por el ojo corporal? A esto respondo que nuestro ojo corporal puede ver de dos modos los objetos, á saber: natural y sobrenaturalmente. Del primer modo no puede percibir á Cristo eucarístico, porque nuestro ojo corporal no puede ver naturalmente los objetos si no están iluminados, si no tienen figura y color correspondiente; y como el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía existe, según vimos, por modo indivisible é inextenso, luego no puede ser visto por el ojo de un modo natural. No solamente el ojo mortal, pero ni el glorificado puede ver naturalmente el Cuerpo de Cristo Eucarístico, porque el que sea glorificado no impide el que no pueda ver los objetos des-

(1) I Cor. XIII, 12; et Augustinus, Loc. XX de Civit. Dei, cap. 21.
(2) De decretis fidei cap. 13.

poseídos de las cualidades mencionadas. Sobre esta cuestión discurrieron desatinadamente los Nominales, sosteniendo que si Dios no impidiese al ojo humano la visión de Jesucristo en la Eucaristía para mérito de la fe, aquél podría percibirlo naturalmente.

Sin embargo: este mismo ojo humano puede ver sobrenaturalmente el Cuerpo de Jesucristo bajo las especies sacramentales, como le han observado muchísimos santos, respecto de lo cual dan entero crédito las historias eclesiástica y profana. La razón de esto la da Escoto, y es común entre los doctores. Dice que (1) «á Dios es posible todo aquello que no incluye evidentemente y no se sigue necesariamente contradicción»; ahora bien: ¿Qué contradicción existe para que sea á Dios imposible el poder mostrar en la Eucaristía el Cuerpo de Jesucristo? Absolutamente ninguna. El color y la luz son condiciones extrínsecas de todo cuerpo para que sea visto tal y como es: luego aunque Jesucristo no apareciera en la Santa Hostia con estos accidentes, podría muy bien ser visto de aquéllos á quienes el Señor hace semejante favor. Aun más, añade Escoto (2): «Dios puede de potencia absoluta causar la visión del Cuerpo del Salvador en el ojo glorioso ó no glorioso, aunque este Cuerpo no estuviera en ninguna parte sino en la Eucaristía; y lo prueba así: porque la visión es forma absoluta, luego sin contradicción puede ser hecha sin respecto de presencialidad al objeto». Se ha de advertir, no obstante, y lo indica el mismo doctor, que aunque el ojo humano puede ver sobrenaturalmente el Cuerpo de Cristo Eucarístico, no lo puede percibir del modo que está en la Eucaristía, porque según hemos observado varias veces, en la Eucaristía se halla Jesucristo por modo indivisible.

Artículo V.—Sobre las apariciones de Jesucristo Nuestro Señor en la Hostia consagrada

Sabemos que nuestro buen Señor, con objeto de confirmar

(1) Distinct, 10, Quæst. 3 m. 14.
(2) Lib. IV. Distinct X, Quæs, 9.

el Misterio Eucarístico, ha obrado en todo tiempo asombrosos milagros. Entre éstos merecen especial mención sus reales apariciones en la Santa Eucaristía, aunque sobre ellas hay que notar: 1.° si son pasajeras ó permanentes: 2.° si se verifican por parte del ojo, en el aire, ó por mutación substancial de las Especies. Aquellas apariciones se dicen ser pasajeras cuando Jesucristo se muestra en la Hostia por poco tiempo á alguno ó muchos siervos suyos, con el fin de consolarles, robustecer su fe, etc.; y aparece bajo la forma de Niño, de Crucificado ó de Salvador en su estado perfecto. En tales apariciones, como dice Conink (1), bajo de cualquier forma que aparezca el Señor, es siempre el mismo Cristo. Si son permanentes las apariciones, esto es: si las especies se conservan aún ó se conservaron por muchos años bajo la forma de carne ó sangre ó también sin estas figuras, no está allí Jesucristo; porque si aparece sólo un pedazo de carne por ejemplo, no está allí Cristo, ya que el cuerpo no puede estar separado de la sangre, á más de que Jesucristo estando glorioso es indivisible; si aparece una serpiente, tampoco está allí Cristo, porque cuando esto sucede, es para designar la indignidad del que lo recibe ú otra cosa semejante; aparte que en estos dos casos están cambiadas substancialmente las especies, en cuyo caso desaparece Cristo.

Respecto á lo segundo; aquellas apariciones se dicen ser verificadas por parte del ojo, ó en el aire, cuando por divina disposición el ojo contempla á Jesucristo bajo alguna de las tres formas referidas, sin haber nada de sorprendente en la Hostia ó en el cáliz, resultando entonces que las Especies sacramentales quedan intactas, como si nada apareciera; toda la aparición en efecto radica en que la imagen bajo la cual se ve á Jesucristo se pinta en la retina del ojo, lo que suele llamarse en teología mística *visión corporal*, en cuyo caso, está allí realmente Jesucristo, puesto que en manera ninguna se han inmutado las Especies sacramentales. Mas las apariciones que resultan por mutación substancial

(1) De Sacrament. Quæst. 76, art. 8, dub. 2.

de estas Especies, de tal manera que semejante cambio sería lo suficiente para determinar el que faltasen las substancias de pan y vino, si allí estuviesen, entonces, de ningún modo está allí Cristo, porque Nuestro Señor determinó hallarse Sacramentado, en tanto que las Especies permaneciesen íntegras.

CAPÍTULO XXV

Deístas ó filosofastros frente á los accidentes de pan y vino, que permanecen después de la consagración

SUMARIO

Artículo I.—¿Pueden los accidentes estar sin sujeto?
Artículo II.—¿De qué modo subsisten los accidentes eucarísticos después de la consagración?
Artículo III.—Los accidentes ¿son capaces de padecer mudanza después de la consagración como lo son antes de ella?
Artículo IV.—¿Pueden corromperse los accidentes ó engendrarse algo de los mismos?

El adorable Sacramento del Altar consta no sólo del Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor, sino también de los accidentes de pan y vino, los cuales son en la Eucaristía inmediatamente después de la consagración. Es doctrina de fe católica definida en los Concilios Lateranense IV (1), Constanciense (2), Florentino (3) y Tridentino (4).

Para mejor inteligencia dividiremos el asunto en cuatro artículos. 1.° ¿Pueden los accidentes estar sin sujeto? 2.° ¿De qué modo subsisten los accidentes eucarísticos después

(1) Cap. Firmiter.
(2) Sess. 8.ª.
(3) Decret. Vnion.
(4) Sess. 13, can, 2.

de la consagración? 3.º ¿Pueden ó son capaces de padecer mutacion tanto después de la consagración como antes? 4.º ¿Pueden corromperse, ó engendrarse algo de los mismos?

Con objeto de que mejor se fijen las ideas, definamos lo que es accidente y sus especies.

Accidente, en filosofía, es una calidad que se halla en alguna cosa, sin que sea de su naturaleza ó existencia, y que puede estar ó no estar en ella. Hay accidentes mediatos ó substanciales, é inmediatos ó accidentales. Los primeros son la misma substancia de la cosa, de la cual, ellos son accidentes, así por ejemplo: en una roca constituyen su substancia los elementos mineralógicos que entran en su composición, mas sus accidentes son el color, el olor, el sabor, la figura, la cantidad, el peso, etc., los cuales, si se consideran unidos á los elementos mineralógicos, forman lo que se llama accidentes substanciales ó mediatos. Los inmediatos ó accidentales son la cuantidad de la misma substancia de la cosa, en la cual cuantidad se hallan el color, olor, figura, peso, etc.; v. g. en el ejemplo citado, considerando la cuantidad juntamente con estas calidades sensibles de color, olor, peso, cantidad etc., independientes de la substancia de la roca, resulta lo que se llama accidentes inmediatos ó accidentales. Esto supuesto, pasemos á estudiar:

Artículo I.—¿Pueden los accidentes estar sin sujeto?

No pueden naturalmente, pero sí de un modo sobrenatural. Lo primero queda confirmado por la definición de accidente y también por la experiencia. En efecto; accidente es el ente que existe en otra cosa como en sujeto; luego su ser propio es hallarse en la substancia; de donde se infiere que, faltando la substancia, falta tambien el accidente, como éste no tenga existencia propia, sino en la substancia. No sucede así con ésta, porque la substancia es ente que por sí mismo tiene ser y no necesita de otro, v. g. del accidente como de sujeto para existir, por lo cual deducimos que si, como dice Balmes (1), las modificaciones ó acci-

(1) Tomo 4.º cap, 4, n.º 20, Filos, fundam.

dentes no son independientes de la substancia, claro está que éstos no pueden existir sin sujeto. Además; nosotros, según nuestras fuerzas naturales, no podemos ver las substancias de las cosas simplemente, ó sea desposeídas de los accidentes que las modifican; porque aunque éstos sean condición secundaria y extrínseca del objeto visible, sin embargo, no lo son del medio por el cual hemos de percibir semejante objeto, cual es el ojo corporal; constitución natural de éste es ver los objetos revestidos de formas ó accidentes, los cuales de otro modo no puede percibir, á lo menos por potencia natural, según queda demostrado.

De aquí se deduce la segunda razón que al principio indicamos, cual es la experiencia. En efecto: nuestros ojos corporales no pueden ver, por ejemplo, la substancia de un huevo sin verlo al mismo tiempo ovalado, blanco ó pardo, de tales ó cuales dimensiones, de tal ó cual peso; no podríamos apreciar su natural gusto, si no tuviera sabor, ni olfatearlo si careciera de olor, etc. Pues bien; todas estas cualidades del huevo son meros accidentes que no pueden estar sino en la substancia del huevo mismo, y que además, no pueden existir naturalmente fuera de ella, porque fueron creados para darnos á conocer sensiblemente el huevo.

De todo lo cual se deduce que los accidentes eucarísticos no pueden mantenerse en las especies de pan y vino, separados de sus substancias, si no es por modo sobrenatural, y aquí tenemos sentada ya la segunda parte de este primer punto. En efecto: «Pudiendo Dios, dice S. Basilio Magno (1), hacer más que lo que nuestro entendimiento puede concebir; y entendiendo, por otra parte, nuestra mente que los accidentes pueden estar sin sujeto, claramente se ve que por dos motivos pueden los accidentes estar sin él». A la verdad, por modo milagroso puede esto efectuarse; porque, según afirma el doctor seráfico (2), como Dios, por su virtud, y sin repugnancia é inconveniencia puede separar los accidentes de sus substancias respectivas, luego por mila-

(1) In Hexameron.
(2) Lib, 4 sent., Dist. 12, Pars, I art. 4 Quæs I. Concl. 1

gro puede darse lo que naturalmente no puede efectuarse.

Existen, no obstante, algunos miopes que niegan el que se pueda verificar por milagro lo que acabamos de probar. Arguyen de este modo: por milagro no puede separarse el definido de la definición, ó de las partes de la definición; de donde no puede realizarse el que uno, siendo hombre, no sea al mismo tiempo animal racional é inmortal; por lo tanto, el accidente debe definirse por el sujeto ó substancia; luego el accidente no puede separarse de la substancia ni aun por milagro. Responde S. Buenaventura (1), que los accidentes en la Eucaristía, aunque no estén en el sujeto, sin embargo no se separan de su definición, antes bien le convienen, porque son aptos para estar en el sujeto. Sostiene además, este santo doctor con toda la Iglesia Católica, que los accidentes en la Eucaristía pueden estar sin sujeto inmediato; siendo aun conveniente esto mismo por la más eficaz significación del milagro que siempre existe allí perenne; por la conveniente comida que allí se nos da, cual es el Pan verdadero del cielo; por el mérito de la fe, la cual aunque vemos los accidentes creemos no obstante que Jesucristo está en la más pequeña Hostia; y por la perfección de las divinas obras que en el adorable Sacramento se unen como para darnos testimonio de la omnipotencia divina.

Artículo II.—De qué modo subsisten los accidentes eucarísticos después de la consagración

Probaremos aquí dos puntos distintos: 1.° Los accidentes subsisten en la Eucaristía sin sujeto substancial ó mediato. 2.° Estos accidentes tienen allí existencia propia.

Primero. El Concilio Tridentino enseña que toda la substancia del pan se convierte en la substancia del Cuerpo de Jesucristo, y toda la del vino en la de su sangre, permaneciendo solamente las especies de pan y vino. Ahora bien: por una parte afirma que en la Eucaristía no hay substancia de pan ni de vino, y por otra que permanecen allí los acciden-

(1) In eodem loco.

tes, y como éstos no pueden ser substanciales, luego se hallan en la Eucaristía sin sujeto substancial. Empero, no lo están sin sujeto accidental ó inmediato; porque según los principios de Escoto, la cuantidad como accidente distinta de la substancia, permanece después de la consagración, aun cuando no estén entonces allí las substancias de pan y vino; ahora bien: como antes de la consagración estaban unidos á la cuantidad los demás accidentes, como el color, olor, sabor, etc., luego también subsisten unidos después de ella.

Que estos accidentes tengan en la Eucaristía existencia propia, se demuestra, porque si así no fuera, ó habían de existir por existencia del pan, ó habían de estar como cercados en el aire, ó también por algún otro modo capaz de mantenerlos que no sea el mencionado; ahora bien: por ninguno de estos medios subsisten los accidentes en la Eucaristía, porque en cuanto al primero, no pueden subsistir por existencia del pan, porque después de la consagración el pan queda destruído enteramente, luego no existiendo éste en las especies, menos puede causar la existencia á los accidentes. Tampoco pueden subsistir por el segundo modo; esto es: como cercados en el aire, ya porque como dice S. Buenaventura (1), los accidentes no denominan al aire que les cerca, ya también porque es imposible que el accidente vuelva á pasar á otro sujeto del que tenía antes, ó pasar de sujeto en sujeto. Si pues estuvieron en el pan no pueden estar en el aire; por lo tanto, no cambiados en el aire, ni estando en él, pasan de un lugar á otro lugar; llenan entonces el lugar y por consiguiente apartan de sí el aire: luego no están como cercados en este sutil elemento. Finalmente; tampoco pueden subsistir por algún otro modo sea el que fuere, que no sea el mencionado; porque este modo es del todo superfluo, por la sencilla razón de que Dios puede conservar los accidentes por sí solos; esto es: por medio milagroso, sin tener necesidad de otro medio. Así dice Escoto (2): «que la cuantidad separada no tiene algún mo-

(1) Liber IV, Sent., Distinct. XII, Pars. 1, quæs. III, Conclus.
(2) Lib. 4, Sent., dist 12, quæst, 6, n.° 14.

do positivo de substancia; antes bien: la tiene sólo negativo, ó sea el no hallarse actualmente en el sujeto», siendo esto así, debería ser accidental el modo por el cual pudiesen existir los accidentes, y como este nuevo modo accidental necesitaría otro nuevo modo para existir fuera del sujeto (y así podría prolongarse hasta el infinito), por ser accidente como los demás, resulta que sería insuficiente, y por lo tanto superfluo.

No obstante, respecto de esta cuestión existe una opinión bastante común, como la llama Henno, la cual sostiene, que para que los accidentes eucarísticos puedan estar fuera del sujeto, se necesita el abundante concurso de Dios que supla lo que confería á la substancia del pan y del vino para la conservación de aquellos accidentes, lo cual se explica perfectamente, porque bien puede Dios suplir el concurso del sujeto ó substancia por verdadero influjo de causa suficiente, proporcionando ó prestando mayor fuerza á las especies que proporcionaba ó prestaba antes de la destrucción del mismo sujeto; de lo cual se deduce, que tales especies ó accidentes tienen en la Eucaristía existencia propia, pero de tal manera que estén por modo milagroso, porque como afirma S. Buenaventura (1): «así como es milagro, que los accidentes estén sin sujeto, así también es milagro que estos accidentes obren por sí».

Artículo III.—Los accidentes ¿son capaces de padecer mudanza después de la consagración, como lo son antes de ella?

Ciertamente que sí; y esto se prueba por dos motivos, á saber: por la razón teológica y por la experiencia. En efecto, para que los accidentes eucarísticos sean capaces de padecer mutación, basta únicamente que tengan existencia en el acto; ahora bien: si podían cambiar cuando tenían existencia en el sujeto, también lo podrán ahora que no han cambiado por milagro. Observamos además que los accidentes, después de la consagración, pueden calentarse, enfriarse,

(1) In eodem loco.

mojarse, dividirse, unirse, condensarse etc. todas las cuales alteraciones las sufrían ya cuando estaban en el sujeto. La razón de esto es, que como á dichos accidentes eucarísticos no es necesaria la unión con el sujeto para que obren del mismo modo, tampoco la necesitan para experimentar mudanza.

Artículo IV.—¿Pueden corromperse los accidentes ó engendrarse alguna cosa de los mismos?

Según he probado ya, los accidentes son totalmente de la misma condición y naturaleza después de la consagración que antes de ella; por cuya razón, si antes podían corromperse, luego también después. Esto lo confirma la experiencia, pues notamos que las sagradas Hostias de muchos días confeccionadas, pierden el color, el olor y el gusto. Sin embargo, la explicación de semejantes operaciones se hace difícil porque como en los accidentes eucarísticos no existe materia en la cual se reciba la forma de la cosa engendrada, y por otra parte, semejante generación supone una materia semejante, por eso dicen los teólogos que es difícil su explicación.

Existen empero varias opiniones que dan alguna solución á este asunto; pero la más verdadera, como la llama Henno, (1) la más fácil y la que se tiene hoy día por más común es la siguiente: En el instante mismo que se alteran las especies y se engendra de ellas alguna substancia, Dios crea la materia prima que, unida á la cuantidad del pan, ejerce todos los oficios que ejercería la materia del pan si allí existiese. Este es el modo que, á juicio de S. Buenaventura, es bastante seguro y probable, por lo cual dice este venerable doctor, (2) que así como milagrosamente la substancia del pan se convierte en el Cuerpo del Señor y comienza á estar allí bajo el Sacramento, así la misma substancia se sustituye por cierto modo milagroso cuando el Cuerpo del Salvador falta del Sacramento. No es improbable, añade,

(1) De almo Eucharist. Disp. VI, Conclus, 2.
(2) Distinct. 12, Pars. I, art. 2, Ques, 1.ª Conclus.

que así se ejecute; porque si por la conversión de la substancia del pan, el Cuerpo de Cristo no se engendra ni se hace, sino que comienza solamente á estar bajo aquellas especies, ¿quién se atreverá á rechazar como irracional que en lugar del Cuerpo de Cristo no corrupto, antes bien, faltando su presencia en las especies, vuelva aquella substancia que sustentaba antes á los accidentes, siendo así que éstos no se hallen sin sujeto por otra causa, sino por la dignidad y presencia del contenido? Porque si me preguntas, ¿acaso este acto sea generación ó creación ó alguna otra mutación? yo en verdad te podré decir, que así como la conversión es mutación singular, así también es el acto de volver á estar la materia del pan en los accidentes».

CAPÍTULO XXVI

Presencia habitual de Jesucristo en la Eucaristía

SUMARIO

Artículo único.—La Eucaristía no consiste solamente en el uso, sino en el Sacramento permanente.

La presencia habitual del Salvador en el Augusto Sacramento del Altar es un gran dogma de fe, deducido de las palabras consagratorias, y confirmado, de otra parte, por el Concilio Tridentino, los Santos Padres, liturgias y práctica de la Iglesia. En efecto: nuestro adorable Salvador, tomando el pan en sus manos, dijo: «Éste es mi cuerpo». Ahora bien; según los mismos luteranos, estas palabras obran lo que significan; sin ellas no habría Sacramento, por cuya razón vienen á confesar, sin quererlo, lo que confiesa la Iglesia Católica. Si son consecuentes, pues, deben asentir á que una vez se pronuncien las palabras consagratorias sobre el pan, hay Sacramento. No nos importa el que digan que se ha de dar la comunión para que se efectúe el Sacramento; porque, una de dos, ó las palabras de la consagración obran lo que significan, ó no obran nada. Si obran lo primero, según ellos y nosotros confesamos, desde entonces debe estar Jesucristo en la Eucaristía.

Mal hacen, por consiguiente, con añadir que la Eucaristía

consiste únicamente en el uso, ¿acaso el Redentor pretendió esto? En el acto de la institución del Santo Sacramento, Jesucristo practicó dos acciones enteramente diversas; pronunció las palabras sobre el pan, y efectuó su presencia real en la Eucaristía. Ésta fué la primera acción; acción esencial é imprescindible para que haya Sacramento. Después lo dió á sus apóstoles, y efectuó la comunión la cual en nada se corresponde con la esencia del Sacramento. Ésta fué la segunda acción. Ahora bien: ¿quién se atreverá á confundir la última con la primera? Aunque el fin principal de Nuestro Señor Jesucristo al instituír la Eucaristía fuese el dar en comida su Cuerpo y en bebida su Sangre, no por eso se debe confundir el fin con el mismo Sacramento; por la pronunciación de las palabras consagratorias efectuaba Sacramento, y por la Comunión les daba á comer su Cuerpo y beber su Sangre y con éstos la gracia sacramental; luego aunque no haya comunión, hay sacramento, porque primero es el ser del Sacramento que la comunión. Por lo tanto, en abierta contradicción incurren los que afirman que la Eucaristía consiste sólo en el uso ó comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

Además, el Concilio Tridentino, viendo la infernal astucia de los herejes que se proponían corromper los dogmas contenidos en el depósito de las sagradas Escrituras y divina Revelación; viendo que las malas artes de estos apóstatas iban directamente á alterar la fe del Misterio Augusto de la Eucaristía, no por otro fin que por perder las almas, apartándolas de la devoción hacia Jesús Sacramentado: estableció tres decisivos cánones, que entre otros varios que redactó sobre el mismo Sacramento, revelan la fe que tuvo siempre la Iglesia sobre el presente dogma. Dice el primero: «Si alguno dijere, que hecha la consagración no está el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo en el admirable Sacramento de la Eucaristía, sino sólo en el uso, mientras que se recibe, pero no antes ni después; y que no permanece el verdadero Cuerpo del Señor en las Hostias ó partículas consagradas que se reservan, ó quedan después

de la comunión; sea excomulgado» (1). Mas no hemos de creer que el santo Concilio redactó como doctrina nueva este sagrado canon, porque esto es falso; lo que hemos de confesar es que se vió precisado á promulgarlo porque los perversos herejes no cejaban en sus malos propósitos. Los Santos Padres nos dan una idea relevante y fija de lo que ha creído siempre la Iglesia sobre nuestro presente dogma. Citaré el testimonio de dos tan sólo, porque más adelante han de figurar todos los Padres como irrebatible testimonio de la Eucaristía.

San Clemente dice: (2) «Tomen los diáconos las reliquias (ó las hostias consagradas) y pónganlas dentro del Tabernáculo»; y S. Cirilo Jerosolimitano (3) así se expresa: «Acércate al cáliz de su Sangre inclinándote ó doblando tu rodilla, á modo de adoración». De lo cual resulta que según S. Clemente, Jesucristo está sacramentado no solamente en el acto de la Comunión, si que también antes y después de ella, pues es cierto que después del sacrificio de la Misa son guardadas las Hostias en el Tabernáculo, acción á la cual alude el citado Padre. S. Cirilo enseña otra circunstancia más, que niegan los protestantes, y es la adoración que debemos tributar al Sacramento Santísimo no solamente al ir á comulgar, como enseña S. Agustín, sino también cuando está manifiesto en los altares. Contra esta venerable práctica iban precisamente los novadores al predicar su mal llamada reforma. Querían apartar á los fieles cristianos del consuelo más grande que poseemos en la tierra, esto es, del amor y devoción á Jesús Sacramentado, y para lograrlo sostuvieron que Jesucristo no existe Sacramentado, ni en el sagrario, ni expuesto en los altares, ni en la santa Misa. ¿Ignoraban acaso que con semejante indigno proce-

(1) Si quis dixerit, peracta consecratione, in admirabili Eucharistiæ Sacramento non esse corpus, et sanguinem Domini nostri Jesuchristi, sed tantum in usu, dum sumitur, non ante, vel post; et in hostiis seu particulis consecratis quæ post communionem reservantur, vel supersunt, non remanere verum corpus Domini; anathema sit. Trid. sess 13, c. 4.

(2) Lib. 8, Constit. c. 13.

(3) Catech. 5.

der inferían atroz injuria al mismo Jesucristo á quien pretenden confesar?

Pero no nos salgamos de la cuestión. Jesucristo Sacramentado no está sólo en el uso, con el uso y por el uso de la comunión, sino también desde el momento en que son consagradas las especies eucarísticas hasta que se alteren ó corrompan substancialmente; ó como se dice en teología, que el adorable Sacramento del altar consiste *in re permanente*. Más adelante contestaremos á los novadores con argumentos del unánime sentir de la Iglesia Católica, desde el sumo Pontífice hasta el último lego; pero ahora bastará que les presentemos la decisión del Concilio Tridentino, congregado legítimamente en el Espíritu Santo. (1) «Si alguno dijere (estas son sus palabras) que en el Santo Sacramento de la Eucaristía, no se debe adorar á Cristo, Hijo Unigénito de Dios con el culto de *latría*, ni aun con el externo, y que por lo mismo, ni se debe celebrar con peculiar y festiva celebridad, ni ser conducido solemnemente en procesiones, según el loable y universal rito y costumbre de la santa Iglesia, ó que no se debe exponer públicamente al pueblo para que le adore, y que los que le adoran son idólatras, sea excomulgado».

En otro canon no se expresa menos claro. (2) «Si alguno dijere que no es lícito reservar la sagrada Eucaristía en el sagrario, sino que inmediatamente después de la consagración se ha de distribuír de necesidad á los que estén presentes; ó dijere que no es lícito llevarla honoríficamente á los enfermos, sea excomulgado». Éstos son nuestros argumentos, los argumentos de un fiel cristiano; con ellos tenemos que combatir á cualquiera que ose negar descaradamente el dogma de Jesucristo Sacramentado, y diremos de este modo: Si sostienes lo contrario de lo que confiesa la Iglesia Católica, ten presente que estás excomulgado.

Pero dos puebas más posee todo católico, para desmenuzar las despreciables doctrinas de los novadores, á saber: la voz

(1) Sess. 13, c. 6.
(2) Sess. 13, c. 7.

de *prescripción* como la llaman los teólogos y la de los milagros. La primera consiste en argüir á los protestantes: Cuando vosotros vinisteis al mundo la Iglesia Católica hacía ya diez y seis siglos que creía el dogma de la Eucaristía del mismo modo y con la misma entereza que lo cree y sostiene ahora. La prueba nos la prestan los Concilios, los SS. Padres, los doctores, los mártires, las vírgenes, las ciencias, las artes, la civilización universal, las apócrifas religiones y en general la práctica de toda la Iglesia. Luego quien ha variado sois vosotros que creéis lo contrario de lo que ella cree; por consiguiente á vosotros no se os debe oir. Si vosotros decís que la Iglesia Católica ha cambiado de creencia, y que por eso habéis protestado contra Ella, enseñando vuestros dogmas como verdaderos (puros caprichos de inteligencias depravadas) á ver si podéis eludir los puntos siguientes: ¿Será posible que la Iglesia Católica haya cambiado de creencia en el transcurso de tantos siglos, y que semejante cambio no haya producido una general conmoción por la cual se nos transmitiera semejante volubilidad? ¿Será posible que para hacer este ruidoso cambio, se hayan puesto de acuerdo todas las Iglesias de Occidente con las de Oriente, sin que pudiera apercibirse, y no nos quede del hecho ningún recuerdo? ¿Será posible el que se haya verificado esa indigna mudanza, y que tantos osados herejes como han germinado en todos los siglos, siempre dispuestos á arrojar sucio lodo en rostro de la Iglesia, no se hayan levantado y protestado contra ella? Ahora bien: no sabemos que se haya verificado tal conmoción, tal unión, tal variación, ni semejantes protestas; y no solamente lo ignoramos, sino que en ninguna parte podrán descubrirse semejantes hechos, ni leves rastros de los mismos pues sucesos semejantes, no existieron, y contra lo que jamás existió de nada sirven cuantos argumentos y sofismas inventen los adversarios.

La segunda prueba fortísima que poseemos los católicos contra la doctrina de los herejes, es la de los milagros. En efecto; contra un hecho verdadero y real no hay razones que merezcan aprobación; todas desfallecen en el instante

mismo en que se patentice el suceso; ahora bien: nosotros poseemos hechos solemnísimos que desvirtúan todas las sutilezas y sofismas de los protestantes; hechos irrecusables; hechos superiores á las fuerzas naturales; verdaderos y portentosos milagros, los cuales obró Dios á favor de lo que cree la Iglesia Católica. Unos se obraron en el instante mismo en que fué perfeccionada la consagración eucarística; otros estando las sagradas hostias en los sagrarios, en los altares, en las procesiones, en las casas particulares, en lugares inmundos y en manos de los sacerdotes y hasta de los criminales: luego Jesucristo se halla sacramentado fuera del uso. Semejantes milagros, unos fueron vistos y palpados por los siervos de Dios, otros por todo un pueblo y otros en fin por los mismos malvados. ¿Queremos más pruebas? Si los protestantes pueden ofrecernos alguna prueba que sea más positiva y de mayor fuerza que las que nosotros poseemos á favor de la presencia real, que hagan el favor de presentarla y nos convenceremos de que lo que ellos sostienen es verdadero. Los desafiamos...; mas como no la presentarán jamás...!! Insertarán tal vez en sus pesados libros muchas páginas llenas de argucias, pero nosotros con solo un milagro que patenticemos las desbaratamos todas.

¿Qué más? Los primeros cristianos, en tiempo de persecución, solían llevarse la Eucaristía á sus casas, depositándola en lugar seguro y decente, con el fin de recibirla en el tiempo que les señalaban los presbíteros, ó cuando fuese de su mayor devoción; los solitarios, según atestigua S. Jerónimo, la conducían consigo á los desiertos para idéntico fin; los mártires antes de sufrir el martirio comulgaban las partículas de varios días consagradas; y era llevada también por Viático á los enfermos. Ahora bien: si la Eucaristía consiste solamente en la Comunión, ¿cómo se explica todo esto? ¿Para qué servía el que los primeros cristianos tomasen en sus manos con temor y reverencia grandes aquel sagrado Pan y le depositaran en un tabernáculo para adorarle y recibirle, si al fin no era más que puro pan? ¿cómo se en-

tiende el que lo llevasen á los enfermos, después de varios días consagrado y lo diesen por Viático, si al cabo, aquello no era el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo? A la verdad; quien no lleva luz para observar el camino por donde anda, tropieza y cae, y no de otro modo aconteció á Lutero, Calvino y compañeros; carecían de luz sobrenatural ó para decir mejor procuraron apartarla de sí, oscurecieron sus inteligencias con enormes violencias y asquerosos vicios y bajaron al fondo del error. Bien claro lo ven; los primeros fieles y todos los que en la sucesión de los siglos han sido verdaderos cristianos han creído de un mismo modo; y de este mismo modo cree ahora y creerá siempre la Iglesia Católica, única Esposa de Jesucristo. No vengan por lo tanto, ahora, los novadores con sus ridículas invenciones á hacernos reir; digo á hacernos reir, porque es cierto que todo el que esté bien cimentado en los principios fundamentales de la verdadera fe y de la recta razón, las opiniones infundadas de los protestantes y de cualesquiera herejes, le causarán hilaridad y compasión á un mismo tiempo.

CAPÍTULO XXVII

Efectos de la Eucaristía

SUMARIO

Artículo I.– La Eucaristía es sustento del espíritu.
» II.– Une al espíritu más fuertemente con Jesucristo.
» III.– Es antídoto que libra de los pecados veniales y preserva de los mortales.
» IV.– Es prenda de la gloria.
» V.– Es suavidad y deleite del alma.
» VI.– Perdona «per accidens» el pecado mortal.
» VII.– Disminuye el fomes del pecado.
» VIII.– Es semilla de resurrección eterna.
» IX.– Es semilla de castidad.

Jesucristo que vino á derramar por el Sacramento Santísimo las mayores finezas de su amor, las más espléndidas gracias, todos los tesoros de una riqueza inmensa; ¿qué es lo que no debía de practicar para que la Eucaristía, expresión del amor de Dios, surtiera efectos dignos del fin que su Autor se propuso al instituírla? Por cierto: los bienes que resultan, no sólo á la humanidad en general, sino en particular á los fieles que reciben sacramentalmente la Divina Eucaristía, son innumerables; pero entre tantos y tan pingües, merecen especial mención nueve, que serán objeto del presente capítulo. Al tratar de la Eucaristía en los aspectos oratorio, ascético y místico, desarrollaré conforme á ellos

los efectos del mismo Sacramento, cosa que ahora ejecutaré sólo en los aspectos filosófico y teológico.

Distribuyo la materia en nueve artículos, correspondientes á los principales efectos de la Eucaristía, de los cuales pertenecen seis al espíritu, porque son producidos en él y tres al cuerpo por el mismo motivo. De entre los que son causados en el alma, tres son los peculiares y propios de este Santísimo Sacramento, á saber: 1.º Sustento del espíritu. 2.º Unión más fuerte con Cristo. 3.º Antídoto que libra de los pecados veniales y preserva de los mortales. Los tres restantes son: 1.º Prenda de la gloria. 2.º Suavidad y deleite del alma. 3.º Remisión *per accidens* del pecado mortal, *sed opere operantis*. Los relativos al cuerpo se expresan de este modo: 1.º Disminución del fomes del pecado. 2.º Semen de resurrección eterna. 3.º Semilla de castidad.

Antes de comenzar nuestra ímproba tarea es preciso que observemos quienes son los que, comulgando, adquieren los efectos referidos.

Hay cuatro maneras de comunión; 1.ª material; 2.ª sacramental; 3.ª espiritual y 4.ª espíritu-sacramental. Del primer modo puede comulgar un infiel no bautizado; ó también se aplicaría el caso cuando un irracional tomase la Santa Hostia; respecto al primero, «porque del segundo no hay cuestión»; como todo infiel no bautizado es incapaz de los sacramentos, resulta que aun cuando recibiese las Especies que contienen el Cuerpo de Cristo no producirían en él ningún efecto; y esto es comulgur materialmente. Del segundo modo comulgan los cristianos reos de pecado mortal, en cuyo caso reciben el Sacramento, mas no sus efectos, porque el único efecto de esta clase que obtienen es el haber comulgado para su condenación. Del tercer modo comulgan á Cristo los que tienen únicamente vivos deseos de recibirle sacramentado, pero tampoco obtienen los efectos propios del Sacramenro; se unen á Jesucristo con el afecto. Finalmente, del cuarto modo comulgan los justos, ó sean los fieles, exentos de pecado mortal, en los cuales, el Sacramento produce los efectos mencionados. De suerte que, cuando

tratamos de los efectos de la Eucaristía, se entienden los obrados en esta última clase de personas. Esto supuesto, pasemos á ocuparnos de nuestro objeto.

Artículo I.—La Eucaristía es sustento del espíritu

El primero, el principal y más propio efecto del Sacramento del Altar es ser comida del alma. (1) «Yo soy el pan del cielo, dice Jesucristo; este pan que yo daré es mi carne, y mi carne, en verdad, es comida y mi sangre por cierto es bebida». Luego el principal y propio efecto de la Eucaristía es ser alimento del alma, porque la carne, la comida que Jesús iba á dar con la institución del Sacramento, había de ser precisamente para la vida del mundo. Ahora bien; esta vida no podía entenderse de la del cuerpo, porque para este fin no se necesitaba ningún nuevo alimento, ya que todos podíamos sustentarnos de los frutos de la tierra. Además, la Carne y la Sangre de Jesucristo no podían servir de alimento material para las criaturas, porque, no pudiendo ser Jesucristo más que uno é indiviso no podían sus carnes ser suficientes para sustentar la vida corporal de todos los fieles. Puesto que esto último repugna intrínsecamente y de lo primero, esto es, de un manjar corporal nuevo y necesario no había precisión alguna, luego la carne, ó el manjar que ofrecía Jesucristo, debía ser dado para sustento del espíritu.

El Salvador predicaba para reformar las costumbres, hablaba al corazón, luego su manjar debía ser dado para sustento del alma.

Por último, la posterior razón intrínseca que podíamos añadir respecto del particular, es que la Sangre de Jesucristo debía de verterse para la remisión de los pecados humanos; luego es indudable que dicho precioso bálsamo fué instituída para la vida del espíritu, ya que éste es el agente principal del pecado.

Los Concilios Florentino (2) y Tridentino (3) no están me-

(1) Joan 6.
(2) Decret. ad Armenos.
(3) Sess. 13, cap. 2.

nos acordes con las razones expuestas. El primero afirma que el efecto de este Sacramento es ser comida del alma, y causa en ésta todo lo que el manjar corporal produce en los cuerpos. Quiso el Señor, añade el Tridentino, que se recibiese este Sacramento venerable, como espiritual comida de las almas á fin de que por su medio se sustentasen y confortasen, viviendo la vida de Aquél que dijo: «El que me coma, vivirá por mí».

Pero la Eucaristía es manjar del espíritu al que otorga un aumento de gracia santificante. No es que le conceda la gracia primera porque en este caso, innecesariamente se llegaría á la Eucaristía limpio de pecado mortal; antes bien, causa un aumento de gracia, en primer lugar, á la manera que la concede cualquier otro sacramento de la Ley nueva; en segundo lugar, causa la gracia especial del Sacramento que estriba en nutrir el alma, y finalmente concede un sinnúmero de carismas celestiales, por recibirse, no ya un sacramento cualquiera, que concede la gracia santificante, sino un Misterio en el que se recibe al propio tiempo al mismo Autor de los sacramentos. En suma, las gracias especiales que este Sacramento confiere nos vienen por ser memorial de la Pasión del Salvador.

Artículo II.—La Eucaristía une al espíritu más fuertemente con Jesucristo

Algún objeto particular y bellísimo deberían tener los múltiples y admirables prodigios que se realizan en la Eucaristía; para algún peculiar y maravilloso fin debió el Eterno agotar las riquezas de su amor en este Sacramento del Altar; algún privilegio no otorgado hasta entonces, algún portento desconocido al hombre y reservado al Omnipotente; alguna gracia, quizá la más grande que se escondiera en los senos de un Dios inmenso é infinito, debería otorgarse por medio de la Eucaristía. Sí, por cierto; una unión más estrecha con Dios, un vínculo real y corporal con Jesucristo, su Hijo Divino. Esto jamás lo había imaginado el hombre. ¡El corazón del cristiano pegado al Corazón de Dios...!

He aquí, pues, el segundo efecto propio de la Eucaristía. Por su medio, el Criador se llega á su criatura, la tiende amoroso sus brazos y la estrecha contra su pecho. «El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él», dice el Señor; por su medio el cristiano vive en Jesucristo y Jesucristo á su vez en el cristiano; llevan ambos una vida común, pero íntima. La del cristiano es sobrenatural y divina; y depende en todo de la de Jesucristo, porque ésta es su fuente y su principio. «A la manera que yo vivo por mi Padre, añade el Salvador, así también el que me come vivirá por mí». No está aquí todo, sino que la vida del hombre es como absorbida por la de Jesucristo, resultando que el cristiano por la Comunión santa se convierte en otro Jesucristo, llega á endiosarse. «Crece, adelanta en la perfección, y me comerás sacramentado, dijo un día el Salvador al Agustino; pero ten en cuenta que no seré yo quien se convierta en ti, sino tú te convertirás en mí».

Los Concilios mencionados expresan terminantemente que la unión estrecha del hombre con Jesucristo es el efecto propio de este Sacramento; por él, dice el Florentino, la criatura se incorpora y une sus miembros con los de su Creador.

Algunos, aunque pocos teólogos, creyeron que la unión efectuada entre Jesucristo y la criatura mediante la Eucaristía era solamente un vínculo espiritual y nada más, pero otros, como Osio, S. Buenaventura, Belarmino, Toledo, Suárez, etc., apoyados en las explicaciones que dan los Santos Padres, y entre ellos S. León Magno é Inocencio III, aseguran que existe una unión peculiar y real entre la Carne de Cristo y la carne del que dignamente le recibe, la cual unión persevera aún después de corruptas las especies y de ausentarse del estómago el Salvador según su substancia, permaneciendo mientras el comulgante no pierde la gracia santificante.

Esta unión, añaden, no es física sino moral, á la manera que la tienen los esposos una vez consumado el santo matrimonio, porque así como éstos por una unión lícita son

una carne íntima y real, pero moral, así el que recibe dignamente á Jesucristo hácese una carne moral ó mística, pero enteramente íntima con el recibido. Y concluye Vázquez, diciendo que semejante unión la produce el amor y la caridad consumada de ambos, del receptor y del recibido.

Artículo III.—La Eucaristía es antídoto que libra de los pecados veniales y preserva de los mortales

Siete veces cae el justo durante el día, afirma la Escritura; (1) pero otras tantas se levanta mediante la sunción del Sacramento del Altar, añade el melifluo S. Francisco de Sales (2). El tercero de los propios efectos de la Eucaristía es ser antídoto que libra de las culpas veniales y preserva de las mortales. Así lo declara el Concilio Tridentino. Nos libra de los pecados veniales, porque el Divino Sacramento se introduce á manera de fuego en el alma del que dignamente le recibe, y consume sus imperfecciones diarias. El Concilio Florentino asegura que este Santísimo Sacramento obra en nuestras almas lo que el manjar corporal efectúa en los cuerpos. Ahora bien: este manjar no sólo nutre, sí que también repara las fuerzas perdidas por el trabajo y gastadas por el calor natural; los pecados veniales debilitan nuestra alma, porque la apartan de la caridad, y la Eucaristía restaura sus fuerzas, perdonando los pecados veniales.

La Eucaristía nos libra de estos pecados leves, *ex opere operato*, es decir, por fuerza y virtud del mismo Sacramento. En efecto: para recibir dignamente al Señor Sacramentado es preciso estar limpios de pecado mortal; ahora bien: la Eucaristía concede gracia que santifica y nos aumenta la santidad, luego debe aumentarla disminuyéndonos las faltas cotidianas, porque si éstas se perdonan por las obras sacramentales y por otras de misericordia, con mayor razón las perdonará un Sacramento que ha sido instituído para unirnos con Cristo; además, no puede haber perfecta unión con Cristo, si no nos hallamos limpios de culpas: luego si tene-

(1) Prov. XXIV, 16.
(2) Introducción á la Vida devota.

mos algunas debe extinguirlas el Sacramento Santísimo. Estas ideas, conformes con la fe del Tridentino, se corroboran por las palabras de S. Buenaventura, el cual afirma que por motivo de que este Sacramento nos concede una caridad más encendida, por eso mismo consume los pecados veniales (1).

Si es cierto que la Eucaristía perdona los pecados veniales *ex opere operato*, no es menos cierto que, según las buenas disposiciones del comulgante, los borra todos ó parte de ellos; además, por la misma razón extingue la pena debida por los pecados veniales; porque si el sacramento de la Penitencia borra al propio tiempo que el pecado mortal el reato de pena eterna, de igual modo la Eucaristía, al librarnos de las culpas veniales, debe borrar también el reato temporal debido por las mismas.

Es probable asimismo, que borre la pena temporal debida por los pecados mortales ya perdonados, según las convenientes disposiciones del comulgante, por motivo de que por medio de la Eucaristía se nos infunde la gracia santificante, y por esta infusión se extirpa todo reato de pena. Así Dicastillo (2). Otros, con Sto. Tomás y Suárez, enseñan que se extingue esta pena en cuanto que la Eucaristía excita al acto de la caridad que sirve para satisfacer por la pena.

También preserva la Eucaristía de los pecados mortales y veniales futuros. «Éste es el pan que bajó del cielo á fin de que los que coman de él no mueran». Con semejantes palabras denota Nuestro Señor que los que le reciben sacramentado serán preservados de las culpas mortales, puesto que éstas hacen incurrir en la muerte eterna. Además, si la divina Comida causa efectos en el alma á la manera que la terrena en el cuerpo, ésta, á más de dar vida, preserva temporalmente de la muerte: luego por la misma razón debe causar lo propio la Eucaristía.

Semejante preservación consiste en ciertos auxilios internos y externos que el Sacramento confiere *ex opere opera-*

(1) In 4, dist. p. 2, art. I, q. 3.
(2) De Eucharist. Tract. 4 disp. I, dub. I.

to al que dignamente le recibe; los internos se fundan en suaves inspiraciones para que se cumplan los preceptos positivos ó para que nos retraigamos de la culpa mortal contra los preceptos negativos; mas los externos estriban en cierta protección de Dios por la que se alejan de nosotros los malos pensamientos que nos inducen al pecado; y por más que todos estos auxilios no son infalibles, empero se otorgan según las disposiciones del comulgante y el beneplácito divino. Nada diré acerca de la Mesa eucarística que se halla preparada, especialmente contra los espíritus malignos; nada de lo que nos dicen los santos Padres respecto á que comulguemos á fin de sentirnos fuertes para el combate, porque todos estos puntos los desarrollaré con mayor detención en la *parte oratorio-ascética* de la Eucaristía.

Artículo IV.—La Eucaristía es prenda de la gloria

Jesucristo Sacramentado es, no sólo prenda de la gloria, dice el Tridentino, (1) sí que también prenda de nuestra felicidad futura; mas, ¿por qué lo será? He aquí al mismo Señor que da la razón. Porque «el que come mi carne y bebe mi sangre vivirá eternamente». Luego al recibir dignamente la Eucaristía adquirimos cierto derecho á la vida eterna, pues la promesa es infalible. La participación de la Carne del Salvador es la causa de que se nos granjee el cielo; por esto sin duda la Eucaristía es prenda de él, y el Señor nos la da á todas horas en prueba de que si la recibimos, gozaremos de la misma gloria en que Él vive. El angélico pone á propósito estas palabras en boca de la Iglesia: «El sagrado convite de la Eucaristía se nos da como prenda de la gloria venidera».

Artículo V.—La Eucaristía es suavidad y deleite del alma

Cuando se recibe dignamente al Sacramento del Altar, cuando se acerca el cristiano con devoción á la sagrada Mesa, después que ha tomado el Pan de los ángeles siente en

(1) Sess. 13.

su espíritu cierta dulzura y abundancia celestial tan plácida que es indecible. «Comed, amigos, y embriagaos los muy amados, dice Dios, refiriéndose á los devotos comulgantes; embriagaos en ese festín de inefables delicias». Y por cierto; ¿no enseña el profeta que el Señor preparó á los cristianos un pan del cielo que contenía todo género de deleites espirituales? Por eso los santos padres, con referencia á este dulce efecto de la Divina Eucaristía, suelen afirmar que la eterna Sabiduría da en el Sacramento del Altar su divinidad y humanidad á modo de cándida leche para nutrir al pueblo cristiano.

Artículo VI.—La Eucaristía perdona, per accidens, el pecado mortal, sed opere operantis

Este Sacramento del Cuerpo y Sangre del Salvador no puede perdonar los pecados mortales por sí mismo, porque es sacramento de vivos. Todo aquél que come el Cuerpo y bebe la Sangre del Señor indignamente, es decir, en pecado mortal, come y bebe su propia condenación, asegura el Apóstol. Además, el Concilio Tridentino manda, de conformidad con la sentencia del Apóstol, que el que sea reo de pecado mortal se confiese y reciba la absolución de sus pecados antes de recibir la Eucaristía. Asimismo, este Sacramento es comida, y la comida sólo se da al cuerpo vivo, luego el alma ha de estar también viva á la gracia de Dios. Empero podía acontecer que uno, por ejemplo, que tuviese pecados mortales, pero de los cuales no se acordase después de haberse suficientemente examinado, ni les tuviese afecto y se acercase devota y reverentemente á comulgar, conseguiría entonces por este Sacramento la gracia de la caridad que perfecciona la contrición y por lo tanto le perdonaría aquellos pecados. Esto enseña Sto. Tomás y muchos otros teólogos, pero con diferencia, puesto que éstos quieren que la remisión de semejantes pecados sea en virtud de la Eucaristía, esto es: *ex opere operato,* mientras que el Angélico no dice nada respecto del particular. Mas no deben olvidar los referidos teólogos que este Sacramento no puc-

de conferir la primera gracia ó perdonar los pecados mortales en virtud de sí mismo, porque no ha sido instituído para ese fin. Otros teólogos empero, con mayor probabilidad que los anteriores, aseguran que puede el Sacramento perdonar los pecados mortales en el caso referido, por virtud ú obra del comulgante, en cuanto que este Divino Sacramento le conceda ciertos auxilios mediante los cuales haga perfecta contrición y consiga por este medio la remisión de la culpa mortal.

Las objeciones que los herejes aducen para sostener que la Eucaristía puede perdonar pecados mortales, se resuelven manifestando que ni las escrituras, ni los santos padres nada dicen respecto á que este Sacramento perdone la culpa mortal, sino la pena, de la manera que hemos explicado.

Artículo VII.—La Eucaristía disminuye el fomes del pecado

Explicados los efectos que el Divino Sacramento causa en el alma, pasemos á indagar los que produce en el cuerpo, siendo el principal de ellos, la disminución ó mitigación de la concupiscencia sensitiva y la moderación de las pasiones vehementes. Así lo asegura S. Cirilo (1) cuando afirma que la Eucaristía mientras permanece en nosotros calma la fuerza de las pasiones y modera la vehemencia de nuestros miembros; S. Agustín (2) y Sto. Tomás, (3) de común acuerdo, enseñan que este Sacramento disminuye la concupiscencia, en cuanto aumenta directamente la caridad, porque el aumento de esta virtud trae consigo la disminución del voluptuoso deseo. Conforme con las ideas del Agustino y del doctor angélico está el Catecismo romano al afirmar que mientras la Eucaristía enciende en las almas el fuego de la caridad, se hace preciso que extinga el ardor de la concupiscencia y que cohiba y reprima la violencia de la carne (4).

---

(1) Lib. IV, in Joan. cap. 17.
(2) L. 83.
(3) Q. 79, art. 6.
(4) Carnis etiam libidinem cohibet, ac reprimit; dum enim charitatis igne animas magis incendit, concupiscentiæ ardorem extinguat necesse est. n.° 55.

Pero semejante efecto no lo causa la Eucaristía inmediatamente, según habremos podido observar, sino mediante otros auxilios que concede al espíritu para que pueda sujetar al cuerpo; ó bien, dice Bosco, (1) disminuye ó quita la materia incentiva, á saber: mediante la aplicación de causas naturales, disminuyendo el temperamento del cuerpo que escita el apetito á movimientos de ira, lujuria, venganza, etc.; ó bien aparta los objetos extrínsecos que inflaman el apetito y por cierta protección, defiende al comulgante de las ocasiones de pecar; ó ya ayudando á la voluntad para que practique el bien, ó finalmente aumentándole la caridad y dándole gusto en las cosas divinas á fin de que insensiblemente se aparte de las terrenas.

Artículo VIII.—La Eucaristía es semilla de resurrección eterna

El mismo Salvador ha autorizado semejante proposición, pues dijo en ocasión bien solemne: «El que come mi carne y bebe mi sangre posee la vida eterna y yo le resucitaré en el último día». De suerte que esta resurrección, por cierto gloriosa, pues de la resurrección común no se trata, la hace depender el Salvador de la recepción de su Cuerpo y Sangre. Es como si dijera: en recompensa de que comiste mi Cuerpo y bebiste mi Sangre, yo te resucitaré en el último día del mundo, no á la manera que resucitaré á los demás hombres, sino con una resurrección particular, pero feliz y bienaventurada. Al asegurar S. Ignacio Mártir que la Eucaristía es medicamento de la inmortalidad, quiso indicar que este Sacramento engendra cierta virtud en el cuerpo que, conservándola hasta el fin de la vida, ha de dar su fruto en el último día del mundo, mediante una resurrección especial y dichosa. Con efecto, la Eucaristía por este magnífico efecto no confiere, en verdad, cierta fuerza física á los cuerpos, antes bien les otorga una especie de dignidad y consagración por razón de haber participado de la Carne

(1) Concl. 3, n.º 29.

y Sangre de Cristo y que en consecuencia participarán de la misma resurrección y gloria del Señor.

Artículo IX.—La Eucaristía es semilla de castidad

El último de los grandiosos efectos de la Santísima Eucaristía, es el engendrar castidad en el cuerpo del que la recibe. Precisamente este bello efecto es como un corolario del anterior, porque supuesto que la Eucaristía disminuye la concupiscencia, aumentando el fervor de la caridad, se ha de seguir que el apetito desordenado de la lujuria esté también, si no apagado del todo, al menos coartado.

De aquí se sigue el que brote en los que comulgan una virtud tan delicada pero tan hermosa como la castidad, que hace hijos de Dios á aquéllos que la conservan.

Por lo tanto, este Sacramento eucarístico no sólo la hace conservar, sí que también la fomenta de día en día, á medida que se comulga á menudo. «¿Cuál es el bien de Él, dice el Espíritu Santo, refiriéndose á la Eucaristía, y cuál su belleza, sino el trigo de los elegidos y el vino que engendra vírgenes?» (1). Feliz fruto de abundancia celestial, añade Pascasio Radberto, (2) es aquel Deífico Sacramento por el cual se engendra la castidad, pues así como nuestro vino terreno corrompe la castidad, puesto que embota los sentidos, el vino de la Eucaristía, la Sangre de Jesús, produce santas vírgenes.

(1) Zach.
(2) De Euchar.

CAPÍTULO XXVIII

Cuestiones escolásticas muy curiosas relativas al Sacramento de la Eucaristía

SUMARIO

I.—La Eucaristía fué instituída sobremanera convenientemente.
II.—Es muy probable que hubiese sido instituído el Sacramento de la Eucaristía, aun cuando Adán no hubiese pecado.
III.—Antes de la Encarnación hubiera podido existir la Eucaristía, como ahora; y esto, tanto en cuanto á la significación, como en cuanto á la cosa sellada y contenida.
IV.—Convenía que este Sacramento se instituyera en la Ley de gracia, y precisamente en la última Cena.

I. *El Sacramento de la Eucaristía fué instituído sobremanera convenientemente.*—Fué más que conveniente la institución de la Santa Eucaristía, porque si el amor se trasluce en las obras ejecutadas por el amado, la Eucaristía, efecto del amor excesivo del Hombre-Dios, fué necesaria. Pero puesto que nosotros no podemos dar reglas al Eterno, ni menos poner límites á su voluntad y omnipotencia, por eso no podemos asegurar que la institución de la Eucaristía fuese necesaria. Otra cosa sería afirmar que el cristiano, según la actual providencia del Altísimo no sabría, ni podría pasar sin un Sacramento que le une con su Criador. Dejemos, por lo tanto, la necesidad de la institución eucarística y consideremos su conveniencia, la cual fué en gran manera

utilísima por diez motivos, á saber: Porque con esta institución 1.º Resplandeció la sabiduría de Dios, edificando una casa para sí que es la Iglesia, mezclando el vino y preparando una mesa eucarística; en este sacramento manifestó Dios todas las luces de su ciencia infinita. 2.º Brilló su omnipotencia, pues la Eucaristía ha sido instituída sólo á fuerza de estupendos milagros, de los cuales, unos son contra, otros son sobre, y otros son más allá de la naturaleza, milagros que casi podíamos asegurar, cifran en sí mismos todo el poder de Dios. 3.º Sobresalió sobre todo su amor, porque amó á los suyos hasta el fin, regalándoles todas las riquezas de su magnificencia. 4.º Fué convenientísimo este Sacramento porque por él se da más gloria á Dios, y aun toda la gloria que se le puede dar, ya que se la tributamos con su Hijo Sacramentado; se le dá todo el honor posible, puesto que habiéndose quedado Jesucristo con nosotros, esto mismo nos mueve á suma veneración y respeto. 5.º Fué asimismo conveniente, porque á la Iglesia, á la que no podía faltar sacrificio, dándole el de la Eucaristía, le concedió uno que fuese agradable á Dios y provechoso á los hombres, pues les perdona sus pecados. 6.º Muy conveniente lo fué tambien porque en él se cumplieron todas las profecías y vaticinios á él referentes. 7.º Con la Eucaristía, en efecto, hacemos todos los días memoria de la pasión y muerte de Jesucristo. 8.º Con la Eucaristía poseemos una señal del amor extremo de Dios, unas arras divinas de lo infinito que nos ama. 9.º Con la Eucaristía hemos adquirido por herencia al mismo Dios y 10.º Con la Eucaristía finalmente, tenemos á Jesucristo por compañero que nos consuela y nos socorre en nuestras necesidades. ¿Podía, por lo tanto, dejar de ser conveniente?

II. *Es muy probable que hubiese sido instituído el Sacramento de la Eucaristía, aun cuando Adán no hubiera pecado.*—Tratan los teólogos de que hubiera sido muy probable que el Misterio de la Encarnación se hubiera obrado aun cuando Adán no hubiese delinquido, y, en este caso, tan probable es que el Señor hubiera instituído la Eucaristía,

como que se hubiese obrado la Encarnación. Con efecto: Dios Nuestro Señor no menos amó á los hombres prevaricadores que á los inocentes, luego si á aquéllos les concedió un Misterio tan Divino como el del Altar, por la misma razón lo hubiera concedido á éstos en el estado de la inocencia. Por este Sacramento, mejor que por ningún otro medio, se destacaban mejor las admirables prendas de la divinidad. Además, los hombres, por santos que se les supusiera, hubieran poseído siempre un medio para santificarse más y más, y sobre todas estas cosas, por la Eucaristía poseían el mejor de los sacrificios y en especial un sacrificio perpetuo. Mas no está aquí lo más raro, aunque no menos probable. Se comprende que la Eucaristía hubiese sido instituída, aun no pecando Adán, pero con tal que se hubiese obrado la Encarnación; la dificultad está en si Dios la hubiera instituído no habiendo llegado á ser un hecho el Misterio del Verbo encarnado.

III. *Antes de la Encarnación hubiera podido existir la Eucaristía como ahora, y esto tanto en cuanto á la significación, como en cuanto á la cosa sellada y contenida, que es Jesucristo.* Son palabras de Escoto (1).—No sè trata aquí, como pretendían falsamente algunos, de si el Cuerpo de Cristo podría estar en la Eucaristía, antes de la unión de la divinidad con la naturaleza humana, pues es cierto que antes de esta feliz unión, el cuerpo no sería cuerpo de Cristo, y si damos el nombre de Encarnación á dicha misteriosa unión, claro es que el Cuerpo de Cristo no podría hallarse presente en la Eucaristía. Toda la cuestión se reduce á que en la hipótesis de si el Verbo divino no se hubiera unido á la humanidad, ni la humanidad hubiese sido formada por concepción natural sino por creación, ó por otro modo divino que no fuera el obrado, ¿las palabras de la consagración producirían la real presencia de Jesucristo en las especies eucarísticas? Al responder afirmativamente Escoto, lo prueba de este modo: «Lo que es indiferente para existir del modo sacramental ó

(1) Dist. X, q. 4. n.º 6.

natural, puede existir de ambas maneras; mas el Cuerpo de Cristo puede ponerse de ambos modos; luego así como pudo existir del modo natural antes que del modo sacramental, tambien viceversa. Si así fuera, añade, podría depender como efecto de su causa, ó como propiedad de su esencia, ó finalmente como accidente de su substancia. Pero no depende á la manera que ninguno de estos tres modos. No como efecto de su causa, porque la presencia sacramental no es causada por la natural, sino por la omnipotencia divina; ni tampoco como propiedad de su esencia, porque la presencia sacramental no dimana necesariamente de la natural, pues estos dos modos de existencia no son entre sí necesariamente conexos, porque de hecho la presencia natural es antes que la sacramental y si por un imposible Cristo perdiera su presencia natural, ó modo de existir cuantitativo y extenso, no obstante podría subsistir según la presencia sacramental debajo de las especies eucarísticas. Finalmente, un modo de existir no depende del otro como accidente de su substancia, porque, según se dijo, pueden existir independientemente el uno del otro» (1).

IV. *Convenía que este Sacramento se instituyera en la Ley de gracia y precisamente en la última Cena.*—Son palabras de S. Buenaventura (2), el cual, después de probar que la Eucaristía no debió de instituírse al principio del mundo, ya que Ella no podía ser viático de los israelitas, porque éstos lo poseían ya mediante las figuras eucarísticas; y, después de contestar á otros vanos argumentos, responde en demostración á la tesis presente que por dos razones convenía que la Eucaristía se instituyera en la ley de gracia: 1.ª, por motivo de la cosa contenida en Ella que es el Cuerpo de Cristo, y 2.ª, por la eficacia de la misma que es el lazo de la caridad el cual debía abundar más en el nuevo Testamento que en el viejo. Por razón de ser la Eucaristía comida que sustenta, debió de instituírse al tiempo de la refección que fué en la última cena pascual.

(1) Loc. cit.
(2) Sent. lib. IV, dist. VIII, a, 2, q. I.

Sustenta además el seráfico doctor que «mayor es en cuanto al efecto crear que transubstanciar, pero que en cuanto el Cuerpo de Cristo excede á toda criatura, el efecto de la transubstanciación excede á la creación de cualquier otra cosa. Finalmente prueba que la virtud de concebir á Jesucristo es más noble que la de transubstanciarle, ya en cuanto á la manifestación de la divina potencia, por la cual es alabada la Magestad infinita, ya en cuanto se considera comunicada á la bienaventurada Virgen María. Dice que mayor es ser Madre de Dios que *sacerdote*, respecto á la virtud de poder producir á Jesucristo, aun cuando por otra parte la Virgen María no pudo producir más que una sola vez á su Hijo, mientras que el sacerdote, lo produce cuantas veces quiere. Pero la excelsa dignidad de Madre de Dios no será mayor que la altísima del sacerdote, si se toma en cuenta que la Virgen María no puede perdonar los pecados, como los puede remitir el Ministro del Altísimo.

CAPÍTULO XXIX

Protestantes y deístas frente al Sacrificio de la Misa

Artículo I.—Filosóficamente, el sacrificio en general es necesario.
Corolario I. Para que un sacrificio sea verdadero es preciso que sea único en número.
Corolario II. El verdadero sacrificio sólo puede hallarse en la Iglesia Católica.
Artículo II.— La Misa es verdadero y propio sacrificio.
I. ¿En qué consiste el sacrificio en general?
II. División de Sacrificio.
Artículo III.—¿En qué consiste la esencia del Sacrificio de la Misa?
Artículo IV.—Valor del Sacrificio de la Misa.

Artículo I.—Filosóficamente el Sacrificio en general es necesario

Hay necesidades íntimas é imperiosas en el hombre que le arrastran á satisfacerlas, precisamente porque son absolutamente necesarias. El ser racional reconoce por Creador suyo á un Ser Supremo. Esto no lo negarán los deístas.

Todo reconocimiento toma por motivo fundamental alguna fineza dispensada por aquél á quien se reconoce; y envuelve, por consecuencia, el principio de las acciones de gracias. He ahí por qué el hombre, al advertir que ha recibido de Dios ese magnífico ser que jamás concluye de examinar sin acabar nunca de comprender; y al considerar que le gobierna no un acaso, antes bien la eterna Providencia que se desvela por cuidarle, siente interiormente un fuerte

impulso de reconocimiento hacia Dios, lo cual no es otra cosa que los estímulos imperiosos de un necesario agradecimiento. Además; el hombre delinque, y conoce muchas veces que comete considerables errores y graves faltas; su conciencia, es decir, su conocimiento natural comienza por temer, prosigue con extremecerse y concluye por solicitar el perdón de Aquél contra quien supone ha pecado. Reconozcamos por lo tanto aquí dos imperiosas necesidades en el hombre, originadas de su misma constitución esencial.

Por otra parte; si Dios no tiene necesidad del hombre, porque es infinitamente rico y magnífico, empero sus obras *ad extra*, su creación, obra predilecta suya en que se exterioriza la divinidad, exige indispensablemente que se reconozca á su Autor, y este Ser, aunque como he dicho, no le falta nada para ser más feliz de lo que es, exige que se le tribute una manifestación peculiar en la que se denote que Él solo es el Autor de lo creado, un culto, pues no otra cosa es semejante manifestación, en el que la criatura se humille y ensalce á su Creador.

Además; ese mismo Ser Supremo, de quien la criatura depende, como es inmensamente rico, quiere otorgar bienes cuantiosos á sus criaturas, pero espera que éstas los pidan como un necesitado á su señor, como un hijo á un padre; y he ahí otras dos, si no necesidades, al menos exigencias de parte de Dios y que por parte de la criatura se convierten en necesarias.

Si, pues, es menester satisfacer estas cuatro necesidades íntimas, á saber: agradecer á Dios los beneficios, pedirle perdón de las propias ofensas, darle culto como á Ser supremo y solicitar su auxilio y las gracias convenientes, es preciso también buscar un medio que en sí mismo reuna la facultad de poder dar cumplimiento á dichas exigencias; es indispensable que á más de poder satisfacerlas, sea el único en su género, á fin de que la obra resulte siempre perfecta. Semejante propiedad sólo la posee el sacrificio de una víctima pura y agradable. La idea de este poderoso medio, está encarnada en el corazón del hombre, en el sen-

tido íntimo de los pueblos; ella es connatural á la racional criatura, desde el momento en que este mismo ser discurre de su origen y de su naturaleza; le es propia, y sólo una alma obcecada ó embrutecida puede ignorarla. En suma, le es tan conforme, que Dios, Autor de la criatura racional, la infundió en el alma humana juntamente con esta misma alma, precisamente porque debía tener necesidad de practicar lo significado por ella, y principalmente para darle á entender que su Creador le exigía dicha práctica. Concluyamos, pues, en que el sacrificio es filosófica ó naturalmente necesario.

COROLARIO I. *Mas para ser verdadero sacrificio es preciso que sólo sea único en número.*—Es verdad que el hombre no ha creado el sacrificio; es cierto que no ha podido inventarlo, y por esta misma razón, el sacrificio para ser tal debe ser único en su clase, porque uno solo es su Autor y único á quien en conciencia debe ser ofrecido.

La práctica de este solo y puro sacrificio la reveló Dios á nuestros primeros padres; éstos lo pusieron por obra, lo enseñaron á sus hijos; mas después, los hombres se corrompieron, embotaron sus facultades, se dispersaron por el globo y la observancia de aquel solo y puro sacrificio se corrompió también, quedando la legítima tradición en un puñado de fieles que no olvidaron á Dios, ni despreciaron á los profetas, pregoneros de los mandatos del Altísimo. En esta casi radical transformación de la práctica del sacrificio, en esta revolución de ideas y de enseñanzas en que cada pueblo abundaba de día en día, hoy el hombre investigador observa dos hechos muy solemnes; primero, que todos estos pueblos, como demostraremos más adelante, conservaban la idea de un sacrificio real, puesto que no podían hacer una vida llevadera sin sacrificar á sus ídolos forjados, y esto aun lo conservan hoy día todos los idólatras y gentiles; y segundo, que es más de admirar todavía: entre tanta diversidad de sacrificios todos éstos convergen á demostrar que existe uno solo, pues todos tomaron algo del primitivo; en todos se ve algún rastro del que fué legado

por Dios á nuestros primeros padres. Y esto no puede menos de ser así, porque si todos los pueblos bárbaros no hubiesen tomado, no sólo la idea, sino alguna parte del sacrificio primitivo, habría algunas gentes que ni sacrificarían á sus dioses ni tendrían idea de este sacrificio, ó al menos la idea del sacrificio que ellos pudieran imaginarse no tendría ningún punto de contacto con el antiguo. De todo lo cual, obtenemos en consecuencia el corolario que hemos sentado, y es que el sacrificio para ser verdadero, ó sea, para ser ofrecido al verdadero Dios, debe ser único en número.

COROLARIO II. *Pero este verdadero sacrificio sólo puede encontrarse en el seno de la Iglesia Católica.*—Habiendo patentizado que sólo un puñado de hombres fieles conservaron las tradiciones primitivas, respecto al sacrificio y, probado que sólo el pueblo de Israel, á quien el verdadero Dios habló mediante sus profetas, guardó intacto el códice del Pentateuco, en el que se halla declarada la esencia, el modo y la forma del sacrificio legítimo, no nos quedaría á nosotros otro deber, para probar el presente corolario, que demostrar que la Iglesia Católica fué la legítima heredera de las tradiciones israelíticas, y que el mismo Dios que mandó en otro tiempo observar los sacrificios mosáicos, prescribió, al dar al mundo una ley más perfecta, un sacrificio también más perfecto, el cual sólo se halla en la Iglesia Católica, única Religión que Cristo fundara.

Mas esto no nos es necesario. Demasiado probadas se hallan estas dos tesis de fe, no ya por las profecías cumplidas y los milagros consumados sólo en el seno de esta Iglesia, sino demostradas extensamente y hasta la evidencia con razones filosóficas y teológicas por los apologistas de la Religión. Mas insisto en que el verdadero y único sacrificio se encuentra únicamente en la Iglesia Católica, por dos sólidas razones fundadas en la observación. Hemos visto que no existe pueblo alguno, que, como decía Cicerón, no ofrezca un sacrificio á la divinidad; luego todo el mundo está

conforme con una práctica uniforme, pensamiento que revela el dogma primitivo del sacrificio; pero también hemos manifestado que cada pueblo infiel ó pagano ha ido amoldando el modo de sacrificar, á sus costumbres más ó menos salvajes ó bárbaras, lo cual prueba que todos ellos se encuentran fuera de la verdadera práctica del sacrificio, luego por precisión debe haber un pueblo que posea dicha legítima costumbre, puesto que hubo gentes que no se separaron de las antiguas tradiciones: ahora bien, la Iglesia Católica ha sustituído en herencia á aquellas fieles gentes; luego, por esta parte, sólo la Iglesia Católica posee el verdadero sacrificio. He aquí la primera razón.

Empero es cierto que de la Iglesia Católica han salido hombres que pretendieron alterar, quitar, borrar el dogma del sacrificio; éstos han demostrado su intento con razones á su parecer fuertes, han logrado un sinnúmero de prosélitos, perseveran tenazmente siglos enteros en su ridícula idea; pregunto: ¿habrá errado la Iglesia? ¿habrá estado ilusa por mucho tiempo? ¿habrán aquéllos por ventura, en sus modificaciones y alteraciones de un dogma tan divino y esencial, acertado en la verdadera esencia del sacrificio? Veámoslo.

Si se trata de las antiguas herejías en las que sus fautores osaron modificar y alterar sólo el dogma del sacrificio para formar uno á su antojo, todos ellos intentaron suprimir parte del dogma eucarístico del sacrificio; pero el dogma, aunque consta de partes, es como el alma que no se la puede arrancar una sola potencia, una sola facultad, sin destruírla por completo; y esto mismo sucedió á semejantes herejes, de suerte que ciertamente vinieron á carecer de dogma y sacrificio; mas no: ellos insistían en que poseían el sacrificio eucarístico, lo cual, si por un imposible pudiera concederse, entonces quien conservaba dicho dogma en toda su pureza era la Iglesia Católica, que lo guardaba sin alteración alguna: luego por un lado y otro quedaban los herejes sin verdadero sacrificio.

Vengamos ahora á los novadores que procuraron abolir

el dogma eucarístico del Sacrificio. ¿Qué no hicieron Lutero y sus discípulos por suprimir la santa Misa? Aquél, á quien el mismo diablo convenció de que para lograr su triste conato respecto al dogma de la transubstanciación, no tenía más que despreciar y anular la Misa, precisamente porque la esencia de ésta consiste en la consagración del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. Lutero, hombre orgulloso, aunque indeciso en sus resoluciones, intenta derogar la Santa Misa y comienza por desterrar de ésta la elevación de las Especies consagradas. Melanchton, su más querido discípulo, cree que la promesa de la presencia de Cristo en las Especies es dirigida no al pan sino al hombre, de ahí que afirme que Cristo esté presente en el pan sólo con el uso y por lo tanto que deba desterrarse la Misa. Bucero defiende que Jesucristo está presente en la Eucaristía sólo por la fe, por cuyo motivo se alzaba también contra la Misa; mas, ¡cosa admirable! Unos tristes hombres, que convenían en derogar el sacrificio de la Misa y con ésta abolir el bello dogma de la transubstanciación, no se avenían en los medios: semejantes á los revolucionarios de la Commune que pedían el destronamiento de Luis XVI y ninguno convenía en los medios, por querer cada cual erigirse en jefe del partido rebelde: así los novadores del siglo XVI odiaban la Misa, pero no podían conformarse para acabar de extinguirla. Lutero disgusta á sus discípulos al pretender de nuevo el uso de la elevación de la Hostia y el Cáliz. Melanchton fastidia á Lutero, porque se niega á subscribir la sentencia de éste. Bucero disgusta á ambos y él mismo se entristece y llena de rabioso coraje merced á la ruda oposición que le hacen sus amigos en la Reforma. Mas después de tantas disputas, riñas mortales y vaivenes de cabeza, lograron complacer al mal espíritu que les había alentado á desterrar la Santa Misa. En aquel mismo momento quedaron reducidas á cero las creencias, las fiestas y el culto de los protestantes, no subsistiendo más que la representación de una triste comedia. Todo lo que ahora se practica en sus templos respecto al servicio divino del domingo, se reduce á cantar unos sal-

mos durante los cuales el corazón se halla insensible, á leer sendos capítulos de la Biblia, que interpreta cada cual á su antojo, y á la prédica ó sermón del pastor, en la que nadie cree, incluso el mismo ministro. Faltó la Sta. Misa, faltó el solemne Sacrificio en el que se inmola á Cristo Dios, faltó ese acto divino, base, apoyo y lustre de la Religión y feneció todo. Los protestantes, al abolir el Sacrificio, minaron sus dogmas; al no tener inmolación, suprimieron el sacerdocio; al no poseer á Cristo Sacramentado, sus iglesias se convirtieron en sinagogas, en mezquitas, en templos paganos. Por eso los protestantes no creen en nada, pues no tienen dogmas; por eso carecen de sacerdotes, pues sus ministros son sólo de nombre, sin carácter ni dignidad, á quienes el mismo pueblo desprecia; por eso en sus templos no hay más que sombras, nada de realidad; por eso finalmente, no tienen fiestas religiosas, que así puedan llamarse pues no hay objeto para qué solemnizarlas; ni hay entusiasmo religioso, porque no hay fondo en la secta; ni brilla la fe, ni la caridad, ni virtud alguna que haga al hombre noble y desinteresado; en su lugar no hay más que funciones teatrales, pero frías; seglares con roquetes, protestantes paganos, sin jota de religión; todo porque faltó la base: el Sacrificio de la Misa. Mas resumamos. Los novadores al intentar abolir este Santo sacrificio con tanta suerte de variaciones, lo que hicieron fué consolidar la gran fe de la Iglesia Católica respecto á este dogma. La Iglesia no había errado, porque no había variado. Luego ni los novadores ni ningún hereje nos pueden decir una palabra del verdadero sacrificio; sólo la Iglesia Católica puede enseñar á los hombres la fe y la práctica eucarística.

Artículo II.—La Misa es verdadero y propio sacrificio

Prevengo que este asunto será desarrollado en este lugar sólo con razones filosófico-teológicas, porque respecto á las autoridades que le corroboran las hemos aducido ya anteriormente y fijaremos algunas más adelante. Antes,

pues, de demostrar la proposición que sirve de tesis, explicaré para mayor luz de la cuestión:

I. *En qué consiste el sacrificio en general.* Se puede tomar este vocablo en dos acepciones. Latamente significa cualquier acto que hagamos por amor de Dios, ó por nuestros prójimos; mas en sentido estricto es una oblación externa de una cosa sensible, instituída legítimamente y ofrecida solamente á Dios por legítimo ministro, teniendo que haber inmutación real en la hostia, para denotar el supremo dominio de Dios sobre nosotros y nuestra sujeción á Él. Por esta completa definición, observamos que el sacrificio, tomado en sentido riguroso, es una oblación, una ofrenda de una cosa buena y agradable, que no ha de ser interna sino absolutamente externa, á fin de que se vea que la ofrecemos como si la entregásemos materialmente á Dios. Semejante ofrenda no ha de ser cualquiera cosa sensible y externa sino que ha de estar especificada y prescripta por Dios, pues de otro modo, dudaríamos si le podríamos agradar.

Además, la oblación se ha de ofrecer solamente al Eterno, porque el sacrificio es un acto de *latría* que sólo conviene al Altísimo, y precisamente ha de ser ofrecido por un ministro apto y con carácter para desempeñar tal ministerio, pues es cierto que Dios no quiere recibir sacrificios externos y oficiales, por decirlo así, sino de sujetos llamados por Él al ministerio sacerdotal y como tales, ordenados canónicamente. Últimamente en la oblación referida, la hostia que se ofrece ha de ser inmutada, esto es: destruída, con el fin de manifestar que Dios es el absoluto dueño de todas las cosas, pues nosotros destruímos ó gastamos una de ellas á su honor.

II. *División del sacrificio.*—En general existen cuatro clases de sacrificios legítimos: 1.° El ceremonial ó de la ley mosáica: 2.° El de la Cruz: 3.° El espiritual ó interno, y 4.° El incruento de la Misa.

En el de la ley mosáica se quemaban *víctimas*, como becerros, ovejas, etc.; se consumían *inmolaciones* de objetos inanimados, pero sólidos, como pan, queso, etc.; se derrama-

ban *libamientos*, de cosas líquidas, como vino, aceite, etc. Además, en él sacrificio del viejo testamento eran varias las maneras de ofrecer las cosas. Existía el *holocausto*, en el cual se quemaba toda la ofrenda; *la hostia por el pecado* en el que la oblación era distribuída, la mitad para ser quemada y la restante para el sacrificante, y la *hostia pacífica* que se dividía como la anterior, sólo que la segunda mitad era destinada, bien para los sacerdotes, bien para los oferentes.

Respecto á su fin, el sacrificio puede ser *latréutico*, si es ofrecido á Dios únicamente; *eucarístico*, si es presentado al mismo Ser en acción de gracias por los beneficios recibidos; *impetratorio*, si con el fin de solicitar sus mercedes y *propiciatorio*, si se ofrece para la remisión de los pecados. Esto supuesto, pasemos á estudiar que la Santa Misa es verdadero y propio sacrificio.

No digamos una palabra siquiera de las profecías que vaticinan este santo sacrificio de la Misa, ni mentemos una sola expresión de las palabras de Jesucristo y del Apóstol que le autorizan, ni menos hagamos cuenta de los santos padres, de los doctores, de las liturgias, de los milagros, de la tradición en una palabra, porque de todas estas pruebas, unas quedaron consideradas ya y otras serán observadas más adelante. Fijemos sólo nuestra atención en que el sacrificio de la Misa reune todas las condiciones del perfecto sacrificio y desbaratemos luego las dificultades que oponen los herejes.

Hemos dicho, en primer lugar, que por razón del fin, el sacrificio puede ser *latréutico*. La santa Misa consiste en la consagración del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo; este Cuerpo y esta Sangre son presentados á Dios en atención á que Él solo es el supremo Creador, el Señor de todo lo existente y particularmente el Dueño de la vida y de la muerte, no ya de todas las puras criaturas racionales, sino de la del mismo Jesucristo, Unigénito Hijo de Dios Padre. Por manera, que todo un Dios Hijo se ofrece á un Dios Padre y, postrándose ante su presencia, le confiesa Autor y Señor de todas las cosas; á esto se añade, que la universal

Iglesia, uniendo su intención á la de Cristo Sacrificado en la Misa, reconozca los mismos derechos naturales del Altísimo. Y, ¿qué complacencia no sentirá Dios Padre al ver de esta suerte á su mismo Hijo, Dios como Él, humillado, juntamente con toda la Iglesia? ¿y qué aceptación no resultará de los ofrecimientos de su Hijo y de tantos seres queridos? Por eso es por que una sola Misa ensalza sobremanera á Dios, le complace infinitamente, le da mayor gloria que le han dado y le puedan conseguir todos los hombres justos y santos, incluso la Virgen Santísima, desde que el mundo existe hasta que fenezcan todos los hombres.

Mas el sacrificio de la Misa es también *eucarístico* por excelencia. El mismo Jesús, juntamente con todos los redimidos, da gracias á su Eterno Padre por los beneficios de filiación y por haberle hecho Redentor, Salvador, Padre é Intercesor de sus hijos, y al propio tiempo le retribuye, ofreciéndose á sí mismo, todas las dádivas y mercedes concedidas á la Iglesia, y esto, todos los días y millares de veces en cada uno de ellos. ¿Quedará el Eterno Padre agradecido? ¡Oh! de cuánto valor es una Misa! Con toda propiedad es este sacrificio y sacramento apellidado eucarístico; palabra que significa *acciones de gracias,* porque si es verdad que el sacrificio de la Cruz fué obrado con el fin de satisfacer por las culpas de los hombres, también lo es que el sacrificio de la Eucaristía fué y es instituído con el fin de dar gracias á Dios por todos sus beneficios. El mismo Señor, en persona de David, pregunta á Dios Padre, qué es lo que ha de retribuirle por todas las mercedes recibidas, y contestándose Él mismo, como quien no ignoraba el augusto Sacrificio que en el tiempo instituiría, responde: «El Cáliz del Señor, esto es: mi cáliz tomaré, é invocaré el nombre del Señor, mi Padre».

Es, asimismo *impetratorio.* Jesucristo, puesto por medianero entre Dios y los hombres, colocado entre el Ser divino y el humano para oir las preces de éste y hacerlas presentes á Aquél, oye como padre amoroso nuestras súplicas y solicita su despacho. ¿Qué no concederá Dios Padre á Dios

Hijo? ¿Cómo no otorgará lo que pide, no en el nuestro, sino en su propio nombre? De ahí que según la fe y la confianza con que pidamos á Jesucristo así obtendremos del Padre. Al mandar el Salvador á sus apóstoles, y en su nombre á sus sucesores, que celebrasen el Sacrificio en su memoria, les enseñó la manera de pedir en la Misa por sí y por sus prójimos. Aquella oración que el Redentor dirigió al Padre, momentos después de haber instituído la Eucaristía, quiso que la repitieran sus sacerdotes en la Misa. He aquí cómo se expresaba el dulce Jesús: «Ruego por los que me diste, y no solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Padre santo, guarda por tu nombre á aquéllos que me diste, para que sean una cosa como nosotros... (y esto mismo repite cinco veces); guárdalos del mal...; santifícalos con tu verdad... quiero que aquéllos que Tú me diste estén conmigo en donde yo estoy, á fin de que vean la gloria que Tú me diste...; ellos han conocido que Tú me enviaste, por eso te pido que los ames como me has amado á mí; y Tú y Yo estemos en ellos por amor (1)...Nada más expresivo ni más dulce que estas bellas cláusulas para denotar que Cristo intercede y ruega con instancia por nosotros, aunque particularmente practica este oficio en el Sacrificio de la Misa. He ahí por qué la Misa es sacrificio *impetratorio.*

Finalmente es *propiciatorio.* La petición y la concesión andan unidas en el sacrificio de nuestros altares, si es que solicitamos con fe; Cristo pide con mucha instancia; el Padre, por lo tanto, no puede negar una gracia por la que su Hijo solicita con tanto ardor. Esto por una parte; de otra, el Sacrificio de la Misa sirve de propiciación por nuestros pecados. «Ésta es la sangre del Nuevo Testamento que será de-

---

(1) Rogo pro his quos dedisti mihi... non pro eis rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me...; Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos...; rogo ut serves eos á malo...;sanctifica eos, in veritate...; quos dedisti mihi, volo ut ubi ego sum, et illi sint mecum, ut videant claritatem quam dedisti mihi...; hi cognoverunt quia tu me misisti...; ut dilectio, qua dilexisti me in ipsis sit et ego in ipsis. Joan. XVII.

rramada por vosotros, para la remisión de pecados» dice Jesucristo en las palabras de la institución. El Concilio de Trento añade que la virtud de este sacrificio es aplicable por los pecados que cada día cometemos; mas no creamos, según quedó explicado ya, que basta asistir á las Misas con mucha fe y que con esto se nos perdonan los pecados mortales, sin haberlos sujetado á la confesión sacramental, sino que el Sacrificio de la Misa, ofrecido á Dios con el sentimiento de una verdadera fe, de un temor saludable, de una humilde reverencia y de un arrepentimiento sincero, atrae sobre nosotros las miradas del Dios misericordioso, nos alcanza el don de la verdadera contrición, el espíritu de penitencia y la gracia de la confesión con todos sus requisitos, y de esta manera nos prepara y en cierto modo nos asegura el perdón de los pecados; de este modo se entiende la *propiciación* del Sacrificio de nuestros altares.

Sobre todos los otros sacrificios es además el nuestro, *expiatorio* ó perdonador de las penas que sufren las almas del purgatorio; pero tanto estos saludables efectos como que la Misa sirva para la satisfacción de las penas de los vivos, que socorra otras necesidades, etc. lo veremos suficientemente explicado al final del Tratado III (1).

Pero hemos de convenir en que la llave principal que abre este alcázar de misericordia es que el sacrificio de la Misa conmemora la Pasión del Señor, pero no considerada independientemente, sino adoptando por base la real presencia de Cristo en las especies eucarísticas. Aquí podemos declarar cuál sea la virtud, el poder, la eficacia de nuestro sacrificio incruento. Por conmemorar dicha pasión, es la Misa sacrificio latréutico, pues en el de la cruz, Jesucristo, anonadándose hasta la muerte, reconoció el supremo dominio que Dios Padre posee sobre la vida y la muerte y sobre todas las cosas. Por recordar la pasión cruenta, es la Misa sacrificio eucarístico, pues en el de la Cruz, Cristo dió gracias á su Padre por el cáliz que le había permitido beber.

---

(1) La Eucaristía y la Iglesia purgante. Parte III de nuestra Obra.

Por hacer memoria del cáliz amargo que bebió el Hombre-Dios, es la Misa sacrificio impetratorio, pues, así como en la cruz, Jesucristo nos alcanzó la compasión de su Padre y nos abrió las puertas del cielo para poder entrar si quisiésemos, así en el de la Misa, pide y ruega para que nos arrepintamos de nuestras culpas. Por recordar los tormentos de la pasión, es la Misa sacrificio propiciatorio, pues si en el de la cruz el Eterno retiró su justo enojo, en el de la Misa perdona merced á su gran clemencia. Por conmemorar, finalmente, la pasión cruenta, es la Misa sacrificio expiatorio, pues el de la cruz también extendió su virtud á aquel lugar de tormento.

Para concluír este artículo, debíamos resolver los argumentos que nos oponen los herejes, pero este asunto se tratará con más propiedad al ocuparnos de los seis argumentos de Lutero contra la Misa, que resolveremos más adelante.

Artículo III.—En qué consiste la esencia del Sacrificio de la Misa

Dejándonos de opiniones, y fijando sólo nuestra mirada en lo que parece más seguro, contestamos que la esencia del Sacrificio consiste en la consagración, por varias razones; en primer lugar, porque fué voluntad expresa de Jesucristo que por la consagración exclusivamente se pusiese presente bajo el pan y el vino su Cuerpo y Sangre; es cierto que en esta sola acción se hallan el motivo y la base y se expresan todos los fines del sacrificio de su Cuerpo y Sangre. En efecto: la acción fundamental de este gran Sacrificio es la transubstanciación en la que una cosa que no era pasa á ser sacrificio; esto es: el pan y el vino, pasan á ser cuerpo y sangre; todos los mencionados fines del sacrificio se conceptúan en la consagración solamente; luego en sola esta acción radica la esencia del sacrificio.

En segundo lugar, la sola acción que el sacerdote practica en nombre de Cristo, es la consagración, pues ésta únicamente es la divina, siendo todas las demás partes de la Misa de origen apostólico y eclesiástico; luego en sola ésta debe consistir la esencia del Sacrificio. Finalmente, varios santos Padres fijan esta esencia en la consagración exclusivamente

pues por sola ella se realiza el mayor de los milagros. Aun cuando en la consagración no hay destrucción material de la hostia, acción que se completa en la sunción de ambas especies, empero hay una especie de destrucción moral por la que Cristo se abate hasta anonadarse; por eso es por que la sunción de las especies es únicamente requisito integral, ó que se necesita para que haya completa destrucción física de la hostia, que perfecciona el sacrificio.

Artículo IV.— Valor del Sacrificio

A fin de que no exista confusión alguna, es preciso que antes de responder á esta cuestión sentemos algunos precedentes. Por nombre de *valor* se entiende aquí la dignidad moral que tiene el sacrificio, distinguiéndose el valor del efecto, pues éste no es otra cosa que aquello que se confiere por miramiento ó respecto de semejante valor. Además, el valor del sacrificio de la Misa puede considerarse 1.° por parte de Cristo oferente, ó de la hostia; 2.° por parte de los méritos de toda la Iglesia en cuyo nombre se ofrece el sacrificio; 3.° por parte de la disposición y devoción del sacerdote celebrante.

Toda la cuestión substancial versa sobre el valor de Cristo ofrecido en la hostia consagrada, pudiendo ser *intensivo*, ó sea el valor del sacrificio considerado en sí mismo, ó *extensivo* según el mérito que tenga respecto al número de personas por quienes se desea aplicar.

Aun con todo esto, el presente asunto es una de las cuestiones teológicas más intrincadas, precisamente porque la fe nada nos dice respecto á si este valor aplicado en los hombres es infinito ó finito, ó de qué modo, ó si depende en mucho ó en algo de los méritos del celebrante y de la Iglesia. Es de fe, según el Concilio de Trento, que el Sacrificio de la Misa es el mismo de la cruz, á diferencia del modo de ser ofrecido. Aquí está pues el nudo, en comprender fielmente este modo de ser ofrecido, para poder pasar luego á resolver la cuestión con más acierto. Es cierto que Jesucristo en la Cruz satisfizo por la pena eterna debida por nuestros pecados, de un modo infinito, tanto intensiva como

extensivamente; es decir, sus méritos fueron infinitos, porque, aun cuando las acciones de la humanidad de Cristo son finitas, empero como ésta se halla unida hipostáticamente á la divinidad, sus acciones toman la dignidad y el valor de ésta última, valor que los teólogos llaman substancial derivado, y por eso se dice que Cristo mereció y satisfizo infinitamente; pero no sólo mereció infinitamente por sí, ó *intensive*, sino que se extendió á todos los hombres, y así también puede llamarse *extensive* de un modo lato é impropio; pero que fuera extensivo rigorosa y propiamente hablando, esto es, que su valor se aplicara en efecto á éste ó á aquél, ó á todos los hombres, es labor de los sacramentos, y de un modo peculiar del santo sacrificio de la Misa, que aplican de hecho las satisfacciones y los méritos del sacrificio de la cruz. He aquí por lo tanto, explicada claramente la diferencia del modo de efectuarse el sacrificio cruento del incruento. Además, el sacrificio de la cruz se diferencia del de la Misa en el modo, porque aquél no podía repetirse y por esto mismo debía de extenderse á todos los hombres, mientras que éste es reiterable, ya que es voluntad expresa de Cristo el que se repita, y por eso mismo no puede extenderse á todos los hombres, sino á los que determinadamente se aplica. En resumen: ambos sacrificios, el de la cruz y el de la Misa, poseen valor infinito intensivamente, por sí mismos, por parte de la cosa ofrecida que es Cristo, allí crucificado y aquí sacramentado; pero respecto á la aplicación mencionada, al valor extensivo, el de aquél fué infinito y el de éste finito.

De aquí tomó Escoto motivo fundado para enseñar y defender con ahinco esta proposición que no es otra que una mera conclusión de las premisas anteriormente probadas; deduciéndose también de la misma que el sacrificio de la Misa aprovecha menos á todos que á uno, menos á muchos que á pocos; porque si el valor de él es finito en cuanto á la aplicación, seguramente más tendrá uno á quien por él solo se aplique el sacrificio que dos ó más por quienes en conjunto se aplique la misma oblación.

La razón que da el doctor sutil, (1) es la que anteriormente hemos fijado, á saber: la voluntad de Dios quien dispuso que sus méritos y satisfacciones alcanzadas en el sacrificio de la cruz, se nos aplicaran de un modo finito y determinado por el sacrificio de la Misa. Esta voluntad nos es manifestada por la práctica de la Iglesia. En efecto: si por la supuesta infinidad extensiva del sacrificio, una sola Misa aprovechara tanto á muchos ó á todos los hombres como á uno solo: 1.º En vano la Iglesia usaría y aún prescribiría oraciones diversas, unas por los vivos, otras por los difuntos y varias por diferentes necesidades, y aun por particulares. 2.º Se seguiría igualmente que aquellos sacerdotes que no celebrasen por la intención de quien les ofrece el estipendio, ni por obligación alguna sino por pura devoción, deberían ofrecer el sacrificio por todos los vivos y difuntos, y pecarían contra la caridad cuantas veces practicaren lo contrario, porque la caridad exige que la Santa Misa se ofrezca por todos aquéllos á quienes pueda aprovechar, sin perjuicio de los demás; y de esta suerte el sacerdote con una sola Misa podría pagar á la justicia divina todas las penas que deben todas las almas existentes en el purgatorio. 3.º Se seguiría, asimismo, que el sacerdote con una sola Misa podría cumplir todas las cargas de misas de fundaciones y obligaciones testamentarias, por lo cual sería en vano repetir el Sacrificio por las mismas personas. 4.º Se seguiría, finalmente, que el sacerdote obligado á celebrar por razón de muchos y diferentes estipendios para diversas Misas, podría satisfacer, diciendo una sola. Todo lo cual es falso y absurdo por ser contrario á la razón, á la justicia y á la práctica y sentir de la Iglesia, y por los gravísimos inconvenientes que resultarían de su ejecución.

He aquí, por consiguiente, las dificultades á que se exponen aquellos teólogos que, abandonando el sentir del sutil doctor á quien siguen Ricardo, Durando, Suárez, Tole-

---

(1) Q. 20 quodlib., n. 20.

do, etc., enseñan con grande inconveniente que el Sacrificio de la Misa es infinito respecto á su aplicación.

Como corolario del artículo anterior, insinúo que la Misa recibe también valor del mérito del celebrante y de los de la Iglesia y que, por cierto, cuanto más santo sea el sacerdote que celebre, más valor extensivo, más fruto, más provecho experimentarán aquéllos por quienes celebra.

CAPÍTULO XXX

Deístas ó filosofastros ante la incomprensibilidad del Misterio eucarístico. Fin de la sección filosófico-teológica

SUMARIO

I.—El Misterio de la Eucaristía no es absolutamente incomprensible.
II.—Su incomprensibilidad misma demuestra su veracidad.

Después que ante las razones filosóficas, expuestas anteriormente, los incrédulos no han querido humillar su orgullosa cerviz, pero contra las cuales no han podido oponer un argumento digno de aprecio, se levantan de nuevo, como si en este último combate hubieran de rendirnos, gritando que, habiendo sido criada la razón humana para comprender las cosas, y, siendo incomprensible el Misterio de la Eucaristía, aquélla no puede por consiguiente admitirlo. El argumento está dispuesto con mucha maestría, pero tiene la desgracia de no ser verdadero. Nosotros probamos con razones evidentes.

I. El primer término, á saber: que la razón humana ha sido criada para comprender las cosas, es absolutamente falso. Si dijeran que esta razón ha sido formada para comprender algunas cosas, dirían verdad. En efecto; varias ra-

zones patentizan su falsedad. 1.ª La razón humana es muy finita, y, como tal, su comprensión también lo es. Es cierto que hay una cosa infinita, un Ser que no tiene límites; los deístas no lo niegan: luego la razón no puede llegar á comprender aquellos arcanos del Ser infinito que exceden á la comprensión de la razón.

Además, hay en la creación seres materiales cuya esencia es desconocida, cuyas relaciones mutuas ignora la razón, y sobre esto hemos insertado ya algunos ejemplos. Esa *diosa* razón podrá discurrir cuanto quiera hasta el día del juicio si gusta, pero jamás podrá comprender lo que trabaja tanto tiempo por conocer. Asimismo, el hombre se ve á sí propio, se toca y más cerca de sí no puede estar; su razón discurre por hallar los encantos que admira, pero no los comprende.

En último lugar; la razón humana ha sido creada para comprender solamente las cosas comprensibles; ¿cuáles son éstas? Ni aun las conocemos todas, y no las conocemos porque no nos es absolutamente necesaria su comprensión. Luego si la razón humana no comprende aún todo lo que es comprensible, ¿cómo pretende comprender lo incomprensible, lo que se halla fuera de sus alcances? Luego dicha razón, en términos generales, no ha podido ser criada para comprender las cosas.

Tampoco es cierto del todo que el Misterio de la Eucaristía es incomprensible. El angélico doctor hace una bella observación para el caso. La causa filosófica de muchos y muy graves errores, dice, consiste generalmente en el cambio que se hace con respecto á las operaciones de la fantasía, ateniéndose á éstas como si efectivamente fuesen operaciones del entendimiento.

Imaginar, es representarse un objeto en la fantasía bajo formas materiales. Comprender ó entender, es leer en el interior de una cosa, es darse cuenta, es conocer, aun cuando no podamos dar explicación, que esa misma cosa no repugna á la posibilidad de su existencia, porque está en armonía con los principios sólidos y rectas ideas. Por eso hay

cosas que se imaginan sin poderlas comprender y otras que se comprenden sin poderlas imaginar. Nosotros podemos imaginarnos el desarrollo de una semilla, como germina primeramente, como desprende el tallo y después las hojas, como finalmente da los sabrosos frutos; y esto ¿por qué? Porque todo cambio material puede ser representado por formas, con imágenes materiales; sin embargo, si es verdad que este mismo hecho lo podemos imaginar, también lo es que no lo podemos comprender, porque se ignoran las causas, los principios que producen semejante transformación. Dirán ahora los naturalistas que los agentes físicos, el calor, la luz, la electricidad si se quiere, juntamente con la buena disposición de la semilla son las causas y los principios buscados. Pero bien, aun en estas hipótesis, que no pasan en realidad de tales, pues no se sabe ciertamente si estos son todos ó parte de las causas buscadas, ¿se tiene acaso conocimiento de la naturaleza de semejantes agentes? Los físicos más sabios aseguran que tales agentes sólo son conocidos por los efectos y que no son propiedades inherentes á la materia. Pues si no lo son, pueden surtir diferentes efectos en materias iguales y por tanto quedamos en que ignoramos dichas causas; que no podemos comprender tales transformaciones, aunque, como he dicho, podamos imaginarlas. Por el contrario, no podemos imaginarnos la creación de la nada, porque no se puede representar con imágenes materiales el tránsito del no ser al ser, empero podemos comprender que así sea, en el sentido de que el entendimiento admira que existe una conformidad perfecta entre el hecho de esta creación y su principio, entre la cosa creada de la nada y el Omnipotente que puede crearla de la misma nada.

Lo mismo sucede con el Misterio sagrado de que nos ocupamos. No podemos imaginarnos como Cristo entero y real puede estar al propio tiempo en toda la Hostia, en cada una de sus partes y en todas las Hostias consagradas á la vez, ni de qué manera los accidentes puedan estar sin sujeto, porque tampoco podemos ver las cosas y hacernos cargo de ellas

si no es por medio de la extensión, que siendo material, puede ser representada con imágenes; empero, probando al entendimiento que la substancia de los cuerpos puede estar sin sus accidentes y que Jesucristo se halla en la Eucaristía á modo de substancia, claro es que este mismo entendimiento puede comprender la manera de existir el Salvador todo entero, real y substancialmente á la vez en toda la Hostia, en cada una de sus partes y en todas las Hostias consagradas. Lo mismo decimos respecto á la transubstanciación; nosotros no podemos imaginarnos cómo Jesucristo sin faltar del cielo, pasa á ocupar el lugar donde se encontraba la substancia del pan que se convierte en la de Jesucristo; primero, porque no podemos representarnos realmente un mismo ser corporal en dos lugares distintos; y segundo, porque tampoco podemos simbolizar el cambio de una substancia real en otra, sin que permanezca nada de la primera; son cosas espirituales y no pueden dibujarse con líneas materiales; mas todo esto, precisamente porque es abstracto, lo podemos conocer y entender al discurrir que no repugna que un ser corporal se halle al propio tiempo en dos lugares, y tampoco que una substancia cambie en otra sin quedar nada de la primera, porque tampoco repugna á la sana razón.

He aquí, pues, demostrado el que no sea incomprensible del todo el Misterio de la Eucaristía; el entendimiento en este Misterio advierte el hecho, discurre su posibilidad intrínseca y, al observar que no repugna á la razón, se anonada á sí propio; mas levantándose de su postración, admira sus encantos, contempla sus bellezas y bendice al Dios omnipotente.

«Es muy extraño y muy sensible por cierto, añade el P. Ráulica, ver á unos hombres que se dicen filósofos y que están tan envanecidos en su razón, tomar por una imposibilidad racional respecto á la Eucaristía lo que sólo es una imposibilidad fantástica; rechazar como incomprensible lo que sólo es imaginable; creer que sólo obedecen á las exigencias de la razón y ser los juguetes de su imaginación; y finalmente aparentar que siguen la filosofía y no seguir

en realidad más que una poesía la más grosera y la de peor especie, porque carece de toda elevación, de toda grandeza, de toda verosimilitud y de toda verdad (1).

Por manera que si este Misterio sacrosanto deja de ser incomprensible porque el entendimiento lee en Él su modo de ser, también la incomprensibilidad, en consecuencia, deja de ser argumento para que no pueda admitirlo la razón humana, puesto que cuantas pruebas posibles puedan aducirse en corroboración de un hecho y cuantas exigencias solicite el más sutil entendimiento para inquirir, demostrar y confirmar una verdad, todas esas pruebas, todas esas exigencias vienen en último término á declarar y publicar altamente la realidad del presente dogma. Por cierto; los incrédulos predican que la razón humana no puede admitir el dogma de la Eucaristía, porque es incomprensible. Hemos visto que no es absolutamente incomprensible, y que por lo tanto, de conformidad con esta demostración la razón debe admitirlo. Pero no presentamos esta sola prueba; queremos hacer ver brevemente que la razón debe también admitir la Eucaristía por la universalidad de pruebas que la demuestran y la confirman.

Sería una de las más grandes aberraciones de la razón humana, y sin duda, el más alto grado de vileza á que pudiera llegar, el que se presentasen pruebas racionales, pruebas basadas en la experiencia, pruebas históricas, pruebas teológicas que pudiesen convencer por sí mismas y que esta razón no quisiese someterse á sus soluciones. Ahora bien; el dogma de la Eucaristía tiene en su favor todas estas pruebas. Precisamente porque es el más bello de todos los misterios, ha sido con mayor número de propios emblemas figurado, con multiplicados vaticinios anunciado y con mayor solemnidad instituído. En su favor la inteligencia humana ha empleado todas sus agudas sutilezas y ha sabido probarle; por el contrario, la misma inteligencia ha buscado todas las ficciones de la fantasía, ha empleado todos los so-

(1) Las Armonías de la Eucaristía, conferencia 19, n.º 15.

fismas del entendimiento para demostrar que su existencia es un absurdo y ha sido confundida merced á los argumentos de una buena y severa lógica; la física y la geometría le abren sus brazos porque la real presencia, el modo de estar Cristo en la Eucaristía, no se opone á ninguna de sus leyes, á ninguna de sus antiguas y modernas teorías; la historia ostenta en cada una de sus brillantes páginas la constante tradición, el perseverante uso que de este Sacrificio y Sacramento hicieron las naciones, los pueblos y los fieles; la teología, con las autoridades irrefragables de los evangelistas y apóstoles, de los santos padres y doctores, de los pontífices y concilios, de los mártires y confesores, de los ascetas y vírgenes, de los monumentos é incripciones; de los portentosos milagros sin número; el Oriente y el Occidente, los griegos y los latinos, los coptos y los armenios, los sirios y todos los pueblos, las iglesias separadas y las unidas, las religiones falsas y las sectas heterodoxas; las herejías y las hereticales blasfemias; las artes y las ciencias, los ángeles y los espíritus rebeldes, los vivos y los difuntos, todos y cuanto de bello existe y puede servir de testimonio, de argumento y prueba, todo ha tributado, sin violencia alguna, espléndido homenaje, solemne culto y sólido apoyo al Misterio de nuestros altares. Pregunto ahora, ¿será este Misterio admisible al entendimiento? ¿Podrá la incredulidad hablar con descaro é insolencia y faltar á la verdad más contundente, afirmando que no puede admitir la Eucaristía, porque es incomprensible?

II. Mas no hemos concluído. El autor citado expone un silogismo basado en el mismo argumento de la incomprensibilidad, del cual deduce como consecuencia legítima, que el dogma de la Eucaristía es tanto más razonable cuanto más incomprensible, y tanto más admirable cuanto parece más increíble.

Nosotros seguiremos de cerca sus hondas huellas para su cumplido desarrollo. Puede formularse dicho silogismo del siguiente modo: la razón no inventa lo que no comprende; es así que el dogma de la Eucaristía es *á priori* un

misterio incomprensible, luego no ha podido inventarlo la razón humana. Con efecto: la razón no inventa lo que no comprende. Desde el momento en que el entendimiento humano ignora en absoluto lo que es realizable, no puede formarse ideas de ese mismo ser, ni en consecuencia coordinar una serie de pensamientos todos consecuentes. Más aun: si le asegurasen la posibilidad de la existencia de este ente, y para su efecto tuviesen que ser modificadas ó suspendidas algunas leyes físicas, tampoco podría imaginarse ni discurrir el modo de la existencia de dicho ser, Esto es muy natural. Si ignorásemos absolutamente el que un ser humano pudiese estar suspendido en el aire, no podríamos formarnos ideas adecuadas del modo de hallarse semejante individuo, para poder luego formar una serie de argumentos con sus consecuencias legítimas que demostrasen su posibilidad de existir en tal manera y en tales circunstancias. Luego por esto mismo que no podríamos comprenderlo, no podríamos inventarlo; por el contrario, lejos de poder inventar la razón aquello de lo cual no puede tener idea alguna, rechaza inmediatamente cuando se le propone cuanto es superior á ella. Por esto las religiones supuestas, las heregías atrevidas, las proposiciones sofísticas han sido inventadas por el hombre, porque son más ó menos accesibles á la razón, ya que ésta, al serle propuestas semejantes religiones, heregías y tesis concibe su existencia, imagina su modo de ser, descifra sus aparentes arcanos, entiende sus más menudos detalles y comprede en una palabra todo lo que hay de las mencionadas entidades. «Así, pues, toda doctrina, toda proposición religiosa, dice el P. Raúlica, es tanto menos razonable cuanto más comprensible, porque la doctrina que el hombre puede comprender, puede haberla hallado en sí mismo é inventarla él mismo, y porque una doctrina tal tiene demasiado del hombre, y se parece demasiado á él para que pueda ser aceptada como una revelación divina, como el pensamiento de Dios. Al contrario, lo que es incomprensible al hombre no ha podido nacer en el espíritu del hombre, no ha podido

tener al mismo por autor... y por consiguiente ha sido revelado necesariamente por Dios (1)».

Tenemos, por consiguiente, demostrado el primer término del silogismo, á saber: la razón no inventa lo que no comprende. Veamos el segundo: es así que el Misterio de la Eucaristía es incomprensible... Mas no necesitamos demostrar esta premisa porque es evidente, es como un axioma particular que no necesita demostración.

La Eucaristía es incomprensible en el sentido que nosotros no podemos formarnos idea adecuada, ni aun remota del modo de existir Cristo en ella. Necesitaríamos para el efecto un entendimiento de menos límites que el que poseemos; sería preciso que adquiriésemos la inteligencia divina. Los sacramentarios, que pretendieron hacer comprensible el dogma eucarístico, cayeron en lamentables desvaríos, precisamente porque, no pudiendo sus entendimientos llegar á la comprensibilidad de este Misterio y, queriendo profundizarlo y explicarlo sin atar la razón á la fe, se encontraron con execrables errores que en nada se parecieron con el dogma que esperaban explicar. Ellos, en lugar de dar esta explicación humana, inventaron dogmas nuevos que decían ser el de la Eucaristía; y los inventaron porque comprendían su modo de ser, porque ellos mismos los habían forjado; y he aquí comprobado una vez más que la razón humana no inventa lo que no comprende, pero inventa lo que comprende, y como no ha podido comprender el dogma de la Eucaristía, tampoco ha podido inventarle. Luego el Misterio del Altar es invención sobrenatural y divina y por lo tanto sumamente real y admirable.

---

(1) Id.

SECCIÓN III

LA TRADICIÒN CONFIRMANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

CAPÍTULO XXXI

Continúa el asunto de la Eucaristía y los Evangelistas en el que se comentan varias divinas autoridades en comprobación de nuestro Dogma

Si el hombre se remonta á los primeros siglos del Cristianismo, y contempla el fervor de aquellos cristianos, después de haberle causado honda sorpresa, preguntará sin duda por su motivo. Y yo le responderé que son dos las causas principales que influían en la práctica de tan santa vida. La primera, el *buen ejemplo,* y la *comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo*, la segunda. Desde un principio, los primitivos fieles se esmeraron por copiar los heróicos ejemplos de los apóstoles, de los mártires y confesores: sus maestros, sus hermanos y compañeros. El ejemplo arrastra siempre hacia el bien, ó hacia el mal; por esto, no siendo los apóstoles más que vivos Cristos, sus obras resplandecían en todas ocasiones como las de Jesucristo. Esto sentado ¿qué es lo que habían de ejecutar los discípulos sino lo que veían en sus maestros? Ahora bien: como éstos brillaban con luz inextinguible sobre altos candeleros, he ahí por que nuestros

padres en la fe, á semejanza de los discípulos del Señor, ostentaban una vida llena de encantadoras virtudes. Por eso he dicho también que la primera causa que les impelía á la fiel práctica de lo mandado en el Evangelio fué el *ejemplo*. Mas debemos tener en cuenta que este buen ejemplo era robustecido por otra poderosa causa que le daba firme estabilidad, á saber: *la comunión del Cuerpo y Sangre de Jesucristo*.

Los primeros fieles, refiere S. Lucas, comulgaban diariamente, siendo esto el poderoso motivo, según Cornelio Alápide, de que gozasen gran santidad. La frecuencia de la Sagrada Eucaristía, en efecto, recibida con pureza de intención y de conciencia y con el fervor de que estaban animados nuestros padres en la fe, no podía menos de producir cierta grata armonía, según la cual, la *comunión* engendraba vida y el *ejemplo* de los que habían recibido esta santa vida, conducía á los demás á que se ejercitasen en las buenas obras que observaban en aquéllos.

Los evangelistas refieren el uso que hacían de la Eucaristía los primitivos fieles.

El primero que frecuentó este adorable Sacramento fué nuestro Salvador, cuando en el mismo día de Resurrección se apareció á dos de sus discípulos que iban en dirección al castillo de Emaús. Como por una parte carecemos de noticias acerca de si los apóstoles consagraron la Eucaristía durante los tres días de la pasión y muerte y resurrección del Señor; y siendo por otra muy probable y piadosamente creíble, el que de hecho no consagraran, por la sencilla razón de que estos días fueron ocupados únicamente en llorar la muerte de Jesús, por eso afirmo que el primero que hizo uso del santo Sacramento fué el mismo Redentor, convidando con el celestial Manjar á dos de sus fieles discípulos. Iban éstos conferenciando amistosamente acerca de las ignominias que había padecido su Maestro los días anteriores. Aparecióseles el Divino Señor en figura de peregrino y comenzó á preguntarles de lo que hablaban, mostrándose ignorante de lo sucedido. Ellos le respondieron con suma

sencillez y así fueron conversando en el trayecto, declarándoles el Salvador lo que los profetas habían anunciado del verdadero Mesías; mas al acercarse al castillo, el Salvador dió muestras de pasar adelante, pero los discípulos con muchísimo cariño le detuvieron, rogándole al propio tiempo les hiciese compañía aquella noche, porque era ya bastante tarde. Jesús accedió á los amorosos ruegos de sus discípulos, quienes con mucho regocijo le prepararon la mesa, á fin de que tomase algún bocado. (1) *Y estando sentado con ellos á la mesa*, dice S. Lucas, *tomó el pan y lo bendijo y habiéndolo partido se lo daba. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron; y Él entonces se desapareció de su vista.* En estos dos sagrados textos se halla lo que nosotros buscamos, pues nos revelan que Jesucristo dió la Eucaristía á sus dos discípulos. Sin embargo, no ha faltado quien haya tergiversado el sentido propio de estas autoridades, negando que el Salvador diese en semejante acción su Cuerpo; pero erraron sin duda, porque el sentido genuino de los citados textos declara que Cristo dió la Eucaristía y no un pan común; y además, el testimonio de los santos Padres y Doctores confirma la verdad que estamos declarando, por varias razones: 1.ª porque Jesucristo no usaba de semejantes acciones sino cuando quería convertir el pan en su cuerpo; por lo cual, así como en la institución de la Eucaristía, estando sentado á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió, lo dió á los apóstoles, consagrándolo efectivamente, así también cuando estuvo en Emaús, ejecutó las mismas acciones, para darles su Cuerpo; y la prueba de que se lo dió es la razón siguiente: *Y fueron abiertos los ojos de ellos y lo conocieron.* Aquí está la fuerza de lo que intentamos demostrar, porque según afirma el V. Beda (2); al que no conocieron en la exposición de las divinas escrituras, le conocieron en la fracción del pan; á saber: el de la

(1) Et factum est, dum recumberet cum eis, accepit panem, et benedixit, ac fregit, et porrigebat illis. Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum; et ipse evanuit ex oculis eorum. Evang. Luc. c, 24, vv. 30, 31.
(2) Exposit. Luc. c, 24.

Eucaristía; lo cual confirma el doctor útil, por estas palabras: (1) «Cuando les entregó el pan bendecido, fueron abiertos los ojos de ellos, con el fin de que le conocieran, y así fué removido el impedimento que Satanás había puesto en sus ojos para que no conocieran á Jesús. Y este impedimento permitió el Señor que estuviera en ellos hasta que viniesen á la participación del sacramento del Pan, que es la participación del Cuerpo del Señor». De modo que por la participación de aquel pan bendecido fueron abiertos los ojos del cuerpo y principalmente los de la inteligencia, y un pan común no abre los ojos para conocer y entender; luego alguna virtud poderosísima poseía aquel santo pan que no debió ser otro sino el de la Eucaristía.

Hemos dicho que nuestra aserción es confirmada por los santos Padres y Doctores. En efecto: S. Jerónimo, S. Agustín, el V. Beda, S. Buenaventura, el Lirense, el P. Scio, con muchísimos más doctores, están contestes acerca de esta verdad. Aduciré la autoridad de S. Juan Crisóstomo, para nuestra convicción. Dice así: (2) «El Señor, no sólo bendijo el pan, sino que de su propia mano lo dió á Cleofás y á su compañero. Lo que les dió de su mano, no sólo está santificado, sino antes bien, es la misma santificación, y santifica al que lo recibe».

Declaré empero que el primero que usó este santo Sacramento fué Nuestro Señor Jesucristo; porque, aunque de esto no haya certeza física, sin embargo, juzgando por las razones que he mencionado anteriormente, venimos en su conocimiento. Comúnmente los Doctores afirman que Nuestro Divino Salvador en la noche de la cena, antes de dar su Cuerpo y Sangre á los apóstoles, lo comulgó Él mismo, lo cual se prueba eficazmente por aquello de S. Mateo: «Y dígoos que desde hoy más no beberé de este fruto de vid hasta aquel día, cuando le beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre». Pues bien: estas palabras fueron dichas á continuación de las que Jesús profirió para consagrar su sangre,

(1) Lira, Postill. in Luc. c, 24.
(2) Homil. 17.

y por ellas se indica con bastante claridad que bebió de su purísima sangre; luego arguyendo á semejanza, como Nuestro Señor dió á los dos discípulos de Emaús su verdadero Cuerpo, es muy probable que Él lo tomara también antes; lo cual se confirma por el hecho mismo de la refección presentada por sus dos discípulos, porque es cierto, según refiere el evangelista, que Jesús tomó y bendijo solamente aquel pan, y no se dice que hubiera allí otras viandas; y aunque las hubiera, no es creíble que el Salvador diese el pan á sus convidantes y que el convidado dejara de tomarla en primer lugar.

Hechas estas consideraciones, pasemos á buscar en otros sagrados textos de los evangelistas la frecuencia de la Comunión eucarística. El mismo S. Lucas (1) refiere en tres distintos lugares la frecuencia laudable de la sunción de la Eucaristía. En uno de ellos, después de contarnos la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico, el ferviente sermón de S. Pedro y la conversión de tres mil personas, que fueron en aquel mismo día bautizadas, añade que éstas *perseveraban en la comunicación de la fracción del pan.* ¡Qué bella apología del espíritu de los primeros cristianos! Perseveraban en la comunicación de la fracción del pan, no de vez en cuando, sino todos los días. Ha habido también quienes por esta *fracción del pan* entendieron el repartimiento de un pan común; pero nada más infundado ni menos cierto; porque por semejante frase entiende el evangelista á la Eucaristía y así vemos que en el lenguaje syro en vez de decir «fracción del pan», se dice Eucaristía; además: S. Lucas, al narrar la práctica de vida de los primeros cristianos, distingue dos clases de obras; enumera primero las espirituales y luego las corporales; ahora bien: entre las espirituales cuenta como una de éstas, la comunicación de la fracción del pan; y como más principal que las demás, la da cierto realce; por lo tanto, si el pan de que habla el evangelista, se entiende del ordinario; ¿por qué le coloca en la se-

(1) Act. Apost.

rie de los manjares espirituales? Ninguna clase de pan común aprovecha para el mantenimiento del alma; ahora bien: el pan de que hablamos sirve para el alma, luego no es pan ordinario. Pero se me argüirá: concedo que este pan sea espiritual, pero de eso no se sigue que sea la Eucaristía. A lo cual respondo que el mismo texto de S. Lucas resuelve esta objeción, porque si este pan es espiritual, se ha de entender, ó el pan de la doctrina evangélica, el de las virtudes, ó el de las oraciones; ahora bien: no es ninguno de estos, porque si se entiende del pan de la doctrina evangélica, S. Lucas dice en el mismo lugar: «Y ellos perseveraban en la doctrina de los Apóstoles»: Si se pretende que se entienda del pan de las virtudes, añade: «Y en todos ellos había un gran temor; por lo que se abstenían de ofender á Dios»; Y si finalmente, se quiere que sea el pan de las oraciones, por el mismo texto se prueba lo contrario; pues dice: «Y ellos perseveraban en las oraciones»; luego hemos de concluír que la comunicación de la fracción del pan, no es otra cosa que la comunicación de la Eucaristía. Además: estas palabras se deben tomar en sentido literal, y en tal sentido significan la fracción de la Eucaristía, según se nota en las demás versiones.

En el mismo capítulo repite el evangelista que los primeros fieles (1) *perseveraban todos los días unánimemente en el templo y partían el pan por las casas,* de lo cual resulta que los primitivos cristianos comulgaban diariamente, según el sentido de este *pan*; pues tiene la misma explicación que el anterior. En el lenguaje syro se dice Eucaristía en vez de *pan* y toda la Tradición enseña que por semejantes palabras se indica la excelente comida del Pan de los ángeles; para lo cual puede verse á Cornelio Alápide que lo explica difusamente.

Habla también S. Lucas del uso del sacrificio de la Misa:

---

(1) Quotidie quoque perdurantes unanimiter in templo, et frangentes circa domos panem. Act. Luc, 2, 46.

(1) *Había*, dice, *en la Iglesia que estaba en Antioquía, profetas y doctores, y entre ellos Bernabé y Simón, que era llamado Niger y Lucio de Cyrene y Manahen, hermano de leche de Herodes el Tetrarca y Saulo. Y estando ellos ministrando al Señor... les dijo el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y á Bernabé para la obra á que los he destinado.* La palabra *ministrar* que en griego significa ejercer ministerio público, y Erasmo vierte del griego: Y estando ellos sacrificando, es comentada por ministerio público de la Santa Misa; y aunque se puede entender de otro ministerio espiritual, sin embargo, por el contexto de las mismas expresiones, parece deducirse expontáneamente que se trata del ministerio del santo Sacrificio: porque así se expresan: «Y estando ellos ministrando al Señor» ¿A quién ministraban? A Dios. Pues bien, los otros ministerios espirituales como la predicación, los sacramentos, la lección de las escrituras, etc. no se ministran al Señor, sino á los fieles; y el acto único del cual se dice en la Iglesia que se ministra al Señór absolutamente, excluyendo toda criatura, es el santo Sacrificio de la Misa; luego tomando las palabras en el sentido literal, pues no repugna tomarlo, se entienden del ministerio de la Misa. Además; atestigua S. Dionisio, (2) que el acto de ordenación y consagración de los obispos se verificaba durante la Misa, la cual ceremonia usaron los apóstoles, y no es diferente de la que usa hoy día la Iglesia. Ahora bien; en el lugar mencionado, se dice que Simón Niger, Lucio de Cyrene y Manahen, investidos del carácter episcopal, obedeciendo á los mandatos del Espíritu Santo, ayunando y orando, impusieron las manos sobre S. Pablo y S. Bernabé, esto es: los constituyeron sacerdotes y obispos y los enviaron á las ciudades que por inspiración divina eran á ellas deputados. Mas pregunto: ¿en qué ocasión se cele-

(1) Erant autem in Ecclesia, quæ erat Antiochiæ, prophetæ, et doctores, in quibus Barnabas, et Simon, qui vocabatur Niger, et Lucius Cyrenensis, et Manahen, qui erat Herodis Tetrarchæ collactaneus, et Saulus. Ministrantibus autem illis Domino...dixit illis Spiritus Sanctus: Segregate mihi Saulum, et Barnabam in opus, ad quos assumpsi eos. Act. Apost. 13, vv. 1, 2.

(2) De Ecclesiastica Hierarchia.

bró todo esto? Dícese en el mismo lugar, que cuando ellos estaban ministrando al Señor; luego por todos lados se prueba que este acto de ministrar era la Misa que celebraban los tres mencionados obispos; ya sea que los tres á un mismo tiempo la dijeran, ó ya también que uno celebrara y los otros dos sirvieran de ministros, que es lo más probable.

El uso primitivo de la Eucaristía se patentiza asimismo en otro hecho admirable que describe S. Lucas en el Acta de los apóstoles. Dice, que habiendo llegado S. Pablo y él con muchos discípulos á Troade, ciudad en que se detuvieran por espacio de siete días, se reunieron el domingo para celebrar el santo Sacrificio y los demás ministerios apostólicos. Quiero transcribir sus mismas palabras: *Y el primer día de la semana,* dice, *habiéndonos juntado para partir el Pan, Pablo que se había de ir al otro día, disputaba con ellos, y fué alargando el discurso hasta media noche.* En la sala ó cenáculo donde estaban congregados había diversidad de hermosas lámparas encendidas, signo del grandioso acto que se estaba verificando. Mas Dios Nuestro Señor, queriendo en aquella noche dar á conocer su gloria por medio de un milagro, permitió que un mancebo llamado Euticho, que estaba dormido sobre una ventana del tercer piso de la casa, viniese al suelo y acabase con el golpe su vida. Llevado, empero, S. Pablo de misericordia, y no sin inspiración del Señor, bajó del púlpito en el que estaba predicando y llegándose al difunto, se recostó sobre él á imitación del profeta Eliseo; abrazóle como á hermano y, convencido de la bondad de Dios á favor del mancebo, dijo á los circunstantes: No os turbéis, porque está vivo. En efecto; el joven había sido resucitado. Después de haberse obrado semejante prodigio, el Apóstol subió al altar, consagró el Cuerpo del Señor, y lo sumió, quedando de este modo terminado el santo sacrificio. Mas no paró aquí la solemne función de aquel Domingo; sino que Pablo, después que recibió el santo Pan, prosiguió su discurso hasta llegada la aurora. S. Juan Crisóstomo, S. Agustín, Alápide, Calmet, Scío y otros respetables expositores entienden respecto de esta fracción y

sunción de este pan, la del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y que por lo tanto, S. Pablo, aquella noche celebró el augusto sacrificio de nuestros altares. Las razones que hemos aducido para probar los párrafos anteriores, sirven para demostrar el lugar presente.

Expongamos ahora algunas autoridades del Evangelio que hablan en general del augusto Sacramento.

Hablando S. Mateo de la oración del Pater noster, dice: (1) *Dadnos hoy, Señor, vuestro pan sobresubstancial.* Adviértase esta última palabra; porque así como S. Lucas dice: «(2) Dadnos el pan nuestro cotidiano», S. Mateo pone sobresubstancial; entendiéndose de este último modo, significa el Pan de los ángeles que es sobre toda substancia, el Pan de la Eucaristía que nutre nuestras almas y fortifica nuestros corazones; y dado caso que se entienda del primer modo, significa, el pan común del que se alimentan nuestros cuerpos. Todos los Santos padres, atendida la variedad de las citadas expresiones, lo comentan de los dos modos dichos; por lo que, al pedir á Dios en la oración del Pater noster lo que en ésta se nos indica, debemos solicitar de la paternal Providencia en primer lugar, el pan que vivifica y corrobora nuestras almas, que por antonomasia, es el Santísimo Sacramento; y en segundo lugar, el pan que sustenta las fuerzas corporales, el cual debemos ganar todos con el sudor de nuestro rostro. Nuestro Padre S. Francisco de Asís atribuye estas palabras á solo el Pan sobresubstancial de la Eucaristía.

Una exclamación divina hay en el sagrado Evangelio, que nos indica el ferviente deseo que abrigaba Jesucristo por que nuestras almas estuviesen encendidas constantemente en su amor. Dice así: (3) *Fuego vine á poner en la tierra. Y qué quiero sino que arda?* Efectivamente: fuego vivísimo puso el Señor en la tierra, pero, ¿dónde está? Yo creo,

---

(1) 6, 11.
(2) 11, 3.
(3) Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? Luc. 12, 49.

y paréceme que no me engaño, que se halla en nuestros altares. Es Jesús sacramentado. Este es el verdadero fuego que mandó Dios en la antigua ley que jamás faltase de su altar; porque si con aquel fuego se habían de quemar las víctimas para el sacrificio, con éste se consume la Víctima de la redención en sí misma, para ofrecerse al Eterno Padre.

Una breve reflexión. Muchos de los santos Padres entienden por este fuego la intensidad del amor divino; ahora bien: el Salvador arranca de su alma esta vehemente exclamación: «¿Y qué quiero sino que arda este fuego?» ¿En dónde, Señor? En nuestros corazones. De aquí se deduce, por lo tanto, el eficaz anhelo que debe abrasar nuestro corazón por amar con todas las fuerzas á nuestro Dios; de aquí se desprende, el que todas nuestras acciones vayan revestidas de caridad, la cual así como es suave y tranquila, es al propio tiempo fuerte y ardorosa, porque todo lo quiere para Dios, del modo que Él lo quiere. Pero bien: y ¿de dónde nos viene este amor con más intensidad; y qué es lo que nos mueve en la tierra á tener amor divino? Quien conozca el objeto de la Eucaristía responderá que de ésta debe venirnos el amor celestial; y que ésta misma es la que sencillamente nos mueve á tener un amor semejante. En la Eucaristía por consiguiente, se oculta el fuego de que habla el divino Maestro: ella nos incita á amar á Dios; y ella finalmente, nos presta auxilios para que obtengamos este fin deliciosísimo.

CAPÍTULO XXXII

La Eucaristía y los Apóstoles

Es patentizado este dogma como Sacramento y Sacrificio por los Apóstoles

Doce lindas puertas vió S. Juan en el muro alto de la ciudad santa jerosolimitana; doce bellos ángeles había respectivamente en aquellas elevadas puertas; doce sólidos fundamentos poseía el mencionado muro, y doce eran finalmente los graciosos nombres que se hallaban esculpidos en los fundamentos. He aquí la descripción del número, misión y compañía del Colegio Apostólico. El elevado muro, según S. Ambrosio, es Jesucristo, por lo cual se dice en Isaías: «El Salvador pondrá en ella (esto es, en la ciudad celestial) un muro y antemural». Las doce puertas abiertas en este muro son los doce apóstoles, número de los primeros propagadores del Evangelio. Los doce ángeles vigilantes son los coadjutores de los apóstoles, que recojen el fruto de la predicación de los discípulos de Jesucristo y que por eso están en los pórticos del muro, para introducir á los que se salven. Los doce fundamentos sobre los cuales descansa el dilatado muro, son los mismos apóstoles; porque sobre éstos se fundó la Iglesia militante, triunfante y purgante, pues como dice S. Ambrosio: si Pedro es el fundamento de la Iglesia,

luego ésta se ha edificado sobre él, como también sobre los demás apóstoles. No importa que diga S. Pablo (1) que «nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo»; porque no es Cristo un fundamento y otro Pedro, sino que, siendo Pedro y los demás apóstoles miembros de Jesucristo, por eso Éste es el fundamento principal y los apóstoles fundamentos secundarios, mas son primarios en cuanto á la visibilidad. Por último; los nombres que grabados estaban en los doce fundamentos, son los nombres de los apóstoles del Cordero. Ponderemos, pues, la dignidad de los primeros colaboradores de Jesucristo Nuestro Señor ya que por medio de símbolos y hasta de la inscripción de sus propios nombres, hace el Altísimo resplandecer sus méritos, en los que se agradó tanto el Divino Maestro, que á más de haberles confirmado en su gracia mientras vivieron, les prometió ser jueces con Él en el tremendo día del juicio final, para formar el correspondiente proceso á cada uno de los hombres.

Testigos fueron los apóstoles de lo que practicó el Salvador durante los tres años de su predicación sobre la tierra. En este concepto no podían por menos de legarnos algunos recuerdos de las maravillosas obras de Jesucristo, y como entre éstas la más estupenda es la Eucaristía, dicho está que en los escritos de los apóstoles encontraremos preciosas frases que bosquejen nuestro augusto Misterio.

En efecto: S. Juan declara admirablemente el Misterio augusto de la Eucaristía, y la adoración que le debemos prestar.

(2) *Y miré y ví en medio del trono y de los cuatro animales y en medio de los ancianos un cordero así como muerto... los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno sus arpas y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres, Señor, de tomar el libro y de abrir sus*

(1) I. Cor. cap. 3, 11.
(2) Apoc. V, vv. 6, 8, 9, 10, 11, 12.

sellos: porque fuiste muerto y nos has redimido para Dios con tu sangre, de toda tribu y lengua y pueblo y nación. Y nos has hecho para nuestro Dios, reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra. Y ví y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, que eran millares de millares y la voz de los animales y de los veinticuatro ancianos que decían en alta voz: Digno es el Cordero que fué muerto, de recibir virtud y Divinidad, esto es; honor como á Dios, por ser Dios sabiduría y fortaleza, honra y gloria y bendición. Hasta aquí S. Juan. Ahora bien: Tertuliano (1) afirma que este divino Libro encierra el orden de todos los tiempos de la Iglesia, autoridad que confirmó S. Jerónimo (2) diciendo, que contiene la sabiduría de los misterios del Catolicismo, opinión á la cual se agregan muchos de los Santos Padres y Doctores; por lo tanto, este admirable pasaje debe referirse á uno de los acontecimientos primordiales de la Iglesia, el cual se renovará cada día hasta el fin de los siglos. Mas expliquémosle: En medio de un trono; esto es, en medio de un altar, trono de Jesús, sacrificado incruentamente, se hallaba un cordero como muerto, no muerto absolutamente, porque en el sacrificio de la Misa se nos representa, no muerto, sino como muerto, porque Jesucristo, que es el Cordero, una vez resucitado no puede ya morir. Cuenta además que estaba en pié, para denotar la prontitud de su magnánimo Corazón, para concedernos gracias y favores. Los veinticuatro ancianos que son figurados por los apóstoles y profetas, ó también por solos los apóstoles y sus sucesores los obispos, y los cuatro animales representados por los evangelistas, estando alrededor del Cordero, se postraron en tierra para rendirle adoración ó culto supremo de latría, con lo cual se nos declara el modo de adoración que se tributa á Jesús Sacramentado en la Iglesia; en sus manos poseían doradas arpas, que no son otra cosa que los diferentes instrumentos músicos que en la Iglesia usan los tañedores, los cuales, uniendo las voces de sus sonoros

(1) De resurrect. cap. 15.
(2) In Isai. ad finem.

instrumentos á las de los sacerdotes, pregonan las grandezas, publican las alabanzas y bendicen con sus sagrados cánticos, el triunfo, la majestad y la gloria del Hijo del Altísimo. Copas de oro llenas de perfumes, añade el Apóstol, manejaban los veinticuatro ancianos; ¿y qué son éstas, sino perfecta alegoría de los incensarios, que humeando despiden el suave perfume del incienso? Cantaban, dice, un cántico nuevo. ¿No practica la Iglesia esto mismo alrededor del trono de Jesús Sacramentado? Pero lo que intentamos probar está en lo siguiente: «Nos hiciste, Señor, reyes y sacerdotes; y reinaremos sobre la tierra». He aquí declarada la alegoría. Los veinticuatro ancianos, dirigiéndose al Cordero que tienen delante, exclaman: Nos hiciste reyes y sacerdotes; es decir, reyes, porque son partícipes de su reino, como comenta el Lirense, (1) ó porque los justos reinan sobre la tierra por el predominio que tienen sobre sus pasiones, y sacerdotes para ofrecer á Dios hostias dignas de alabanza que, según hemos advertido, son las que se sacrifican sobre el altar del Nuevo Testamento. ¿Quién, pues, negará que todo este hermoso cuadro, dibujado por S. Juan, no se refiere á la liturgia eucarística que usaron los apóstoles? Oigamos al doctor útil (2). Habla del Cordero apocalíptico. «El Cordero (dice) es Cristo que está en medio de las iglesias diseminadas por el orbe y constituídas en su nombre; así como Él mismo dijo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos; porque así como se dice León, en virtud de su resurrección, así tambien se dice aquí Cordero, por razón de la inmolación... Se dice, además, que está en el altar como muerto, porque se inmola cada día en la Iglesia, no muriendo según la carne, porque resucitó á la vida inmortal, sino según el efecto y representación, porque por la oblación de la Eucaristía, se nos comunica el efecto de su Pasión. Ella misma es semejanza representativa de Él, según lo que se dice: Esto haced en memoria de mí. Aquello, pues, que representa á

(1) Postill. in Apoc. cap. 5.
(2) Postill. in Apoc. v. cit. Lira.

alguno, se designa por nombre del mismo, así como la imagen de Pedro se llama Pedro; y por la misma razón la Eucaristía se dice Cordero inmaculado; mas para designar esto no se dice aquí, el Cordero muerto simplemente, antes bien como muerto».

Otra prueba nos ofrecen gratuítamente los protestantes á pesar suyo. En efecto: como no aceptan el sacrificio, ni el altar, se han visto precisados á rechazar el divino libro del Apocalipsis, precisamente por lo que acabamos de observar en él. Ellos, á la verdad, conocen las precisas consecuencias que se deducen del bello cuadro pintado por S. Juan, pero como no quieren admitirlas, forzosamente han de impugnar el libro del Apocalipsis. Ignoran tal vez que con esto hacen un gran favor á los católicos, porque ¿quién ha asegurado á ellos que el Evangelio de S. Juan es auténtico y el Apocalipsis apócrifo? Ciertamente, siendo uno mismo el autor de ambos, y, afirmando el autor que da testimonio de sus escritos y que su testimonio es verdadero, tanto crédito se debe dar al uno como al otro.

El Apóstol S. Pablo, no sólo enseña que existe en la Nueva Ley un Sacramento y Sacrificio sino que prueba además su existencia y nos invita á que participemos del Cuerpo y Sangre del Señor. En efecto: *Tenemos un altar*, dice, *del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo*. He aquí la declaración del Sacrificio de la Nueva ley. Este altar como dice S. Anselmo, es la Iglesia, donde se consagra el Cuerpo de Cristo, del cual no tienen facultad de comer los que servían al tabernáculo, esto es; los sacerdotes de la Ley antigua.

En los versículos siguientes da S. Pablo la prueba del anterior. Dice que las carnes del becerro y macho de cabrío, cuya sangre había de ser introducida en el santuario para expiación del pecado, eran quemadas fuera de los reales, esto es: fuera del campo, y que los sacerdotes no podían comer sus carnes; ahora bien: como todas estas eran verdaderas figuras del Sacrificio de Jesucristo, y el Salvador, por otra parte, fué sacrificado fuera de los reales, á saber: fue-

ra de Jerusalen ó en el Calvario, en cuyo caso realizó lo que representaba la figura, luego los sacerdotes de la ley antigua tampoco podían comer de las carnes de Jesucristo, sacrificadas en el altar eucarístico.

En otro lugar dice el mismo apóstol: *Tenemos dones diferentes según la gracia que nos ha sido dada... Ya sea ministerio en administrar.* Por estas palabras se entiende el oficio ó ministerio principal de los sacerdotes que consiste en la administración de los santos sacramentos, y aun particularmente el de la Eucaristía. Así Lira. Esto se deduce, no tan sólo de las mismas expresiones, *tenemos ministerio en administrar* tomadas propiamente, sino también de sus antecedentes y consiguientes; porque S. Pablo, después que ha declarado que á la manera que un cuerpo tiene muchos miembros, mas no todos tienen la misma operación, y que de este mismo modo acontece en la Iglesia de Jesucristo, pasa á declararnos que muchos de estos miembros tienen dones diferentes, según la gracia que le ha sido dada; por lo cual enumera varios, los cuales no se confunden con el don de *administrar;* y así dice: Unos tenemos el don de profecía según la proporción de la fe, esto es: discernimiento y luz abundante para explicar los misterios é interpretar las divinas Escrituras; otros tienen el don de enseñar en doctrina; á saber: de ilustrar á los demás con las ciencias y letras sagradas, cuyo oficio pertenece á los doctores; otros, de amonestar ó predicar la palabra de Dios al pueblo; otros de repartir limosnas ya corporales ya espirituales con simplicidad, cuyo oficio aunque pertenecía antiguamente á los diáconos, no obstante atañe hoy también á los que pueden distribuírlas de sus propios haberes; otros, además, tienen el don de presidir con solicitud, cuyo ministerio pertenece á toda clase de superiores, ya eclesiásticos, civiles ó militares; otros, en suma, poseen el don de hacer misericordia en alegría, cuyo oficio toca á los pudientes. Ahora bien: entre todos estos hermosos cargos, por cierto públicos y espirituales, cuenta entre los puramente de esta última clase el ministerio de *administrar,* el cual no puede entenderse ni

de la administración de la doctrina, ni de la palabra de Dios, ni de las otras obras, porque á cada una de éstas ya las reseñó con particular cuidado; por lo cual se deduce que es el ministerio de administrar los sacramentos, particularmente el Eucarístico, porque es el más espiritual.

(1) *Limpiad la vieja levadura, añade el Apóstol, para que seáis una nueva masa, así como sois ázimos; porque Cristo que es nuestra Pascua, ha sido inmolado. Y así solemnicemos el convite, no con levadura vieja ni con levadura de maldad, ni de pecado: mas con ázimos de sinceridad y de verdad.* Algo osbcuro parece este lugar; no obstante lo aclararemos. Comienza el Apóstol reprendiendo á los Corintios fornicarios, diciéndoles «No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que una poca de levadura, corrompe toda la masa?» como si dijera, ¿no sabéis que basta un hombre malo para inficionar á los demás? «Limpiad pues la vieja levadura, esto es: apartad de vosotros á ese incestuoso, para que quedéis limpios y podáis ser una nueva masa, figurada por la limpieza de conciencia, cual debe ser la de todos los cristianos; y esto quiere decir la palabra ázimos, como observa Lira, (2) porque la expresión «así como sois», se debe traducir; «así como debéis ser», ázimos ó ajenos de toda culpa. Este es el modo de preparación para recibir al Señor Sacramentado, por lo cual, suponiendo el Apóstol, que los Corintios debían de buscar por todos los medios preparación semejante, por eso les dice: «Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolado; y así solemnicemos el convite», con el fin de que podamos tener parte en él; mas no lo hemos de celebrar con levadura vieja», esto es: con la levadura del pecado mortal, el cual impide los efectos del Sacramento Eucarístico; ni con levadura de maldad, que es el pecado perpetrado con malicia, según el Li-

---

(1) Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio, sicut estis azymi. Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus. Itaque epulemur; non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ, et nequitiæ; sed in azymis sinceritatis, et veritatis. I. Cor. 5, vv. 7, 8.

(2) Postill. in I. Cor c, 5.

rense; (1) mas lo hemos de celebrar con ázimos de sinceridad y de verdad; esto es: con la limpieza del corazón, no teniendo afecto al pecado, y con la del entendimiento, no siendo sospechosos de errores é ideas aviesas.

Notemos lo que enseña el príncipe de los apóstoles, acerca de los verdaderos cristianos. Dice que son: (2) *sacerdocio santo, para que ofrezcan sacrificios espirituales, que sean aceptos á Dios por Jesucristo;... que son el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición, para que publiquen las grandezas de Aquél que de las tinieblas, los llamó á la luz inextinguible... y que toda nuestra vida y perfección ha de estar edificada sobre la piedra principal, que es Jesucristo.* Atendamos á las expresiones: sacerdocio santo y sacerdocio real. Considerando S. Pedro la sublimidad de los cristianos, afirma, que son sacerdocio santo, no porque tengan la potestad de Orden, como quiere Lutero, sino porque son semejantes á los sacerdotes por dos motivos: 1.º Porque así como éstos ofrecen á Dios el Sacrificio de nuestros altares, así también los demás cristianos, no sacerdotes, son participantes en este Sacrificio, porque ofrecen la Hostia y el Cáliz al mismo tiempo con el sacerdote celebrante, por lo cual se dicen en el canon de la Misa, las siguientes palabras: «Acordáos también, oh Señor, de todos los que están presentes, por los que os ofrecemos, ó los que os ofrecen este sacrificio de alabanza» etc. El 2.º motivo es, porque son semejantes, no solamente á los sacerdotes, sino también á Jesucristo Nuestro Señor, el cual es el sacerdote eterno, la Hostia inmaculada que se ofrece al Padre Eterno, y el templo de Dios, en el que habita toda la plenitud de la Divinidad corporalmente (3): así también se llama sacerdotes á los cristianos porque pueden ofrecerse al Padre Eterno, mediante la devoción,

(1) Postill. in I. Cor. c, 5.

(2)...Sacerdotium sanctum, offerre spirituales hostias, acceptabiles Deo per Jesum Christum...genus electum, regale sacerdotium, gens sancta, populus acquisitionis: ut virtutes annuntietis ejus, qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum I. S. Petri, c, 2, vv. 5, 9.

(3) Ad Colos. II, 9.

humillación y fervor de la caridad. Asimismo, son semejantes á Jesucristo, porque son templos de Dios, ora cuando están en su gracia, ya de un modo particular cuando le reciben Sacramentado; por lo tanto, aunque S. Pedro hable en este lugar solamente del sacerdocio espiritual, supone siempre el real, esto es: el de los cristianos deputados para sacerdotes, que como tales están legítimamente ordenados.

S. Pablo indica claramente el Sacrificio y Sacramento eucarístico por estas palabras (1). *El cáliz de bendición al cual bendecimos, ¿no es la comunión de la Sangre de Cristo? y el pan que partimos, ¿no es la participación del Cuerpo de Cristo?* Como si dijera: El vino contenido en el cáliz que, consagrado, es la Sangre de Cristo, ¿no es la participación de esta Sangre, en la sunción de la misma? Mas el pan que partimos después de haberle consagrado: ¿no es la participación del Cuerpo del Salvador, cuando le comemos? porque después de consagrado es cuando se parte y se distribuye á los fieles, si es que no hay otras Hostias consagradas. Nótese que los Stos. Padres usaron frecuentemente la voz *bendición* por *consagración.*

(1) Calix benedictionis, cui benedicimus, ¿nonne communicatio sanguinis Christi est? et panis, quem frangimus; ¿nonne participatio corporis Domini est? I. Cor. c. X, 16.

CAPÍTULO XXXIII

Doctrina del Apóstol sobre la institución y efectos de la Eucaristía

Entre los muchos conceptos que el Apóstol S. Pablo declara á los Corintios para su instrucción, edificación y salvación eterna, les reprende ciertos abusos que practicaban al celebrar los convites de caridad, les increpa por otros desórdenes que cometían antes de recibir la Eucaristía, y les expone finalmente, este santo dogma. Respecto á lo primero, les dice... (1) *No apruebo el que os congreguéis, no para mejor, sino para peor; porque... oigo que cuando os congregáis en la Iglesia hay discusiones entre vosotros y en parte lo creo.* Los primeros cristianos, después que celebraban los sagrados Misterios, solían tener los ágapes ó convites de caridad á los cuales acudían, tanto los ricos como los pobres con objeto de tomar una moderada refección; los ricos, como es consiguiente, acostumbraban sostener la mayor parte de los gastos, por lo cual tenían en baja opinión á los pobres, resultando de aquí murmuraciones, riñas y otros graves defectos inconciliables con la caridad cristiana. Por esto les dice el apóstol: No apruebo el que os con-

(1) Non laudans quod non in melius, sed in deterius convenitis. Primum quidem convenientibus vobis in Ecclesiam, audio scissuras esse inter vos, et ex parte credo. I Cor, 11, vv. 17, 18.

greguéis, porque estos convites establecidos para la unión de vuestros corazones los habéis convertido en motivos de fraternal disensión.

Pasa después á reprender los abusos que cometían antes de recibir la Eucaristía. Había cristianos, generalmente ricos, que se hacían preparar las viandas en sus casas, y llevándolas luego á la Iglesia se ponían en ésta á comer y beber, con detrimento de los pobres, de sus propias almas y desprecio del santo templo. Con detrimento de los pobres, porque éstos no tenían de qué comer, si los ricos no les proporcionaban de lo suyo. Con detrimento de sus propias almas, porque la costumbre de la Iglesia, aun desde sus primitivos tiempos, consistía en que se recibiese la Eucaristía en ayunas, y los pudientes, en vez de practicar esto, ejecutaban todo lo contrario, con lo cual faltaban al mandato y escandalizaban á los demás, dándoles sobrado motivo para que imitaran su ejemplo. Era, finalmente, con desprecio de la Iglesia de Dios, porque en ésta no deben permitirse jamás las refecciones ni en común ni en particular por ser casas destinadas al servicio divino. He ahí por que añade el Apóstol: (1) *De manera que cuando os congregáis en uno, ya no es para comer la cena del Señor: porque cada uno toma antes su propia cena para comer. Y el uno tiene hambre, y el otro está muy harto*, con lo cual indica, que mientras los ricos saciaban su apetito, los pobres padecían hambre. Por esto les reprende, diciendo: (2) *Por ventura no tenéis casas para comer y beber?* Como si dijera: ¿Acaso no tenéis casas propias, en las que podréis tomar estos manjares á vuestro gusto, sin deshonrar el templo de Dios? Aquí debéis comer únicamente el Manjar eucarístico y celebrar los agapes; pero con la condición de que os habéis de

(1) Convenientibus vobis in unum, jam non est Dominicam cænam manducare. Unusquisque enim suam cænam præsumit ad manducandum et bibendum. Et alius quidem esurit, alius autem ebrius est. I Cor, 11, vv. 20, 21.

(2) ¿Numquid domos non habetis ad manducandum et bibendum? ¿aut Ecclesiam Dei contemnitis, et confunditis eos qui non habent? ¿Quid dicam vobis? ¿Laudo vos? In hoc non laudo.

reunir en una misma mesa los ricos y los pobres, para que resalte la unidad de vuestras voluntades y así podáis dar gloria á Jesucristo. Prosigue el santo apóstol: *Acaso despreciáis la Iglesia de Dios y avergonzáis á aquéllos que no tienen?* Es decir: á los pobres que por ser de tal condición, no tienen de donde comprar vuestros manjares. *¿Qué os diré?* añade, *¿os alabaré? En esto no os alabo.* Como si dijera: Sé que algunas de vuestras obras merecen alabanza, pero en cuanto á ésta, os digo francamente que de ningún modo la merece; por lo tanto, no os alabo, antes al contrario os vitupero, esperando de vuestra obediencia que me oiréis y pondréis en práctica mis órdenes.

Lo que sigue es la doctrina que debemos practicar con el fin de recibir dignamente el Cuerpo y la Sangre del Salvador. En este lugar da S. Pablo la razón de la dura reprensión que dirigió á los de Corinto diciéndoles: (1) *Porque yo recibí del Señor lo que también os enseñé á vosotros.* Hemos mencionado anteriormente que el Apóstol recibió inmediatamente del Señor las verdades de la fe que había enseñado á los Corintios, particularmente, las que se refieren al Misterio de la Santa Eucaristía. Que esto sea así lo confirma Nicolás de Lira cuando enseña que Dios había revelado al Apóstol lo que éste insinúa en el presente versículo, y que el Apóstol había aprendido del Señor estas verdades, por cuya razón aun cuando él aprendiese la doctrina católico-eucarística de S. Pedro y demás discípulos de Jesucristo, esto no impidió que el Divino Salvador se la manifestase de nuevo y por modo particular, con lo cual la Religión Católica posee un testimonio más de la veracidad de su doctrina.

Mas, ¿qué es lo que recibió del Señor? Oigámosle: (2) *Jesucristo, en la noche que fué entregado, tomó el pan, y*

---

(1) Ego enim accepi á Domino quod et tradidi vobis. I Cor. 11, vv. 22, 23.

(2) Quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gracias agens, fregit et dixit: Accipite et manducate: Hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur; hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem postquam cœnavit dicens: Hic calix novum Testamentum est in meo sanguine. Hoc facite quotiescumque bibetis in meam commemorationem. I Cor. 11, vv. 23, 24, 25.

dando gracias lo partió, y dijo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz, es el Nuevo Testamento en mi sangre. Haced esto cuantas veces lo bebiereis en memoria de mí. Observemos que lo que escribe el Apóstol y lo que publicaron los evangelistas, conviene perfectamente en la esencia y hasta en casi todas sus palabras, por lo que debo de advertir que la doctrina de S. Pablo en cuanto á la Eucaristía es como confirmación de la de los evangelistas; éstos escribieron lo que vieron y oyeron; mas S. Pablo escribió lo que le reveló directamente el Redentor después de resucitado. Los evangelistas, en efecto, escepto S. Juan, escribieron sus evangelios antes que S. Pablo redactara su primera carta á los corintios; S. Mateo el año 42 de nuestra era; S. Marcos el 46 y S. Lucas el 54; mas S. Pablo la redactó el 56. De donde se deduce, que si los evangelistas no hubiesen narrado fielmente el dogma de la Eucaristía los hubiera corregido el Señor al revelarlo á S. Pablo; ahora bien: no los corrigió, porque nuestro Apóstol enseña literalmente la misma doctrina que nos transmitieron los evangelistas, luego con toda veracidad redactaron lo que habían visto y oído al Salvador, prueba que el mismo espíritu que dictó y guió á S. Pablo en sus escritos, dictó y guió á los evangelistas; prueba finalmente, de que tanto los unos como los otros escritos son divinos.

Y ahora: ¿qué es lo que nos conviene exponer á las mencionadas frases del Apóstol? Todo cuanto podamos añadir quedó consignado ya al comentar las de los evangelistas, por lo cual remito al lector á aquel lugar.

Continúa el Apóstol declarando lo que debemos practicar al recibir el Santo Sacramento, y así dice: (1) *Cuantas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.* Con estos memorables conceptos se nos indica: 1.º Cada vez que recibiésemos la

(1) Quotiescumque enim manducabitis panem hunc et calicem bibetis, mortem Domini anuntiabitis donec veniat. I Cor. 11, 26.

Santa Eucaristía, sea bajo una sola especie si los que comulgan son legos, ó bajo las dos, si son sacerdotes, debemos anunciar la muerte del Señor; esto es: representar su muerte. 2.° Tanto los sacerdotes cuando celebran, los cuales representan al vivo la muerte del Señor, como los fieles cuando comulgan bajo una sola especie, deben considerar la muerte de Jesucristo. Adviértase que el Apóstol, al hablar de la Eucaristía la especifica con el nombre de *pan*, porque Jesucristo subsiste allí bajo la especie del pan. Mas, ¿por qué dirá *la muerte del Señor?* porque el adorable Sacramento fué instituído con objeto de conmemorar la pasión y muerte del Salvador, y por eso nos dejó nuestro buen Dios un despertador tan fuerte como la Eucaristía, á fin de que cada vez que la recibiésemos ó contemplásemos, recordemos el beneficio inmenso de la Redención; 4.° es la palabra: *Hasta que venga*, con la que se nos declara, que el Sacrificio y Sacramento eucarístico subsistirá en la Iglesia hasta el fin del mundo; pues en este tiempo es cuando ha de venir el Señor á juzgarlo; ahora bien: como Jesucristo no vendrá más de un modo natural á la tierra hasta el fin del mundo, luego el Sacrificio y Sacramento eucarístico durará hasta el fin de los siglos, por eso dice S. Pablo que anunciamos la muerte del Señor hasta que venga.

Declara el Apóstol los efectos que causa la Eucaristía en aquéllos que la reciben, sin tener las disposiciones necesarias. (1) *El que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.* Aquí hemos de explicar dos cosas. La 1.ª, quiénes son los que comen el Cuerpo y beben la Sangre del Señor indignamente. La 2.ª, qué se entiende por reo del Cuerpo y de la Sangre del Salvador. 1.ª Los que comen y beben indignamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo son los que están en pecado mortal; mas según Lira y Teodoreto, esta indignidad es de tres modos: los dos primeros se toman de la celebración misma del Santo Sacrificio; por ejemplo: cuando

(1) Itaque, quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit Corporis et sanguinis Domini. I Cor. 11, 27.

un sacerdote no guarda el rito instituído por Jesucristo, ofreciendo un pan que no es de trigo y un vino que no es de vid; ó cuando no observa lo preceptuado por la Iglesia, para la consagración de la Eucaristía. El tercero, se toma, ó del que celebra la Misa, ó del que comulga simplemente; cuando éstos reciben al Señor con voluntad de pecar en lo venidero, ó sin arrepentirse de los pecados mortales pasados. 2.ª Se entiende por reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor, el pecador que renueva las penas que sufrió el Redentor en su pasión y muerte; porque así como los judíos que le dieron muerte fueron reos de su Sangre, así todo cristiano que comulga en pecado mortal, es reo en el deseo de una nueva crucifixión del Señor porque en cuanto es de su parte, es traidor como Judas y facineroso como los verdugos que le crucificaron.

Por lo tanto (1), prosigue el Apóstol, *pruébese el hombre á sí mismo, y de este modo pueda comer de aquel pan y beber del cáliz.* Aquí está la esencial condición que se requiere en un cristiano para comulgar. *Pruébese el hombre á sí mismo;* es decir: examínese con diligencia y cuidado, procurando registrar los más recónditos pliegues de su alma, y si encuentra en ésta mancha grave que le impida recibir tan santo Sacramento, absténgase de Él, mas en caso contrario *coma de aquel pan y beba del cáliz.* Se ha de notar empero una circunstancia particularísima, porque añade S. Gregorio: «¿Qué significa en este lugar, el probarse uno, sino que evacuada la malicia de los pecados, se llegue uno ya probado á la mesa del Señor? Mas se preguntará: ¿En qué consiste semejante evacuación?» La santa Iglesia le responde por el Concilio Tridentino (2) cuando enseña lo siguiente: «La costumbre de la Iglesia declara que es necesario este examen, para que ninguno sabedor de que está en pecado mortal, se pueda acercar, por muy contrito que le parezca hallarse, á recibir la sagrada Eucaristía,

(1) Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat. I Cor. 11, 28.

(2) Sess. 13, cap. 7.

sin disponerse antes con la confesión sacramental; y esto mismo ha decretado este Concilio observen perpetuamente todos los cristianos y tambien los sacerdotes á quienes correspondiere celebrar por obligación, á no ser que les falte confesor. Y si el sacerdote por alguna urgente necesidad celebrare sin haberse confesado, confiese sin dilación luego que pueda». De modo, que según la mente de la Iglesia es necesaria la confesión sacramental, si es que uno tiene culpa grave; y aun sin tenerla, conviene que á menudo se acerque á esta fuente purísima, para que limpio de sus faltas pueda con fruto recibir al Dios de amor, que desea morar únicamente en corazones limpios de pecado.

No se contenta el Apóstol con intimarnos lo que precede, sino que añade: (1) *El que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio: no haciendo discernimiento del Cuerpo del Señor.* ¿Qué significa comer y beber el propio juicio, siendo así que el mismo Salvador ha dicho: «El que me come, vivirá por mí?» Comer y beber el propio juicio, significa, acarrearse el premio ó castigo que uno merece; ahora bien: el que comulga indignamente lleva en sí propio el demérito de su indignidad; en consecuencia merece la muerte eterna, pues cometió atroz injuria al Criador. Mas ¿cómo se compadece lo que dice el Señor: El que me come vivirá por mí? Muy claramente; es doctrina católica que hay dos modos de comulgar, porque como advierte S. Buenaventura (2), así como son dos las cosas de este Sacramento, á saber: el Cuerpo y la Sangre real de Nuestro Señor Jesucristo y el cuerpo y sangre místicos del mismo, ó sea, los efectos que produce este cuerpo y esta sangre en el alma de los bien dispuestos, que es la gracia: así son dos las maneras de comer el Cuerpo y beber la Sangre del Señor, uno sacramental y otro espiritual. Por modo sacramental comulgan todos los cristianos, sean buenos, ya malos; mientras que por modo espiritual comulgan solamente los que están

(1) Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit, non dijudicans corpus Domini. I Cor. 11, 29.
(2) Lib. IV, Sent. Distinc. 9.

en posesión de la gracia de Dios. En confirmación de esto, pregunta S. Agustín (1) «¿En qué consiste comer á Cristo? y se responde: No consiste solamente en recibir el Cuerpo de Cristo en el Sacramento, porque hay muchos que le reciben indignamente y sin embargo no están en Cristo, ni le tienen á Él, permaneciendo en Él. Aquél come el Cuerpo de Cristo espiritualmente, que permanece en la unidad de Cristo y de la Iglesia, la cual es significada por el sacramento, porque el que disiente ó está apartado de Cristo, ni come su Carne, ni bebe su Sangre, aunque lo reciba todos los días para su propio juicio.» Y en otra parte, añade (2): «El que es bueno recibe el Sacramento, y la cosa del Sacramento, ó sea su gracia; y el que es malo, recibe el sacramento, pero no la cosa del sacramento. Se dice ser sacramento, el propio Cuerpo de Cristo, nacido de la Virgen; mas la cosa espiritual del sacramento, es la carne de Cristo. Esto supuesto, el que es bueno recibe ambas cosas, y el malo, tan sólo el sacramento, esto es; el Cuerpo de Cristo bajo del sacramento y no la cosa espiritual».

«Estos dos modos de comulgar añade S. Buenaventura, (3) nacen de un triple principio; á saber: de la disposición de los que comulgan. Porque algunos se acercan á comulgar mal dispuestos, y éstos comen sacramentalmente; otros bien preparados y éstos espiritualmente. Del segundo principio se origina la distinción del modo de comulgar. Hay algunos que comulgan con la boca corporal; y éstos lo ejecutan sacramentalmente, y otros con la boca del corazón, mas lo practican espiritualmente; de donde se deduce que si hay dos bocas, dos son también los modos de comulgar. Del tercer principio, finalmente, se desprende la distinción del mismo sacramento; porque consta de dos cosas, de las cuales una puede recibirse sin la otra; por lo cual, así como es doble el bautismo á saber: el de agua y el de fuego ó de caridad; así también son dos los modos de comulgar».

(1) De verbis Domin. Serm. 11.
(2) In Glos., I Cor., 2.
(3) Lib. IV. Sent., Distinc. 9, Art. I, Quæs. I. Conclus.

De consiguiente, las palabras del Salvador: «El que me come vivirá por mí» se entienden de aquéllos que comulgan bien dispuestos, los cuales reciben, no sólo la cosa sacramental, antes bien la espiritual. Mas las del Apóstol, «el que comulga indignamente, come y bebe su propio juicio», se entienden de aquéllos que comulgan sólo sacramentalmente, quienes, al recibir el Cuerpo real de Jesucristo, tragan su propia condenación. Éstos comen y beben su propio juicio; no porque el Cuerpo del Salvador cause en el espíritu mancha alguna, sino porque el pecador le desprecia, porque es negligente en prepararse para recibirle y lo recibió siendo inmundo. Aquí se cometen dos pecados, uno de omisión y otro de desprecio: el 1.º se comete, no preparándose para recibir á tan santo Huésped: y el 2.º, infiriendo contumelia á Cristo». En semejante caso, el que comulga no hace discernimiento del Cuerpo del Señor, porque come á Cristo, como si comiera cualquier vianda común; no hace discernimiento, porque se acerca á la sagrada Mesa, como si se acercara tal vez á la suya para comer las viandas ordinarias sin pedir la bendición al Dador de los bienes; no hace, en suma, discernimiento, porque se llega al sacramento, indevoto, distraído y con todos los defectos de un ánimo mal preparado.

Por esto, (1) prosigue el Apóstol, *hay entre vosotros muchos enfermos y flacos y duermen muchos.* Dios Nuestro Señor, aunque reserva para la otra vida el castigar plenamente á los malvados que murieron impenitentes, sin embargo, no por eso deja de enviar de tiempo en tiempo algún ejemplar escarmiento por medio del cual se muevan los hombres al arrepentimiento de sus culpas, y admiren, como es consiguiente, la singular providencia de Dios en el gobierno de las almas. Semejantes penas suele mayormente enviarlas cuando más se necesitan, por cuyo motivo en la primitiva Iglesia, así como eran más frecuentes los milagros para que los hombres abrazasen la verdadera fe, así también

(1) Ideo sunt inter vos, multi infirmi, et imbecilles, et dormiunt multi. I, Cor. 11, 30.

enviaba más á menudo visibles castigos con el fin de que, aterrorizados los malos se convirtieran á Dios y los buenos temiesen su justicia. Pues bien; en la primitiva Iglesia, había necesidad de que la fe se implantase rápidamente en todas las naciones; y por eso Dios solía obrar con frecuencia los efectos referidos. Y los que tenían la desgracia de comulgar en pecado mortal, solían ser castigados con enfermedades corporales, y otros horribles trabajos. Por esto, aseguraba el Apóstol que entre los corintios había muchos enfermos y flacos de estas dolencias, añadiendo que dormían muchos «el sueño de la muerte corporal, pues habían sido muertos repentinamente por Dios»; así Lira (1). Para tan horrible desgracia propone el Apóstol un eficaz remedio. Vedlo aquí: *Si nos examinásemos á nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados;* es decir: si examinásemos todos los actos morales que hemos practicado, y según ellos, si son malos, nos hubiésemos arrepentido, mas si buenos, hubiésemos comulgado, ciertamente no seríamos tratados por el Señor con esa justicia formidable. Por lo cual advierte el V. Beda: (2) «Los pecados, sean graves, ya leves, no pueden dejar de ser castigados; porque ó se han de castigar por el hombre cuando hace penitencia de sus culpas, ó por Dios juzgándole y castigándole según merece; mas cesa la vindicta divina, si la humana previene su conversión. Dios, pues, quiere perdonar á los penitentes y no quiere juzgar á aquéllos que á sí mismos se juzgan». Aquí, el Apóstol, en señal de queja, reprende á algunos de Corinto porque temerariamente se acercaban á recibir al Señor sin tener en cuenta sus buenas ó malas obras, razón por la cual eran castigados; pero de semejantes penas, obtiene S. Pablo un remedio eficaz, para que estando arrepentidos nosotros, sean los pasados castigos, fuertes correcciones por las cuales nos perdone Dios los extravíos. Según esto, dice: (3) *cuando somos juzgados, somos corregidos del Se-*

(1) Postill. in loc. cit.
(2) Lib. sent. 210.
(3) Dum judicamur autem, á Domino corripimur, ut non cum hoc mundo damnemur. I Cor. 11, 32.

ñor, para que no seamos condenados con este mundo. Ciertamente; cuando somos juzgados con semejantes castigos somos corregidos de la mano misericordiosísima del Señor, especialmente si estas correcciones fuesen enfermedades ó trabajos corporales; porque según advierte el Lirense: (1) de dos modos inducen semejantes penas á la corrección: 1.º á la corrección de los no castigados, cuando el castigo es por muerte corporal; y 2.º á la corrección de los castigados y también de los no castigados, cuando la corrección es enfermedad ó flaqueza. Dice S. Próspero (2) que, «la divina bondad se irrita principalmente en este siglo para que no se irrite en el futuro, y aplica misericordiosamente la severidad temporal para que justamente no nos depare la venganza eterna». A la verdad: mucho más conviene que el Señor nos castigue en este mundo suavemente, aunque seamos inocentes, que nos aplique en la otra vida las penas eternas, si es que al pasar de este mundo al otro estábamos en su desgracia, por lo cual, aprovechémonos de las presentes tribulaciones que seguramente nos conducirán á la felicidad eterna, si sabemos tomarlas con resignación y paciencia. Sería muy conforme á la profesión de buen cristiano el que pidiésemos á Dios nos vinieran semejantes tribulaciones para que se cumpla lo que enseña el Apóstol, á saber: *para que no seamos condenados con este mundo*, es decir: con los hombres que viven según las máximas del mundo, los cuales, si no mudan de costumbres serán condenados para siempre.

Últimamente, amonesta S. Pablo á los corintios, á que practiquen lo que les ha inculcado: (3) *Pues hermanos míos:* En resumen de todo lo que os he dicho, *cuando tengáis que ir á la Iglesia de Dios, para celebrar juntos el Convite eucarístico* y después los ágapes, *esperaos los unos á los otros;* los ricos esperen á los pobres, para que así, estando

(1) Postill. in loc. cit.
(2) Sent. 5.
(3) Itaque fratres mei, cum convenitis, ad manducandum, invicem, spectate. Si quis esurit, domi manducat ut non in judicium conveniatis. I Cor. II, vv. 33, 34.

todos juntos, pueda el sacerdote de Jesucristo administraros la santísima Eucaristía. Por lo demás, si alguno tiene hambre, de tal modo que no pueda esperar la hora de la Comunión, por haber de estar en ayunas, coma de los manjares comunes en casa, con objeto de que vuestras juntas introducidas en la Iglesia de Dios para aumentar la caridad, no se conviertan en medio de labrar vuestra condenación eterna.

CAPÍTULO XXXIV

La suavidad y dulzura de la Eucaristía declaradas por los Apóstoles

No hay cosa más detestable en un discípulo de Jesucristo, que condescender con los impíos en ásuntos vituperables. Hay católicos, aun de costumbres morigeradas, que bien por conservar profanas amistades, bien por negocios seculares, por asuntos de familia, por languidez de espíritu, ó, finalmente, por dejarse llevar de la corriente de los de su condición ó clase, tienen el atrevimiento de asistir á espectáculos antirreligiosos, no se desdeñan de calumniar cuando se calumnia, ó de apoyar con su silencio á los detractores, y por un maldito *qué dirán* no se descubren al paso del sacerdote ó de la procesión religiosa, fomentando con su perverso ejemplo el enorme escándalo social de nuestros días. Á semejantes católicos detesta Dios en sumo grado; porque escrito está, (1) «El que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos». Ahora bien: semejantes acciones y omisiones no son otra cosa en realidad que negar prácticamente á Jesucristo. Digo esto, para responder á semejantes cristianos con S. Pablo, quien escribiendo á los corintios, les

(1) Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo qui in cœlis est. Math. X. 33.

reprendía severamente, porque algunos de éstos asistían á los convites de los gentiles, con peligro próximo de adorar los ídolos; y tal vez, algunos por cobardía ó respeto humano los adorasen en realidad.

No os hagáis idólatras, dice, *como algunos de los judíos se hicieron, conforme está escrito: Se sentó el pueblo á comer y á beber, y se levantaron á jugar*, es decir, á festejar el ídolo que habían adorado. *No forniquéis como algunos de ellos fornicaron, y murieron en un día veintitrés mil.... No murmuréis, como algunos de ellos murmuraron y les mató el ángel exterminador... Huid de los ídolos.* ¿Por qué, santo Apóstol? *Porque las cosas que sacrifican los gentiles, las sacrifican á los demonios y no á Dios. Y no quiero yo que vosotros tengáis sociedad con los demonios;* (1) *porque no podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis ser participantes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.* Expongamos estos bellos versículos. Los católicos que he mencionado sacrifican incienso á los demonios y no á Dios; porque así como el acto de idolatría consiste en negar á Dios el culto absoluto de *latría* debido á Él solo, y darlo al ídolo á quien se sacrifica, así éstos con su proceder escandaloso niegan á Dios el culto que le es debido y lo tributan á sus infames pasiones. Por consiguiente se les debe advertir con el Apóstol: «No podéis ser participantes de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios». Se trata de la Mesa eucarística, en atención á lo cual dice Lira: (2) «No podéis participar de este Sacramento, por el aumento de gracia que es su efecto, y al mismo tiempo tener participación de la de los demonios que engendra el pecado mortal. No: ó habéis de participar de una ó de otra; porque la gracia santificante no puede estar á un mismo tiempo con el pecado de muerte; asimismo: No podéis beber el cáliz del Señor ni el cáliz de

(1) Non potestis calicem Domini bibere, et calicem dæmoniorum. Non potestis mensæ Domini participes esse, et mensæ dæmoniorum. I. Cor. X, vv. 20, 21.

(2) Postill. in loc. cit.

los demonios, porque para beber del primero se necesita tener gran limpieza de conciencia, de la cual, vosotros carecéis. Y si vuestra insolencia llegare al extremo de beber del cáliz del Señor, en ese estado en que permanecéis, en vez de uniros con Cristo, os uniríais más estrechamente con el demonio. Mediten, pues, seriamente las palabras del Apóstol aquellos católicos que presumen agradar á Dios sin dejar de complacer al mundo en las cosas que son contrarias á su ley santa; y si no se resolvieren á abandonar los lazos del siglo, en los que el espíritu diabólico les tiene enredados, aquí les ofrezco un versito apropiado que nos legaron los antiguos.

«La una parte toma el mundo
La otra no la quiere Dios,
Porque el corazón á un tiempo
No puede ser de los dos.»

Mas, prosiguiendo nuestro asunto, los apóstoles nos animan á recibir la santa Eucaristía. *Como niños recién nacidos,* dice S. Pedro (1), *codiciad la leche racional y sin dolo, mediante la cual crece el cristiano en la salud del alma?* Algunos santos Padres con S. Agustín refieren la *leche racional* á la palabra de Dios; pero otros muchos con S. Clemente Alejandrino, aseguran que es la Eucaristía; lo cual no carece de fundamento, por dos razones. 1.ª Porque en los primitivos tiempos de la Iglesia (y todavía se conserva entre los griegos) se administraba este Santísimo Sacramento después de la Confirmación por cuya causa, usando S. Pedro del símil de los niños que apetecen su natural comida, dice: «Como niños recién nacidos, codiciad la leche racional, y sin dolo»; porque á la manera que los niños apetecen la rica leche de sus madres, así amonesta á los nuevos cristianos, que deseen con vivas ansias la leche racional que es la Eucaristía, verdadero alimento del alma por antonomasia; por eso dice *sin dolo*, porque el Pan que bajó del cielo no puede engañarnos, ni llevar engaño, y añade

(1) Sicut modo geniti infantes, rationabile, sine dolo lac concupiscite, ut in eo crescatis in salutem. I. Petr. II. 2.

también, *para que con ella crezcáis en salud,* porque la Eucaristía es la que nos hace adelantar en las virtudes. La 2.ª razón, se desprende de las palabras siguientes de San Pedro: (1) *Si es caso que habéis gustado, cuán dulce es el Señor,* que se da á gustar mayormente en la Eucaristía, según lo que canta la Iglesia en la festividad del Corpus, y es del salmo: «Les diste pan del cielo, que contiene en sí todas las delicias». El Apóstol, por las sobredichas palabras quiere significar, que si no hemos gustado aún de la Eucaristía, la codiciemos en lo sucesivo para sostenernos y crecer en la perfección cristiana; mas si la hemos gustado y saboreado detenidamente, por especial favor de Nuestro Señor, esto mismo hará que la codiciemos más y más, pues quien ha llegado á gustar una vez las delicias del Sacramento, no puede reposar hasta gustarlo de nuevo.

Con objeto de que nuestro espíritu se mueva á desearla, advierte S. Juan en el Apocalipsis: (2) *Al vencedor daré un maná escondido que nadie sabe sino el que le recibe.* Estas hermosas palabras se sobrentienden de dos maneras: 1.ª Que Jesucristo dará este maná, 2.ª que lo dará en la eternidad. Se sobrentiende que lo ha de dar en el tiempo, porque todo aquél que se venciere á sí mismo, refrenando sus pasiones, y venciere al demonio, no dando oídos á sus sugestiones, y al mundo, no siguiendo sus consejos, le dará Jesucristo en la presente vida el maná escondido que es la Eucaristía, que nadie sabe sino el que lo recibe; porque nadie conoce el deleite del Señor sino el que lo gusta.

Por el mismo texto apocalíptico se declara que semejantes frases denotan á la Eucaristía; porque el maná escondido en las sagradas Escrituras es Jesucristo sacramentado; lo cual se demuestra por varias razones. 1.ª, porque el maná simboliza perfectamente la Eucaristía; 2.ª, por el apelativo que tiene este maná; á saber: *escondido,* ya que el único

---

(1) Si tamen gustatis quoniam dulcis est Dominus. I. Petr. II, 3.
(2) Vincenti dabo manna absconditum, qui nemo scit, nisi qui accipit. Apoc. II. 17.

maná que está escondido á la vista de los sentidos externos, es Cristo Sacramentado; y 3.ª, por las palabras de Jesucristo, quien al declarar á los judíos que sus padres no habían comido el verdadero maná del desierto, les dijo: «En verdad, en verdad os digo, que no os dió Moisés pan del cielo, etc.» Por esto añade Nicolás de Lira: (1) «Éste es el maná celestial que reanima interior y exteriormente á los bienaventurados, el cual se dice que está escondido á los hombres de la vida presente según aquello del Salmo: ¡Cuán grande es, Señor, la multitud de tu dulzura que escondiste á los que te temen! «Al que venciere pues en este mundo, le dará el Señor el preciosísimo y escondido maná de la Eucaristía, en el cual hallará las dulzuras inefables de los bienaventurados».

No debo concluír este capítulo sin transcribir y comentar las palabras del Salvador reveladas al apóstol S. Juan, por las cuales podremos formarnos alguna idea del afecto que el Señor nos profesa. Son estas: (2) *He aquí que estoy á la puerta y llamo; si alguno oyere mi voz y me abriere la puerta, entraré á él y cenaré con él y él conmigo.* El sentido literal de estas tiernas expresiones es, que Jesucristo llama á la puerta de nuestro corazón, por medio de los predicadores evangélicos, por el ejemplo de los buenos cristianos, por la lectura de buenos libros, por los remordimientos de la propia conciencia y principalmente por los fuertes gritos que su divina gracia da en lo interior del alma. Llama, para morar en ella por su gracia. Cenar con el alma y ésta con Jesucristo, significa que Jesucristo Nuestro Señor se deleita con el hombre contrito y humillado, y á su vez éste se deleita con Jesucristo. Mas el sentido espiritual de las referidas palabras, es, siguiendo á S. Alfonso de Ligorio, que nuestro amoroso Jesús Sacramentado, deseando con tanto ardor

---

(1) Postill. in Apoc. II.

(2) Ecce sto ad ostium, et pulso: si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cœnabo cum illo, et ipse mecum. Apoc. 3, 20.

unirse á nosotros, mediante la recepción de su Carne y Sangre, da fuertes aldabadas á la puerta de nuestros corazones, con el fin de que se los abramos, y así pueda cenar místicamente con nosotros y nosotros con Él. ¡Bendigámosle por tan inmerecida fineza!

CAPÍTULO XXXV

La Eucaristía y los Santos Padres

Autoridades de los Padres que existieron en los tres primeros siglos de la Iglesia

Los Santos Padres!! ¡Qué prueba tan sólida de los dogmas de nuestra Religión! Si pretendiéramos elogiar el celo, la santidad, la sabiduría y la doctrina de los santos Padres, nos veríamos precisados á abandonar el pobre trabajo que tenemos entre manos. Ellos son el órgano sonoro de la tradición eclesiástica sin nota alguna discordante; son los fuertes eslabones que, perfectamente unidos, forman esa larga cadena que empieza en Jesucristo y termina en San Bernardo; son los fieles transmisores de las santas costumbres de nuestros mayores; son finalmente, el eco fiel del Divino Salvador. Cada santo Padre, á la verdad, poseyendo su especial estilo en su composición, hermosea la unidad de la Iglesia en sus dogmas, haciéndolos gustosos á los entendimientos. ¿Qué diremos del apologista Justino, del acérrimo Atanasio, del valeroso Hilario, del elocuente Crisóstomo, del fortísimo Jerónimo, del sabio Agustino, del vigilantísimo Damiano y del melífluo Bernardo? ¿Qué luz no difundieron á los hombres con su doctrina? ¿qué buen ejemplo no esparcieran con la santidad de sus vidas? Estrellas lucidísimas, colocadas en el firmamento de la Iglesia, pre-

ciosas margaritas engastadas en la regia corona de la Esposa de Cristo; aguerridos campeones del invencible ejército del Señor; místicas y odoríferas plantas del vergel sagrado; muros inexpugnables contra los que se rompen las flechas de los enemigos, son los Santos Padres de la Iglesia. En vano los protestantes levantan el grito contra estos santos y doctísimos varones; en vano pretenden que no sean argumento infalible de la fe, porque ciertamente, los Santos Padres acreditarán siempre que la Iglesia Católica en todos tiempos creyó una sola doctrina; y que para prueba de esto, ellos son testigos oculares y auriculares de lo que creyeron sus antecesores, quienes transmitieron las mismas enseñanzas que ellos transmiten, y que en nuestros tiempos manda creer la Iglesia Católico-Romana.

Antes de empezar á emitir sus bellos testimonios en pro del dogma eucarístico debo indicar brevemente cuáles sean los requisitos indispensables para que un varón apostólico sea reconocido por santo Padre, y su autoridad. Cuatro son las condiciones necesarias para que á un varón eclesiástico se le pueda llamar Padre de la Iglesia; á saber: eminente doctrina; insigne y continua santidad de vida; competente antigüedad, y declaración de la Iglesia. Por esto observamos que aunque Tertuliano y Orígenes sean famosísimos Doctores no se les puede reputar por Padres de la Iglesia, por faltarles la segunda condición; asimismo Sto. Tomás y San Buenaventura y los eminentes y santos Doctores contemporáneos y posteriores á ellos, tampoco se les puede reputar por Padres, por carecer de la 3.ª y 4.ª condición. S. Bernardo es el último santo Padre de la Iglesia.

La autoridad de que gozan los santos Padres es la siguiente: 1.º Cuando todos ellos asienten unánimemente á una verdad de la Religión, su argumento es infalible, porque es imposible absolutamente que toda la Iglesia se engañe, la cual se equivocaría si lo que afirman todos los Padres fuese falso ó pudiese ponerse en duda. Además; cuando el mayor número de los Padres está conteste en un dogma y la Iglesia decide, se ha de atener á lo que declare la Iglesia.

2.º si uno ó pocos Padres defienden una opinión que es contradicha por los demás, el testimonio de aquéllos no es infalible; no obstante se la puede seguir como particular, si la Iglesia, tribunal decisivo de las controversias, no determina otra cosa en contrario.

Esto supuesto, todos los santos Padres, sin excepción, defienden valerosamente el dogma de la Eucaristía: luego su argumento es infalible, de lo que se deduce que el misterio de la Eucaristía es verdadero. Veamos, pues, la admirable doctrina de estos esclarecidos doctores acerca de nuestro asunto, y para mayor claridad, dividiré la presente materia en tres capítulos.

Merece el primer lugar, S. Marcial, obispo Lemovicense. Hablando de la Eucaristía, dice estas palabras: «Los judíos inmolaron á Jesús por envidia, pensando con esto hacer desaparecer su nombre de la tierra; nosotros, por causa de nuestra salvación, le proponemos en el ara santificada, sabiendo que por este solo remedio, se mantiene nuestra vida (espiritual) y huímos de la muerte (1) (del alma)».

S. Dionisio Areopagita, discípulo de S. Pablo y compañero de los santos Ignacio Mártir y Policarpo, fué natural y obispo de Atenas. Sus escritos, así como revelan mucha erudición y piedad, dan noticia de las santas costumbres de los primitivos cristianos en cuanto á la recepción del Cuerpo y Sangre del Señor. (2) «Los sacerdotes, dice, se acercan al altar santo y allí, rodeados de los ministros sagrados y entre el canto de los salmos é himnos, se ofrece á Dios el pan y el vino, el cual, después de consagrado, es recibido primero por el sacerdote y luego por los ministros y demás fieles».

S. Clemente romano, primer papa de este nombre, redactó una liturgia del santo Sacrificio de la Misa, la que, como dice Belarmino, no compuso de su propio juicio, sino de conformidad con el rito que observaba S. Pedro, por lo cual poseemos un nuevo testimonio á favor de la Eucaristía. En

---

(1) Epist. ad Burdegal. cap. 3.
(2) In cath. de SS. Eccles.

el Tratado (1) tercero de esta obra nos ocuparemos de su célebre carta eucarística.

Veamos lo que nos dice S. Ignacio mártir, por sobrenombre Teoforo. En la carta á los cristianos de Éfeso, escribe: «Por la divina gracia de Jesucristo, todos tenéis una misma fe, un mismo Jesucristo, hijo de David en cuanto hombre, hijo del Hombre é hijo de Dios, de suerte que con un espíritu indivisible, obedecéis al obispo y á los presbíteros y partís un mismo Pan que es el remedio de la inmortalidad; éste es el antídoto que nos preserva de la muerte para vivir eternamente en Jesucristo». En la carta á los Romanos, añade: «No me recrean los manjares corruptibles ni los placeres mundanos; quiero el pan de Dios, el pan celestial, el pan de la vida, que es el Cuerpo de Jesucristo, hijo de Dios, nacido de la familia de David: quiero beber su sangre, que es caridad incorruptible y vida sin fin».

Floreció en el siglo segundo S. Justino, filósofo y mártir, que nació por los años de 103. En la primera apología habla difusamente del adorable Sacramento con objeto de vindicar á los cristianos de los supuestos crímenes que se les atribuían. Refiere en primer lugar el bautismo, y cómo los recien bautizados eran conducidos á donde estaban los demás fieles congregados. «Luego, añade, ofrecemos al que preside, un pan y un cáliz con vino y agua; él los recibe, y glorificando á Dios, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, celebra la Eucaristía y da gracias por los dones recibidos. Concluídas las preces, todo el pueblo responde *Amen*, voz hebrea que significa *así se cumpla*. Luego nuestros diáconos distribuyen aquel pan y vino consagrados á los que se hallan presentes y le llevan también á los enfermos. A este manjar llamamos Eucaristía, que sólo puede recibir el que confiese nuestro dogma y haya sido bañado en esta agua de regeneración que perdona los pecados, y viva según la ley de Jesucristo; porque no la recibimos como una comida ó bebida: sino que sabemos que, así como por nues-

(1) Apéndice á la Edad Antigua de la Historia de la Eucaristía.

tra Redención tomó el Verbo eterno carne y sangre mortal, así aquel pan y vino sobre el que se han dicho las preces, convertidos con sus mismas palabras y con que nos alimentamos después del Bautismo, es el verdadero Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Los apóstoles en sus comentarios, llamados Evangelios, dicen habérselo mandado así Jesucristo, quien tomando el pan, después de haber dado gracias, dijo: «Haced esto en reverencia mía, éste es mi cuerpo» y recibiendo el cáliz dijo estas otras: «Ésta es mi sangre», repartiendo uno y otro á los apóstoles. Desde entonces traemos á la memoria unos á otros estas cosas; el que tiene socorre al necesitado; vivimos siempre acordes en todos los sacrificios; alabamos al Criador de todas las cosas por Jesucristo, su Hijo y por el Espíritu Santo.»

El testimonio de S. Ireneo, nacido en 120 y obispo de León de Francia, no es menos claro. Hablando de Jesucristo, (1) dice lo siguiente: «El Señor aconseja á sus discípulos que consagren á Dios las primicias de sus frutos, no por necesitar de éstos, sino en testimonio de su reconocimiento. Tomó el pan que es obra del Criador, y habiendo dado gracias, dijo: «éste es mi cuerpo» y tomando el cáliz del mismo modo, declaró que aquélla era su sangre, enseñando la nueva oblación del Nuevo Testamento que la Iglesia aprendió de lós apóstoles, y la ofrece á Dios en todo el mundo, de la cual se lee en Malaquías, mi nombre se glorifica entre las gentes de oriente á poniente; y en todas partes se consagra en mi nombre una víctima pura. El pueblo antiguo tenía sacrificios, y los hay también en la Iglesia, pero se diferencian en la mutación, pues ya no son esclavos sino libres; solamente la Iglesia es la que presenta esta oblación pura al Creador, ofreciéndole en acción de gracias su misma obra, que es el sacrificio que instituyó. Los judíos no hacen tan sublime ofrenda». Mas, no se contenta el santo con transmitirnos semejantes ideas, sino que, hablando de los herejes, dice: «¿Cómo podrán éstos estar ciertos, ni creer que el pan

(1) Lib. 4.

eucarístico es el cuerpo del Señor, y el cáliz su sangre, si no le conocen por Hijo del Criador? ¿Cómo pueden decir que está sujeto á la corrupción y no recibe la vida, el que se nutre con el Cuerpo del Señor? Una de dos; ó han de mudar de opinión, ó deben de continuar ofreciendo estos sacrificios... Porque así como el pan que nace de la tierra, pronunciadas las palabras de Jesucristo, deja de ser pan común y pasa á ser Eucaristía, compuesta de cosas de la tierra y cielo, á saber: «una cosa es de la tierra: porque el Cuerpo de Jesucristo es de la misma naturaleza que el nuestro, el cual es terrestre, y la otra cosa es del cielo, es decir su divinidad y su espíritu son celestiales; así nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, dejan de ser corruptibles por la esperanza de la resurrección» y contra los que negaban esto último, añade: «Si esto no fuera así, ni Jesucristo nos hubiera redimido con su sangre, ni participaríamos de ella en el Cáliz eucarístico, ni el pan que nosotros partimos sería la comunicación de su cuerpo».

Clemente, (1) presbítero de Alejandría y oriundo de Atenas, declara que «el pan y el vino que Melquisedech ofreció en sacrificio, eran una bella figura de la Eucaristía; los que la reciben dignamente, se santifican en cuerpo y en espíritu por la unión del eterno Verbo, pues la Eucaristía es la propia Carne del Verbo encarnado. Con el fin de que participemos de tan santo cuerpo, de modo que su presencia en nuestro pecho pueda santificar nuestros propios cuerpos y asimismo purificar nuestros deseos é inclinaciones, nos manda desnudarnos del antiguo hombre pervertido, y abstenernos de los alimentos de la tierra».

En el tercer siglo resplandeció Tertuliano, presbítero y oriundo de Cartago, famosísimo por su carácter austero, estilo enérgico y hermosa elocuencia. En uno (2) de los libros que escribió contra Marción, dice de la Eucaristía: «Jesucristo habiendo tomado el pan, le convirtió en su carne,

(1) Lib. 4. Strom.
(2) Lib. 4. cap. 40.

diciendo: Éste es mi cuerpo». En otra parte añade: (1) «Nuestra carne se nutre del cuerpo y sangre de Jesucristo, y nuestra alma se engrasa de su divinidad». También refiere que los fieles se congregaban antes de amanecer para la celebración de la Eucaristía, ó sea para el sacrificio de la Misa; que los mismos fieles recibían la santa Hostia de mano de los Presidentes ó Presbíteros; y que luego la llevaban á su casa para comulgar antes de desayunarse. Asimismo cuenta, que un día en cada año se ofrecían sacrificios generales en la Iglesia por los difuntos; y finalmente, habla de la costumbre de ofrecer anualmente sacrificios particulares por los cristianos difuntos.

Orígenes, presbítero y confesor de Cristo, varón infatigable en el estudio, que por eso se le llama Adamancio, y fortísimo para soportar los contratiempos y persecuciones, que por eso se le apellida también Calcentero, es uno de los doctores que más fervorosamente han hablado de la Eucaristía.

De sus innumerables obras entresacamos las siguientes relevantes ideas. (2) «No os aficionéis, dice, á la sangre de los animales, antes bien: aprended á conocer la Sangre del Verbo y escuchad lo que os dice el mismo: «Ésta es mi sangre». El que está penetrado de estos misterios, conoce la Carne y la Sangre del Verbo-Dios». Después prosigue: «Cuando vosotros recibís este sagrado Alimento y este Manjar incorruptible; cuando vosotros gustáis el pan y el cáliz de la vida, vosotros coméis y bebéis el Cuerpo y la Sangre del Señor; entonces el Señor entra dentro de vosotros. Debéis, por lo tanto, decirle entonces humildemente y á imitación del Centurión: Señor, yo no soy digno de que vos entréis en mi casa».

S. Dionisio Alejandrino, presbítero y discípulo del anterior, escribió una carta á Fabio ó Flaviano, en la cual le manifiesta, que no se debe negar la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo á ningún cristiano que la pida en la hora

(1) Lib. de Resurr. corp. cap. 8.
(2) Homil. 9. in Levit. n.° 10.

de la muerte; y refiere un célebre hecho en su confirmación. Dice que cierto anciano, llamado Serapión, se hallaba gravemente enfermo y deseaba participar del Sagrado Viático; al efecto, mandó un niño al sacerdote, con recado de que viniese á administrárselo; éste se hallaba también postrado en cama, por lo cual determinó que el mismo niño fuese á la Iglesia y, tomando una sagrada Hostia se la llevase al anciano moribundo. En efecto; el pequeñito administró con sus propias manos el Santo Viático al doliente quien de allí á poco expiró plácidamente en el Señor.

Mas atendamos á lo que enseña S. Cipriano, obispo de Cartago.

Cuando se aproximaba la persecución de la Iglesia, escribía á los cristianos: (1) «Estemos prontos para combatir. No nos ocupemos de otra cosa que de obtener la gloria y la corona de una vida eterna, confesando al Señor... El combate que está cerca, será muy cruel, más feroz que nunca; por lo tanto, con fe inquebrantable, los soldados de Cristo deben prepararse con la Eucaristía á fin de estar mejor dispuestos á derramar su sangre por Cristo... En otro lugar dice: (2) Trátase de revestirnos con la coraza de la justicia, á fin de que nuestro corazón pueda resistir los dardos del enemigo. Fortifiquemos nuestros ojos, á fin de que no se fijen en los detestables ídolos; fortifiquemos nuestra boca, á fin de que nuestra lengua confiese victoriosa al Señor y á su Cristo; armemos nuestra mano del cuchillo espiritual, á fin de que ella rechace con intrepidez los funestos sacrificios (de los ídolos) y que al recuerdo del de la Eucaristía, esta mano que ha recibido el Cuerpo del Señor, abrace á su Dios y le apriete, asegurada de recibir bien pronto de Él el premio de la celestial corona». De cierto cristiano que acabando de recibir la Eucaristía se salía de la Iglesia para ir al teatro, decía: «Apenas sale del templo del Señor y llevando aún la Eucaristía en su seno, el infiel se encaminaba hacia el teatro, llevando al espectáculo juntamente con él, al Cuerpo

(1) Epist. 56.
(2) Lib. sup. spect.

sagrado de Jesucristo». También recuerda este santo, que en su tiempo se consagraba la Eucaristía por la mañana ó por la noche puesto el sol, mas él, aprueba la costumbre de consagrar sólo por la mañana. (1) Refiere además, que los sacerdotes celebraban el santo sacrificio todos los días y que los fieles comulgaban diariamente bajo las dos especies, á no tener gravadas las conciencias con pecado mortal. Asimismo los fieles de su tiempo recibían en sus propias manos la Eucaristía, bajo la especie de pan, la cual llevaban á sus casas devotamente para comulgar en ellas: solían darla á los niños, los cuales eran sin repugnancia admitidos á los divinos Misterios (2).

De lo poco que nos queda de S. Hipólito Mr. y obispo de Aden en la Arabia, leemos: «El adorable y santo Cuerpo y Sangre del Señor todos los días se sacrifica y consagra en la misteriosa y divina mesa en memoria de aquella primera divina cena digna de eterna memoria; y que en esta divina mesa nos da á comer y beber su divina carne y sangre».

Firmiliano, obispo de Cesárea, escribía á S. Cipriano estas palabras: «¿Qué delito habrá en los que admiten á la comunión y en los que son admitidos, cuando bastante temerarios en usurpar la comunión, y antes de haber expuesto sus pecados y lavado sus manchas en la piscina de la Iglesia, ó en la penitencia, tocan el Cuerpo y la Sangre del Señor, estando escrito: «Cualquiera que comiere de este pan ó bebiere indignamente del cáliz del Señor, será culpable del cuerpo y de la sangre del mismo Señor?..»

Pero basta lo consignado para dar por terminado el presente capítulo, y pasemos al siguiente, donde daré á conocer las pruebas eucarísticas de los Padres del cuarto y quinto siglo.

---

(1) Epist. 63.
(2) Epist. 57. De orat. Dom.

CAPÍTULO XXXVI

Autoridades de los Padres del cuarto y quinto siglo de la Iglesia

Llama poderosamente la atención que todos, absolutamente todos los Santos Padres de la Iglesia tengan un mismo sentir, no ya respecto del dogma eucarístico, sino más particularmente en cuanto á las circunstancias que le rodean. Fijándonos en este punto, se desvanecen por completo las dificultades propuestas por los herejes, habiendo éstos asegurado falsamente que la Iglesia Católica no siempre ha creído del mismo modo. Nosotros, pues, que poseemos pruebas convincentes, como son las autoridades de los Padres, ecos perfectos de la Tradición,. proseguiremos enunciándolas á fin de resolver objeciones semejantes.

A principios del siglo IV, brilló Eusebio, obispo de Cesárea en Palestina, uno de los hombres más sabios de su tiempo y que asistió á los Concilios de Nicea, Antioquía y Tiro. Enseña, que «á los sacerdotes únicamente corresponde ofrecer el terrible Sacrificio de la Eucaristía, víctima racional y no sangrienta, tan agradable á Dios, por ofrecérsela el Soberano Pontífice invisible que es Jesucristo.» En otra parte (1), manifiesta en distintos términos la Transubstan-

(1) Apud Damasc. tit, 29.

ciación por estas palabras: «El Espíritu Santo consagra los propuestos dones y el pan es hecho el precioso Cuerpo de Nuestro Señor, y la bebida su preciosa sangre». Según este Padre, el fervor de los primeros cristianos había decaído en su tiempo algún tanto, pues asegura que los fieles comulgaban generalmente los Domingos.

S. Atanasio, obispo electo de Alejandría en 326, fué un verdadero martillo de los arrianos. Su actividad, su destreza, su profunda sabiduría, su amor inmenso á la Iglesia y sobre todo su santidad, admiraron á todos sus contemporáneos. S. Gregorio Nacianceno hace de él el siguiente elogio: «Alabar á S. Atanasio, es elogiar á la misma virtud». Pues bien: hablando de la Eucaristía, enseña el referido Padre que cuando la recibimos, gustamos las primicias del pan principal ó substancialísimo de la otra vida que pedimos en la oración del Pater noster. Las palabras de la Eucaristía, añade, no deben entenderse de un modo carnal, sino espiritual; la carne de Jesucristo es un alimento bajado del cielo, el cual debemos comer espiritualmente. Mas no vaya alguien á entender que el santo por las anteriores palabras pretende significar que se debe recibir á la Eucaristía sólo con el entendimiento; ó que por las palabras consagratorias no se pone realmente Jesucristo en la Eucaristía, sino lo que intenta decir es: que la Carne de Cristo no se distribuye en trozos á los fieles, al modo de los manjares corruptibles. Por lo cual prosigue: «¿Cómo pudiera ser que un cuerpo fuese de este modo suficiente para alimentar á todos los hombres del mundo?...» También redactó S. Atanasio la liturgia del santo Sacrificio, de la cual haremos mención más adelante.

Finalmente declara que un cristiano dispuesto, conoce que el Espíritu Santo reside en su corazón, cuando recibe á Cristo Sacramentado, por la alegría interior que experimenta.

Entre Dios y nosotros, exclama S. Hilario, obispo de Poitiers, existe cierta unión de naturaleza, porque Dios tomó nuestra carne, y nosotros comemos la carne de su Hijo Jesucristo en la Eucaristía. Éstas son sus palabras: (1) «No

(1) In psal. 14, lib. 2.

nos separemos de lo que está escrito, si queremos cumplir las obligaciones de una fe perfecta. Porque sería impiedad y locura asegurar lo que decimos de la verdad de Jesucristo en nosotros, si Él mismo no nos lo hubiera enseñado. El mismo Señor nos dijo: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él». No nos queda motivo de dudar de la verdad de su carne y sangre, pues la declaración del Señor y nuestra fe dicen que es verdaderamente la Carne y Sangre de Jesucristo: y estas mismas cosas cuando las tomamos, hacen que nosotros estemos en Jesucristo y Jesucristo en nosotros». En otra parte no se expresa menos claro. (1) «Los que no crean que Jesucristo ha resucitado, no tendrán el Pan de vida; porque el sacramento del Pan celestial que se recibe por la fe en la resurrección, debe tomarse en este sentido: que recibiendo nosotros la Eucaristía, no sólo creamos que es el Cuerpo de Jesucristo vivo, sino también que este cuerpo nos da la vida, y contiene en sí la semilla de la inmortalidad». Asegura además que: «Jesucristo había consagrado en la Eucaristía aquella sangre que había de verter por la remisión de los pecados».

Oigamos á S. Cirilo, obispo de Jerusalén... «Sola la doctrina del bienaventurado Pablo, basta para darnos testimonio cierto de la verdad de los divinos misterios. Supuesto que Jesucristo asegura, hablando del pan, que aquello era su cuerpo, ¿quién se atreverá á poner en duda esta verdad? y pues que dijo después: ésta es mi sangre, ¿quién puede dudar ó decir que no lo es? En otro tiempo había convertido el agua en vino en Caná de Galilea con sola su voluntad; y ¿no le tendremos por digno de ser creído sobre su palabra cuando convirtió el vino en su sangre? Si convidado á las bodas humanas y terrenas, hizo en ellas un milagro tan pasmoso, ¿no deberemos reconocer que aquí dió á los hijos del Esposo á comer su cuerpo y á beber su sangre para que la recibamos, como que es ciertamente su cuerpo y sangre?

(1) In Math. cap. 9, 31.

porque debajo del pan nos da su cuerpo, y debajo del vino su sangre; para que tomando su cuerpo y sangre nos hagamos un mismo cuerpo y una misma sangre con Él, y seamos Cristíferos, esto es; hombres que llevemos á Jesucristo, en habiendo recibido en nuestro cuerpo su cuerpo y sangre, y según la expresión de S. Pedro, vengamos á ser *participantes de la naturaleza divina*... ¡Oh mis hermanos! jamás consideréis estos misterios como un pan y un vino común, puesto que son el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, según su palabra. Aunque los sentidos nos digan que esto no es así, la fe debe persuadiros y aseguraros que así lo es. No juzguéis, pues, esta verdad por el gusto; sino que la fe os haga creer con entera certeza que os habéis hecho dignos de participar del Cuerpo y Sangre de Jesucristo... Que vuestra alma se regocije en el Señor, estando persuadidos ciertamente, que el pan que parece tal á nuestros ojos, no es pan aunque el gusto le juzgue también como tal, sino que es el Cuerpo de Jesucristo, y que el vino que parece tal á nuestros ojos, no es vino, aunque el sentido del gusto le tome por tal vino, sino que es la Sangre de Jesucristo». ¡Qué testimonio tan bello! Pues aun es más si cabe, el de S. Efrén, diácono de Edesa, varón humildísimo hasta el extremo. (1) Dice este santo Padre que por la comunión, el Cuerpo del Salvador se mezcla con el nuestro y su sangre se derrama en nuestras venas, y nos penetra enteramente; que el cáliz de su sangre está á nuestra disposición; (2) que aquél es dichoso, que se acerca á recibirle con temor y reverencia, persuadido á que recibe en sí la vida eterna; (3) y que el que participa indignamente se condena á sí mismo.

Reprendiendo S. Efrén á los que comulgan en pecado mortal, añade: (4) «El cielo, la tierra, el mar, y todo cuanto contienen tiemblan delante del Señor y se inclinan en su presencia; los Ángeles que son tan puros, siempre le sirven con

(1) Him. 37 de Virg.
(2) Serm. de extrem. judicio.
(3) De beatitud.
(4) De dignit. Mist.

temblor; y cubriéndose el rostro no se atreven á mirarle: y ¡vosotros, estando impuros é impenitentes no tembláis de acercaros con imprudencia á tan santos Misterios! Bien podréis engañar á los hombres y hacerles creer que recibís dignamente la Eucaristía, pero ¿qué diréis á Dios, que es el que conoce á fondo los corazones? Dejad la culpa, lloradla, limpiad con cuidado el vaso de vuestra conciencia, manchado con vuestras iniquidades: formad una firme resolución de no pecar más y confiad en Dios que os sanará, porque es el Dios de los penitentes. Si los hombres no se atreven á aparecer sin respeto delante de los reyes de la tierra; ¿cuál no debe ser nuestro temor cuando nos presentamos delante del Rey del cielo? No conviene á los ojos inmodestos contemplar los Misterios del Cuerpo y Sangre de Jesucristo». Y hablando de la presencia real, prosigue: «Considerad todas estas cosas con prudencia perfecta y con fe, y creed finalmente que todas son verdaderas de la misma manera que se refieren. Porque si no las contempláis con los ojos de la fe no será posible que os elevéis de la tierra al cielo, para ver en espíritu los trabajos de Jesucristo. La fe es la que, brillando en nuestros corazones como una viva luz, les da los ojos para contemplar con pureza y sinceridad el Cordero de Dios muerto, que fué sacrificado por nosotros, y nos ha dado su santísimo y puro cuerpo, para que le comamos contínuamente y para que por esta participación consigamos la remisión de nuestras culpas.

El que posee esta vista de la fe, ve claramente al Señor, y con una fe completa y firme come el cuerpo y bebe la sangre del Cordero sin mancha, Hijo único del Padre Celestial; sin sondear con curiosidad la doctrina divina y santa que esta fe nos enseña: porque la fe de Dios es la que obra en nosotros; ella es la que ve de lejos las cosas futuras, y se llama siempre fe y no curiosidad. Vosotros creéis en Jesucristo, Hijo único de Dios; vosotros creéis que ha nacido por nosotros con nuestra carne sobre la tierra. ¿Por qué queréis sondear un abismo que no tiene fondo y penetrar unos misterios que son impenetrables? Si buscáis el conocimiento

con curiosidad, ya no seréis fieles, sino curiosos. Permaneced, pues, en vuestra fe pura y sencilla; participad del cuerpo sin mancha y de la Sangre del Señor con fe completa con la seguridad de que coméis el mismo Cordero divino todo entero... Lo que Jesucristo hace por nosotros es superior á toda admiración y sobre toda inteligencia y palabras humanas, porque habiéndose revestido de nuestra carne nos dió á comer un fuego y un Espíritu; esto es: su cuerpo y sangre. Por lo cual no me atrevo yo á pasar más adelante en esta materia; porque estos son santos, venerables y terribles Misterios que exceden las fuerzas de mi espíritu. Mas quiero volverme al Eterno Padre y darle gracias, de que por su Hijo ha tenido de mí misericordia; porque yo creo en Él con un corazón sencillo y siempre he tenido horror á estas curiosidades presuntuosas que le desagradan». Hasta aquí San Efrén.

S. Basilio, obispo de Cesárea en Capadocia, viene á confirmar lo que escribió el anterior Padre, y así dice: «Para comer el Cuerpo de Jesucristo y beber su sangre, es preciso no sólo no tener mancha ni arruga, sino ser santo é irreprensible; porque si en la antigua ley era castigado el que estando impuro se acercaba á las cosas santas, ¿qué castigo no debe tener aquél que indignamente come el Cuerpo de Jesucristo?» En otro lugar afirma que «en la Eucaristía recibimos al mismo que dijo: Yo y mi Padre vendremos y habitaremos en él».

También S. Gregorio Nacianceno, por sobrenombre el Teólogo, y arzobispo de Constantinopla, nos presta testimonios de la Eucaristía. Escribiendo á S. Anfiloco le declara estos sentimientos acerca del Sacrificio de la Misa: (1) «No dejéis, dice, santísimo hombre de Dios, de orar é interceder por mí, cuando con vuestras palabras hagáis que baje el Verbo divino, y cuando con una incisión, no sangrienta, cortéis el Cuerpo y Sangre del Señor, siendo vuestra voz el cuchillo... Comed sin rubor y sin duda su Cuerpo y bebed

(1) 240 in apend. ad tom. I.

su Sangre si queréis tener vida». Dice además que nuestros altares se llaman así porque en ellos se ofrece un sacrificio purísimo sin efusión de sangre y que los sacerdotes deputados (1) para ofrecerle han de poseer grandes cualidades, con el fin de que pase el sacrificio hasta el altar supremo del rey del cielo, y para ejercer con Jesucristo las funciones del Sacerdocio; es á saber: que ellos mismos se sacrifiquen á Dios como hostias vivas y santas, y que purifiquen sus manos con la práctica de sus buenas obras antes de ofrecer este sacrificio...»

Asimismo S. Gregorio, obispo de Niza, que nació por los años de 330, dice: «Como una poca de levadura comunica su fuerza á toda la masa, así aquel Cuerpo que Dios entregó á la muerte, entrando en el nuestro nos muda enteramente en sí, y al modo que cuando un veneno mortal se mezcla con el cuerpo sano, todo le corrompe, así aquel Cuerpo inmortal entrando en los que dignamente le reciben, los muda en su naturaleza». En la comunión, añade, «se nos da aquel Señor que es eterno para que, comiéndole, lleguemos á ser lo que Él es; que el que ama la carne de Jesucristo se purificará de toda mancha; porque la carne del Verbo, y la sangre que está en esta misma carne, tienen más de una virtud. Tienen la suavidad para los que saben gustarlas; excitan el apetito de los que las desean y aumentan el amor de los que las aman. Hablando del Sacrificio de la Misa, dice: Es un sacrificio invisible á los ojos corporales; en él, Jesucristo es la víctima y el sacerdote; le instituyó cuando dió á sus discípulos congregados su cuerpo en manjar y su sangre en bebida. Entonces fué cuando declaró abiertamente que se había cumplido ya el Sacrificio del Cordero. A la verdad, entre tanto que la víctima está viva, no está su Cuerpo en proporción de ser comido. Por lo cual cuando dió á sus discípulos á comer su cuerpo y á beber su sangre, ya estaba inmolado su cuerpo de un modo invisible y secreto, disponiéndolo así con su poder, como dispensador de este misterio».

(1) Orat. 4, et. 1.

S. Ambrosio, arzobispo de Milán, demuestra por medio de la omnipotencia de Dios el dogma de la Eucaristía. Habla en primer lugar de cómo los catecúmenos eran bautizados solemnemente en el día de Pascua, y pasa después á manifestar que eran llevados del Bautisterio al altar eucarístico, donde eran alimentados con el Cuerpo y Sangre del Señor. Por eso dice: «El alimento que recibía el nuevo bautizado en el altar, era infinitamente más excelente que el maná, pues éste no pudo librar á los israelitas de la muerte en el desierto: es el pan vivo que baja del cielo y da la vida eterna: es el Cuerpo de Jesucristo, la carne de Jesucristo, el cuerpo de vida: es un maná incorruptible que comunica su incorruptibilidad á los que dignamente le comen: él es la Verdad, y el maná era su figura. Acaso me diréis: mas yo veo otra cosa, y ¿cómo me aseguráis que es el Cuerpo de Jesucristo el que recibo? Esto es lo que yo voy á probaros. Manifestemos, pues, que no es nueva formación del cuerpo por la naturaleza, sino que es el Cuerpo de Jesucristo, que la bendición ha consagrado, y la bendición prevalece sobre la naturaleza, pues tiene fuerza para cambiarla. Arroja Moisés una vara sobre el pavimento y se mudó ésta en serpiente, extiende su mano, toma la serpiente é inmediatamente se convierte en vara. Cuando Aarón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, de repente se mudaron en sangre, y después volvieron á tomar su propia naturaleza por la virtud de su oración. Si la bendición del hombre fué suficiente para mudar la naturaleza, ¿qué diremos de la divina consagración, en que las palabras del mismo Salvador son las que obran? ¿Si la palabra de Elías pudo hacer que bajase fuego del cielo, no podrá la de Jesucristo mudar la naturaleza de los elementos? ¿Y el Criador del universo, que con una sola palabra sacó de la nada lo que no tenía ser, no tendrá poder suficiente para mudar las cosas que ya son, en las que antes no eran? Mas ¿para qué será recurrir á semejantes pruebas y apoyar con ejemplos milagrosos, que tienen con el Misterio de la Eucaristía una distante conexión? ¿No será la verdad suficientemente confirmada con el misterio de la

Encarnación? Una virgen concibió, esto es, contra todo el orden de la naturaleza: y este mismo cuerpo que salió de una virgen, es el mismo que nosotros consagramos. ¿Para qué será buscar el orden de la naturaleza en el Cuerpo de Jesucristo cuando éste nació de una virgen contra el orden de la naturaleza? Jesucristo tuvo una verdadera carne que estuvo clavada en la cruz y después fué sepultada. La Eucaristía es verdaderamente el Sacramento de esta carne, porque dijo Jesucristo: «Éste es mi cuerpo». Antes de la bendición de estas palabras celestiales, era otra naturaleza. Después de la consagración ya es el Cuerpo de Cristo. Lo mismo sucede con la sangre: antes de la consagración se da otro nombre; después de la consagración se llama *la sangre de Jesucristo;* y vosotros (cuando la recibís) respondéis *Amén,* es decir: *Eso es verdad.* Confiese interiormente el espíritu lo que profiere la boca y esté el corazón en los mismos sentimientos que las palabras explican. Esta sagrada comida es el alimento y fortaleza de nuestra alma, y esta bebida llena de gozo el corazón del hombre» (1).

S. Optato Milevitano, arrojando en rostro de los herejes donatistas, sus atentados contra la Eucaristía, dice: (2) «¿No es un sacrilegio romper y derribar los altares de Dios, sobre los cuales vosotros mismos habéis sacrificado otras veces? Estos altares, en donde han sido colocados los votos de los pueblos y los miembros de Jesucristo; en donde el Todopoderoso ha sido invocado y el Espíritu Santo descendido; estos altares, en donde los fieles han recibido la prenda de la vida eterna, el escudo de la fe y la esperanza de la resurrección... ¿Qué os había hecho, pues, el Cristo, en que su cuerpo y sangre han estado por momentos sobre estos altares..? Y para redoblar aún vuestro execrable crimen, habéis roto los cálices que contenían la sangre de Jesucristo. ¡Oh crimen abominable! ¡Oh maldad nunca oída! Vosotros habéis imitado á los judíos; porque éstos clavaron y alan-

(1) De Mister.
(2) Lib. 6. contra Parmeno.

cearon el Cuerpo de Jesucristo sobre la cruz; y vosotros lo habéis golpeado sobre el altar».

S. Epifanio, arzobispo de Salamina, confirma también nuestro dogma por estas palabras: «Vemos que el Salvador tomó el pan en sus manos, como dice el Evangelio, que se levantó del medio de la cena, tomó estas cosas y dando gracias, dijo: *Hoc est corpus meum* ó, éste es mi cuerpo, que equivale á aquella expresión; no obstante vemos que lo que tenía en sus manos no era igual ni semejante á la imagen de la carne que había tomado, ni á la Divinidad que es invisible; ni á los lineamentos y caracteres de sus miembros; porque lo que tenía en las manos era redondo y no tenía virtud ni sentimiento; y no obstante quiso decir por su gracia: *Hoc est corpus meum* y ninguno deja de dar fe á su palabra, y el que no la tiene por verdadera, ya cayó de la gracia y de la salvación».

«El lector que tiene la verdadera fe, añade el doctor máximo S. Jerónimo, (1) conoce como yo, qué alimento es este que, llenándonos con su abundancia, hace que salgan de nosotros las alabanzas de la acción de gracias... Todos los días consagran los sacerdotes la carne de este Cordero»; y hablando de la santidad de los obispos, prosigue: «Si yo hago ó digo alguna cosa que sea digna de reprensión, en el mismo instante dejo los lugares santos: ¿con cuánta razón debe el Pontífice y el Obispo vivir sin mancha y adornado de todas las virtudes, pues jamás ha de salir del santuario para estar pronto para ofrecer las víctimas por el pueblo, siendo el mediador entre Dios y los hombres, y consagrando la carne del Cordero con las sagradas palabras que salen de su boca; pues el óleo de la Santa Unción de Jesucristo fué derramado sobre él?

No permita Dios que yo hable mal de los que, sucediendo á los Apóstoles, ponen en el altar el Cuerpo de Jesucristo con las palabras que su boca pronuncia. ¿Quién puede sufrir que los ministros de las mesas y de las viudas, esto es:

(1) Lib. 12, cap. 41.

los diáconos se prefieran con orgullo á los que consagran con sus palabras la Sangre de Jesucristo? Todos la recibimos igualmente, pero de un modo desigual por la diversidad de nuestros méritos; los que la reciben indignamente se hacen reos del Cuerpo y Sangre del Señor; profanamos y ensuciamos el divino pan, que es su cuerpo, cuando nos acercamos indignamente al sagrado altar, y estando impuros bebemos su sangre, que toda es pura y no obstante decimos: ¿En qué hemos despreciado la mesa del Señor? No porque haya quien se atreva á decirlo, ni á proferir con delincuente voz la impiedad que tiene en su corazón; las malas obras de los pecadores son las que verdaderamente deshonran la mesa de Dios... El cáliz en el que se contiene la Sangre de Cristo es aquél del cual habla el profeta: «¡Qué excelente es vuestro cáliz que embriaga con delicias!» Si el vino, pues, que dió á sus discípulos, y el pan que bajó del cielo, es el Cuerpo y Sangre del Nuevo Testamento, que ha sido derramada por muchos en la remisión de sus pecados, dejemos las figuras judáicas, y subamos con el Señor al gran cenáculo preparado para embriagarnos con el vino de sobriedad celebrando con él la Pascua».

He aquí el firme sentir de S. Paulino, obispo de Nola (1): «La carne de Jesucristo con que yo me sustento, es la misma carne que estuvo clavada en la Cruz; y la Sangre que yo bebo, y con ella la vida para purificar mi corazón, es la sangre que fué derramada en la Cruz».

S. Juan Crisóstomo, arzobispo de Constantinopla, y columna solidísima de la Iglesia; sobre aquellas palabras del Salvador: Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre, dice: que los apóstoles no se turbaron al oirlas, porque ya habían oído decir al mismo Jesús, otras muchas cosas referentes al Misterio Eucarístico, en distintas ocasiones. Y prosigue: «Lo que hizo también que no se turbasen los Apóstoles fué, que el mismo Jesucristo bebió de su cáliz y de su sangre, para que, oyéndole decir estas cosas, no se dijesen á sí mismos,

(1) Epist. 33.

¿y qué, bebemos sangre, y comemos carne? Porque cuando al principio habló de estos misterios, se escandalizaron muchos de sus palabras; pues para que no se turbasen, el mismo Jesucristo participó de estos misterios, y el mismo Señor bebió su sangre, inclinándolos de este modo á que participasen de ella sin perturbarse. Creemos, pues, á Dios en todas las cosas y no le contradecimos, aunque lo que nos dice parezca contrario á nuestra razón é inteligencia; y es razón que su palabra haga en nosotros más impresión que nuestros discursos: la palabra de Dios no nos puede engañar, y nuestros sentidos fácilmente se engañan. Supuesto, pues, que esta palabra nos asegura que es su cuerpo, quedemos persuadidos; creámosle, y veámosle con los ojos del espíritu: porque Jesucristo nos ha dado una cosa que se ve; pero bajo los signos sensibles nos ha dado lo que los sentidos no perciben. ¡Cuántos hay que dicen: yo quisiera ver á Nuestro Señor Jesucristo revestido de aquel mismo cuerpo con que vivió sobre la tierra! Yo me alegraría de ver su rostro, toda la figura de su cuerpo, sus vestidos y hasta su calzado. Pues yo os digo que estáis viendo al mismo Señor, y aquí le tenéis; y no solamente os permite verle, sino tocarle, comerle y recibirle dentro de vosotros. Velad, pues, continuamente sobre vuestras acciones, sabiendo que los que reciben indignamente su cuerpo, están amenazados de un grande castigo. No se contentó Jesucristo con hacerse hombre y ser crucificado por nosotros, sino que se mezcla con nosotros, nos hace propio su cuerpo; no solamente por la fe, sino efectiva y realmente. ¿Quién, pues, deberá estar más puro que el que participa de tal sacrificio? ¿Qué rayo del sol no deberá ceder en resplandor á la mano que corta esta carne, á la boca que está llena de este fuego espiritual, á la lengua que está teñida con esta tremenda sangre? Representaos, pues, la honra que recibís y á qué mesa estáis sentados. Aquel Señor á quien los ángeles miran con temblor; ó por mejor decir: á quien no se atreven á mirar, por causa del resplandor y brillo de la Magestad que los deslumbra: éste es el que nos sirve de alimento, se une con nosotros, y

hacemos con él una misma carne y un mismo cuerpo. ¿Quién podrá hablar dignamente de la Omnipotencia del Señor ó publicar las alabanzas que le son debidas? ¿Qué pastor ha dado jamás su sangre para que se apacienten sus ovejas? ¡qué digo pastor! ¿no estamos viendo que muchas madres, después de haber dado á luz sus hijos, los entregan á otras mujeres para que los críen? Pero Jesucristo no lo ha hecho así con nosotros; nos alimenta con su propia sangre y de todos modos nos incorpora consigo mismo: no es el poder de los hombres el que hace todas las cosas: Jesucristo que en otro tiempo obró estas maravillas en la Cena con sus apóstoles, al presente las continúa. Aquí ocupamos el lugar de sus ministros; pero es Él el que santifica estas ofrendas, y el que las convierte en su cuerpo y sangre» (1).

El águila de los doctores, S. Agustín (2), al hablar del uso de la Santa Eucaristía, se expresa de esta manera: Alguno dirá que no se debe recibir la Comunión todos los días, y si le preguntáis la razón, responderá: «Que el cristiano antes de comulgar debe elegir algunos días para vivir con mayor pureza, y en más perfecta continencia, para hacerse digno de acercarse á tan grande Sacramento; porque el que le come indignamente, come y bebe su propia condenación. Otro por el contrario defenderá que se deberá recibir todos los días, y dirá, que si la llaga del pecado es tan grande, y la violencia de la enfermedad tan excesiva, que sea necesario dilatar el remedio, cada uno deberá retirarse del altar por autoridad de su Obispo, y hacer penitencia; y después se reconciliará con Dios por la autoridad del mismo Obispo; porque recibir la Eucaristía en el tiempo en que se debe hacer penitencia, es recibirla indignamente: que ninguno debe por sí mismo y por su elección separarse de la comunión, ni acercarse á recibirla; pero si los pecados no son tales que parezcan dignos de excomunión, nada les podrá impedir que lleguen todos los días á recibir el Cuerpo del Señor como una saludable medicina. El mejor modo,

(1) Hom. 82 in Math.
(2) Epist. 54 ad Joan. cap. 3, n.° 4.

pues, de ajustar estas diferencias, es de advertir que ante todas cosas, se conserve la paz de Jesucristo, y que cada uno siga en esto los movimientos de su fe y devoción. Porque ni lo uno ni lo otro deshonra al Cuerpo de Dios; pues cada uno se esfuerza como á porfía para honrar este Sacramento tan útil para la salud de los hombres. Y á la verdad; no disputaron entre sí Zaqueo y el Centurión del Evangelio, ni el uno se tuvo en más que el otro cuando el primero recibió *al Señor con alegría en su casa;* y el segundo le dijo: *Señor, yo no soy digno de que entréis en mi casa.* Uno y otro honraron al Salvador, aunque de modo tan diferente que parece contrario. Los dos eran miserables por sus pecados, y ambos recibieron misericordia. Así, pues, como el primero de estos hombres no se atreve á acercarse todos los días á la Comunión, así también el segundo no se determina por el mismo respeto, á abstenerse por un solo día. De este modo el desprecio solamente es el que injuria á este alimento celestial, así como el disgusto y fastidio hizo agravio al maná». ¿Qué más podremos decir de la creencia de este santo acerca del augusto misterio? En muchas partes de sus obras confirma la presencia real y substancial de Jesucristo en la Eucaristía; por lo cual dice: «Recibimos (1) al Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, que nos da su cuerpo á comer y su sangre á beber... (2) En todo el universo reciben los fieles en la Eucaristía el precio mismo de nuestro rescate, y para manifestar su realidad y verdad, responden al recibirle *Amén*».

No otra cosa enseña S. Eusebio Emiseno. «Cuando llegues al altar para recibir la sagrada comida, el Cuerpo y Sangre de tu Dios, atiende con la fe, toma con la mano del corazón y recíbelo con gozo interior» (3).

Juan Nepote Silvano, (4) natural y obispo de Jerusalén, en 386, completa la esforzada falange de escritores sagra-

(1) Lib. cont. Adv. Leg. et Proph. n.º 33.
(2) In Ps. 125, n.º 9.
(3) Hom. 5. de Pascha.
(4) Hom. 4.

dos del siglo IV. «Cuando recibes, se refiere al cristiano fiel, aquella Santa comida y alimento incorruptible; cuando gozas del pan y bebida de la vida, comes y bebes el Cuerpo y la Sangre del Señor; entonces el Señor entra en tu corazón. Mas tú, humillándote profundamente, procura imitar al Centurión y dile: Señor, yo no soy digno de que vos moréis en mi casa, porque donde es recibido indignamente, entra para juicio del que le recibe». Increpando luego á los que con pretexto de negocios se abstienen de llegarse á la Iglesia y de recibir la sacrosanta Eucaristía, les dice: (1) «No tenéis escusa alguna para afirmar que no podéis salvaros en medio de los negocios mundanos... He aquí lo que yo diría á los que no asisten á la Santa Comunión, y por consiguiente á la congregación de los fieles, cuyo tiempo emplean en reuniones mundanas y en todo agenas al ministerio espiritual. ¿Qué haces, oh hombre? ¿no prometiste al sacerdote que dijo: «Levantad á lo alto la mente y el corazón» y tú respondiste: Tenemos al Señor? ¿No te avergüenzas? En la hora misma de tu promesa, ¿no temes que te hallen en mentira? ¡Cómo! La mesa de los divinos misterios se halla aderezada y el Cordero de Dios está inmolado por tí, el sacerdote padece por tu ausencia; la sangre espiritual rebosa en la sagrada mesa. Los serafines se hallan presentes cubriendo sus rostros con sus seis alas; las incorpóreas virtudes juntamente con el sacerdote interceden por tí; el fuego espiritual ha bajado del cielo, la sangre divina procedente del inmaculado costado se contiene en el cáliz para borrar tus pecados, y no te avergüenzas, no te cubres de oprobio, no te confundes y ni quieres hacerte á Dios propicio..?» ¡Oh! ¡qué bellas y edificantes expresiones de un prelado oriental del siglo IV!

En el quinto siglo confirmaron la fe de nuestro augusto Misterio, S. Cirilo, Patriarca de Alejandría; quien, en la carta sinodal que contiene la profesión de fe, y por su orden el símbolo de Nicea, responde á uno de los principales ar-

(1) De Eucharist. in Encænias circa init.

gumentos del heresiarca Nestorio; dice así: (1) «Nosotros anunciamos la muerte de Jesucristo y confesamos su Resurrección y Ascensión cuando celebramos en las Iglesias el Sacrificio incruento. De este modo nos acercamos á las Eulogias místicas, y somos santificados, participando de la carne sagrada y sangre preciosa de nuestro Salvador Jesucristo, y no la recibimos (ni Dios lo permita) como una carne común, ni como la de un hombre santificado, ó junto con el Verbo por unión de dignidad, ó en quien la Divinidad habitó, sino como una carne verdaderamente vivífica y propia del Verbo; porque Éste que por su naturaleza es vida, como que es Dios, haciéndose una misma Persona con la carne, la hizo vivífica: de otro modo, ¿cómo era posible que la carne de un hombre fuese por su naturaleza vivificante? Celebramos en las Iglesias el Sacrificio Santo y vivífico; mas no de un modo cruento, no creyendo que el cuerpo y sangre preciosa que se nos proponen sean el cuerpo y sangre de un hombre común, sino que las recibimos como que son el propio Cuerpo y Sangre del Verbo; porque la sangre de un hombre común es incapaz de vivificar». «Digan los Nestorianos, añade en otro lugar, (2) de quién es aquel cuerpo con que se alimentan las ovejas de la Iglesia, y cuál es la bebida con que sus hijos satisfacen su sed; si es el Cuerpo de Dios el que se les da, luego Jesucristo está allí como verdadero Dios, y no como hombre solamente, ó como ángel, ó como alguno de aquellos espíritus incorpóreos que son Ministros del Omnipotente. Si es la Sangre de Dios y la bebida de Dios, sin duda es el Hijo de Dios una de las personas de la adorable Trinidad, que no solamente es Dios, sino el Verbo de Dios hecho hombre. Si el Cuerpo de Jesucristo es nuestro alimento y su sangre nuestra bebida, y Jesucristo, como dicen estos herejes, solamente es hombre ¿por qué decimos á los que se acercan á la sagrada Mesa, que este cuerpo y esta sangre les dará la vida eterna? ¿cómo es distribuído aquí y en todas partes sin disminuírse? Un

(1) In declar. 11. Anath.
(2) Hom. in mist. Cœn.

simple cuerpo no puede comunicar la vida al que participa de él. Recibamos, pues, el cuerpo de vida que habitó en nuestra carne por nuestro amor, según lo que dice S. Juan, que la Vida se nos manifestó, y que habitó en nosotros. Esta vida es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, una de las personas de la Santísima Trinidad. Bebamos su sangre para remisión de nuestras culpas y para participar de la inmortalidad que Él posee. Creamos al mismo tiempo que Él es el Sacerdote y la Hostia; que Él es el que ofrece y el que es ofrecido; el que recibe el Sacrificio y el que se distribuye á los fieles. Nos asegura, que el que le coma, tendrá la vida: nosotros verdaderamente le comemos, bien que sin destruír su divinidad. Dios nos guarde de impiedad semejante: comemos solamente la carne propia del Verbo, que se ha hecho vivífica, por ser carne de Aquél que vive por su Padre. Así como el cuerpo que el Verbo se apropia es vivífico, los que participamos de su santa sangre y carne, quedamos enteramente vivificados, porque permanece en nosotros el Verbo; no solamente por un modo divino, ó por el Espíritu Santo, sí que también por un modo humano en algún sentido; esto es, porque verdaderamente recibimos esta carne y sangre preciosísima».

«En las sombras y figuras de la antigua Pascua, prosigue S. Gaudencio, obispo de Bresse, (1) no se mataba un solo cordero, sino muchos, á saber: uno en cada casa; porque uno solo, no hubiera sido suficiente para las necesidades de todo el pueblo, y además porque este misterio no era otra cosa que la figura y no la realidad de la Pasión del Señor; porque la figura de una cosa no es la realidad, sino solamente la representación de la imagen. Luego, ahora, que en la verdad de la ley nueva, un solo cordero es muerto por todos, es cierto, que siendo también inmolado en todas las casas, es decir: en todos los altares de las Iglesias, alimenta á los que le inmolan, bajo los misterios de pan y vino... Ésta es la verdadera carne y sangre del Cordero: porque

(1) Tract. 2. sup. natur. sacram.

éste es el mismo pan vivo que descendió del cielo, el cual ha dicho: El pan que yo daré es mi propia carne. Su sangre está muy bien representada bajo las especies del vino, pues que en diciendo en el Evangelio: Yo soy la verdadera vid, atestigua bastantemente que el vino que se ofrece en la Iglesia, en figura y memoria de su pasión, es su propia sangre... No es extraño, pues, que este mismo Señor y soberano creador de todas las cosas, que ha formado el pan de la tierra, haya formado de nuevo, de este mismo pan, su propio cuerpo, porque Él puede hacer lo que ha prometido; y el mismo que en otra ocasión cambió el agua en vino; cambia ahora el vino en su propia sangre... La Escritura, prosigue este santo, dice de este misterio: «Ésta es la Pascua del Señor». ¡Oh sublimidad de las riquezas, de la sabiduría y ciencia de Dios! Ésta es la Pascua del Señor, dice la Escritura; es decir: el paso del Señor, á fin de que nosotros, no tomemos por cosa terrestre, lo que se nos ha dado del todo celeste, por la operación de Aquél que ha querido pasar Él mismo, en el pan y el vino, haciendo que se convirtiese en su cuerpo y sangre».

De S. Próspero de Aquitania podemos consignar lo que dijimos de S. Agustín; porque aquél no hace más que defender la doctrina de su gran maestro.

Veamos lo que expone Teodoreto, obispo de Ciro: (1) «No solamente los presbíteros, dice, participan de la mística Mesa del Señor, sino que todos los que han recibido el bautismo tienen el mismo derecho». Dice además que, «así como Judas hizo traición á Jesucristo y los judíos le insultaron, así le cargan de ignominia y de oprobio los que con impuras manos reciben el Santísimo Cuerpo y le introducen en sus abominables bocas».

«El sacrificio, dice S. León el Grande, Pontífice romano, (2) es puro; y sus cualidades son santas cuando no hay sentimientos contrarios á la sana doctrina. Supuesto que dijo el Hijo del Hombre: «Si no coméis mi carne y mi sangre no ten-

(1) Quæst. 5 in lib. I Reg.
(2) Épist. 16. Serm. 84 y 66.

dréis vida en vosotros». Debéis acercaros á la sagrada Mesa con tal disposición que no tengáis duda alguna sobre la realidad del Cuerpo y Sangre de Jesucristo. Se toma con la boca lo que se cree con la fe; en vano responden, Amén, los que disputan contra la verdad de lo que reciben. El efecto de la participación del cuerpo de Jesucristo es transformarnos en lo que recibimos».

Para concluír añado la autoridad de S. Pedro Crisólogo, quien apellida á este Sacramento: «Comida de la vida eterna».

Confirmémonos en el augusto Misterio de la Eucaristía ya que motivos de gran peso tenemos para el efecto. Meditemos detenidamente la doctrina de los santos Padres que hemos apuntado y veremos como es absolutamente la misma que cree y confiesa hoy la santa Iglesia Católico-Romana. Por eso me extraña muchísimo que los protestantes y demás osados herejes, que niegan la real presencia de Jesús Sacramentado, tengan la impudencia de sustentar que la Iglesia ha inventado este dogma, observando contra sí mismos á los fortísimos campeones de los santos Padres, que, desde S. Pedro hasta S. León, Papas, como hemos visto, y desde este último hasta S. Bernardo, según estudiaremos, todos unánimes, confiesan que Jesucristo está real y substancialmente presente en la Eucaristía.

CAPÍTULO XXXVII

Se exponen los testimonios de los Santos Padres del VI al XII siglo de la Iglesia.

Semejantes los santos Padres á eslabones fuertemente unidos que, prendiendo por un extremo á la Iglesia en los siglos medios, queda sujeta por el otro, con Jesucristo, no podían menos de transmitirnos por este medio la corriente eléctrica de la fe, desarrollada por el Fundador divino. ¿Qué concepto formaríamos de una sociedad que hubiera seguido, por el espacio de veinte siglos, sin interrupción, el mismo modo de obrar y de juzgar en todos sus negocios? ¿qué lugar ocuparía entre nosotros dicha sociedad si viésemos que en tantos centenares de años, no declinó ni á la derecha ni á la izquierda, sino que anduvo por el camino que le trazara su primer preceptor? No otro lugar que el que ocupa la Iglesia en la mente del católico. Furiosas olas de impiedad la combatieron; groseras calumnias se alzaron contra su pureza, mas si aquéllas reventaron al chocar contra sus inconmovibles cimientos, dejando la espuma de su rabioso coraje, éstas se desvanecieron imperceptiblemente en el eterno silencio de los tiempos. Por más insolentes ultrajes, por más terribles persecuciones, por más incesantes combates, jamás la hicieron sucumbir. Ni las pertinaces herejías, ni los escandalosos cismas, ni las apostasías

frecuentes ajaron su extremada pureza. No los excomulgados emperadores, ni los soberbios reyes, ni los hostiles gobiernos, ni finalmente los potentados ni los pueblos, ni los ciudadanos particulares que se propusieron con todo ahinco, desfigurarla, derribarla y reducirla á la impotencia, pudieron lograr su fin pretendido. Por el contrario; la Iglesia, al ser atacada de esta manera, no ha hecho otra cosa que levantarse con más lozanía, y vivir con más calma. Á pesar, pues, de tantos medios de destrucción, la fe de la Iglesia ha sido constantemente una, según vimos en los Padres de los cinco primeros siglos y vamos á observar ahora en los de los restantes.

Brilló en el siglo VI S. Fulgencio, obispo de Ruspe, quien manifiesta las siguientes bellas ideas: «Lo que vos véis en el altar de Dios, dice al diácono Fernando, es pan y vino, lo cual os atestiguan vuestros ojos corporales. Mas lo que pide vuestra fe, para su instrucción, el pan es el Cuerpo de Cristo, y el cáliz su sangre. Mas la fe desea ser instruída, porque dice el Profeta: «Si no creyereis no entenderéis. Pero ahora me podrás decir: Expónme la doctrina para que entienda... ¿De qué modo el pan es el Cuerpo de Cristo y el cáliz, ó lo que contiene el mismo, su sangre? Á lo cual te respondo, hermano, que estas cosas se dicen Sacramentos, porque en ellas una cosa es lo que se ve y otra lo que se entiende. Lo que se ve tiene especie corporal, mas lo que se entiende, tiene fruto espiritual. Si quieres, pues, entender el Cuerpo de Cristo, oye lo que el Apóstol dice á los fieles: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros». Si, pues, vos sois el cuerpo de Cristo y sus miembros, vuestro misterio está puesto en la mesa del Señor; vos recibís el Misterio del Señor. Cuando recibís á Cristo: respondéis á lo que sois Amén; y respondiendo, convenís con lo que os ha dado. Oyes, pues: Cuerpo de Cristo y respondes: Amén: Sé miembro del Cuerpo de Cristo, para que sea verdadera la palabra: Amén. El Apóstol, hablando de este Sacramento, dice: «Un pan, un cuerpo somos muchos». Entended, y gozaos. Unidad, piedad, verdad, caridad, se encierran en es-

tas palabras: Un pan, un cuerpo somos muchos», es decir, que todos los cristianos que participamos del pan de la vida de Cristo Jesús, formamos un solo cuerpo con Él. «Recuerda que el pan no se forma de un solo grano sino de muchos... (1) Por consiguiente el que recibe el Misterio de unidad, y no guarda el vínculo de paz con sus hermanos, no recibe el misterio por sí, sino un testimonio contra sí». Hablando este santo Padre del Sacrificio de la Misa, se explica de este modo:... «La Santa Madre Iglesia sabe que Dios es fiel en sus palabras y santo en todas sus obras; por manera que así como en el Antiguo Testamento entiende las palabras fieles de un Dios que promete; así en el Nuevo Testamento reconoce que cumple las santas obras de Dios que había prometido. Algunas, pues, de las palabras prometidas por Dios fueron los sacramentos del Antiguo Testamento, por las que se nos prometía á Cristo, las cuales ya pasaron, y por las que se encuentra demostrado en ellas lo que se prometía. Por lo tanto; en el mismo Sacrificio del Cuerpo de Cristo, comenzamos por la acción de gracias, con el fin de que demostremos que Cristo no se ha de dar, sino que ya se nos ha dado en la verdad; y conozcamos en Él al mismo tiempo, cuando damos gracias á Dios en la oblación del Cuerpo y Sangre de Cristo, que no ha de morir por nuestras iniquidades, sino que ya está muerto; ni nos ha de redimir con su sangre, sino que ya estamos redimidos» (2).

S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, comentando aquellas palabras del libro sapiencial: «La sabiduría edificó para sí una casa, mezcló vino y preparó una mesa», dice: «La Sabiduría de Dios, esto es; Cristo, edificó para sí una casa; á saber: la sacrosanta Iglesia, en la cual sacrificó la Hostia de su Cuerpo, mezcló el vino de su sangre en el cáliz del Divino Sacramento y preparó una mesa; esto es: el altar del Señor; enviando sus siervos, cuales son los apóstoles y doctores á los insipientes; es decir: á todas las gentes que ignoran

(1) Epist. 12 ad Ferrand. Diac. cap. 11.
(2) Epist. 14. ad Ferrand. Diac. n.° 44.

al verdadero Dios, á las cuales habían de predicar: Venid, comed mi pan y bebed el vino que os he mezclado; esto es: percibid la santa comida de mi cuerpo y la bebida de mi sangre». (1) Este Cuerpo y esta Sangre de Jesucristo, añade Casiodoro, no se han de mascar con los dientes, sino que han de ser devorados con avidez por el alma.

Hesiquio, presbítero y teólogo de la Iglesia de Jerusalén, en sus comentarios sobre el Levítico, y, después de haber insinuado las palabras del Apóstol: *Convenientibus vobis in unum* no deja duda alguna de su fe acerca de la Eucaristía». Con objeto, dice, de que esta cena (2) sea celebrada de un modo absolutamente místico (esto es, sacrificativo) es necesario que Aarón (el sacerdote celebrante) y sus hijos (los fieles) (3) coman lo que se ha ofrecido: porque si Jesucristo, rogado por la boca del sacerdote, no viniera Él mismo y no santificara la cena, todo aquello que celebramos en vano sería el Sacrificio real del Señor»...

Oigamos á S. Cesáreo, obispo de Arlés: (4) «Jesucristo que había de separar de nuestros ojos el cuerpo que había tomado de la Virgen para colocarle en el cielo, creyó que era necesario instituír en el día de la Cena legal el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, para perpetuar la memoria del misterio que había ofrecido una vez por nuestra redención y estar siempre presente con nosotros por su gracia, por lo cual nos asegura que su carne es verdaderamente comida y su sangre verdadera bebida, de lo cual no podemos dudar; pues el mismo autor del don es testigo de la realidad y verdad de este don. Él es el que convierte como Sacerdote invisible con su secreto poder las criaturas visibles en la substancia de su cuerpo y de su sangre, diciendo: Tomad y comed, éste es mi Cuerpo, y con una segunda santificación: Tomad y bebed, ésta es mi Sangre.

---

(1) Lib. II contr. Judæos, cap. 27.
(2) Pat. grec. T. 93. de Migne.
(3) No es necesario lo segundo, pero sí conveniente. Hesiquio habla de la general costumbre que había en su tiempo de distribuír la Comunión á los fieles en todas las Misas.
(4) Hom. 7.

Así como con el mandamiento de Dios salieron de la nada los cielos, los mares y la tierra; con semejante poder, la virtud de su palabra, ordena, é inmediatamente se sigue el efecto. Considerad con los ojos de la fe el Cuerpo y Sangre de vuestro Dios, dad testimonio de vuestra admiración con vuestro respeto; tocadle con el alma, recibidle con la mano del corazón y tomadle para alimentaros en especial interiormente. El cuerpo que se os ha dado por dispensación del presbítero, es tan grande en una parte, como en el todo. Cuando se sujetan los fieles á recibirle, en todos está perfecto, y cada uno le recibe todo entero. En lo cual es muy diferente de todos los demás alimentos: porque si presentáramos un bocado de pan á muchas personas afligidas del hambre, cada una de éstas no le comería entero; porque se dividiría en partes á proporción del número que comiesen de él. Pero de este verdadero Pan, tanto tiene cada uno como todos juntos; uno solo le come todo entero sin disminución alguna, porque bien puede distribuírse la bendición de este Sacramento, mas no puede ser consumida. ¿Hay razón para que nos pasme el que Dios mude y convierta en otra cosa con su palabra lo que crió con su misma palabra? Aun parece que no es tan grande milagro convertir en otra cosa mejor lo que ya está criado, como criarlo de nuevo.

S. Remigio, obispo de Reims y Gregorio Turonense que florecieron en este mismo siglo, confirmando el dogma de la transubstanciación, dicen estas palabras: «Aunque no veamos más que pan, es realmente el Cuerpo de Jesucristo (1)» ¿Qué diré de la doctrina eucarística de S. Leandro, arzobispo de Sevilla? Su liturgia mozárabe acerca del santo sacrificio, nos patentiza cuanto podamos añadir sobre este particular. Por esta razón reservo su estudio para el Tratado III en el que me ocuparé detenidamente de esta clase de asuntos.

Resplandeció asimismo, en este siglo cual astro de primera magnitud, S. Gregorio Magno, Pontífice Máximo;

(1) De Eucharist.

quien, dirigiéndose á cierta señora que no quería creer el adorable Misterio Eucarístico, y que para confirmarla en la fe hubo de impetrar del Omnipotente un milagro, la dijo: «Aprende á lo menos ahora á creer lo que te asegura la Verdad:» «El pan que yo os doy es verdaderamente mi carne, y mi sangre es verdaderamente bebida». Pero previendo el Criador nuestra flaqueza, con el mismo poder que hizo todas las cosas de la nada, se formó un cuerpo de la misma carne de la Virgen por el Espíritu Santo; y después para reparar nuestras fuerzas convierte el pan y el vino mezclado con agua en su carne y sangre, cuando se pronuncian las palabras de la oración católica, por la santificación del Espíritu Santo, aunque permanezcan las mismas apariencias y especies del pan y vino». Acerca del Sacrificio de la Misa, enseña este Padre, que (1) «la Hostia que se ofrece en el altar tiene particular virtud para alcanzarnos el perdón de los pecados; porque Aquél que habiendo resucitado una vez, no está ya sujeto á la muerte, padece, digámoslo así, de nuevo en este Misterio, porque cuantas veces le ofrecemos la Hostia de su pasión, otras tantas renovamos el efecto de aquella misma pasión en cuanto á la absolución de nuestras culpas (veniales). Aunque vive con una vida inmortal é incorruptible, es sacrificado de nuevo en este misterio de la oblación sagrada; porque en él se toma su cuerpo y su sangre para la salud del pueblo y su sangre se derrama no por manos de los infieles, sino en la boca de los fieles».

En el siglo VII. S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, se expresa de este modo: (2) «Después de la regeneración del nacimiento espiritual, después de la gracia de la celestial unción; después de la doctrina de la oración dominical; después de la invocación de la Paternidad Divina, conviene llegarse á la participación de la celestial refección... Pedimos al Señor el pan nuestro de cada día que nos le dé hoy. Aquí, pues, porque Cristo es el pan vivo que descendió del cielo y da la vida al mundo, por eso pedimos muy bien en

(1) In Evang. lib. 2. hom. 37.
(2) Lib. de cognition. Baptism. cap. 136.

la oración dominical que se nos dé al mismo Cristo que es nuestro pan, con el fin de que los que permanecemos y vivimos en Cristo, no nos apartemos de la santificación de su cuerpo».

A las palabras de Jesucristo: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre» etc. responde S. Julián, arzobispo de Toledo: «Por estas palabras se entiende el Sacramento de su carne y sangre, por cuya recepción permanecemos en Jesucristo y Éste con nosotros». (1) Asimismo: sobre las palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos», entiende la presencia real de su cuerpo y sangre en la Iglesia.

También S. Máximo, abad, describe la liturgia de la Misa, con lo cual confirma la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Otro tanto demuestra S. Sofronio, obispo de Jerusalén, en el Prado espiritual, por los muchos ejemplos que narra acerca de nuestro adorable Misterio, en los cuales deja sentada la firme creencia en el Sacramento Eucarístico.

Pasando al siglo VIII, notamos que brilla en él, S. Juan Damasceno, monje y presbítero de Jerusalén. (2) «Si la palabra de Dios, dice este Padre, es una y eficaz, si ha hecho todo lo que ha querido y se formó un cuerpo de la sangre pura de su Madre, ¿podemos dudar que también pudo hacer del pan su cuerpo y del vino mezclado con agua su sangre? En otro tiempo dijo: Produzca la tierra la yerba verde; y regada la tierra con lluvias del cielo, todavía la produce con la fecundidad que Dios la imprimió con este mandamiento. Este mismo Dios dijo después: Esto es mi cuerpo; ésta es mi sangre: haced esto en memoria de mí. Y para obedecer á este mandamiento, se cumple todos los días este efecto, hasta tanto que Él venga, como Él mismo lo dijo... Si ahora preguntáis, dice el Santo, ¿cómo el pan se ha hecho el cuerpo de Jesucristo, y el vino mezclado con agua se ha hecho su sangre? Respondo: «Que viene el Espíritu Santo, y hace las cosas

(1) Lib. 2. interrog. et respons. 24.
(2) Lib. 4 de Fide. cap. 9.

que exceden á todas nuestras palabras y pensamientos. Dios, pues, eligió el pan y el vino, porque sabía que los hombres miran con horror las cosas á que no están acostumbrados. Usando de su condescencia ordinaria, obra en las cosas á que nuestra naturaleza está acostumbrada, otras cosas que exceden la naturaleza; y porque los hombres suelen lavarse con agua y ungir sus cuerpos con aceite, juntó Dios en el Bautismo la gracia del Espíritu Santo con el agua y el aceite, é hizo el pan del renacimiento espiritual. A este modo, porque los hombres estaban acostumbrados á comer pan y beber vino, mezclado con agua, quiso juntar estas cosas á su Divinidad, convirtiéndolas en su cuerpo y su sangre, para que por aquellas cosas más comunes y conformes á la naturaleza se elevase nuestro espíritu á las cosas divinas y sobrenaturales. No hay duda en que el cuerpo de Jesucristo unido á la Divinidad es el mismo que nació de la Santísima Virgen; ni en que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y sangre de Dios. Si pretendéis saber cómo esto sucede, básteos oir que lo hace el Espíritu Santo; así como por el mismo, formó el Señor su carne para sí mismo y por sí mismo de la sangre de la Santa Madre. En estos misterios no podemos conocer otra cosa, sino que el Verbo de Dios es verídico y omnipotente y que el modo de obrarse es incomprensible. No obstante se puede decir con razón que así como el pan que sirve de alimento al hombre, y el vino mezclado con agua que le sirve de bebida se convierten en la substancia de su cuerpo y sangre, así también el pan y el vino mezclado con agua se mudan en el cuerpo y sangre de Jesucristo por admirable modo, y con la invocación y la venida del Espíritu Santo. No son dos diferentes cuerpos, sino un mismo y solo cuerpo. De aquí proviene, que comunica á los que le reciben dignamente y con fe el perdón de los pecados y la vida eterna, y da una fuerza particular al cuerpo y al alma. Ahora, pues, no son el pan y el vino la figura y el cuerpo de Jesucristo, ni permita Dios que yo lo diga; son el mismo cuerpo y la misma sangre unidos á la Divinidad. A la verdad; no dijo el Señor: esto

es la figura de mi cuerpo, sino esto es mi cuerpo. No dijo: esto es la figura de mi sangre; sino ésta es mi sangre». Hasta aquí S. Juan Damasceno.

Contemporáneo y amigo de este santo, distinguióse por sus composiciones líricas, Cosmas el Joven de Jerusalén y obispo de Majumas, cerca de Gaza en Palestina. La Iglesia Griega canta en el día de Jueves Santo una de sus armónicas producciones acerca de la traición de Judas, en la cual declara evidentemente su modo de pensar respecto de nuestro augusto Sacramento. Dice así: «¡Oh Señor Jesús! El infame Judas, cuyos pies habías acabado de lavar, olvidándose voluntariamente de las leyes de la más fina amistad, los emplea para ir á contratar tu venta; después de haber comido tu pan, quiero decir, tu Cuerpo divino, pone en ejecución perniciosos planes para perderte. No conoció ensalzarte como los demás, que exclaman: *Alabad al Señor todas sus obras, glorificarle por todos los siglos.* Hombre sin conciencia, recibía en su mano derecha el Cuerpo que es la redención del pecado y bebía sin respeto la divina Sangre, derramada por todo el mundo, al propio tiempo que la vendía fraudulentamente... Venid, ¡oh fieles!; tomemos parte en la hospitalidad y en la mesa inmortal que el Señor ha preparado sobre los altares para los limpios de corazón y aprendamos la palabra excelentísima del mismo Señor cuyas glorias ensalzamos.

«Acabadas las solemnidades de la antigua Pascua, añade el V. Beda, (1) que se practicaban en conmemoración de haber sido libertados los iraelitas de la exclavitud de Egipto, pasó Jesucristo á la nueva, que la Iglesia desea frecuentar en conmemoración de su redención. De modo que, por la carne y sangre del Cordero legal, sustituyendo el Sacramento de su carne y sangre, bajo la figura del pan y del vino, se mostrase á sí mismo, de quién juró el Señor y no se arrepentirá: Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedech»: en otro lugar, hablando de la necesidad que

(1) Com. in Evang. Luc. 22.

tenemos de comulgar el cuerpo y sangre de Cristo, dice: «Come la vida; bebe la vida y tendrás vida.»

En el siglo IX, descolló Teofilacto, arzobispo de Acharis en Bulgaria, el cual dice: (1) «No dijo en verdad Jesucristo: Esto es la figura, sino esto es mi cuerpo... Ciertamente: pan es lo que aparece, pero en realidad es carne».

«Me admiro, añade Claudio Pascasio, monje Corbiense, (2) que haya algunos en nuestros tiempos que se atrevan á enseñar que en el Sacramento de la Eucaristía, no esté realmente la Carne y la Sangre de Cristo, sino la virtud de la carne y no la carne, la virtud de la sangre y no la sangre, la figura y no la verdad, la sombra y no el cuerpo».

«Esta sangre, prosigue el célebre maestro Floro, que floreció en tiempo de Carlos el Calvo, fué vertida para remisión de los pecados; el agua que juntamente salió con la sangre del costado de Cristo suaviza la bebida. Esta agua da ablución y bebida. El misterio de la oblación del Señor, con cuanta piedad y amor se ha de celebrar y recibir nos lo dice el mismo Señor, cuando se expresa por estas palabras: Cada vez que hiciereis esto, hacedlo en memoria de mí (3)».

Otros santos y sabios célebres existieron en este siglo, como S. Adalberto, que llevó la fe á la Prusia, Hungría y Livonia, S. Odón y S. Bruno, Hincmaro, arzobispo de Reims, y Drutmaro, monje Corbiense, atacado por los protestantes, quienes defendieron con celo y energía nuestro augusto Misterio.

Si examinámos *el siglo X,* encontramos á Fulberto Carnotense, de quien son estas palabras: (4) «La materia terrena del pan y del vino, transcendiendo la naturaleza y mérito de su género, se convierte en la substancia de Cristo, como Él mismo dijo: Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre».

En el siglo XI, S. Anselmo, arzobispo de Cantorbery, se expresa en los siguientes términos: «Según las definiciones

---

(1) Com. in Ep. ad Cor. X.
(2) Com. in Math. 26.
(3) Expositio Misæ.—Qui pridie quam etc.
(4) Epist. ad Deodatum.

de los santos Padres, debemos creer que el pan que se pone sobre el altar se convierte con las palabras solemnes en el Cuerpo de Jesucristo: que no permanece allí la substancia del pan ni la del vino, sino solamente la especie ó apariencia, como son la figura, el color y el sabor: que sobre estas especies ó apariencias recaen todos los acontecimientos que contienen alguna indecencia, como es, ser pisadas ó comidas de ratones (1)». «Creo firmemente, añade, que el Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía es el mismo que nació de la Virgen, el que fué crucificado y sepultado, y resucitó de entre los muertos; el que subió á los cielos y está sentado á la diestra de Dios Padre».

El valeroso S. Gregorio VII, Pontífice Máximo, en ocasión que fué á dar la comunión al impío Enrique IV de Alemania, teniendo en sus manos la venerable Hostia, le dijo estas solemnes palabras: «Hemos recibido de vos, y de algunos de vuestro partido, cartas en que nos acusáis de haber usurpado la Santa Sede por simonía, y de haber cometido así durante nuestro pontificado, crímenes que según los cánones nos vedan el ingreso en las sagradas órdenes. Aun cuando podamos justificarnos por medio del testimonio de los que saben cómo hemos vivido desde nuestra infancia y que han sido autores de nuestra promoción á la dignidad episcopal; sin embargo, para evitar toda clase de escándalo, apelamos al juicio de Dios, y no al juicio de los hombres, queriendo que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que vamos á tomar, sea una prueba de nuestra inocencia...

Haced, pues, lo que os aconsejamos; y si os sentís inocente, librad á la Iglesia de semejante escándalo y á vos mismo de tamaño peso. Tomad la otra parte de la Hostia, á fin de que, esta prueba de vuestra inocencia, cierre la boca á vuestros enemigos, y nos excite á ser vuestro más ardiente defensor, para reconciliaros con los príncipes y terminar para siempre la guerra civil» (2). Observemos el hecho y deduzcamos si en aquellos tiempos se creía ciegamente en la pre-

(1) Carta 107.
(2) Vida de este Pont. por Artaud de Montor.

sencia real de Jesucristo en la Eucaristía. El hipócrita rey aludido, al ver que se le pedía tan terrible prueba, se apartó del altar sin recibir el Cuerpo de Cristo, excusándose que no podía entonces obrar nada, puesto que ni sus acusadores ni defensores estaban presentes para decir la verdad. Esto ciertamente, era un falso pretexto. Quien no le permitió comulgar fué su criminal conciencia que le acusaba horriblemente.

Floreció además en este siglo, S. Pedro Damiano, cardenal y obispo de Ostia; quien, escribiendo á una religiosa señora, la dice: «Quien se adhiere al Señor, un espíritu es con Él; este Esposo no se une al modo de una esposa, sino que por su unión con el alma, no nace corrupción. Jesús en las bodas de Caná convirtió el agua en vino, y este mismo Jesús se hizo asimismo comida y bebida. Se hizo comida, porque Él mismo es el pan vivo que descendió del cielo; y es bebida, porque con ella alegra el corazón del hombre. El espíritu, pues, de Dios embriaga los entendimientos de los hombres, de modo que como enajenados de sus sentidos, desprecien las riquezas del mundo, los honores y la gloria que aquí puedan obtener; y les embriaga al mismo tiempo, para que enardecidos con fervientes deseos, puedan sobrellevar por Dios cuanto duro y áspero haya en este destierro» (1).

Últimamente se distinguió en *el siglo XII* Ruperto, abad del monasterio de benedictinos de Druits; quien, al hablar de la institución de la Eucaristía, se expresa así: (2) «No instituyó ni entregó el Sacramento de su Cuerpo y Sangre, antes de los momentos mismos en que iba á padecer, sino cuando se estaban preparando los instrumentos de su Pasión para maltratarle, azotarle y crucificarle; entonces se ofreció y dió asimismo bajo las especies de pan y vino, diciendo: Éste es mi cuerpo; ésta es mi sangre, que por vosotros será derramada».

«Así como el antiguo Testamento poseía hostias y sangre, dice Euthimio, así también el Nuevo los posee; á saber:

(1) Lib. 7. Epist. ad Sæculares Princip.
(2) In Math. cap. 26. Lib. X de Glor. et honor. Fil. Hom.

el Cuerpo y Sangre de Jesucristo. No dijo: Esto es el signo de mi cuerpo y de mi sangre, sino: éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre» (1).

«No podemos quejarnos, dice finalmente S. Bernardo, abad de Claraval, de que Jesucristo no se muestra á nosotros, como se mostró á sus Apóstoles, pues tenemos en el Sacramento de la Eucaristía la verdadera substancia de su carne. Dos cosas hace en nosotros el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, disminuye los pecados veniales y nos quita del todo el consentimiento de las culpas grandes: si ya no sentís con tanta frecuencia, ni con tanta violencia los movimientos de ira, de envidia, de lascivia ó de los otros vicios de esta naturaleza, dad gracias al Cuerpo y Sangre del Señor, porque la virtud del Sacramento obra en vosotros; y alegraos de que no está lejos de sanar la peligrosa llaga de vuestras almas» (2).

He aquí cuál sea la doctrina de los santos Padres de la Iglesia. De su contexto se desprende que Ésta ha creído siempre de un mismo modo los dogmas que nos propóne. No vengan, pues, los protestantes y sus secuaces á decirnos que el dogma de la Santa Eucaristía es una invención de los sacerdotes católicos, pues al momento les conduciremos á los veraces escritores de todos los siglos y, si saben leer, encontrarán expreso en sus inmortales páginas, el sentir de todos los cristianos desde el Divino Fundador hasta el siglo XII.

Con los Santos Padres damos por terminado el tomo I.

A. M. D. G.

---

(1) Com. in Math. cap. 26.
(2) Serm. S. Marc.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

Páginas.

Portada III
Dedicatorias. . . . . V y VII
Aprobaciones IX
Catálogo de autores consultados XIII
Prólogo XXI

PARTE I

Expositivo-exegético-filosófico-teológico-científica de la Eucaristía

TRATADO I

LA EUCARISTÍA DEFENDIDA Y CORROBORADA

Advertencia 1

SECCIÓN I

TESTIMONIOS QUE EXPONEN EL DOGMA EUCARÍSTICO

CAPÍTULO I.—Idea de los Sacramentos en general y del adorable Sacramento de la Eucaristía en particular 3
CAP. II.—Denominaciones de la Eucaristía. 16
CAP. III.—La Eucaristía y el Antiguo Testamento. Sus emblemas . 29
CAP. IV.—Los libros del Pentateuco, Josué, Reyes, Paralipómenos, Macabeos, Proverbios, Sabiduría y Eclesiástico, bosquejando varias grandezas de la Eucaristía 41
CAP. V.—La dulzura de la Eucaristía y el sacerdocio de la Nueva Ley, vaticinados por las santas escrituras mencionadas . . 51
CAP. VI.—La Eucaristía y los Profetas. El monte Sión y los montes altos, bellísimos emblemas de la Eucaristía.—Jesús Sacramentado, dulce Pastor de las almas 63
CAP. VII.—Jesucristo Sacramentado es la fuente de aguas puras que predijeron los Profetas 72
CAP. VIII.—El Sacrificio de la Eucaristía, vaticinado por los Profetas 80

Páginas.

CAP. IX.—La Eucaristía y los Salmos. La grandeza de la Eucaristía y su indecible suavidad pronosticadas por el Real Profeta. 91
CAP. X.—El dogma de la Eucaristía y sus grandiosos efectos anunciados en los Salmos. 101
CAP. XI.—El Sacrificio eucarístico y algunas otras especiales dotes de la Eucaristia, predichos en los Salmos 111
CAP. XII.—Observaciones sobre algunos salmos del Oficio del Corpus 121
CAP. XIII.—La Eucaristía y los antiquísimos rabinos 140
CAP. XIV.—La Eucaristía y las Sibilas 146
CAP. XV.—La Eucaristía y los Evangelistas.—Promesa de la Eucaristía. 150
CAP. XVI.—Institución de la Eucaristia.—Circunstancias que acompañaron á este sagrado acto 170
CAP. XVII.—Institución de la Eucaristia 179
Artículo I.—Consagración del pan 180
Art. II.—Consagración del vino 183
Art. III.—Imposición de la potestad de Orden á los apóstoles. 188

SECCIÓN II

PRUEBAS INTRÍNSECAS QUE DEMUESTRAN LA EXISTENCIA REAL DEL DOGMA EUCARÍSTICO

CAP. XVIII.—Presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Pruebas contra los protestantes ó sacramentarios 193
Artículo I.—Cristo Nuestro Señor, por las palabras: "Éste es mi cuerpo„ y „Ésta es mi sangre", quiso dar formalmente á sus apóstoles su Cuerpo y Sangre. 195
I.—El Divino Salvador pudo darnos á comer su cuerpo y á beber su sangre 195
II.—Jesús tuvo bastante poder en sí mismo para convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre . 195
III.—Cristo Nuestro Señor jamás intentó engañar ni burlar á los apóstoles 196
Art. II.—Cristo Nuestro Señor entregó efectivamente su Cuerpo y Sangre á los apóstoles 197
Art. III.—Las palabras consagratorias tienen por sí mismas sentido propio 199
Art. IV.—Las palabras consagratorias, por ningún concepto pueden tener sentido figurado 202
Art. V.—Los mismos protestantes no convienen entre sí, acerca del verdadero sentido de tales palabras 204
Art. VI.—Cualquier legítimo sacerdote que pronuncie las palabras consagratorias, sobre legítima materia y con in-

Páginas.

tención de obrar lo que obra la Iglesia, convierte el pan en el Cuerpo y el vino en la Sangre de Cristo del mismo modo y con la misma realidad que Él lo efectuó 212
CAP. XIX.—De la Transubstanciación.—¿Quiénes la rechazaron? . 216
Artículo I.—Sacramentarios ó protestantes 217
I.—Impanadores. 217
II.—Tampoco se pone Jesucristo en la Eucaristía por consubstanciación 218
III.—Ubiquistas ó ubiquitarios 218
IV.—Concomitarios. 220
Art. II.—La Transubstanciación: único medio racional y conforme con la fe 221
CAP. XX.—Deístas ó filosofastros frente á la transubstanciación. . 226
Artículo I.—El Misterio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo no es metafísicamente imposible y por consiguiente no está en oposición con la razón humana 227
Art. II.—¿Es posible la transubstanciación aun físicamente? . 230
1.º—La mutación que se verifica en la Eucaristía es generación ó corrupción; mas de ninguna manera transubstanciación 231
2.º—Las substancias de los cuerpos son inmutables, luego la transubstanciación es imposible . . . 232
3.º—El todo no puede ser menor que su parte, pues así lo dió á entender Jesucristo cuando instituyó la Eucaristía 234
4.º—Es cosa chocante decir que el pan se mude en Dios . 235
I.—¿Puede un ente convertirse en Dios? 236
II.—Pero, ¿puede cualquiera ente convertirse en otro ente? 237
III.—La transubstanciación ¿es posible? 238
IV.—¿Por qué razón se hallará Jesucristo transubstanciado y no de otra manera? 240
Art. III.—La transubstanciación es acción aductiva, no productiva 243
Art. IV.—Si se aniquila la substancia de pan que se convierte en el cuerpo de Jesucristo 246
CAP. XXI.—Deístas y filosofastros frente al modo con que Jesucristo se halla en la Eucaristía 249
Artículo. I.—¿Es posible filosóficamente que el Cuerpo de Cristo se halle todo en toda la Hostia, y todo en cada una de sus partes? 249
I.—Esencia ó substancia de un cuerpo organizado . . 251
II.—Impenetrabilidad de los cuerpos 253
III.—Extensión de los cuerpos 256

Páginas.

IV.—Un cuerpo, ¿puede estar todo en un lugar y todo en cada una de las partes del mismo lugar? . . 259
V.—Pero es innoble para Dios que Él mismo se aprisione en un lugar tan reducidísimo 260
Art. II.—Posible es que Jesucristo se halle todo en la Hostia y todo en cada una de sus partes 261
CAP. XXII.—Parte teológica sobre el asunto del anterior capítulo 263
Artículo I.—¿Qué es lo que se pone en la Eucaristía por fuerza de las palabras consagratorias y qué por concomitancia? 263
Art. II.—Jesucristo se halla todo en la Eucaristía, no solo después de la división de las Especies, sino antes . . 266
Art. III.—En la Eucaristia no se confunden los miembros de Jesucristo . . . . . , ... 268
Art. IV.—Jesucristo no está en la Eucaristia de un modo definitivo 269
CAP. XXIII.—Deístas ó filosofastros frente á la multilocación del Cuerpo de Jesucristo 271
Artículo I.—¿Un cuerpo cualquiera puede hallarse del mismo modo en varios lugares á la vez? 272
Art. II.—El Cuerpo de Jesucristo Sacramentado puede estar orgánicamente en muchas Hostias á la vez, ó en todas las que se consagren. 274
Art. III.—Hipótesis conformes con la fe para explicar el modo de hallarse Jesucristo en todas las Hostias á la vez 277
CAP. XXIV.—Cuestiones teológicas relativas al modo de hallarse Jesucristo en la Eucaristía. 283
Artículo I.—Jesucristo en la Eucaristía puede practicar acciones espirituales 283
Art. II.—El Cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía no puede ser alterado por ninguna causa exterior. . . . 284
Art. III.—Jesucristo en la Eucaristía no puede ser movido por sí mismo, ó por alguna criatura 286
Art. IV.—Ninguna inteligencia viadora, ni tampoco el ojo corporal pueden ver naturalmente el Cuerpo de Cristo Sacramentado. 287
Art. V.—Sobre las apariciones de Jesucristo Nuestro Señor en la Hostia consagrada 290
CAP. XXV.—Deístas ó filosofastros frente á los accidentes del pan y vino, que permanecen después de la consagración . . 293
Artículo I.—¿Pueden los accidentes estar sin sujeto? . . 294
Art. II.—De qué modo subsisten los accidentes eucaristicos después de la consagración. 296

Páginas.

Art. III.—Los accidentes ¿son capaces de padecer mudanza después de la consagración, como lo son antes de ella? 298
Art. IV.—¿Pueden corromperse los accidentes ó engendrarse alguna cosa de los mismos? 299
CAP. XXVI.—Presencia habitual de Jesucristo en la Eucaristía . 301
Artículo único.—La Eucaristía no consiste solamente en el uso, sino en el Sacramento permanente 301
CAP. XXVII.—Efectos de la Eucaristía 308
Artículo I.—La Eucaristía es sustento del espíritu . . . 310
Art. II.—La Eucaristía une al espíritu más fuertemente con Jesucristo 311
Art. III.—La Eucaristía es antídoto que libra de los pecados veniales y preserva de los mortales 313
Art. IV.—La Eucaristía es prenda de la gloria . . . 315
Art. V.—La Eucaristía es suavidad y deleite del alma . . 315
Art. VI.—La Eucaristía perdona, per accidens, el pecado mortal, sed opere operantis 316
Art. VII.—La Eucaristía disminuye el fomes del pecado . 317
Art. VIII.—La Eucaristía es semilla de resurrección eterna . 318
Art. IX.—La Eucaristía es semilla de castidad 319
CAP. XXVIII.—Cuestiones escolásticas muy curiosas relativas al Sacramento de la Eucaristía 320
I.—El Sacramento de la Eucaristía fué instituído sobremanera convenientemente 320
II.—Es muy probable que hubiese sido instituído el Sacramento de la Eucaristía, aun cuando Adán no hubiera pecado 321
III.—Antes de la Encarnación hubiera podido existir la Eucaristía como ahora, y esto, tanto en cuanto á la significación, como en cuanto á la cosa sellada y contenida, que es Jesucristo 322
IV.—Convenía que este Sacramento se instituyera en la ley de gracia, y precisamente en la última Cena . 323
CAP. XXIX.—Protestantes y deístas frente al Sacrificio de la Misa. 325
Artículo I.—Filosóficamente el sacrificio en general es necesario 325
Corolario I.—Para que un sacrificio sea verdadero es preciso que sea único en número 327
Corolario II.—El verdadero sacrificio solo puede hallarse en la Iglesia Católica 328
Art. II.—La Misa es verdadero y propio sacrificio 331
I.—En qué consiste el sacrificio en general . . . 332
II.—División del sacrificio 332
Art. III.—En qué consiste la esencia del Sacrificio de la Misa. 337

Páginas.

Art. IV.—Valor del Sacrificio 338
CAP. XXX.—Deístas ó filosofastros ante la incomprensibilidad del Misterio eucarístico. Fin de la sección filosófico-teológica 342
I.—El Misterio de la Eucaristía no es absolutamente incomprensible 342
II.—Su incomprensibilidad misma demuestra su veracidad 347

SECCIÓN III

LA TRADICIÓN CONFIRMANDO EL DOGMA DE LA EUCARISTÍA

CAP. XXXI.—Continúa el asunto de la Eucaristía y los Evangelistas en el que se comentan varias divinas autoridades en comprobación de nuestro dogma. 350
CAP. XXXII.—La Eucaristía y los Apóstoles.—Es patentizado este dogma como Sacramento y Sacrificio por los Apóstoles . 360
CAP. XXXIII.—Doctrina del Apóstol sobre la institución y efectos de la Eucaristía 369
CAP. XXXIV.—La suavidad y dulzura de la Eucaristía declaradas por los Apóstoles 381
CAP. XXXV.—La Eucaristía y los Santos Padres.—Autoridades de los Padres que existieron en los tres primeros siglos de la Iglesia 387
CAP. XXXVI.—Autoridades de los Padres del cuarto y quinto siglo de la Iglesia 396
CAP. XXXVII.—Se exponen los testimonios de los Santos Padres del VI al XII siglo de la Iglesia 415

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01030 6605